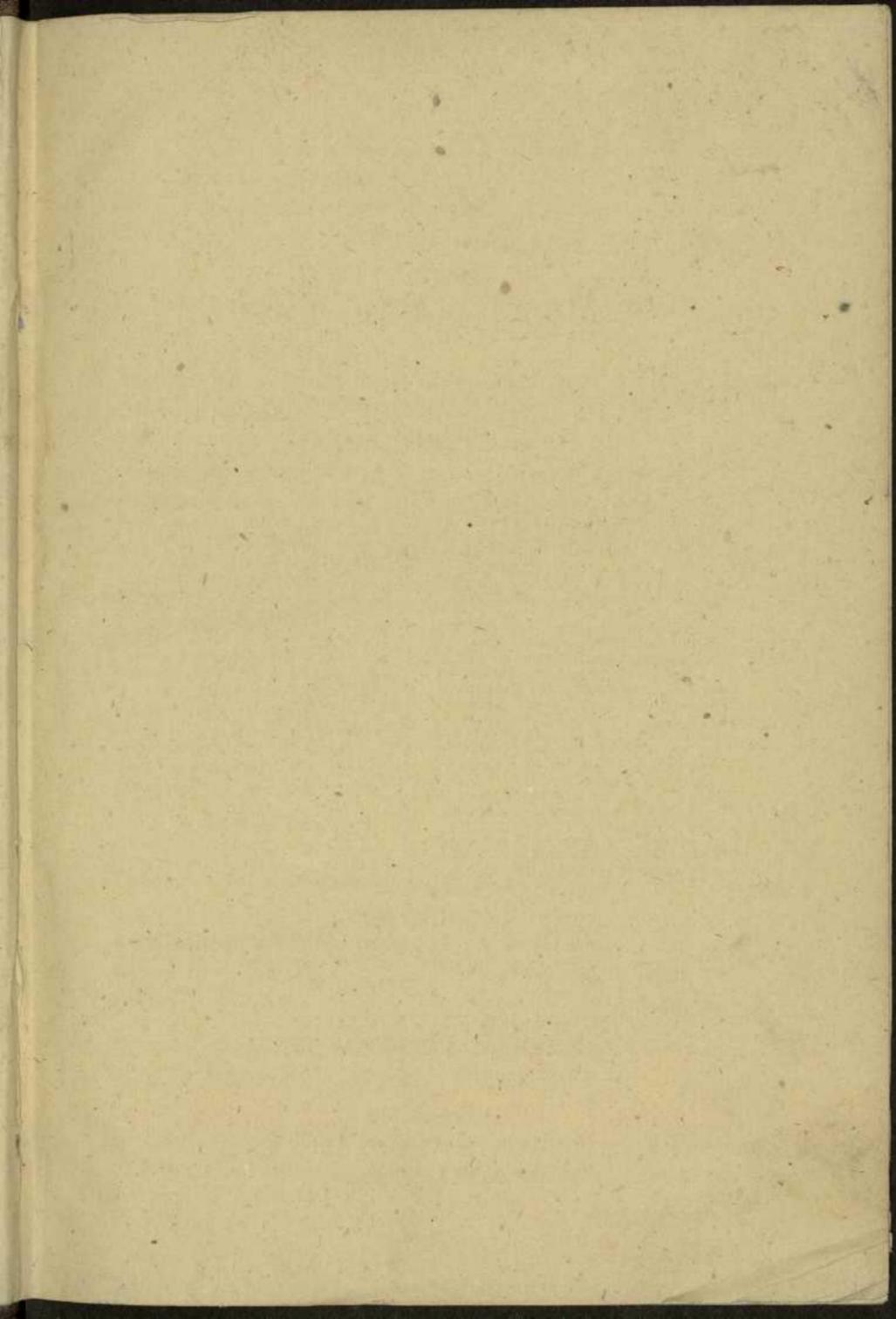
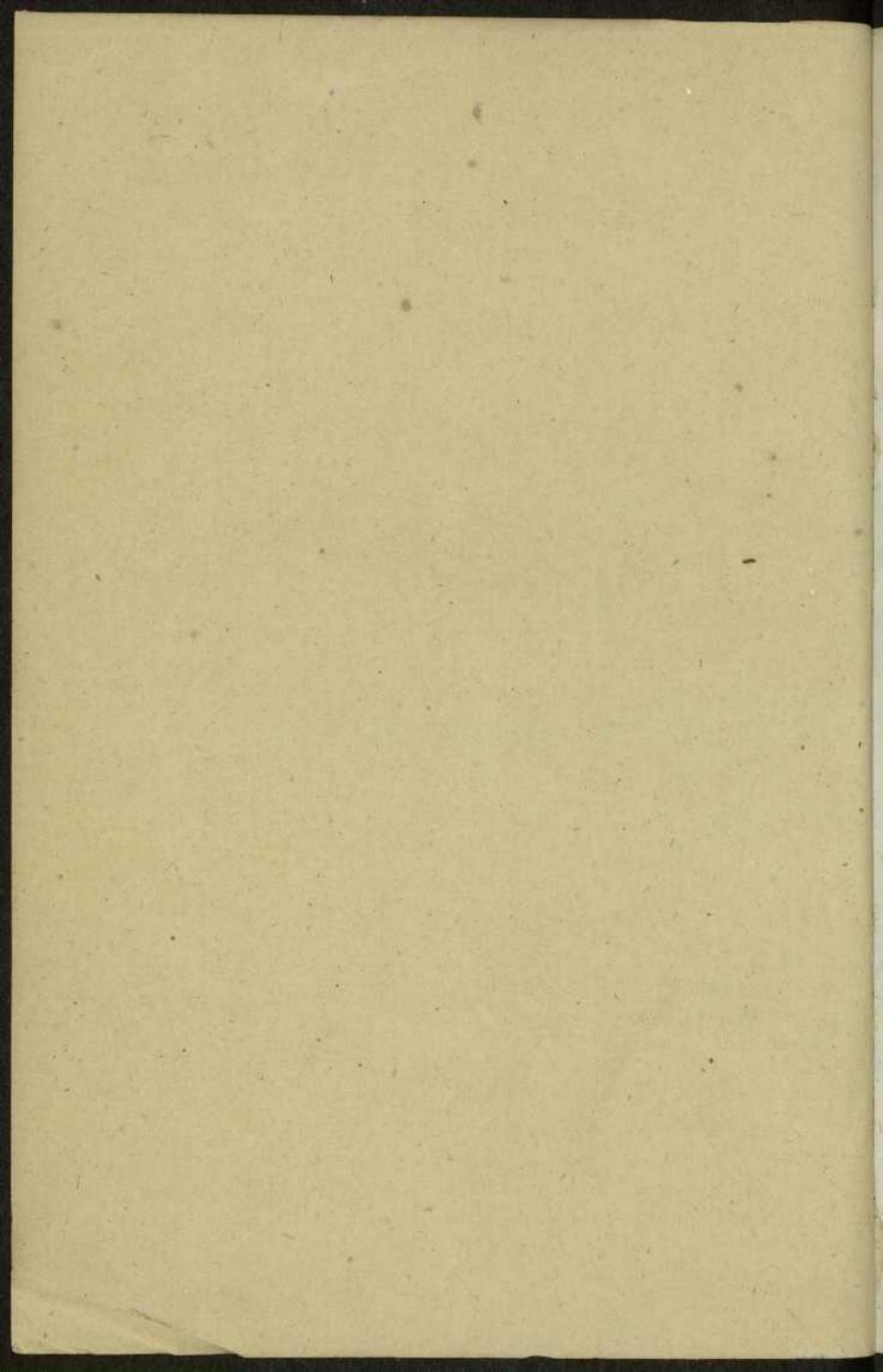




16126
~~8024~~

~~81~~
~~912~~





LA MARAVILLA.

Administración, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas, y ricamente encuadernados á la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva.

	Tomos
La <i>Geografía Universal</i> , por Malte-Brun, Balbi y otros.	2
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	1
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda</i> , por J. A. Fleury.	3
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller.	2
<i>La Moral Social</i> , por Adolfo Garnier.	1
<i>Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia</i> , por el P. Fernando Scio (con licencias).	1
<i>Historia Antigua</i> , por Mr. Guillemín	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy.	2
<i>Historia de Portugal</i> , por Bouchot.	1
<i>Historia de Rusia</i> , por Romey y Jacobs.	2
<i>Historia de las Cruzadas</i> , por Michaud y Poujoulat.	1
<i>Historia de Francia</i> por Teófilo Lavalée (vén publicados 4 tomos.)	

Seccion Recreativa.

	Tomos
<i>Historia de Gil Blas</i> de Santillana, por Mr. Le Sage.	2
<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Quintin Durward</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Guy Mannering y el Oficial Aventurero</i> , por Sir Walter Scott.	2
<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Dumas.	2
<i>Obras selectas, críticas, satíricas y jocosas</i> , de D. Francisco de Quevedo y Villegas.	1
<i>A Bordo y en Tierra</i> , por Fenimore Cooper.—Primera parte.	1
<i>Lucia Hardinge</i> , por Fenimore Cooper — Segunda parte de <i>Abordo y en Tierra</i>	1
<i>Veinte años Despues</i> , por Dumas.—2.ª parte de los <i>Tres Mosqueteros</i>	2
<i>Los Amores de Paris</i> , por Feval.	2
<i>El Vizconde de Bragance</i> 3.ª parte de los <i>Tres Mosqueteros</i> (van publicados 5 tomos.)	

EN PRENSA.

Historia de los Estados Escandinavos.
 Historia de los Estados Unidos.
 Historia filosófica de la Mujer.
 Historia Griega.
 Cronología Universal.

La Bruja del Mar.
 El Corsario Rojo.
 Los Piratas del Mississipi.
 Bella-Rosa.
 Recuerdos de un Médico.
 El conde de Lavernie.

PUBLICADA FUERA DE SECCION.

La Sagrada Biblia, en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel. 40 tomos.

EN PRENSA.

Historia de los Soberanos Pontífices, por Artaud de Montor. . . de 12 á 14 tomos.
 Publicados. 4 tomos.

LAS OBRAS DE LAMARTINE, traducidas por D. Angel Fernandez de los Rios.

LA MARAVILLA.

Administración, calle de la Leona, n.º 4. - Barcelona.

Gran sociedad editorial

de libros

POR D. MIGUEL DE RIAPP.

En esta obra se han reunido los más interesantes y curiosos fragmentos de la vida de los grandes hombres de la historia, con un estudio de sus caracteres y de sus acciones.

OBRA PUBLICADA

Sección Instructiva		Sección Recreativa	
1	La vida de los grandes hombres de la historia.	1	La vida de los grandes hombres de la historia.
2	La vida de los grandes hombres de la historia.	2	La vida de los grandes hombres de la historia.
3	La vida de los grandes hombres de la historia.	3	La vida de los grandes hombres de la historia.
4	La vida de los grandes hombres de la historia.	4	La vida de los grandes hombres de la historia.
5	La vida de los grandes hombres de la historia.	5	La vida de los grandes hombres de la historia.
6	La vida de los grandes hombres de la historia.	6	La vida de los grandes hombres de la historia.
7	La vida de los grandes hombres de la historia.	7	La vida de los grandes hombres de la historia.
8	La vida de los grandes hombres de la historia.	8	La vida de los grandes hombres de la historia.
9	La vida de los grandes hombres de la historia.	9	La vida de los grandes hombres de la historia.
10	La vida de los grandes hombres de la historia.	10	La vida de los grandes hombres de la historia.

EN PRENSA

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

PUBLICADA FUERA DE SECCION

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

EN PRENSA

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)

La vida de los grandes hombres de la historia. (Continúa)



HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.

TOMO IV.



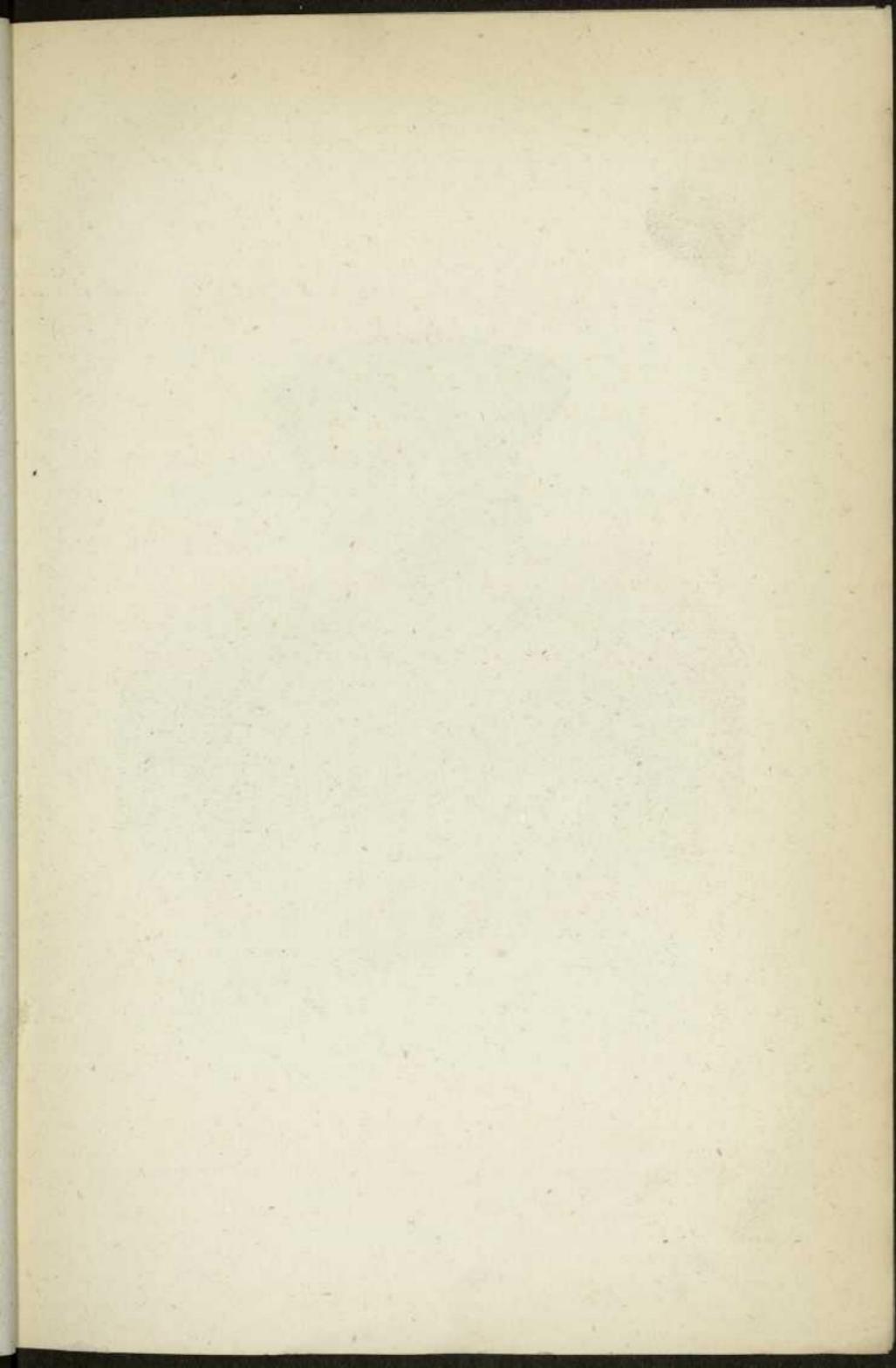
HISTORIA

DE

FRANCISSES

1790

TOME II





HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

traducida de la última edición

POR D. GREGORIO AMADO LARROSA.

El hombre marcha, pero Dios le guía.
FENELON.

TOMO CUARTO.

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

HISTORIA

FRANCÉS

Por M. YEPHIO LAVALE

Por D. BARRON AVARD BARROGA

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.

calle Guardia, 45.

TOMO CUARTO

MADRID LIBRERIA DE SAN MARTIN
BARCELONA LIBRERIA DEL PUEBLO DE LA
calle de la Victoria 2
Número del Cuadro 15

1859

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS.

TOMO CUARTO.

LIBRO TERCERO.

LOS BORBONES, Ó LA FRANCIA BAJO LA MONARQUÍA ABSOLUTA. — EDAD
DE LA RUINA DEL FEUDALISMO. — 1589 — 1654.

SECCION I.

Establecimiento de la monarquía absoluta. — (1589—1789.)

CAPÍTULO I.

Principio del reinado de Enrique IV. — Fin de las guerras civiles religiosas. — Edicto de Nantes y tratado de Vervins. (1589—1598.)

§. I.—*Enrique IV y Carlos X, reyes de Francia.*—Paris se alborozó cuando supo la muerte de Enrique III, y le arrastró su devaneo hasta el extremo de honrar como á un mártir al asesino. En todas las iglesias resonaron los elogios de Jacobo Clemente, se expuso su retrato en público, y aun en los altares; el embajador de España escribió á su soberano « que únicamente á la mano del Altísimo se debia este feliz acontecimiento (1), y hubo quien se atrevió á comparar la muerte del asesino con la pasion del Salvador.

(1) Archivos de Simancas, segun Capefigue, *la reforma, la liga, y el reinado de Enrique IV*, t. V, p. 290.

La extincion de la familia de los Valois colocaba á la liga en una posicion nueva, saliendo á la escena la gran cuestion de la sucesion al trono. Enrique de Borbon era doblemente extranjero para la Francia como rey de Navarra y jefe de los calvinistas, y parecia que la nacion tenia derecho de elegir un soberano de su religion, de su lengua y de sus leyes. Habia llegado para la casa de los Guisas, tan popular y católica, la ocasion favorable de ascender al trono, pero habia muerto el *Acuchillado*; su hijo que no tenia la virtud y el talento de sus antepasados, se hallaba prisionero del bearnés, y su hermano el duque de Mayenne, como jefe de la liga mas por la fuerza de las circunstancias que por ambicion, era un hombre sábio y tenaz; pero moderado, indolente, sin inspiracion, y sin audacia. Este se limitó á ganar tiempo con un término medio, que haciendo ocupar el trono, dejase campo libre á sus ambiciones; y se apresuró á hacer proclamar al cardenal de Borbon bajo el nombre de Carlos X (7 de agosto de 1589).

Esto era un yerro trascendental y una renuncia de los proyectos de la casa de Guisa; y aunque el nuevo rey, prisionero del bearnés, no daba otra cosa que su nombre á Mayenne para que conservara su poder, su elevacion era un reconocimiento formal de la legitimidad de los Borbones, preparando de este modo, como lo deseaban Villeroy, Jeannin y los políticos que le inducian á dar este paso, el camino del trono á Enrique de Navarra. Todas las ciudades de la Union y las potencias católicas reconocieron sin obstáculo á Carlos X, y Mayenne siguió con el gobierno como teniente general del estado y de la corona de Francia.

El bearnés tomó en el campamento de Saint-Cloud el título de rey de Francia y el nombre de Enrique IV, pero habia muchas disensiones y divergencias en torno suyo. Los nobles protestantes veian que su partido quedaba sin jefe y sin porvenir subiendo Enrique al trono, porque infaliblemente debia este abrazar el catolicismo, intentando entonces restablecer la unidad monárquica y combatiendo las pretensiones aristocráticas y feudales de sus antiguos compañeros. No obstante, los señores gascones que habian seguido al esforzado bearnés, no viendo mas esperanza que la gloria de dar á Francia un rey de su país

y la lejana ilusion de alzar sobre la suya su fortuna , reconocieron á Enrique, y este acto fué el suicidio del partido protestante.

Pero en el campamento de Saint-Cloud habia solo tres ó cuatro mil calvinistas entre sus cuarenta mil hombres, y los demás eran católicos conducidos por los duques de Longueville, de Montpensier, Epernon, Aumont, Biron, d'O, etc., que todos unánimemente juraban no prestar jamás obediencia á un rey hereje. Veíanse estos orgullosos señores delante de Enrique ó al lado del cadáver de su antecesor, « hundiéndose hasta los ojos los sombreros, arrojándolos por el suelo con furia, apretando los puños, formando complots, estrechándose las manos, haciendo juramentos y promesas sobre el reconocimiento de Enrique, y no oyéndose mas palabras que « *antes morir de mil muertes* (1). » Reuniéronse todos y declararon solemnemente á Enrique que era forzoso que escogiera entre quedar rey de Navarra y protestante ó ser rey de Francia y católico. El bearnés palideció de temor, pero dió muestras de su orgullo: « ¿ Así me poneis un dogal á la garganta, les dijo, en el primer instante de mi advenimiento y en una situacion tan peligrosa? ¿ Obedeceriais pues mejor á un rey sin Dios? Apelo á vosotros mismos de vuestra decision, y á todos los que puedan tomar una resolucion mas madura, les doy libertad para que busquen otros soberanos. Me quedaré con los católicos que aman á la Francia y el honor (2). » Volviéndose despues hácia el mariscal Biron que gozaba la reputacion de ser el capitán mas hábil de los católicos, le dijo: « Debeis ahora vos apoyar con vuestra diestra mi corona; venid á servirme de padre y de amigo contra los que os aborrecen á vos tanto como á mí mismo. »

Enrique era tal vez indiferente á ambas religiones, pero conocia que si abrazaba en el acto el catolicismo, diria el pueblo con justicia que sacrificaba su conciencia á su ambicion. Era indispensable pues, para que su conversion fuera creida y tuviera precio, asegurar primeramente sus negocios y hacer creer que podia haber llegado al trono sin esta concesion; debia salir ya de la oscura condicion de jefe de aventureros para aparecer como un rey poderoso, y necesitaba en fin que las victorias hubiesen

(1) Aubigné, t III; lib. II, cap. 23.—(2) Id. ibid.

sancionado su derecho. Siguiendo el consejo de los jefes protestantes respondió á los señores católicos con una declaración en la que prometía hacerse instruir en la religión romana y convocar los estados generales (4 de agosto de 1589). Entretanto juraba conservar exclusivamente la religión católica en el reino, á excepcion de los pueblos donde el edicto de Bergerac concedía libertad de culto á los protestantes.

Esta declaración fué firmada por la mayor parte de los señores «que reconocieron por su rey y príncipe natural á Enrique IV, rey de Francia y de Navarra (1),» y despues de haberla registrado el parlamento de Tours, se envió á todos los pueblos del reino. Epernon y muchos caballeros católicos abandonaron no obstante á Enrique y se retiraron á sus gobiernos, otros se pasaron al campo de la liga con un gran número de soldados, algunos como Aumont, Longueville y Biron vendieron su fidelidad con concesiones de feudos, y en fin la Tremoille con nueve batallones de protestantes se negó á «combatir bajo el pendon de un soberano que acababa de comprometerse á proteger la idolatria.» Solo le quedaron al pobre Enrique para luchar con la grande y poderosa liga ocho ó diez mil hombres, la mayor parte extranjeros á quienes no podia pagar ni mantener.

Hallábanse frente á frente ya con inmensa diferencia de fuerzas y de medios Carlos X y Enrique IV, la religión católica y la protestante, los parlamentos de Tours y de Paris, el norte y el mediodía de Francia, el pueblo y la nobleza, y el espíritu de unidad y el del feudalismo. El derecho, el poder y el porvenir se hallaban en las filas de la liga; pero Enrique de Borbon no era un hombre comun, y cuando conoció que era inútil la fuerza, apostató del partido en que habia nacido, y se lanzó en el que le daba el derecho, el poder y el porvenir.

§ II.—*Combate de Arques.—Sorpresa de los arrabales de Paris.—Reconocen los venecianos á Enrique.*—La muerte de Enrique habia hecho recobrar á la liga su confianza; llegaron los refuerzos españoles, y Mayenne reunió con actividad un ejército de treinta mil hombres. Enrique iba á hallarse aislado y comprometido delante de la capital; rey sin reino, sin súbditos, sin gobierno

(1) Duplessis-Mornay, t. IV, p. 38.

ni ministros, no podia recaudar impuestos ni exigir soldados, porque el país que le reconocia apenas bastaba para defenderse á sí mismo; y le fué preciso alejarse de prisa de las cercanías de Paris. Pero privado de víveres y municiones no sabia á dónde ir, y hasta intentaba regresar á las provincias meridionales, cuando Aubigné le dijo: «¿Quién os creerá rey de Francia al ver vuestras cartas fechadas en Limoges?» Efectivamente, si hubiera seguido este pensamiento, es probable que hubiese gastado su vida aventurera allende el Loira sin entrar jamás en Paris. Determinó entonces marchar á Normandía «para apoderarse del dinero de las rentas públicas, mantener allí su ejército (1)» y apoderarse de algun puerto desde donde pudiera recibir los auxilios de Inglaterra. Envió á Aumont y á Longueville con dos pequeños cuerpos á la Picardía y á Champaña para inquietar la frontera, y marchó á Normandía con siete mil hombres descontentos y hambrientos.

Mayenne salió en su persecucion y le hostigó de tal modo que todos decian que solamente podia escaparse arrojándose al mar. Enrique intentó sorprender á Ruan, despues se dirigió á Dieppe, que le entregó su gobernador, pero no se atrevió á encerrarse en esta ciudad donde le hubieran hecho capitular pronto los habitantes y la falta de víveres, y se fortificó en una ventajosa posicion cerca del rio y de la aldea de Arques. Era tan desesperada su situacion, que su parlamento le aconsejaba que reconociera á Carlos X con la condicion de que le nombrase su heredero, y él mismo intentó ya refugiarse en Inglaterra. Biron le inspiró ánimo, esperó desde el campo con resolucion al ejército de la liga, y tomó disposiciones militares muy acertadas (13 de setiembre de 1589). Mayenne intentó durante quince dias apoderarse del campo realista ó de los arrabales de Dieppe por la fuerza ó con astucia, pero le rechazaron los de Enrique todos sus ataques, y cuando supo que Longueville y Aumont llegaban con tropas de refuerzo, emprendió su retirada por la Picardía para juntarse con los españoles auxiliares que esperaba (28 de setiembre).

Los combates de Arques, donde siete mil hombres habian hecho frente con gloria á mas de treinta mil, eran un feliz augu-

(1) L'Etoile, t. II, p. 9.

rio para el bearnés. Longueville y Aumont llegaron con la nobleza de Picardía y de Champaña, Isabel le envió cinco mil ingleses, y se halló al frente de veinte mil hombres; pero no tenía ni un solo escudo para pagarlos, y quiso en vez de sueldo darles un rico botín, aterrar al enemigo por medio de un golpe atrevido, y tomar la ofensiva en el centro del reino donde nadie le obedecía. Adelantó tres jornadas al ejército de Mayenne, y se lanzó con rapidez sobre París, que ni por lo mas remoto esperaba un ataque (21 de octubre). Los parisienses corrieron llenos de rabia y entusiasmo hácia los arrabales, pero como el recinto era demasiado extenso para poder ser defendido, los de Enrique tomaron por asalto los arrabales del mediodía despues de un terrible combate en que perecieron novecientos milicianos (1.º de noviembre).

Los hugonotes se arrojaron sobre las casas gritando: «¡San Bartolomé!» y por espacio de tres dias se saciaron en el mas espantoso saqueo. Despues de haber enriquecido Enrique por este medio á sus soldados, no intentó asaltar la ciudad «por el temor de perder dentro de ella la mayor parte de su ejército (1),» y porque, no solo se preparaban los parisienses á hacer una heroica resistencia, sino que habia llegado ya Mayenne (4 de noviembre).

Alzó entonces el campo, dividió su ejército en cuatro cuerpos, que envió á cuatro diferentes provincias para que vivieran sobre el país; y al frente de sus nobles partió á Tours, que era la capital del partido realista (21 de noviembre).

Era la época en que debian reunirse los estados. Enrique, que no queria exponer sus derechos á las discusiones de una asamblea nacional, se excusó delante del parlamento de no haberlos convocado por motivo de la guerra. Obligado á contentar á los católicos, que estaban impacientes viendo que no cambiaba de religion, y á los protestantes, que se propasaban á elegir en su lugar otro jefe de su partido; luchaba con las dificultades de su posicion á fuerza de buen humor, paciencia, delicadeza y valor. «Era mas un amigo y compañero que un monarca, y la prodigalidad de sus promesas suplía á la pobreza de sus recursos».

(1) Sully, t. I, p. 453.

Mostraba rostro alegre á todo el mundo, halagaba al mismo tiempo á protestantes y á católicos, á los primeros como á sus antiguos é íntimos camaradas, y á los segundos como á personas cuyas creencias iba á abrazar muy pronto; se lamentaba delante del pueblo de los males de la guerra, se hacia amigo de los nobles, convirtiendo en broma y júbilo sus apuros, protestando á cada uno en particular que le era deudor de su corona y que algun dia se lo recompensaria (1).»

Entretanto adelantaba, si no en Francia, donde se creia que jamás llegaría al trono, al menos en el exterior donde se engrandecía su renombre. A pesar de su pobreza y los cuidados de la guerra, habia enviado agentes á todas las cortes, y eran muy activas sus relaciones diplomáticas. Reconociéronle sin obstáculo sus íntimas aliadas la Inglaterra y las Provincias Unidas, Suecia y Dinamarca, que le hicieron protestas de amistad, y Turquía que le prometió su auxilio contra España, pero ninguna potencia católica se habia atrevido aun á tratarle como rey. Venecia fué la primera; envió á su corte de Tours un embajador, siguieron su ejemplo los duques de Mantua y de Ferrara y le prestaron sumas considerables de dinero. Este reconocimiento de un rey hereje por tres estados católicos é italianos era un grave atentado contra la autoridad pontificia y la preponderancia española. El papa en un principio á instancias de Felipe amenazó con la excomunion á los venecianos, despues prestó oídos á las observaciones del senado, que le manifestó que no podia dar un paso sin el permiso de España, y que el engrandecimiento del rey de Francia era la mejor garantía de la independenciam de Italia. Convencióse con estas razones, mostró sentimiento por haber excomulgado á Enrique, y recibió favorablemente una embajada de los señores católicos que seguian al bearnés. La liga se quejó, los curas de Paris llegaron á dudar de la santidad y justicia de Sixto V, el embajador de Felipe II se arrodilló delante del pontífice y le suplicó «que declarase excomulgados á todos los parciales del rey de Navarra, y que de lo contrario el rey católico no prestaria obediencia al papa, pues no podia permitir que se arruinase la causa de Jesucristo.» Sixto se resistió. «Si el

(1) Davila, lib. X, p. 594.

rey de Navarra estuviera presente, le dijo, le suplicaria de rodillas que se hiciera católico.» Y hasta la hora de su muerte estuvo el papa indeciso entre la salvacion de la fe y la independencia de la Santa Sede, entre la inclinacion que tenia á Enrique IV y el temor que le inspiraba Felipe II.

§. III.—*Situacion crítica de Mayenne.— Batalla de Ivry.*— La conducta del pontífice sumió á la liga en la desunion; Mayenne era obedecido con dificultad; tenia que defenderse del espíritu democrático de los parisienses, de la ambicion de los españoles, de la cólera del clero, y de la traicion de los políticos, y se arrepentia de no haberse ceñido la corona, objeto de las intrigas y causa de todas las divisiones. Felipe manifestó en alta voz los derechos de su hija, como nacida de una hermana de Enrique III; iguales pretensiones tenian los duques de Lorena y de Saboya (1); » los duques de Mercoeur, de Nevers, de Nemours y de Anmale intentaban desmembrar el reino; gran parte del parlamento y una inmensa mayoría de la nobleza y de la clase media querian un rey francés, y hubieran aceptado á Enrique de Navarra si hubiese abrazado el catolicismo; y en fin los diez y seis miembros del consejo de la Union «eran personas que tan solo querian la ruina de la monarquía y de la nobleza, y convertir el estado de Francia en una república (2).»

Mayenne luchó con firmeza contra todas estas pretensiones, y persistió en su objeto, cual era la conservacion de la unidad monárquica y la guerra á los hugonotes y á los españoles. Rechazó á la vez las proposiciones de Felipe II y de Enrique IV, y mandó que la Sorbona decretase una prohibicion expresa de tratar con los herejes. Introdujo á muchos nobles y aun á algunos políticos en el consejo de la Union, cuyas atribuciones limitó, y algun tiempo despues anuló enteramente, prometió convocar los estados generales para dejar á la nacion el cuidado de disponer de la corona, y se ocupó exclusivamente de la guerra.

Enrique continuaba su vida de aventurero, como si hubiera proyectado conquistar el trono tan solo con la punta de la espada, pero á pesar de sus triunfos, no hacia mas partidarios; casi todas las ciudades y aldeas estaban en contra suya, los grandes

(1) El primero lo era por su hijo, como nacido de una hija de Enrique II, el segundo por sí mismo, como hijo de una hija de Francisco I.—(2) Palma-Cayet.

señores eran independentes, y no podia contar mas que con sus compañeros de guerra «á quienes hacia concebir la mas elevada idea de su persona y de ellos mismos (1)» por sus maneras bruscas y afables, sus dichos agudos, su carácter fogoso y el desprecio que hacia de los peligros, las privaciones y las fatigas. «Es animoso y buen soldado, escribia el embajador de Saboya, pero sin disciplina militar, mas bien jefe de aventureros y proscritos que general de ejército, liberal, agradable, un poco burlon, y muy amigo de la nobleza (2).»

Se apoderó de Vendome, del Mans, de Falaise, y poco á poco se fué aproximando á Paris. Jamás habia ejercido esta ciudad tanta influencia sobre la Francia; era el corazon de la monarquía, la residencia del parlamento, del tribunal de hacienda, de la Sorbona, y en fin de todo lo que daba la legitimidad á Mayenne y á su fantasma de rey. Paris debia ser pues el objeto único del ejército real, y Enrique trató de rendirla por hambre apoderándose de todos los pueblos que la proveian de víveres.

Mayenne salió á campaña, tomó á Pontoise (23 de febrero de 1590), puso cerco á Meulan, y al aproximarse los realistas, se dirigió hácia Picardía para reunirse con los refuerzos españoles que le traia el conde de Egmont (3).

Enrique IV sitió en tanto á Dreux, y Mayenne retrocedió á marchas forzadas con doce mil infantes y tres mil caballos obligándole á levantar el sitio. El bearnés no tenia mas que ocho mil infantes y tres mil caballos, pero no huyó ante Mayenne á Normandía para librarse de una derrota, sino que al grito de «no hay mas retirada que el campo de batalla!» esperó al enemigo en la llanura de Ivry, á la orilla del Eure en una excelente posición (14 de marzo). Gracias á su valor y á las hábiles maniobras de Biron, ganó la batalla en menos de dos horas. La artillería realista, que no desperdiciaba ningun tiro, derrotó muy pronto la caballería de la liga y desordenó su infantería; el conde de Egmont murió, los suizos se retiraron sin combatir y desertaron á las filas de los realistas, y los alemanes fueron pasados á cuchillo sin compasion y por orden de Enrique, que gritaba: «¡No haya cuartel para los extranjeros! salvad á los franceses!» El

(1) Memorias de Tavannes.—(2) Capesigue, t. VI, p. 256.—(3) Era hijo del que habia sido decapitado.

ejército de Mayenne quedó casi enteramente destruido, dejó en el campo de batalla seis mil cadáveres, y el resto se dispersó desordenadamente.

Esta victoria era la mas brillante que se habia alcanzado durante las guerras civiles, y dió inmensa nombradía á Enrique IV. La Europa le celebraba como un héroe, y era el único jefe protestante que no habia sido vencido jamás, pues habia ganado las batallas de Coutras, Arques é Ivry. Ya no fué desde entonces considerado como un aventurero sino como un general victorioso, y su gloria militar aseguró el éxito de sus empresas. Pero no supo sacar partido de su victoria como lo acostubraba. Si hubie-ra marchado hácia Paris, «es muy probable que la liga aterrada y vencida en todas partes, le hubiese abierto sus puertas (1);» dió por excusa la situacion apurada de sus rentas, los hábitos de saqueo de sus soldados; y en fin, como dice Sully, la malicia de los católicos de su ejército, que habian sentido tanto disgusto y enojo por su victoria como los mismos que habian perdido la batalla (2).

Se entretuvo durante dos meses en tomar los pueblos cercanos á Paris, y cuando se hizo dueño de los rios y de los caminos, se contentó tan solo con bloquear la capital con quince mil hombres (8 de mayo).

§. IV.—*Sitio de Paris.*—*Llegada del duque de Parma.*—*Toma de Lagny.*—*Fin del sitio de Paris.*—Mayenne no habia entrado en la capital despues de su derrota; habia dejado al duque de Nemours de gobernador, y partió á los Países Bajos á apresurar la llegada de un nuevo ejército español. Los parisienses estaban sumidos en la mayor agitacion: en vano los polítics habian intentado aprovecharse de la derrota de Ivry para abrir un camino al bearnés; los diez y seis y el clero redoblaron sus violencias, y la Sorbona declaró que los franceses estaban obligados en conciencia á impedir que Enrique se sentase en el trono francés como hereje, relapso y excomulgado, y aun cuando se convirtiera y llegara á lograr la absolucion. Los vecinos renovaron solemnemente el juramento de la Union, prometieron defender la ciudad hasta la muerte, y se prepararon con entusiasmo á sostener un

(1) L'Etoile. t. II, p. 39.—(2) Sully, t. I, p. 453.

sitio. Profundizaron los fosos, fortificaron las murallas, hicieron provision de víveres y armas, celebraron procesiones y revistas, y se ejercitaron en el manejo de las armas. Sus tropas regulares solo ascendian á cinco ó seis mil hombres, pero contaban treinta mil hombres de milicias y sesenta y cinco piezas de artillería. El legado Gaetano, y Mendoza, embajador de España, regularizaban la defensa. «Eran estos, segun decian los parisienses, el apoyo y sosten de todos los verdaderos católicos.»

Carlos X murió durante el sitio. Su muerte en nada cambió la situacion política, y tan solo dió mas animacion á las pretensiones de los competidores á la corona; no causó ninguna turbacion á la liga; todos los católicos convinieron en permanecer hasta la convocacion de los estados generales en la situacion provisional en que se hallaban viviendo este rey, y solo se ocuparon del sitio.

Durante los dos primeros meses, los sitiados se proporcionaban víveres por medio de frecuentes salidas, é iban á hacer su cosecha á arcabuzazos; pero habiéndole llegado á Enrique tropas auxiliares, hizo tomar por asalto todos los arrabales despues de un terrible combate «en que Paris aparecia nadando sobre un mar de fuego (27 de julio).» Los parisienses se vieron entonces presos dentro de sus murallas; fracasaron todas sus salidas; el hambre fué espantosa, y los políticos intentaron entregar la ciudad por traicion. Pero los predicadores conservaban siempre vivo el entusiasmo con su elocuencia que arrastraba al populacho; los diez y seis desbarataban todas las intrigas de los realistas; el duque de Nemours, que se habia hecho reconocer vecino de Paris, desplegó una infatigable actividad; las duquesas de Nemours, de Mayenne y de Montpensier recorrian sin cesar las calles alentando al pueblo, distribuyendo víveres y apaciguando los tumultos; los frailes, armados de espadas y arcabuces, hacian procesiones, guardaban las murallas, sostenian los asaltos y salian con los sitiados; fundiéronse el plomo y las campanas de las iglesias para fabricar balas y cañones, y se vendieron por fin los vasos sagrados para comprar harinas.

No ha existido nada tan sublime y elevado como el sentimiento de la fe profunda que animaba á esta poblacion de doscientas cincuenta mil almas, á la que en vano querian ridiculizar los rea-

listas, y que sostuvo las mas rudas privaciones con heroica constancia; y nada mas horrible que la agonía de tan inmensa ciudad durante cuatro meses. «La mano de Dios, decian los protestantes, ha caído sobre los matadores del san Bartolomé.» Los señores, el clero y los magistrados rivalizaron en celo y sacrificios: el legado y el embajador de España agotaron todos sus recursos para alimentar al pueblo: nació la yerba en las calles, fueron devorados todos los animales, se hizo harina con los huesos de los muertos, una mujer se comió á su hijo, y murieron de hambre en tres meses mas de treinta mil personas.

Felipe no desconocía que si sucumbía Paris se había perdido todo, y mandó á Alejandro Farnesio que marchase á auxiliar á la liga, aunque sacrificase los Países Bajos. Las provincias septentrionales estaban completamente separadas de las meridionales, y se hallaban en una situacion muy floreciente. Era su stathuder Mauricio de Nasau, hijo de Guillermo, gran capitán, á quien se considera como el regenerador del arte militar, y que inutilizó todos los progresos del duque de Parma: tenían por límite y barrera dos grandes rios, el Escalda y el Mosa, guarnecidos de numerosas fortalezas, y defendidos por ejércitos de aventureros; no debían temer el poderío de Felipe, trastornado aun con la pérdida de su *Armada*, ocupado en los acontecimientos de Francia y agotado en fin por los muchos y constantes esfuerzos que había hecho durante treinta años; habían ya estas provincias llevado fuera de su territorio sus fuerzas y actividad; sus naves hacían un vasto comercio, saqueaban las colonias españolas, y echaban los cimientos de la influencia holandesa en las Indias orientales.

Viendo el duque de Parma el poder de estos enemigos, desaprobaba la expedición al centro de Francia: solo contaba con un reducido número de tropas, eran muy escasos los refuerzos que le enviaba Felipe II, y no dejaba de conocer que Mauricio de Nasau sacaría gran partido de su ausencia. No obstante las órdenes expresas del rey católico le obligaron á entrar en el reino francés. Mayenne, que sabía la repugnancia del duque de Parma, consiguió algunas tropas españolas, trastornó el bloqueo de Paris, y aunque fué vencido, llegó á introducir un convoy en la ciudad.

Era en ella el hambre tan extremada y tan espantosas las enfermedades y la mortandad, que á la nueva del inesperado socorro, redobló su valor y su constancia este pueblo moribundo y descarnado, que á duras penas se arrastraba hasta las iglesias á oír los consuelos y promesas de sus predicadores. Compadecido Enrique de los sufrimientos de Paris é inquieto con la llegada de los españoles, entabló negociaciones; pero el odio de los parisienses se había exasperado con los trabajos, y desecharon todas las proposiciones.

Componíase entonces el ejército real de treinta y cinco mil hombres: no se atrevió á intentar un asalto y sostuvo el bloqueo con el mayor rigor; «pero á pesar de las prohibiciones severas, todos los que en el ejército rechazaban á un rey hugonote, los gobernadores de las plazas cercanas y los jefes de las tropas dejaban entrar víveres en Paris por dinero ó por alhajas, y si el rey hubiera sido obedecido con exactitud, no hubiesen podido los parisienses esperar el auxilio del duque de Parma (1).» El mismo Enrique, diez dias antes de alzar el sitio (20 de agosto de 1590) dejó salir tres mil personas inútiles para la guerra, mujeres y niños, y despues á todos los que quisieron, hasta sus mas encarnizados enemigos. Permitió tambien, contra todas las leyes de la guerra, que pudiesen entrar víveres para los príncipes y princesas que se hallaban en la ciudad (2).

Farnesio salió de Valenciennes el 4 de agosto con catorce mil infantes, tres mil caballos y veinte cañones. Su marcha causó á todos admiracion en una época en que los ejércitos caminaban sin víveres ni municiones, arruinando todo lo que hallaban al paso, deteniéndose en los rios sin pontones, siendo sorprendidos por sus enemigos y sin guias. El ejército español por el contrario observó una disciplina perfecta en todos los países por donde pasó, sus convoyes iban seguros, siempre estaban dispuestos sus bagajes, y fortificados sus campamentos. Llegó el 23 á Meaux, se juntó con el ejército de Mayenne, que se componia de doce mil hombres, pasó el Marne, y se paró de lante de Lagny, cuya poblacion interceptaba por el rio los víveres á Paris y tenia una considerable guarnicion realista. Solo le faltaba una jornada para hallarse en las líneas del bearnés.

(1) Sully, t. II, p. 4 y t. VI, p. 29.—Goulard, p. 307.—(2) L'Etoile, t. II, p. 85.

Enrique se empeñaba en tanto en seguir el bloqueo de París, creyendo que había llegado á su término la constancia de sus habitantes; pero estos permanecieron constantes, y no atreviéndose entonces á esperar á los españoles en sus líneas, alzó el sitio y avanzó por las llanuras de Chelles para dar la batalla, mientras los parisienses se arrojaban fuera de sus puertas para reunir provisiones (30 de agosto de 1590).

Farnesio deseaba conservar su ejército para los Países Bajos, y no era tan imprudente que expusiera al riesgo de una batalla lo que era suyo. Su único objeto era abastecer á París. Dejó que ambos ejércitos se entretuvieran con escaramuzas durante cuatro días en las llanuras de Chelles delante de los muros de Lagny, y después aparentó aceptar la batalla (5 de setiembre). Los realistas se lanzaron con gritos de alegría, pero los españoles estaban atrincherados en una posición formidable y cubrían su artillería, que desde la orilla izquierda cañoneaba á Lagny al través del río. Farnesio hizo pasar entonces algunos batallones á la orilla derecha, que tomaron la plaza por asalto á los ojos de los realistas, y una nube de barquichuelos, que se lanzaron sobre el Marne, llevaron la abundancia á París.

Enrique quedó profundamente humillado; el heroísmo de los parisienses y la toma de Lagny oscurecieron todo el brillo de la victoria de Ivry. Perdió sin combatir todo el fruto de sus trabajos, y volvió á sucumbir á su primera nulidad, perdida la reputación y después de haberse acrecentado el odio de sus enemigos. Lleno de cólera y desesperación, dió de improviso dos ataques á París (7 de setiembre); pero fué rechazado, y vió entrar en la ciudad el ejército de Farnesio y de Mayenne (18 de setiembre). Se halló entonces reducido á la más terrible perplejidad ante el brillo de las felices victorias de sus enemigos (1).» Repartió su ejército por la Normandía, Turena, Borgoña, Champaña y Picardía, se retiró á Compiègne con un cuerpo de caballería, y resolvió seguir la campaña con partidas sueltas.

§. V.—*Desunion de los realistas.—Enrique IV obtiene el apoyo de Inglaterra, Holanda y Alemania.*—Cumplida ya su misión, Farnesio se apresuró á regresar á los Países Bajos, donde los holandeses habían alcanzado algunas victorias; y después de haber des-

(1) Sully, t. II, p. 6.

pejado el paso del Sena con la toma de Corbeil (13 de noviembre) dejó algunas tropas á Mayenne, volvió á tomar el camino de Flandes, burló todos los esfuerzos de una division realista, que le salió al encuentro, y ganó la frontera.

Tan desanimado quedó Enrique, que dejó pasar un año entero sin acometer ninguna empresa importante, y volvió á empezar la guerra con la toma de castillos insignificantes, que no le hubieran conquistado el reino aunque viviera cien años. Los hugonotes habian perdido todas sus ilusiones; si se asociaban con los polífticos para hacer triunfar al bearnés, no lo hacian por adhesion y confianza, sino porque esperaban de él condiciones mas ventajosas que de otro, y porque habian logrado el restablecimiento completo de los edictos de Bergerac y de Fleix.

Los polífticos consideraban la religion como un objeto secundario; unos, como Biron y su hijo, Crillon y Ornano, solo anhelaban su propio engrandecimiento; otros, como Thou, Pasquier, y casi todos los parlamentarios, miraban el triunfo de la monarquía como circunstancia para restablecer el orden y la legalidad. Finalmente «la mayor parte de los católicos estaban cansados de esta guerra, y dispuestos á separarse de Enrique y formar un partido aparte, ó á juntarse con los de la liga, con los cuales tenían mas simpatías que con los hugonotes.»

El bearnés se hallaba muy apurado en medio de todos estos partidos; reprendia á sus amigos, halagaba á sus contrarios y se esforzaba en unir á los mas enemigos. Pero como sus operaciones militares dependian de la voluntad de sus partidarios, resolvió libertarse de sus caprichos interesados introduciendo en las filas de su ejército un número considerable de extranjeros. Envió con este objeto á Inglaterra al vizconde de Turená, uno de los protestantes mas hábiles, pero apesar de todas sus súplicas solo pudo conseguir siete mil ingleses. Isabel tenia un vivo interés en no tolerar que una sola y vasta potencia amagase desde el Escalda hasta el estrecho de Gibraltar las pequeñas islas británicas; ya con este objeto habia hecho desesperados esfuerzos para arrancar á la Francia del catolicismo, aislar los Países Bajos y la España, y herir en el corazon el poderío del gran rey; y empezaba á cansarse de dar á Enrique auxilios gratuitos porque preveia su conversion.

El vizconde de Turéna partió á Holanda, donde le prometieron dos mil quinientos hombres, cincuenta naves de guerra y un movimiento de rebelion en Flandes si el duque de Parma hacia otra expedicion á Francia. Despues se dirijió á Alemania, donde conoció la inquietud en que se hallaban los electores y las ciudades libres por la excesiva ambicion de la casa de Austria, que intentaba reunir la corona de Francia á las muchas que ceñia para dominar el imperio. Alistó en este país cuatro mil caballos, ocho mil infantes y una selecta artillería, y los condujo en persona. Reconoció Enrique á los servicios de Turena, le casó con la heredera de la pequeña soberanía de Bouillon y Sedan (1), formándose de este modo un aliado en la frontera de Champaña.

Los refuerzos extranjeros iban á aumentar el ejército real hasta cuarenta mil hombres; mientras llegaban, Enrique intentó sorprender otra vez á Paris; despues atacó á Chartres (12 de abril de 1591), que era la segunda plaza de la liga, y se apoderó de ella; y desde allí se dirigió hácia Noyon, que tomó (18 de agosto) á pesar de Mayenne que acudió en su defensa. Todos estos triunfos no hacian adelantar un solo paso su causa, pues el núcleo de su poder y el fin de su empresa era la toma de Paris.

§. VI.—*Desunion de los de la liga.—Los diez y seis se apoderan de la autoridad y son vencidos por Mayenne.*—Cuándo se calmó en Paris el entusiasmo de la defensa, sus vecinos empezaron á cansarse de una guerra tan interminable, de sus sufrimientos sin tregua ni alivio, de la paralización de su comercio, y de los numerosos desastres que experimentaban. Se llegó á celebrar en ella una asamblea formada de magistrados, regidores, jefes de milicias y algunos vecinos, «donde se propuso que se intimase al rey de Navarra á que se hiciese católico.» Se alarmaron los directores de la liga, desterraron á la mayor parte de los individuos que habian acudido á esta asamblea; y reanimaron por medio de los predicadores el odio contra el hereje navarro. «Si os fiais del malvado y excomulgado, decia el clero de Paris, bien pronto os vereis privados del santo sacrificio de la misa, de nuestras hermosas y sagradas ceremonias; y matando á vuestros sacerdotes, convertirá nuestros ricos templos en establos pa-

(1) Carlota de la Mark. El nuevo duque fué padre del gran Turena.

ra sus caballos, y hará de nuestros sacros ornamentos libreas para sus pajes y lacayos (1).»

La liga pidió á la corte de Roma que defendiera su santa causa; y Gregorio XIV, que acababa de suceder á Sixto V y era enteramente adicto á España y á la causa católica, envió á Francia un reducido ejército, con inmensas sumas de dinero, renovó la excomunion contra Enrique, y fulminó contra sus partidarios las bulas mas severas (marzo).

Estas medidas desconcertaron á los políticos que por lo tanto se apresuraron á que el parlamento de Tours condenase las bulas del pontífice, y siguió la confusion en el partido de la liga. Desapareció la organizacion antigua del estado y se hicieron independientes los gobernadores de las provincias (2). Felipe II declaró á Mayenne que era preciso convocar los estados para elegir un rey católico, y que «no daría dinero ni soldados hasta que los franceses hubieran reconocido á su hija como reina y propietaria de Francia.»

El duque de Saboya se habia apoderado de la Provenza, donde fué reconocida su autoridad por los estados, la nobleza y el parlamento, y habia intentado extender su dominacion por el Delphinado. Lesdiguières restableció el parlamento de Grenoble en esta provincia (22 de diciembre), manteniendo el culto católico, y atrayendo á la mayor parte del país á la autoridad del rey, ó por mejor decir, á la suya. El Lionés y gran parte de la Borgoña se hallaban sujetas á la dominacion del duque de Nemours, el cual despues de haber tenido desavenencias con Mayenne, pedia la proteccion y el dinero de España. El duque de Mercoeur manifestaba sin rebozo en la Bretaña la ambicion de hacerse reconocer como heredero de los antiguos duques, y combatia con el príncipe de Dombes y el valiente Lanoue que murió durante esta guerra. El Anjou y el Maine secundaban el movimiento de la Bretaña, y «como, segun decian, no habia ningun rey en Francia» no reconocian mas soberano que Felipe II. Montmorency y Joyeuse se hacian la guerra en el Languedoc como príncipes independientes, el uno invocando á la liga y el otro en nombre del rey; el primero tenia su parlamento y sus estados en Tolosa, el

(1) L'Etoile, año 1597.—(2) Marillac, pág. 472.

segundo en Carcasona; Joyeuse estaba apoyado por los españoles y Montmorency por los hugonotes. Una espantosa anarquía cuyo término no se preveía, devoraba todo el reino, y la liga, que habia sido instituida para salvar la unidad monárquica, era la causa ó pretexto del desmembramiento del reino. Mayenne era partidario de la unidad, pero para que sirviera á su autoridad y gobierno (1); y no tan solo tenia que recelar las pretensiones del rey de España, de los duques de Saboya, de Lorena, de Mercoeur y de Nemours, sino tambien las del jóven duque de Guisa que acababa de huir de su prision, y á quien toda la liga habia recibido con aclamaciones de júbilo (5 de agosto de 1591).

Los enemigos mas temibles y encarnizados de Mayenne eran los diez y seis que entorpecian la marcha del gobierno con continuos obstáculos, descubrian sus negociaciones con el bearnés, estaban en correspondencia con España y el papa, y le pedian sin descanso la restauracion del consejo de la Union, «corporacion soberana de todo el partido, cuya disolucion solo podia causar desunion y ruina.» «Decian los diez y seis que no obraban así por satisfacer las mezquinas ambiciones de algunos señores que habian desobedecido á Enrique III y que tantos franceses habian sacrificado al mismo tiempo que su vida sus haciendas, sino para libertar la liga de todas las miras personales y conducirla á su verdadero objeto, á la conservacion de la religion y de la unidad nacional.»

El único medio de conseguir su deseo era, segun ellos decian, la formacion de un nuevo estado tomando por rey al gran protector de la Union ó al jóven duque de Guisa casado con la hija de Felipe II, pero no dejándole mas que los honores del trono y dando toda la soberanía á los estados generales, los cuales habian de nombrar los ministros, establecer y recaudar los impuestos, hacer la guerra ó la paz, etc. Alguno de los antiguos ejecutores del San Bartolomé, ó descendiente de los carniceros que habian dominado á Paris en 1413, no veian otro camino para llegar á este desenlace que el sistema del duque de Alba, los patíbulo ó el destierro. Esta era tambien la opinion de la gene-

(1) No quiso dar nunca en propiedad á sus partidarios las ciudades y provincias que gobernaban, sino con condicion de reconocerle por rey como hijo de Hugo Capeto. (Memorias de Fontenai-Mareuil, t. I, p. 137.)

ralidad del clero, que continuamente lanzaba sus dieterios contra el rey ateo y tirano, y pedia sin cesar un nuevo San Bartolomé contra los políticos y parlamentarios. Los habitantes de los mercados y los artesanos aprobaban con furor estas sangrientas ideas, consideraban que era muy lenta la justicia para con los traidores, y acusaban al parlamento porque desaprobaba las ejecuciones.

Los diez y seis determinaron entonces hacerse dueños del poder; y aprovechándose de la ausencia del duque de Mayenne, que habia salido á campaña contra el bearnés, se reunieron en secreto y nombraron una comision de diez miembros para tomar las medidas necesarias para la salvacion del estado (8 de noviembre de 1591). «Señores, dijo uno de ellos, no debemos esperar justicia del parlamento, y es hora ya de valerlos del acero.» Por mandato de esta comision el comandante de la Bastilla, Bussy-le-Clerc, puso sobre las armas á las milicias urbanas y se apoderó de todas las calles que conducian al palacio, fueron arrestados el primer presidente Brisson y los consejeros Larcher y Tardif, y conducidos al Chatelet donde hallaron un verdugo y un sacerdote (15 de noviembre).

Les leyeron allí el fallo del consejo de los diez y seis que los condenaba á muerte, y fueron ahorcados en el acto. Esta ejecucion llenó de terror á todos los políticos, y fué la señal de una revolucion que hizo caer el poder en manos del populacho: los diez y seis confiscaron los bienes de los sospechosos, mudaron las autoridades municipales y los comandantes de los barrios, se apoderaron de las rentas públicas, escribieron largas listas de políticos, «que debian desterrar, ahogar, ahorcar y descuartizar,» y escribieron al rey de España ofreciéndole la corona.

En una inmensa convocacion del pueblo se resolvió enviar una diputacion á Mayenne invitándole á que legitimara la revolucion popular estableciendo: 1.º un tribunal extraordinario, bajo el nombre de *Cámara ardiente*, para juzgar á los herejes, traidores y conspiradores contra la religion y el estado; 2.º un consejo de guerra cuyos miembros habian de nombrar los diez y seis, y sin el cual no pudiera tenerse ninguna conferencia con los enemigos; 3.º una comision de hacienda elegida por el pueblo.

Enrique IV habia reunido ya en esta época todos sus auxi-

liares extranjeros, y se dirigia á Ruan para ponerle sitio (10 de noviembre). Mayenne le observaba y apremiaba al duque de Parma para que viniera á libertar esta ciudad: quedó aterrado al saber los acontecimientos de Paris, conociendo que él mismo no se veria libre del comité secreto, que disponia despóticamente de las vidas y haciendas de los ciudadanos, y que decia «que si los diez y seis habian elevado al duque á lo que era entonces, los mismos podian derrocarlo cuando les conviniera ó quisieran (1).» A instancias de los parlamentarios y de la clase media de Paris, se resolvió á abandonarlo todo para aniquilar este nuevo y terrible poder. Recibió con semblante cariñoso á la diputacion de los diez y seis, les dijo que queria ir á Paris para juzgar del estado de las cosas, dejó su ejército en Laon al mando del duque de Guisa, y entró en la capital con tres mil hombres escogidos.

Sin pérdida de tiempo mandó poner sobre las armas á las compañías urbanas, las mezcló con sus tropas, ocupó las calles mas principales y rodeó la Bastilla que se rindió sin tardanza (28 de noviembre).

Bussy-le-Clerc huyó á Bruselas, fueron arrestados y conducidos al cadalso cuatro de los matadores de Brisson, se abolió definitivamente el consejo de la Union, y fueron confiadas las funciones municipales á los políticos mas declarados (4 de diciembre). En vano el clero y la Sorbona exclamaron diciendo que esto era una traicion, en vano el conde de Brissac dijo á Mayenne «que el difunto rey no se habia atrevido nunca á hacer otro tanto,» y en vano también el embajador de España le amenazó con la cólera de su soberano; el teniente general se mantuvo firme, y derrocó todo lo que habian establecido los diez y seis que no volvieron á alzarse jamás. Su caída fué, no solo la del partido popular, sino la de toda la liga: los diez y seis eran personas violentas y sanguinarias, pero á su enerjía se debia la defensa heroica é invencible de los parisienses, y estaban dispuestos á sufrir y hacer toda clase de sacrificios en favor de la Union. Su caída fué la causa de hundirse el pueblo en la desconfianza y el desaliento, y la clase media recobró el poder sin ilusion, resignada ya de antemano á la paz y dispuesta á ceder á sus ene-

(1) L'Étoile, t. II, p. 208. En esta época se habia recibido ya en esta ciudad una comision de hacienda elegida por el pueblo.

migos. El mismo Mayenne se habia suicidado encarnizándose contra los diez y seis, daba alas al partido moderado, preparaba una transaccion y anunciaba la restauracion del poder real.

§. VII.—*Siejo de Ruan.—Combate de Aumale.—Toma de Claudebec.—Llegada y retirada del duque de Parma.*—Enrique IV formalizó entretanto el sitio de Ruan con un ejército de cuarenta mil hombres, entre los cuales apenas habia ocho mil franceses (3 de diciembre). Era gobernador de la ciudad Villars-Branca, persona enteramente adicta á la liga; la plaza tenia una guarnicion de seis mil hombres y estaba bien provista de víveres y municiones; se defendió con valor esperando el auxilio del duque de Parma, que habia salido de los Países Bajos con veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos (16 de enero de 1592).

Enrique IV, cuyo ejército habia experimentado enormes pérdidas con el frio y las enfermedades, dejó el mando del sitio á Biron, y salió con cinco mil caballeros escogidos á hostigar á los españoles, que caminaban segun costumbre á pequeñas jornadas, y acababan de juntarse con las tropas de Mayenne y el reducido ejército pontificio. Esta era la guerra que mas agradaba á Enrique; como intrépido soldado «armó bien toda su nobleza,» y prodigó el mas brillante valor en numerosas escaramuzas en las que arriesgó su vida sin provecho para su causa. Avanzó tan locamente entre las filas de los españoles en uno de sus encuentros cerca de Aumale, que rodeado por toda la caballería hubiera caído sin duda alguna prisionero á no ser por la lealtad de sus nobles, que sacrificaron sus vidas para proteger su fuga (1) (5 de febrero). Y para contener la persecucion de los españoles, fué preciso que sus capitanes se atrincherasen en el Bresle cerca de Neufchatel, pues sin este obstáculo hubieran llegado á Ruan los libertadores, y sorprendido el campamento sitiador.

Villars en tanto venció á Biron y se apoderó de sus líneas (25 de febrero); Enrique intentó volver á empezar el sitio, pero tuvo que alzar el campo al aproximarse Farnesio (15 de marzo). Enrique perdió en esta ocasion mas gente que en Paris, se dis-

(1) «Creia que iba á pelear con un general, dijo el duque de Parma, y no con un carabiniere (caballeros armados de carabinas).» Enrique respondió á esto: «el duque hace bien en ser prudente, él solo se expone á perder una conquista, pero yo arriesgo mi fortuna y mi corona.»

persó una gran parte de su nobleza, y él se retiró al país de Caux (10 de abril).

El duque de Parma sitió á Caudebec, para desembarazar enteramente el curso del Sena, y lo tomó fácilmente, pero fué herido peligrosamente en el combate y dejó el mando de las tropas al duque de Mayenne (25 de abril). Aprovechándose Enrique de la creencia en que se hallaba este príncipe de que el ejército real se había dispersado y desecho, reunió en muy pocos dias veinte y cinco mil hombres, se apoderó de todos los pasos situados entre Caudebec y Ruan, y encerró á Mayenne en un triángulo formado por el Sena, el mar y una série de destacamentos que se extendian desde Caudebec á Dieppe por Ivetot (30 de abril). El ejército español se halló bien pronto sin víveres, las tropas reales lo estrecharon cada vez mas para empujarlo hasta el Sena, que en esta comarca tiene mas de un cuarto de legua de anchura; una escuadra holandesa ocupó el rio en Quilleboeulf, sin dejarle ninguna salida, y Mayenne estaba expuesto á rendirse.

Farnesio reparó el yerro de Mayenne, hizo armar en Ruan barcos que bajaron sin ser vistos hasta Caudebec, fortificó todas las cercanías del rio con numerosos reductos y reunió en ellos todo su ejército (20 de mayo). Enrique se dispuso á atacarle, pero los españoles pasaron el rio por un puente de barcas en una sola noche, sin que los realistas concibieran la menor sospecha, y no dejando en los reductos mas que una retaguardia que hizo una vigorosa resistencia y logró salvarse. El duque de Parma se dirigió por la orilla izquierda á marchas forzadas, llegó á Saint-Cloud, volvió á pasar el Sena, dejó en Paris un cuerpo de mil quinientos hombres, subió por el Marne, y en diez dias de camino llegó á las fronteras de los Países Bajos.

Vuelto de su estupor Enrique quiso apoderarse de Pont del Arche, atravesar el Sena y disputar á los españoles el paso del Eure, pero impidiéndoselo los ingleses y holandeses que querian regresar á su país, y los alemanes y suizos que le pedian dinero, dejó pasar el tiempo oportuno, licenció su ejército, y profundamente irritado al verse vencido por segunda vez, sin combatir por un hombre casi moribundo, corrió con una division de tres mil caballos al través de la Picardía y la Champaña, y vió á lo léjos á los españoles que volvian á cruzar la frontera.

El duque de Parma murió de resultas de su herida (2 de diciembre).

§. VIII.—*Doctrinas de la soberanía del pueblo.*—*Poder de Felipe II en Francia.*—*Estados de Paris.*—Todos los partidos estaban convencidos de que la fuerza no podría nunca resolver la cuestión; las tomas de ciudades y castillos, las victorias y las derrotas, de las que todos salían descalabrados, arruinaban el país, pero á nada satisfactorio conducían, y era opinion muy general, la de la transaccion y el olvido de todo lo pasado. Todos negociaban y trataban mutuamente, ya en público, ya en secreto, y Mayenne mismo hizo á Enrique proposiciones exorbitantes que no tardó en hacer públicas este con estudiado empeño. Solo quedaba un medio de alumbrar tan espantoso caos; apelar á la voluntad nacional y convocar los estados generales.

La liga esparcía por todas las naciones la doctrina de la soberanía del pueblo; los escritos de los jesuitas y del cardenal Belarmino habian aceptado y aprobado esta doctrina, con el objeto de sobreponer la Iglesia al estado; y los púlpitos hablaban sin cesar del derecho imprescriptible que tienen los pueblos para arrojar del trono á los enemigos de su religion y de sus leyes. «Las asambleas de los estados, decían, disfrutaban del poder público y la majestad suprema, la libertad de atar y desatar, y la soberanía en su origen: el trono procede del pueblo, no por necesidad ni violencia, sino por libre eleccion (1).»

Los protestantes y tras estos los políticos oponían el derecho divino de los reyes á estas ideas tan latamente democráticas, sacadas de las creencias sacerdotales de la edad media, que tendían á hacer predominar lo espiritual sobre lo temporal; atacaban la union monstruosa de la soberanía popular y la sacerdotal, y recordaban que el poder de la Iglesia no es de este mundo. «Dios solo es el que impone los reyes al linaje humano, decían ellos; es preciso aceptar el soberano que Dios envía, aunque sea hereje y tirano, y nunca un pueblo ha tenido derechos para quitar al príncipe los suyos (2).»

Facil es conocer por lo que antecede que los protestantes, los parlamentarios y en especial Enrique no eran de parecer de con-

(1) Sermon de Juan Boucher en 1594.—(2) Pasquier, p. 341.

vocar los estados generales, pues los representantes de la nación podían con su voto destruir de un golpe las pretensiones del bearnés. Aun temía más Mayenne la convocación de los estados, pues desde la ruina de los diez y seis era mirado con desconfianza y odio por el pueblo; pero no pudo dar una excusa razonable, y después de largas dilaciones los convocó para el día 17 de enero de 1593.

Felipe II había sido el que con más ardor había impelido á los católicos á dar este paso, y veía á la Francia tan anhelosa y entusiasta en defensa de su fe, que no dudaba de alcanzar una inmensa mayoría. Después de haber libertado á París de sus enemigos, ejercía este monarca tan inmenso ascendiente por sus soldados, su dinero y su nombradía, que reinaba en realidad en Francia, más que como aliado, cual soberano. Las autoridades, las ciudades y los nobles seguían con él una correspondencia continua; pedían su protección en todas partes; no se hacía nada sin consultarle antes y recibir su mandato; sus tropas ocupaban la Provenza, el Languedoc, la Bretaña y la Picardía; sus agentes recorrían ciudades y aldeas tramando oscuras y hábiles intrigas; distribuía dinero á todos los que tenían crédito y al mismo Mayenne, y alimentaba á cuatro mil parisienses, á quienes daba una cantidad de grano y cuarenta y cinco sueldos por semana. Cuando se terminaron las elecciones envió á Francia una embajada extraordinaria presidida por el duque de Feria; escribió á los diputados, á los que halagó y corrompió; renovó sus promesas á la liga, y á petición de los jefes de esta, no titubeó, á pesar de haberle costado tres mil escudos mensuales las tropas que tenía ya en Francia, de enviarles cinco mil infantes y mil quinientos caballos «para asegurar la paz y la libertad de los estados durante sus deliberaciones (1).»

Jamás ninguna asamblea francesa había tenido que llevar á cabo una tarea tan inmensa y de tanta trascendencia; se trataba por la vez primera de nombrar un rey y reconstituir la monarquía por medio de un acto de soberanía nacional. Pero los estados generales no eran una institución popular, y tenían un carácter demasiado moderno para que pudiesen ser útiles en una

(1) Archivo de Simancas, según Capefigue, t. VI, p. 203.

sociedad enteramente feudal aun entonces. Era un remedio extremo de que se echaba mano en las circunstancias graves, y cuando no sabian ya que hacer el gobierno y la nacion, y se habian mostrado siempre junto al poder llenos de deplorable servilismo ó deshonrados de una incapacidad absoluta en sus proyectos de reforma. Habian redactado reglamentos notables de legislacion civil y administracion, pero jamás habian dado muestra de genio político; nunca les habia sido posible poner á raya al despotismo real, refrenar las injusticias aristocráticas, ni encadenar las violencias populares. Empezaban además á encontrar un rival en el parlamento de Paris, al que bien pronto veremos sustituir á la representacion nacional, y publicar por consiguiente decretos políticos, dar la regencia, negar los impuestos, y representar en fin todos los actos de poder legislativo.

Los estados de 1593 llegaron pues al apogeo de su mision; las elecciones habian sido hechas bajo la influencia del duque de Mayenne y de su partido frio, egoista y vacilante; dieron á la asamblea hombres muy católicos sin duda alguna, pero que no se atrevieron á servir con franqueza á los exaltados, á los políticos, á Mayenne, á Felipe II ni á Enrique IV, y que fueron tan insignificantes, que ni siquiera se imprimieron las deliberaciones y actas de la asamblea, en un siglo en que la prensa publicaba tantos folletos y escritos inútiles.

Se verificó la apertura de los estados el 25 de enero, pero solo sirvieron de velo á todos los partidos hasta el mes de marzo, en tanto que se cruzaban en torno suyo para la eleccion del rey las intrigas mas oscuras y contradictorias. El duque de Feria publicó una declaracion de Felipe II reclamando el trono para su hija, y anunciando que queria casarla con un archiduque de Austria. Este proyecto hirió el sentimiento nacional, lo combatieron todos los príncipes que pretendian la mano de la infanta; Mayenne redobló su astucia para entorpecer la eleccion y hacer triunfar la suya, y los duques de Nemours, de Guisa, de Saboya y de Lorena, rivalizaron con él en intrigas bajas y complicadas, en las que campeaban en primera línea las peticiones de dinero á Felipe II.

Todo esto tenia lugar fuera de los estados, sin disimulo algu-

no y con bastante claridad para indisponer al pueblo contra las miras interesadas de sus jefes y su ademan humillante y ruín ante un príncipe extranjero. Se aproximaron los moderados de ambos partidos; ridiculizaron en un folleto muy satírico y gracioso llamado *Sátira Menipea* la lentitud y timidez de los estados, la avidez y egoísmo de los jefes de la liga y la belicosidad y espíritu revolucionario del clero, y atraieron un crecido número de católicos que veían en Enrique de Bearne la única solución de tantos obstáculos é intrigas.

§. IX.—*Conferencias de Suresne. — Decreta el parlamento la observancia de la ley sálica. — Conversion de Enrique IV.*—Enrique presagiaba el peligro en que ponía su causa la convocación de los estados; ya estaba cansado de las exigencias, quejas y rebeldía de sus partidarios; sabía que la mayor parte de ellos solo trabajaban por su cuenta, «y que tanto los de una como de otra religion solo tenían por objeto rebajar y escatimar el poder y la autoridad del trono (1).» Había probado además algunos desastres, acababa de perder en el sitio de Epernay á Biron, su mejor jeneral (16 de julio de 1592), y no veía el término de su vida aventurera. Sus victorias solo habían servido para acrecentar el odio que le tenían sus antiguos é irreconciliables enemigos, conocía por fin que la Francia estaba resuelta á sufrir las mas espantosas calamidades y á intentar toda clase de esfuerzos para defender y conservar su culto, y que era inútil imaginar que cedería; que era forzoso pues que cediese él, que capitulase con ella y se convirtiese á sus instituciones; y aun que vencedor, érale preciso abrazar el partido de los vencidos y legitimar su derecho hereditario satisfaciendo la voluntad nacional.

Pensó desde entonces seriamente en hacerse católico, y declaró á sus amigos una nueva política que iba á efectuar la transacción (27 de enero de 1593).

Desde que se abrieron los estados, los católicos del ejército real, «fatigados de las calamidades de la guerra y sabiendo con certeza la santa y acertada intencion del rey, ofrecieron entablar una conferencia con el duque de Mayenne y otras personas

(1) Sully, t. II, p. 112.

reunidas en la ciudad de Paris, para buscar un remedio á los males del reino.» Esta proposicion causó quejas y rumores; pero á pesar de los clamores de los frailes y algunos otros individuos del bajo clero, los estados resolvieron aceptar la conferencia (4 de marzo), indicando á Suresne por sitio de la reunion, y se concluyó una tregua para todas las cercanías de Paris (29 de abril).

La negociacion no tuvo al principio ningun resultado; los realistas sentaban por base la obediencia al rey natural, y los de la liga la unidad de religion; pero habiendo conducido los primeros á los segundos á argüir solamente de la falta de cualidad religiosa para reconocer el trono de Enrique, declararon que el rey acababa de enviar una embajada al papa para obtener el levantamiento de la excomunion lanzada contra él, y de convocar en Mantes una reunion de obispos y doctores para instruirse en la religion católica. Los de la liga desconfiaron de esta declaracion, diciendo que la conversion de Enrique era mas un golpe de estado que de religion; manifestaron que ellos no iban á tratar como vencidos é inferiores en poder, sino como iguales al reconocer al rey, y en fin presentaron sus proposiciones (17 de mayo) que eran: 1.º que la religion católica debía ser la única religion del estado; 2.º que el culto calvinista seria tolerado solo por un número determinado de años; 3.º que no serian admitidos á ningun cargo los protestantes; 4.º que se habian de convocar los estados generales cada seis años; 5.º que se darian los gobiernos principales de las provincias á los jefes de la liga, etc.

Discutiéronse detenidamente estas bases, cuya tendencia á limitar el poderío de la nueva monarquía era tan notoria, é imponian un contrato con el cual daban á la nacion garantías contra Enrique. Este conoció á primera vista el peligro y se decidió á cortar las discusiones con su conversion al catolicismo.

Estas conferencias despertaron el entusiasmo y celo de los de la liga, los cuales hicieron repetidas y solemnes protestas. Felipe II concibió serias alarmas y amenazó á sus amigos con la negativa de todo auxilio; los predicadores y exaltados del partido católico renovaron todas sus violentas diatribas, y dijeron que valia mas tener un rey católico y extranjero que un francés hereje; y no atreviéndose los estados á arrojarse abiertamente en favor de la transaccion, aunque se hallasen dispuestos á eje-

cutarlo adoptando las conferencias, abandonaron la elevada misión de que estaban encargados á las intrigas de los individuos. El duque de Feria propuso en fin con formalidad en una sesión solemne la elección de la hija de Felipe II, como biznieta de Enrique II y la más próxima heredera de Enrique III (28 de mayo). Esta proposición fué acogida con disgusto y rumores, y el obispo de Senlis, uno de los más ardientes partidarios de la liga, declamó con violencia contra los españoles, que se ocupaban más de sus intereses que de Dios: «Jamás, dijo, consentirá la nación en dar la corona á mujeres, y menos aun en sufrir la dominación de los extranjeros (1).»

Los diputados respondieron con aplausos á este discurso que llenó de terror al embajador, y Mayenne preguntó á este insidiosamente cual era el esposo que Felipe destinaba para su hija. El duque de Feria respondió que el archiduque Ernesto, y estallaron murmullos por todos lados. Los estados entonces declararon «que no tenían instrucciones ni poderes para derrocar la ley fundamental del reino, ni para reconocer un rey que no fuera de la nación; pero que podrían disponer de la elección de príncipe francés, en el caso de casarlo con la infanta (20 de junio).»

El pueblo aplaudió la decisión de los estados y llenó de injurias al embajador español. Este trató de reconquistar la opinión pública declarando que Felipe estaba dispuesto á dar su hija á un príncipe francés, y algunos días después declaró que había elegido al duque de Guisa (14 de julio).

Si el embajador hubiera hecho esta declaración con franqueza desde la apertura de los estados, tal vez se hubiese captado la aprobación de los católicos, pero en aquel entonces era demasiado tardía, y una nueva autoridad había hecho vencer y decidir la cuestión. Era el parlamento, que á instancias de Mayenne salió de la oscuridad en que yacía desde la muerte de Brisson; después de una solemne deliberación, publicó un decreto por el cual mandó «que se elevara al teniente general una representación, para que no se llevase á cabo ningún tratado dirigido á transferir la corona á las sienes de ningún príncipe ni princesa extranjeros, declarando que todo lo que hubiera hecho

(1) Davila, HB. XIII. *... se ocupaba de hallar un príncipe francés para casarlo con la infanta, y no atreviéndose los estados á rechazarlo, se inclinaron al fin á su favor de la manera que se halla en el texto de la historia.*

ó se hiciera en adelante para la coronacion de una princesa ó príncipe que no fueran franceses, se consideraria de ningun valor ni efecto, como hechos en perjuicio de la ley sálica y otras leyes fundamentales del reino (1) (28 de junio).»

Este decreto tuvo un eco inmenso en todo el reino; Mayenne lo sostuvo con toda su autoridad, los estados se valieron de él para aplazar la elección, y libertaron á la Francia de la dominacion de la casa de Austria. Triunfaba el partido de la transaccion; la cuestion estaba ya limitada á la casa de Guisa ó á la de Borbon; Enrique se decidió, como escribia á su querida Gabriela de Estrées, «*à dar el salto mortal* (2).» «Paris bien vale una misa,» dijo entonces repetidas veces.

El partido protestante estaba alarmado con la próxima apostasia de su jefe: jamás habia confiado de este rey ingrato, libertino y perjuro á quien habia servido para evitar una division que hubiera causado su ruina; ahora que veia este partido justificados sus temores, se desahogaba en quejas, reclamaciones y amenazas, tenia secretas asambleas, hablaba de tomar por protector al duque de Bouillon, y hasta de hacer la guerra, «aunque la mayor parte de los protestantes no pedian mas que la libertad de conciencia, la paz y la seguridad de sus personas (3).» Enrique declaró su resolucion á sus antiguos compañeros; pero retrocedia al pensar que estaba próximo á ponerla por obra. Algunos cortesanos ambiciosos é indiferentes á todas la religiones, le decian «que nunca podria reinar pacíficamente, hasta que no hiciese profesion exterior de una religion que aborrecia la mayor parte del reino (4).»

El rey «sentia mucho disgusto y humillacion al verse forzado en su conciencia tan indignamente,» su orgullo estaba herido al abandonar á los hugonotes que habian cimentado su fortuna, á sus celosos y desventurados servidores, «cuya sangre habia devorado en sus dias de desgracia y de peligro (5);» á todos aquellos en fin con quienes vivia hacia veinte años «y que le habian llevado sobre sus hombros hasta el otro lado del Loira.»

Los católicos de su partido estaban tambien cansados y dis-

(1) L'Etoile, t. II, p. 406.—(2) Id. ibid. p. 471.—(3) Duplessis-Mornay, t. V, p. 336.

—(4) Sully, t. II, p. 94.—(5) Duplessis-Mornay, t. V, p. 335.

gustados de tanta dilacion, arrepentidos de los sacrificios que habian hecho por un príncipe que no cumplia su primera promesa, abatidos con una guerra cuyo fin no se veia, y decididos en fin á no seguir mas á un «rey educado á lo hugonote que corria noche y dia para sostenerse de rapiñas, alimentándose con lo que hallaba en las chozas de los desgraciados campesinos, calentándose al fuego de sus casas incendiadas y durmiendo á la intemperie sobre sus caballos (1).» Pusieron término á todas estas incertidumbres y dilaciones las amenazas de los católicos, el decreto del parlamento, los consejos de Biron y de Sully, las conferencias teológicas de Duperron, y finalmente las súplicas de Gabriela de Estrées.

Reuniéronse en Mantes, á donde Enrique habia convocado á todo el clero del reino, ocho obispos que seguian su partido, siete curas de Paris y muchos religiosos y doctores; y despues de cinco horas de controversia, Enrique se declaró vencido (23 de julio de 1593). Al dia siguiente firmó su profesion de fe. El 25 se dirigió con régia pompa á San Dionisio, á donde habian acudido una multitud de parisienses á pesar de las prohibiciones de Mayenne; hizo abjuracion de sus errores en la puerta de la iglesia, teniendo sus manos apoyadas entre las del arzobispo de Bourges, que le dió su absolucion provisional; despues entró en la iglesia entre las aclamaciones de sus soldados y de los vecinos, y oyó la misa.

Esta conversion no fué solamente el resultado de una absoluta necesidad, sino un acto de alta sabiduría y prudencia, que manifestaba que Enrique IV conocia profundamente el espíritu de su época y de su país. El jefe de la dinastía de los Borbones reconocia que el porvenir de la Francia y de su casa se hallaba en el cristianismo; aparecia como la solucion de una guerra de cuarenta años; representaba una idea nueva, la tolerancia; hacia compatibles las dos bases del estado social, la religion y el trono, y derrocaba la democracia de la liga y la aristocracia de los protestantes. Su elevada é ilustrada ambicion causó la felicidad de la Francia y salvó la unidad nacional.

§. X.—*Decadencia de la liga.—Sumision de muchas provincias*

(2) Davila, lib. XIII.

al rey.—Enrique hizo saber su conversion á todo el reino y envió á Roma una embajada para pedir la absolucion de la Santa Sede ; despues con objeto de favorecer la amalgama de los partidos y dar al pueblo una prueba de la dicha que iba á gozar con la paz , consintió en que la tregua fuera extensiva á todo el reino , la cual fué aceptada con entusiasmo en todas las provincias. La liga veía aproximarse el peligro y el término de su influencia , pero estaba tan desorganizada que solo podia perder en el caso de renovarse las hostilidades. El legado se dió prisa en declarar solemnemente que la conversion del bearnés era simulada y de ningun valor su absolucion, porque solo el papa podia levantarle la excomunion , y los católicos mas obcecados y entusiastas renovaron sus sangrientas invectivas contra el conde navarro. La abjuracion habia producido su efecto , las pasiones se calmaron con la vuelta de la paz y de la abundancia , la oposicion á Enrique de Borbon dejó de ser nacional para convertirse en una intriga de pocos individuos ; la liga perdió su carácter grave y popular , y la tendencia mas manifiesta de todo el pueblo fué la restauracion de la monarquía y la elevacion de la dinastía de los Borbones.

Los estados miraron la conversion de Enrique con calma indiferente y tal vez con secreta alegría ; lanzados en la nulidad por el decreto del parlamento , é inútiles desde el aplazamiento de la eleccion , se separaron despues de haber prestado nuevamente el juramento de la union y ordenado la publicacion de los decretos del concilio de Trento (8 de agosto).

Mayenne no quiso apoyarse en esta asamblea tan indolente y desacreditada : no tenia mas esperanza que el apoyo de los auxiliares , á quienes habia ya disgustado , los españoles y los diez y seis ; y conociendo su próxima caida , estrechó con ellos su alianza y amistad.

Como el gobierno de la liga quedaba todavía organizado , Enrique intentó al principio hacerse dueño del reino de una vez , entablando negociaciones con los jefes de este gobierno ; pero advirtiéndole pronto el peligro que albergaba este paso , porque la liga , al obrar como cuerpo y en nombre de la nacion , queria imponerle las condiciones manifestadas ya en las conferencias de Suresne ; solo pensó entonces en conquistar su trono li-

bre de compromisos con el pueblo, comprando unos tras otros á los jefes y ciudades de la union. El primero que se sometió fué Vitry, que era gobernador de Meaux y que habia abandonado á Enrique en el campo de Saint-Cloud (25 de diciembre); y el rey le apremió para que dejase su gobierno, confirmase los privilegios de la ciudad, y premiase á los habitantes con diversas gracias y concesiones. La sumision de esta plaza importante fué la señal de la desorganizacion de la liga, siguieron el ejemplo de Vitry los gobernadores de Perona, Roye y Montdidier, y la Châtre se hizo comprar la sumision de Orleans y de Bourges.

El movimiento reaccionario de la clase media contrá la multitud fanática se propagó desde Paris á todas las grandes ciudades de las provincias. El duque de Nemours, que habia defendido tan heroicamente á Paris contra el bearnés, se habia retirado á su gobierno de Lyon, con el que pretendia formarse una soberanía; y despues de haber entregado todo el poder al populacho, fortificado las plazas y pueblos rayanos, y de haberse negado á enviar diputados á los estados generales, se habia declarado independiente. La clase media se pronunció y alzó contra él, le aprisionó en su palacio y le condujo á Pierre-Encise.

En vano Mayenne pidió la libertad de su hermano; en vano los de la liga de Paris hicieron públicas rogativas «*por su buen vecino Mr. de Nemours*»; los lioneses se enemistaron con la Union, abrieron las puertas de la ciudad á los realistas, y reconocieron á Enrique IV (19 de agosto de 1593).

El duque de Epernon era gobernador de Provenza por el rey y hacia dos años que luchaba contra el conde de Carces, que tenia á su mando tropas auxiliares de España; pero se portó aquel con tanta altivez y crueldad, que descontentó á católicos, realistas y hugonotes, y el mismo Enrique aconsejó á los habitantes que se defendiesen de sus tiránfas. Todos los partidos se reunieron contra él, y dejando el conde de Carces á sus amigos de la liga, hizo reconocer al rey por el parlamento y toda la provincia.

Se habian sometido á Enrique tantas y tan poderosas provincias, que cesaba por fin de ser un jefe de partido ó de aventureros, y puso el sello á su conversion haciéndose consagrar en Chartres. Esta ceremonia era la marca religiosa de su legitimidad (27 de febrero de 1594).

Solo le faltaba la absolucion del papa. Clemente VIII era un hombre prudente, piadoso y afable; no era partidario de España, y estaba bien convencido de que el dia en que Felipe II se hiciera dueño de la Francia, «se abria el camino de la monarquía cristiana y reducía á los pontífices romanos á ser unos simples capellanes (1).» Pero si llegaba á absolver á Enrique, es decir, á reconocer sus derechos, y darle en cierto modo la investidura de su reino, se exponía á los rayos de la cólera del gran rey, que amenazaba á Clemente con arrebatarle sus estados y citarle ante un concilio. Por otra parte ¿podía fiarse en la sinceridad de una conversion hecha tal vez por necesidad y por ambicion? Finalmente, solo una parte de su reino habia reconocido á Enrique; aun no era dueño de Paris, y podia ser definitivamente vencido.

Enrique envió al duque de Nevers en embajada á Roma, pero no pudo este ser recibido como embajador del rey de Francia, sino como príncipe italiano. El papa se mostró inflexible públicamente, pero permitió que el duque entablara relaciones de amistad y de política con los cardenales que le dieron esperanzas. Hubiera deseado que el sacro colegio se pronunciara en favor de Enrique, pues una vez elevado al trono y reconocido por todos sus súbditos, era probable que se convertiría en defensor de la Santa Sede contra España.

§. XI.—*Posicion angustiosa de Mayenne.—Sumision de Paris.—Entrada de Enrique IV.*—Mayenne estaba desesperado: veía á la Union disolverse poco á poco, alzarse por todas partes intrigas y traiciones, la amenaza de una guerra, y á Enrique al frente de veinte mil hombres, y con mayor número de partidarios cada dia, en tanto que él no tenia dinero ni soldados. Ni aun se creía seguro en Paris; los vecinos le pedian con altivez la paz y conspiraban en favor del navarro: el parlamento, «para oponerse á los torcidos designios del español y de los que querian darle el trono francés, no hacia más que habia mandado, aunque sin éxito alguno, que evacuasen la ciudad las guarniciones extranjeras.» Su último recurso consistía en el ejército que el conde de Mansfeld reunía en Soissons por manda-

(1) Sully, t. II, p. 106.

to de Felipe II; pero se formaba este ejército tan lentamente, que aun cuando conoció los peligros á que se exponía ausentándose de Paris, resolvió partir á apresurar su organizacion y su marcha. Antes de su partida quiso asegurar la defensa de la ciudad, devolviendo el poder y la influencia á los diez y seis, cuyo consejo restableció lo mismo que las asambleas públicas, reanimó la audacia del populacho, se reconcilió con Feria é Ibarra que mandaban la guarnicion española, desterró algunos vecinos, y dió el mando de Paris al conde de Brissac, el miembro de la liga mas comprometido, y el que habia construido las primeras barricadas contra Enrique III.

Poco tiempo despues de la partida de Mayenne, Brissac proyectó venderse, antes que perdiese el mérito de poder ser comprado; entabló negociaciones con Enrique, y se aunó para llevar á cabo su empresa con el preboste de los comerciantes y tres regidores que eran políticos declarados.

El rey puso muy pocas dificultades á las condiciones de la venta, prometió amnistía absoluta, la confirmacion de todos los privilegios, la prohibicion del culto herético, libertad de retirarse para las princesas de Lorena, el legado, el embajador de España y las tropas extranjeras. Brissac obtuvo el baston de mariscal, el gobierno de Mantes y de Corbeil, 200,000 escudos, 20,000 libras de pension, etc.

Los jefes de la liga recelaban una traicion; muchos de ellos, y aun pertenecientes al clero, se habian proveido de armas en sus casas; Ibarra se hallaba continuamente en movimiento, haciendo rondas y pasando revistas; Feria se habia posesionado con sus mejores tropas del barrio de San Antonio donde vivia, y habia dado la órden á sus capitanes de que al primer movimiento matasen á Brissac de improviso y sin darle tiempo para defenderse.

Este arregló el 21 de marzo con los regidores y capitanes de milicias las disposiciones de la empresa; envió acompañando un convoy á dos regimientos franceses que inspiraban poca confianza; repartió sus partidarios por el barrio de la Universidad, y determinó que los vecinos realistas se reunieran armados en el puente de San Miguel para aislar las dos riberas del Sena. Durante la noche los regidores se dirigieron á la puerta

de San Dionisio con una multitud de conjurados, y el mismo Brissac se situó en la puerta Nueva que custodiaban tan solo doscientos alemanes y algunos vecinos.

Habia salido de Senlis el ejército real compuesto de cuatro mil hombres escogidos en medio de una noche oscura y lluviosa que ocultó, pero retardó su marcha (21 de marzo de 1594, y no llegó á la puerta Nueva hasta las cuatro de la mañana.

¡Por esta misma puerta habia salido de Paris el último de los Valois!

Las tropas, á quienes se habia recomendado la mas severa disciplina, se apoderaron de la puerta intimando la rendición á los alemanes sorprendidos; pero habiéndose resistido, los realistas los degollaron y los arrojaron al rio. Fueron tambien tomadas sin obstáculo las puertas de San Honorato y San Dionisio: los realistas desfilaron por las calles y penetraron, dispersando algunas partidas de católicos, hasta el puente de San Miguel, donde hallaron las compañías ciudadanas que ocupaban las dos orillas del Sena y gritaban: ¡Viva la paz y el rey!

Las guarniciones de Corbeil y de Melun repitieron inmediatamente estas aclamaciones, y llegaron por medio del rio hasta el Arsenal. Los españoles quedaron absortos, y segun dijeron ellos mismos, «hallaron como por encanto ocupadas todas las calles y puertas.» Feria quedó prisionero en su palacio, é Ibarra aislado de todos sus puestos.

Cuando rayaba el alba llegó el rey á la puerta Nueva, donde halló al gobernador y al preboste, que le presentaron las llaves de la ciudad. Entró cubierto con una completa armadura, escoltado por cuatrocientos nobles y los arqueros de su guardia, en tanto que los habitantes salian de sus casas silenciosos y aterrados, en medio de la alegre gritería de los soldados, que rechazaban al pueblo con sus picas y arcabuces. Era la entrada guerrera de un conquistador en una ciudad sorprendida; nó la visita pacífica que hace un rey á su capital. Las tropas se apoderaron del Louvre, de los dos Chatelets y del palacio, dispersaron las últimas tropas de los de la liga que se defendian en el barrio Latino, se publicaron proclamas, se mandó que se abrieran las tiendas, y el rey se dirigió á la iglesia de Nuestra Señora para dar gracias á Dios por el feliz desenlace de una em-

presa tan atrevida : «Estoy tan alucinado , dijo, de verme donde me veo , que ni sé lo que digo ni lo que me dicen. Esto es una cosa sobrehumana ; es una obra de Dios (1).»

Se resistían aun el Temple , la Bastilla y los barrios de San Martín y San Antonio : los españoles en número de cuatro mil estaban puestos en batalla y se preparaban á hacer una heroica resistencia ; pero empezaron las conferencias y negociaciones, y á las diez de la mañana los extranjeros con banderas desplegadas y tambor batiente evacuaron la ciudad. Se retiraron á Laon con las princesas, el legado y los mas entusiastas partidarios de la liga , y dueño de Paris Enrique IV , pudo decir por fin que era rey de Francia.

§. XII.—*Vuelve á comenzar la guerra.—Sumision de los señores de la liga.*—El primer acto del gobierno real fué llamar el parlamento de Tours y agregarlo al de Paris. Despues de esta restauracion , el parlamento registró un edicto confirmando el tratado concluido con Brissac , abolió los decretos , edictos y juramentos prestados contra la autoridad del rey , revocó los poderes dados á los príncipes loreneses , anuló las deliberaciones de los estados , borró el nombre de Carlos X de las actas públicas , y mandó á todos los señores , ciudades y municipalidades que renunciaran á la Union (30 de marzo).

La Sorbona reconoció á Enrique por legítimo y verdadero rey de Francia , y decretó que todos los franceses estaban obligados á obedecerle (22 de abril). Prestáronle sumision todas las órdenes religiosas á excepcion de los franciscanos y jesuitas , que esperaron la absolucion del papa. La municipalidad aceptó tambien la restauracion ; hizo que desaparecieran los inscripciones , libelos é imágenes del tiempo de la liga , proscribió los predicadores , los capitanes de milicias y veinte y cuatro personas influyentes , y mandó ahorcar á muchos de los matadores de Brisson.

Enrique declaró á los parisienses que en adelante no tendrian mas gobernador que el monarca.

Todos estos actos consolidaron el trono de Enrique y decidieron á someterse á los mas enemigos. Villers-Brancas entregó á

(1) L'Étoile, t. III, p. 7 y 10.

Ruan, el Havre y la alta Normandía, pero se hizo pagar un precio exorbitante; quedó nombrado gobernador de la misma provincia con la dignidad de almirante, y fué preciso quitar una cosa y otra á Montpensier y á Biron (1); recibió 1.200,000 libras para pagar sus deudas, 60,000 libras de pension y la renta de seis abadías, que el rey tuvo que quitar también á sus servidores.

Es probable que Enrique iría comprando la sumision de los demás jefes de la liga con condiciones semejantes á las anteriores, y despojando á sus amigos para enriquecer á sus enemigos. «Habeis sido muy torpe, dijo á Rosny, que habia negociado la capitulacion de Villars, valiéndocs de tantas dilaciones en un negocio cuya conclusion era de tanta importancia para la consolidacion de mi autoridad y el alivio de mis pueblos. ¿No os acordais, amigo mio, de los consejos que tantas veces me habeis dado, citándome por ejemplo el de cierto duque de Milan al rey Luis XI, en la época de la guerra llamada del Bien público, que consistia en separar por intereses particulares á todos los que estaban ligados contra él bajo pretextos generales? Esto es lo que deseo probar ahora, aunque me cueste doble, tratando separadamente con cada particular, que no llegar á conseguir los mismos efectos por medio de un tratado general, hecho con un solo jefe que podia ser el núcleo de un partido que diera inquietud á mi estado (2).»

Abbeville se sometió á pesar del duque de Aumale; Troyes y Sens arrojaron el yugo de los loreneses; y para conservar á Reims bajo su obediencia, el duque de Guisa asesinó al mariscal de Saint Pol. Reconocieron al rey toda la Auvernia y una gran parte de la Guiena, y el duque de Elbeuf le sometió el Poitou.

Aborto Mayenne al saber la toma de Paris, pero no intimidándose, resolvió continuar la guerra y quiso convertir á Laon, donde se habian retirado su familia y los proscritos de Paris, en un centro de la liga; pero sabiendo que Enrique se preparaba á dirigir sus fuerzas contra esta ciudad, partió á Bruselas á pedir tropas auxiliares á España. Estaba entonces enemistado

(1) Era hijo del que murió en Epernay, y que habia prestado á Enrique tantos servicios como su padre. Fué nombrado mariscal de Francia.—(2) Sully, t. II, página 186.

con todos los jefes españoles, que le denunciaron como un traidor y querian apoderarse de su persona. «Él ha sido, escribia el duque de Feria, el hombre mas pernicioso á la religion, aparentando defenderla, y mas enemigo que los que abiertamente deseaban su ruina... Sus manos están manchadas con la sangre de los que le ayudaron á elevarse á su engrandecimiento, que eran los mas celosos y leales católicos de la Francia... Él ha impedido la eleccion de la infanta y ha entregado Paris al bearnés (1).» Además, la rendicion de la capital habia trocado la política de Felipe II, quien ya no pretendia adquirir la corona de Francia, sino solamente unir á los Países Bajos la Picardía y la Borgoña, y el cual ya no consideraba á los de la liga como aliados á quienes era forzoso defender, sino como súbditos rebeldes de Enrique IV que debian abrazar francamente los intereses de España y alistarse en sus banderas. Mayenne no consiguió pues auxilios directos, y solamente se le prometió que el ejército de Mansfeld iria á libertar á Laon.

Enrique puso sitio á esta ciudad con doce mil infantes y dos mil caballos (25 de mayo de 1594); pero era una plaza muy fuerte y estaba bien defendida por los restos de la Union: todas las fortalezas cercanas estaban aun bajo el dominio de los de la liga; y Mansfeld dió muchas batallas para libertarla con un ejército de ocho mil hombres. Ningun sitio costó mas trabajos y hombres al ejército real, y Enrique debió su capitulacion al valor y destreza de Biron.

La toma de Laon acarreó la sumision de Amiens, Beauvais, Chateau-Tierry, etc.: Balagny puso Cambray bajo la proteccion del rey de Francia (2). y el ejército español se retiró á la frontera. La liga entonces empezó á aislarse de los acontecimientos, la guerra adquirió de dia en dia un carácter de guerra nacional, y los príncipes loreneses entablaron negociaciones con Enrique.

Las hostilidades habian vuelto á inquietar todas las provincias. El duque de Aumont combatia en Bretaña en favor del rey

(1) Capefigue, t. VII, p. 234.—(2) Este Balagny era un bastardo de Montluc, obispo de Valence, á quien se confió la custodia de Cambray cuando se apoderó de ella el duque de Anjou en 1581. Se habia formado de esta ciudad una especie de soberanía que ejercia tiránicamente.

solo con sus recursos, y envió á pedir refuerzos por medio de los estados á Inglaterra y Holanda, que aumentaron su ejército con seis ó siete mil hombres. Mercoeur por otro lado en la misma provincia recibió cinco mil españoles, los cuales edificaron en la rada de Brest una fortaleza que querian convertir en un punto de desembarco contra Inglaterra.

Montmorency peleaba en el Languedoc contra Joyeuse y el parlamento de Tolosa, mas como aliado que como súbdito del rey, y Enrique no halló otro medio de recobrar su sumision que confiriéndole la dignidad de condestable. El rey se habia reconciliado en Provenza con los de la liga á quienes defendia en su resistencia contra Epernon; creyó que debía dar el gobierno de esta provincia tan católica al jefe mas notable de la liga, y entabló negociaciones con los Guisas (29 de noviembre de 1594). El hijo del Acuchillado y prometido esposo de la infanta se vendió sin dificultad; se le dieron 400,000 escudos, 24,000 libras de pension y el gobierno de la Provenza, con condicion de que cederia las plazas de Champaña; su hermano logró el gobierno de Reims, abadías, dinero, etc., y el duque de Lorena 900,000 escudos y el gobierno de Toul y de Verdun. De modo que solo quedaban dos representantes de aquella familia orgullosa que tan cerca habia estado del trono, el duque de Aumale que defendia la Picardía, y el duque de Mayenne que habia resuelto reducirse á la pretension de Borgofia, creyendo obtenerla del rey de España y formar de ella un reino (1). La mayor conquista de Enrique consistió en quitar á la liga el nombre del duque de Guisa, y convertir á este temible rival en un humilde súbdito, y la sumision de Mayenne parecia á todos muy probable y cercana.

§. XIII.—*Impopularidad de Enrique IV.—Atentado de Juan Chatel.—Expulsion de los jesuitas.*—A pesar de tantos y tan continuados triunfos, ningun rey de Francia se habia visto jamás en posicion tan delicada como Enrique, y para salir de ella felizmente fué preciso que desplegara todo su fingido buen humor, su franqueza hábil y premeditada, su voluntad firme y sagaz, su carácter insinuante y conciliador, y los infinitos re-

(1) Sully, t. II, p. 207.

cursos de su espíritu disimulado , previsor y astuto. Los partidos existían aun separados y llenos de animosidad ; pero aunque no dispuestos á tomar las armas, llenos siempre de desconfianza , y era preciso que el rey oscilase entre ambos extremos apoyándose cada vez mas en los políticos. Los protestantes le acusaban de traición y de ingratitude , conservaban su organización separada y querían dividir la Francia en diez departamentos , regidos por igual número de consejos electivos, que dieran cuenta de sus plazas y rentas á un consejo supremo encargado de velar por la defensa del partido , y pedían la observación del edicto de enero , tribunales particulares y un protector ; pero el rey «los rechazó desabridamente, diciéndoles que estuviesen en la inteligencia de que en Francia no había mas protectores de unos y de otros que el rey , y que el primero que tuviera la osadía de tomar semejante título, expondría su existencia (1).»

El pueblo no había olvidado tampoco su odio contra Enrique: le acusaba aun de ser hugonote de corazón , veía con indignación á su hermana asistir en el Louvre á las ceremonias calvinistas (2) ; y estaba indignado al ver la violación de sus franquicias municipales , los edictos de censura contra la predicación y la prensa , la tiranía con que se perseguían los antiguos miembros de la liga , y las queridas y los festines del rey cuando era tan extrema la miseria del reino.

Hicieronse muchas tentativas contra la vida de Enrique , y por espacio de algunos meses el parlamento , que á fuerza de celo y adhesión quería vindicar su conducta pasada , no se ocupó mas que en encausar y condenar pobres y oscuros rebeldes que solo eran criminales de palabra.

El atentado mas notable fué el de Juan Chatel que erró el golpe é hirió al rey en la boca (27 de diciembre de 1594). El culpable era un jóven de diez y siete años de edad , hijo de un mercader de paños de Paris , el cual , dicen , estudiaba en un colegio de jesuitas. El parlamento , cuyas doctrinas galicanas estaban entonces en su apogeo , se sirvió de este delito para perseguir la orden de Loyola , que durante la liga había representado el pri-

(1) L' Etoile, t. III, p. 99.—(2) Catalina de Borbon. Se casó con el duque de Lorena en 1599.

mer papel, y á la que tenían envidia la Universidad y la Sorbona. Dos dias solamente despues del atentado, decretó el parlamento «que en el término de tres dias salieran todos los individuos de esta órden de Paris y de todas las ciudades en que tenían colegios, y en el de quince del reino, como corruptores de la juventud, perturbadores del reposo público y enemigos del rey y del estado. Ocho dias despues condenó á muerte al jesuita Guignard «en castigo de los escritos injuriosos é infamatorios contra el honor del difunto rey y del actual, hallados en su estudio, de su propia letra y originales suyos (1).»

Estos libelos habian sido escritos durante la guerra, antes de la conversion del rey, y Guignard se creyó á cubierto con la amnistía, pero á pesar de esta circunstancia fué ahorcado públicamente. Muchos sacerdotes sufrieron interrogatorios y el tormento, otros fueron ejecutados en cfigie, desterrados el padre y la familia de Juan Chatel, y el asesino fué descuartizado. Tal era la venganza de la magistratura, que habia mirado con repugnancia el gran movimiento católico, contra los que habian sido los mas ardientes instigadores; condenaba en masa y en el término de cuarenta y ocho horas á un deshonoroso destierro á una numerosa sociedad religiosa, sin haberla oido ni permitir su defensa, por una tentativa de regicidio en la que ninguna culpa tenia; y no se contentaba con hacer morir en medio de los mas atroces tormentos al jóven culpable, sino que hacia extensivos sus castigos hasta á aquellos hombres cuyas antiguas ofensas perdonaba la amnistía (2).»

§. XIV.—*Declaracion de guerra á España.—Comparacion del ejército francés y el español.—Combates de Fontaine-Française y de Doulens.*—Enrique solo habia hecho la guerra á los españoles como auxiliares de la liga, y como esta no existia, era preciso salir de la situacion equívoca que permitia á la España, bajo la máscara de la alianza, fomentar los disturbios y el desmembramiento de la Francia, y era preciso tambien imprimir á la guerra un carácter enteramente nacional y obligar á los de la liga á ser franceses ó españoles. El rey declaró solemnemente la guerra á España (17 de noviembre de 1595).

(1) L'Étoile, t. III, p. 188.—(2) Sismondi, t. XXI, p. 323.

Felipe respondió á esta declaracion diciendo que no era enemigo de la Francia, su aliada, que no combatiría nunca mas que contra el príncipe de Bearne y los hugonotes, y que se habia empeñado en perseguirlos hasta su completa destruccion.

Al declarar Enrique la guerra habia consultado mas con su orgullo que con el verdadero sentimiento de sus fuerzas, porque su reino no estaba en disposicion de luchar con la monarquía española como en la época de Francisco I y Carlos V; cuarenta años de guerras civiles habian agotado las fuerzas de Francia, y la debilidad de España no era visible aunque fuera real y causada por el mismo Felipe II, pues su preponderancia militar parecia estar entonces en su apogeo. Los españoles habian combatido en toda Europa desde el reinado de Carlos V; jamás habia existido desde los romanos una infantería mas compacta, disciplinada, firme en el combate y mas acostumbrada á las fatigas y privaciones que la suya, y hacia un siglo que la infantería era la que representaba el principal papel en las batallas. Los soldados españoles no eran hombres inteligentes y entusiastas, sino instrumentos de guerra perfectamente adiestrados, que ejecutaban escrupulosamente todo lo que se les mandaba, fanáticos, con una energía sombría y terrible, pero sin inspiracion, máquinas de destruccion mudas, impasibles, y sin piedad despues de la victoria y durante la pelea. Mandábanlos generales que habian hecho de la guerra una ciencia y un estudio, encanecidos en los campamentos, tranquilos y frios como sus soldados, fiándose enteramente de la reflexion y nada de la audacia, y que no pedian á sus batallones el ardor bélico sino la mas pasiva obediencia. Estos generales estaban guiados á su vez por un hombre que parecia haber impregnado á sus ejércitos de su genio especial, por Felipe II, que aunque nunca se presentó en un campo de batalla, dirigia desde el fondo de su gabinete, sin descanso ni distraccion los mas insignificantes movimientos de sus tropas con la precision mas vigilante.

Al lado de este poderío militar tan temible se hallaba la Francia careciendo en realidad de ejército; hacia cuarenta años que habia terminado sus expediciones militares extranjeras, y aunque durante la guerra civil se señalaran como grandes capitanes Tavannes, Biron, Coligny y Enrique IV, el ardor y el atre-

vimiento habian formado toda su ciencia militar. La infantería francesa, no solamente era inferior en número á la española, sino á la alemana y suiza, y en esta ocasion fué indispensable recurrir á estos extranjeros mercenarios. La artillería, tan temible y brillante en otro tiempo, y que solo servia de estorbo durante la guerra civil, yacia en el mas vergonzoso abandono. Solo la nobleza tenia el instinto y el amor de la guerra, y era lo que siempre habia sido, la mas lucida y valiente caballería de Europa, entusiasta por la gloria, inspirada, sublime, pero aturdida, indisciplinada, fácil de enardecer é incapaz de prolongados esfuerzos. Enrique que se vanagloriaba de ser el primero de estos nobles tan alegres, valientes y seductores, era el verdadero tipo de su caballería, como el sombrío y reflexivo Felipe el de su infantería.

El rey de España habia mandado á Velasco gobernador del Milanésado que entrara en el Compté para juntarse con el duque de Mayenne en Borgoña. Enrique envió antes al mariscal Biron que se apoderó de Beaune, Autun y Dijon, pero habiendo pasado Velasco y Mayenne el Saona por Gray con diez mil hombres iban á exponer á Biron en el mayor peligro, cuando acudió el rey con ochocientos caballeros y quiso hacer alarde de su audacia, deteniendo á los españoles en Fontaine-Française (4 de junio de 1596).

Era un acto de locura muy parecido al de Aumale; corrió en él los mismos peligros y salió con mas felicidad. Asombrado Velasco viendo la resistencia de aquel puñado de nobles, temió alguna emboscada; volvió á pasar el Saona, dejó que Enrique se apoderase de toda la Borgoña y hasta permitió que saquease el Compté.

Indignado Mayenne contra un general que despues de una simple escaramuza se retiraba ante un ejército seis veces menos numeroso que el suyo, se retiró á Chalons, y concluyó una tregua con el rey por la cual prometió reconocerle luego que el papa le diera la absolucion (28 de junio).

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, entró en el Luxemburgo una reducida division al mando del duque de Bouillon, y otra igual al país de Lieja mandada por el conde de Nasau. El conde de Fuentes, que habia sucedido al archiduque Ernesto

en el mando de los Países Bajos, derrotó á Bouillon y á Nasau, invadió la Picardía, entró en Ham, que le entregó el duque de Aumale, y donde se empeñó un combate terrible que causó la ruina de toda la ciudad, y se apoderó del Chatelet yendo á poner sitio á Doulens. Reforzado Bouillon con Villars-Brancas y las tropas de Normandía, intentó cortar las líneas de Fuentes, pero fué vencido y perdió cerca de dos mil soldados, entre los cuales se hallaban Villars y seiscientos nobles (24 de julio).

Fuentes tomó por asalto á Doulens, y saqueó y pasó á cuchillo toda la población. Desde allí fué amenazando todas las fortalezas de Picardía, engañó al duque de Nevers, que habia sucedido al de Bouillon, con una contramarcha, y cayó de improviso sobre Cambray. Los habitantes de esta ciudad se sublevaron contra Balagny, abrieron las puertas á los españoles y obligaron á la ciudadela á capitular.

§. XV.—*Absolucion de Enrique IV.—Sumision de Mayenne.—Pérdida de Calais y toma de la Fere.*—Enrique estaba ya arrepentido de su declaracion de guerra, porque aun no se hallaba sometido todo su reino, y los triunfos de la liga podian dar aliento á sus enemigos. Por estas razones apresuraba con vivas instancias las negociaciones relativas á su absolucion, que era el único medio de quitar todo pretexto de desobediencia á los miembros de la liga y de asegurarse una posicion política en el mundo cristiano.

Solicitado Clemente VIII por los sábios embajadores D' Ossat y Duperron, parecia resuelto á dar este paso decisivo; pero solo esperaba que estuviese firmemente establecido el poder de Enrique IV para balancearlo con el del rey de España. Además la reaccion católica habia perdido su energía exaltada é inflexible desde la caida de la liga: el mismo Felipe II estaba ya cansado, y la Santa Sede se detenía en su marcha, contenta y satisfecha con haber hecho triunfar en Francia el principio católico. Finalmente la conversion del trono francés al catolicismo era el complemento de esta inmensa victoria, y ya no era prudente arriesgar este resultado por medio de un rigorismo extemporáneo. El partido moderado que habia sentado en el trono á Enrique IV era el partido parlamentario. el de las libertades de la iglesia galicana, el que siempre habia hecho oposicion á los pa-

pas; y si Clemente tardaba en absolver á Enrique era inminente el peligro de un cisma entre los moderados, como lo aconsejaba el arzobispo de Bourges que habia absuelto al rey.

El papa declaró que «Clemente VII habia perdido la Inglaterra por su excesiva precipitacion, y que no le sucederia lo mismo á Clemente VIII por demasiada lentitud.» Quedó pues resuelta la absolucion. La corte romana desplegó en este acto la mas grandiosa solemnidad. Duperron y d' Ossat, arrodillados delante del pontífice, abjuraron la herejía en nombre del rey, prometieron el restablecimiento del culto católico en el Bearne, la publicacion de los decretos del concilio de Trento, á excepcion de aquellos que pudieran causar algunos disturbios, la observacion del concordato y la restitution de los bienes del clero (16 de setiembre de 1595).

El gran penitenciario tocó con su varilla la cabeza de los embajadores, y el papa pronunció su absolucion en medio de las aclamaciones del pueblo. Era un acontecimiento de la mayor trascendencia para Italia, porque podia en adelante oponer un príncipe católico á Felipe II, y la Santa Sede recobraba su independencia política.

Este fué el último y decisivo golpe que recibió la liga. El papa envió un legado á la corte de Enrique IV, y se terminaron fácilmente las negociaciones con los señores no sometidos. Mayenne pretendia representar con su persona como jefe de partido á todos los miembros de la liga; pero se vió obligado á contentarse con un tratado particular, al que podian acceder los demás jefes (enero de 1596).

El preámbulo de este tratado ensalzaba la religiosidad, el catolicismo y lealtad de Mayenne, la sinceridad de su conducta, y su celo y constancia en no permitir que se desmembrara el reino. Fuéronle devueltos sus bienes, empleos y dignidades; se le dió el gobierno de Borgoña, tres plazas de seguridad por seis años, y 350.000 escudos para atender á sus deudas; se abolieron todas las sentencias ó decretos publicados contra él y sus partidarios; se levantaron nominalmente á los príncipes loreneses todas las persecuciones y fallos relativos al asesinato del difunto rey, y fueron declarados inocentes; se ratificaron los actos de autoridad ejercidos por Mayenne, etc.

Joyeuse accedió á este tratado y obtuvo e baston de mariscal y el gobierno de una parte del Languedoc (1). El duque de Nemours accedió tambien. Lo rechazaron D' Aumale y Mercoeur; el primero no poseia nada y acababa de ser condenado á muerte por el parlamento por haber entregado á Ham; y el otro era enteramente independiente en Bretaña. Quedaba todavía Epernon, que ocupaba una posicion especial en Francia; peleaba á la vez con el rey, la liga y los hugonotes; poseia mas de cuarenta plazas fuertes en Provenza y el Delfinado, con Metz, Boloña, Amboise, Angulema y veinte y dos ciudades mas; estaba resuelto á crearse una soberanía con la Provenza, é hizo un tratado de alianza con Felipe II. Pero el país, que le aborrecia, se resistió á todos sus esfuerzos y tiranías, reconoció la autoridad real y prestó obediencia al duque de Guisa. Solo Marsella permanecia independiente; se hallaba gobernada despóticamente por dos cónsules, entusiastas partidarios de la liga, y por un populacho fanático que se entregaron á Felipe y admitieron su escuadra y sus tropas; pero algunos vecinos abrieron las puertas al duque de Guisa, mataron á los dos cónsules, arrojaron á los españoles, y la sumision de Marsella ocasionó la de Epernon (27 de febrero).

«¡Por fin soy rey!» exclamó entonces Enrique; y era cierto que gozando paz en lo interior, podia fijar sus miradas y cuidados mas allá de los límites del reino. La neutralidad del Franco Condado y de los suizos protegía la frontera de Borgoña; Lesdiguières defendía la de Lorena del duque de Saboya; el rey de España no se hallaba en estado de enviar un ejército á los Pirineos; solo habia pues necesidad de custodiar la Picardía y la Champaña, y aun por este lado podia confiarse en el auxilio de la Holanda y de Inglaterra.

Isabel, á pesar de haber modificado sus ideas respecto á Enrique IV, que ya no era jefe de hugonotes sino rey de Francia, continuaba enviando tropas á Bretaña, desde donde los españoles hacían desembarcos en Inglaterra; y pidió el permiso de po-

(1) Tres Joyeuse habian mandado á los católicos en el Languedoc; el primero era el padre del favorito de Enrique III; el segundo, hijo del primero, murió en el combate de Villemur; el tercero, hijo tambien del primero, era capuchino; abandonó los hábitos cuando murió su hermano, y este es el que se sometió á Enrique IV. Volvió á entrar luego en el convento y llegó á ser cardenal.

ner guarnicion inglesa en Calais, cuya plaza ambicionaba Felipe II. Enrique oyó con extrañeza y disgusto esta pretension que supo eludir con dilaciones y pretextos, y mientras esperaba los socorros prometidos por su aliada, puso sitio á la Fére, donde los españoles habian construido una plaza respetable de depósito (8 de noviembre de 1595).

El archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos, se adelantó con un ejército de veinte y cinco mil hombres aparentando dirigirse á libertar esta plaza; pero, engañando á los franceses con una contramarcha, volvió rápidamente hácia Calais, que se hallaba sin provisiones y mal custodiada. A pesar de los esfuerzos de Enrique que acudió con presteza para introducir soldados en una plaza tan importante, Calais se vió obligada á rendirse por capitulacion (17 de abril de 1596). El archiduque se apoderó despues de Guines y de Ardres, y sin inquietarse por la pérdida de la Fére, que el rey habia rendido, regresó á los Países Bajos, donde los holandeses habian hecho un movimiento para llamar la atencion de los españoles en favor de la Francia (22 de mayo).

La guerra empezó desde entonces á perder su actividad: Felipe era ya muy anciano y estaba desanimado; Enrique habia agotado todos sus recursos; se empezó á hablar de paz, y el papa envió á Francia un legado con este objeto. La Holanda y la Inglaterra se opusieron no obstante á la conclusion de un tratado pacífico, y firmaron con Enrique un arreglo por el cual cada una de estas naciones le ofrecia cuatro mil hombres, con la condicion de que no haria la paz con España sin contar con su cooperacion.

§. XVI.—*Desorden de la hacienda.—Rosny entra en el consejo.—Asamblea de diputados.*—El único deseo de Enrique era la paz; «otra gloria mas elevada que la de los combates le halagaba, la de restablecer el órden público y dar al reino todo su antiguo esplendor y poderío.» Experimentaba el mas profundo dolor cuando tendia sus miradas sobre su reino de Francia asolado, miserable, sin administracion ni policia, con las campiñas incultas, las ciudades y aldeas despobladas, con su gobierno «impotente para aliviar al pueblo de tantas exacciones, subsídios y opresiones,» con la autoridad real mal respetada y casi desconocida por los gobernadores de las provincias, con la nobleza ar-

ruinada por la guerra civil y el clero impregnado aun con las pasiones exaltadas de la liga, y viendo por fin perdida toda la influencia exterior tan respetada y temida en otros siglos.

El espantoso desórden de la hacienda era el principal manantial de tantas calamidades. El egoísmo y la codicia habian representado el primer papel en la restauracion del trono, y Enrique se habia visto en la necesidad de cargar al pueblo con otra medida para rescatar su reino, provincia por provincia; habia dado á los de la liga 37 millones; habia pagado ó debia á sus aliados extranjeros 67 millones; solamente la familia de Guisa le habia costado 17 millones: no habia ciudad, pueblo ó capitan, por insignificante que fuera, que no hubiese tenido necesidad de comprar; y daba pensiones ó asignaciones sobre las rentas públicas á todos los grandes señores y á muchos vecinos de los pueblos. Finalmente, las personas que componian su consejo de hacienda saqueaban descaradamente las arcas reales; compraban deudas antiguas que se hacian pagar íntegras con capital é intereses, vendian á precio ínfimo los arriendos de los impuestos, empeñaban los dominios, ostentaban el lujo mas insolente, y permitian que el monarca careciese con frecuencia aun de lo mas preciso (1). Además, el mismo Enrique era gastador sin órden, y poco amigo de cuentas, á pesar de haberle acusado de avaricia sus codiciosos cortesanos; pedia prestado para sus primeras necesidades, para sus queridas, el juego y la mesa, y tenia poco cuidado en pagar sus deudas. Las representaciones de Rosny le decidieron á poner un término al caos de la hacienda.

Rosny era un hombre muy laborioso é instruido, pero lleno de ambicion y de energía, que se habia granjeado la confianza de Enrique por sus servicios, sus planes de gobierno y su capacidad política. «Le conozco desde la edad de doce años, decia este, y nunca me ha abandonado ni ha desconfiado de mí porvenir (2).»

(1) Enrique escribia así á Sully en 15 de abril de 1596 desde el campamento de la Fere: «Casi no tengo un caballo de batalla ni un arnés completo: mis camisas están rotas: mi jubon de malla sin perpuntos: mi olla de campaña está comunmente abollada, y hace dos dias que como y ceno en casa de unos y de otros, pues mis proveedores me dicen que no tienen nada para cubrir mi mesa, y hace seis meses que no han recibido dinero.»—(2) Sully, t. VI, p. 366.—Maximiliano de Bethune marqués de Rosny, duque de Sully, nació en 1559.

Recibió el encargo de recorrer muchas provincias para aclarar las cuentas y hacerlas efectivas, y reunió en algunos meses 500,000 libras, de lo corto que hizo restituir á algunos ladrones insignificantes (mayo de 1596). El rey le hizo entrar entonces en el consejo de hacienda donde se constituyó como un censor de sus cólegas, y á pesar de las intrigas de los cortesanos, trabajó con infatigable actividad para poner un término al desórden.

La guerra continuaba en tanto y era indispensable recaudar dinero. El rey convocó en Ruan una asamblea de diputados, compuesta de diez eclesiásticos, diez y ocho nobles y cincuenta magistrados (5 de noviembre); y con aquella hombría de bien sencilla, ingenua y confiada que con tanta habilidad sabia aparentar, declaró «que les daba la mas completa libertad para expresar su opinion y discutir sus deliberaciones, sin prescribirles regla ni límites, y suplicándoles solamente que tomaran por objeto principal el restablecimiento del reino y la dignidad real á su antiguo esplendor, la paz y el reposo público, y el alivio del pueblo en las pesadas cargas que le abrumaban.» «Y á pesar de que mi barba gris, dijo, mi larga experiencia, mis grandes trabajos y los inmensos peligros á que me he expuesto para salvar al estado, merecen ser exceptuados de las reglas generales, no obstante quiero someterme como los demás, pues considero como una de las mas infalibles señales de la decadencia de los reinos el que los reyes quieran despreciar las leyes y se crean dispensados de acatarlas (1).»

Esta asamblea pidió la formacion de un consejo llamado de *Razon* para la hacienda y compuesto de diputados; que las rentas se repartieran en dos clasificaciones de gastos, la una incluyendo los de la casa real y la guerra, y la otra los de la deuda, funcionarios, obras de utilidad pública etc., cuya distribucion estuviera á cargo de dicho consejo. Estos cambios hubieran reducido á la nulidad la autoridad real, pero no obstante consintió en ellos el rey para hacer disgustar á los diputados con los negocios complicados del estado. El consejo de *Razon* mostró efectivamente tanta incapacidad, que aun no habian trascurri-

(1) Sully, t. III, p. 29.

do tres meses cuando suplicó al rey que le desembarazase de su comision, y que administrase todas las rentas como le pareciese, confiando en el buen éxito de su equidad y talento.

§. XVII.—*Pérdida y toma de Amiens.*—A pesar de sus buenas intenciones, cada dia era no obstante mayor la impopularidad de Enrique en especial en Paris. Habia prohibido las elecciones municipales, rechazado las representaciones del parlamento, y se habia apoderado de las rentas de la casa de la ciudad despues de haber creado nuevos impuestos. Todos reprobaban su policia tiránica, sus visitas domiciliarias, el crecido número de desgraciados que ejecutaba por conspiracion contra su persona, y sus désórdenes. Circulaban escritos que le satirizaban y ultrajaban sarcásticamente, mofándose de su corte y sus bastardos, y recordando con dolor la liga y los españoles.

Una noticia terrible dió fin á estas quejas y rumores, y despartió toda la energía de Enrique; la toma de Amiens por los españoles (11 de marzo de 1597).

Enrique habia reunido en esta ciudad una inmensa cantidad de armas y municiones para la campaña que preparaba. Todo se habia perdido, y el enemigo se hallaba situado á treinta leguas de la capital, que parecia dispuesta á una rebelion. Encargó á Rosny que le enviase dinero y soldados, y se apresuró á fortificarse con cinco mil hombres entre Amiens y Doulnes, para impedir que los españoles introdujesen nuevas tropas en la ciudad. Rosny hizo empréstitos con el clero, creó nuevos empleos, pidió hombres á las provincias del centro, pero estas determinaciones se llevaban á cabo con extrema lentitud, porque el parlamento se negaba á sancionar los decretos rentísticos. Enrique volvió apresuradamente á Paris, ultrajó á los magistrados, les obligó á hacer el registro de los decretos, y llamó á sus antiguos compañeros y amigos para pelear contra los españoles. Mayenne presentó su contingente con fidelidad, los de la liga de Paris y de Ruan salieron formando una division, pero los jefes protestantes acudieron con repugnancia y despues de imponer condiciones.

Enrique IV reunió veinte y ocho mil hombres y sitió á Amiens. El sitio duró cinco meses. El archiduque Alberto intentó diferentes veces con veinte y cuatro mil hombres libertar su con-

quista, pero no pudo pasar el Somme y se rindió la ciudad (25 de setiembre).

§. XVIII.—*Tratado de Vervins y edicto de Nantes.*—Este fué el último destello de aquella guerra terrible. Felipe II se veía ya muy cerca del sèpulo; habia triunfado de una de las dos inmensas tareas que se habia impuesto, de la mas noble y grandiosa, la restauracion del catolicismo; y la segunda, falsa y egoísta, la fundacion de una monarquía universal, habia salido frustrada. Pero habia gastado en esta empresa quinientos noventa millones de ducados, veía á sus estados caer desfallecidos y cansados, y deseaba al menos dejar en paz á su hijo. Las negociaciones entabladas hacia un año bajo la mediacion del papa terminaron en el congreso de Vervins, á donde solamente asistieron los embajadores de Francia, España y Saboya. La Inglaterra y las Provincias Unidas se negaron á tomar parte.

Se firmó la paz (2 de mayo de 1598). España y Francia se restituyeron mutuamente sus conquistas y volvieron á ocupar los límites fijados en el tratado de Chateau-Cambressis. Los duques de Mercoeur y de Saboya, únicos aliados que le quedaban á Felipe, el uno prestó su sumision á Enrique por cuatro millones y con la condicion de que su hija única se habia de casar con el duque de Vendome, hijo natural del rey, y el otro, á quien Lesdiguières hacia poco tiempo que le habia quitado á Fort-Barrault, perdió esta fortaleza y prometió restituir el marquesado de Saluces.

Este tratado consolidó la restauracion de Enrique IV, inaugurando el derecho político que se completó con el tratado de Westfalia: volvió á hacer ocupar á la Francia el rango que le pertenecia; y la constituyó mas fuerte de lo que jamás habia sido, á pesar de tantas guerras civiles como habian desgarrado su seno y agotado sus riquezas, porque su nueva dinastía le traía en dote el Bearné y el condado de Foix, con cuyos dominios fortificaba la barrera de los Pirineos.

Veinte dias antes de firmarse este tratado, Enrique IV publicó un edicto que terminaba las guerras civiles religiosas, restableciendo la paz interior y fijando definitivamente la situacion política de los protestantes. Este es el edicto de Nantes.

Desde la conversion del rey, los hugonotes habian permanecido

cido aislados y llenos de desconfianza, quejándose sin cesar y exigiendo condiciones por su obediencia y sumision; conocian que los parlamentos, gobernadores y cortesanos les aborrecian; temian la ingratitud y el olvido de su antiguo jefe; se consideraban siempre como extranjeros en su patria, ambicionaban aun constituir un estado aparte; se habian restablecido de sus desastres y ruina, y formaban setecientas sesenta iglesias; podian armar veinte y cinco mil hombres y ocupaban doscientas plazas y castillos.

El rey, que conocia mejor que nadie el espíritu agitador y el afan de independenciam de los reformados, «deseaba con ardor humillar y vencer á esta faccion que Bouillon y la Tremoille querian hacer mas tumultuosa y rebelde que antes (1).» Ya dos meses antes les habia concedido por ocho años todas las plazas que ocupaban, y se comprometian á pagar y sostener en ellas cuatro mil soldados hugonotes, les habia asegurado tambien la igualdad de empleos, honores y dignidades respecto á los católicos; y en fin, por el edicto de Nantes (13 de abril de 1598) confirmó las anteriores disposiciones, concedió plena y completa amnistia para todos los actos de la guerra, restableció la religion católica en todo el reino, con libertad de conciencia para los hugonotes; permitió el ejercicio público del culto reformado para ellos y sus vasallos, el derecho de alta justicia á los señores (2) y en las ciudades designadas por el edicto de 1577; y finalmente estableció una cámara protestante en el parlamento de Paris y medias cámaras en Castres, Burdeos y Grenoble.

El edicto de Nantes era una transaccion impuesta por la necesidad, que constituia al calvinismo, nó en una secta disidente, sino en un estado con sus leyes, empleos, fortalezas, ejército, subsidios y asambleas: fué considerado pues por el clero como un sacrilegio, como una ilegalidad por el parlamento, y excitó los murmullos de los celosos católicos, pero á esto se redujo toda la oposicion. Todos estaban cansados de disturbios y revoluciones: las ideas de tolerancia é indulgencia habian sustituido en los ánimos al afan de venganza y al encono; solo se deseaba la tranquilidad y el órden; y la mayoría nacional creyó que este edic-

(1) Sully.--(2) Contábanse en esta época mas de tres mil quinientos señores de horca y cuchillo.

to, que veinte años antes hubiera encendido la guerra civil, era el único medio, como decia Enrique IV, de «*casar la Francia con la paz.*»

El tratado de Vervins y el edicto de Nantes son dos actos que terminan el período de las guerras civiles religiosas.

La Francia goza de paz tanto interior como exteriormente, va á inaugurarse para ella una nueva era; la dinastía de los Borbones está sólidamente establecida en el trono, y va á gobernar Enrique IV despues de veinte y cinco años de guerras.

Finalmente, en el momento en que estos dos actos anuncian que la tolerancia religiosa empieza á ocupar un lugar distinguido en la sociedad, y que el pensamiento religioso va á ceder su imperio al pensamiento político en las guerras, alianzas y relaciones de pueblo á pueblo; baja al sepulcro el tipo del catolicismo inflexible.... Felipe II.

Principia la decadencia de la casa de Austria, y la casa de Borbon hereda su preponderancia en Europa.

CAPÍTULO II.

Fin del reinado de Enrique IV. (1598.—1610.)

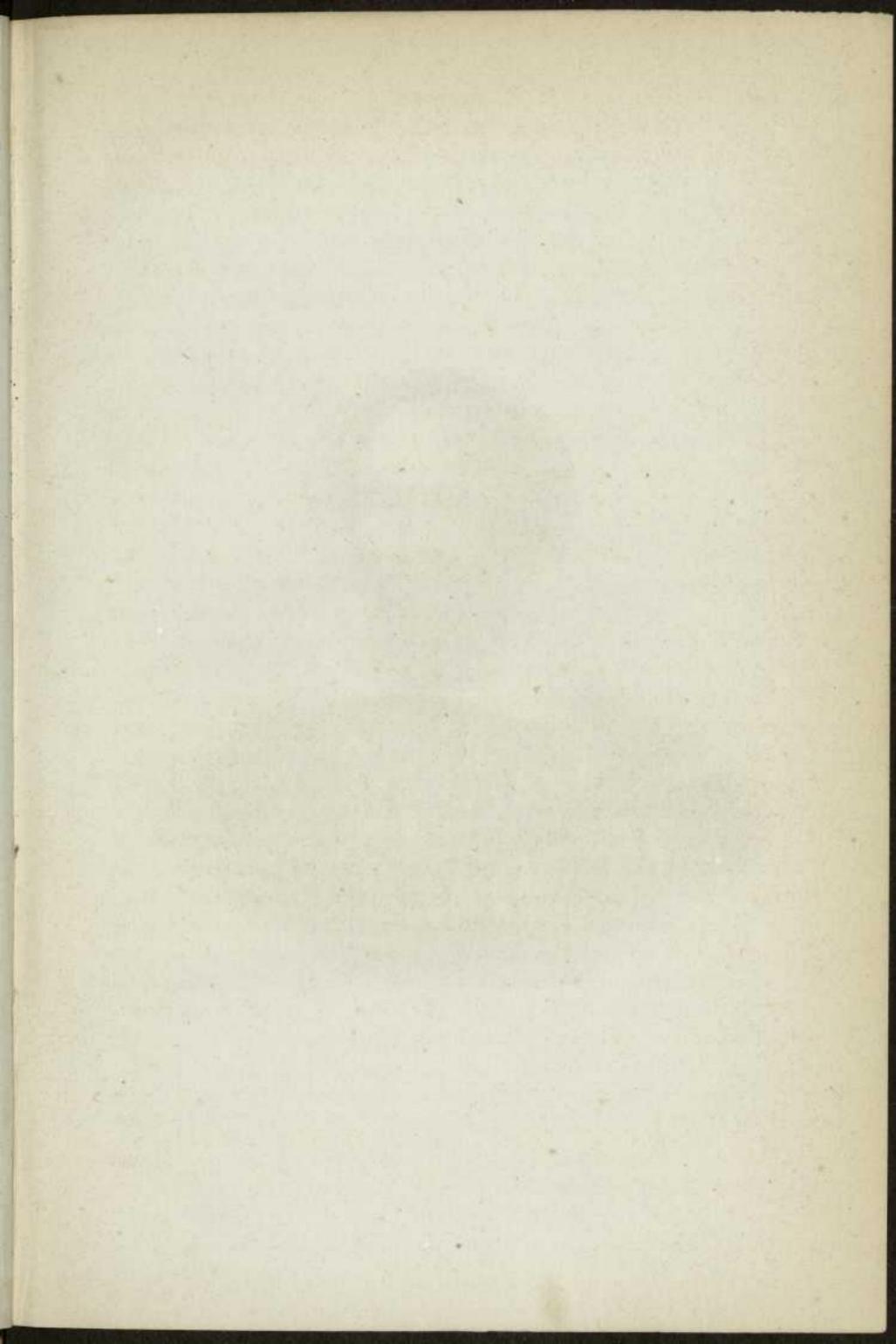
§. I.—*Reflexiones generales sobre la tercera época feudal.*—Las bases sobre las cuales existia la segunda época feudal eran: la constitucion de la Francia en monarquía feudal con los estados generales; la lucha continua del trono contra los vasallos soberanos, representados al principio por los reyes de Inglaterra y despues por los duques de Borgoña; el ejercicio de la actividad de la nacion en guerras interiores que ponen en peligro inminente su existencia, y en fin la fe, aunque conmovida por el gran cisma, que es aun el fundamento de todo el órden social. Nada de esto existe ya al terminar el siglo décimosexto.

El trono es ya mas absoluto que feudal; los estados generales no han vuelto á aparecer mas que una vez; han desaparecido los vasallos soberanos y los han reemplazado los gobernadores de provincia; principian las guerras exteriores; la Europa está en el origen de un nuevo sistema político, y el libre exámen ha invadido la sociedad.

Las dos grandes figuras del país y del gobierno, que tan confusas é indecisas nos parecían al principio del siglo décimocuarto, se dibujan y representan ahora de un modo claro y brillante; el gobierno ha manifestado una nueva vida en las guerras de Italia, y el país ha mostrado su poderío individual en las guerras civiles. El siglo décimosexto, tan lleno de grandeza y de sufrimiento, ha hecho andar á la Francia un largo camino; la dinastía de los Borbones le abre las puertas de un mundo nuevo de progreso en todos sentidos: ha llegado el día en que van á centralizarse la nación y el poder, y principia la época de los progresos administrativos é intelectuales en el interior, y de la influencia política en el exterior. Las guerras intestinas que formaban antes la existencia feudal, de la que el trono se habja desembarazado con las expediciones á Italia y que tanta fuerza habian adquirido bajo el velo de la religion, van á agitar aun el estado por espacio de cincuenta años, porque el calvinismo existe como partido político, y el feudalismo se halla reconstituido con los gobernadores de las provincias (1); pero no es mas que una parodia de las antiguas guerras civiles y el último suspiro del feudalismo. Va á hacerse absoluta la monarquía bajo la direccion de tres ministros, Sully, Richelieu y Mazarino, y á personificarse en Luis XIV; legitimando su autoridad, va á dar á la Francia prosperidad en el interior y engrandecimiento en el exterior.

§. II.—*Ministros de Enrique IV.—Ordenanzas sobre la agricultura, industria y comercio.*—Ocupado Enrique IV hasta entonces en reconstituir la corona y el reino, no habia podido ocuparse del gobierno; pero cuando el estado recobró su estabilidad interior y exteriormente, pudo entregarse el monarca á sus ideas de orden y de prosperidad pública, pensar en los intereses sociales y dar principio á la inmensa obra de administracion, en la cual manifestaron casi siempre los Borbones su poder inteligente, progresivo y animado por el deseo del bien público.

(1) Durante la toma de Calais los grandes «propusieron en 1596 al rey un medio para tener en pié de guerra siempre un ejército: este consistia en que aprobase que los que tuvieran los gobiernos por comision, los pudiesen poseer en propiedad, con la condicion de depender de la corona tan solo por un simple homenaje ligio.» (Sully, t. II, p. 235).





Gomez

L. S. 1515

Los principales ministros de Enrique eran: Villeroy, de guerra; Jeannin, de negocios extranjeros; Bellicore y después Sillery, de estado, y Sully de hacienda, del interior, de artillería, fortificaciones y marina. Eran todos personas de talento, instruidos, laboriosos, pero enemigos unos de otros, con tendencias á dominarse mutuamente; en especial Sully, persona de infatigable actividad y vasta inteligencia, pero envidiosa, brusca, orgullosa hasta el exceso, que absorbía el trabajo y las atribuciones de sus cólegas y á quien aborrecían al mismo tiempo la nobleza y el pueblo. Bajo la influencia de este ministro, en quien el rey había puesto su confianza, se publicaron principalmente las numerosas ordenanzas administrativas que prueban mas el progreso del poder absoluto que la solicitud ilustrada del gobierno para cicatrizar los males de la guerra. En ellas se conoce á primera vista el esmero del gobierno en alejar al pueblo de toda participacion en los negocios, distraerle de sus ideas políticas, y ocuparle únicamente en sus intereses materiales; su objeto principal era el de favorecer los lejanos proyectos de ambicion política y enriquecer al rey mas que al reino, en vez de mejorar la suerte de la nacion; y prueban que Enrique IV y sus ministros mas eran grandes hombres de estado que buenos administradores.

El principal cuidado y atencion del poder se dirigieron á mejorar y proteger la agricultura, fundando en ella la idea mas elevada de los recursos y del destino de la Francia. Sully era de opinion de que el reino era esencialmente agrícola, que encerraba inmensas riquezas en su suelo, cuya tercera parte estaba inculto y devastado, y que la agricultura podia proporcionar al comercio objetos de cambio siempre ciertos y de fácil salida. Quería que los señores viviesen en sus tierras, y las hiciesen valer protegiendo y animando su cultivo: proclamó el gran principio de la libre exportacion de granos y redactó ordenanzas para desecar las lagunas y la conservacion de los bosques. « La labranza y los pastos, decía, son los dos pechos con que se alimenta la Francia y las verdaderas minas y tesoros del Perú. »

El ministro como noble, al ocuparse de la agricultura, solo pensaba en la guerra, y quería sacar del arado buenos soldados. Bien pronto la Francia debía despreciar al auxilio de los merce-

narios alemanes y hallar en su seno el verdadero ejército moderno y la infantería mas robusta é inteligente. Licenció el gobierno una parte de las tropas de Enrique despues de firmada la paz, y la otra quedó permanente, bien pagada y vestida; creó un hospital para los soldados ancianos ó inválidos, y persiguió con rigor á todos « los aventureros que pululaban en los campamentos.» Sully, ocupado exclusivamente en reparar las plazas y restaurar los arsenales, miraba con desden todo lo que pudiera ser nocivo á la profesion de las armas, maltrataba á los comerciantes y artesanos, creyéndoles incapaces de empuñar las armas, entorpeciendo y agravando la industria con una multitud de reglamentos; prohibió la exportacion del oro y la plata, impuso derechos excesivos á la circulacion de las mercancías, no permitió que se fabricasen trajes y objetos de lujo é impidió el establecimiento de las fábricas de seda, tapicería y cristales. « La Francia no es una nacion que guste de semejantes fruslerías, decia, y la vida sedentaria de las manufacturas no puede formar buenos soldados.»

Felizmente el rey abrigaba ideas mas extensas, aunque estuviera muy léjos de tener el espíritu de orden y laboriosidad de su ministro; se opuso á las prohibiciones de Sully, aumentó los privilegios de los oficios, protegió los productos industriales, prohibiendo la introduccion de objetos fabricados en el extranjero, determinó y fijó el interés del dinero, animó la explotacion de las minas, apoyó el comercio interior construyendo caminos y proyectando canales, y llevando á cabo el del Loira al Sena. Hizo plantar cincuenta mil morales, alentó la cria del gusano de seda, acarreó con su apoyo la prosperidad de las sederías de Lyon, Nimes y Tours, de las fábricas de cristal y loza de Paris y Nevers, y estableció en sus propios dominios telares de raso, damasco, tapices y lencería fina.

Concluyéronse tambien con los cuidados de Jeannin y Villeroy tratados útiles de comercio con Holanda é Inglaterra; se renovaron (1605) las antiguas capitulaciones con Turquía, las cuales dieron á Francia el monopolio del comercio con este país y restablecieron su influencia en los cristianos de Oriente (1).

(1) Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con Oriente por T. Lavalée.

Fundáronse algunas colonias en América, donde los españoles habian destruido los establecimientos que ensayaran en 1562 los protestantes franceses (1). Algunos aventureros volvieron á seguir las huellas de Santiago Cartier, que habia sido el primero en subir por el San Lorenzo, y Champlain fundó en 1608 á Quebec, que fué la capital de la Nueva Francia ó del Canadá.

§. III.—*Reforma de la hacienda.*—La reforma de la hacienda era el fundamento de todos estos adelantos. El estado se hallaba agobiado bajo el enorme peso de 330 millones de deuda (cerca de 800 millones de nuestra moneda actual) sin contar otras sumas no constituidas como deudas públicas. Las rentas ascendian á cincuenta millones (2), pero el pueblo pagaba mas de doscientos, á causa del mal sistema de recaudacion y de la nulidad de los libros del consejo ó tribunal general de cuentas. Efectivamente, los diversos ramos de hacienda estaban en arriendo y concedidos mediante una suma tanto mas baja cuanto mas apremiantes eran las necesidades del tesoro. Los arrendatarios generales repartian los diferentes impuestos á arrendatarios particulares, que aseguraban las diferentes clases de cada impuesto á otros negociantes inferiores, de modo que el dinero exigido al contribuyente, despues de pasar por las manos de esta innumerable turba de comisionados, agentes y recaudadores, todos los cuales hacian su negocio, solo podia ser recibido y anotado por el tribunal ó consejo de cuentas, fiándose en registros y libranzas casi siempre infieles é insuficientes.

Los gobernadores de las provincias, los comandantes de las plazas, los empleados de guerra, « que hasta el mas ínfimo hacian un exorbitante abuso de la autoridad que ejercian sobre el pueblo (3), » exigian además por su capricho impuestos para pagar sus guarniciones sin dar cuenta á nadie. Finalmente los señores, cuya sumision habia comprado el rey, y los príncipes extranjeros que le habian auxiliado, no habian sido pagados con dinero efectivo, sino con asignaciones sobre las rentas de

(1) A instigacion de Coligny los calvinistas principiaron los establecimientos de la Florida en 1562.—(2) Contribucion directa, 20 millones; extraordinaria, 5 millones; ingresos, derechos de puertos y aduanas, 8 millones; diezmos del clero, 4.500.000; ventas de oficios y otros diferentes productos no clasificados, 42 millones. (Sully, t. III, p. 224).—(3) Sully, lib. X.

ciertas provincias, y empobrecian al pueblo exigiéndole triplizadas y cuadruplicadas las cantidades que se les debía.

Enrique centralizó la administracion de hacienda, encargándosela á Sully, con el título de superintendente (1598).

El nuevo empleado hizo que sus comisionados recorrieran las provincias, y recorrió algunas en persona con el objeto de asegurarse de sus necesidades y recursos, y de la naturaleza y recaudacion de las rentas: compulsó los registros y libros del tribunal general de cuentas, de las tesorerías y de los parlamentos, y dió principio á la reforma devolviendo al pueblo veinte millones debidos á los años anteriores y dos millones de la contribucion de aquel año. En seguida mandó que en lo sucesivo no se pudiera exigir ningun impuesto sin una ordenanza del rey y el registro del parlamento, prohibiendo á todos los señores, comandantes y gobernadores que extrajeran ninguna cantidad de los arriendos y rentas públicas á título de crédito, y obligándoles á entenderse directamente con el tesoro para el pago de sus pensiones y el haber de sus soldados.

Estos cambios excitaron tan terribles quejas y amenazas entre los señores y negociantes que aterraron al monarca; pero el ministro se mantuvo fuerte, diciendo á Enrique «que era preciso no tolerar que ninguno de los de su consejo tuviese jamás parte alguna en la administracion de la hacienda (1).» Reformó Sully despues el personal de los recaudadores, anuló los subarriendos y puso en adjudicacion los impuestos; pero seguro ya de la cantidad á que ascendian, solo se los concedió despues de hacer subir cuatro ó cinco veces el valor primitivo (2).

Todos los ingresos particulares fueron registrados en sus oficinas, y el consejo general de cuentas no tuvo mas trabajo que formular los ingresos generales bajo relaciones exactas. Revisáronse tambien con rigurosa escrupulosidad los títulos de los acreedores, se administraron con mas esmero los dominios de la casa real, y se suprimieron una multitud de privilegios de la

(1) Sully, t. III, p. 431.—(2) El conde de Montmorency se quejaba continuamente al rey por una renta de 9,000 escudos; «miserable asignacion, decia, que tenia en el Languedoc, y de la cual jamas me habiais tocado un solo escudo.» Sully le hizo pagar sus 9,000 escudos por conducto del tesoro; despues dió él en arriendo su miserable asignacion por 50,000 escudos.

nobleza, para aumentar el número de los contribuyentes. El conjunto de las rentas públicas del reino quedó bajo la inspección de un solo ministerio; con la economía que se llevaba en los gastos, se aseguró el servicio público, se pagaron las deudas, y en menos de doce años se reunió en reserva en las bodegas de la Bastilla un ahorro de treinta millones.

§. IV.—*Impopularidad de Sully y de Enrique IV.*—Sully habia puesto orden y regularidad en la administracion de hacienda, pero solo habia reformado la recaudacion y el despacho, y no supo abrazar un nuevo y vasto sistema de imposicion. Para llenar el tesoro se vió reducido á insignificantes recursos, á expedientes poco honrosos, á medidas duras y á vejámenes, como el aumento de la contribucion de consumos, la alteracion de la deuda, la supresion arbitraria de los intereses, la venta forzosa de los dominios enajenados de la corona, la confiscacion de los bienes de los negociantes y la creacion de empleos inútiles. Sully fué quien hizo legal el derecho hereditario de las magistraturas, y consagró en perpetuos los innumerables cargos de judicatura y de hacienda, estableciendo el derecho llamado de *paulette* (1604), por el cual los que poseian estos cargos podian trasmitirlos á sus herederos pagando estos todos los años la «sexagésima parte de la cantidad en que se hubiesen valuado dichos cargos.»

Este edicto causó muchas quejas; «Vender la justicia, dijo L'Etoile, es vender la república, la sangre de los súbditos y las leyes (1)» Aun excitó mas quejas otra medida rentística, la refundicion de la moneda. «Sublime invencion, dice el mismo cronista, para arrebatarse la quinta parte de las riquezas de todos y llevar á cabo la ruina completa del pueblo, tanto tiempo agobiado y consumido, pero no lo bastante aun segun la opinion de los que rigen el timon del estado. Es preciso, segun dicen ellos en alta voz, hablando del pueblo y de los mismos parisienses, humillar tanto á todos estos villanos, que el insecto mas imperceptible pueda elevarse sobre ellos (2).»

(1) Tomo V, p. 491.—Pedro de L'Etoile era un vecino de Paris, algo altivo, curioso y crédulo, que nos ha dejado memorias muy curiosas, si no por los hechos que relata, al menos por las costumbres que describe. Pertenecia al partido de los católicos políticos, y aunque no ejercia ningun cargo público, trabajó para la eleccion de Enrique IV.—(2) Id. t. IV, p. 293.

Sully, con su carácter brutal, altivo é inflexible, su desprecio insultante y su desden soberbio respecto al pueblo y su afán de complacer al rey, no tenía en efecto compasión de las miserias y clamores justos de la multitud. No se puede negar que deseaba que el reino fuera rico y feliz, pero con el objeto solo de doblar las rentas de su soberano, organizarle un brillante ejército y darle los medios de convertirlo en el monarca mas poderoso de Europa. Vigilaba la repartición del tesoro público con la mas severa economía, dió fin á todas las rapiñas de los cortesanos, puso coto á las prodigalidades del rey (1); pero el pueblo que solo veía la enormidad y multitud de los impuestos, acusaba de tiranía al subintendente, le echaba en cara la inmensa fortuna que habia adquirido, sus 200,000 libras de pensión, sus dos millones en haciendas, y decia que no negaba nada á Enrique, quien gastaba 1.200,000 escudos anuales en el juego y con sus queridas. Tambien el rey participaba de las maldiciones populares, y un dia le dijo el mariscal Ornano, «que estaba en muy mala opinion entre el pueblo y que jamás se habia hablado tan mal, ni acusado tanto al difunto como lo hacian contra él en todas partes; que estuviera cierto de que el pueblo no le amaba, y que se quejaba continuamente de las contribuciones con que todos los dias le abrumaban, las cuales eran mas intolerables sin comparacion que las que habia pagado en el reinado del difunto rey y durante las guerras mas costosas. Yo temo, añadió, que su desesperacion ocasione algun serio disturbio. —Vive Dios! exclamó Enrique, que sé muy bien que hay en mi reino muchos revolucionarios que solo desean turbulencias, pero los castigaré como merecen. No obraré como el difunto rey, y hallarán en mí un soberano que se sabe hacer respetar. —No os lo aconsejo, respondió el mariscal, y os pido que esteis en la creencia de que vuestra fuerza principal estriba en el cariño de los súbditos. Yo me hallé en las barricadas de París y jamás me he visto en mayor apuro. El difunto rey tenia mas nobleza que vos y el pueblo le era mas fiel que á vos, y no obstante se vió obligado á salir de

(1) Todo esto seria muy bueno, decia, si el rey gastase su dinero, pero no hay razon para que lo saque de los artesanos, comerciantes y labradores que son los que sostienen al rey y á todos nosotros.» (L'Étoile, t. V, p. 60).

Paris, y nosotros nos vimos contentos con haber librado nuestras cabezas (1).»

No eran suficientes algunas ordenanzas para borrar las huellas de cuarenta años de guerras civiles; aun estaba el reino aniquilado, la mayor parte de las tierras incultas; no se oía hablar mas que de muertes, robos y suicidios; los desafíos eran tan frecuentes que en el trascurso de veinte años perecieron cuatro mil nobles en estos combates particulares, y se dieron mas de siete mil cartas de perdon por homicidio. No se pasaba un dia en Paris sin que se vieran una ó mas ejecuciones, y el parlamento estaba continuamente ocupado en condenar asesinos, ladrones, sodomitas y adúlteras. La justicia se ejercia sin compasion, el rey no hacia uso de su derecho de gracia con ningun criminal, y prohibió los duelos bajo la última pena.

Todos estos crímenes, la miseria pública y las quejas populares aumentaban la tristeza y morosidad de Enrique, que afectaba una devocion minuciosa, cumplia sus deberes religiosos con exagerada pompa, seguia las procesiones, autorizaba las asambleas del clero, elevaba á las dignidades eclesiásticas tan solo á varones virtuosos, y «se mostraba en todos sus actos, decia el embajador de Venecia, personalmente adicto á la religion romana.» Como veia además que la extension del poder real estaba íntimamente enlazado al progreso del catolicismo, y como este progreso era la obra de los jesuitas, llamó otra vez á sus reinos á esta órden popular á pesar de la activa resistencia que opusieron el parlamento y la Sorbona (1603).

Este paso era una nueva prenda de simpatía que daba á los antiguos miembros de la liga y á la corte de Roma, calmando de este modo la inquietud y alarma que habia producido la publicacion del edicto de Nantes. No le disgustaba tampoco á Enrique la sagacidad y destreza de los jesuitas, y en vez de tener en ellos unos enemigos irreconciliables, deseaba que fueran sus consejeros y auxiliares, y para captarse su amistad de antemano, hasta escogió entre ellos un confesor.

Todos estos actos católicos, y toda su devocion no desimpresionaban empero al pueblo, el cual creia que Enrique era siem-

(1) L'Etoile, t. IV, p. 310.

pre hugonote de corazón; le acusaba de magia, impiedad y absurdas abominaciones; decíase públicamente « que hacia tantos preparativos de armas y dinero tan solo para destruir á los grandes del reino, y gobernar despues segun su capricho (1). » El púlpito le trataba aun como á un enemigo, la prensa arrojaba contra él violentos y denigrantes escritos, y á pesar de la pena de muerte impuesta contra cualquiera que imprimiese un libro sin permiso del gobierno, se renovaban con frecuencia los atentados contra su persona.

☞ Nadie se hacia cargo de la bondad y rectitud de sus intenciones, de sus trabajos y de la nueva vida que habia dado á Francia conquistándole la paz. Por esta razon decia él tristemente y con profunda verdad: « Moriré tal vez muy pronto, y cuando me hayais perdido, conoceréis lo que valgo y la diferencia que hay de mí á otros hombres (2). »

Enrique tenia en efecto el sentimiento mas recto del bien público.

« Los reyes mis antecesores, decia, miraban como una mengua el saber lo que valia un *teston* (3), pero yo quisiera saber lo que vale *media blanca* y cuantos sudores les cuesta á los pobres el ganarla para que no se les eche mas carga de la que pueden llevar. » Pero despues de la anarquía tan profunda y universal que habia agitado al reino, el gobierno que todo lo habia de construir desde los cimientos, tenia necesidades continuas y apremiantes; era preciso por lo tanto que las cargas fueran un poco excesivas, y el rey, á pesar de su bondad natural, debia manifestarse tan insensible como sus ministros ante los sufrimientos populares (4). Acusaba á la necesidad de las injusticias que se veia comprometido á cometer, « de las cuales tal vez algun

(1) Sully, t. IV, p. 33.—(2) Basompierre, t. I, p. 434.—(3) Moneda antigua de plata.—(4) Las cárceles de Normandía estaban llenas de presos por el pago del impuesto de la sal, «y hubo en ellas tal pestilencia, que se sacaron de una vez mas de ciento veinte cadáveres.» El parlamento de Ruan suplicó á S. M. que tuviera compasion de su pueblo. Pero el rey, que acababa de saber que era un gran tesoro el producto de este impuesto, empezó á decir que se suprimiera, pero de modo que daba á entender todo lo contrario. (Registros del parlamento de Ruan, t. XVI, p. 178.)—El impuesto de la sal era el mas riguroso é injusto de todos, de modo que se hacia comprar al pueblo mas cantidad de la que hubiera podido ó querido, con prohibicion expresa de volver á vender la que le sobrase.» (Sully, t. VI, p. 99).

dia, decia, podré dar cuenta; pero ¡cuántas mas hacen en mi nombre mis consejeros y empleados (1)! » Su carácter ingrato, olvidadizo y *gascon* hacia que no conociese ú olvidase las miserias limitadas y transitorias en favor del objeto que seguia con afán, la paz interior, la fusion de los partidos y la salvacion de la unidad nacional, tarea ingrata, en la cual desplegó un talento de primer orden, trabajo de toda su vida, que selló con su sangre y que unido á sus ensayos de administracion y sus proyectos políticos, le creó una gloria imperecedera.

§. V.—*Casamiento de Enrique IV.—Guerra de Saboya.—Reunion de la Bresa.*—Para consolidar su trono y completar la derrota de los partidos solo le faltaba á Enrique un heredero de su dinastía. El bearnés se habia cegado siempre en sus amoríos, su pasion predominante; y en la corte de Carlos IX, en las tiendas de campaña de los calvinistas y ante los muros de Paris, tenia sus queridas, por las cuales mas de una vez habia comprometido su porvenir y su trono. Casado con la impúdica Margarita, de quien no tenia hijos, estaba separado de ella hacia quince años, y habia convertido en verdadera esposa suya á Gabriela de Estrées, la mujer que mas amó y de la que tuvo tres hijos. Gabriela aspiraba á sentarse en el trono con su amante, y hubiera satisfecho su noble ambicion á no ser por los consejos de Sully, que demostró al rey el abismo de discordias en que iba á arrojarse. Ella intentó entonces hacer caer al ministro, pero Enrique le sostuvo y dijo á la dama: «Os hago saber, señora, que si me viera en la necesidad de perder á uno de los dos, antes sacrificaria diez queridas como vos que perder un servidor como él (2).»

Gabriela murió (10 de abril de 1599); y á instancias del parlamento y de sus ministros, Enrique se decidió entonces á tratar de su divorcio con Margarita, y de su casamiento con Marfa de Médicis hija del gran duque de Toscana. Margarita, ocupada tan solo en disipaciones y excesos, vivia aislada en sus castillos de Auvernia con una pequeña corte de músicos, poetas y hermosos pajes, y aceptó el divorcio mediante una rica viudedad, el permiso de vivir en Paris y algunos títulos. El papa se mostró propicio á romper bajo el pretexto de parentesco, un matrimonio tan

(1) L'Etoija, t. IV, p. 93.—(2) Sully, t. III, p. 241.

desacreditado por los vicios de la esposa y tan inútil al estado, y porque era sobrina suya la futura reina de Francia.

Enrique se casó con María de Médicis (9 de diciembre de 1600) y tuvo de ella tres hijos y tres hijas.

Este enlace reanimó las alianzas de Enrique IV en Italia, donde quería hacer revivir, ya que no fuera posible la dominación francesa, al menos su influencia; y siendo amigo del papa, del duque de Toscana, de los venecianos y del duque de Mantua, solo le faltaba la alianza del duque de Saboya para arrebatar á España su dominación en Italia.

Los duques de Saboya eran los únicos grandes vasallos del antiguo reino de Borgoña, que se habían librado de sucumbir bajo la unidad francesa; y como poseedores de los estados situados entre las dos vertientes de los Alpes habían sacado un inmenso partido, desde que estallara la rivalidad entre Francia y Austria, de su posición entre estas dos potencias, no solo para permanecer independientes, sino para engrandecerse vendiendo alternativamente su alianza, y habían adquirido de este modo una importancia superior á su poder real. Aliados en un principio de Francia reinando Carlos VIII y Luis XII, se convirtieron luego en enemigos de Francisco I, quedando despojados de sus dominios durante veinte y cinco años; volviéndolos á adquirir por la paz de Chateau-Cambressis, fueron desde esta época aliados de España, á la que habían servido de auxiliares en las guerras de la liga y usurpado á Enrique III el marquesado de Saluces. Enrique IV deseaba atraer la Saboya á la alianza francesa, pero quería recobrar antes el Saluces, cuya restitución no se había verificado á pesar de estar estipulada en el tratado de Vervins; era la llave de los Alpes, que en las manos de la Francia atestiguaba que esta no había abandonado sus derechos de protectorado en Italia.

Después de extensas discusiones sobre este objeto, Carlos Manuel, duque de Saboya marchó á París (diciembre de 1599) para facilitar un amistoso arreglo, pero el objeto de su viaje no era tan solo la terminación del tratado sino el de reanimar los odios y el ardor de la liga. Prometió no obstante entregar la Bresa y el Bugey en cambio del marquesado. Cuando volvió á su país retiró su promesa contando con el apoyo de España, y seguro

del éxito de las revueltas que había fomentado en el interior de la Francia.

El rey salió á campaña contra él sin perder tiempo con dos ejércitos mandados por Biron y Lesdiguières; cayeron en su poder todas las plazas de Bresa y de Saboya; Manuel pidió la paz y la alcanzó (17 de enero de 1601), cediendo la Bresa y el Bugey en cambio del marquesado de Saluces. Era una preciosa adquisición para la Francia, que por un territorio situado allende los Alpes, conseguía tener al Ródano por frontera desde Ginebra hasta Lyon; pero el abandono de Saluces la hizo decaer en la opinión de los pueblos italianos, que desde aquel momento se creyeron irrevocablemente sujetos á la preponderancia española.

§. VI.—*Conspiracion y proceso de Biron.*—El duque de Saboya contaba con sobrada razon en las turbulencias de la Francia. Los partidos que Enrique IV había logrado apaciguar, estaban aun respirando su justa desconfianza contra él, y buscaban segun acostumbraban siempre, el apoyo del extranjero. Los hugonotes tenian asambleas turbulentas y revolucionarias, pedian nuevas plazas de seguridad, trataban de formar «una union para la mútua defensa y conservacion de los jefes de partido, y de prestar juramentos contrarios á la autoridad real;» el duque de Bouillon hacia considerables esfuerzos «para que todas las iglesias del reino resolviesen constituirse en una república, como los Países Bajos, eligiendo por protector al conde palatino.»

Los señores realistas, ávidos siempre é insaciables de riquezas y dignidades hacian alarde tambien de independencia, manifestando con orgullo que ellos habian puesto la corona sobre las sienes del miserable bearnés; se quejaban de él, le criticaban amargamente, diciendo que les pagaba sus servicios con *gasconadas* y palabras de amistad, mientras colmaba de favores á los partidarios mas acérrimos de la liga. «Cualquiera diria, repetian ellos, que solo hace caso de los que mas le han hecho la guerra (1).»

España y Saboya apoyaban y animaban estas causas de descontento general, halangando especialmente al duque de Biron, cuyos servicios unidos á los de su padre, sus dignidades y do-

(1) Groulard, p. 423.

minios en el mediodía, le colocaban al frente de los señores realistas. Era una persona cegada por su orgullo, que continuamente se estaba quejando de la avaricia é ingratitud del rey, y cuyo cerebro no estaba muy sano. Enrique le aborrecía y decía: «Es tan presuntuoso y altanero que quiere persuadir á todo el mundo de que le soy deudor de la corona, y debo temer mucho de su espíritu turbulento (1).» Biron entabló negociaciones con el duque de Saboya, las cuales legitimaba la nobleza segun las ideas feudales rejuvenecidas por el espíritu de las guerras civiles, pero que el trono iba á perseguir con rigor; y durante la campaña contra Saboya no pudo librarse de la sospecha de que estaba de acuerdo con el enemigo, á pesar de desplegar en ella su valor acostumbrado. El rey receló sus intrigas, tuvo con él una explicacion, le prometió el olvido de lo pasado, y le envió de embajador á la corte de Isabel. Esta le dió un terrible consejo mostrándole la cabeza del conde de Essex su favorito, á quien habia arrastrado al cadalso por un intento de rebelion. «Si mi hermano me creyera, dijo la reina, caerian tantas cabezas en Paris como han caido ya en Lóndres.»

El mariscal hizo poco caso de esta advertencia, ni de los consejos de sus amigos que le decian que pidiera al rey un indulto. «Un indulto! respondió el orgulloso noble; ¿si yo necesito de indultos, qué necesitarán los demás?» Continuó sus relaciones con los descontentos, principalmente con el duque de Bouillon, que podia abrir las puertas de la Francia á los extranjeros por la plaza de Sedan, y con el conde de Auvernia hijo natural de Carlos IX (2) que excitaba á la rebelion á las provincias del mediodía.

Decian que el plan de los revolucionarios consistia en dividir la Francia en muchos pequeños estados con el auxilio de España y de Saboya; Biron debia casarse con una hija de Manuel, quedándose con la Borgaña, el Limousin y el Perigord. Era gobernador de la primera de estas provincias, y tenía en las otras sus bienes y su familia. La nobleza de Guiena, adicta ya á su padre, debia tomar las armas con los duques de la Force, de Ventadour

(1) Sully, t. II, p. 264.—(2) Su madre, María Touchet, casó con el conde Balzac de Entragues; tuvo una hija llamada Enriqueta marquesa de Vermeuil, que fué querida de Enrique IV, de quien tuvo dos hijos.

y de Epernon. Todo esto se limitaba á un proyecto de conspiracion que no acarreó ninguna turbulencia, y segun Basompierre hizo tanto ruido este complot, que no llegó á salir á campaña un solo soldado, ni se hizo el menor preparativo.» Pero las confusas noticias que llegaron hasta el rey le parecieron de bastante importancia y seriedad, creyó conveniente recorrer el mediodía (1602), alijerar los impuestos y halagar á los diputados de las ciudades, de la nobleza y de los parlamentos, y mandó que le acompañara como en rehenes el duque de Epernon.

Enrique sospechaba que Biron era el autor de esta fermentacion, pero no tenia contra él ninguna prueba. Un noble llamado Lafin era el agente principal del complot, y habia inducido al mariscal á entablar las negociaciones con el duque de Saboya. Este fué el que reveló todo el secreto. El rey y su ministro trataron entonces con destreza de hacer salir de Borgoña á Biron y apoderarse sin ruido de su persona. Enrique le llamó á Fontainebleau por medio de mensajes cariñosos, en tanto que Sully dejaba secretamente y con astucia sin municiones las plazas de Borgoña.

Engañado el mariscal con las excitaciones amistosas de Enrique y las cartas del ministro, se presentó en la corte. Enrique le recibió como siempre, le habló de la conspiracion y le pidió un consejo. «Yo no he venido, dijo Biron, para justificarme sino para saber quiénes son mis acusadores.» El rey sentia en extremo perder al valiente capitán que le habia salvado tres veces la vida en los combates, al hijo del guerrero «que le habia dado la corona;» le suplicó por espacio de dos dias que lo confesase todo, continuó tratándole amistosamente, y enojado por fin de su obstinacion, le mandó prender.

Biron fué conducido á la Bastilla con el conde de Auvernia. Las familias de los dos acusados imploraron en vano la clemencia del rey, que les respondió: «Estriba en ello mi vida, la de mis hijos y la conservacion de mi reino; dejaré que la justicia siga sus trámites.» Viéndose perdido el mariscal, escribió una carta conmovido á su antiguo amigo, recordándole las treinta y dos heridas que habia recibido en su servicio, y no pidiéndole mas que la vida. El rey se mantuvo inflexible; le hizo comparecer ante el parlamento y revocó el perdon que le habia concedido antes. Los pares, aunque llamados debidamente, se negaron á

presentarse en el tribunal, porque conocian claramente que este proceso enteramente político, se seguia indirectamente contra toda la nobleza. Toda la nacion se conmovió con este asunto, que interesó tambien á las naciones extranjeras, y la creencia general era que Enrique no se atreveria á llevar al cadalso á un señor tan poderoso é influyente como Biron.

El mariscal se defendió con nobleza. «Es cierto; he escrito, he dicho y he hablado mas de lo que debia, pero no se me probará que en todo esto haya hecho mal alguno, y no hay ley que castigue con la muerte por una simple palabra ó la expresion de un pensamiento. Si hubiera conocido que era culpable, no hubiese salido de mi gobierno de Borgoña donde tenia tropas, dinero y municiones. Además yo creía que el rey me habia perdonado, y que no le habia ofendido despues de su perdon.» Manifestó con amargura la crueldad y poca lealtad de la conducta de Enrique, y acabó diciendo: «No espero mi salvacion de su justicia, sino de la vuestra, señores; vosotros recordareis mejor que él los peligros á que me he expuesto por él y por el estado en las saturnales de la liga, y que sin los servicios que presté entonces, no seriais ahora mis jueces.»

Fué condenado á muerte el dia 29 de julio de 1602.

La única gracia que hizo Enrique á su compañero de guerra fué que se le cortase la cabeza en la cárcel y no en la plaza de la Greve. El mariscal fué al cadalso (31 de julio), proclamando con furia su inocencia. «Mi ejecucion, exclamó, solo servirá para debilitar la monarquía y disminuir la popularidad del rey, porque los católicos no la presenciarn tranquilamente.»

No obstante nadie manifestó públicamente su disgusto. Este fué el primero de los suplicios de los grandes señores que veremos multiplicarse en el siguiente reinado. Era una renovacion del sistema político de Luis XI, que interrumpieron las guerras de Italia y las religiosas, y que iba á completar el genio de Richelieu. La nobleza, para recobrar su poderío feudal, se hallaba reducida á valerse de las conspiraciones, no pudiendo recurrir á la fuerza de las armas, y el trono ya no la perseguia con batallas como en otros siglos, sino con el cadalso y los verdugos.

§. VII.—*Conspiracion del conde de Auvernia y el duque de Bouillon.*—El conde de Auvernia alcanzó el perdon; pero aun no ha-

bían trascurrido dos años cuando entró en una nueva conspiracion de la cual era el alma su hermana uterina, Enriqueta de Entragues, á quien el rey habia prometido su mano de esposo y que la habia olvidado muy pronto. Fueron partícipes de este proyecto informe de rebelion los duques de Bouillon y de Epernon con una multitud de nobles del mediodía.

El rey mandó prender al conde de Auvernia con su hermana y el marido de su madre, y se dió principio al proceso. «Que se me cite, dijo el conde, una sola línea del tratado que se me acusa haber concluido con la España, y yo mismo estoy dispuesto á firmar al pié de mi sentencia de muerte.» Todos creian que un arrebato de celos habia inducido al rey á formular este escandaloso proceso; no obstante los jueces condenaron á muerte á los condes de Auvernia y de Entragues (1.º de febrero de 1605) y á Enriqueta á prision perpetua.

Enrique se avergonzó de esta parodia del proceso de Biron, desterró á Entragues, conservó en la cárcel al conde de Auvernia, y perdonó á Enriqueta. El duque de Bouillon, que era el mas culpable, logró refugiarse en Alemania.

El rey estaba desconsolado con estas conspiraciones que aumentaban los odios que le tenían. El asunto de Biron le causó mas desvelos y disgustos que todas sus guerras. «Cada vez que el rey me hablaba de ello, dice el embajador de España, palidecia y parecia que era él el condenado.» El proceso de Entragues, tan vergonzosamente mezclado de intrigas mujeriles, le convirtió en irrision de sus súbditos y descubrió las torpezas de su vida privada. Estos dos acontecimientos se daban la mano con el descontento de las provincias del mediodía, de este país que le miraba un dia como á compatriota, y que ahora le rechazaba y odiaba como á enemigo.

La misma reina tomaba parte en estas turbulencias, protegía á los descontentos por el afecto que profesaba á España y por espíritu de venganza contra las infidelidades de su marido. La guiaba y dirigia en todos estos enredos, con que envolvía á Enrique, un aventurero florentino llamado Concini, que estaba casado con su dama de honor Leonor de Galigai. Circulaban rumores sospechosos sobre la amistad de la reina con estos dos personajes, que sin duda alguna estaban vendidos á España, y el

rey á pesar del odio que le inspiraban, no tenia valor para arrojarlos de su palacio.

Sully le daba aliento y consuelo durante estos acontecimientos enojosos, y le decia «que hacia mal en apesadumbrarse con tan poco motivo, en especial si consideraba el sitio donde se hallaban (el rey y su ministro se paseaban entonces por el arsenal, entre dos filas de cañones, con galerías encima y debajo de ellos, llenas de armas suficientes para equipar quince mil infantes y tres mil caballos, cien mil balas, dos millones de libras de pólvora y seis millones de oro efectivo): todos estos ingredientes y drogas, le decia Sully, son los mas á propósito para medicinar las enfermedades mas incurables del estado, dar terror á los demás, seguridad y contento á vos mismo, y desbaratar en fin en pocos dias todas las conspiraciones con sus débiles é insensatos designios (1).»

Imbuido Enrique en estas ideas de rigor, recorrió el mediodía con un escaso ejército (octubre de 1606). Se convocó en Limousin un tribunal extraordinario, y «rodaron por las tablas del cadalso diez ó doce cabezas (2).» Iguales suplicios apaciguaron en Languedoc y en Provenza la fermentacion y los disturbios, y en todos los paises por donde pasó el rey mandó demoler algunos castillos y fortalezas, nidos de rebeliones, cuya influencia conocia. Resolvió dar por fin un golpe mortal á los hugonotes en la persona de Bouillon, como lo habia dado en Biron á los realistas. Escribió amistosamente á su antiguo compañero de guerra y de excesos, al que habia dado la herencia de Sedan y que hacia alarde de soberano independiente. Pero escarmentado el duque con el fin trágico de Biron, se negó á aceptar «la invitacion de su soberano y buen amigo.»

Los hugonotes se alarmaron con estas persecuciones; el rey de Inglaterra, los príncipes de Alemania y los suizos enviaron embajadas en favor de Bouillon, «que era perseguido, segun decian, nó por sus faltas políticas, sino por su diferencia de religion.» Enojado el rey al ver que sus súbditos conservaban sus alianzas con los extranjeros, citó al duque á que compareciese ante el parlamento (1606) «como complicado en algunas acusaciones

(1) Sully, t. V, p. 213.—(2) Id. t. VI, p. 284.

del proceso del difunto duque de Biron.» Bouillon respondió á esta citacion incitando á los calvinistas del reino á la defensa de la religion ; pero ninguno de ellos tomó las armas , pues la guerra civil causaba á todos espanto.

Enrique marchó entonces á Sedan y se apoderó de los dominios de Bouillon , pero no quiso llevar adelante un negocio que podia sublevar todo el calvinismo , y satisfecho con poner guarnicion en Sedan , concedió indulto al duque que se hallaba refugiado en Alemania.

§. VIII.—*Proyectos políticos de Enrique IV.*—España era el alma de todas estas conspiraciones ; debilitada se hallaba por sus guerras y gobernada por el indolente Felipe III, pero era importante todavía por su nombradía , por sus vastas posesiones , por el oro de América , por su union íntima con la casa imperial de Austria , y como no habia abdicado aun sus pretensiones á la dominacion universal , continuaba intrigando en toda Europa. Enrique la miraba como á su irreconciliable enemiga ; seguia atentamente sus movimientos mas insignificantes ; muchas veces la habia amenazado con un rompimiento , y su pensamiento mas fijo y continuo era humillarla y vencerla por todos los medios posibles. Parecia en efecto que habia llegado el momento mas favorable para libertar al occidente de la dominacion de la casa de Austria , que tan desmedidamente se habia engrandecido en el trascurso de un siglo ; las ideas políticas iban borrando y haciendo desaparecer las ideas religiosas , por cuyo influjo habia extendido tan hábilmente su preponderancia : España se hallaba herida en su corazon por la disminucion de sus habitantes y la decadencia de su industria (1) : las turbulencias que agi-

(1) Desde los años de 1604 Enrique IV tenia relaciones por medio de la Force, gobernador del Bearne, con los moros de España á quienes se habia forzado á abrazar el catolicismo; les incitó á un levantamiento general, recibió en secreto á sus diput ados, y les prometió armas, dinero y jefes. Se descubrió la conspiracion, y Felipe III decretó el destierro de todos los moriscos bajo pena de muerte, «en atencion, segun dijo, de que amparaban y seguian sus tramias con los herejes y otros príncipes que odiaban el engrandecimiento del nombre espa. ol.» (Véase. Memor. de la Force, t. I.) Salieron de España mas de 429,000 individuos que se llevaron toda la industria, el comercio y las riquezas de este país. Enrique IV ofreció tierras en su reino á todos los desterrados que quisieran permanecer en la religion católica; algunas familias se establecieron en efecto en Gascuña, pero la mayor parte emigraron al Africa.

taban la Alemania amagaban el poderío de la rama imperial: Francia en fin se hallaba ya tranquila, pues se habia desvanecido la horrorosa tormenta de sus guerras civiles, podia volver á emprender su política natural, la protestante, la que le habia impuesto la extension del dominio de la casa de Austria, y ningun príncipe se hallaba mejor constituido que su rey para conducirla á un término favorable.

Esta era la tarea gloriosa con la cual queria Enrique IV ilustrar su reinado, el objeto que se habia propuesto durante toda su vida, el gran pensamiento que habia alimentado con predileccion aun en medio de sus mayores miserias; y como lo que habia hecho hasta entonces no era nada, tenia necesidad de vivir para llegar al fin de su mision. Ya desde la época en que conquistaba su corona con la punta de su espada, sentia un gran placer en formular con Sully planes de elevada política, para llevarlos á cabo el dia en que fuera rey poderoso y gozase de paz y quietud, y le daba parte de ellos á su anciana amiga Isabel, que los animaba con su proteccion. Estos planes, en cuya creacion habia predominado la luminosa idea de que habia pasado la época de la política feudal, tenian por objeto la de dirigir á la Europa por una senda enteramente moderna; en vez de defender la unidad basada sobre la fe católica, que queria establecer la casa de Austria, y que hubiera paralizado á la Europa bajo una sola dominacion, tendian á formar una confederacion enteramente política de todos los estados cristianos, en la cual no tenia en cuenta la diferencia de creencias y de instituciones, sino que los colocaba á todos, grandes ó pequeños, bajo un pié de perfecta igualdad, y los hacia entrar en un sistema de equilibrio, con el cual era imposible cualquier proyecto de dominacion universal.

Segun estos planes, la cristiandad hubiera formado un solo cuerpo ó una república federativa, reuniendo las tres comuniones cristianas, la católica, la luterana y la calvinista, y tres formas de constitucion política, la monarquía hereditaria, la electiva y la república, ya fuera federal, ya aristocrática. Debía componerse de quince grandes estados: el estado Pontificio, el Imperio, los reinos de Francia, España, Gran Bretaña, Hungría y Bohemia, Polonia, Dinamarca y Suecia. El trono impe-

rrial debia ser el único electivo en realidad, de modo que no pudieran ocuparlo consecutivamente dos príncipes de una misma casa. Los reinos de Polonia, de Hungría y Bohemia habian de ser electivos y todos los demás hereditarios. Se hubiera dado al papa el reino de Nápoles, á Venecia la Sicilia, y al duque de Saboya la Lombardia, componiendo los demás príncipes italianos la república federal de Italia; las provincias belgas y holandesas hubieran formado la república federal de los Países Bajos, agregando á ella la de los suizos, la Alsacia, el Franco condado y el Tirol. La república cristiana debia tener una dieta representativa para arreglar las diferencias ocurridas entre todos sus miembros, y asegurar un fondo de hombres y dinero para hacer la guerra á los turcos y á los rusos y arrojarlos de Europa.

Este plan gigantesco nos parece tan solo una sublime utopia porque le faltó tiempo á Enrique para empezar á ponerlo en ejecucion, pero era muy realizable, pues despojándolo de todo lo que le da un aspecto fantástico, se reduce definitivamente á rebajar y desmembrar la casa de Austria. Esta era la base, el medio y el objeto. La Europa se hallaba entonces en una disposicion la mas favorable para llevar á cabo esta empresa; Enrique podia fácilmente interesar en esta política protestante á todas las potencias católicas, incluso al papa: Francia é Inglaterra hacian enmudecer sus antiguas rivalidades para trabajar de mancomun en esta reconstruccion de Europa, sin que ni una ni otra tomasen parte en los despojos de la potencia que ambas deseaban humillar (1): finalmente, el rey que concibió este plan, el ministro que le preparó á ejecutarlo, y la aliada que lo apoyaba con todos sus esfuerzos, eran tres personajes envejecidos en las agitaciones de la vida política; tres inteligencias graves, positivas, poco amigas de lo maravilloso, y que emplearon en su formacion, no solo un dia, sino doce años. No existe en la historia un plan tan completo, preparado tan de antemano y arreglado con tanto esmero. Él nos atestigua que Enrique tenia un

(1) Parece no obstante que el proyecto ulterior de Enrique IV consistia en unir á las Provincias Unidas, el Luxemburgo, el Limburgo, Cleves, Tulliers, Aix, etc., y de obligarles despues á apoyarse en la Francia. El único medio de dar á la Francia su antiguo esplendor y hacerla superior á toda la cristiandad, dice Sully, es juntar completa é inseparablemente con ella á las Provincias Unidas.

talento vasto, un conocimiento muy profundo del destino y porvenir de la Francia, y una ambicion tan noble y leal, que esta concepcion magnífica es el mas hermoso título de su gloria.

§. IX.—*Negocios de Inglaterra, de los Países Bajos y de Alemania.*—Dominando este plan todas las ideas del rey, del cual no le habian distraido los disturbios y entorpecimientos interiores, su diplomacia, tan moderna por su espíritu como por sus formas, se inclinó siempre á asegurar el éxito por alianzas fundadas en intereses positivos, y en principios de territorio y de nacionalidad, y nó en simpatías religiosas. «La Europa, decia Sully, está dividida en dos facciones políticas, la protestante y la romana, siendo esta última la mas fuerte y dominada por la casa de Austria, y la otra, formada por la Francia, la Inglaterra, las Provincias Unidas, los tres reinos del norte y los pequeño Estados de Alemania. Es preciso que esta última faccion haga una alianza para destruir á la primera, para reducir á la casa de Austria á la posesion de España y quitarle sobre todo el derecho hereditario del imperio.»

La Inglaterra era la aliada en quien mas contaba Enrique IV, y la grande Isabel le inducia á que diese principio cuanto antes á la ejecucion de sus planes, porque la política protestante era la de sus intereses y afecciones. Ella habia sido la que, olvidando las antiguas pretensiones que su padre albergaba aun sobre el continente, habia lanzado á la Inglaterra en la verdadera senda de su progreso, en el imperio de los mares. En esta parte no habia mas rivales que la España, y por la misma razon todos sus esfuerzos debian dirigirse contra ella.

Isabel murió (1603) hundiendo en la tumba sus proyectos, y fué su sucesor Jacobo Estuardo, rey de Escocia, hijo de la desventurada María, el cual tomó el nombre de Jacobo I.

La guerra que la Francia queria emprender era de un interés general y de política europea, pero la Inglaterra, por su posicion geográfica y su carácter especial, miraba con frialdad las cuestiones que no fueran de política interior é interés local. Presto iban á agitarse estas cuestiones bajo el reinado de los Estuardos, herederos y víctimas del despotismo establecido por los Tudor. Por otra parte Jacobo I era tímido, pacífico y estaba ocupado exclusivamente en controversias religiosas y en la defensa de sus

prerogativas: el temor que le inspiraban los puritanos le daban un aspecto de inclinación hácia los católicos; y cuando Sully le envió una embajada proponiéndole que entrara en el partido francés contra el partido austríaco, respondió con la negativa y solo consintió en firmar un tratado de alianza en favor de las Provincias Unidas. Al año siguiente no titubeó en hacer la paz con España.

Pesaroso Enrique por el abandono de Inglaterra, fijó todas sus miradas en las Provincias Unidas y en Alemania.

Felipe II había dado los Países Bajos á su hija Isabel, que estaba casada con el archiduque Alberto, y la guerra se prolongó aun doce años. Lo mas notable que acaeció en ella fué la batalla de Nieuport (1600), donde Mauricio venció al archiduque, haciéndole perder doce mil hombres, y el sitio de Ostende, que se rindió á los españoles tan solo (1604) despues de haber permanecido tres años delante de sus murallas y de haber perdido ochenta mil hombres. Ultimamente por mediacion de la Francia se entablaron negociaciones, las cuales acarrearón, gracias á la prudencia y habilidad de Jeannin (1609) una tregua de doce años, por la cual España reconoció implícitamente la independencia de las Provincias Unidas.

Este resultado era de suma importancia para el «partido francés,» especialmente en una época en que el «partido austríaco» adquiría en Alemania una preponderancia amenazadora, y cuando era fácil prever que iba á comenzar en este país la lucha de los dos principios.

La paz de Augsburgo solo había sido un remiendo de la constitucion germánica, y por fin iban á dar su fruto los gérmenes de disolucion que había lanzado en el imperio la liga de Smalkalda. Uno de los artículos de esta paz había causado en él continuos desórdenes; era la *reserva eclesiástica*, que estipulaba que los protestantes poseyesen las tierras secularizadas del clero antes de 1555, pero que en adelante todo elector, obispo ó abad que abrazase el luteranismo, dejase los bienes anexos á su dignidad. Los protestantes violaron continuamente este artículo, casi toda la Baja Alemania se secularizó, y á pesar de las reclamaciones de los católicos, los emperadores Fernando I y Maximiliano II aparentaron no ver tamañas usurpaciones. El calvi-

nismo era otra de las causas de discordia; los príncipes luteranos habían hecho vanos esfuerzos para desterrarlo, pues destruyendo la union política de los reformados, ocasionaba en muchos estados sangrientas contiendas. Por fin, la contrarreforma no había cesado de hacer sus conquistas; Baviera era el centro de donde salían los jesuitas para esparcir por toda Alemania sus misioneros, colegios y escritos; se habían convertido al catolicismo los electorados de Maguncia, Tréveris y Colonia y muchos obispos soberanos de la Baja Alemania; Fernando, archiduque de Austria y sobrino del emperador, proscribió el protestantismo en sus estados á mano armada y bajo pena de muerte; y el emperador Rodolfo dejó su indolencia y los estudios astronómicos, en los que pasaba toda su vida, para imitar estos ejemplos en Austria, Bohemia y Hungría.

El tribunal de justicia y el consejo áulico sucumbieron á la influencia de la opinion católica y de los deseos de la corte; pronunciaron injustos fallos contra los protestantes, y atacaron los antiquísimos derechos de soberanía de las ciudades libres. Hablábase ya de los proyectos de hacer hereditaria y absoluta la dignidad imperial en la casa de Austria; los jesuitas decían en alta voz que la paz de Passau solo era provisional hasta la decision de un concilio general, y que los decretos del concilio de Trento anulaban las estipulaciones de la paz. La reforma se veía en peligro en toda Alemania, las provincias protestantes estrecharon su union «para resistir al papismo invasor;» y como la constitucion del imperio no tenia medio alguno que se opusiera al torrente de las opiniones romanas», aconsejadas por Enrique IV, garantizaron su seguridad por medio de una confederacion que bosquejaron en Heilbronnen 1594. Trascurrieron catorce años, y el partido protestante confundiendo en interminables discusiones, continuó perdiendo terreno. Habiéndose reunido una dieta en Ratisbona (1608) para deliberar sobre la guerra contra los turcos, los protestantes se obstinaron en no tomar parte en la discusion hasta que se les hubiese asegurado la paz de su religion, y abandonaron la dieta despues de haber oido la negativa de los católicos.

Reuniéronse entonces en Ahausen de Franconia (2 de mayo) Federico IV elector palatino, el conde palatino de Neuburgo, los

margraves de Bade y Brandeburgo y el duque de Wurtemberg, donde renovaron la *Union evangélica* de Heilbronn «para la conservación de la paz y la constitucion del imperio.» El elector de Brandeburgo, el landgrave de Hesse y muchos príncipes y ciudades imperiales se adhirieron á esta Union, que se puso en comunicacion con la Francia, declaró que la alianza era común á calvinistas y luteranos, y pidió al emperador el restablecimiento de la paz religiosa.

Rodolfo estaba poco seguro en sus estados hereditarios, donde casi toda la nobleza habia adoptado la reforma; sus tentativas para restaurar el catolicismo, las empresas de los jesuitas y los proyectos de su sobrino Fernando, el cual habia jurado, segun dicen, exterminar el protestantismo, ocasionaron serios disturbios en Austria y en Moravia, y llegó á estallar una rebelion en Hungría, país agitado siempre y cuyas turbulencias favorecia la vecindad de los turcos (1).

El emperador envió á este país á su hermano Matías, pero los insurgentes tomaron por jefe á este príncipe, el cual prometió darles sus antiguas libertades, resolvió arrebatar á Rodolfo el gobierno de los estados hereditarios y marchó contra él con veinte mil hombres. El emperador no tuvo mas recurso que ceder (junio de 1608) á su hermano la Huguía, el Austria y la Moravia, y confirmar las libertades religiosas de estos tres estados. La Bohemia por fin, este reino electivo y tan adicto á la reforma, sacó partido de estas turbulencias; pidió y alcanzó una carta (11 de julio de 1609) llamada *de majestad*, por la cual se le concedia la libertad de culto y el derecho de elegir *defensores* para proteger su libertad religiosa.

De este modo adquirieron los estados austriacos, sin obstáculo de la debilidad de Rodolfo, lo que no habian podido lograr los reformados de Francia con cuarenta años de combates, y acontecia esto al mismo tiempo que la Union evangélica exponia sus quejas al emperador y le amenazaba con la guerra.

(1) Si ha de darse crédito á Sully (t. VII, p. 323), los pueblos de Austria, Bohemia y Hungría estaban en inteligencia con Francia desde 1607; manifestando que les era imposible soportar el pesado yugo á que estaban sujetos, y que se arrojarían voluntariamente en brazos del primer gran príncipe que se comprometiera á restituirles su antiguo derecho de libre-eleccion y religión.

Los católicos se alarmaron; la Baviera era entonces el único estado lego que fuera puramente católico, y la contrareforma perdía terreno. El duque Maximiliano, que fundaba la esperanza de su engrandecimiento en el sosten de la religion romana, convocó en Wurtzburgo una asamblea de católicos, en la cual los tres electores eclesiásticos y los estados católicos de los círculos de Baviera, Suavia y Franconia formaron una *santa liga* (12 de julio) para hacer oposicion y resistencia á la union evangélica. La asamblea nombró jefe á Maximiliano, el papa la tomó bajo su proteccion, España se adhirió á ella y le ofreció su auxilio; pero no quisieron admitir en su seno los de la liga á los archiduques de Austria, porque Maximiliano esperaba lograr la dignidad imperial con el apoyo de Enrique IV.

Tanto la inercia de Rodolfo como la ambicion de Carlos V habian ocasionado la division de la Alemania en dos ligas independientes del emperador é igualmente amenazadoras para él. Solo esperaban todos una ocasion favorable para empezar la guerra. Enrique IV seguía con afanosas miradas todos estos acontecimientos, tenia alianza con la Unjon evangélica, era casi dueño del jefe de la santa liga, y la muerte de Rodolfo debía ser para él la señal de la ejecucion de sus planes.

Un acontecimiento inesperado precipitó la crisis.

§. X.—*Sucesion de Cleves y de Juliers.*—*Preparativos de guerra.*
—*Muerte de Enrique IV.*—Juan Guillermo de la Mark, duque de Cleves, de Juliers y de Berg murió sin posteridad (1609). Se presentaron cuatro pretendientes á su sucesion, todos protestantes, pero los estados de Cleves y de Juliers eran católicos. El emperador, instigado por la España, que no podia tolerar que un príncipe protestante fuera á establecerse en la vecindad de los Países Bajos, mandó que los tres ducados quedasen en secuestro en poder de Leopoldo archiduque de Austria y obispo de Strasburgo. Las tropas austriacas se apoderaron de Juliers.

No se trataba entonces de saber si el partido católico ó el partido protestante se engrandecerian con el logro de los principados vacantes, sino si la casa de Austria habia de aumentar sus dominios á expensas de Alemania.

El elector de Brandeburgo y el conde palatino de Neuburgo, pretendientes á la sucesion hicieron un convenio, se apoderaron

de los tres ducados y pidieron el apoyo de la Union. El obispo de Strasburgo pidió el de la santa liga. Las dos confederaciones volvieron sus ojos hácia la Francia, vivamente interesada en el destino de un país «situado en su frontera y con derechos sobre las Provincias Unidas;» y á pesar del emperador, que le suplicó que no diese ningun paso para disminuir el poder imperial,» Enrique IV declaró que tomaba bajo su proteccion á los príncipes de Brandeburgo y de Neuburgo.

La Union celebró en Hall de Suavia uná numerosa asamblea (enero de 1616), á donde concurrieron los embajadores de Francia, de las provincias Unidas, de Venecia y de Saboya: pidió el apoyo de todas las potencias de Europa, concluyó con la Francia un alianza ofensiva y defensiva, y tomó las armas. La santa liga le respondió con un levantamiento de veinte mil hombres, cuyo mando dió á Tilli, general del duque de Baviera, y principiaron las hostilidades (abril).

Enrique organizó tres ejércitos. El primero, mandado por el mismo monarca y compuesto de cuarenta mil hombres, estaba destinado para entrar por Champaña en los ducados de Cleves y Juliers, y juntarse allí con Mauricio de Nassau que preparaba veinte mil hombres; el segundo, al mando de Lesdiguières y compuesto de quince mil hombres, debía unirse en Italia con el duque de Saboya y los venecianos y conquistar á Milan; y el tercero debía permanecer de observacion en los Pirineos.

La guerra que iba á emprenderse era la mas grave que habia presenciado Europa desde la ruina del imperio romano, y causaba una vivísima agitacion, mucha inquietud y recelos de una espantosa catástrofe. Todos los descontentos veian una ocasion propicia para estallar; la corte rebosaba de oscuras intrigas; la reina y sus favoritos seguian una secreta correspondencia con España, y los odios religiosos se renovaban con mas ardor y encarnizamiento. Los enemigos de Enrique se alzaban contra él, calumniaban su alianza con los protestantes de todos los paises, esparcian entre el vulgo la idea de que iba á hacer la guerra para destronar al papa, crear un pontífice hugonote, y volver en seguida á destruir la religion romana en Francia.

Finalmente, las pasiones libertinas de Enrique, que la edad habia hecho mas ridículas sin calmarlas, daban materia á otros

dichos aun mas escandalosos. El rey estaba locamente enamorado de la hermosa Carlota de Montmorency, que acababa de casar con el príncipe de Condé. Este huyó con su mujer y se retiró á Bruselas. Enrique reclamó á España los dos fugitivos, amenazando invadir los Países Bajos si les daban asilo. Se alzó en todas partes un grito de indignacion contra esta guerra, cuyas elevadas razones estaban ocultas para el vulgo, y que parecia á primera vista emprendida tan solo para obligar al primer príncipe de sangre real á que entregase su esposa á la liviandad del rey (1).

Avergonzado Enrique de sí mismo, pesaroso con tantos odios y perfidias, continuó no obstante sus preparativos. Para asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia, habia determinado dejar á su mujer la regencia dándole un consejo de quince señores magistrados. La reina quiso ser consagrada para inspirar mas respeto al pueblo, y esta ceremonia retardó la partida del rey que se hizo cada vez mas moroso y sombrío. «No saldré ya mas de esta ciudad, decia: ¡me matarán! su último recurso es mi muerte (2).»

Al día siguiente de la consagracion de la reina y dos días antes de su partida para el ejército (14 de mayo de 1610), salió del palacio con cinco señores á visitar á Sully que vivia en el Arsenal: una multitud de carruajes le detuvieron en la calle de Feronnerie; y un hombre llamado Ravailiac, subiendo entonces sobre la rueda de su carroza, le clavó dos veces un puñal en el corazon.

El rey murió en el acto. Solo tenia cincuenta y siete años.

Acusaron de su muerte á la casa de Austria, á los jesuitas, al duque de Epernon, á Enriqueta de Entragues y á la misma reina, pero aunque esta catástrofe haya quedado envuelta en un extraño misterio, es probable que el asesino no tenia cómplices.

(1) Para cotno del escándalo, se decia que el príncipe de Condé era el fruto de los amores de Enrique con Carlota de la Tremoille, viuda de Luis II, acusada de haber envenenado á su marido. Esta mujer, sobre la cual recaian las sospechas mas graves, permaneció presa hasta el año 1596 en que Enrique hizo que el parlamento de París la declarase inocente, y dió á luz á los seis meses de la muerte de su marido un hijo que fué reconocido legítimo y educado en la religion católica después de la conversion del rey.—(2) Sully, t. VIII, p. 365.

Era un ciego instrumento de una opinion, que habia puesto en accion las injurias populares. Protestó de que «le habia inducido á cometer su crimen la creencia de que el rey era hugonote y habia determinado hacer la guerra al papa; que á consecuencia de las continuas quejas que oia en todas partes, se habia convencido de que Enrique deseaba la perdicion del reino, y de que iba á prestar un servicio inmenso á su patria librándola de tan infame monarca.»

Nada atestigua mejor lo que valia Enrique, y que su vida era una prenda de orden y estabilidad, como el profundo terror que inspiró su muerte. Se creyó obra de una inmensa conjuracion; todos presagiaban ya la guerra civil con un rey menor de edad y los partidos enconados, y no hubo nadie que no contribuyese con sus esfuerzos y cooperacion para conservar la paz. En cuanto al exterior, la muerte de Enrique ocasionó una completa revolucion y fué una calamidad para toda la Europa; la casa de Austria se salvó con ella probablemente de un inminente peligro; quedó aplazada la guerra que la amenazaba convirtiéndose en la guerra de los Treinta años, la cual en vez de ser el resultado de un plan por mucho tiempo meditado y preparado para reconstituir la Europa, no fué al principio en Alemania mas que una guerra civil ocasionada por intereses locales; y en vez de ser breve y decisiva, fué larga, desastrosa, y solo triunfó incompletamente.

Enrique IV dió fin á las guerras de religion y quiso establecer el equilibrio entre los diversos estados de Europa; hé aquí sus títulos de gloria. Hizo menos de lo que queria, y sus obras son inferiores á su talento. Su siglo le desconoció y aborreció, y le olvidó el siguiente, prosternado ante Luis XIV. Solo desde Voltaire empieza la época en que revindicando su memoria, se le ha ensalzado hasta la adoracion y mirado como un hombre grande y el mejor de los reyes; y en fin la restauracion de 1814 se ha valido de su nombradía para recomendar la dinastía de los Borbones á la Francia revolucionaria.

Por esta razon se ha hecho tan popular en nuestros dias el nombre de Enrique tan injustamente aborrecido en su tiempo; por esto se ha desnaturalizado tradicionalmente el carácter de este príncipe tan fino, tan profundo y egoista, en quien todo era

artificioso, tanto su amable lenguaje como las expansiones de su corazón, y que no obstante hoy se ve transformado en un padre del pueblo, lleno de franqueza, hombría de bien y de generosidad. La historia, mas grave y reflexiva, se contenta con colocar á Enrique IV en el número de los reyes mas dignos de ser amados y mas grandes políticos: ella le tiene en cuenta el penoso trabajo por el cual sucumbió queriendo enlazar las dos creencias que hacia un siglo combatian en Francia; no olvida la grandeza de sus ideas, que continuaron sus sucesores, el impulso que dió á la monarquía absoluta, ni sus deseos de acrecentar la gloria y la prosperidad de su reino. Si no fué precisamente un grande hombre ni un buen rey, al menos era infinitamente superior á los Valois por su inteligencia y sus sentimientos, y la dinastía de los Borbones inauguraba dignamente el trono de Francia.

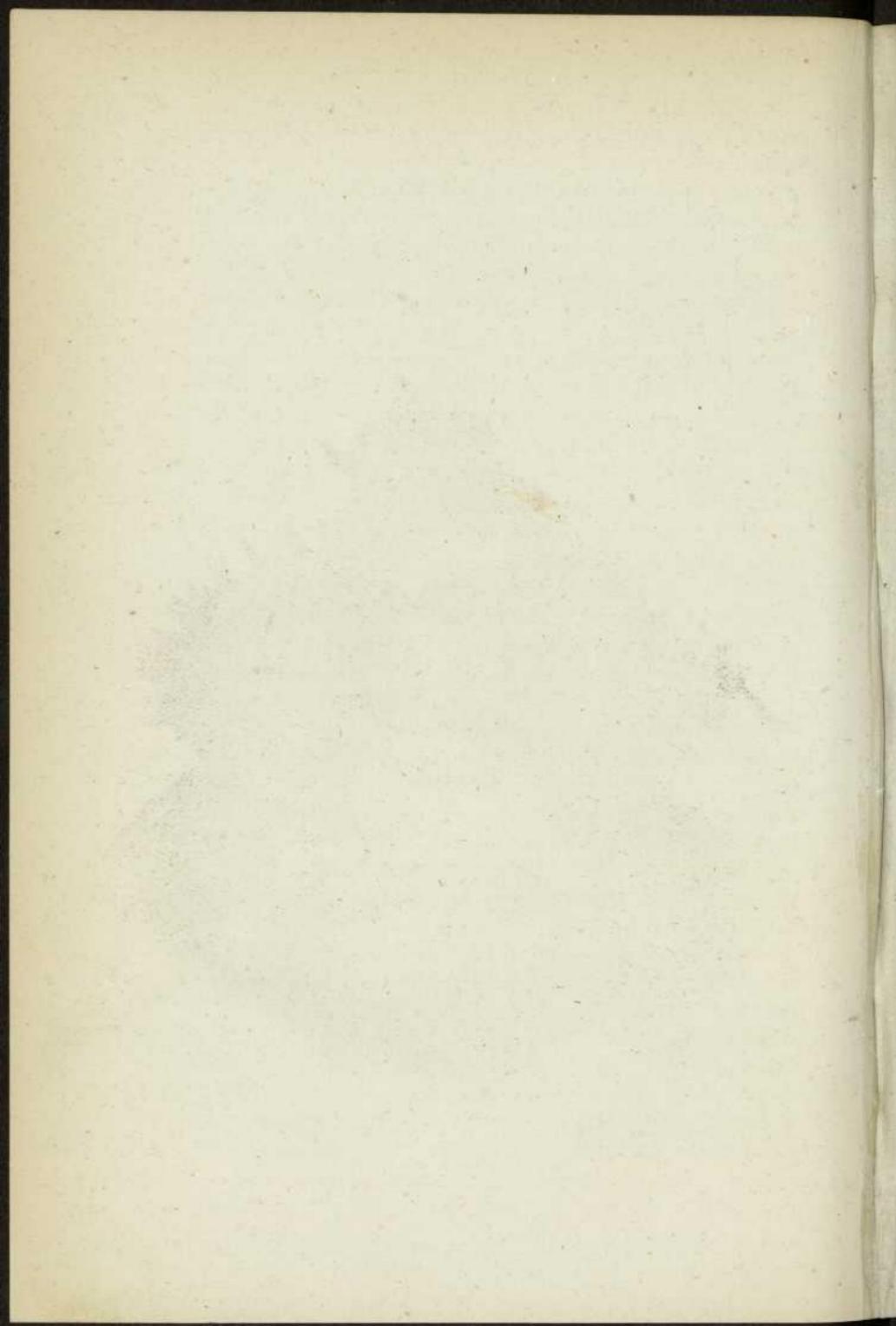
CAPÍTULO III.

Ministerio de Concini y de Luynes.—Primer periodo de la guerra de Treinta años. (1610.—1624.)

§. I.—*María de Médicis regenta.—Cambios políticos.—Privanza de Concini.—Temores de los calvinistas.*—Enrique IV dejó tres hijos y tres hijas (1), pero el primogénito, Luis XIII, solo tenia nueve años. Dejar un solo día vacante el gobierno, era abrir la puerta á toda clase de desórdenes, pues existian tantos elementos de disturbios, que solo la robusta mano del bearnés habia podido tenerlos á raya. Los ministros aconsejaron con instancia á la reina que se apoderase de la regencia, y todos se decidieron á apoyar al gobierno (14 de mayo de 1610). El duque de Epernon y otros muchos señores reunieron tropas, las pusieron en las plazas, y rodearon la casa de la ciudad y el palacio; la nobleza, el parlamento y el pueblo manifestaron su resolucion de mantener el órden, y los ministros de ambas religiones dirigieron palabras y exhortaciones pacíficas. Solo Sully manifestó debilidad y egoismo, no pensó mas que en su seguridad individual, se

(1) Además ocho hijos naturales, de los que el mas célebre es el duque de Vendôme.





encerró en la Bastilla, donde apuntó los cañones contra la ciudad, y solo salió de allí con condiciones ventajosas.

El parlamento se reunió en el acto, y accediendo á los solícitos ruegos é instancias del duque de Epernon, declaró, algunas horas despues del asesinato de Enrique IV, á la reina, madre del rey, regenta de Francia para administrar los negocios del reino durante la menor edad de Luis XIII con completo poder y autoridad (1).»

Esta declaracion era una enorme usurpacion de los magistrados, no la legitimaba ningun antecedente, pero impelieron á obrar así al parlamento la fuerza de las circunstancias, la falta absoluta de autoridad nacional, y mas que todo aun la voluntad pública. Esta corporacion judicial, orgullecida con la importancia política que se habia visto obligada á tomar, tendió desde entonces á convertirse en representante de la nacion, tutora del trono y defensora y conservadora del estado.

Se formó un consejo de regencia en el cual entraron los príncipes de sangre real, los duques de Epernon, de Guisa y de Mayenne y los ministros del difunto monarca; pero al mismo tiempo que este consejo oficial, se formó otro secreto compuesto por Concini, el padre Cotton, confesor de Enrique IV, y el embajador de España. La tendencia manifiesta de la regenta fué abandonar el sistema político de su esposo. El gobierno de una mujer y de un niño no podia aventurarse en los planes inmensos de Enrique IV contra la casa de Austria, dejando á sus espaldas á los grandes y á los hugonotes, á quienes este genio poderoso apenas habia podido contener. No debia pensar en remover desde sus cimientos á la Europa, sino contentarse con seguir en paz la senda de la monarquía absoluta, y «la reina estaba persuadida de que quitando todas las apariencias de guerra extranjera, podia mantener en sus deberes mas fácilmente á los príncipes de sangre real y á los hugonotes (2).»

Siguiendo estas ideas, dejó que el papa, el gran duque de Toscana y Maximiliano de Baviera, se reconciliaran como pudiesen con España; licenció el ejército de los Alpes; y aterrado el duque de Saboya por el abandono de la Francia, envió á su

(1) Santiago Gillet, Relacion de lo que acaeció en el parlamento los dias 14 y 15 de mayo de 1610.—(2) Memorias de Fontenay.—Mareuil, t. I, p. 140.

hijo á arrojarle á los piés de Felipe III y pedir perdon. Pero el reino no podia deshacerse bruscamente de todos sus aliados, existian compromisos que guardar con las Provincias Unidas y los príncipes de Alemania, y se mandó que marcharan á Juliers doce mil hombres del ejército de Champaña. Estas tropas, unidas á las de la Union y de Mauricio de Nassau, se apoderaron de la ciudad (1.º de setiembre de 1610), y la entregaron á los príncipes de Brandeburgo y Neuburgo.

La Union evangélica y la santa liga, debilitadas ya y sin esperanza, licenciaron sus tropas y firmaron la tregua de Wilstett (24 de octubre), que dejó sin resolver todas las causas de la contienda. La gran guerra de Enrique IV quedó tambien aplazada en el mismo momento en que la casa de Austria se veia cercana á su completa ruina.

El duque de Baviera se habia pronunciado contra el infeliz Rodolfo, Matías le obligó á cederle la Bohemia (abril de 1611), y la anarquía asolaba los estados austriacos. De todas partes acudieron embajadas pidiendo en vano á María de Médicis que pusiera en ejecucion los proyectos de su esposo; y ella declaró «que no se mezclaria en los negocios de Alemania si el rey católico no apoyaba con su influencia las turbulencias de su reino.» Felipe III, contento al ver que desaparecia la horrible tempestad que amenazaba á su familia, entabló negociaciones con la regenta, le prometió dinero y tropas para hacer respetar su autoridad, y le advirtió que no dejase de vigilar atentamente á los consejeros de su marido (1).» Finalmente, ambas coronas firmaron en secreto un tratado de alianza para casar Luis XIII con la infanta Ana de Austria y su hermana Isabel con el hijo de Felipe III.

Concini era el alma de esta nueva política. El favorito merecia de la reina una constante adhesion y confianza, era ya marqués de Ancre, gobernador de Amiens, de Perona y de Dieppe, y bien pronto empuñó el baston de mariscal de Francia. Villeroy y Jeannin, como antiguos ministros de la liga, aprobaban gustosos la inclinacion española de la regenta; pero Sully estaba indignado al ver á un aventurero colmado de favores y domi-

(1) Archivos de Simancas, segun Capetigue, historia de Richelieu, etc., t. I, página 158.

nando el gobierno, y negándose con constancia á repartir entre los cortesanos el tesoro que tantos trabajos le habia costado recoger, se veia amenazado por todos los enemigos que se habia creado con su soberbia y su fortuna. Ultimamente se vió obligado á hacer dimision de la superintendencia de hacienda y del gobierno de la Bastilla, pero se hizo comprar su retirada, y manifestó mucha debilidad y codicia (1). Conservó la gran maestranza de artillería, y se retiró á su gobierno del Poitou, donde vivió como un señor feudal con una corte pomposa y severa hasta 1641 en que murió. Jeannin fué su sucesor en la hacienda.

« Vamos á sucumbir ante el partido contrario del de Francia, dijo Sully el primer día de la regencia; por lo tanto deben estar alerta todos los buenos y leales franceses, y en especial los hugonotes (2). » Efectivamente, los protestantes se alarmaron, y tuvieron en Saumur una gran asamblea que inspiró serias inquietudes á la regenta. Por inspiracion del duque de Rohan, « que pensó desde aquel día exponerse á todos los peligros, y aun morir ó formar una república, » los reformados renovaron el proyecto de una reunion general, y la division de la Francia protestante en departamentos, hicieron reclamaciones por la caida de Sully y los proyectos de alianza con España, y pidieron á la reina la propagacion del culto calvinista, nuevas plazas de seguridad, sínodos, asambleas cada dos años, y una dotacion para sus ministros. La corte habia confirmado ya el edicto de Nantes, y ahogó estas quejas halagando á los señores hugonotes, dando enormes indemnizaciones á Sully por las dignidades que se le habian quitado, y enviando á las provincias comisionados para hacer cumplir el edicto.

Nada turbó la paz, pero es cierto que mas aun que á la destreza del gobierno era debida á la prudencia y templanza de los hugonotes, « los cuales en general decian que disfrutaban toda la libertad de conciencia que podian desear, y no querian por la ambicion de algunos revoltosos abandonar sus familias y hogares (3). »

§. II.—*Decadencia de la nobleza.—Primera rebelion de los señores.—Tratado de Saint Menchould.*—El pueblo, que en el siglo

(1) Memorias del cardenal Richelieu, t. I, p. 242.—(2) Sully, t. VIII, p. 401.—(3) Véanse las memorias de Basompierre, t. I, p. 137.

anterior habia turbado su reposo y abandonado sus oficios para defender su jefe, ya no apetecia entonces mas que orden y paz ; pero la nobleza, acostumbrada cincuenta años hacia á una vida aventurera , solo anhelaba disturbios y guerras. La muerte de Enrique IV habia sido una especie de salvacion para los señores. « Ya pasaron, decian ellos, los tiempos de los reyes, y ha llegado el de los grandes y príncipes. Es preciso que no desperdiciemos la ocasion , y hagamos valer nuestra independencia y nuestro derecho. »

Pero la turbulencia de los nobles , que en otras épocas habian realizado tanto los grandes intereses religiosos que discutian, iba á gastarse ahora en rebeliones mezquinas y ambiciones de dignidades y dinero. La nobleza no buscaba el poder por tener el orgullo de poseerlo, sino por la utilidad que le reportaria ; no se avergonzaba de aspirar al lucro , por deshonroso y vil que fuera , de acuerdo con los arrendatarios de las contribuciones que les cedian una parte de su producto; les inducia á aumentar las cuotas de un modo fraudulento , robaba las rentas públicas, usurpando el dinero de las guarniciones , fortificaciones y municiones de las plazas que gobernaba , mendigaba asignaciones sobre el tesoro , cobraba doblados los sueldos y los pagos de las deudas, codiciaba con imprudente afan todas las distinciones domésticas de la corte , porque eran pagadas con prodigalidad, y se hacia conceder la propiedad de sus empleos hasta la tercera generacion. Pero todo este dinero era difícil de cobrar y se gastaba muy fácilmente , los dominios , que eran suficientes en el siglo décimotercero para hacer vivir como un rey al señor que los poseía, no bastaban para atender á los gastos del mas insignificante cortesano de María de Médicis ; todos los grandes querian tener un tren de casa fastuoso , gentiles hombres y pajes, llevaban trajes que costaban 14.000 escudos , daban bailes y cabalgatas, se arruinaban, y para llenar el vacío no conocian otra industria que la guerra civil. Habia sido muy funesto el ejemplo de los millones dados por Enrique IV á todos los señores de la liga. Si tanto habian alcanzado de tal rey, ¿ qué no debian esperar del gobierno de una mujer ? Era preciso , decian los nobles, *hacerse valer*.

Este fué el móvil de todas las turbulencias que agitaron á la

Francia por espacio de cuarenta años, turbulencias miserables y muchas veces ridículas que prueban que la aristocracia había llegado á la época de su decadencia. Durante su largo combate contra el trono había luchado en el reinado de Luis XI por su independencia realmente feudal, en el de Carlos IX por la independencia política y religiosa; pero en el reinado de Luis XIII solo combatía para que le dieran dinero, empleos lucrativos y gracias de la corte; por eso no tenía aliados, y el trono estaba siempre seguro de la victoria.

Después de la muerte de Enrique IV, la nobleza representó este indigno papel con un brillante éxito; como la regenta temía verse despojada de su autoridad, y Concini deseaba alcanzar el perdón por las dignidades y riquezas que había acumulado, se distribuyó el tesoro de la Bastilla entre todos los que supieron hacerse valer. El príncipe de Condé, que estaba de regreso en la corte, había manifestado mucho encono por el modo tan informal con que se había dado la regencia, «pero solo lo hacía para que lo comprasen más caro, y luego que participó con toda liberalidad del dinero de la Bastilla mostró una completa sumisión; pero cuando conoció que las arcas reales estaban casi vacías (1),» empezó á quejarse de la marcha del gobierno, de las alianzas proyectadas con España y de la privanza de Concini. Todos los descontentos se reunieron en torno suyo, y durante cuatro años devoraron la corte intrigas indignas y lastimosas, y tramas sin importancia.

«Era tan miserable aquella época, que eran reputados por más hábiles aquellos grandes más ingeniosos para urdir enredos y confusiones, y los enredos y marañas eran tantos, que más se ocupaban de ellos los ministros que de la conservación del estado (2).»

Ultimamente el príncipe con los duques de Longueville, de Vendôme, de Bouillon y de Nevers se retiró de la corte «para no aparecer culpables, decía él, de los abusos que se cometen por los mismos que manejan los negocios.»

Se dirigió á Sedan, pidió el auxilio y cooperación de los gobernadores de provincia, y dió á luz un manifiesto, en el cual se

(1) Fontenay, t. I, p. 227.—(2) Richelieu, t. I, p. 303.

lamentaba del olvido en que yacian los príncipes y grandes que nunca eran llamados al consejo, de los innumerables impuestos que abrumaban al pueblo, del modo indigno con que se sacrificaba el interés del estado por favorecer un matrimonio impolítico; y pedía por fin la convocacion de los estados generales.

Esta rebelion causó un terror general, pero toda la nacion sabia que los príncipes no querian mas que dinero, y miraba con aversion la guerra civil. Nadie tomó las armas.

Concini, en vez de vencer á los rebeldes y obligarles á obedecer por medio de la fuerza, se valió de las negociaciones; y se firmó un tratado en Sainte Menchould (15 de mayo de 1614), por el cual dió á todos los codiciosos señores dinero, pensiones, empleos y hasta 450,000 libras para pagar los gastos de su alojamiento, prometiéndoles que se convocarian los estados, que los casamientos no se llevarian á cabo sin su consentimiento, etc.

De este modo se recobró el orden público; pero los grandes, alentados y gozosos con una victoria tan fácil, se preparaban otra vez á una segunda campaña contra el tesoro y las rentas públicas. Condé continuó sus miserables intrigas, y la reina, con objeto de robustecer la fuerza de su gobierno, hizo declarar mayor de edad á su hijo y convocó en Paris los estados generales.

§. III.—*Estados de 1614.*—Habia en esta asamblea cuatrocientos sesenta y cuatro diputados, de los cuales ciento cuarenta representaban el clero, ciento treinta y dos la nobleza y ciento noventa y dos el pueblo. Distinguíase entre ellos el obispo de Luzon, Armando Duplessis de Richelieu, de veinte y nueve años de edad, humilde, pobre y sencillo, pero célebre ya por su talento y que tenia necesidad y empeño de hacer fortuna.

Estos estados, que fueron los últimos de la Francia monárquica, atestiguaron mas que nunca la impopularidad de esta institucion; y no hicieron mas que aumentar los disturbios del reino con las disensiones que estallaron entre los tres brazos ú órdenes, fomentadas por la misma corte.

La nobleza pidió la abolicion de la venalidad de los empleos, el clero la publicacion de los decretos del concilio de Trento, y el pueblo la disminucion de las pensiones y los impuestos (1).

(1) Hé aquí en que términos tan lastimosos se pidió la reforma de la hacienda:

Como los ministros se negaron á manifestar el estado de los ingresos y gastos públicos, no pudieron quedar acordes ni discutir ninguna cuestion perteneciente á hacienda, y menos aun los demás asuntos políticos (1). Aprobaron los representantes muy débilmente y á fuerza de súplicas y humillaciones los proyectos sobre el matrimonio con España; é impotentes todos para llevar á cabo las reformas políticas, se confundieron con controversias religiosas, que eran la pasion predominante de la época y el alimento ordinario de todos los espíritus.

El tercer estado, compuesto casi exclusivamente de magistrados opuestos á las doctrinas ultramontanas, pretendia que se decretase como ley fundamental «que no existe ningun poder en la tierra que tenga derecho para arrojar del trono á las personas sagradas de los reyes ni para dispensar á sus súbditos del juramento de fidelidad.» Esta proposicion era un ataque contra la antigua opinion de la liga, que sentaba por principio que era ilícito desobedecer á un rey hereje y hasta matarle como tirano. El clero se declaró contra el regicidio, y reconoció la independencia absoluta de la corona en materias temperales, pero defendió que si el rey cesaba de vivir en la religion católica, podia ser depuesto por un concilio ó por el papa, como á violador de la ley primera y fundamental del estado, que es la observancia del catolicismo; y despues de estos podia la nacion aplicar ó ejecutar la sentencia. Esta era en lo general la opinion del pueblo y de la nobleza, y el cardenal Duperron la desenvolvió victoriosamente. El parlamento, que desde que habia dado por su única autoridad la regencia se consideraba como una corporacion política, intervino entonces en la discusion y publicó decretos apoyando la opinion del tercer estado. El consejo del rey se alarmó con esta contienda que tan vivamente agitaba los ánimos,

«Vuestro pobre pueblo que ya no tiene mas que la piel y los huesos, y que se presenta ante vos abatido, sin fuerzas, con rostro mas de cadáveres que de hombres, os suplica que pongais remedio al desórden de la hacienda; y os lo suplica en nombre de Dios eterno, que os ha hecho hombre para que os compadezcáis de los hombres, y que os ha hecho padre de vuestros pueblos para que os compadezcáis de vuestros hijos, etc.—(1) El gasto ordinario era de 21 millenes y el ingreso de 48.

reclamó el negocio para dar su fallo , é impuso silencio al tercer estado y al parlamento (1).

Las discusiones de esta asamblea ofrecieron un incidente notable que prueba que si la nobleza habia perdido su influencia y sus virtudes , conservaba aun toda su superioridad y desden hácia el pueblo. Habiendo dicho á los señores un orador del tercer estado : « Tratadnos como á hermanos menores y os honraremos y amaremos , » el presidente de la nobleza se quejó ante el rey de estas palabras. « El tercer estado, le dijo, que ocupa el rango mas inferior, olvidando todos sus respetos y deberes, se atreve á compararse con nosotros. Me avergüenzo al deciros los términos con que nos ha ofendido ; compara vuestro estado á una familia compuesta de tres hermanos; dice que el órden eclesiástico es el primogénito , el nuestro el segundo , y el suyo el menor. Si es cierta esta comparacion ¿ en qué condicion tan miserable nos vemos sumidos ? ; Pues qué ! ; tantos servicios prestados desde tiempo inmemorial, tantos honores y dignidades trasmitidos hereditariamente á la nobleza , en vez de realzarla, la habrán rebajado hasta tal extremo, que se halle para el vulgo en una clase de la sociedad tan humilde como es la de la fraternidad ? Hacednos, señor, justicia, y por medio de una legal declaracion, haced que cumplan su deber y que reconozcan lo que somos y la diferencia que hay de ellos á nosotros (2). » Esta diferencia , segun habian dicho antes los nobles, era la de un criado á su señor. « Al oir semejante lenguaje el ánimo se llena de impaciencia al ver aproximarse el gran destructor de esta casta tan ciegamente orgullosa , y se siente necesidad de recordar que los estados de 1614 tienen por sucesores inmediatos á los estados de 1789 ! »

§. IV.—*Representaciones del parlamento.—Segunda rebelion de los señores.—Tratado de Loudun.*—Habiéndose disuelto la asamblea (24 de marzo de 1615) despues de haber hecho vanas promesas de reforma, el parlamento manifestó tendencias de apoderarse del poder político tan mal ejercido por los estados ; publicó un decreto (28 de marzo) por el cual invitaba á los príncipes y pares que vinieran á deliberar « sobre las proposiciones

(1) Fontenay, t. I, p. 260.—Mercurio francés, t. III, p. 416.—(2) Proceso verbal de los estados de 1614, p. 115.

que se hicieran respecto al hijo del rey, el alivio de sus súbditos y el bien del estado.» Asombrada la regenta prohibió que se diera publicidad al decreto. Pero el parlamento, á instigacion de los príncipes, presentó al rey representaciones (22 de mayo) muy atrevidas, en las que, «creyéndose sustituir al consejo de los barones, que en tiempos antiguos se hallaba representando á los reyes,» censuraba todos los actos del gobierno, pedia que se conservaran las alianzas de Enrique el Grande, que se redujesen las pensiones desde 4.400,000 libras á 1.800,000, que no se concediesen empleos hereditarios, que siguiesen observándose y defendiéndose las libertades de la iglesia galicana, que el consejo no pudiera anular los decretos del parlamento, y que no tuviera fuerza de ley ningun decreto sin la sancion de este tribunal soberano, «el cual podia hacer en ella alguna modificacion importante (1).»

La reina se irritó y dijo: «La Francia es un estado monárquico y el rey no debe dar cuenta de sus acciones mas que á Dios.» Un decreto del consejo prohibió las representaciones y el parlamento se negó á registrarlo. Condé salió de la córte con su acompañamiento de señores, declarando que no volveria hasta que se hubiera reformado el consejo y se hiciera justicia á las representaciones. La lucha parecia empeñada de nuevo; pero ilustrados los magistrados con los recuerdos de la liga, vieron que en la senda que iban á seguir eran instrumentos de algunos ambiciosos, y retrocedieron, se disculparon y alcanzaron de la reina que no fueran privados de dirigir sus representaciones.

Los matrimonios proyectados iban entretanto á llevarse á cabo, y la corte se preparaba para partir á Bayona á conducir á la princesa Isabel y esperar la llegada de la infanta de España. Condé y sus partidarios publicaron y repartieron por todo el reino un manifiesto (9 de agosto) donde acusaban á la reina de haber vendido los intereses de la Francia en beneficio de España, y de perder el reino por sus prodigalidades con sus individuos favoritos. Levantaron tropas en las provincias del norte y excitaron á los calvinistas á que se sublevaran.

La reina declaró á todos estos señores reos de lesa majestad,

(1) Fontenay, t. I, p. 271.

reunió un ejército y se dirigió hácia los Pirineos. Seguíanla las tropas de Condé, pero no se atrevieron á trabar la batalla. La corte llegó á Burdeos y se celebró el matrimonio del joven monarca con Ana de Austria (6 de mayo de 1615).

Los hugonotes tomaron también las armas é hicieron alianza con los señores; la revolución tomaba un aspecto peligroso, y había comenzado una insignificante guerra de castillos. Entabláronse negociaciones entre los príncipes y la corte, las cuales produjeron por último resultado el tratado de Loudun (6 de mayo de 1616) por el cual la reina madre concedía á Condé cinco ciudades de seguridad y á sus partidarios nuevas dignidades; prometía hacer justicia á las representaciones de los estados y del parlamento, y daba á los rebeldes una suma de seis millones para que se la repartieran. Perdieron la privanza real Villeroy, Jeannin y Sillery: entró en el consejo el obispo de Luzon protegido de María de Médicis, «el cual no estuvo mucho tiempo, dice Fontenay-Mareuil, sin dar á conocer el gran talento que tenía y haciéndose tan indispensable á la reina madre y al mariscal Ancre que no hacían nada sin consultarle (1).»

S. V.—Arresto de Condé.—Tercera rebelion de los señores.—Muerte de Concini.—Condé llegó á ser el soberano del gobierno; distribuyó entre sus amigos las dignidades, empleos, provincias y rentas (2); y su partido adquirió tan extremada arrogancia, que ya se hablaba de hacer elevar á su jefe al trono. Concini, insultado todos los días y viendo el peligro que corría su existencia, se retiró á Normandía, pero decidió á la reina madre desde su retiro, y segun dicen, aconsejado por Richelieu, á que diese un golpe decisivo.

Condé fué arrestado en el Louvre y conducido á la Bastilla (1.º de setiembre). Huyeron de Paris los duques de Mayenne, de Bouillon, de Longueville y Vendome, advertidos de antemano. Sus partidarios intentaron sublevar la ciudad y el populacho saqueó el palacio de Ancre, pero el vecindario contuvo el desorden, y se conservó la paz en todas las provincias.

(1) Mercurio francés, t. IV.—Memorias de Rohan, t. I. p. 122.—Fontenay, t. I. p. 331.—(2) En menos de diez años se dió á Condé, Longueville, Mayenne, Vendome, Epernon, Bouillon, etc., mas de 12 millones, sin las asignaciones de sus empleos y dignidades. (Memorias de Richelieu, t. I.)

Concini regresó á la corte y se apoderó enteramente del gobierno. Se hizo dar una guardia, fortificó sus plazas de Normandía, cambió los gobernadores de las ciudades mas importantes, distribuyó los empleos á su antojo, no contentó á nadie, y se granjeó el ódio universal, por su lujo, sus tiranías y su insolencia. Ultimamente organizó á sus espensas en Alemania un ejército de seis mil infantes y ochocientos caballos, y se lo ofreció al rey para humillar á sus enemigos.

Los príncipes renovaron su liga provincial; cobraron impuestos, reunieron soldados, se pusieron en correspondencia con los extranjeros, pidieron la libertad de Condé, la expulsion del *maître de palacio* y la ejecucion del tratado de Loudun, y hasta intentaron que Luis XIII se interesara en la contienda, publicando «que se habian armado para salvar la vida del rey amenazada por un extranjero.»

El gobierno respondió á su manifiesto y á sus preparativos con medidas rigurosas, en las que ya se dejaba ver la mano de Richelieu. Dos decretos del consejo y del parlamento los declararon culpables de lesa majestad y excluidos de todos sus bienes y dignidades. Empezaron las ejecuciones, se enviaron tres ejércitos á Picardía y á Champaña que persiguieron á los príncipes, y sitiaron á Soissons donde estos se habian refugiado.

Luis tenia entonces diez y seis años; animado por una repugnancia invencible al estudio, los negocios y hasta las diversiones, habia estado hasta entonces lejos del gobierno, entretenido en juegos pueriles con jóvenes de su edad, con los que se habia formado una corte. Amaba muy poco á su madre: era sombrío, receloso y disimulado, creía que le queria tener siempre bajo su tutela, y desconfiaba de todos sus consejeros, en especial del mariscal de Ancre. Inspirábanle estas ideas sus jóvenes cortesanos, principalmente Alberto de Luynes, que se habia hecho su favorito cogiéndole pájaros para la caza. Lleno éste de ambicion, de astucia, de doblez é inducido por los príncipes, habia resuelto derrocar el poder de Concini y de la reina madre: se hizo dueño absoluto del ánimo del rey, y le persuadió de que los males de la Francia provenian del cariño de la reina madre hácia un extranjero aborrecido de todos; le incitó á que se desembarazase de la vergonzosa tutela en que le tenian; aterró á aquel

entendimiento débil, inquieto y enfermizo, haciéndole creer que su madre atentaba contra su vida; y le persuadió que el mejor medio de apoderarse del gobierno del estado, y de aterrar para siempre á los que le creían aun un niño, consistía en dar un golpe violento.

Luis mandó secretamente á L'Hopital de Vitry, capitán de guardias, que prendiera á Concini y le matara si hacia resistencia (24 de abril de 1617). Al dia siguiente, cuando el mariscal llegó á la puerta del Louvre, Vitry se adelantó hácia él y le dijo que le entregase la espada, pero habiendo hecho Concini accion de desenvainarla, cayó al instante acribillado á balazos.

«Ya soy rey!» exclamó Luis muy gozoso cuando supo la muerte del privado, y mandó arrestar á la mujer de Concini y poner guardias en la puerta de la habitacion de la reina madre. «¡Desgraciada de mí! dijo María; ya se ha acabado mi reinado!» Quiso hablar con su hijo, se lo negó este con dureza, y despues de prolijas negociaciones se vió obligada á retirarse á Blois.

El rey publicó una manifestacion anunciando al pueblo que habia empuñado las riendas del estado. Los príncipes volvieron á Paris, se renovó el tratado de Loudun, se cambió el ministerio, volvieron á entrar en el consejo Villeroy, Jeannin y Sillery, y Richelieu que intentó, aunque en vano, conservar su puesto, fué desterrado á Luzon.

Todos se encarnizaron contra la memoria del favorito. Los criados de los príncipes excitaron al populacho que desenterró su cadáver, lo arrastró por las calles y lo quemó públicamente. Su mujer, citada ante el parlamento, fué acusada de hechicería y murió con valor. Se confiscaron los bienes de Concini, que se repartieron Luynes y los demás señores.

El mariscal de Ancre no era mal ministro ni un hombre malvado: codicioso y lleno de orgullo, hizo todo lo que hacian los demás señores, amontonar dinero y dignidades. Todo su crimen consistía en ser advenedizo y aventurero. Su política interior se redujo á contener y humillar á los grandes: concibió pues el pensamiento de la obra que debia llevar á cabo Richelieu, y su política interior, ensalzada por éste, aunque contraria á la suya, era la que convenia segun las circunstancias. El obispo de Luzon, como hechura de Concini, conservó un profundo recuerdo

de su muerte, de las pretensiones de los grandes y la debilidad del rey.

§. VI.—*Ministerio de Luynes.*—*La reina madre excita las turbulencias de los señores.—Tratado de Angulema y de Angers.*—Luis XIII gobernaba, pero principiaba su carrera política «vertiendo sangre y ofendiendo el honor de su madre (1).» Todo el poder pasó á las manos de Luynes, que se hizo nombrar duque y par, y solo pensó en aglomerar riquezas. La administracion siguió en el mismo desórden que antes, y los intereses de Francia quedaron descuidados en el exterior. Todo lo que distinguió al nuevo ministerio se redujo á una ridícula asamblea de diputados de los pueblos, á persecuciones contra las hechuras de Concini, la abolicion temporal de la *pauvette* y á ordenanzas contra el lujo y los desafíos. Volvieron á alzar la cabeza los descontentos, todos estaban indignados al ver el gobierno en manos de un jóven de humilde cuna y de poco talento, y miraban con disgusto el cautiverio en que se tenia á la reina; la corte de Blois se convirtió en un centro de todas las intrigas de los señores, y á pesar de las súplicas del rey, María, para quien era indiferente el bien público, se preparó á encender la guerra civil para forzar á su hijo á que le dejase gobernar su reino. El duque de Epernon, altanero por sus gobiernos y riquezas, se dejó seducir por la idea de dar el poder á esta mujer, que no podia estar sin favorito, y en cuyo nombre podia él dominar á Francia.

Partió de Metz con una multitud de nobles, cruzó el centro del reino, hizo que la reina se evadiese, y se retiró con ella á Angulema (24 de febrero de 1619). La corte se llenó de alarma, pero nadie tomó las armas.

De Epernon conoció la falta que habia cometido, temió ser sacrificado por la misma reina, y no pensó mas que en negociar. Luynes, que no habia tomado medidas violentas para impedir que estallase la rebelion, se manifestó muy dispuesto á un arreglo; mandó llamar á Richelieu (29 de agosto), y por medio de este prelado, en quien la reina depositaba toda su confianza, obtuvo María el gobierno de Anjou, tropas para su guardia y libertad para ir á donde quisiera.

(1) Fontenay, t. I. p. 381.

Esto fué tan solo una tregua: continuaba el encono que se profesaban madre é hijo; el favorito disponia de todas las gracias y colmó de ellas á sus hermanos y á la familia del duque de Montbazon, con cuya hija se habia casado; impidió que la reina volviese á la corte, y mandó que se pudiese en libertad á Condé para oponer su influencia á la de María. Llegó á decirse que queria hacerse rey de Austrasia, formando un reino con Metz, Tours y Verdun (1). Los grandes empezaron á disgustarse y se presentaban uno tras otro en la corte de la reina madre. Angers se hizo bien pronto un círculo mas considerable que el Louvre; pronunciáronse Mayenne, Longueville, Vendome, etc.; declaróronse en favor de María la mayor parte de los gobernadores de provincia; Rohan y la Tremoille sublevaron á los hugonotes, y se puso sobre las armas todo el occidente del reino desde el Sena hasta el Adour (1620).

Nunca habia parecido tan temible la liga de los grandes, pero no tenia plan, union, y sí muchos desórdenes, envidias é intereses particulares; el pueblo la miraba con desden y aun con enemistad, veia que todos estos tumultos le eran indiferentes, estaba convencido de que la rebelion no era una contienda nacional, y que por último seria él el que pagaria todos los gastos de la guerra.

Luynes demostró mucha actividad, el rey se dirigió rápidamente hácia la Normandía que se sometió sin resistencia, despues cruzó la Bretaña, partió á Mans y desde allí á Angers. María avanzó hasta Fleche con ocho mil hombres, pero retrocedió viendo que su ejército era inferior en una mitad al del rey. No habian llegado al campo de Epernon, Mayenne y Rohan que revolucionaban en tanto el Angoumois, la Guiena y el Poitou. Se entablaron negociaciones. «Asegurad á mi madre, dijo Luis á sus mensajeros, que tengo siempre el corazon y los brazos abiertos para recibirla. En cuanto á los revoltosos que oprimen á mis súbditos y quieren repartirse mi autoridad, decidles que sabré hacer respetar y defenderé con teson mis derechos.»

El poder real, aunque era muy débil en manos de Luynes, hubiera podido abatir á todos estos señores cuyas rebeliones temia

(1) Memorias de Richelieu, t. II, p. 467.

tan poco Luis XIII; pero recordando el favorito la desgraciada suerte del mariscal de Ancre, solo trató de apaciguarlos. Después de una animada escaramuza delante de Pons-de-Cé (7 de agosto), donde fueron derrotados los señores y perdieron quinientos hombres, se concluyó una paz por mediación de Richelieu, que habia desaprobado la loca conducta de la reina y que secretamente estaba de acuerdo con Luynes para atraerla á la sumision.

Se confirmó entonces el tratado de Angulema (9 de agosto).

§. VII.—*Progreso del catolicismo.*—*Preliminares de la guerra de los treinta años.*—Mientras el gobierno de Francia, olvidando los proyectos exteriores y las mejoras interiores del reinado precedente, gastaba sus fuerzas en tan lamentables discordias, iban á presentarse otra vez en escena las grandes cuestiones políticas, cuya solucion habia querido precipitar el jefe de la dinastía de los Borbones.

La absolucion de Enrique IV, el edicto de Nantes y la muerte de Felipe II habian causado á la restauracion católica una especie de parada ó de momento de descanso, la caida de la liga solo habia amortiguado su movimiento exaltado, político y belicoso, pero desde algun tiempo su movimiento moral habia tomado un impulse nuevo, vigoroso y progresivo. Aun estaba animado el fuego de los ódios religiosos, pero solo se manifestaban ya por disputas escritas y ardoroso afan de politeismo, dejando en un justo y digno olvido los antiguos móviles, las muertes y las batallas. El catolicismo volvia á emprender paulatinamente las sendas legítimas y pacíficas que en su origen le habian ocasionado la rápida conquista de las conciencias. Todos los ánimos se hallaban ocupados en las controversias religiosas, y guerreros y hombres de estado tomaban en ellas tanto interés como si fueran doctores de la Sorbona.

Eran muchos y corrian de mano en mano los libros dogmáticos; solo en esta materia podia el pensamiento esplayarse con libertad, solo por ella se podia ascender hasta á la fortuna ó al poder (1); estas discusiones eran por otra parte enteramente so-

(1) Richelieu se dió á conocer por obras de controversia que se comparan con las de Arnaud y de Bossuet; las dos principales de sus obras son la *Perfeccion del*

ciales, y casi pudiera decirse, constitucionales, pues en estas controversias religiosas se discutian en realidad las instituciones políticas y las formas de gobierno. Todo se hallaba impregnado, en Francia especialmente, de este espíritu teológico; el catolicismo habia abandonado las ideas democráticas de la liga para preparar la magestuosa unidad de la Francia monárquica: iba á dar á la literatura aquella belleza y regularidad de formas que hacen la gloria del siglo decimoséptimo, reemplazando á las diatribas con que la liga habia deshonrado el púlpito con la verdadera elocuencia cristiana, y produciendo trabajos de erudicion ante los cuales se postra de rodillas la ciencia moderna; y engendraba en fin nuevas órdenes religiosas basadas todas sobre el trabajo, la instruccion y el cuidado de los pobres y los enfermos.

Véanse aparecer al mismo tiempo los carmelitas de santa Teresa, las hermanas de la Visitacion, de san Francisco de Sales, las hijas del Calvario del padre José, los sacerdotes del Oratorio del cardenal Bérulle, los benedictinos de san Mauro, los hermanos de la Misericordia de Juan de Dios, y las hermanas de la Caridad de san Vicente de Paul, este grande misionero de los pobres. Las órdenes antiguas redoblaron su celo y su ardor; los jesuitas, que se hallaban aun al frente del movimiento católico, tenian en 1603 veinte y nueve provincias, veinte y una casas de profesos, doscientos noventa y tres colegios, y diez mil quinientos ochenta y un miembros, con los que ocupaban el mundo entero. Eran dueños de España é Italia; en Francia dominaban la corte, el clero y la nobleza, luchaban victoriosamente con los parlamentos, y mantenian con los protestantes una guerra de pluma y de intriga extremadamente activa; en Inglaterra sostenian el zelo de los católicos con tanta perseverancia, que lleno de temor el gobierno, redobló su rigor contra los papistas, y estos intentaron apoderarse violentamente del poder por medio de la conspiracion de la pólvora (1); en Polonia, habian restau-

cristiano y el método mas fácil y seguro para convertir á los que se han separado de la Iglesia.—(1) Habian minado la sala de Westmins ter y querian hacer víctimas de la explosion al rey, á su familia y á todo el parlamento. Se descubrió la conspiracion. La mayor parte de los conjurados murieron con las armas en la mano,

rado completamente el catolicismo, y dominaban la corte de Segismundo II; en Suecia, proyectaron una enérgica tentativa que salió frustrada; en Rusia, intentaron sentar en el trono de los czares al falso Demetrio que era católico; y ya hemos visto cual gobernaban á su antojo al emperador Rodolfo y á su sobrino Fernando, y con qué energía hacian retroceder en Alemania al protestantismo.

Pero no eran sus únicos esfuerzos las conquistas universales de Europa; ellos habian sido los que instruian y civilizaban toda la América meridional; ellos enseñaban á las tribus y comarcas mas salvajes el Evangelio y la agricultura, y echaban los cimientos de la estraña república del Paraguay. En el Indostan y el Tibet, acomodaban las formas del cristianismo á las costumbres y usos del país, derogaban las religiones de Brahma y de Baudha tan profundamente arraigadas entre sus habitantes, penetraban hasta la corte del gran mogol Akbar, convertian muchos individuos de su familia, y fundaban un colegio en Agra. Se introducian en la China con el carácter de matemáticos y geógrafos, se hacian mas sabios que los mismos chinos en su historia, su lengua y sus leyes, se introducian en la corte de los emperadores, y eran agraciados con las dignidades mas honrosas y los cargos públicos; publicaban calendarios, inventaban máquinas, fundian cañones, y finalmente adquirian mas de un millon de sectarios del cristianismo con su ciencia, sus virtudes y su respeto á los usos de los países donde se establecian (1).

Esta misma destreza y perseverancia les conquistó en el Japon trescientos mil prosélitos. En Etiopía, volvieron á encontrar el nestorianismo convertido ya en una idolatría, y ensalzaron durante algun tiempo á la cátedra de san Pedro los restos de esta antigua secta. Establecieron tambien misiones entre los cismáticos de Grecia, los pueblos del Líbano, y hasta en las mismas puertas del serrallo de los sucesores de Mahomet II.

Orgullosos el catolicismo con tantos y tan gloriosos triunfos, alimntó la esperanza de que estaba muy próxima la destruccion completa de la heregía luterana; pero viéndose esta hosti-

los demás fueron entregados al verdugo, y con ellos el jesuita Garnet que era inocente.—(1) Véanse, las Misceláneas asiáticas de Abel Remusat, t. II.—Las noticias sobre los jesuitas Ricci, Schall, Régis, Visdelou, Prémare, Gaubil, etc.

gada y amenazada por todas partes, se preparó á hacer su última resistencia.

La Europa entera iba á ser el teatro de la lucha, la cual, aunque mas solemne que nunca, cambiaba de formas; en vez de ser una guerra de opiniones religiosas, iba á ser una contienda de intereses políticos, avanzando desde la discusion teórica á la aplicacion material de las doctrinas, y finalmente, bajo el nombre de catolicismo iban á ponerse la monarquía, la unidad y la centralizacion cara á cara con la república, el federalismo y el espíritu de independencia ocultos bajo el nombre de protestantismo.

Se inaugura en esta época la guerra llamada de los treinta años, y es la que ha de reconstituir bajo nuevas bases á la Europa salida de la política feudal. En Francia, va á ser la guerra de la república federal y municipal de los nobles y las ciudades del mediodía contra la monarquía absoluta; en Alemania, la guerra de los electorados, señores y ciudades contra la unidad imperial; en las Provincias Unidas, la guerra de los federalistas ó del pueblo contra los unitarios ó la nobleza; y en Inglaterra, la guerra de los puritanos de la república contra los episcopales ó defensores del trono.

Por lo que acabamos de decir se ve que la cuestion es Europea; pero no tiene mas que las formas religiosas, porque el fondo es enteramente político. El teatro principal de esta lucha va á ser la Alemania donde nació el libre exámen, y será la Francia que manifestará mas que nunca su política especial y protestante en el exterior y católica en el interior, será la Francia, repito, quien á esta lucha dará fin.

§. VIII.—*Principia la guerra de los treinta años.—Período palatino.*—El tratado de Wilstett no produjo ningun resultado en Alemania y era opinion casi general de que la contienda solo estaba aplazada. Los protestantes concibieron pasajeras esperanzas cuando murió Rodolfo, y contribuyeron con su influjo á la eleccion de Matías (1612) que se habia mostrado favorable á su partido, pero la única idea del nuevo emperador se redujo á restablecer la autoridad imperial que habian conmovido sus mismas rebeliones. Continuaron las agitaciones y el malestar público, y una chispa que salió del fondo de la Bohemia, abrasó luego la mitad de Europa.

Dos señores eclesiásticos mandan destruir (1618) los templos elevados por los pueblos reformados que pertenecen á sus dominios; los protestantes apelan al emperador, y Matías los condena despues de haber oido el informe de los gobernadores del reino. El conde de Thurn, que ejercia el empleo de *defensor*, subleva entonces al pueblo, y marcha al castillo de Praga seguido de muchos representantes de los estados; se apoderan los insurgentes de los dos gobernadores, los arrastran hasta una ventana y los arrojan al foso del castillo. Los defensores se apoderan del gobierno, proscriben los jesuitas, levantan tropas y piden la cooperacion y defensa de la Silesia, la Moravia, la Austria y la Hungría. Se sublevan todas estas provincias, la Union toma las armas en favor de los bohemios, les prometen su auxilio las Provincias Unidas y son vencidos los generales del emperador.

La muerte de Matías (29 de marzo de 1619) complicó estos acontecimientos.

Hacia mucho tiempo que el porvenir de la casa de Austria se cifraba en Fernando archiduque de Estiria, sobrino de Matías y de Rodolfo: era un príncipe enérgico, hábil, inspirado por los jesuitas, de quienes era el discípulo querido, y odiado por los protestantes contra quienes habia manifestado la mas irreconciliable enemistad. Los demas archiduques, guiados por el buen sentido y admirable armonía que han ocasionado el engrandecimiento de la casa de Austria, le habian cedido todos sus derechos á la posesion de los estados hereditarios, con el objeto de asegurar de antemano su eleccion para el trono imperial; en vida de Matías, habia sido nombrado ya rey futuro de Bohemia y de Hungría, y conocido como tal por ambos reinos, cuyas libertades habia jurado respetar. Pero despues de la muerte de Matías, se vió rodeado de tantos enemigos, que temió no solamente no ser emperador, sino perder sus estados hereditarios; Austria estaba sublevada en masa; Gabor, príncipe de Transilvania, habia invadido la Hungría; el conde de Turn estaba sitiando á Viena; y los estados de Bohemia, de Silesia y de Moravia, se reunieron en Praga, declararon á Fernando excluido del trono, y eligieron por rey á Federico V, elector palatino.

Este era en la apariencia el representante del protestantismo en Europa, porque despues de haberle tomado por jefe la Union,

era yerno de Jacobo I, sobrino de Mauricio de Nassau, pariente del rey de Dinamarca y del duque de Bouillon; pero atendidas su escasa edad, su debilidad y su inesperienza, era muy inferior á la grande posicion que ocupaba. No obstante, su eleccion trocó la faz de Alemania, la casa de Austria vió en ella un presagio de su ruina, y constituida la Bohemia en un electorado protestante, daba la mayoría á la reforma en el colegio de los electores.

En situacion tan crítica, Fernando desplegó una firmeza inalterable; sitiado por el conde de Thurn en Viena, por el pueblo furioso en su castillo y por los señores que querian juntarse con los insurgentes en su misma cámara, no cedió nunca ni se dejó acobardar por los clamores ni las amenazas.

Un auxilio imprevisto de cuatrocientos caballeros le libertó de este peligro: Thurn se vió precisado á acudir á Bohemia donde acababan de ser vencidos los protestantes: el elector de Sajonia se rebeló contra la Union porque envidiaba la eleccion de jefe con que se habia honrado á Federico, se reanimó la liga católica, y se convocó por fin en Francfort una dieta para elegir emperador. La ocasion era favorable para Maximiliano duque de Baviera; podia ceñirse la corona imperial, y le incitaban á que se aprovechara la mayor parte de los príncipes católicos y aun algunos protestantes. De este modo podia rehacerse la gran liga que desbarató la muerte de Enrique IV. Faltábale empero el apoyo de Francia; Luynes estaba entregado á la influencia española, y Luis XIII, siguiendo las inspiraciones de los jesuitas, declaró á las potencias que le inducian á que arruinase la casa de Austria, que tenia resuelto apoyar con todo su poder al archiduque Fernando. Maximiliano entonces, en vez de pretender el imperio, dirigió todos sus desvelos á hacer elegir á su rival; el elector de Sajonia se pronunció en favor del archiduque por el odio que tenia al palatino, y el mismo Federico manifestó su debilidad no negando su voto á su enemigo. Salió elegido Fernando (28 agosto de 1619).

Cambia rápidamente la faz de los negocios; el emperador obtiene el auxilio de la liga con condicion de dejar su direccion absoluta á Maximiliano, y hacer que este príncipe adquiriera la dignidad electoral de que debe privar al palatino. Fernando

obliga al Austria á someterse, anula como soberano feudal la eleccion de Federico al trono de Bohemia, y fomenta la discordia en la Union. El papa le da dinero, España envia veinte mil hombres á los Países Bajos al mando de Spinola, el elector de Sajonia promete en un principio su amistad y despues su asistencia, y la liga por fin pone rápidamente sobre las armas treinta mil hombres y llega hasta Ulm desafiando á las tropas reunidas de la Union. Todos esperan una batalla.

Intervino la Francia. La Union le habia pedido su apoyo y la renovacion de la alianza firmada por Enrique IV, pero Fernando habia enviado un embajador al rey « para manifestarle el peligro comun de que estaban amenazados los príncipes europeos por el progreso del espíritu democrático de la reforma, cuya secta manifestaba tendencias populares y republicanas (1). » Luis XIII envió á Alemania una embajada que en un principio hizo formar una tregua entre Gabor y Fernando, despues negoció como mediadora entre ambas ligas dispuestas á combatir, pero manifestando toda su inclinacion en favor de los católicos. La Union, que temia verse envuelta entre el ejército de Spinola y el de Maximiliano, solo pidió la paz, y la liga estaba impaciente por conducir á Boemia todas sus fuerzas. Las dos confederaciones se convinieron en respetar la neutralidad, exceptuando al hallarse en Bohemia y el Palatino.

Esta fué la causa de la ruina de la Union, del elector palatino y de los bohemios.

Maximiliano marcha á Praga á marchas forzadas, mientras el elector de Sajonia entra en la Lusacia y Spinola invade el Palatinado. No llegan las tropas y dinero prometidos por Inglaterra y Holanda, Federico manifiesta su indecision y debilidad, y las tropas de la liga derrotan completamente su ejército, comprometido á dar la batalla bajo los muros de Praga (8 de noviembre de 1620). El desgraciado príncipe, que presenciaba la derrota de los suyos desde lo alto de las murallas, huye á Silesia precipitadamente y desde allí á Holanda.

(1) Sully, t. V. p. 90.—El embajador publicó un escrito con este título: «Relacion de las causas del movimiento de Europa, remitida á los reyes y príncipes para la conservación de sus reinos y principados,» inserto en el Mercurio francés, t. IX. p. 312.

Se somete la Bohemia y pierde sus libertades y fueros, caen bajo la cuchilla del verdugo los jefes de la rebelion, vuelven á entrar los proscritos jesuitas, Fernando hace pedazos la concecion de libertad de cultos y prohíbe para siempre el protestante; se confiscan cuarenta millones de haciendas, y el elector palatino recibe la intimacion de presentarse ante el tribunal supremo del imperio. Los vencedores tratan con igual rigor á la Silesia, la Moravia y al Austria, y solo Hungría consigue una amnistía, gracias al terror que inspira Gabor. El duque de Baviera proscribó el protestantismo en el Palatinado, y á consecuencia de las victorias de los católicos, se conmueve hasta la Alemania del norte, donde vuelven á la Iglesia romana Bemburg, Paderborn y Fulda.

Quedaban no obstante con las armas en la mano tres príncipes, ó por mejor decir, tres gefes de aventureros; el más célebre era Ernesto de Mansfeld, que había sido el primero que auxiliara á los bohemios y que se había abierto el camino de Bohemia por el Rhin con veinte mil hombres atraídos por el afán del saqueo; los otros dos eran el duque Cristian de Brunswick y el margrave de Bade, Dourlach, que conducian cada uno quince mil hombres salidos de la hez de Alemania. Estos tres gefes dieron á la guerra un carácter de atrocidad y saqueo que muy pronto imitaron los generales católicos, cuyo recuerdo se conserva aun en la actualidad allende el Rhin; pero no pudieron aquellos reanimar el partido protestante á pesar de su talento y su actividad, y fueron derrotados uno tras otro hasta que huyeron de Alemania. La Union se estremeció al contemplar las calamidades de sus partidarios y el pillaje de los españoles en el Palatinado, y firmó un tratado (1622) por el cual prometia la paz á Spinoia, no proporcionar auxilio alguno al palatino y licenciar sus tropas. Esta paz fué la señal de su disolucion.

§. IX.—*Situacion de los protestantes en Francia.—Restablecimiento del catolicismo en Bearn.*—Mientras tenian lugar en Alemania tan graves acontecimientos, renacia tambien en Francia la guerra religiosa, pero en vez de ser la lucha de la nacion contra un partido, iba á ser la lucha del gobierno contra los rebeldes, y el pueblo, en vez de mezclarse en ella como en el reinado de Carlos IX desplegando sus pasiones terribles, iba á presenciar-

la como un espectador indiferente. Habian concluido ya las guerras religiosas; las que van á agitar al estado por espacio de algunos años ya no son mas que rebeliones políticas disfrazadas con la máscara religiosa; porque la religion continúa siendo el fundamento de todas las instituciones sociales.

Es imposible asegurar si las libertades concedidas por el edicto de Nantes eran compatibles con la existencia del estado, porque trasformaban al partido reformado en una república de la cual el rey no era por decirlo así mas que el protector. El calvinismo era todavía el escollo del trono, él únicamente daba alguna importancia á las ridículas rebeliones de los señores, y por lo tanto el gobierno á instancias del clero estaba resuelto á restringir las libertades del edicto de Nantes. Los protestantes permanecían en guardia; no cesaban de quejarse y de reclamar para conservar su posición ventajosa; su desconfianza era igual á su orgullo; parecían estar siempre dispuestos á salir al campo con sus plazas de seguridad, sus guarniciones, sus subsidios y sus relaciones con el extranjero; no disimulaban que su ambición se remontaba, no solamente á consolidar el estado transitorio en que se hallaban, sino á segregarse completamente de la nación; y en fin «eran visibles sus tendencias á formar una república independiente á ejemplo de las Provincias Unidas, pues no ocultaban ni en sus palabras ni en sus acciones sus proyectos revolucionarios (1).»

Juana de Albret habia proscrito en el Bearne el culto romano y vendido los bienes del clero. Enrique IV habia prometido en la época de su absolución que restablecería el catolicismo en su patria, pero no cumplió su promesa á pesar de las quejas del papa. Luis XIII, á instancias del clero y de los estados de 1614 (15 de junio de 1617), mandó que el Bearne se reuniera á la corona, que se restableciese en este país el culto romano y al mismo tiempo que fueran devueltos los bienes del clero. El parlamento y los estados del Bearne se resistieron al mandato, las asambleas protestantes elevaron al rey enérgicas representaciones, y en 1619 declaró la de Loudun que si no se hacia justicia á sus quejas, y no se prolongaba por cuatro años mas la posesión de sus plazas de seguridad, no se disolveria nunca la asamblea (2). La corte

(1) Fontenay, t. I. p. 450.—(2) Ibid.

los entretuvo con promesas porque se hallaba entonces apurada con la rebelion de la reina madre, y sabia que Rohan y la Tremoille iban á sublevar á los hugonotes. La asamblea se separó declarando que se reuniria sin convocacion y con derecho cuando el gobierno le faltare á la palabra.

Despues de la paz de Angers el rey determinó dar fin á este negocio por medio de la fuerza; marchó al Bearne (1620) con su ejército, restableció allí el culto católico, hizo que restituyeran al clero sus bienes (1), puso guarnicion en las plazas y reunió el país á la corona.

§. X.—*Rebelion de los calvinistas, los cuales forman una república.—Sitio de Montalban.—Muerte de Luynes.*—Los hugonotes se prepararon á emprender la guerra animados por los acontecimientos de Alemania é irritados con la expedicion del rey al Bearne. Apenas Luis XIII habia vuelto á pasar el Loira cuando se sublevó el mediodía, y los diputados de las iglesias protestantes convocaron una gran asamblea en la Rochela. Los aldeanos de las Cevenas, los pueblos del Languedoc y del Bearne dieron principio á las hostilidades; la asamblea de la Rochela publicó una declaracion por la cual dividió las setecientas veinte y dos iglesias reformadas en ocho círculos presididos por gefes encargados del gobierno civil y militar con la asistencia de un consejo representativo. Nombró á Bouillon «gefe general de los ejércitos reformados,» á Rohan, la Tremoille, Soubise, la Force, Chatillon, Lesdiguières y al mismo Bouillon comandantes de círculos; reunió tropas y dinero, pedia refuerzos á Holanda, á Inglaterra y á los protestantes de Alemania y confiscó los bienes de las iglesias católicas. Llamaban á la declaracion de la Rochela «ley fundamental de la república de las iglesias reformadas de Francia y de Bearne,» y era la aplicacion política de las doctrinas calvinistas tan favorables á las formas de gobierno federal y á las libertades de las provincias:» y habia sido imitada, dice un folleto católico, de la constitucion del estado y república de los estados generales de las Provincias Unidas. Ella hacia ver con claridad y tocar con los dedos los proyectos de los que esperaban muy pronto derrocar á los reyes de Europa, é indu-

(1) El gobierno asignó á los ministros protestantes pensiones sobre el tesoro real, para recompensar la pérdida de sus bienes.

cian á los ánimos y á los pueblos á aborrecer á los soberanos y formar nuevas repúblicas (1).»

Treinta años antes este golpe atrevido hubiera logrado tal vez el triunfo, pero se hallaba á la sazón tan debilitado el calvinismo, el gobierno manifestaba tan desenvueltamente su opinion, y la nacion estaba tan segura de la victoria, que apenas manifestaron temor ni indignacion los pueblos fieles y católicos. Además toda la organizacion del partido en cierto modo era ficticia: las setecientas veinte y dos iglesias se hallaban diseminadas por todo el reino; la poblacion protestante no era compacta ni aun en el mediodía, donde los católicos estaban en mayoría; y habia por fin tanta desunion entre los jefes ambiciosos, los cuales solo ambicionaban las gracias de la corte, que estaban dispuestos á sacrificar su fe á una pension ó una dignidad.

Lesdiguieres se pasó al ejército real, Bouillon y la Tremoille se negaron á admitir sus nombramientos, y solo Rohan y Soubise dieron pruebas de su adhesion y lealtad. El primero de estos dos era un hombre superior que se creia destinado á representar el papel de Guillermo de Nassau.

Luis XIII confirmó en un principio el edicto de Nantes para dar satisfaccion á la parte religiosa del calvinismo, y despues juntó un ejército para humillar á los turbulentos políticos (1621). El favorito aprovechó la ocasion de esta guerra para hacerse nombrar condestable, siendo así que apenas sabia manejar una espada: el anciano Lesdiguieres fué nombrado teniente suyo, con el título nuevo de mariscal general de los campamentos y ejércitos del rey, y Luis se puso en persona al frente del ejército.

Dirigióse hácia Saumur, donde mandaba Duplessis-Mornay, á quien consideraban como el papa de los hugonotes, y se apoderó de la plaza por sorpresa. Despues de esta rápida victoria el rey atravesó el Poitou donde se rindieron sin resistencia todas las fortalezas, y sitió á San Juan de Angely, que hizo una brillante defensa al mando de Souvise. Despues de la toma de esta ciudad, Luis dejó allí al duque de Epernon para que bloquease á la Rochela, atravesó la Guiena, cuyas plazas se entregaron sin

(1) Folleto citado por Capestre, historia de Richelieu, t. III. p. 216

defensa, y mientras Montmorency (1) hacia la guerra en los Cevenas, y restablecía el culto católico entre los pueblos, donde hacia sesenta años que estaba proscrito, se dirigió hácia Montalban.

Era esta ciudad la segunda capital de los reformados, tan célebre como la Rochela por su energía republicana, estaba defendida por una guarnición de seis mil hombres, y eran sus comandantes «la Force, capitán valiente y experimentado, y Dupuy, primer cónsul, hombre activo y resuelto (2).» El ejército real solo contaba quince mil hombres.

Fué tan vigorosa la defensa y tan mal dirigido el ataque, que el rey se vió precisado á levantar vergonzosamente el sitio (15 de noviembre de 1621) despues de tres meses de esfuerzos y de haber sufrido la pérdida de ocho mil hombres (3).

Alzóse un grito general de indignacion contra el favorito que habia mostrado en el sitio tanta incapacidad como cobardía; todos criticaban amargamente su insolencia, y el mismo monarca estaba ya fastidiado de su privado. Para reparar este desastre Luynes dirigió el ejército real al sitio del castillo de Monheur, pero atacado allí por una calentura maligna que diezmaba los soldados, murió casi súbitamente (15 de diciembre).

§. XI.—*Siguen las hostilidades.—Paz de Montpellier.*—Despues de la rendicion de Monheur, Luis regresó á París, dejando algunas tropas en la Guiena, y como le era imposible hallarse sin un ministro que le dirigiera, se disputaron el poder Condé y la reina. María era de opinion de que se concediese la paz á los reformados para ocuparse de los negocios de Alemania, y el príncipe consiguió que se llevase adelante la guerra contra los protestantes. El desastre de Montalban y la partida del rey habian reanimado el partido, el cual rechazó las transacciones. Los protestantes pasaron á cuchillo las guarniciones realistas, saquearon las iglesias, y robaron ó desterraron á los partidarios de la paz. La Rochela recibió los refuerzos de Inglaterra y de Holanda, hizo una guerra de piratas á los navíos reales, y puso en fermenta-

(1) Hijo del condestable de Montmorency-Damville, muerto en 1611.—(2) Rohan t. I. p. 198.—(3) Cuéntase entre las víctimas el duque de Mayenne hijo del jefe de la liga. Su nombre era aun tan popular que la noticia de su muerte causó en París un movimiento hostil contra los protestantes.

cion á todas las provincias occidentales. Los católicos del mediodía suplicaron al rey que continuase la guerra, y el clero ofreció un millon para que se sitiase á la Rochela.

Luis, acompañado de Condé y con un ejército de nueve mil hombres solamente, salió de París y marchó contra Souvise que había sublevado todo el bajo Poitou. Le halló atrincherado en los pantanos de Rié y de San Gilles con seis ó siete mil hombres, y le atacó con tanta decision que todo el ejército protestante quedó muerto ó prisionero (16 de abril de 1622).

Dejó algunas tropas bloqueando á la Rochela, y se dirigió á Royan, cuyo puerto interceptaba la entrada del Garona, y del cual se apoderó avanzando despues hasta Guiena. Tonneis hizo una resistencia desesperada, rindióse Sainte Foix, Negrepelisse fué tomada por asalto y entregada á las llamas, y fueron pasados á cuchillo hasta las mujeres y los niños. Los protestantes se defendieron en todas partes con furor, se renovaron la resistencia y las crueldades de la guerra de los albigenses, lucharon las mismas pasiones, intereses é ideas políticas que entonces, y el mediodía ambicionó como en el siglo décimotercio formar una nacion aparte, pues tenia una constitucion y una religion enemigas de Francia. Salió vencido tambien esta vez por las mismas causas, y le perdieron su adhesion á las libertades municipales, su espíritu de localidad y su falta de unidad. El partido protestante habia querido remediar este vicio organizándose en círculos y reconcentrando sus fuerzas en el mediodía, pero era demasiado tarde.

No solamente las ciudades y aldeas sino los individuos capitularon con el trono; y ya Lesdiguières habia comprado la espada de condestable convirtiéndose al catolicismo. Esta defeccion fué un incentivo para los demás jefes calvinistas; la Force se sometió por 200,000 escudos y el baston de mariscal, y Chatillon, nieto del almirante Coligny, entregó á Aigues-Mortes al mismo precio. Dominaban además en esta época al partido calvinista, nó los señores como en otro tiempo, sino los predicadores y los magistrados de las ciudades; á la nobleza que guerreaaba tan solo por venderse á la corte, le repugnaba representar un papel secundario al lado de los regidores y ministros que desconfiaban de ella, y el mismo Rohan veia continuamente contrariadas sus operaciones por el consejo general de las iglesias.

Desesperado este hombre enérgico, ambicioso y reflexivo, en quien se cifraba todo el porvenir del partido, de las defecciones de sus amigos, intentó pedir el apoyo de la Alemania. Mansfeld y Cristian, arrojados del Palatinado por las armas de Tilly, se adelantaron hácia Lorena con veinte y cinco mil hombres en cuadrillas feroces y aguerridas, y llegaron hasta la frontera de Champaña. Titubearon en acceder á la peticion de Rohan é invadir la Francia, donde podian atraer á sus enemigos y dejar en estado de defensa las provincias que ellos no habian podido libertar. El duque de Nevers gobernador de Champaña los entretuvo con negociaciones durante las cuales reunió tropas, y al mismo tiempo los españoles avanzaron contra ellos por el Luxemburgo. Temiendo estos aventureros verse rodeados por los dos ejércitos, siguieron su camino por el Hainaut; pero volvieron á hallar á los españoles en Fleurus (28 de agosto de 1622), y despues de una batalla indecisa, lograron juntarse con el príncipe de Orange.

La aparicion de los alemanes en Champaña causó poca inquietud á Luis XIII, quien continuó su marcha por el bajo Languedoc, se apoderó de Privas, Nimes y Uzès, y fué á poner sitio á Montpellier. Aterrados los hugonotes con tantos desastres y viendo perdida su causa en Alemania, pidieron la paz. Condé queria que se exterminase completamente el partido, pero venció el parecer de la reina que por medio de sus intrigas le obligó á huir del reino.

Se concluyó un tratado (9 de octubre de 1623) que confirmó el edicto de Nantes, pero prohibiendo á los calvinistas que convocasen asambleas políticas, y mandando que destruyeran sus castillos y fortificaciones. Montalban y la Rochela fueron las únicas plazas de seguridad del partido, libres de guarnicion real, y se determinó que el mismo rey no pudiese entrar en ellas.

§. XII.—*Triunfo universal del catolicismo.*—La época en que se efectuó esta paz es un momento solemne en la lucha de los dos principios. La reforma está vencida en todas partes ó en visible decadencia.

En Alemania estaban sometidos los estados austriacos, se habia disuelto la Union evangélica, los jefes de aventureros se hallaban errantes en el extranjero, y despojados y proscritos todos

los príncipes que habían abrazado la causa del palatino. Se convocó una dieta en Eatisbona, donde el emperador confirmó el Palatinado al duque de Baviera con la dignidad electoral, y Fernando representó el mismo papel que Carlos V después de la batalla de Muhlberg.

En las Provincias Unidas se habían alzado gravísimos disturbios entre los *arminios* ó calvinistas exaltados, partidarios de la república federativa ó de las libertades provinciales, y los *gomaristas* ó calvinistas moderados que se inclinaban en favor del príncipe de Orange y de las ideas monárquicas. Los primeros que formaban el partido popular, tenían al frente á Barnevelt, el ciudadano más rico é influyente de las Provincias Unidas, y el que había hecho reconocer su independencia. Fueron vencidos por el partido aristocrático, Barnevelt pereció en el cadalso (1619), y volvió á levantar la cabeza el catolicismo que se había conservado entre las principales familias. Habiendo llegado á su término la tregua de 1609 (1621), los españoles pidieron para renovarla que las Provincias Unidas reconocieran por su soberano legítimo al rey católico. Rechazada esta proposición, volvió á comenzar la guerra, pero los holandeses solo experimentaron derrotas; murió Mauricio de Nassau, y la bandera austriaca ondeó victoriosa en las dos orillas del Rhin desde Emmerich hasta Basilea.

En Inglaterra, Jacobo I conservaba sus ideas moderadas á pesar de las persecuciones ocasionadas por la conspiración de la pólvora; reconocía secretamente « á la Iglesia romana como madre de las demás y al papa por jefe de todos los cristianos, » y manifestaba abiertamente sus tendencias de hacer su trono absoluto dando preponderancia á la iglesia anglicana contra las doctrinas republicanas de los puritanos. Su máxima política era la de que « donde no había obispos tampoco había rey; » y se contentó, á pesar de las reclamaciones del parlamento, con enviar algunas cantidades al palatino su yerno, y se negó á intervenir en la guerra de Alemania. Finalmente negoció el enlace de su hijo con una infanta española; matrimonio en el cual el papa cifraba grandes esperanzas de restablecer el catolicismo en Inglaterra.

Los jesuitas consideraban como obra suya todos estos

triumfos y ventajas; ellos eran los que gobernaban al emperador Fernando y á la liga católica, y se les veía marchar detrás de los ejércitos de Tilly para llevar á cabo la contrareforma. Ellos eran los que habian inducido á Luis XIII á hacer la guerra á los hugonotes, y despues de haberse firmado la paz, esparcieron sus misioneros por todas las ciudades del mediodía que poblaron de colegios. Ellos eran los que intrigaban en Inglaterra, en las Provincias Unidas y donde quiera que un indicio de turbulencia ó rebelion podia ocasionar un cambio favorable. Ellos eran por fin los que acababan de hacer aprobar al papa Gregorio XV la institucion de la *Propaganda cristiana*, para dar mas autoridad al gran movimiento de restauracion catolica, y para dirigir y regularizar bajo un plan único todas las misiones del globo.

Siendo el triunfo absoluto é inflexible del catolicismo el de la casa de Austria, iba á paralizar á la Europa bajo una sola dominacion; pero apareció un hombre que cambió la faz de los acontecimientos, é hizo volver á emprender á todas las naciones cristianas su marcha individual y á darles su libertad religiosa.

Este hombre es un cardenal de la santa Iglesia romana y primer ministro del rey cristianísimo. Al inaugurar su obra se propone terminar en el interior de Francia la tarea no acabada por el mariscal de Ancre y el condestable de Luynes; la sumision de los grandes y de los hugonotes, y á ejecutar en el exterior el plan de Enrique IV, es decir, la decadencia de la casa de Austria y la reconstitucion política de Europa.

CAPITULO IV.

Ministerio de Richelieu.—Segundo y tercer periodo de la guerra de los treinta años.—(1624—1635.)

§. I.—*Preponderancia de la casa de Austria.—Negocio de la Valtelina.—Entra Richelieu en el consejo.*—La casa de Austria habia recobrado toda la influencia que gozaba en la época de Carlos V y Felipe II; la corte de Madrid estaba llena de triunfante animacion y la de Viena en el apogeo de su prosperidad. Jamás habia sido tan íntima la armonía entre las dos ramas; identificaban las dos su existencia con la del catolicismo, no tenian

mas que un pensamiento y un objeto, y se consideraban como una sola nacion el Austria y la España.

El pensamiento de la dominacion universal del Austria iba tal vez á convertirse en realidad con una política tan hábil y perseverante, y hallándose Francia é Inglaterra agotadas interiormente, tan desunidas entre sí y tan poco cuidadosas de los acontecimientos de Alemania. La separacion de los estados de las dos casas era el mayor obstáculo para conseguirla; la rama imperial tenia el Tirol separado de Milan por los estados de Venecia, y la Bohemia y la Alsacia de los Países Bajos por el Palatinado. Acababa de conquistar este último país, pero no podia hacer lo mismo con los Estados venecianos; y para que pasasen las tropas desde Italia á los Países Bajos por la Alsacia, era indispensable pedir el paso á los suizos ó al duque de Saboya. Se creyó que el mejor medio de vencer esta dificultad seria apoderarse de la Valtelina, pequeño valle paralelo á los Alpes rhinianos que ocupaba todo el cauce del Adda (1), situado entre el país de los grisonos, el Milanésado, el estado de Venecia y el Tirol, que enlazaba los estados españoles de Italia con los estados imperiales de Alemania, y por medio del Tirol, la Alsacia y el Palatinado, abria un camino desde Milan á Bruselas y desde el mar Adriático al del Norte. Este valle, que habia conservado el catolicismo, era vasallo de las ligas grisonas desde 1512, y esta república protestante estaba bajo la proteccion y á sueldo de la Francia desde 1509. En 1603 el conde de Fuentes, gobernador de la provincia de Milan, construyó una fortaleza en la entrada de este valle. Enrique dijo entonces con este objeto, al saber la idea del español: «Es un nudo con el cual se quiere apretar la garganta á la Italia y los piés á los grisonos.»

Desde entonces los españoles importunaron á los grisonos para que dejasen la alianza francesa; pero habiendo solo logrado una negativa, intrigaron para revolucionar á los valtelinos, que se creían perseguidos por causas religiosas, corrieron en su defensa y ocuparon su territorio, donde edificaron muchas fortalezas. Los grisonos reclamaron el apoyo de la Francia, que precisó á los españoles á firmar un tratado (1621), por el

(1) Véase la Geografía física, histórica y militar del autor, p. 314 de la 3.ª edicion.

cual el país quedó en el mismo estado que antes de su rebelion. Pero estalló entretanto la revolucion de los hugonotes, los españoles dejaron pasar el tiempo sin cumplir el tratado, y hasta obligaron á los grisones á renunciar á la Valtelina, á entregar sus desfiladeros y á admitir guarnicion austriaca en Coira y en otros pueblos (1622).

Habian muerto en esta época Jeannin y Villeroy, y el ministerio se hallaba en poder del canciller Sillery, de su hijo Puyseux, hombres medianos que solo aspiraban á hacer su engrandecimiento y que se dejaron gobernar por los emisarios de España. La reina madre volvió á entrar en el consejo impulsada secretamente por Richelieu. « Los ministros, dice este, se opusieron contodas sus fuerzas por la aversion que les inspiraba y por el temor que tenian de que yo entrase en el consejo cuando ella se hubiera apoderado de la influencia real. Vieron sin duda en mí la firmeza de ánimo, temieron mis ideas y mis proyectos, y revelaron que, si el rey llegaba á enterarse circunstanciadamente de mi carácter, me encargaria muy pronto el principal cuidado de sus negocios (1).»

A instancias de María, ó por mejor decir, de Richelieu, el rey hizo una liga (1623) con los venecianos y el duque de Saboya para arrojar á los españoles de la Valtelina. España se alarmó, declaró que estaba dispuesta á evacuar el valle, pero prestando que no debía entregar un pueblo católico á sus perseguidores, se lo dió en depósito al papa, que ocupó con sus tropas todas las fortalezas. El ministerio francés consintió en este arreglo.

La reina madre no abrigaba entonces otro pensamiento ni deseo que el de hacer entrar á su favorito en el consejo, esperando gobernar por medio de él al monarca y al reino; y aunque su inclinacion hácia los españoles era muy decidida, se aprovechó del yerro de los dos Sillery para demostrar á su hijo la incapacidad de sus ministros, diciéndole « que se veía amenazado por todos lados por el poder de España, que el consejo miraba con indiferencia los negocios de Alemania, que descontentaba á los suizos, que abandonaba á los holandeses y permitia que España alcanzase la alianza de Inglaterra.»

(1) Memorias de Richelieu, t. II, p. 193.

El rey cambió el ministerio; la Vieuville fué ministro de hacienda y Aligre de estado; se repartieron los negocios extranjeros en cuatro departamentos, y esta fué la parte destinada á Richelieu. Pero la reina madre no podía dársela aun, porque Luis XIII aborrecía á este prelado de relajadas costumbres y hechura de Concini, á quien miraba como un ambicioso, al favorito de su madre, cuya facilidad en explicarse y sagacidad extrema recelaba, y solo á fuerza de importunidades permitió que el cardenal entrase en el consejo.

Sucedió esto el día 19 de abril de 1624; « día en verdad feliz, dice Fontenay-Mareuill, para el rey y el reino (1). »

§. II.—*Política de Richelieu.*—*Manifiesta sus planes contra la casa de Austria.*—Richelieu tenía entonces treinta y ocho años (2) y era considerado ya como un hombre de estado de primer orden. Algunos meses antes escribía Balzac las siguientes palabras: « El cardenal era un hombre á quien Dios no había puesto límites, » y desde el fondo de su retiro decía el gran servidor de Enrique IV « que el rey había estado como inspirado de Dios al elegir por ministro al obispo de Luzon (3). »

« Hacia muchos años, añade Fontenay-Mareuil, que sintiéndose apto para gobernar, como nos lo ha manifestado la experiencia, aunque parecía que se alejaba del poder, no dejaba de pretender llegar hasta él, de pensar lo que haría si el rey le llamase á su consejo, y de prepararse por medio del estudio á cumplir la misión que anhelaba llevar á cabo (4). » Había concebido una idea muy clara del estado de Europa, se había trazado un plan de gobierno completo, y había comprendido como

(1) Fontenay, t. I, p. 562.—(2) Armando Juan Duplessis pertenecía á una antigua familia del Poitou; nació en París en 1585, y era el tercer hijo de Francisco Duplessis y de Susana de Delaporte. Sus padres al principio le destinaron á la carrera de las armas, que era la que seguía su hermano mayor, el marqués de Richelieu, que murió en desafío en 1618 y no tuvo posteridad; pero habiendo renunciado la mitra su segundo hermano, obispo de Luzon, para entrar en la Cartuja, la familia Duplessis hizo ordenar al jóven Armando para no perder el obispado. Fué consagrado obispo á la edad de veinte y dos años, y obtuvo la púrpura por empeño de la reina madre el año 1623. Armando tenía además dos hermanas; la una contrajo matrimonio con Vignerod señor de Pont-Courlay, cuyos descendientes tomaron el nombre y las armas de Richelieu, y la otra se casó con Maille señor de Brezé.—(3) Sully, t. II, p. 292.—(4) Fontenay, t. II, p. 26.

Luis XI y Enrique IV, el destino á que estaba llamada la Francia por la índole de sus habitantes, su posicion geográfica, las riquezas de su suelo, y su constitucion monárquica. Luego que entró en el consejo dominó á los demás ministros por la superioridad de sus miras, la facilidad de su lenguaje, su vasta instruccion, y el modo luminoso con que exponia las cuestiones presentándolas bajo todas sus fases, desarmando las objeciones y haciendo sentir á los animos la fuerza de su conviccion. Desde las primeras conversaciones que tuvo con el rey le demostró la altura á que debía elevarse la Francia, los inmensos recursos que poseia en su seno, la política que debía seguirse, la falsa idea que habia concebido el gobierno hasta entonces de la naturaleza de la monarquía, de la situacion del reino, y del poder de las naciones vecinas.

Desde que Luis XI destruyó los feudos soberanos, las fuerzas de la nacion se habian gastado en un principio en las guerras de Italia y despues en las civiles y religiosas; era preciso emplearlas en adelante en crear la unidad territorial de Francia, en humillar á la casa de Austria, y en reconstituir políticamente á la Europa sobre bases analogas á las que habia concebido Enrique el Grande. Pero para llegar á este resultado era indispensable que la autoridad real fuese absoluta, y todo el reino estuviese sujeto á la unidad de poder y de nacion. «Así pues, puedo decir con verdad, escribia Richelieu, que los hugonotes parten el estado con V. M., que los grandes manifiestan en sus acciones que no son súbditos vuestros, y los mas poderosos gobernadores de provincia disponen de sus gobiernos mas soberanamente que vos del reino de Francia (1).»

Los enemigos con quienes debía luchar el trono eran pues el Austria, los grandes y los hugonotes. La guerra que iba á comenzarse, segun dice el cardenal de Retz, «era un designio tan vasto como los de los Césares y Alejandros (2).»

Luis XIII era uno de esos hombres de carácter débil, melancólico y sombrío, con un corazon frio y sin cariño y con un espíritu limitado pero justo; comprendió á Richelieu, admiró la audacia y la grandeza de sus ideas, se inclinó ante el hombre de genio, co-

(1) Sucinta narracion de los hechos del rey por Richelieu.—(2) Memorias, tomo I, p. 44.

mo si se le hubiese aparecido un dios terrible, y desde aquel momento ya no dudó jamás de su ministro. No le amaba, pero Luis XIII no amaba á nadie! Tembló casi continuamente en su presencia, mas de una vez intentó desprenderse del imperio de su ascendiente, pero no le fué posible nunca, y se le sacrificó todo, madre, esposa, hermano, amigos y cortesanos.

¡Solo Richelieu poseia el secreto del engrandecimiento de la Francia!

Aun no habia tres meses que Richelieu estaba en el consejo, cuando cayó Vieuville, quedaron sin influjo los demás ministros y se dió el ministerio de hacienda á Marillac, que era una hechura de la reina madre (agosto de 1624). Durante este intervalo se conoció con claridad la senda política que seguiria Richelieu en los negocios exteriores; en vez de astucias pueriles, capciosas dilaciones y obsequiosas deferencias, la diplomacia tomó un lenguaje firme, claro y lleno de dignidad, se eligieron los embajadores con cuidado, los cuales recibieron instrucciones luminosas y precisas, se empaparon en el espíritu del ministro y en la elevacion de sus miras, y se vieron sostenidos por un gobierno robusto y recto. Se inaugurata el período brillante de la diplomacia francesa.

Con el advenimiento al poder de Richelieu la Francia volvía á entrar en la senda de la política protestante, pero para llegar al término de la empresa necesitaba la alianza de Inglaterra. Por eso la casa de Austria apresuraba el matrimonio del hijo de Jacobo con una infanta, creyendo de este modo aislar á la Francia y arrancar á la causa protestante el país donde existía su mas fuerte apoyo. El papa apoyaba con ahinco esta union singular, la infanta se daba ya el título de princesa de Inglaterra é iba á celebrarse el enlace. Richelieu logró desbaratar todos estos proyectos, incitó á Jacobo á que pidiese á España el restablecimiento del palatino, le demostró el descontento de sus súbditos á causa de su alianza con los españoles, y le propuso para su hijo la mano de Enriqueta hermana de Luis XIII.

Jacobó aceptó. Inglaterra volvía á abrazar entonces el partido francés, y Richelieu le propuso formar una grande liga contra la casa de Austria con la Holanda, el rey de Dinamarca, Venecia y el duque de Saboya. La Francia habia de enviar á Italia un

ejército que debía juntarse con el de Saboya y Venecia; Inglaterra atacaría las costas de España; y Holanda, á quien Richelieu habia aumentado el dinero y las tropas que Francia le enviaba, debía llamar la atencion en los Países Bajos y en las colonias españolas. Finalmente el norte de Alemania como centro de la reforma, donde la autoridad imperial era casi nula muchos siglos hacia, al verse amenazado por Fernando, estaba dispuesto á tomar las armas; Cristian IV, rey de Dinamarca, se ofreció por jefe al círculo de la baja Sajonia, prometiéronle su apoyo Francia é Inglaterra, y Mansfeld debía unir sus tropas con las de la liga.

Este aventurero partió á Francia, donde Richelieu le dió 370,000 libras y el permiso de alzar tropas en el reino; y desde allí pasó á Inglaterra, donde le dieron doce mil hombres y un subsidio mensual de 20,000 libras esterlinas (junio de 1624).

Luego que estuvo bosquejada esta gran liga, Richelieu demostró al rey la importancia de la cuestion de la Valtelina, tratada con tanta ligereza por sus antiguos ministros. «Necesitamos, le dijo, conservar á cualquier precio esos pasos en los cuales hemos gastado tantos millones, y que nos hacen los árbitros de Italia. Si los poseen los españoles, vereis bien pronto como reducen al papa á ser su simple capellan, y harán humillar la cerviz á los demás príncipes italianos; mas tarde invadirán la Francia con fuerzas tan prodigiosas, que parecerá una plaza cuyas cercanías están tomadas y sirven á los sitiadores para fortificarse contra ella. En fin, la union de los estados de la casa de Austria, hoy separados, quita el contrapeso del poderío de Francia que da la libertad á la cristiandad (1).»

Esta cuestion de la Valtelina se estaba dos años hacia discutiendo en vano, y el embajador de Francia en Roma pidió á Richelieu nuevas instrucciones. «El rey no quiere pasar el tiempo en dilaciones, le respondió el cardenal; pronto se enviará un ejército á la Valtelina, que quitará al papa su incertidumbre y hará mas tratables á los españoles.» En efecto, el marqués de Coevres, embajador en Suiza, renovó la alianza con los grisonos, les hizo tomar las armas, y seguido de ocho mil hombres arrojó

(1) Richelieu, t. II, p. 290 y 401.

las guarniciones austriacas, bajó á la Valtelina, se apoderó de todas las fortalezas y despidió los soldados pontificios (1).

Se esperaba una guerra general y el gobierno envió tropas á todas las fronteras de Francia. Venecia queria que se atacase directamente á Milan, y el duque de Saboya habia comenzado las hostilidades contra Génova, aliada sumisa de España.

Pero Richelieu advirtió que habia descubierto demasiado bruscamente sus planes, y que habia hecho en exceso alarde de los recursos del reino y de su propio poder. Su política protestante alarmó á todos los católicos, la corte intrigaba para derrocarlo, y los hugonotes manifestaban su inquietud y llamaban á las armas. Detúvose entonces con astucia; se contentó con enviar á Lesdiguières á apoyar al duque de Saboya, rechazó las peticiones de los venecianos, cesó de enviar subsidios á los protestantes de Alemania y contemporizó con España.

Esta marcha retrógrada fué tomada á tiempo, porque estalló una rebelion calvinista en el momento en que Francia se iba á empeñar en una guerra europea.

§. III.—*Segunda rebelion de los hugonotes.—Paz de la Rochela.—Preparativos contra la casa de Austria.—Tratado de Monzon.*—El gobierno eludía el tratado de Montpellier, construía un fuerte cerca de la Rochela, prohibía las asambleas de los protestantes, y hacia conversiones con astucia ó por la fuerza. Los hugonotes se alarmaron y sus jefes á instigaciones de España empuñaron las armas. Soubise se apoderó en el puerto de Blavet de algunas naves del rey que debian juntarse con las escuadras inglesa y holandesa (18 de enero de 1623). Recorrió en seguida el Océano, se apoderó de las costas del Poitou é hizo armar á los rocheleses mientras su hermano Rohan sublevaba el Languedoc.

Sorprendido Richelieu con esta rebelion, aplazó sus proyectos contra el Austria. Envió seis mil hombres á Bretaña y seis mil

(1) Esta expedicion contra el papa en favor de un pueblo hereje, hecha por el primogénito de la Iglesia y á instancias de un cardenal, causó muchos rumores, y el nuncio se quejó amargamente: «Forzosamente deberiais veros comprometido en el consejo, le dijo á Richelieu, cuando se trataba de deliberar sobre la guerra.—Nada de eso. Cuando me nombraron secretario de estado, Su Santidad me dió un breve que me permite decir y hacer en conciencia todo lo que es útil al país.—Y si se trata de ayudar á los herejes?—Tambien creo que alcanza á eso el breve.

al Poitou, y como se hallaba sin naves, las pidió á los ingleses y holandeses. La peticion era muy audaz, pero estos dos pueblos habian vituperado el levantamiento poco motivado de los hugonotes, y contaban, ayudando Richelieu, desembarazarse de sus enemigos interiores, que le obligarian á emprender otra vez la guerra contra España.

Habian muerto Jacobo I y Mauricio de Nassau (abril): sus sucesores Carlos I y Federico Enrique enviaron las naves pedidas, y sabiendo Richelieu que sus tripulaciones pelearian con repugnancia con sus correligionarios, hizo que tripularan las naves marinos franceses.

La escuadra de Soubise, unida á la de la Rochela que se componia de setenta y cuatro velas, venció á la armada real y se apoderó de las islas de Rhé y de Oleron (17 de julio). Montmorency tomó el mando de los navíos vencidos, trajo refuerzos, y volvió á tomar la isla de Rhé. La escuadra protestante, mandada por Soubise y Guiton, almirante de los rocheleses, quiso entrar en la Rochela á pesar de la armada real que le atajaba el paso. Se trabó otra batalla (15 de setiembre): los hugonotes vencidos retrocedieron á Oleron; el ejército real tomó la isla, y Soubise se refugió en Inglaterra con los restos de su armada.

Esta derrota dejaba sin recursos á la Rochela, y parecia fácil el completo esterminio de los reformados, que se humillaron y pidieron la paz. Pero Richelieu, que habia seguido esta guerra á su pesar, y que estaba inquieto por el estado de los negocios extranjeros y aun mas con las intrigas que se tramaban en la corte contra su poder y su vida, concedió á los hugonotes la renovacion del tratado de Montpellier (5 de febrero de 1626).

Esta paz despertó las quejas y el encono de los católicos, que llamaron á Richelieu «el papa de los hugonotes y el patriarca de los ateos.» Sus alianzas protestantes, el casamiento de la hermana del rey con Carlos I. (1) y su guerra contra la sede apos-

(1) Se efectuó este enlace el 14 de mayo de 1625. El duque de Buckingham, ministro y favorito de Carlos I, fué á Francia á buscar á Enriqueta y se acarrió el odio del rey y de Richelieu por la pasion que concibió por Ana de Austria. «Era hermoso y galán, liberal y magnífico, dice Mme. de Montvilé; no debe causar sorpresa que lograra el honor de hacer confesar á esta hermosa reina que si una mujer honrada pudiese amar á otro que no fuera su marido, seria él el ún-

tólica le había hecho objeto de la crítica del vulgo. «Antes de humillar y destruir á los hugonotes, dijo el cardenal, necesito escandalizar otra vez al mundo.»

Era opinion casi general que una vez libre Richelieu de los calvinistas se declararía abiertamente contra la casa de Austria. Inducian á creerlo así el haber vencido los españoles al duque de Saboya, á quien envió auxilio el cardenal, que Felipe IV había confiscado todos los bienes de los franceses residentes en España, y el haber decidido una asamblea de diputados que se llevasen adelante sin descanso las hostilidades en el Piamonte y la Valtelina. Parecía pues que había comenzado la guerra europea.

Ya habían salido á campaña el rey de Dinamarca, Mansfeld y los holandeses, Venecia iba á invadir el Milanesado y á tomar la ofensiva el duque de Saboya, y en fin Buckingham partió á la corte de Francia para pedir á Richelieu que concluyera la liga contra la casa de Austria. El inglés se quedó sorprendido cuando vió la frialdad del cardenal en un proyecto que él había concebido, con el cual halagaba á Europa hacia un año, y que se reducía en aquel entonces á algunos auxilios en favor de Holanda. Buckingham regresó lleno de cólera (1). Esta frialdad se explicó bien pronto con la indignacion de todos los aliados de Francia.

Un mes despues de la paz concedida á los hugonotes, Luis XIII firmó un tratado con España (marzo de 1626) en Monzon de Aragon, con la única condicion de devolver la Valtelina á los grisones.

§. IV.—*Primeras intrigas contra Richelieu.—Conspiracion y muerte de Chalais.—Persecuciones contra los grandes.—Arrastrado Richelieu por la grandeza de sus ideas había querido llegar*

co que amaria (T. I, p. 342). El cardenal de Retz había dicho lo mismo mucho tiempo antes que Mme. Montville. Veanse sus Memorias, t. II, p. 74, edición de 1813.—(1) Se atribuye esta especie de afrenta que sufrió á los zelos de Richelieu, que, según dicen, estaba enamorado también de Ana de Austria. «La reina me ha contado, dice Mme. de Montville, que cierto día le habló el cardenal con un acento demasiado galante para un enemigo, y que le hizo un discurso muy apasionado (t. I, p. 339). Se cree que este amor no correspondido fué la causa de las persecuciones que el cardenal hizo sufrir á la reina.

al término de su empresa, la decadencia de la casa de Austria, sin tener el medio que consistía en la fuerza y estabilidad del poder de la Francia. Conocía, empero que no debía hacer nada bruscamente, que el enemigo era demasiado fuerte para atacarle cara á cara, y que el trono no podría tener influencia exterior hasta que lograra la completa sumision del reino; y finalmente que era preciso establecer la unidad en Francia antes de pensar en el equilibrio europeo que meditaba. Dejó pues que sus aliados gritasen ¡traicion! y emplazó sus grandiosos proyectos exteriores para no tratar mas que de los interiores. Véanse amenazados su fama, su poder y su misma vida. ¿Cómo habia de lanzarse en tal situacion en una guerra europea, cuando una intriga cortesana ó un capricho del monarca podian hacerla fracasar? «Apenas dirigió las miradas de su soberano hácia el estado de la nacion, cuando ya pululaban en torno suyo los mismos enredos y tramás que diez años atrás causaban los disturbios de la corte y entorpecian la accion del poder. Cruzábanse en todos los proyectos y negociaciones niños, mujeres y amantes, los partidos se agitaban con ese aturdimiento á que los habia habituado la impunidad, y se vió obligado, ya que no á retroceder del todo, al menos á detenerse en su camino. Deshonrábanle los dos tratados hechos al mismo tiempo con España y los reformados; y quedaba íntegro el gran interés político que se habia querido discutir. No habian acarreado mas que un plazo. Su primer ensayo le habia costado dos años, é iba á emprender otro para libertar en cierto modo la corte y las avenidas del consejo de todas las intrigas que le importunaban (1).»

El yerro del cardenal consistía en haber manifestado todos sus planes al mismo tiempo desde su advenimiento al poder, de modo que no se habia limitado á atacar á la casa de Austria, sino tambien á los hugonotes y á los grandes. Se publicó un edicto castigando con la muerte los desafíos, que fué ejecutado con extremado rigor, y no tardó en publicarse otro (31 de julio de 1626) «mandando arrasar todos los pueblos fortificados, castillos y fortalezas no situadas en las fronteras.» Se obligó á los gobernadores de provincia á dar cuenta de la recaudacion de

(1) Bazin, Historia de Luis XIII, t. II, p. 411.

los impuestos, de la política y del alistamiento de los soldados; se restringió su poder instituyendo tenientes de rey, quitándoles sus atribuciones judiciales, y convirtiéndolos en funcionarios amovibles. Iguales cambios se efectuaron en la corte; no se distribuyeron mas los fondos del tesoro entre los favoritos, ni se permitió que llegasen hasta los oídos de las mujeres los secretos del consejo.

Los cortesanos se indignaron al ver estas novedades, y resolvieron deshacerse del cardenal como lo habían hecho con el mariscal de Ancre. «Todos los grandes se juntaron con ellos por el disgusto que les causaba ver asegurada la autoridad real, y conociendo que ya no tendrían libertad de violarla impunemente como lo habían hecho hasta entonces (1).» Advertieron que les había faltado un jefe para dar consistencia á sus anteriores rebeliones, y lo hallaron á propósito en el hermano del rey, Gaston duque de Anjou, que era un príncipe ignorante, envidioso, cobarde y libertino, y á quien ellos excitaban demostrándole el olvido en que le dejaban.

Inquieto Richelieu con estas intrigas, proyectó librar al príncipe de sus perversos consejeros, aumentando su pensión y casándole con la señorita de Montpensier, de la casa de Guisa, que era la mas rica heredera del reino. No eran estas las intenciones de los intrigantes que deseaban casar á Gaston con una princesa extranjera para conseguir un apoyo exterior; y el príncipe rehusó la proposición del cardenal por consejo del conde de Chalais, joven loco y de ideas desbaratadas, y de la duquesa de Chevreuse, (2) intriganta de talento y espíritu turbulento.

Richelieu mandó poner preso al mariscal de Ornano (4 de mayo de 1626) ayo del joven príncipe á quien había pedido que le nombrase miembro del consejo. Gaston se irritó hasta el extremo de amenazar con la muerte al cardenal, que ofreció retirarse, no conociéndose harto seguro del cariño y privanza del rey. Luis le contuvo. «Estad seguro, le dijo, de que os protegeré con-

(1) Richelieu, t. III, p. 49.—(2) María Rohan Montbazon, viuda del condestable de Luynes. Su segundo marido era hermano del duque de Guisa. Era la favorita de la reina. «Ella la indujo á amar á Buckingham y le quitó todos sus escrúpulos. (Mme. de Montville, t. I, p. 349).»

tra todos y nunca os abandonaré. Cualquiera que os acometa, me vereis siempre á vuestro lado.»

Luis XIII dejó entonces que el cardenal modificase el consejo á su gusto (1), y le dió un cuerpo de guardias.

Interrogado Chalais por el cardenal, prometió que no induciria al príncipe á que no aceptase la mano de M. de Montpensier, pero hizo todo lo contrario por consejo de la duquesa de Chevreuse. Se reformó la conjuracion, los dos Vendome, el uno gobernador de Bretaña y el otro *gran prior* de Francia (2) entraron en ella con una multitud de señores. Se trataba nada menos, si hemos de dar crédito á Richelieu, que de declarar al rey inepto para el matrimonio y el gobierno, destronarle, dar su corona y su mujer á Gaston, y asesinar al cardenal.

Richelieu mandó prender á los dos Vendome, y receloso de que su cautiverio excitase disturbios en Bretaña (3) trasladó á este país la corte. Chalais fué arrestado en Nantes y entregado á una comision presidida por Marillac, que habia sucedido á de Aligre. Intimidado Gaston por el cardenal, confesó cobardemente la rebelion que le habian aconsejado, le juró morir antes que seguir en lo sucesivo los consejos de sus amigos, revelar todas las intrigas que llegasen á su noticia, y amar sinceramente á los que S. M. honrase con su confianza. Se casó con la señorita de Montpensier (5 de agosto de 1626), y recibió en dote el ducado de Orleans.

El desventurado Chalais, que probablemente solo habia sido culpable por aturdimiento, pagó por su señor; en vano pidió su perdon al rey en una carta, donde le decia que solo habia pertenecido al partido de los rebeldes trece días, y que mas lo habia hecho por granjearse la privanza de su señor que por revolucionar el estado (4); y en vano finalmente Gaston usó de súplicas y

(1) Aligre fué destituido. Habiéndosele quejado Gaston por la prision de Ornano, se excusó diciendo que no habia tomado parte en la deliberacion del consejo; «Señor, le dijo Richelieu, cuando se tiene el honor de ser admitido en el consejo, deben sostenerse las decisiones, aunque se tenga una opinion diferente.»—(2) Los dos hijos de Enrique IV y Gabriela de Estrés.—(3) Hemos visto antes que Vendome estaba casado con la hija del duque de Mercœur, la cual descendia por su madre de los Penthièvre que pretendian tener derecho al ducado de Bretaña desde la famosa Juana de Blois.—(4) Richelieu, t. III, p. 122.

amenazas. «Con tres conservas y dos ciruelas de Génova, dijo el cardenal, le quitaré la amargura de su corazón.»

Después de un proceso cuya iniquidad era notable, Chalais fué condenado á muerte y subió al cadalso (19 de agosto).

El cardenal quitó al duque de Vendome su gobierno y le obligó á viajar por el extranjero, demolió las plazas interiores de Bretaña, y estableció para vigilar mejor el país una compañía de comercio, de la que se hizo nombrar director el mismo Richelieu.

El gran prior y Ornano murieron en la cárcel, y fueron desterrados del reino el conde de Soissons (1), la duquesa de Chevreuse, el duque de la Valette (2) y una multitud de personas mas comprometidas en este negocio. La esposa de Luis XIII tuvo que presentarse ante el consejo, donde el rey le vituperó sus relaciones con los conspiradores, y la acusó de haber deseado otro marido. «No hubiera ganado bastante en el cambio,» respondió ella (3). Hubo una completa reforma en su palacio, y se prohibió la entrada de su cámara á los hombres; no se le permitió que tuviera comunicacion con el embajador de España, la rodearon de espías, y la dejaron olvidada y como cautiva en su habitacion.

Luis concibió tanta aversion contra su esposa, y durante toda su vida estuvo tan convencido de que le habia faltado, que en el momento de morir decia hablando de ella: «En el estado en que me hallo, debo perdonarla, pero nó creerla.» Relativamente á Montpensier, se convirtió para el rey en un objeto de zelos, sospecha y odio tan mezquino, que las mas insignificantes acciones de este príncipe tan nulo y vicioso fueron interpretadas criminalmente por el desventurado Luis, que nunca dejó de creer que su hermano ambicionaba su trono, su mujer y su existencia (4).

Este fué el prefacio de la guerra emprendida por Richelieu

(1) Príncipe de la casa de Borbon; su padre era hijo de Luis I, príncipe de Condé.—(2) Hijo del duque de Epernon.—(3) Mme. de Montville, t. I, p. 353.—(4) Esta grande envidia del rey se originó en un día de caza en que los perros del príncipe cazaron mejor que los del rey, pues habiendo perdido las huellas de un ciervo la jauría de S. M. en el bosque de San-Germain, lo alcanzó la de Montpensier. (Richelieu. t. V. p. 6).

contra los grandes; y despues de haber demostrado que las intrigas mujeriles y las tramas de los jóvenes cortesanos podian convertirse en crímenes de lesa majestad, les demostró al año siguiente, que eran tan pequeños ante la ley como los súbditos mas miserables, haciendo decapitar al conde de Montmorency Bouteville y al conde de Chapelles, que se habian batido en desafío contra otros dos señores (1). La nobleza se asombró de tanta audacia, se indignó de verse perseguida por conjuraciones que le parecian justas y por actos que consideraba como el primero de sus privilegios, pero no se acobardó con los cadalsos, y continuó persiguiendo al ministro con su odio y sus intrigas.

§. V.—*Asamblea de diputados*.—Richelieu habia hecho ya el programa de su política: guerra contra los grandes, los hugotes y la casa de Austria, y unidad de poder y de nacion en lo interior y en lo exterior. Habia tanteado, por decirlo así, á todos sus enemigos, probado las fuerzas de Francia, su propio poder y el carácter del rey. Pero su robusto, vigilante y severo gobierno parecia á todos tan extraño, que para aumentar la popularidad de sus empresas, resolvió hacerlas aprobar, nó por los estados generales, institucion que le parecia inútil y anárquica, sino por una asamblea de diputados.

Esta asamblea fué muy notable; no acudió á ella ningun príncipe ni duque, y la formaban tan solo magistrados, eclesiásticos y personas de la baja nobleza y del pueblo (2 de diciembre de 1626). Richelieu presentó en ella una minuciosa relacion del estado de todas las partes de la administracion, hacienda, policía, guerra, justicia, comercio, etc. Se fijó la deuda en 30 millones; los ingresos ascendian á 16 millones y los gastos á 36, y se compensó el déficit rebajando las asignaciones de la casa real y las pensiones, recobrando el usufructo de los derechos y bienes empeñados que ascendian á mas de 20 millones, disminuyendo las guarniciones con la demolicion de las fortalezas interiores, suprimiendo las plazas de contestable (2) y de almirante, que

(1) Bouteville habia tenido veinte y dos desafíos. Habiéndose refugiado en Bruselas y no pudiendo alcanzar el permiso de volver a entrar en Francia, juró que se botaría en París, en la plaza real en medio del dia. Hizolo así en efecto. Dejó un hijo que fué Mariscal del Luxemburgo.—(2) Lesdiguières murió el 28 de setiembre de 1626.

además de ser costosas, restringían el poder real, y que por el derecho que ejercían de aprobar todos los gastos de guerra y marina, impedían la unidad en la administración.

Redactáronse ordenanzas favorables á la baja nobleza, clase valiente, modesta y dócil, á la que el trono tomó desde entonces bajo su protección. Se fijó el número del ejército en dos mil ginetes y diez y ocho mil infantes, cuyo sueldo debía pagarse por el tesoro en sus dos terceras partes, y otra tercera parte por las provincias, y se establecieron reglamentos de disciplina para librar de sus violencias á los habitantes de los pueblos y de las campiñas. Ocupóse en fin la asamblea de la marina enteramente descuidada hasta esta época.

Richelieu «demostró que España, los Países Bajos é Inglaterra eran deudores al mar de su engrandecimiento; que hallándose la Francia sin fuerzas marítimas, recibía impunemente las ofensas de sus vecinos, y que no existía un reino tan bien situado y tan rico de todos los medios necesarios como el francés, para hacerse soberano de los mares (1).» Con esta ocasión, descubrió á la asamblea, como lo había hecho con el monarca, el secreto del engrandecimiento de Francia, su admirable posición, sus riquezas y el papel que debía representar, y sus palabras fueron acogidas con muchísimos aplausos. «Nos falta una marina, dijo; del poderío de los mares depende que se acabe el orgullo con que nos miran la Inglaterra y los Países Bajos, y que queden para siempre destruidos los hugonotes (2).» Se resolvió equipar una escuadra de cuarenta y cinco navíos, que debían estar siempre armados y dispuestos á salir á la mar.

La asamblea redactó despues reglamentos de comercio y de aduanas, y bajo el pretexto de que la Francia se podía pasar muy bien sin sus vecinos, y que estos necesitaban indispensablemente de la Francia, pidió la subida de los derechos, manifestando la opinion de que se prohibiera la entrada absolutamente á los paños de Inglaterra, las especias de los holandeses, las sederías de levante y los caballos de Alemania. El sistema de la prohibición comercial seguido desde Luis XI con aprobación general era indispensable, no solamente para favorecer el progreso de

(1) Richelieu t. III, p. 258.—(2) Id. id. p. 221.

la industria francesa, sino para la misma formacion de la nacionalidad. Richelieu tomó bajo su especial direccion la marina y el comercio, atribuyéndose las funciones de almirante, con el título pacífico de gran maestro del mar, de la navegacion y del comercio.

§. VI.—*Continúa la guerra de los treinta años.—Período danés.*
—Mientras el cardenal se hallaba absorbido en los negocios interiores, comenzaba el segundo período de la guerra de los treinta años. Los enemigos que el dinero y las promesas de Francia había sublevado en Alemania contra la casa de Austria, es decir, el rey de Dinamarca, el círculo de la baja Sajonia, Mansfeld y Brunswick, habían salido ya á campaña (1625); Fernando les opuso á Tilly y las fuerzas de la liga católica, pero como esta le hacia pagar muy caros sus servicios, resolvió organizar un ejército que dependiera de él solamente, y con el cual pudiese algun día dominar toda la Alemania. Un señor de Bohemia llamado Walstein, que se había hecho célebre en esta guerra, le propuso armar un ejército de cuarenta mil hombres, sin que le costase un ducado el alimentarlo y equiparlo. Su plan consistía en realizar los robos y saqueos de Mansfeld en mayor escala y con la autoridad imperial. Fernando aceptó. Reuniéronse en pocos dias con Walstein mas de treinta mil croatas, polacos y alemanes, y marcharon con él desde Bohemia por el Elba inferior hasta las fronteras de Dinamarca, mientras Tilly rechazaba á Cristian hácia el Weser. Juntáronse empero con este Mansfeld y Brunswick, su ejército ascendió á sesenta mil hombres y volvió á tomar la ofensiva. Brunswick quedó encargado de apoderarse del curso del Weser, y Mansfeld de pasar el Elba, sublevar la Silesia y el Austria, y juntarse con Gabor que había tomado segunda vez las armas. Cristian quedaba solo para combatir con Tilly.

Este plan no logró el éxito que se esperaba; Brunswick se apoderó de los pueblos de la ribera de Weser, pero murió y fracasaron todas sus conquistas. Mansfeld fué derrotado en Dessau por Walstein (25 de abril de 1626); pero reorganizó su ejército, entró en la Silesia, venció á los imperiales en Oppeln, penetró en la Moravia y aterró á la misma corte de Viena. Walstein le siguió y le alcanzó cerca del Waag, pero no se trabó la batalla

porque la peste se había ensangrentado en los dos ejércitos. Abandonado Mansfeld por Gabor, licenció sus tropas y fué á morir en Bosnia.

Mientras tenían lugar tan diversos acontecimientos, Cristian, que intentaba rechazar á Tilly allende el Weser, fué derrotado en Lutter (27 de agosto), perdiendo diez mil hombres, y no pudo juntar los restos de su ejército hasta que llegó á Wolfenbuttel.

Walstein volvió de Hungría por Silesia aumentando siempre su ejército, se juntó con Tilly, y rechazó en todas partes á los protestantes. Los dos generales bajaron por el Elba, y en tanto que Tilly penetraba en el Hannover, Walstein se apoderó de la Pomerania y de Mecklemburgo, entró en el Holstein, y obligó á Cristian á embarcarse con los restos de su ejército (1627).

Quedó vencida pues la segunda confederacion protestante, y el emperador y la liga inundaron con cien mil hombres el norte de Alemania, que quedó entregado á todos los saqueos y violencias de una bárbara soldadesca. Walstein pidió á Fernando la investidura de Mecklemburgo, diciendo «que no habia ya necesidad de electores ni de príncipes, y que del mismo modo que en Francia y en España no habia mas que un rey, en Alemania no debia haber en adelante mas que un soberano.» El emperador dió á Walstein los estados que quitó á los duques de Mecklemburgo, sin tener en cuenta su fidelidad y sumision.

§. VII.—*La Inglaterra declara la guerra á la Francia.—Tercera rebelion de los hugonotes.—Sitio de la Rochela.—Paz de Alais.*— Todos estos desastres eran debidos al tratado de Monzon; habian sido nulos los subsidos de Francia y los refuerzos de Inglaterra, los venecianos y el duque de Saboya estaban de regreso en su país, y Holanda se habia visto apurada para defenderse de las armas españolas. Richelieu tenia la culpa de todo esto por haber sido el primero en abandonar la coalicion que él mismo habia formado.

Por esta razon, luego que el cardenal se vió desembarazado de los disturbios interiores con la muerte de Chalais, trató de volver á adquirir los aliados que le habia hecho perder el tratado de Monzon. Dió dinero y armas á las Provincias Unidas, entabló un arreglo amistoso entre el elector palatino y el duque de Baviera, interesó en la suerte del rey de Dinamarca á los príncipes católi-

cos, pero no le fué posible atraer á Inglaterra que iba á obligarle á emplazar otra vez su intervencion en Alemania.

Desde el advenimiento de los Estuardos, la Inglaterra se habia paralizado en la senda de progreso en que la habia lanzado la grande Isabel; los reyes de la nueva dinastía eran débiles, caprichosos, imbuidos en ideas despóticas, ocultaban muy mal su inclinacion al catolicismo en sus persecuciones contra los católicos, y no tenian por fin la fijeza de miras, la perseverancia y todas las cualidades sólidas que han causado el grandecimiento de la nacion inglesa. Carlos I estaba como su padre gobernado por Buckingham, «hombre sin virtud y sin estudios, segun Richelieu, mal nacido y peor criado,» que mezclaba sus galanterías con los negocios del estado, que llevaba hasta el extremo el fausto y la frivolidad de los nobles franceses, y que era en fin para los ingleses, tan severos y positivos, un verdadero loco odiado y despreciado de todos.

Muchos parlamentos pidieron la caída del favorito y negaron los subsidios con objeto de alcanzarlo. El rey los disolvió con una ligereza propia de su ministro; intentó gobernar supliendo los impuestos con repartimientos arbitrarios, y emprendió por medio de sus actos una lucha contra la nacion de la que él solo debia ser la víctima.

La mujer de Carlos I, cuyo espíritu ambicioso y revolucionario pretendia restablecer el catolicismo en Inglaterra, hirió todas las preocupaciones de la nacion con su entusiasta proselitismo y el acompañamiento de sacerdotes franceses con que salia constantemente en público. El pueblo inglés acusó al rey de su inclinacion al papismo, vituperó el abandono en que dejaba á los protestantes de Alemania, y le reprochó el haber enviado sus navíos para vencer y destruir á los hugonotes franceses. Carlos y su ministro dieron ocasion á tantos odios y antipatías, que para dar una satisfaccion á la opinion pública, arrojaron brutalmente del palacio de la reina á todos sus sacerdotes y criados, renovaron las persecuciones contra los papistas, y determinaron encender una nueva guerra religiosa en Francia.

Luis XIII miró como un insulto el destierro de los criados de Enriqueta y las intrigas de los ingleses para revolucionar sus súbditos. Buckingham se negó á darle una satisfaccion; queria

vengarse del tratado de Monzon y granjearse la estimacion de los ingleses con una guerra de religion, y creia además, alucinado por el amor que le inspiraba la reina Ana, que la guerra le ofreceria una ocasion de volver á Francia y ver á su querida. En vano Richélieu le manifestó que una ruptura tan absurda era la ruina de los protestantes de Alemania; Buckingham pretendió que Inglaterra salia garante de los tratados hechos con los reformados de Francia, y que á ella le tocaba defenderlos en el caso de ser violados.

El gobierno inglés preparó una escuadra formidable.

Llena de alborozo España con una contienda tan inesperada, inducia á las dos potencias á emprender la guerra, ofreciendo á la Francia el auxilio de sus navíos para vencer al rey hereje, pero era una doblez que disfrazaba con poco disimulo. «Por un lado los protestantes, escribia Felipe á su embajador, y por otro la Inglaterra; es el mejor medio de dar qué sentir al cardenal y hacerle comprar nuestra poderosa defensa con concesiones en Italia. Engañadle de modo que de ello saquemos alguna ventaja (1).»

Amenazado Richelieu con una guerra civil y otra marítima, conoció á su pesar que no habia llegado aun el dia de poner en planta sus proyectos sobre Alemania, solicitó la amistad de España, y atrajo á esta potencia á firmar un tratado «para invadir de mancomun la Inglaterra, destruir la herejía y restablecer en toda Europa la religion romana,» con la condicion de que el rey católico debia darle cincuenta navíos y quince mil soldados. Sabia que España no cumpliria su palabra, pero todo lo que de ella queria era su neutralidad, que habia ya conseguido.

La escuadra inglesa se dió á la vela á las órdenes de Buckingham; se componia de noventa naves tripuladas por diez y seis mil hombres, de los cuales tres mil eran refugiados franceses, y tomó puesto en la isla de Rhé (23 de julio de 1627).

Los hugonotes se habian esforzado desde la última paz en reparar las pérdidas que habian sufrido en el interior confiando al mar todo su poderío; aspiraban á obtener la suerte de los holandeses, y tenian en la Rochela mas de cien naves tripuladas por

(1) Archivo de Simancas, segun Capellgue, Historia de Richelieu, t. IV, página 213-217.

atrevidos piratas. Pero no se hallaban entonces preparados á volver á comenzar la guerra, y á pesar de las vivas instancias de Souvise que se hallaba en la escuadra inglesa, la Rochela se negó en un principio á declararse. La isla de Rhé estaba mal fortificada, pero Toiras, que era su gobernador, se retiró á la ciudadela de San Martín con quinientos á seiscientos hombres, donde hizo una brillante defensa.

La suerte de la Rochela y de la guerra que tan locamente acababan de emprender los ingleses, dependía de la toma de esta isla, de modo que desde que Richelieu tuvo la primera noticia de la acción, se encargó de salvarla «arriesgando su fortuna y su reputación.» Tomó los primeros fondos de sus propios bienes envió víveres, municiones y hombres con tanta rapidez, que los primeros refuerzos llegaron antes que los hubiese pedido Toiras. El mismo partió con el rey, haciendo que les precediera un manifiesto que aseguraba la libertad de conciencia á los reformados que no hubieran tomado aun las armas. La Rochela quiso imponer condiciones que fueron rechazadas; se decidió entonces á hacer una alianza ofensiva y defensiva con el rey de Inglaterra, se sublevó en masa todo el partido hugonote, y Rohan dió principio á una guerra muy activa en el Languedoc.

El cardenal se convirtió en general, ingeniero y administrador: desde el momento en que llegó reunió soldados, naves, cañones y municiones; delineó el plan del bloqueo de la ciudad, ordenó la dirección de las tropas y los víveres que era indispensable introducir en Rhé, y se ocupó de los mas minuciosos detalles con una perspicacia y vigilancia admirables. Sourdis, obispo de Maiblezac y general de las galeras de Francia, era su digno teniente (1), y despues de él el obispo de Mende y el abad de Marsillac, encargados principalmente de proporcionar provisiones á San Martín. Si se desgraciaba un auxilio, habia ya preparados otros veinte para sustituirlos. El cardenal arrojaba á manos llenas el dinero y las recompensas, comunicaba su entusiasmo á los marineros y soldados, y *pasar ó morir!* era la orden que todos repetian.

A fuerza de audacia y de perseverancia, y á pesar de la escua-

(1) Véase la correspondencia del cardenal con Sourdis, en Capellgue, t. IV, y las Memorias de Richelieu, t. IV.

dra inglesa, se consiguió introducir en Rhé seis mil hombres mandados por Schomberg; y despues de una sangrienta batalla (8 de noviembre de 1627) los ingleses se vieron precisados á volverse á embarcar, dejando cuatro mil muertos con sus cañones y bagajes.

Esta derrota fué un golpe mortal para los rocheleses, pero la ciudad era muy fuerte, en ella se habian refugiado todos los mas enérgicos partidarios de la reforma, sus naves tenian el mar libre y podian recibir el auxilio de Inglaterra. Se decidieron pues á hacer una resistencia desesperada, y para dar prueba de su resolucion, tomaron por jefe á Guilton, marino feroz é intrépido, enemigo declarado de la dominacion real, que al tomar posesion de su dignidad, juró dar de puñaladas al primero que hablaste de rendirse.

Despues de haber libertado á Rhé, todos los esfuerzos de Richelieu se dirigieron contra la Rochela. Cuando residia en su obispado de Luzon, habia «pensado muchas veces, dice él mismo en medio de su profunda inquietud, en los medios de rendir esta plaza á la obediencia del rey (1).» La rodeó con una línea de circunvalacion de tres leguas, guarnecida de fuertes y defendida por veinte y cinco mil hombres, para aislarla en seguida del Océano que causaba todo su orgullo y de los ingleses á quienes llamaba hermanos y vecinos, hizo arrojar en el estrecho por donde se penetra en la entrada de la Rochela un dique de cien toesas de longitud, obra gigantesca terminada por los esfuerzos de Metezau, arquitecto del rey, y de Tiriote, albañil de París. Este dique, guarnecido de cuatro fuertes y muchas baterías, estaba protegido por el lado de la ciudad por una empalizada flotante de treinta y siete navíos atados unos con otros, y por la parte del mar, por una línea de veinte y cuatro barcos encadenados y cubiertos de cañones; tenia una abertura en el medio para las mareas, pero estaba ocupada por sesenta barcos, estacadas flotantes y un fortin de madera. Defendian finalmente la bahía treinta naves y sesenta embarcaciones pequeñas, y los lados estaban erizados de piezas de artillería (2).

Trabajos tan extraordinarios manifiestan que Richelieu estaba

(1) Richelieu, t. IV.—2) Id. id.

decidido á destruir completamente el calvinismo; de modo que todos los enemigos de Francia tenian fijas sus miradas en la Rochela y deseaban enviarle su auxilio. Intimidada España á enviar sus naves y á cumplir su promesa, puso en el mar treinta y dos navíos medio destruidos, «y esta mezquina armada se negó á acudir hasta que los ingleses no hubiesen abandonado á Rhé. No dejó de presentarse luego que estuvo segura de que ya no estaban; pero cuando circuló la falsa nueva de que volvía Buckingham, se dirigió otra vez á su país (1).»

Llegó otra escuadra inglesa (18 de mayo de 1628) compuesta de ochenta y ocho naves, que durante quince días cañoneó el dique sin poderlo forzar, y se volvió en el momento que Richelieu daba las órdenes para trabar la batalla.

El hambre empezó á hacer sus estragos en la ciudad, pero sus habitantes continuaron defendiéndose. Segun dice Fontenay, «no era solo la religion y la libertad lo que les impelia á sufrir tantos desastres y desventuras, sino porque les habia enorgullecido tanto la posicion brillante que creian ocupar por sus temibles fortificaciones, su union con todos los hugonotes de Francia y las inteligencias que tenian en el extranjero, que no reconociendo al rey, que por otra parte no les disgustaba creian que jamás les perdonaria su rebelde y desesperada resistencia (2).»

El cardenal, á quien Luis XIII habia delegado todo su poder, no perdía de vista ni un solo instante aquella presa tan codiciada y tan necesaria á sus proyectos, en cuyo precio consistia toda su fortuna; sabia que mientras los hugonotes ocupasen un rincón del reino, no seria el rey soberano en el interior ni podria emprender ninguna accion gloriosa en el exterior. Era preciso pues humillar el orgullo de los grandes, que miraban á la Rochela como una ciudadela, á cuya sombra podrian manifestar y hacer valer impunemente su descontento (3).» Por esta razon los señores temian la rendicion de esta ciudad, freno de la autoridad real, como teme el criminal la destruccion del albergue que le esconde. «Vais á desengañaros, decía el mariscal de Bassompierre, de que vamos á volvernos locos antes de tomar la Rochela.» «Esta expresion tuvo mucho eco, dice Fontenay Mareuil,

(1) Fontenay, t. II, p. 66.—(2) Id. id. p. 120.—(3) Richelieu, t. IV.

no solo en el campamento sino en la ciudad, donde los hugonotes se convinieron con algunos jefes para permitir la entrada de víveres como en el sitio de París por Enrique IV, pero el cardenal puso bien pronto término á todos estos manejos (1).»

Ya hacia catorce meses que se habia empezado el sitio, la ciudad estaba reducida al último extremo, habia perecido la mitad de la poblacion, no quedaban mas que ciento cincuenta y cuatro hombres de guarnicion; pero Guitton era cada dia mas invencible. «Mientras exista un solo hombre, decia, para cerrar las puertas, es bastante para no rendirnos.»

Buckingham hizo un nuevo armamento de ciento cuarenta velas, pero en el momento de su partida fué asesinado (23 de agosto de 1628), y cuando llegó la escuadra, la Rochela habia entablado negociaciones para rendirse. Los ingleses intentaron no obstante forzar el dique (1.º de octubre), pero fueron inútiles sus esfuerzos, y despues de haber capitulado los sitiados, regresaron á Inglaterra (28 de octubre).

La ciudad logró la libertad de conciencia, pero fueron destruidos sus principales habitantes, se demolieron sus murallas, se abolieron sus privilegios municipales, y se le impuso una administracion y guarnicion del rey. Destruido su puerto, diezmada y proscrita su ruda poblacion de marinos, esta ciudad, que desde Luis XI habia vivido en un estado casi confínuo de rebelion, esta segunda Amsterdam, donde se habian estrellado todas las fuerzas del reino, no ha vuelto á alzarse jamás de su caida.

La toma de la Rochela dió un golpe mortal á la herejía, á las ideas de independecia del mediodía, y á los deseos de rebelion de los grandes: acarreó al reino, no tan solo su reposo interior, sino la libertad de sus movimientos en el exterior, y en fin «ella aseguró definitivamente el poderío del prelado, ministro, almirante y general del ejército, hasta entonces incierto y contrariado, dependiente aun de la reina madre, reducido á dudas y complacencias, y poderío establecido en la actualidad para el rey, por la autoridad de un gran servicio para el reino, por la estimacion ó el temor, y para las demás naciones por una brillante nombradía (2).»

(1) Fontenay, t. II, p. 420.—(2) Bazin, t. II, p. 456.

La Inglaterra firmó la paz con Francia (24 de abril de 1629).

Durante el sitio de la Rochela, dos ejércitos mandados por Condé y Montmorency recorrían el Languedoc y hacían espantosos estragos. Viendo Rohan tan indócil y desanimado su partido, y que la Inglaterra abandonaba la guerra, pidió auxilio á España; «firmó con esta potencia un tratado por el cual se ponía á su sueldo con catorce mil hombres por 340,000 ducados al año, y en el caso de que él y los suyos pudieran llegar á adquirir tanta fuerza que formasen un estado á parte en alguna provincia, se comprometió á permitir la libertad de conciencia á los católicos (1).» Airado Richelieu con este tratado, por el cual España quería dar á Francia un equivalente de la república holandesa, envió tropas de refuerzo al mediodía; y despues en una expedición á Italia, de que vamos á hablar muy presto, el rey marchó contra los rebeldes con cincuenta mil hombres repartidos en seis divisiones.

El ejército real tomó á Privas por asalto (27 de mayo de 1629), y despues de incendiada y convertida en ruinas, sus habitantes fueron destinados á las galeras. Aterrados con tanto rigor la mayor parte de los demás pueblos se rindieron sin oponer resistencia. Columnas devastadoras recorrieron los Cevenas incendiando las aldeas, destruyendo los castillos y pasando á cuchillo á todos los que se defendían, hasta que tomada por fin Alais, los hugonotes se humillaron y se firmó la paz (27 de junio de 1629).

Esta fué la última paz de religion, y el gobierno no trató ya mas desde entonces con sus súbditos de potencia á potencia. Los protestantes alcanzaron la libertad de culto, pero perdieron todas sus plazas de seguridad, y fueron destruidas sus fortalezas, abolidas sus asambleas, sus privilegios y su organizacion por iglesias. Cesaron de formar un estado dentro del estado, ya no fueron mas un partido político sino una secta disidente, y no se consideraron como enemigos del rey sino como sus súbditos. Vencidos y mirados con desconfianza, hicieron olvidar con su sumision su espíritu de rebeldía, perdieron sus ideas republicanas, y contribuyeron en adelante á la prosperidad general. Los

(1) El tratado está en Dumont, t. V, parte 2, p. 582.

grandes no tenían ejército, no estaba muy lejana la época de su derrota definitiva, y los acontecimientos sobrevenidos en Italia exigían con predilección los desvelos de Richelieu.

§. VIII.—*Sucesion de Mantua.—Sitio de Casal.—Tratado de Ratisbona.*—Vicente II, duque de Mantua y marqués de Monferrato, murió sin sucesion (1627), dejando sus estados á su mas próximo pariente Carlos de Gonzaga, duque de Nemours, descendiente de una familia que hacia medio siglo era francesa. El duque de Saboya hizo valer sus derechos al Monferrato, y el duque de Gualtalla los suyos al Mantuano. Los dos estaban sostenidos por la casa de Austria. El emperador puso en secuestro los estados disputados, y el rey de España envió un ejército al Monferrato, que sitió á Casal (1628).

La Italia se alarmó, y «como todo acrecentamiento del emperador ó del rey de España en Italia era una consecuencia tan peligrosa para Francia,» Richelieu titubeó en abandonar la Rochela para libertar á Casal. Este era el deseo del papa, que suplicaba á Luis XIII que se opusiera al engrandecimiento de Austria. «El sitio del baluarte de los hugonotes, le escribia, no es tan agradable á Dios como una intervencion en el negocio de Mantua». Casal, empero, tenia abundantes víveres y una crecida guarnicion, Richelieu conocia que España queria hacerle desistir de la destruccion de los hugonotes, y contentándose con negociar en favor de Gonzaga, apresuró el sitio de la Rochela.

Luego que se rindió esta ciudad, el rey se dirigió á los Alpes con todo su ejército (15 de enero de 1629). Casal se defendia aun, pero el duque de Saboya negó al rey el paso. Cruzó éste el monte Ginebra, y le atacó en el paso de Suze (6 de marzo), formidable desfiladero donde algunos centenares de hombres podian detener á cien mil. El ejército francés se apoderó de este desfiladero en menos de un cuarto de hora con sus trincheras, fuertes y defensores, é invadió el Piamonte. El duque de Saboya pidió la paz (10 de marzo), se vió obligado á entregar el paso de Suze y llevar víveres á Casal, y los españoles levantaron el sitio de esta ciudad, prometiendo dejar á Carlos de Gonzaga que poseyera pacíficamente sus estados.

Richelieu desconfiaba de este tratado, pero le fué preciso regresar á Francia para terminar la destruccion de los hugonotes;

dejó doce mil hombres en Casal y en Suze, formó una liga con Venecia y los duques de Mantua y de Saboya, y volvió á pasar los montes. Creyendo la casa de Austria que Francia tenia ocupadas todas sus fuerzas en el Languedoc, y orgullosa además con la paz que habia impuesto al rey de Dinamarca, organizó apresuradamente tres ejércitos (junio). El primero invadió el país de los grisonos; el segundo, compuesto de treinta y cinco mil hombres, entró en el Mantuano, y el tercero, de diez mil, mandado por Spinola, ocupó el Monferrato. Pusieron sitio á Casal y á Mantua, y el duque de Saboya se puso secretamente de acuerdo con los españoles. «Van á ver los italianos que aun hay un emperador,» decian los austriacos.

Richelieu instó á sus aliados para que principiases las hostilidades, é hizo grandes preparativos de guerra; envió veinte y cinco mil hombres á los Alpes y veinte mil á Champaña, donde recelaba un ataque de los españoles; resolvió tomar él mismo el mando del ejército de Italia, para que «llevando la sombra del rey,» se pudiese llevar á cabo la guerra con mas vigor y presteza. Pero la corte le entorpecía con las mas bajas intrigas; la reina madre, impelida siempre por sus odios ó afecciones particulares, no queria que se socorriese al duque de Mantua; todos los cortesanos, las mujeres y hasta los mas ínfimos criados hablaban en defensa de la paz; y nadie comprendia la importancia que el cardenal atribuía al Mantuano y al Monferrato, mezquinas posesiones tan distantes de Francia. Fué necesario que demostrara al rey que Casal y Mantua eran las ciudadelas de Italia, las primeras posiciones militares del valle del Pó (1), y quedó entonces resuelta la guerra á pesar de todas las oposiciones.

Richelieu partió (29 de diciembre de 1629) con el título de «teniente general representante de la persona del rey.» Quitóse el traje de púrpura para vestirse el uniforme militar (2);

(1) Véase la Geografía militar de T. Lavallée, p. 308 y 316 de la tercera edicion. Casal en la actualidad es Alejandría.—(2) Iba vestido, dice Pontis, con una coraza de color de agua y un vestido de color de hoja marchita sobre el cual se veía una bordadura de oro: Columpiábase sobre su sombrero una airosa pluma. Marchaban dos pajes delante de él á caballo, llevando el uno sus manoplas y el otro el casco. Dos pajes mas, tambien montados, iban á su lado, y tenia cada uno por la

estaban bajo sus órdenes el cardenal de la Valette, los mariscales de Montmorency, de Schomberg y de Bassompierre, y era su teniente y encargado de la administración Sourdis, obispo entonces de Burdeos. El duque de Saboya pretendió permanecer neutral, y no solo se negó á abastecer á Casal, sino tambien á entregar á los franceses el paso para ir á libertar la plaza. Decidido el cardenal á apoderarse de los pasos de Italia, á pesar de este aliado infiel, cruzó los Alpes por Suze, y fingió marchar contra Turin; despues retrocedió bruscamente, sitió á Pignerol y la obligó á rendirse (10 de marzo de 1630). Spinola acudió en defensa del Piamonte, y contuvo á los franceses con la superioridad de sus fuerzas.

Luis XIII tomó entonces el mando del ejército y conquistó toda la Saboya; pero cayendo enfermo, dejó el mando al duque de Montmorency, que venció á los españoles en Veillana y se apoderó del marquesado de Saluces (10 de julio). Pero Mantua se habia rendido ya á los austriacos, Casal se hallaba en una situación desesperada, las enfermedades habian diezclado á los franceses, y no llegaban, por las intrigas de la reina madre, ni los refuerzos que esperaban del ejército de Champaña, ni las sumas de dinero que de París debian enviar el mariscal de Marillac y su hermano el canciller. Lleno de inquietud Richelieu con las maquinaciones de sus enemigos, concluyó una tregua por mediación del abad Mazarini (2 de setiembre), enviado de la corte de Roma, persona de talento perspicaz y sutil, á quien distinguió desde entonces y que fué el continuador de su obra. Cuando se terminó esta tregua, los graves acontecimientos que sobrevinieron en Alemania decidieron al Austria, como vamos á ver, á concluir una paz definitiva. Esta fué la paz de Ratisbona.

§. IX.—*Sucesos de Alemania.—Dieta de Ratisbona.—Periodo sueco de la guerra de los treinta años.*—El rey de Dinamarca no se habia repuesto aun de sus derrotas; «se vió tan aislado en la

brida un corsel de valor. Detras iba el capitán de sus guardias. Pasó con este traje el río Doria á caballo llevando la espada al costado y dos pistolas en el arzon de su silla. Cuando hubo pasado á la opuesta orilla, hizo galopar repetidas veces y caracolear su caballo delante del ejército, como si se hubiese gozado en hacer ver que era un excelente jinete (Memorias, t. II p. 4 edición de 1715.)»

guerra, tan mal auxiliado del rey de Francia, ocupado á la sazón en el sitio de la Rochela, conoció por su desgracia que la Inglaterra cometía tantos yerros, estaba tan débil con las diferencias entre el trono y el parlamento, y era tan poco adicto al bien general de la cristiandad, que no tuvo mas remedio que aceptar la paz que le ofrecía el vencedor (1). » El imperio se hallaba entonces aterrado con las devastaciones de Walstein y sus soldados. Richelieu envió á los electores católicos á Gerardo de Charnacé, uno de sus mas inteligentes negociadores, para demostrar los peligros de Alemania, si no concedía al rey de Dinamarca una paz honrosa; y el emperador moderó sus pretensiones (27 de mayo de 1629).

Cristian recobró sus provincias, con la condición de que no intervendría en los negocios del imperio, pero quedaron expropiados los duques de Mecklemburgo; las tropas imperiales ocuparon las plazas del Brandeburgo, de la Pomerania y la baja Sajonia, y finalmente Fernando publicó el *edicto de restitucion*, por el cual, dando fuerza de ley á la reserva eclesiástica, mandaba á los protestantes que devolvieran los bienes del clero de que se habian apoderado en 1555.

Este edicto llenó de terror á Alemania, y se llevó á cabo con tanto rigor, que parecia que la casa de Austria habia resuelto exterminar á los protestantes. Se abrieron los conventos, abolidos sesenta y dos años hacia, y se entregaron á las antiguas órdenes religiosas; se restablecieron los obispados soberanos en utilidad de los príncipes austriacos, y fueron expulsados y proscritos los poseedores de bienes eclesiásticos. Los ejecutores de esta inmensa mudanza y trastorno eran los soldados de Walstein; pusieronse á merced de estos bandidos la vida y las haciendas de los nobles y villanos, y muchas ciudades fueron tomadas por asalto. Jamás se habia presenciado en Alemania un abuso de la fuerza tan extremado, y nunca habia sido entregado un país, por el que era su jefe, á discrecion de ejércitos tan numerosos, codiciosos y bárbaros. Católicos y protestantes tenian igual terror á los soldados de su soberano, que á su general y al mismo emperador.

(1) Richelieu, t. V. p. 109.

Fernando queria resueltamente convertir á la Alemania en una monarquía absoluta y hereditaria, y como la liga católica le contenia por los servicios que le habia prestado, su espíritu de independencia y el talento y la ambicion de su jefe, mandó licenciar sus tropas, para dejar el campo libre á los soldados de Walstein. La casa de Austria se habia hecho tan orgullosa, que se habia acarreado la enemistad de la mayor parte de los estados católicos, y la misma Santa Sede olvida por el interés de su independencia, la restauracion del catolicismo, la cual solo era un velo para la ambicion de los príncipes austriacos. Alucinada por sus triunfos, amenazaba á Venecia con su exterminio, al papa con el sitio de Roma y los soldados de Walstein, y á Francia con los cosacos de Polonia y la reconquista de los Tres Obispados.

La salvacion de Europa consistia pues en seguir una política enteramente protestante.

Richelieu consideraba con ansiedad el estado de los negocios europeos, buscando una espada que contuviese á la casa de Austria. Los asuntos de Italia y en especial los disturbios interiores de Francia le privaban el intervenir directamente en la contienda; el rey de Inglaterra se habia colocado fuera de la cuestion por sus altercados con el parlamento, los Países Bajos tenian bastante que hacer para defenderse á sí propios, los protestantes de Alemania estaban tan sujetos y oprimidos que ni aun se atrevian á implorar el auxilio de Francia, los católicos iban á verse muy pronto reducidos á la mas extrema sumision, el rey de Dinamarca, descalabrado con sus derrotas, permanecia oculto en sus estados; y solo quedaba libre el rey de Suecia.

La Suecia, nacion pobre, inculta y poco poblada, solo habia hecho hasta entonces papel en la Europa septentrional; perdiendo sus fuerzas en guerras oscuras con sus vecinos, habia conquistado la Livonia, la Curlandia y la Prusia polaca, y aspiraba á la dominacion de todo el Báltico. Gustavo Adolfo, nieto de Gustavo Wasa (1), habia subido al trono de Suecia en 1611 á

(1) Gustavo Wasa dejó tres hijos, que reinaron despues de él; Erico XIV, Juan III y Carlos IX. Juan III dejó un hijo llamado Sigismundo que le sucedió y fue elegido rey de Polonia. Este fue el Sigismundo que restableció el catolicismo en Polonia y quiso hacer lo mismo en Suecia. Los suecos se rebelaron, le arroja-

la edad de diez y siete años ; era un hombre recto , sencillo, lleno de grandeza de alma , de genio guerrero , de celo en favor de la reforma , y que hacia mucho tiempo que abrigaba el proyecto de socorrer á los protestantes de Alemania. Ningun derecho tenia á mezclarse en los negocios del imperio , pero sabia que si la casa de Austria conseguia sus fines, quedaba comprometida la libertad de los estados del norte. Halagado por su plan de dominacion del Báltico, le tenia inquieto el ver en manos de Fernando la Pomerania y el Melcklemburgo, y que Walstein se decorase con el título de almirante de los mares del norte ; estaba enojado por los auxilios que el emperador daba contra él á Sigismundo de Polonia ; y finalmente creia poder, reuniendo en torno suyo los estados protestantes , crearse en el norte de Alemania una potencia capaz de balancear la del Austria, y llegar á trasformar tal vez el santo imperio romano en imperio protestante.

Richelieu le envió á Charnacé (1630) que logró en un principio hacer firmar á la Suecia y á la Polonia una tregua de seis años , y que ofreció despues á Gustavo la alianza de Francia. Este aceptó, se comprometió á restablecer en Alemania las cosas en el estado en que se hallaban antes de la guerra , en conformarse en materias de religion con las leyes del imperio , en permitir á la liga católica entrar en su alianza , y en tener en pié de guerra treinta mil infantes y seis mil caballos si Francia le daba un subsidio anual de 1.200,000 libras (1).

Luego que Gustavo alcanzó el consentimiento de sus estados, se embarcó con quince mil hombres. El éxito de su atrevida empresa dependia mas de su genio, del nombre de Francia y de la opresion de los alemanes, que del poder real de su reino y de los subsidios de su aliada. Los príncipes católicos , á instancias de Richelieu, habian empezado á sublevarse contra el despotismo del emperador, se creia que la mitad de Alemania se acogeria á las banderas de Gustavo, «cuya llegada eseaba cual otro Me-

ron del trono y reconocieron á Carlos IX. Sigismundo hizo en vano la guerra para recobrar el trono de Suecia. Sucedió á Carlos IX su hijo Gustavo Wasa que continuó la guerra contra Sigismundo.—(1) El tratado fué firmado en Berenwald de Brandeburgo el 13 de enero de 1631.

sías, y por cuyo ejército estaba esta nación dispuesta á hacer los mayores sacrificios (1).»

Alucinado Fernando con sus triunfos, no se alarmó con los preparativos de Gustavo, ni con las amenazas de Francia, ni con la resistencia que le oponía la liga católica. Convocó una dieta en Ratisbona (junio de 1630) mas para comprometer á los príncipes contra Francia y Suecia y hacer nombrar á su hijo rey de romanos, que para hacer justicia á las quejas que estos elevaban continuamente hasta su trono por las devastaciones de los soldados imperiales. Pero en vez del triunfo que esperaba, la diplomacia francesa hizo estallar una violenta tempestad contra él, contra sus soldados y especialmente contra su general. Richelieu había enviado á la dieta, para ilustrar á los electores sobre la cuestion de Mantua, al embajador Leon Brulart y al capuchino José de Tremblay, confidente íntimo de sus pensamientos y negociador de un espíritu frío, sagaz y seductor. Estos dos agentes se apoderaron tan completamente de la liga católica y de los príncipes protestantes, que «se decía que los electores eran para el rey de Francia lo que el cardenal y todos sus súbditos (2).» Siguiendo sus consejos, la dieta pidió que se despidieran á Walstein y se licenciaran sus tropas, y declaró que se disolvería al instante si el emperador «no hacía pedazos el látigo sangriento con que azotaba á la Alemania.»

Fernando se vió obligado á ceder; llamó á Walstein, licenció su ejército que redujo á treinta mil hombres, y autorizó á la liga á conservar un ejército de fuerzas iguales. Estos sesenta mil hombres estaban destinados á oponerse á la invasion de los suecos, y se dió su mando, no al hijo del emperador como éste pretendía, sino á Tilly, general de la liga y súbdito del duque de Baviera.

Por medio de estas concesiones Fernando esperaba hacer nombrar á su hijo rey de romanos, pero los electores se negaron resueltamente á proceder á la eleccion. Manifestó entonces la cólera mas terrible. «Un miserable capuchino, decía haciendo alusion al padre José, me ha desarmado con su rosario; el pérfido ha sabido hacer entrar en su estrecha capucha seis coronas elec-

(1) Richelieu, t. IV, p. 402.—(2) Id. t. V, p. 361.

torales (1). » No se redujo á esto todo. La dieta declaró « que desaprobaba la guerra de Italia, pidió que se hiciera justicia al duque de Mantua, y que se dejase el asunto en manos del rey cristianísimo (2). »

Acababa de expirar en esta época la tregua concluida por el abad Mazarini, y Richelieu dirigia hácia Casal fuerzas considerables. Lleno de inquietud Fernando por la oposicion de la dieta y el desembarco de Gustavo, propuso á la Francia, con objeto de disponer de sus tropas de Italia, cambiar la tregua en paz definitiva. El padre José accedió á esta proposicion y se firmó el tratado de Ratisbona. Esto fué un yerro muy considerable. Llamar la atencion en Italia hubiera sido muy útil á Gustavo, quien contaba ya con esta estratagema; y no obstante Richelieu no desaprobó el tratado. Los austriacos evacuaron el Mantuano, los españoles el Monferrato y los franceses el Piamonte, pero conservaron estos á Pignerol por un tratado posterior con el duque de Saboya.

Al mismo tiempo que el emperador destituia á Walstein y licenciaba su ejército, los suecos desembarcaban en la isla de Rugen (24 de junio.) Ningun protestante tomó las armas. Gustavo se apoderó de Stettin, capital de la Pomerania, y obligó al atemorizado duque á que le rindiera sus estados; despues penetró en el Mecklemburgo, rechazó á las tropas imperiales y aumentó su ejército con los restos del de Walstein. Los protestantes comenzaron entonces á considerarle como un aliado y defensor, se declaró Magdeburgo, y negociaron con él los príncipes de Hesse y de Sajonia. Los electores de Brandeburgo y de Sajonia quisieron aprovecharse del apuro del emperador para obtener concesiones en cambio de su enemistad con los suecos. A sus instancias se convocó en Leipzig una asamblea de protestantes que se negó á juntar sus tropas con las de Gustavo, pidió el edicto de restitucion y la evacuacion de las tropas imperiales, y alistó cuarenta mil hombres para proteger su neutralidad.

Fernando recibió la noticia del desembarco de Gustavo con afectado desden. « Todo se reduce, dijo, á que tenemos otro ene-

(1) Historia del padre José, t. II, p. 93.—(2) Richelieu, t. V, p. 318.

migo: el rey de la nieve se derretirá muy pronto cuando se acerque al sol imperial.» Rechazó las proposiciones de la asamblea de Leipzig, y mandó á Tilly que marchase contra los dos electores

Estos persistieron en conservar su neutralidad, se negaron á entregar sus plazas á los suecos, y mientras que les hacian perder en negociaciones un tiempo precioso, Tilly marchó contra Magdeburgo, la tomó por asalto, y la entregó á la mas completa destruccion (20 de mayo). De sus cuarenta mil habitantes apenas quedaron vivos mil, y de cuatro mil edificios solo un centenar dejaron de convertirse en escombros.

Toda la Alemania se llenó de pánico terror, pero impelida la liga católica por los adelantos de los suecos, se entregó con todas sus fuerzas en defensa de la causa del emperador.

Tilly se apoderó de las plazas de Sajonia.

Airado Gustavo con el desastre de Magdeburgo, dejó pendientes sus negociaciones con el elector de Brandeburgo, le obligó á entregarle sus fortalezas y á proporcionarle subsidios, se arrojó despues hácia el Elba, y se reunió con el elector de Sajonia que no queria mas que vengarse de los imperiales. Ambos ejércitos, el sueco y el sajón, que ascendian á treinta mil hombres, se dirigieron á Leipzig de la que acababa de apoderarse Tilly y le presentaron la batalla en las llanuras de Brestenfeld. Tilly fué completamente derrotado, perdió seis mil hombres y se dispersó el resto de su ejército (7 de setiembre de 1631).

Esta victoria causó mucha sensacion; la Alemania miró entonces á Gustavo como á su libertador, los protestantes ensalzaron su gloria, y se declararon en su favor muchos estados. El vencedor encargó á los sajones que conquistaran la Bohemia, y para atraerse á todos los protestantes y disolver la liga católica, se dirigió por Turinge á la Franconia y al Palatinado, paises maltratados por el Austria, donde debia hallar partidarios y soldados, y por los cuales se aproximaba á Francia en el caso de un desastre. Rindiéronse á los suecos Erfurth, Schwinfurth, Wurtzburgo, Bamberg y Francfort; hicieron alianza con ellos el duque Bernardo de Sajonia-Weimar y el landgrave de Hesse, y el ejército español se dispersó por el bajo Palatinado (diciembre). Gustavo expulsó de sus estados al elector de Maguncia,

obligó al elector de Treveris á declararse neutral bajo la proteccion de Francia, penetró en Alsacia, y se hizo dueño de todo el Rhin desde Estrasburgo á Coblentza.

Mientras acaecia esto, los sajones entraron en Praga y amenazaron á Viena, recobraron sus estados los duques de Mecklemburgo; Bernardo de Sajonia-Weimar era dueño del Weser, el landgrave de Hesse de la Westfalia; toda la Baja Alemania se habia sublevado; habian desaparecido los ejércitos imperiales; y finalmente la corte de Roma, instigada para que condenase la alianza de los franceses con los herejes, se negó á pesar de las amenazas de los españoles. «No es una guerra de religion,» respondia obstinadamente Urbano VIII.

La liga católica y su jefe Maximiliano enviaron entonces diputados á Luis XIII para implorar su mediacion. El rey y sus ministros habian partido á Metz para observar los acontecimientos de Alemania, recibieron favorablemente la embajada, pero Gustavo se negó á desprenderse de sus conquistas, y Maximiliano manifestó tanto afan en pro del Austria, que Francia la abandonó á la cólera de sus enemigos. Los suecos invadieron la Baviera con el apoyo de los príncipes de Wurtemberg, de Baden, de Suavia y de Franconia. Aterrado el emperador no creyó segura su salvacion sino llamando á Walstein. Se le humilló pues y le suplicó que libertase el imperio (enero de 1632). Este prometió organizar cuarenta mil hombres, pero con la condicion de que le pertenecería este ejército, que se pondrian á su disposicion todos los recursos de la casa de Austria, que no se haria la paz sin su consentimiento, que se le aseguraria la posesion de un ducado soberano, etc. El emperador se sometió á todo, y Walstein llamó á sus soldados que acudieron en tropel en torno suyo.

Pero Gustavo habia marchado entretanto por el Necker á Nuremberg, y desde allí hácia el Danubio que pasó por Donawerth. Tilly, que habia ido á Bamberg para socorrer á un mismo tiempo á Baviera y á Bohemia, se precipitó rápidamente á la parte opuesta del Lech cuyo paso intentó defender, pero fué vencido y muerto (5 de abril).

Gustavo entonces entra en Augsburgo y en seguida en Munique, y Maximiliano huye á Franconia con los restos de su

ejército (7 de mayo). La vanguardia sueca se dirige hácia el Tirol y amenaza á Italia. Nadie sabia á dónde iria á parar el conquistador; éste miraba como propiedad suya los estados arrebatados á los católicos, anunciaba el proyecto de formar con los países alemanes del norte y de occidente unidos á la Suiza y los Países Bajos una confederacion germánica que intentaba poner bajo su proteccion. Sus soldados, tan sobrios y disciplinados al principio, se entregaban ya á las mismas devastaciones que los del emperador. La Alemania empezaba á temer á su libertador, y la Francia á envidiarlo.

Walstein empero salió á campaña, recobró á Praga, arrojó á los sajones de Bohemia (5 de mayo), y acudiendo al llamamiento del duque de Baviera que le suplicaba que salvase sus estados, juntó sus tropas con las suyas, y contuvo la marcha triunfal de los suecos.

Gustavo habia vuelto de Baviera á Franconia para proteger á los países del norte que Walstein amagaba, se detuvo en Nuremberg, ciudad considerada como la capital del luteranismo, y se fortificó en un campamento donde muy pronto se vió al frente de setenta mil hombres (agosto). Walstein con sesenta mil le bloqueó, y quiso rendirlo por hambre.

Los dos ejércitos se observaron por espacio de dos meses sin trabar la batalla, y se separaron por fin despues de ser diezmos por las enfermedades. Gustavo intentó volver á seguir su marcha hácia Baviera y Austria, pero Walstein entró de pronto en Sajonia. Los suecos acudieron al grito de dolor que lanzó el elector, se reunieron con los sajones, y persiguieron á los imperiales que se detuvieron en Lutzen.

Se traba la batalla (6 de noviembre de 1632). Gustavo cae muerto á las primeras cargas. Toma el mando del ejército Bernardo de Sajonia Weimar, alcanza la victoria, y obliga á Walstein á retirarse á Bohemia.

§. X.—*Ascendiente de Richelieu sobre Luis XIII.—Jornada de los burlados.—La reina madre huye á Bruselas.*—Mientras Richelieu dirigia en Alemania la espada del gran Gustavo, se preparaba á combatir con las intrigas de los cortesanos, los proyectos de rebelion de los señores, y especialmente con el carácter de Luis XIII. «Seis piés de tierra, decia, haciendo alusion á la cá-

mara del rey, me dan mas trabajo que todo el resto de Europa.» Efectivamente, los esfuerzos que este genio tan inmenso y vigoroso ha desplegado para conservar su poder contra todos y contra el rey mismo, son infinitamente superiores á lo que hizo para el engrandecimiento del reino, y era preciso que tuviera un genio del temple de Carlomagno ó Napoleon para llevar á cabo el arreglo y equilibrio de Europa, en medio de intrigas y enredos inagotables, con una salud mezquina que le obligaba á permanecer en cama la mitad del año, rodeado de enemigos de toda especie, no teniendo seguridad en nadie, y pudiendo ser derrocado de un soplo á cada instante por el capricho de un rey fantástico, triste y zeloso que le aborrecia. Tenia necesidad de estar continuamente en guardia contra este espíritu enfermo y voluble, acariciando unas veces y otras reprendiéndole, no haciendo nada sin explicarle los motivos en detalladísimas memorias que el sombrero Luis á solas leía y meditaba, y recordándole en sus dilatadas é íntimas conversaciones sus deberes como rey, los yerros que cometia, y la conducta que debía observar.

Por este motivo al partir Richelieu para libertar á Casal, le manifestó en una prolija conferencia «lo que tenia que reformar en su estado, y lo que se deseaba de su persona. Que en cuanto al exterior, era preciso abrigar el perpetuo designio de poner coto al progreso del poder español, y que así como esta nacion no tenia otro objeto que acrecentar su dominacion y extender sus límites, la Francia solo debía pensar en aumentar su fuerza interior, y construirse y abrir puertas para entrar en todos los estados vecinos para libertarlos de la opresion de España; que para conseguir este objeto, lo primero que habia de hacerse era adquirir poderío marítimo, que es el que franquea las puertas de todos los estados del mundo, en seguida fortificar á Metz y llegar hasta Estrasburgo para adquirir una de las llaves de Alemania, conservar cuidadosamente la alianza de los suizos, no olvidarse del marquesado de Saluces, para poder entrar en Italia, etc.»

Despues, haciendo referencia á la persona del rey, añadió: «Vuestra majestad es de un carácter extremadamente pronto, zeloso, susceptible á las primeras impresiones, y tan receloso y sujeto á las sospechas, que cree hallar una traicion en que dos

personas hablen juntas y aparte..... Malicioso, y no sin motivo, siguiendo el impulso natural, V. M. se dedica al gobierno, no voluntariamente, sino forzado; se fastidia tan pronto de un negocio de importancia, que por escaso que sea el fruto que logre, no puede impedir que se canse antes de llegar á conseguir todo el triunfo; y se enoja contra los que en ello le sirven como si fueran ellos y no la necesidad de sus negocios los que le inducen á emprenderlos. Es pues necesario que cuando suceda alguna cosa que interese á V. M., manifieste su soberano resentimiento, que hable con frecuencia de sus negocios, y convenza á los pueblos de que toma con empeño todos los que son de importancia para el estado. Si V. M. olvida esta resolución y vuelve á caer en sus erradas costumbres, deberá perdonarme el que le advierta lo que debo hacer, etc.» El cardenal terminó recordándole otra vez sus servicios, su desinterés, el estado precario de su salud, y pidiéndole que le permitiera retirarse del gobierno. Luis oía los cumplimientos, los consejos y advertencias siempre con la misma paciencia y frialdad, decía que obraría conforme á lo que fuera mejor al trono, pero se negaba á dar oídos á su pretension de retirarse. (1).

La reina madre habia sostenido al principio á Richelieu luchando con los caprichos y el mal humor del rey, pero muy pronto le alarmó el poderío creciente de su hechura. Ella creia haber hallado en él un ministro esclavo de su voluntad, que toleraría su política angosta y apasionada, le consideraba siempre como al pobre prelado á quien habia encargado la administracion de su casa, especie de criado que no debia tener mas pensamiento que los de su señora, é instrumento dócil por medio del cual dominaría á su hijo. Pero Richelieu se cansó luego del reconocimiento que le imponia, de los obstáculos que ponía ella á sus planes, de sus envidias desenfrenadas y su afeccion para con España.

Estalló la discordia sin rebozo cuando empezó la cuestion de Mantua. María, enteramente opuesta á la idea de la guerra, concibió contra el ministro el odio mas violento y resolvió perderlo. Impelida por su afan de venganza y de acuerdo con la reina Ana,

(1) Memorias de Richelieu, t. IV, p. 217-233.

Gaston, el duque de Guisa y los dos Marillac, intentó hacer fracasar la expedición poniendo trabas á la remision de municiones y soldados. Luis habia caido enfermo de peligro durante la expedición de Saboya: volvió á Lion, y todos creian que era inevitable su muerte (22 de setiembre de 1630). Richelieu se hallaba en la mas terrible situacion; su poder, sus proyectos y hasta su vida dependian de la salud de este rey moribundo á quien María atormentaba para arrancarle la promesa de la caída del cardenal. Asediado el infeliz Luis por las súplicas de su madre y de su esposa, accedió á todo, pero emplazando su determinacion para cuando terminase la guerra. Cuando llegó este plazo y volvió el rey á París, estalló la tormenta, y viendo María, Ana y Gaston que Luis no queria desprenderse de su ministro, se enojaron contra él hasta el extremo. A pesar de las súplicas de su hijo apenas restablecido de su enfermedad, la reina madre quitó al cardenal la administracion de su casa (9 de noviembre), despidió á todas las personas que él habia introducido por razon de su empleo, y le llenó de injurias. En vano Luis se arrojó á sus plantas. «Hijo mio, le dijo, veo que preferís un miserable criado á vuestra madre.» El rey salió de la habitacion de María sin responder una palabra. Todo el mundo creia que era irrevocable la caída del ministro; la reina madre vencía en su empresa, se veía ya muy cercana á ejercer una segunda regencia, y los cortesanos le dieron la enhorabuena y se agruparon en torno suyo.

Luis se retiró á su casa de caza de Versalles devorado por el pesar, la incertidumbre y la calentura. «La obstinacion de mi madre, decia, va á acarrearne la muerte: quiere que arroje de mi lado á un ministro hábil para confiar mi reino á ignorantes que prefieren su interés al del estado.» Además ¿cómo era posible despedir al cardenal en el momento en que veía desarrollarse sus planes con tan feliz éxito, en el momento en que los intereses políticos de Europa se complicaban y exigian una inteligencia en el gobierno de que se consideraba incapaz? Añádase tambien que á pesar de su espíritu lento, su indolencia y la desconfianza de sí mismo, habia convertido en ideas propias las del ministro, y los actos de éste largo tiempo meditados de antemano, sus actos absolutos é irrevocables; y estaba convencido mas bien que dominado por la exactitud y grandeza de sus miras. ¿La po-

lítica del cardenal no se dirijia enteramente á hacer la gloria del rey y del reino? ¿No tenian su apoyo en el extranjero todas las conspiraciones que contra él se habian tramado? De estas reflexiones nacia la idea que nada pudo borrar jamás del ánimo de Luis XIII, y que su ministro tuvo buen cuidado de no hacer desaparecer, es decir, «que Richelieu no tenia ningun enemigo como á particular, y que á nadie habia ofendido sino por el servicio del estado (1),» que era el apoyo y autor de la unidad monárquica, y finalmente, como le decia él mismo, «el dragon que está velando continuamente por su soberano.»

El cardenal, viéndose perdido, se preparaba á partir á una de sus posesiones, cuando, por consejo de un cortesano, por decision espontánea ó por órden secreta del rey, se dirijió á Versalles (11 de noviembre de 1630). Tuvieron allí ambos una entrevista que aseguró para siempre la union del monarca con su ministro, y en la cual hicieron un tratado para libertar al gobierno de las intrigantes oposiciones que lo entorpecian. «Yo os defenderé de todos los que han jurado perderos,» le dijo Luis, y desconfiando de su propia debilidad, se dejó imponer las condiciones siguientes: «que no daria crédito á lo que se dijera en perjuicio y desmérito del cardenal por los que en esta ocasion se habian declarado enemigos suyos, que no admitiria ningun consejo ni parecer sin que no le diera parte para averiguar la verdad, y que alejaria de la corte a todos los que podian atentar á su vida ó diesen motivo para pensar que abrigaban semejante deseo. Es preciso advertir, le dijo Richelieu, que las conspiraciones é intrigas nunca tienen pruebas palpables y matemáticas, porque solamente se conocen por los acontecimientos. Se necesita pues adivinarlas por las conjeturas vehementes y reprimirlas con remedios prontos y activos (2).»

Despues de esta entrevista, salieron uno tras otro diferentes decretos; el canceller Marillac fué conducido á un calabozo, se prendió al mariscal Marillac en medio de su ejército de Italia, la reina madre fué desterrada á Val de Grace, y se cambió toda su servidumbre.

(1) Richelieu, t. V, p. 341.—(2) Memoria presentada al rey por el cardenal de Richelieu despues que la reina le despidió de su casa, sobre los medios de evitar las intrigas de su corte.

Los cortesanos llamaron á esta jornada la de los *Engañados* (1).

María encubrió mal su violenta furia. «Antes me pondria en manos del demonio, dijo ella, que pensar en vergarme de este hombre.» Pero continuó su sistema de violencia y enojo, sus correspondencias con España, perdiendo cada dia del cariño de su hijo, que perdió al mismo tiempo el cariño de su madre, y haciéndose aborrecer cada vez mas del cardenal, que la dejaba caer de un yerro en otro mayor.

El príncipe Gaston, á quien su madre y su cuñada impelian á la venganza, se presentó en casa del ministro con una escolta de nobles armados, y despues de haberle insultado y levantado la mano, le dijo: «Hombre bajo y miserable, mereces ser castigado como un vil criado!» Detúvose empero el insensato jóven; el cardenal, que veía ya sobre su pecho los puñales de los señores, se deshizo en humillaciones y excusas, y Gaston partió diciendo que se retiraba á sus dominios (18 de enero de 1631).

Cuando llegó á oídos del rey la noticia de este escándalo, corrió rebosando enojo á casa del ministro. «Yo os defenderé, le dijo, de todos y contra todos aun á costa de mi sangre.» Y se convocó un consejo para deliberar la conducta que debia observarse con la reina madre. Jamás habia sido Richelieu tan elocuente y persuasivo que aquel dia al demostrar solemnemente al monarca que no podia existir ningun gobierno con un partido faccioso continuo, en torno del cual hallaban abrigo y apoyo los descontentos y extranjeros. «Tenemos que hacer mas, dijo, que combatir intrigas de mujeres y jóvenes; es preciso acabar de una vez.»

Aconsejó y logró que se aceptara un rompimiento completo entre el rey y su madre. Luis partió á Compiègne con la corte, estuvo allí dos dias, y regresó en secreto, dejando á su madre presa bajo la custodia del baron de Estrés (23 de abril). «El reposo y el bien de mi reinó, le escribió el rey, me ordenan que me separe de vos; y le indicó que podia retirarse á Moulins. «Antes me arrastrarán desnuda,» respondió ella desesperada y furiosa.

Se le ofreció el gobierno de una provincia con pensiones y castillos; pero ella, que solo aspiraba al poder, intrigó, amenazó y suplicó sin alcanzar ningun resultado. Entabló entonces corres-

(1) Auheri, historia de Richelieu, t. IV.—Vittorio Siri, Memorie recemidite, t. VII.

pondencia con la corte de España, la aconsejaron que huyera de Francia, y determinó llegar á una ciudad fronteriza, desde donde pudiera imponer al rey sus condiciones. Sus guardias habian dejado de vigilarla, segun dicen, por órden de Richelieu, que permitia que la desgraciada reina se precipitase en el abismo de su perdición. María se fugó el dia 18 de julio y llegó á las puertas de la Capelle, y el gobierno se negó á darle entrada. Viéndose entonces obligada á parar en la frontera, se dirigió á Avesne, y desde allí se retiró á Bruselas.

María no debía volver á entrar jamás en Francia.

Gaston, desde su retiro de Orleans (13 de marzo), habia hecho preparativos de guerra; pero marchó el rey contra él, le estrechó en Borgoña, y le obligó á refugiarse en Lorena, donde se casó en secreto con la hermana del duque Carlos IV (2 de enero de 1632) (1).

El ejército real invadió este país y precisó al duque á firmar el tratado de Vic (6 de enero), por el cual entregó cuatro de sus fortalezas é hizo salir á Gaston de sus estados. Este se retiró á Bruselas (21 de enero).

§. IX.—*Continúan las intrigas de los grandes.—Proceso de Mavillac.—Rebelion del Languedoc.—Muerte de Montmorency.*—La retirada de la madre y el hermano del rey á los Países Bajos justificaba plenamente á Richelieu, que les habia acusado de mantener relaciones con el extranjero.

«La accion que acabais de cometer, escribia Luis á su madre, me descubre claramente cuáles han sido hasta ahora vuestras intenciones, y lo que debo esperar de vos en adelante.» María habia observado una conducta insensata; pero el extremo en que se veia reducida por aquel á quien ella habia elevado al poder, excitó en su favor la compasion de la mayor parte del reino, que se llenó de indignacion contra su perseguidor. Todos aborrecian al ministro; le acusaban de tiranía, de usurpacion de la autoridad real, y de miras ambiciosas sobre la corona; decian que todos sus proyectos políticos, por medio de los cuales tenia en efervescencia á la Europa, no eran mas que una astucia para hacerse

(1) Su primera mujer murió al dar á luz una hija que fué M^{lle}. de Montpensier.

perpetuamente necesario al rey; y le echaban en cara á una voz los desórdenes y excesos de su vida privada (1).

El parlamento se negó á registrar un decreto del consejo que declaraba reos de lesa majestad á los de Elbeuf, de Bellegarde y otros cómplices de Gaston (31 de marzo); pero el rey hizo trizas con sus manos la hoja del registro donde estaba escrita la deliberacion, y condenó al destierro á muchos consejeros. Se creó un tribunal de justicia para instruir los procesos de los partidarios de la reina y del duque de Orleans (14 de junio); se pronunciaron numerosas sentencias de destierro, confiscacion y destitucion; el mariscal de Bassompierre fué encerrado en la Bastilla; partieron al destierro la princesa de Conti, las duquesas de Elbeuf, de Lesdiguières y de Ornano; el duque de Guisa se vió en peligro de ser procesado y en la necesidad de huir á Italia; y fueron condenados á muerte por contumacia el duque de Roannes, el antiguo ministro la Vieuville, la condesa de Fargis, confidenta de la reina, y algunos otros refugiados. El parlamento quiso oponerse á estos fallos arbitrarios, pero no tuvo mas recurso que guardar silencio y aun pedir perdon. Todas las oposiciones y resistencias quedaban reducidas á la nulidad, los escritores asalariados del ministro predicaban y ensalzaban los beneficios de la autóridad absoluta, y el rey se mostraba tan duro, severo é inflexible como el cardenal.

El gobierno intimó al mariscal Marillac á que se presentára ante una comision que permanecia en Ruel en la casa misma de Richelieu. No le acusaron por sus maquinaciones criminales para hacer frustrar la expedicion de Italia, pero sí de dilapidacion, fraude y mala administracion, de saqueos para pagar á los soldados, acusaciones cuyo único objeto era humillar á la nobleza, y manifestarle que en Francia solo existia un poder y una ley igual para todos. «En mi proceso, decia el mariscal asombrado, no se trata mas que de paja, leña, piedras y cal; y en todo él no veo suficiente motivo para azotar á un lacayo. ¡ Acusar de fraude y dilapidacion á un hombre de mi cuna ! » Efectivamente, todas estas exacciones arbitrarias, que serian reputadas como crí-

(1) Sus galanterias no correspondian absolutamente á la grandeza de sus ideas ni á la fama de su vida; Marion de Lorme, que fué uno de los objetos de su amor, era poco menos que una prostituta.

menes en nuestros actuales usos, eran entonces cosas muy comunes, convertidas en costumbres y casi legitimadas por la irregularidad del sistema administrativo. El desgraciado Marillac, que era tan culpable como todos los señores de su época, tuvo que humillarse y pedir perdon, pero fué condenado á muerte y ejecutado (1) (9 de mayo de 1632). Su hermano, el guardase-
llos, murió poco tiempo despues en el destierro.

Estos suplicios asombraron, pero no acorbardaron á todos aquellos jóvenes señores que en tiempo de Concini y de Luynes habian hecho tanto ruido con tan poco peligro de su vida, que conspiraban riendo, haciendo el amor, y adornándose de diamantes y rubíes. Continuaron sus intrigas contra este ministro que tan seriamente castigaba sus locuras, y los refugiados de Bruselas enviaron contra él repetidas veces traidores asesinos.

Se resolvió por fin que Gaston reuniria tropas en Lorena con el dinero de España, y se lanzaria en Francia para sublevar las provincias del mediodía, en especial el Languedoc, donde la guerra de los hugonotes habia dejado tantos vestigios y causas de disturbios. Debía juntársele allí el mariscal Montmorency, gobernador de esta provincia, señor de bravura y de grandeza de alma, muy querido de sus habitantes, y que se creia destinado á ser el vengador de la familia real y de la nobleza. «Era el primero de los grandes del reino, dice Richelieu, pero animado por las ideas que han reinado por espacio de un siglo entre los nobles, los cuales convertian la adhesion que sus antecesores habian profesado á sus reyes y al estado en provecho de su engrandecimiento y de sus intereses.»

La conspiracion se extendió por toda la Francia, estaban dispuestos á apoyarla un ejército lorenés y dos cuerpos españoles reunidos en Treveris y en Spire, pero Oxenstiern, canceller de Suecia, que custodiaba en favor de Gustavo las ciudades del Rhin, dispersó uno de estos cuerpos, y el otro se retiró á Bélgica al aproximarse los holandeses que habian invadido el Limburgo y tomado á Maestricht. Las tropas lorenesas huyeron y se desbandaron al llegar el rey, que invadió los estados de Car-

(1) No hubiera creído, dice Richelieu, que el negocio llegase hasta este punto. Parece que los jueces tienen un conocimiento que no tenían los demás.» (Memor. de Pontio).

los IV con veinte y cinco mil hombres; y obligado Gaston por su cuñado á partir, no tuvo mas recurso que entrar en Francia con dos mil aventureros, antes que fueran vencidos los aliados que tenia en el interior. Cruzó pues la Borgoña y la Auvernia, saqueando cuanto hallaba al paso y no hallando partidarios en ninguna parte, llegó al Languedoc (junio de 1632). El rey destacó en su persecucion al mariscal Schomberg, mientras él continuaba la conquista de Lorena.

Animado el Languedoc por sus antiguos recuerdos de independencia, temiendo perder los restos de sus privilegios que atacaba Richelieu, y descontento de la administracion de hacienda á que se veia sujeto, hacia un siglo que se habia adherido á los Montmorency que vivian en él como verdaderos soberanos, tan respetados y obedecidos como los antiguos condes de Tolosa. «La autoridad real, dice Richelieu, era poco conocida en este país, los soldados é impuestos se reunian por orden de los estados, y el nombre de gobernador de la provincia tenia casi mas influencia y era de mas peso que el de S. M. (1).»

El mariscal se quedó aterrado con la llegada de Gaston porque se hallaba desprevenido, pero los estados de Languedoc le declararon que unian sus intereses á los de su gobernador y que le darian toda clase de auxilio. Impulsado entonces por su espíritu caballeresco, salió á campaña (22 de julio de 1632) para juntarse con el príncipe. El parlamento de Tolosa se pronunció en favor de la causa real, anuló la deliberacion de los estados «como causas de rebeliones y disturbios,» y prohibió obedecer á Montmorency.

La provincia se dividió entre ambos partidos. Richelieu estaba decidido á emplear los medios mas severos, porque hallaba reunido en el Languedoc todo lo que aborrecia: independencia provincial, rebelion de señores é intrigas de un príncipe. Declaró rebeldes á todos los pueblos que no le abrieran las puertas, decidió la disolucion de los estados, y despojó de sus bienes y dignidades á Montmorency. Los protestantes no hicieron el menor movimiento, las grandes ciudades permanecieron sumisas, todos los que fueron hallados con las armas en la mano mu-

(1) Richelieu, t. IV, p. 475.

rieron en el cadalso, y la rebelion estaba comprimida, por decirlo así, antes que hubiera tenido tiempo de declararse. Gaston y Montmorency se vieron perdidos, pero no obstante se presentaron con un puñado de hombres delante de Schömberg á quien encontraron cerca de Castelnaudary (1.º de setiembre). El mariscal se arrojó á la desesperada sobre el ejército real y cayó acribillado de heridas bajo su caballo. Le hicieron entonces prisionero. El príncipe, en vez de ayudarle, lanzó al suelo sus armas y mandó tocar retirada. Se refugió en Bezieres y se dió prisa á presentar su sumision.

No se olvidaba de la terrible máxima del cardenal: «creer que por ser hijo ó hermano del rey se puede revolucionar el reino impunemente, es un error; los príncipes de la familia real están tan sujetos á las leyes como los demás, en especial cuando se trata de un crimen de lesa majestad (1).»

Gaston aceptó humildemente todas las condiciones que Richelieu le presentó, abandonó á sus amigos, á la reina madre y al duque de Lorena, y se marchó á Tours.

El rey atacó entretanto á Nancy y obligó á Carlos IV á que firmara el tratado de Liverdun, por el cual le cedia á Clermont, Jametz y Stenay (26 de junio; despues se dirigió al Languedoc, precedido por el terror y los suplicios, y llegó á Tolosa, donde mandó instruir el proceso de Montmorency ante el parlamento de la provincia y bajo la presidencia del canceller Chateauneuf (25 de octubre). ¿No era este un nuevo medio de humillar á la nobleza arrastrándola hasta el banco de los criminales en el mismo país donde había reinado, y un nuevo medio de asegurar la sumision de las provincias, al demostrarles cuan pequeños eran ante el trono aquellos soberanos en cuya presencia estaban acostumbrados á temblar? Montmorency confesó su falta con candor y mostró el arrepentimiento mas interesante. El país que él había gobernado, sus compañeros de armas, la princesa de Condé, su hermana, el cobarde Gaston, que pretendia que le habian prometido la vida de su cómplice, todos pedian su perdón; pero el crimen era patente y fué condenado á muerte (30 de octubre). Luis y su ministro estuvieron inflexibles al derra-

(1) Richelieu t. VII, p. 177.

mar una sangre tan ilustre. «Es una cosa injusta, decía Richelieu, querer dar ejemplo con el castigo de los pequeños que son árboles que no hacen sombra, y del mismo modo que es menester tratar con predileccion á los grandes que obran bien, es tambien preciso mantenerlos en la mas severa disciplina (1).

La implacable justicia del cardenal no se detuvo con la muerte del último vástago de la rama primogénita de los Montmorency, y halló instrumentos dóciles en los parlamentos de Tolon y de Dijon. Todos los cómplices de Gaston fueron decapitados, desterrados ó hundidos en los calabozos, muchos nobles desterrados á las galeras, los duques de Elbeuf y de la Vieuville degradados de la orden del Espíritu Santo, y cinco obispos de Languedoc citados ante una comision nombrada por el papa y los desposeidos. Los estados de esta provincia se disolvieron con la fuerza, sus miembros fueron perseguidos y presos, y las ciudades que habian tomado parte en la rebelion perdieron sus privilegios, murallas y castillos.

§. XII. — *Nuevas intrigas contra Richelieu. — Conquista de Lorena. — El duque de Orleans vuelve á entrar en Francia.* — Tan terribles ejemplos eran suficientes para intimidar á la nobleza y calmar su ardoroso afan de disturbios y de independenciam; pero no bastaron. Necesitaba para desprenderse de sus hábitos turbulentos ser combatida por repetidas derrotas, suplicios y persecuciones, y Richelieu estaba lo mismo que Luis XI, condenado á luchar toda su vida contra el feudalismo, sin verlo completamente rendido. A imitacion de aquel rey, el cardenal tomó en este combáte continuo un aspecto cruel, pérfido é inexorable, envolvió como aquél al reino en una vasta red de espionaje y de inquisicion que le hacia dueño de todos los secretos del hogar doméstico desde la choza del miserable mendigo hasta el palacio del rey; y finalmente se deshizo tambien, sin mirar los medios, de todos los que sospechaba podian serle contrarios. Para él lo principal era el fin, y no tenia compasion de los sufrimientos individuales, ni era escrupuloso en los medios. Si hemos de creer á Gabriel Naudé, su grande máxima de gobiernó era esta de que tanto han abusado los tiranos: «El bien del es-

(1) Richelieu, t. II, p. 340.

tado es la suprema ley.» Luego que entró en el poder, él mismo se retrató delante de Vieuville con estas terribles palabras: «No me atrevo á acometer ninguna empresa sin haberla reflexionado antes, pero una vez tomada una resolucion, voy recto á mi objeto, destrozo y siego cuanto hallan mis pasos, y despues lo cubro todo con mi sotana encarnada.»

La Francia obedecia en silencio sujeta al dominio de este ministro, no quedaba impune una queja ni una acusacion, y hasta los hombres del bajo pueblo perecian si intentaban *hacer sombra*. Se decia, aunque en voz muy baja, que Richelieu tenia en su casa de Ruel calabozos donde hacia morir secretamente á las gentes del pueblo que criticaban sus actos; se contaban las inicuas sentencias de los magistrados Laffemas y Laubardemont, á quienes daba el apodo de verdugos del cardenal, porque nadie alcanzaba perdon en su tribunal, y se citaba el trágico ejemplo de Urbano Grandier, cura de Loudun, que fué condenado á la hoguera como hechicero, y cuyo crimen se reducía á haber hablado mal del cardenal.

Gaston logró fugarse en tanto á Bruselas (6 de noviembre de 1632), desde donde amenazó con vengarse de la muerte de Montmorency, y los revolucionarios de quienes era él un instrumento, sabian el apuro que causaba á Richelieu la permanencia del heredero de la corona en el extranjero, no teniendo el rey ningun hijo. Abrumado el cardenal por las enfermedades prematuras, pesaroso por tantos obstaculos siempre nuevos, cayó peligrosamente enfermo. Todos creian que habia llegado su última hora, y sus enemigos triunfantes llegaron á conspirar en su misma habitacion. Pero este hombre tan débil, cuya muerte se esperaba de un momento á otro, solo tenia enfermo el cuerpo; su espíritu habia conservado toda su enérgica actividad, veia todo lo que pasaba en torno suyo, y cuando recobró la salud se alzó mas cruel y déspota que antes. Hundió en prision perpetua al canceller Chateaufeuf que reemplazó con Seguier, hizo condenar á muerte al caballero de Jars, que alcanzó el perdon hallándose ya en el cadalso, desterró á la duquesa de Chevreuse y á una multitud de personas mas, y tomó en fin las medidas mas rigurosas para contener la rebelion del duque de Orleans.

El duque de Lorena habia renovado sus intrigas con Gaston

y con España, y hasta llegó á proyectar una invasion en Francia reunido con los imperiales. Un decreto del parlamento lo declaró rebelde (30 de julio de 1632), mandando que se confiscara el Barrois y se ocupase la Lorena. El rey entró en este país con un ejército, rindió todas las plazas y sitió á Nancy. El duque fué preso por traicion (24 de setiembre), y se le obligó á rendir y ceder su capital; pero pudiendo huir, partió á refugiarse al ejército imperial, dejando su ducado en poder de los franceses. Su hermana, esposa del duque de Orleans, cuyo casamiento acababa de anular el parlamento, huyó á Bruselas.

Gaston resolvió vengar á su mujer y á su cuñado (1633); hizo con España un tratado completo de alianza y de subsidios, en el cual se comprometia á ceder al rey católico muchas plazas francesas. La reina madre, que vivia tan solo con el dinero de España, accedió á este pacto de alta traicion. Richelieu concibió bastante inquietud; era indispensable que Francia interviniese cuanto antes en la guerra de los treinta años, y no podia dejarse al heredero de la corona en poder de los enemigos á quienes iba á hacerse la guerra. Prometió á Gaston un nuevo infantazgo, pensiones y dignidades para sus amigos y olvido completo de lo pasado. Llegó á seducir á Puy Laurens, confidente de *Monsieur*, dándole un título de duque y par (1) y la mano de una de sus parientas, con la condicion de que separase al príncipe de su rebelion.

El débil Gaston estaba ya cansado de permanecer en el extranjero, abandonó á su mujer y á su madre (21 de octubre de 1634), se presentó al rey que lo agasajó y acarició en extremo, y después de jurar «que amaría al *señor* cardenal tanto como le habia odiado,» se retiró á vivir como un particular en Blois. María de Médicis hubiera podido volver también á Francia para permanecer allí sin tomar parte en los negocios públicos, pero con la condicion de que habia de entregar á los tribunales á los servidores suyos que habian atentado contra la vida del cardenal.

(1) Se le ofreció la dignidad de duque y par como garantía contra la venganza del cardenal. «Que me importa el ducado, dijo, si su excelencia corta mejor la cabeza á un par que á un villano?» (Memorias sobre los sucesos de Francia, t. II.) Puy Laurens fué bien pronto encerrado en la Bastilla como culpable de nuevas intrigas y murió en la prision.

Ella se negó obstinadamente, y fué á buscar un asilo en Londres al lado de su hija Enriqueta.

Tranquilo Richelieu en cuanto al interior con el regreso del duque de Orleans, la separacion de la reina madre y el terror que habia inspirado á los grandes, podia ya dedicarse con asiduidad en la guerra de los treinta años.

CAPÍTULO V.

Periodo francés de la guerra de los treinta años.—Muerte de Richelieu y de Luis XIII.—(1635—1643.)

§. I.—*Renacimiento de la filosofía, de las ciencias y las letras.—Descartes.—Creacion de la Academia francesa —Richelieu protector de las letras y las artes.*—No ha existido una época tan particular como la primera mitad del siglo décimoséptimo; como paso del feudalismo espirante á la monarquía absoluta, tiene el carácter de sufrimientos sin objeto y de miserias sin resultado aparente de todas las épocas de transicion; pero en esta mezcla de costumbres antiguas y aspiraciones nuevas, de grandes caracteres y de cosas mezquinas, de personas ridículas y de acontecimientos trágicos; en medio del drama sangriento que se representa en Alemania y del que se prepara en Inglaterra, y mientras en Francia el destructor infatigable de los restos del mundo pasado destruye con cólera los intrigantes, mujeres y espadachines que entorpecen su camino con mezquindades y conspiraciones, se desarrolla el mundo moderno, las naciones se distinguen con sus nuevos intereses y su nueva existencia, la guerra adquiere diferentes formas, la política nuevas sendas, aparecen los grandes capitanes y los grandes hombres de estado, y se renuevan por fin completamente la filosofía, las ciencias y las bellas artes.

Dominaba aun en la ciencia la fe ciega y absoluta, desposeida del dominio de la religion y de la política; un texto era una demostracion, y se creian sobre su palabra los libros, los maestros y Aristóteles. El siglo décimosexto, aunque tan atrevido reformador, no habia pensado en aplicar á las ciencias las ideas

luteranas; poseída de admiración hácia los tesoros de la antigüedad, había devorado los libros antiguos sin crítica ni razonamiento, y se había contentado con aglomerar instrucción, hacer uso de su memoria y ser erudito.

Tres grandes hombres hicieron á un mismo tiempo en Alemania, Italia é Inglaterra una aplicación positiva y científica del principio que proclamó Lutero al pedir el derecho de combatir la autoridad; «y es tan cierto que las grandes esplosiones del espíritu humano son consecuencia inevitable del influjo de los acontecimientos y del progreso natural de las ideas generales, que todos los hombres de genio que unen su nombre á las revoluciones memorables son arrastrados por su mismo siglo.» Estos tres hombres fueron Keplero, Galileo y Bacon.

Keplero nació en 1571 y murió en 1630; imprimió una nueva marcha á la astronomía, que hasta entonces solo había aspirado á calcular los movimientos aparentes de los astros, sin tratar de explicarlos; y el método por medio del cual descubrió las leyes del movimiento de los planetas consistió en examinar y demostrarlo todo, y asignar las causas físicas á los fenómenos celestes.

Galileo, nacido en 1564 y muerto en 1642, fué el primero que aplicó el conocimiento de las matemáticas á la experiencia y la filosofía natural, y consolidó el sistema de Copérnico demostrando la inmovilidad del sol en el centro del espacio, descubrimiento que sublevó contra él todo el partido de las doctrinas antiguas, y por el cual fué entregado á la Inquisición que le obligó á abjurar «la herejía del movimiento de la tierra.»

Bacon, que nació en 1561 y murió en 1626, generalizó las ideas que Keplero y Galileo habían aplicado á las ciencias físicas; verdadero padre de la filosofía experimental, demostró que en las ciencias positivas solo existe un medio para llegar á la verdad, que es observar á la naturaleza en sus fenómenos aparentes y en los que se pueden descubrir por la experiencia; y él fué el que proyectó la refundición del sistema de las ciencias y ensayó un método de *inducción* para guiar el hombre en la investigación de la verdad.

El pueblo donde debía completarse la revolución del libre examen en la ciencia era aquel que se hallaba mas avanzado en la

civilizacion y poseia un idioma que acababa entonces de formarse enteramente. Descartes, nacido en 1596 y muerto en 1650, fué el Lutero de la filosofía, y él resumió y desenvolvió hasta su última consecuencia el gran principio del siglo décimosexto. Empezando por dudar de todo, á excepcion de lo que le hacia dudar, que era su pensamiento, quiso que el hombre buscase en su razon la conciencia de Dios y de sí mismo. «No existe mas autoridad, dijo, que la del pensamiento por única manifestacion, y yo no sé que existo sino porque pienso.» Descartes hizo en la filosofía moderna lo que Sócrates habia hecho en la antigua; no creó un sistema ni una filosofía, sino el *método* de esta filosofía; y su obra, publicada en 1637, solo lleva este título: *Del Método*. Sócrates representa la reflexion libre, Descartes la reflexion elevada á la altura del método; todos los pensadores modernos se han iluminado con sus luces, y vivimos aun regidos por su ley intelectual (1).

En el momento en que nacia la filosofía, su lenguaje llegaba á la mayor perfeccion. Los ensayos de Ronsard para trasladar á la lengua francesa las riquezas de las lenguas antiguas solo habian contribuido á retardar su progreso, y fueron precisos todo el rigorismo y sequedad de Malherbe para podar aquel árbol cargado de frutos ficticios y regularizar su acrecentamiento aun á costa de empobrecerlo. Los esfuerzos de este purista excesivamente severo, y los de Balzac, Voiture y Vaugelas colocaron definitivamente al idioma en la senda donde debia adquirir su carácter especial, su claridad, su precision, su limpieza, gus-

(1) Descartes era un noble de la Turena, que tenia en el mas alto grado los defectos y calidades de los franceses; claro, firme, independiente, simpático, que hacia la guerra á lo galanteador, estudiaba lo mismo la filosofía, y pensaba en su gabinete con la misma intrepidez con que se batia en 1620 bajo los muros de Praga. Era rico, de alta cuna, querido de Richelieu que le ofreció una pensión, y hubiera podido hacer una brillante carrera, pero no tenia ambicion. Prefirió recorrer el mundo, andar errante por Italia, enterrarse en una ciudad de Holanda y dejar por fin sus huesos en Suecia. Filosofaba por filosofar, para entenderse consigo mismo, para darse cuenta de sus ideas, sin abrigar la menor pretension de formar una secta. Hizo grandes descubrimientos en matemáticas y en física, renovó todo el álgebra, inventando el exponente, y halló como jugando la aplicacion del álgebra á la geometría (Véase á Cousin, introduccion á la historia de la filosofía).

to, medida y fuerza; y donde perdía una gran parte de su riqueza nativa, de su naturaleza y atrevimiento para adquirir una majestad laboriosa en exceso, una nobleza de demasiada regularidad y una pompa de expresion muy poco popular. No tardó mucho en aparecer un hombre de genio que legitimó con una obra maestra la revolucion inaugurada por obras medianas: Corneille, el autor del *Cid*. La lengua quedó desde entonces fija y siguió el nuevo destino de la nacion, es decir, la tendencia á ser universal.

Pero imbuida la literatura del siglo diez y siete en la admiracion entusiasta que el siglo anterior rendia á la antigüedad, dejó en olvido ese pasado sublime que empieza al pié del Calvario y se prolonga con Joinville y Froissard hasta Rabelais y Montaigne; consideró las obras maestras de Atenas y de Roma como el único tipo de lo bello, el único manantial donde las letras debían ir á buscar sus inspiraciones, y abandonó las virgenes cristianas y nacionales de la edad media por las antiguas y paganas musas del Citeron.

Richelieu siguió con atencion protectora los progresos de la literatura, considerando la formacion de la lengua como una parte de su obra; y con él elevado objeto de dar á Francia la unidad de idioma, base de la unidad política, instituyó la Academia francesa (1635), destinada á purificar, fijar y conservar la lengua. Era además un medio de tener asalariados por el poder á los literatos en una época en que empezaban á ejercer bastante influencia. El cardenal señalaba pensiones á los escritores y los admitia en su casa con intimidad; estableció la Imprenta real, y fundó el primer periódico que se ha visto en Francia, la *Gaceta* de Renaudot, en la cual se insertaban artículos suyos. En medio de los negocios políticos en que se veia abrumado, sentia un gran placer en tomar parte en las discusiones literarias, era aficionado á la poesia, hacia tambien versos, y preferia los poemas dramáticos á todos los demás géneros literarios (1). Aconsejaba á los autores, les daba asuntos, corregia sus obras, se encargaba

(1) Como distraccion nó como estudio, porque si hemos de creer á Guy-Patin, «leja y practicaba las ideas de Tácito, que es un breviario de estado y gran maestro de secretos de gabinete, de modo que era un hombre terrible (Cartas, t. III, p. 235).»

algunas veces de una parte de la obra, y hacia representar sus producciones en palacio con pompa y magnificencia (1).

El cardenal, como aficionado entusiasta del lujo y de las artes, no solo prestó su protección á la literatura; fué el Mecenas ilustrado de Simon Vouet y de la famosa escuela creada por este maestro, llamó de Roma al Pousino y le colmó de honores, y adornó las mansiones reales con las obras maestras de Lesueur, Champagne y Sarrazin. Reedificó magníficamente la Sorbona, embelleció á París, construyó el palacio Cardenal, magnífica residencia donde vivía como un monarca y el cual decoraba con cuadros, estatuas, libros y antigüedades; fundó el Jardin de Plantas, y reanimó todas las manufacturas de lujo creadas por Enrique IV.

Richelieu se nos presenta como un inspirador de todos aquellos grandes hombres que debían ser el ornato del reinado siguiente, y creemos que el siglo diez y siete debe llevar su nombre mas justamente que el de Luis XIV.

§. II.—*Sucesos de Alemania.*—*Batalla de Nordlingen.*—*Francia declara la guerra.*—Gustavo Adolfo dejó solo una hija llamada Cristina, que quedó bajo la tutela del senado de Suecia. El canciller Oxenstiern, amigo y confidente del gran Gustavo, se encargó de la direccion de los negocios de Alemania con plenos poderes para hacer la guerra y la paz. En una dieta convocada en Heilbron, resolvió éste que formasen una confederacion para continuar la guerra los cuatro círculos del alto Rhin, del bajo Rhin, de Suavia y de Franconia, y firmó con Fenquieres, embajador de Francia, un nuevo tratado de alianza, por el cual concedía al ejército sueco un millon anual. Pero ya se habian manifestado diversos pareceres y serias enemistades entre los suecos y alemanes, pues los primeros se presentaban como soberanos de un país conquistado, y los segundos querian que ante todo no se hiriesen los intereses de la confederacion germánica. Oxenstiern intentó apaciguar estas divisiones devolviendo al hijo del palatino Federico V, que acababa de morir, una parte de los estados de su padre, pero los círculos de Sajonia descubrieron su resentimiento y envidia respecto á la Suecia, en especial el

(1) Richelieu gastaba en su casa, que él mismo administraba, cuatro millones al año, pero esta suma no salía solo del tesoro, sino que provenía de los ricos beneficios eclesiásticos que se habia concedido como cardenal.

elector, que quería que se le encargase la direccion general de los negocios protestantes.

La guerra continuó en tanto en Sajonia, Silesia, Baviera y Suavia, pero sin unidad, sin un plan general y adquiriendo cada dia un carácter menos religioso. La Alemania en medio de sus turbulencias presentaba un vasto campo á todas las ambiciones, y los generales de ambos partidos solo aspiraban á crearse soberanías. Bernardo de Sajonia-Weimar se abrogó el país de Wurtzburgo y de Bamberg con el título de ducado de Francónia; Walstein, que, segun dicen, pretendia ser rey de Bohemia, murió asesinado por orden del emperador (15 de febrero de 1634). Las discordias de los suecos y alemanes no les permitieron sacar partido de esta muerte, y el mariscal sueco Horn y el duque Bernardo permitieron que los imperiales libertasen á Baviera, tomasen á Ratisbóna, y sitiasen á Nordlingen. Ellos empero solo contaban en sus filas veinte y dos mil hombres, cuando los imperiales tenian treinta mil con un refuerzo español recibido recientemente, de modo que fueron completamente derrotados, perdiendo doce mil hombres, y no pudiendo reunir sus restos hasta llegar á Francfort (6 de diciembre de 1634).

Esta batalla tuvo graves resultados; la Suecia perdió toda su influencia, el elector de Sajonia entró en negociaciones con el emperador, los imperiales dominaron el mediodía de Alemania, y la casa de Austria recobró todo su ascendiente.

Viendo Oxenstiern el desaliento de los protestantes, la próxima defeccion de muchos príncipes, y la dificultad de reorganizar un ejército sin el auxilio extranjero, dirigió sus miradas hácia Francia. Consiguio concluir un tratado por el cual prometia Richelieu asalariar doce mil alemanes, y dar una cantidad de 500,000 libras, con condicion de que habia de ocupar la Alsacia y las orillas del Rhin. Pero cuando recibió la noticia de que los imperiales se habian apoderado de Filipsburgo y de Spire, y que el elector de Sajonia iba á firmar la paz con el emperador, «no pudiendo evitar el arrancarse la máscara,» se determinó á emplear contra la casa de Austria lo que él llamaba *la última razon de los reyes* (1).

(1) Regum ultima ratio. Bizo poner esta inscripcion en los cañones.

Renovó su tratado con la Suecia y la confederación de Heilbronn, se puso de acuerdo con la Holanda (8 de febrero de 1635) para conquistar Parma y Florencia y emprender la conquista del Milanésado, y declaró la guerra á España (26 de marzo) con pretexto de la toma de Treveris por los españoles y de las hostilidades contra el elector, á quien había tomado la Francia bajo su protección.

La rama española era el brazo derecho de la casa de Austria, sus soldados, su oro y sus generales formaban la parte principal de los ejércitos imperiales, y el mejor medio de reanimar á los suecos en Alemania era atacar á la España. Esta nación era además enemiga directa de Francia, la que fomentaba sus disturbios, la que cercaba y ahogaba su territorio con sus posesiones de los Países Bajos, del Franco Condado y del Rosellon, las que codiciaba Richelieu para formar la unidad territorial de Francia.

La guerra que iba á emprenderse era la primera que hacia la Francia sistemáticamente; se inauguraba sobre esa extensa escala que su situación continental impone á este país, es decir, hácia adelante sobre el Escalda, el Rhin y los Alpes; y hácia atrás sobre los Pirineos iba por vez primera á necesitar cuatro ejércitos para estos cuatro teatros de guerra, cruzados tantas veces posteriormente por los franceses, y por vez primera necesitaba combinar las operaciones de estos ejércitos separados por inmensos intervalos.

Los cuatro ejércitos formaban ciento veinte mil hombres; el de los Países Bajos, mandado por los mariscales de Chatillon y de Brezé, estaba destinado á reunirse con los holandeses; el del Rhin, al mando del cardenal la Valette y el duque de Weimar, debía reunirse con los suecos; el de Italia, dividido en dos cuerpos, el uno mandado por el duque de Rohan (1) en la Valtelina, y el otro, al mando del mariscal de Crequy, debía reunirse con los confederados italianos en el Piamonte. Solo había un cuerpo de observación en los Pirineos.

§. III.—*Campaña de 1635.*—Chatillon y Brezé entraron separa-

(1) Rohan, despues del tratado de Alais, se retiró á Venecia. Richelieu, que apreciaba su talento, intentó atraerle á la autoridad real dándole el mando de un ejército.

damente en los Países Bajos por Mecieres y Bouillon (10 de mayo de 1635); el ejército español se arrojó entre los dos para vencerlos uno tras otro, pero se reunieron y lo derrotaron en Avein (20 de mayo), en el país de Lieja. Desde allí se dirigieron á juntarse con el príncipe de Orange que tomó el mando superior, el cual al frente de cincuenta mil hombres entró en el Brabante septentrional. La Bélgica parecía á todos perdida para España, pero «los holandeses se arrepentian ya del tratado de particion que habia hecho vecinos suyos á los franceses, y en especial recelaban que la toma de Anveres no causase la ruina del comercio de Amsterdam (1).» El príncipe de Orange perdió el tiempo en sitiar á Lovaina, y llegaron al campamento de los españoles los refuerzos de Alemania.

Al mismo tiempo que la Francia comenzaba la guerra, el elector de Sajonia firmó la paz (30 de mayo) con el emperador por su parte y por la de los príncipes que quisieran adherirse al tratado, y prometiendo unir sus fuerzas á las fuerzas imperiales para arrojar á los extranjeros de Alemania. Este fué un golpe afortunado para la casa de Austria; todos los esfuerzos de Richelieu para evitarlo se estrellaron ante el egoismo y la baja envidia del elector. Esta defeccion, unida al deseo de librar sus estados de los estragos de la guerra, arrastró á los duques de Mecklemburgo, de Brunswick, de Pomerania, al elector de Brandeburgo, las ciudades de Hamburgo, Lubeck, Erfurth, etc., á adherirse al tratado, y no les quedaron á Francia y á Suecia mas aliados que los príncipes de Hesse-Cassel, de Baden y de Wurtemberg. Cambió entonces el aspecto de la guerra, y la casa de Austria, á lá que queria sorprender Richelieu, tomó por el contrario la ofensiva. El emperador envió á Bélgica diez y ocho mil hombres mandados por Piccolomini, que obligó á los franco-holandeses á retroceder al interior de las Provincias Unidas, y fué inútil la cooperación del ejército de Chatillon que quedó sin poder tener comunicaciones con Francia.

Tambien los imperiales, mandados por Galas, tomaron la ofensiva en el Rhin, se apoderaron de Spire y sitiaron á Deux Ponts, en tanto que Carlos IV invadia su ducado de Lorena des-

(1) Fontenay, t. II, p. 222.

contento de la dominacion francesa. Bernardo de Weimar y la Valette obligaron á Galas á retroceder; pasaron el Rhin y llegaron hasta Francfort, pero muy pronto tuvieron que retirarse, porque los imperiales adquirian mas fuerzas, el país estaba arruinado y les amenazaba por la espalda el duque de Lorena, que habia tomado á San Mihiel. Volvieron hácia el Sarre (1), mientras el rey y la nobleza de Champaña recobraban á San Mihiel (3 de octubre); y reuniéndose todos en esta frontera, juntaron un ejército de sesenta mil hombres. Galas se reunió tambien con Carlos de Lorena hallándose al frente de un ejército de fuerzas iguales, mas no se atrevió á presentar batalla y se retiró á Alsacia. Richelieu quiso atraer definitivamente á Bernardo, á quien el emperador deseaba ligar á su causa, y con este objeto firmó con él un tratado (26 de octubre), por el cual le cedia el landgraviato de Alsacia con cuatro millones anuales, con la condicion de tener sobre las armas á las órdenes de Francia un ejército de diez y ocho mil hombres.

Rohan siguió en Italia una campaña, cuyo teatro principal fueron los Alpes, la cual nos ha quedado como un modelo en su género; venció sucesivamente cuatro divisiones, cada cual superior en número á su pequeño ejército, y se mantuvo firme en la Valtelina. Estas operaciones eran solamente accesorios para proteger la invasion del Milanesado, empezada por el mariscal de Crequy y el duque de Parma: pero el duque de Saboya, aliado siempre infiel, llegó demasiado tarde, y los franceses volvieron á entrar en el Piamonte.

El principio de la guerra nó habia correspondido á los planes, ni á las esperanzas y gastos del gobierno. Este resultado no era debido solo á la defeccion ó descuido de los aliados de Francia, sino al conjunto mal combinado de los ejércitos. La caballería se componia casi enteramente de nobles, siempre notables por su brillante valor, pero que se arruinaban con los trajes y armas de lujo, y causaban con su indisciplina la desesperacion de los generales. La infantería habia sido reclutada por dinero en las tabernas de las ciudades, ó á la fuerza en las campiñas;

(1) En esta retirada fué donde empezó su carrera militar el vizconde de Turenna, hijo segundo de Enrique, duque de Bouillon, y de Carlota de la Mark. Nació en Sedan en 1611.

estaba sin uniforme, sin instruccion, algunos sin armas, y solo hacia la guerra por el afan del saqueo. Tampoco la administracion estaba suficientemente adelantada para dirigir, alimentar y organizar ejércitos tan numerosos con los trenes de artillería, municiones y bagajes que arrastraban tras ellos. Estos ejércitos habian de vivir sobre el país; no tenian aun almacenes, depósitos y sueldo seguro, las operaciones de la última campaña habian salido frustradas por defecto de víveres, por el retardo de la artillería y la falta de pólvora. Richelieu no habia tenido cuidado de todos estos pormenores, los cuales en el nuevo sistema de guerra que iba á adoptarse eran tan importantes como la habilidad de los generales y el valor de los soldados. Además, la hacienda estaba mal administrada; el cardenal, ya por poco esmero, ya por impotencia, no dirigió sus atentas miradas á este ramo del gobierno, y solo supo atender al tesoro con medios ruinosos y vejaciones que excitaron frecuentes disgustos y turbulencias.

§. IV. — *Campaña de 1636.* — Richelieu desplegó en la siguiente campaña mayores esfuerzos, que tuvieron aun menos éxito. El duque de Saboya desbarató por segunda vez la invasion del Milanésado, y aunque venció á los españoles, condujo su ejército allende el Tessino, dejando á Rohan aislado en la Valtelina. Weimar y la Valette recobraron las plazas del Sarre, pero emplearon el resto de la campaña en apoderarse de Saverne, mientras el príncipe de Condé penetraba en el Franco Condado, á pesar de la neutralidad del país, y salía burlado en el sitio de Dole. En el norte, Piccolomini, Juan de Werth y el cardenal infante (1), aprovechándose de la desnudez en que quedaba la frontera de Picardía á resultas de la retirada de los franceses á Holanda, invadieron aquella provincia (julio de 1636) con una numerosa caballería ligera. Nadie esperaba este ataque; el conde de Soissons, encargado de la defensa de la frontera, apenas tenia ocho mil hombres de milicia; sucumbieron las plazas de la Capelle y Catelet, cruzaron los enemigos el Somme; los franceses rechazados hasta el Oise, se dispersaron por las plazas, y capituló Corbie (agosto). París se llenó de terror, y creyó ver muy pronto á los

(1) Príncipe de la casa de Austria y gobernador de los Países Bajos.

extranjeros delante de sus puertas. Alzóse un grito general de enojo contra el cardenal, único autor de esta guerra, cuyos augurios eran tan desfavorables.

La situación del reino era entonces deplorable. Con el objeto de llamar la atención á los sitiadores de Saverne y de Dole, Galas acababa de invadir la Borgoña con cincuenta mil hombres; en el mediodía estallaron rebeliones á causa de los impuestos, y los españoles, despues de haberse apoderado de las islas de Santa Margarita, se disponian á atacar la Guiena.

El cardenal llegó á acobardarse por algunos momentos, pero animado por el padre José recorrió las calles de París con un aspecto de tranquila seguridad que calmó á los habitantes. Votaron hombres y dinero el parlamento, la casa consistorial y los gremios de los oficios; llegaron por mar los restos del ejército de Holanda; se llamó al ejército de Condi, y el rey mismo, con su ministro y el duque de Orleans, se puso al frente de cuarenta mil hombres.

Los españoles retrocedieron. Gaston y el conde de Soissons se encargaron de perseguirlos, pero se pararon á tomar á Roye, á pesar de las órdenes del cardenal, y el enemigo se retiró sin recibir daño alguno.

El ejército francés se dirigió entonces contra Corbie, pero con intencion de dejar ilesa la plaza; llegó Richelieu, hizo tomar la ciudad (14 de noviembre), y al verse descubiertos los dos príncipes, que habian maquinado la muerte del cardenal, se retiraron del campo, yendo Gaston á Blois y el conde de Soissons á Sedan.

No lograron mejor éxito en Borgoña los imperiales; se detuvieron en el sitio de San Juan de Lozne (25 de octubre), pequeña poblacion mal fortificada, diezmada por una epidemia, y con una guarnicion de ciento cincuenta soldados y cuatrocientos vecinos. Despues de dos asaltos y ocho dias de esfuerzos contra una plaza tan miserable, que defendian hasta las mujeres y los niños, se retiraron (3 de noviembre) á la llegada del duque de Weimar y de la Valette. Estos emprendieron su persecucion, les mataron ocho mil hombres, y les obligaron á volver á pasar el Rhin.

Apaciguadas las turbulencias de los campesinos del mediodía por el duque de Epernon, ni siquiera intentaron los españoles la invasion de la Guiena.

Las expediciones de las tropas imperiales á Picardía y á Borgoña permitieron á los suecos tomar la ofensiva, y Banes, á quien llamaban el segundo Gustavo, venció completamente al enemigo en Wistock, y se apoderó de la Sajonia (4 de octubre de 1636).

Murió Fernando II; su hijo Fernando III, que había sido elegido rey de romanos el año anterior, le sucedió en el trono imperial, y opuso á Banes cuarenta mil hombres mandados por Galas que rechazó á los suecos hasta la Pomerania.

§. V.—*Campañas de 1637 y de 1638.—Muerte del padre José.*—Continuaron las hostilidades con igual actividad, pero es difícil seguir todas las operaciones, pues los ejércitos combatian sin enlace y aisladamente. Hallábase aun en la infancia el sistema de las grandes guerras, no existia un plan general en las operaciones; cada general creia cumplir con su deber devastando el país enemigo ó con la toma de una plaza insignificante, y la dificultad de los víveres hacia casi imposible una empresa larga y continuada.

El cardenal la Valette tomó á Chateau-Cambresis, Landrecies y Maubeuge, pero en vez de dirigirse al Sambra y á Namur, se obstinó en apoderarse de la Capelle, lo que logró últimamente. Las operaciones fueron casi insignificantes en el Rhin. El arzobispo Sourdis recobró en el mediodía las islas de Santa Margarita, desde allí partió al Languedoc, que acababan de invadir los españoles y donde sitiaban á Leucate, y cooperó con sus naves al logro de la batalla que el duque de Schomberg les presentó ante los muros de esta plaza (marzo de 1637).

Estos triunfos se compensaron con la pérdida de la alianza de los grisones, que trataron con el emperador y obligaron á Rohan á evacuar la Valtelina.

Los duques de Mantua y de Saboya murieron dejando dos hijos de menor edad. La viuda del primero se hizo amiga del emperador, pero el Monferrato quedó en poder de los franceses; la viuda del segundo, hermana de Luis XIII, imploró la proteccion de Francia, para resistir á su cuñado Tomás de Saboya, que pretendia la tutela del heredero Carlos Manuel II.

De modo que esta guerra, anunciada con tanta pompa por el gran cardenal, no habia dado aun ningun resultado definitivo;

la Francia se quejaba de tanto impuesto, el parlamento se negaba á sancionar y registrar los decretos de hacienda, y los descontentos volvian á levantar la cabeza. Pero Richelieu sabia que no haria tomar á Francia de un golpe y sin esfuerzos una posicion militar igual á la que la casa de Austria habia llegado despues de un siglo de continuos afanes. Reforzó los ejércitos y tomó la ofensiva en todas partes.

En Artois, las operaciones se redujeron al sitio de San Omer, emprendido por Chatillon y que habia obligado á levantar el cardenal infante; en el Franco Condado, se ganaron algunas plazas, y en Italia, despues de morir Crequy, los españoles tomaron á Verceil. Solo en el Rhin tuvieron lugar operaciones importantes. Weimar se apoderó de Laufenburgo, de Lansdhud y otras ciudades (1) pertenecientes al Austria, y despues sitió á Rhinfeld. Los imperiales, mandados por Juan de Werth, le derrotaron (28 de febrero de 1633) y le obligaron á levantar el sitio (2). Weimar reunió sus tropas, y tres dias despues sorprendió á los imperiales ante la misma ciudad, los venció completamente é hizo prisionero á Juan de Werth (3 de marzo.) Rindiéronse Rhinfeld y Friburgo, los destacamentos mandados por Guebriant y Turena, generales formados en la escuela sueca, reforzaron á los de Weimar, y Bernardo se dirigió á poner sitio á Brisach (3), llave de la Suavia y la Alsacia, que hizo una defensa desesperada. Tres ejércitos destinados sucesivamente á libertar esta plaza fueron vencidos, hasta que se rindió (19 de diciembre), y su rendicion acarreó la ocupacion de una gran parte de la Suavia.

El príncipe de Condé y el duque de la Valette mandaban el ejército de los Pirineos; pasaron el Bidasoa, se apoderaron de Pasages y sitiaron á Fuenterrabía. España envió una escuadra y un ejército para libertar esta plaza. El arzobispo Sourdis asaltó la escuadra, compuesta de catorce naves, cerca de Gattari, y la destruyó enteramente (22 de agosto.) Quince dias despues el ejército de tierra atacó á los franceses en sus líneas, y los derrotó sin dejarles esperanza alguna de salvacion (7 de setiembre.)

(1) Véase la *Geografía militar de T. Lavallée*, tercera edicion, p. 131.—(2) En este combate fué herido de muerte el duque de Rohan, que servia bajo las banderas del ejército de Weimar.—(3) Este es el antiguo Brisach, en la orilla derecha del Rhin.

Las causas de esta completa derrota fueron la ignorancia de Condé, el orgullo de la Valette y las discordias de estos dos señores. Richelieu acusó á la Valette de connivencia con los españoles, y mandó que se le instruyera un proceso por medio de una comision que quiso presidir el monarca á pesar de las representaciones de los magistrados. La Valette huyó á Inglaterra, pero fué condenado á muerte.

El cardenal queria obligar á sus generales á ser vencedores á fuerza de rigor y de castigos, y ya habia hecho condenar á muerte por contumacia á los tres comandantes de la Capelle, el Catelet y Corbie. «No hay nada, dijo, que haga servir mejor al rey que la severidad, y su majestad está dispuesto á no perdonar á los mas encopetados.» Pero si inspiraba el terror á sus agentes, no les podia inspirar al mismo tiempo la lealtad y adhesion de un hombre que acababa de arrebatarse la muerte, y cuya pérdida le fué muy sensible: era el padre José. «He perdido mi consuelo, exclamó; mi confidente y mi mejor amigo.»

En medio de las tribulaciones del poder y de aquella existencia tan agitada, tan cercada de intrigas y de obstáculos, el padre José era siempre un agente seguro, siempre dispuesto, y el que se encargaba de los negocios mas dificultosos. Este hombre extraordinario, severo, absoluto, infatigable, exacto en el cumplimiento de sus deberes y mezclado en todos los negocios políticos, que establecía misiones y discutía los planes de campaña, no tenia mas ambicion ni otro placer que el ver triunfar el sistema político de su amigo. Aun en medio de su agonía, solo pensaba en la guerra y en las victorias de los ejércitos, y Richelieu le distraía de las primeras angustias de la muerte diciéndole: «Animo, padre José! Brisach es nuestra»

El italiano Mazarino sucedió al capuchino en la confianza del cardenal.

§. VI. — *Campañas de 1639 y 1640. — Revolucion de Portugal y Cataluña. — Campañas de 1641.* — La campaña de 1639 fué de muy poca importancia; los franceses se apoderaron de algunas plazas del condado y del Piamonte, y fueron completamente derrotados cerca de Thionville (7 de junio de 1639).

Al año siguiente Richelieu dirigió todos sus esfuerzos contra Artois. El mariscal de la Meilleraie se apoderó de Hesdin y se

juntó con los mariscales Chaulnes y Chatillon; sus fuerzas zas reunidas, que formaban un ejército de treinta y cuatro mil hombres, atacaron á Arras (13 de junio de 1640). Este baluarte de los Países Bajos tenía una guarnicion numerosa y una poblacion enteramente adicta á la dominacion española, y excitaba la codicia del cardenal, que no ignoraba los esfuerzos que habia hecho Luis XI para agregar á la Francia una plaza tan importante. Arras iba á ser pues el centro de todas las operaciones, y el cardenal llegó con treinta mil hombres para romper las líneas de los sitiadores. Entonces fué cuando los tres mariscales preguntaron á Richélieu si era forzoso salir de las líneas para presentar la batalla. « Cuando el rey, les respondió, os ha confiado el mando de sus ejércitos, es porque os ha creído capaces, y le importa poco que salgais ó nó, pero respondeis con vuestras cabezas si no tomais la ciudad (1). » Los mariscales quedaron en sus líneas, vencieron á los españoles, y rindieron la plaza por capitulacion (9 de agosto).

Bernardo de Weimar habia muerto de treinta y siete años de edad (18 de julio de 1639); sus tenientes se vendieron á la Francia; se enarbó la bandera francesa en todas las ciudades de Alsacia y del Rhin, y el ejército de Weimar reconoció por jefe al duque de Longueville y por teniente suyo á Guebriaut. Baner adquirió en esta época considerables refuerzos, y despues de haber vencido á los imperiales en Chemnitz, asaltó á Praga y condujo su ejército á Sajonia. Guebriaut resolvió juntarse con él para trasladar el teatro de la guerra al corazon del Austria, pasó el Rhin, hizo entrar en la alianza francesa á los príncipes de Hesse y de Luneburgo, cruzó la Thuringia, y se reunió en Erfurth con Baner. Los dos ejércitos intentaron sorprender á la dieta y al emperador en Ratisbona (30 de octubre de 1640); pero habiéndose frustrado este golpe, los deshizo Piccolomini con tanta destreza, que por fin se separaron, yendo los suecos á acantonarse en Sajonia, y los de Weimar en Hesse.

Baner murió el dia 10 de mayo de 1641.

El príncipe Tomás de Saboya penetró en el Piamonte al frente de un ejército español. La regente Cristina no tuvo mas recurso que abrir sus plazas á las tropas francesas, pero los habitan-

(1) Memorias de Puysegur.

tes de Turin dejaron entrar á Tomás en la ciudad, y solo les quedó el castillo á los franceses. El conde de Harcourt que habia sucedido al mariscal de Crequy ganó al principio una victoria completa á los españoles que sitiaban á Casal, y libertó esta ciudad; despues revolvió hácia Turin, cuya ciudadela sitiaba Tomás, y sitió á este mismo en la ciudad; pero fué sitiado á su vez en su campo por Leganez, gobernador del Milanésado, que con doce mil hombres le interceptó todos los caminos de Francia y le privó enteramente de víveres. Despues de muchos combates, vencieron los franceses rechazando á Leganez, Tomás capituló (22 de setiembre), quedó libertada la ciudadela, y los estados de Saboya se hallaron entonces bajo la dependencia de la Francia.

Mientras España sufría tantos desastres en todos los puntos en donde habia extendido su poder, se veía atacada por dos lados con la rebelion de sus importantes provincias, Portugal y Cataluña.

Cansado Portugal del yugo español que hacia sesenta años estaba sufriendo, arrojó las tropas de Felipe IV, declaró que recobrabá su independencia, y llamó al trono á Juan duque de Braganza, descendiente de la casa de Avis por línea ilegítima. Inglaterra, Holanda y Suecia reconocieron al nuevo rey, que hizo alianza con Francia (1.º de junio), y empezó las hostilidades contra España.

Los catalanes eran además de los vascos el único pueblo de España que habia conservado sus fueros desde Carlos V; eran altivos, intrépidos y susceptibles de entusiasmo guerrero é independiente, se veian abrumados de impuestos, ofendidas sus libertades, y á su juventud arrebatada á Italia á dejar sus huesos, en tanto que sus plazas tenian guarniciones flamencas. Se sublevaron, arrojaron á los extrañeros é hicieron un tratado con Luis XIII (23 de enero de 1642, por el cual le reconocieron por conde de Barcelona y del Rosellon, y declararon su provincia reunida al reino de Francia, con la única condicion de que fueran respetados sus fueros.

El gobierno envió á Cataluña un ejército mandado por Lamotte que se apoderó de la mayor parte de las plazas, y sitió á Tarragona, que bloqueó la escuadra francesa mandada por el arzobispo Sourdis. España envió un ejército y una escuadra para

libertar á esta ciudad. El ejército fué vencido por Lamothe, y la escuadra, muy superior en número á la de Sourdis, derrotó á éste (20 de agosto), entró víveres en la plaza, é hizo levantar el sitio. Sourdis perdió la privanza del cardenal.

Este desastre fué compensado por las inmensas ventajas adquiridas en Italia y Alemania. Harcourt venció á los españoles en Ivrea, hizo levantar el sitio de Chivasso, y tomó á Coni. Guebriaut ganó á Piccolomini la batalla de Wolfenbuttell, y seis meses despues la de Kempen (17 de enero de 1642) á Lamboy y Mercy, que cayeron prisioneros y perdieron siete mil hombres. Torstenson, que habia sucedido á Baner, atacó la Silesia, venció á los imperiales en Schweidnitz, entró en Moravia y amenazó á Viena. Obligado á retirarse ante fuerzas superiores, se dirigió á Sajonia, presentó batalla, y mató diez mil imperiales en la llanura de Breitenfeld (2 de noviembre de 1642).

§. VII. — *Despotismo de Richelieu. — Rebelion del conde de Soissons. — Combate de Marfée.* — Richelieu se regocijaba de haber comenzado su obra; Francia era poderosa como habia prometido: se habian ya conquistado ú ocupado la Alsacia, Lorena, el Artois, Cataluña y Saboya; se habian alistado doscientos mil hombres, armado cien naves, y gastado para la guerra 66.000,000 anuales. «La posteridad, decia el cardenal, apenas podrá creer que el reino haya sido capaz en esta guerra de mantener seis ejércitos de tierra y dos navales.» «Entonces empezaron á conocer todos, dice Fontenay Mareuil, que el poder del rey de España, tan formidable hasta entonces, y que le conducia á la monarquía universal, no era lo que aparentaba, y que la Francia tenia por el contrario recursos inagotables, resultantes de la íntima union de todas sus partes, de su gran fertilidad, y del número infinito de soldados que puede presentar, de modo que no es exageracion afirmar que la Francia, bien gobernada, puede acometer mayores empresas que ningun otro reino del mundo (1).»

Pero el país no habia adquirido esta nueva posicion sin terribles sufrimientos; los impuestos eran muy excesivos, muchas provincias estaban devastadas, Normandía y Guiena habian

(1) Fontenay, t. II. p. 149.

presenciado rebeliones de aldeanos que solo pudieron ser reprimidas á fuerza de rigor y de suplicios, y toda la nacion se quejaba del despotismo del cardenal y de sus agentes. El órgano de estas oposiciones era el parlamento, que de dia en dia adquiria tendencias á convertirse en un cuerpo político. Richelieu miraba con repugnancia á esta aristocracia judicial, inmóvil por el derecho de herencia y la venalidad de sus cargos, que estaba adherida por lazos de familia al mismo tiempo á la clase media y á la nobleza; preveía los obstáculos que podia ofrecer á la monarquía absoluta; muchas veces habia humillado y maltratado á sus miembros, y no paró hasta mandarles que jamás se mezclasen en los negocios del estado, y registrasen los edictos reales sin derecho á reclamaciones (1641).

Cuanto mas se empeñaba el cardenal en la guerra, menos dispuesto se hallaba á sufrir la menor contradicción, y sentia mas la necesidad de reconcentrar el poder. Su ascendiente sobre el rey se habia convertido en un sombrío despotismo; «tenia mucho cuidado en que nadie se le acercase si no era hechura suya;» dispartaba su envidia contra todos, le obligaba á que le confesase las quejas que le daban contra él y el nombre de los que las habian oido, y cambiaba á la menor sospecha sus favoritos, consejeros y criados. Cuanto mas esclavizaba á su soberano, mas desconfiaba de él, porque sabia que estaba perdido al menor esfuerzo que hiciera sobre sí mismo el monarca. «Luis XIII, dice madama de Monteville, se veia reducido á la vida mas melancólica y mas miserable del mundo, sin corte, sin poder, sin diversiones ni honor. Vivía en San German como un particular, y mientras sus ejércitos tomaban ciudades, él se divertía en cazar pájaros. Celoso del engrandecimiento de su ministro, y no pudiendo ser feliz sin él ni con él (1),» era preciso que se lo sacrificase todo, porque á la menor resistencia el cardenal le amenazaba con retirarse y dejarle perdido en las inmensas complicaciones de la política europea. Habiendo manifestado Luis un amor casto á una dama de la reina, bella y virtuosa, llamada Luisa de Lafayette, la obligó el ministro á encerrarse en un convento. El confesor del rey habló en favor de algunos desterrados,

(1) Madame de Monteville, t. I. p. 388.

y fué arrojado de la corte. La reina tenia correspondencia con su familia de España, el cardenal mandó registrar toda su habitacion y arrebató sus papeles; y despues de obligarle á firmar un escrito donde se enumeraban sus faltas y una peticion de perdón, le impuso para en adelante una regla de conducta. A instancias del cardenal habia expulsado el parlamento de Inglaterra á la reina madre, la cual pidió entonces el permiso de volver á Francia para morir sin mezclarse en los negocios; pero Richelieu se lo negó con dureza, y sin inspirarle compasion su ancianidad, permitió que la viuda de Enrique IV arrastrase en Alemania una existencia errante y miserable. Gaston permanecia desterrado en Blois; ya no inspiraba ningun recelo ni miramiento, porque Ana de Austria despues de veinte y dos años de esterilidad habia tenido dos hijos, y como el rey se hallaba continuamente enfermo, el cardenal pensaba ya en asegurar el porvenir haciéndose nombrar de antemano regente del reino.

Toda la máquina del gobierno estaba dispuesta para quitar el poder al morir Luis XIII á su mujer y á su hermano. Los amigos, parientes y hechuras de Richelieu se hallaban en todas partes, ya desempeñando las mas elevadas funciones, ya en el gobierno de las provincias, ya en el mando de los ejércitos, y se habia creado contra Gaston y Ana un aliado íntimo con el príncipe de Condé, cuyo hijo habia casado con una sobrina suya.

Mientras el ministro, á pesar de su salud cada vez mas delicada, se preparaba un porvenir muy lejano, continuaban contra él los complots de los grandes, y se estaban formando dos focos de intrigas, uno en la corte y otro en la frontera, que se correspondian entre sí. El último tenia por motor al único príncipe que no habia doblegado aun el cardenal: el conde de Soissons. Desde Sedan, donde se habia refugiado, estaba en relaciones con la reina madre, los duques de Vendome, de Guisa y de la Valette y con todos los descontentos del interior, y reunia en torno suyo una multitud de proscritos.

Richelieu mandó al duque de Bouillon que le entregara á este maquinador de rebeliones. El duque se negó; organizó un ejército de refugiados, y firmó un tratado de alianza con la casa de Austria que le dió un auxilio de siete mil hombres. El cardenal envió sin tardanza contra los rebeldes al mariscal de Chatillon

con diez mil hombres. Los dos ejércitos se encontraron en el bosque de Marfée cerca de Sedan, pero la caballería real, que estaba secretamente de acuerdo con los insurgentes, huyó desordenadamente al primer ataque (6 de julio de 1641). El conde de Soissons se precipitó en persecucion de los fugitivos, pero murió de un pistoletazo. La victoria perdió sus ventajas con esta muerte, y el duque de Bouillon pidió la paz cuando vió llegar mayores fuerzas enemigas á Sedan. El cardenal se dió prisa á concedérsela, para dedicarse enteramente á ahogar las intrigas de la corte, donde un segundo Luynes le amenazaba con la suerte de Concini.

§. VIII. — *Conspiracion de Cinq-Mars. — Campaña de 1642. — Muerte de Cinq-Mars y de Thou.* — Habíasele dado al rey por favorito un jóven llamado Cinq-Mars, el cual con sus aturdimientos, sus calaveradas y caprichos estaba destinado á dar alguna distraccion á la vida monótona del pobre monarca, y á advertir al mismo tiempo al ministro de todo lo que pasaba en la cámara real. Cinq-Mars tenia talento, ambicion y numerosos amigos; se cansó de ser bajo el titulo de escudero mayor el juguete de un rey triste y enfermo, cuyas afecciones se reducian á desagradecimientos y que pasaba el tiempo en la caza, y se cansó tambien de ser el espía del cardenal, que le hacia sufrir brutalmente su dependencia y le trataba como á un niño. Veia además á Luis XIII profundamente disgustado de la dominacion de su ministro, y dispuesto á aprobar la resolucion del que intentara librarle de él.

Hizo alianza con todos los descontentos, con la reina, el duque de Orleans y el de Bouillon, y confió su secreto á su amigo de Thou, hijo del historiador. Entonces manifestó con suavidad al rey que el cardenal trastornaba de aquel modo la Europa para hacerse indispensable; le habló de la paz tan deseada por sus pueblos reducidos á la última miseria, le demostró la mengua de la servidumbre en que se hallaba, y le recordó por fin del modo con que se habia libertado del mariscal de Ancre.

Luis no respondia nada pero parecia aprobar con su silencio las palabras de su favorito. No obstante, como Cinq-Mars sabia que su cabeza estaba pendiente de una sola indiscrecion del débil príncipe, quiso asegurarse una retirada. Escogió á Sedan,

pero Bouillon se negó á darle asilo en su principado si no contaba con la cooperacion de los extranjeros. Los conjurados entonces trataron con España, se comprometieron á entregar una plaza francesa al ejército español que apoyara la conspiracion, á devolver al rey católico todos los paises que se habian conquistado, á no obrar mas que por sus órdenes, etc.

Richelieu sospechaba la conjuracion, y para ocupar al rey y para impelir al gobierno mas adelante aun en la senda de la guerra, decidió que el teatro principal de la campaña fueran los Pirineos, que Luis tomase el mando del ejército, y despues de conquistar el Rosellon, se hiciera lo mismo con Cataluña. «El mejor medio de obligar á España á la paz, decia, es amenazarla en el mismo camino de Madrid.» En los demás puntos permanecieron los ejércitos en la defensiva. Guebriaut volvió á pasar el Rhin para proteger á Alsacia, el duque de Harcourt fué enviado á Champaña y el de Bouillon al Piamonte.

El rey y el cardenal, enfermos los dos, se pusieron en camino con direccion diferente. Cinq-Mars continuó durante el viaje mirando el ánimo del rey, y lo dispuso tan bien, que segun la opinion general, «el rey era tácitamente el jefe del complot, el gran escudero el alma, y se servia del nombre del duque de Orleans y de los consejos de Bouillon (1). Luis y su ministro se volvieron á ver en Lion, se trataron mutuamente con desconfianza y continuaron su viaje. Però mientras el rey llegaba al campo de su ejército que estaba sitiando á Perpiñan, el cardenal, precisado por su enfermedad, hubo de detenerse en Narbona. Viéndose perdido, però sobrellevando sus sufrimientos, partió á Tarascón para estar mas libre de huir á Aviñon ó á Italia. Abandonado de todos, no teniendo mas que una mano espedita para escribir, y revolviéndose en su lecho al luchar con su espíritu enérgico, activo y abrumado con tantos cuidados, veia cercana la muerte, y le era preciso defender su obra contra un rey ingrato y voluble, contra los cortesanos que se movian halagados por la confianza, y contra la España que se preparaba á recobrar sus conquistas. Todo el mundo esperaba con ansiedad el desenlace de esta lucha, pero nadie se movió; aun no se habia

(1) Memorias de Madame de Monteville, t. I. p. 400.

cerrado el ojo moribundo que la sostenia , y la guerra adelantaba por sí sola con actividad.

El rey, como acostumbraba en todo, se cansó luego del sitio de Perpiñan, los negocios se enmarañaban, le faltaba Richelieu, y empezaba ya á disgustarle la jactancia de Cinq-Mars que hablaba como un soberano. «Acordaos bien, le decia el rey, que si el cardenal os declara la guerra resueltamente, tendreis que separaros de mi lado.» Y envió al secretario de estado Chavigny (1) á Tarascon para que dijera á Richelieu que «á pesar de los rumores que habian hecho circular, le amaba mas que nunca.»

En aquel momento habia conseguido el cardenal una copia del tratado de Cinq-Mars con España, y se la envió al rey por medio de Chavigny. Luis regresó inmediatamente á Narbona enteramente cambiado y resuelto á castigar; sabia no obstante que iba á sucumbir mas que nunca bajo el imperio de su ministro, pero el pensamiento de la conservacion del estado que le habia dominado siempre, y que es lo único que honra su memoria, venció tambien en aquella ocasion. Cinq-Mars y de Thou fueron arrestados, el duque de Bouillon se dejó prender en medio de su ejército y encerrar en la ciudadela de Casal (13 de junio de 1642), y el duque de Orleans quedó preso en Blois. El rey no tardó en ir á encontrarse con el cardenal en Tarascon; estaba tan enfermo como él, y se mandó arreglar una cama en su habitacion (3 de julio). Allí oyó humildemente las quejas de su ministro, y resolvieron los dos moribundos las medidas rigurosas que debian salvar el estado. Richelieu se hizo nombrar teniente general del reino con plenos poderes del trono, y volvió á Lion por el Ródano, arrastrando á remolque un barco donde iban Cinq-Mars y de Thou. El rey volvió á París y publicó un manifiesto donde no titubeó en confesar que él habia representado en la conspiracion el papel de agente provocador. «Hace un año que habíamos notado un cambio muy manifiesto en la conducta del señor Cinq-Mars, que tenia relaciones con los libertinos, y sentia un placer en menospreciar nuestros triunfos y vituperar las acciones del cardenal duque de Richelieu. Estas expresiones y su comportamiento nos habian inspirado algunas sospechas, y pa-

(1) «Habia sido favorito, y segun se creyó, hijo del cardenal Richelieu.» (Memorias de Retz, t. II. p. 238.)

ra penetrar su objeto y su causa, le dejamos hablar y obrar respecto á nos con mayor libertad que antes.»

No obstante no tenia pruebas de la conspiracion. Gaston las proporcionó. Luego que se vió este príncipe descubierto, huyó á las montañas de Auvernia, y envió al rey una súplica de perdon. Luis le respondió que á pesar de estar cansado de tantas y tan repetidas ofensas, no se cansaria tampoco de perdonarle con tal que prestase una confesion completa de la conjuracion.» El príncipe permitió que le interrogara el canciller, quẽ sus respuestas sirviesen de pruebas contra sus cómplices, y solo dió una excusa, que «Cinq-Mars le habia hecho cometer el crimen con sus repetidas y vivas instancias.»

En recompensa de su confesion el rey le despojó de sus principales dominios, le declaró indigno de ejercer la regencia, y le desterró á Blois.

El duque de Bouillon alcanzó su perdon cediendo su principado, que quedó desde entonces reunido á la corona, en cambio de algunos señoríos en el interior del reino. Cinq-Mars y de Thou fueron conducidos á Lion y presentados ante una comision presidida por el canciller. Las declaraciones de Gaston les quitaban los medios de defensa, y además Cinq-Mars lo confesó todo, arastrando de esta suerte en su perdicion á su amigo, que solo era culpable por no haber revelado la conspiracion. Ambos fueron condenados á muerte y ejecutados (12 de setiembre de 1642).

§. IX.—*Muerte de Richelieu y de Luis XIII.*— Estos suplicios causaron tan profunda sensacion, que se alzó un grito general de reprobacion contra un sistema de política tan sanguinario y cuyo término no se veia, pero nadie se atrevió á manifestarse. El ministro volvió á París en un aposento de madera, donde iba acostado, conducido por veinte y cuatro guardias que andaban con la cabeza descubierta. Se echaban al suelo las puertas de los pueblos y de las casas para hacer paso á tan extraño carruaje. Solo le quedaban algunos meses de vida, pero al acercarse al sepulcro, veia con orgullo su obra en el mas completo triunfo. Perpiñan se habia rendido (9 de setiembre) y se hallaba conquistado todo el Rosellon; los españoles habian sido vencidos por mar y tierra en Cataluña; Tomás de Saboya habia hecho la paz en Francia; Torstenton acababa de vencer á los imperiales en

Leipzig; la casa de Austria era derrotada en todas partes; Francia no habia ejercido jamás tan inmensa preponderancia, y solo se trataba de dar fin á una tarea tan gloriosamente comenzada.

Este fué el último pensamiento de Richelieu; designó al rey á Mazarino (1) como el hombre mas capaz de continuar su ministerio, y vió acercarse la muerte con una calma y confianza en Dios que asombraron á los circunstantes. «Hé aquí mi juez, dijo indicando la Hostia; el juez que pronunciará bien pronto mi sentencia. Yo le suplico que me condene si en mi ministerio no me he propuesto otra cosa que el bien de la religion y del estado.»

Richelieu murió de cincuenta y ocho años de edad (4 de diciembre).

Nadie le ha aventajado en contribuir al engrandecimiento de Francia, á la unidad nacional, y al resultado de su obra en la cual solo buscaba el interés del poder absoluto, y la igualdad ante la ley de todas las clases. «Fué el primer hombre de su tiempo, dice madama de Monteville, y los siglos pasados no presentan otro que le aventaje (2).»

«Ha muerto un gran político,» dijo friamente Luis XIII; pero aunque parecia satisfecho por haberse libertado de su ministro, estaba tan imbuido en sus ideas, que escribió á todas partes diciendo «que conservaria todo lo establecido durante el ministerio del difunto cardenal, y que continuaria todos sus proyectos pendientes dentro y fuera del reino.»

Parecia que Richelieu reinaba todavia despues de su muerte, y el consejo quedó compuesto con las mismas personas. Contúvose no obstante el rigor del gobierno y Mazarino, «que era el raposo que sucedia al leon,» dirigió todo su poder por la senda de la clemencia. Luis XIII perdonó á Gaston, abrió las puertas de la Bastilla á una multitud de presos, y dejó volver á entrar en Francia á los duques de Vendome, de Mercoeur y de Be-

(1) Julio Mazarino, nacido en 1602, era hijo de un banquero siciliano. Sirvió al principio en los ejércitos españoles, se adhirió al cardenal Barberino y vistió el traje talar. Fué vice-legado de Aviñon, y enviado á Francia en 1635 para arreglar la paz entre Francia y España. Entonces se unió con Richelieu que le encargó muchas embajadas, le hizo nombrar cardenal, y dió el cuidado de una gran parte de los negocios extranjeros.—(2) Madam. Monteville, t. I. p. 337.





Hegarde. La desgraciada María de Médicis había muerto poco tiempo antes en Colonia entre las angustias de la indigencia (5 de julio de 1642).

Habian apenas trascurrido cinco meses desde la muerte del cardenal, cuando el rey, cuyo desgraciado carácter, los cuidados del poder, el espíritu sombrío y melancólico habian minado su salud, se preparó á seguirle al sepulcro. A pesar del odio que profesaba á su esposa le dejó la regencia, aunque limitando su poder por medio de un consejo, sin el cual no podia expedir ningun mandato. Componian este consejo el príncipe de Condé, el cardenal Mazarino, el canciller Segnier y los secretarios de estado Butiller y Chavigny, y era su presidente el duque de Orleans con el título de teniente general del reino.

Luis XIII murió de cuarenta y tres años de edad (14 de mayo de 1643), dejando dos hijos, Luis XIV de edad de cuatro años y medio, y Felipe, duque de Anjou, tronco de la rama menor de los Borbones.

CAPÍTULO VI.

Regencia de Ana de Austria.—Tratado de Westfalia. (1643—1648.)

§. I.—*Ana de Austria.*—*Partido de los importantes.*—*Mazarino primer ministro.*—Luego que murió Luis XIII, Ana de Austria, que tenia toda la energía y ambición del mando, resolvió obtener una regencia sin trabas. Contaba con el apoyo de los grandes que se regocijaban por su advenimiento, mirándolo como el presagio de una política enteramente opuesta á la de Richelieu. El indolente duque de Orleans, según confesaba, no deseaba mas parte en el gobierno que la que quisiera darle la reina; y el parlamento, cuyas tendencias ambiciosas habian sido comprimidas durante el anterior reinado, la apoyó, y recobró su derecho de representación. «Señores, dijo la regenta á los magistrados al llevar para su examen el testamento de Luis XIII; yo estaré muy contenta de servirme de los consejos de tan augusta asamblea, y os ruego que no los escaseeis ni á mí ni á mis hijos.» Orgulloso y contento el parlamento con el poder exorbi-

tante que se le confiaba, y la influencia política que iba á adquirir, anuló el testamento del difunto rey como el de un particular, concedió á la reina la regencia absoluta, y suprimió el consejo de regencia.

Muy pronto todas las víctimas de Richelieu, que habian sufrido al mismo tiempo que la reina, y que se habian acercado en torno suyo despues de la muerte del ministro, se creyeron ser los soberanos del gobierno, y tomaron un aire de superioridad y de protección que les acarreó el sobrenombre de *importantes*. Hicieron entrar en el consejo al obispo de Beauvais Poitier, á quien el cardenal de Retz llamaba el mas idiota de todos los idiotas, y si toleraron que Mazarino siguiese en el ministerio, fué tan solo hasta la conclusion de la paz, y porque él solo poseia la llave de los negocios extranjeros. Pidieron la destitucion de los parientes, amigos y agentes de Richelieu, la condenacion jurídica de la memoria del cardenal y la paz con el Austria. Se desbordó por todas partes la reaccion que habia querido contener la mano de Luis XIII, «fueron amnistiados todos los proscritos, puestos en libertad todos los presos, y justificados todos los criminales; y recobraron sus empleos todos los que los habian perdido. Se concedia todo cuanto se pedia (1);» los intereses y las venganzas particulares se cruzaron con los negocios generales, y se vieron amenazados la unidad y el engrandecimiento de Francia. Pero la reina se desprendió bien pronto con una destreza que de ella no se esperaba, de sus antiguas amistades y repugnancias; el instinto del poder absoluto y el amor maternal triunfaron en su lucha contra los odios que le inspiraran la política y los agentes del cardenal; resolvió continuar su sistema y confiar todo el peso del gobierno al que el gran cardenal le habia indicado para su sucesor; al hombre ingenioso, previsor, perseverante, de esquisito sentir y de admirable penetracion, y al que por otra parte se supo hacer dueño de todos sus afectos (2). Los importantes se indignaron, dijeron que aquello era

(1) Retz. t. I. p. 94.—(2) Véase la carta de Mazarino á Ana de Austria recientemente publicada en el Boletín de la Sociedad de la Historia de Francia, t. 1. p. 253. Lo que solo era una conjetura de los historiadores ó un ataque de los partidos, es hoy ya una certidumbre con el descubrimiento de las cartas escritas por el cardenal á la reina mientras estaba ella fuera de Francia. Véase con este objeto el

una ingratitud, y la amenazaron con renovar las rebeliones de la nobleza. Un golpe terrible de estado dió fin á estas mezquinas intrigas, obra de las damas y los jóvenes cortesanos. El duque de Beaufort fué encerrado en Vincennes (2 de setiembre de 1643), fueron desterrados los duques de Vendome, de Mercoeur y de Guisa con la antigua amiga de la reina, la duquesa de Chevreuse, y el obispo de Beauvais quedó confinado en su diócesis. Todos creyeron ver reaparecer la mano de Richelieu, y se sometieron, Mazarino fué nombrado primer ministro, el cual nombró consejeros á Emery, encargándole la hacienda, á Letelier para la guerra, á Segnier para la justicia, y la nacion durante cuatro años logró prosperidad en lo interior y gloria en el extranjero.

§. II.—*Campañas de 1643, 1644 y 1645.—Batallas de Rocroy, Friburgo y Nordlingen.*—Los españoles y los imperiales se aprovecharon de la reaccion producida por la muerte de Richelieu para volver á tomar la ofensiva: habian aglomerado sus principales fuerzas en la frontera de Champaña, esperando darse la mano con los descontentos que iban á revolucionarse en el interior, y obligar de este modo á la Francia á aceptar la paz. Se presentó á sitiar á Rocroy, única plaza que obstruia el camino de París, un ejército de veinte y seis mil hombres, mandado por Francisco de Melo. Luis, duque de Enghien, hijo del príncipe Condé y de veinte y dos años de edad, que estaba encargado de la defensa de esta frontera con veinte y dos mil hombres, y cuya dignidad habia conseguido de Richelieu, despues de haber casado con una sobrina suya, era el que acudió á libertar esta plaza (18 de mayo de 1643). Los españoles dominaban y custodiaban los bosques y lagunas que rodeaban la ciudad á excepcion de solo un desfiladero, por donde tuvo la audacia de penetrar el duque para desplegar sus tropas en la llanura delante del enemigo. Entonces con la rapidez del rayo y mientras el mariscal de L'Hopital contenia el ala derecha de los españoles, se arrojó con su caballería sobre el ala izquierda, la derrotó, y corriendo

Apéndice á las Memorias del cardenal de Retz, edicion de 1813. Se lee además lo siguiente en las Memorias de la princesa palatina madre del regente: «la reina madre no contenta con amar al cardenal Mazarino, terminó con casarse con él. No era sacerdote ni tenia las órdenes que impiden contraer matrimonio.»

al ala derecha que acababa de forzar L'Hopital, la desbarató también, revolviendo en seguida contra la reserva española. Formaba esta un cuadro de ocho mil infantes que tenían que sostener una nombradía de mas de un siglo, pero que fué desbaratada á pesar de hacer una desesperada resistencia. Los españoles perdieron quince mil hombres entre muertos y prisioneros, su general, sus cañones, sus bagajes, y sobre todo su antigua reputacion. Esta victoria dió mucho brillo á los ejércitos franceses; era la primera que despues de un siglo alcanzaban á los enemigos extranjeros, y «dió tanta seguridad al reino, que, además de la gloria que acarreó (1),» consolidó el gobierno de Ana de Austria.

El duque de Enghien, luego que libertó á Rocroy, se dirigió hácia el Hainaut y amenazó á Bruselas; despues retrocedió bruscamente al Luxemburgo, sitió á Thionville, de cuya plaza se apoderó despues de seis semanas de esfuerzos (18 de agosto). La rendicion de un punto tan importante le permitió enviar un refuerzo de siete mil hombres mandados por Rantzau al ejército weimariano que se hallaba en el estado mas lamentable.

No era tan solo en Champaña donde habia salido frustrado el sistema ofensivo de los enemigos de la Francia; en Italia perdieron muchas plazas, en Cataluña fueron vencidos por Lamothé, y el almirante Brezé les ganó una batalla naval á la vista de Cartagena (3 de setiembre). Pero no eran iguales las ventajas en el Rhin, donde Guebriaut, arrojado de Alsacia por el ejército de la liga católica y reducido á cinco ó seis mil hombres, no podia atender á la defensa del rio. Con el refuerzo que le trajo Rantzau volvió a entrar en suavia con la resolucion de pasar á Baviera, pero intrincándose en la Selva Negra, sitió á Rottweil y murió ante los muros de esta plaza. Le sucedió en el mando Rantzau, que quiso pasar el Danubio; pero que fué vencido en Dutlingen por Merey y Juan de Werth, y cayó prisionero con seis mil hombres (21 de noviembre). Los restos de su ejército volvieron á pasar el Rhin, y tomó el mando Turéna que acababa de ser nombrado mariscal de Francia 2).

Vefanse en inminente peligro las conquistas alcanzadas en el

(1) Retzt. I. p. 92.—(2) En la toma de Trino el 24 de setiembre de 1633. Tenia entonces treinta y dos años de edad.

Rhin por los franceses; Mercy estaba sitiando á Friburgo y le era muy fácil invadir la Alsacia. Turena rehizo su reducido ejército á sus espensas, pasó el rio y observó al enemigo mientras esperaba la llegada de Enghien, que avanzaba desde Metz con diez mil hombres, pero no pudo impedir la toma de Friburgo. Enghien llegó (28 de julio de 1644), se puso al frente de los dos ejércitos que componian veinte mil hombres, y se dirigió contra Mercy (3 de agosto de 1644) que solo tenia quince mil, pero que estaba situado mas allá de Friburgo en una escarpada montaña cubierta de bosques y fortificada con muchos reductos. Creyendo Turena que su posicion era inespugnable por el frente, propuso atacar por los lados, y el fogoso duque de Enghien, que no sabia economizar la sangre de los soldados, ordenó el ataque. La posicion del enemigo fué tomada despues de un terrible combate, pero Mercy se retiró en buen órden á algunos pasos de allí, situándose en otra posicion tan temible como la primera. Los franceses renovaron el ataque, pero á pesar de experimentar enormes pérdidas, no pudieron tomar la posicion. Los soldados estaban fatigados; se contentaron con ligeras escaramuzas durante el tercer dia, y se adoptó el plan de Turena que queria privar de víveres al enemigo. Pero Mercy levantó el campo á los primeros movimientos de los franceses, y Enghien revolvió para desbaratarlo. Aprovechándose los imperiales de esta indiscrecion abandonaron sus cañones y bagajes, y se dirigieron á marchas forzadas á la Selva Negra, libertándose definitivamente de los vencedores.

Debilitados los franceses con su victoria, no trataron de emprender su persecucion, y desplegaron todas sus fuerzas ante las ciudades del Rhin. Cayeron en su poder Spire, Philipsburgo, Worms, Maguncia, Landau y todo el bajo Palatinado, y solo les quedó Friburgo á los imperiales.

Durante tan gloriosa campaña, acaeció muy poco de importancia en los demás teatros de la guerra, á excepcion de Cataluña, donde los españoles aglomeraban todos sus esfuerzos. El mariscal Lamothe fué derrotado ante los muros de Lérida (2) que se rindió por capitulacion.

(1) El mariscal fué encausado por esta derrota y perdonado por el parlamento de Grenoble, pero estuvo tres años preso.

Los grandes acontecimientos de la campaña de 1695 siguieron como siempre en Alemania. Torstenton, despues de su victoria de Leipzig, habia recorrido la mitad del imperio como un vencedor, asolando la Bohemia, la Silesia y la Moravia, invadiendo la Dinamarca, que habia intentado contener los adelantos de los suecos, y obligando al elector de Sajonia á permanecer neutral. Finalmente entró otra vez en Bohemia, alcanzó sobre los austriacos en Jankovitz una completa victoria (24 de febrero de 1645), y marchó hácia Viena, donde dió cita al ejército weimariano y á Ragotski príncipe de Transilvania que acababa de invadir la Hungría.

Turena, despues de las jornadas de Friburgo, se quedó solo al frente del ejército del Rhin; acudió al llamamiento de los suecos, se dirigió á Suavia, rechazó á los bávaros en Franconia, y llegó arrastrado por la persecucion de los vencidos hasta la otra parte de Wurtzburgo, donde sus soldados, que eran unos aventureros indisciplinados y reclutados en toda Alemania, se negaron á pasar adelante; y se vió en la precision de esparcirlos en sus acantonamientos.

Mercy sacó partido de este yerro militar, y arrojándose sobre los cuarteles de los franceses, los derrotó en Mergentheim ó Mariendal (5 de mayo de 1645). Turena se retiró hácia Hesse, se reforzó con un cuerpo de tropas del país, y contuvo la marcha de los vencedores. El duque de Enghien acudió con soldados de refuerzo, volvió á tomar el mando del ejército y á entrar en Suavia. Mercy retrocedió, y solo se presentó delante de los franceses al llegar á Allershein cerca de Nordlingen, donde se fortificó en el ángulo formado por el Warnitz y uno de sus confluentes, y apoyando sus alas en uno y otro rio. Tenia catorce mil hombres, y los franceses eran diez y siete mil. Enghien le atacó por su izquierda, pero fué rechazado (3 de agosto); entonces se dirigió contra la derecha donde triunfaba Turena, la desbarató, y arrojándose sobre el centro, la obligó á rendirse.

Mercy murió en la batalla, abrieron sus puertas Nordlingen y las plazas cercanas, la Baviera se vió amenazada, y Torstenton se acercó á Viena al mismo tiempo. Pero los imperiales recibieron tropas de refuerzo mandadas por el archiduque Leopoldo, los de Hesse abandonaron el ejército francés, y Turena y Enghien

evacuaron entonces los países conquistados y se retiraron á Filipsburgo. Esta retirada desbarató el plan de campaña de los suecos; además Ragotski estaba vendido al emperador, y Torsenton, viéndose aislado, tuvo que retirarse á Bohemia.

§. III.—*Campañas de 1646, 1647 y 1648.*—*Fin de la guerra de los treinta años.*—El príncipe Tomás ganó en Italia á los españoles la batalla inútil de la Mora (19 de octubre de 1645); al año siguiente trasladó el teatro de la guerra á las costas de Toscana (1), sitió á Orbitello, y no logró apoderarse de esta plaza á pesar de la victoria naval ganada por Brezé que murió en la batalla (14 de junio de 1646). Rindiéronse no obstante Piombino y Porto Longone, y el duque de Módena con el apoyo de cinco mil franceses venció á los españoles en Bozzolo (30 de mayo de 1646).

Harcourt sucedió á Lamothe en el mando del ejército de Cataluña, se apoderó de Rosas, venció á los españoles en la batalla de Llorens (23 de junio), y ocupó á Balaguer, pero salió vencido en el sitio de Lérida (21 de noviembre).

El duque de Orleans ayudado por Gassion y Rantzau tomó en los Países Bajos á Gravelines, Cassel, Bethume, Saint Venant, etc. (agosto y setiembre de 1645), quedando la Bélgica abierta á las armas de los franceses que pudieron darse las manos con los holandeses. Este país fué el que con mas ahínco peleó la Francia en la campaña de 1646. Los duques de Orleans y de Enghien sitiaron á Courtrai con treinta mil hombres, apoderándose de la ciudad á pesar del ejército imperial que acudió en su defensa (8 de junio). La toma de esta plaza les hacia dueños del Escalda, pero los holandeses, conociendo que sus aliados amenazaban á Anveres, temieron que cayese en su poder este puerto rival de Amsterdam, y se alejaron dejando solamente su escuadra á disposicion de la Francia. Enghien se apoderó entonces de Bergues, Mardiks, Fournes y Dunquerque. Contribuyó á la rendicion de esta última ciudad la escuadra holandesa mandada por Tromp (octubre), el cual veía con placer vencido el albergue de los corsarios que entorpecian el comercio de Amsterdam, y esta fué la última batalla en que las Provincias Unidas tomaron parte. Al principio del siguiente año, y no obstante las

(1) Los españoles poseían allí muchas plazas llamadas presidios.

cláusulas de su tratado con Francia, hicieron con España una tregua que debía terminarse con una paz definitiva. Los españoles volvieron á tomar la ofensiva en los Países Bajos y se apoderaron de muchas plazas.

El único que mandaba en Flandes era el duque de Enghien, príncipe ya de Condé por la muerte de su padre. El gobierno empezaba á temer al vencedor de Rocroy por su orgullo, la nobleza que se agrupaba en torno suyo, y por sus exageradas pretensiones; le destituyó del mando del ejército de Flandes para encargarle del de Cataluña que se hallaba indisciplinado y sin víveres, y que se sostenía con dificultad en un país cansado ya de la dominación francesa. Condé sitió á Lérida, fué vencido ante los muros de esta plaza, y se retiró á la otra parte del Segre (17 de junio de 1647), donde permaneció en la defensiva.

En el momento en que la corte de España concebía la esperanza de reconquistar á Cataluña, se sublevó el reino de Nápoles, y el pescador Masaniello se hizo nombrar rey por los *lazzaroni*. Los napolitanos pidieron el apoyo de Francia. El duque de Guisa, llamado por este país donde habían reinado sus antepasados, se aventuró á partir solo, sin ejército y sin dinero á través de la escuadra española, y entró en Nápoles. Pero Mazarino, espíritu sin audacia y sin grandeza, no supo sacar partido de esta rebelión: se limitó á enviar algunos navíos que llegaron demasiado tarde, Guisa cayó prisionero, y desalentados los napolitanos no tuvieron mas remedio que sucumbir otra vez bajo la dominación española.

Donde el gobierno desplegaba todas sus fuerzas y aglomeraba sus recursos era en Flandes, Italia y Cataluña; miraba á los ocho mil aventureros del ejército del Rin solamente como auxiliares encargados de llamar la atención del enemigo en Alemania, y Turena se preparaba á seguir con ellos tres campañas, que si hubieran sido apreciadas en su justo valor, hubiesen ocasionado el fin de las hostilidades. Este gran general, que era el único que seguía en la guerra el sistema de Gustavo Adolfo, volvió á tomar su plan de reunión con los suecos para ir á buscar la paz á los muros de Viena. Despues de haber restablecido al elector de Tréveris en el dominio de sus estados, pasó el Rin por Wesel, libertó á Hesse de los imperiales, cruzó el Mein y se

juntó con Wrangel que habia sucedido á Torstenton. Los dos llegaron á Baviera á marchas forzadas, atravesaron el Danubio y el Lech, y llegaron á Munich.

Aterrado Maximiliano pidió la paz, y Mazarino, á pesar de la oposicion de Turena, le concedió un tratado (14 de marzo de 1646), por el cual juraba mantenerse neutral, y dejaba expedito el paso por sus estados para dirigirse al Austria. Este tratado importante disolvía la liga católica, pues los otros dos miembros de ella, los electores de Colonia y de Maguncia, se hacian tambien amigos de la Francia. Turena entonces recibió la orden de volver al Rhin, y se vió obligado á separarse de los suecos, que retrocedieron hasta Franconia, se apoderaron de Egra, y penetraron en Bohemia.

Al verse libre Maximiliano de los franceses y los suecos, rompió el tratado que acababa de hacer, y renovó su alianza con el emperador. Turena entró en seguida en Suavia, pasó el Necker y el Mein, y proyectó juntarse con los suecos, pero la corte le exigió otra vez que se detuviera, mandándole que regresara al Luxemburgo para llamar desde allí la atencion al ejército de Fl ndes, y reemplazar á Gassion que acababa de morir en el sitio de Lens (28 de setiembre de 1647).

Iba á obedecer los mandatos del gobierno cuando se negó á seguirle su caballería compuesta enteramente de extranjeros, y hasta se vió precisado á combatir con ella, cuyos restos se reunieron con el ejército de Wrangel. Estas discordias y la retirada de Turena permitieron al duque de Baviera volver á tomar la ofensiva con el apoyo de los imperiales, y rechazar á los suecos en Franconia. Pero el mariscal volvió tras él con nuevas tropas, se juntó con los aliados, y obligó á los bábaros á emprender la retirada. Al año siguiente unido con Wrangel volvió á seguir su marcha hácia Baviera, y pasó el Danubio: Melander, que mandaba los imperiales, intentó retirarse al Lech, pero atacado durante su marcha cerca de Sommerhausen, fué vencido y murió en la batalla (17 de mayo de 1648). Los vencedores asolaron toda la ribera derecha del Danubio, arrojaron al elector de sus estados, y se dirigieron hácia el Lun. Las lluvias les impidieron pasar este rio, y la falta de víveres les obligó á retirarse á Suavia.

La guerra seguia con igual actividad en Cataluña, donde el

mariscal Schomberg tomó á Tortosa, y en Italia, donde los france-ses fueron vencidos en el sitio de Cremona.

Flandes era el teatro principal de las hostilidades. Condé fué nombrado general de esta provincia, y llegó de España para hacer frente al archiduque Leopoldo que mandaba diez mil españoles. El ejército francés, que se componía de quince mil hombres, acudió en defensa de una plaza de tan poca importancia, y halló al enemigo formidablemente atrincherado; Condé fingió emprender la retirada, pero luego que los españoles se hallaron lejos de sus trincheras persiguiéndole, se detuvo y los atacó con furor (19 de agosto). Los franceses rompieron la caballería enemiga, y dividieron en fragmentos la infantería. Esta batalla fué el complemento de la victoria de Rocroy. Los españoles perdieron ocho mil hombres, toda su artillería, sus banderas, y los franceses solo dejaron en el campo quinientos hombres. Esta victoria, que subió á su apogeo la gloria de las armas francesas, determinó la conclusion de la paz, cuyas negociaciones duraron cinco años.

§. IV.—*Congreso y tratados de Westfalia.*—Despues de la expedicion de Carlos VII en Italia, que caracterizó el término de las guerras y de la política feudales, ningun tratado constitutivo habia arreglado aun de un modo fundamental el derecho público, las relaciones y el sistema de equilibrio de los estados cristianos. Los numerosos tratados hechos por Luis XIII y Francisco I con la mitad de Europa no habian sido mas que parciales, accidentales y pasajeros, y podian considerarse de este modo el tratado de Chateau-Cambressis, que puso término al primer período de la rivalidad de Francia y de la casa de Austria, y el tratado de Vervins que no era mas que la conclusion de las guerras religiosas de Francia. La guerra de los treinta años era al mismo tiempo la lucha de la Francia contra la casa de Austria, entre el catolicismo y el protestantismo, es decir, la guerra engendrada por la necesidad de reconstituir á la Europa sobre nuevas bases, que debia terminar por un tratado destinado á fijar definitivamente las relaciones entre ambos sistemas religiosos, á dar fin á la tentativa de los papas para restaurar el catolicismo, á efectuar para siempre la separacion de lo temporal y espiritual; un tratado que debia arreglar, escribir y legitimar los cambios po-

líticos acaecidos durante siglo y medio, la existencia de nuevos estados, la extincion de las pretensiones anejas, el reconocimiento de los derechos adquiridos, y finalmente las relaciones de las diversas potencias, combinadas de tal modo, que todas se sirviesen mutuamente de contrapeso, y naciese de este balance de fuerzas un equilibrio que garantizase la paz universal. Esta es la obra inmensa que debia llevar á cabo el congreso de Westfalia, primera asamblea que Europa habia visto desde los concilios generales de la edad media.

El congreso de Westfalia se abrió el 10 de abril de 1643; estaba dividido en dos asambleas, la primera convocada en Munster, entre los plenipotenciarios del emperador, de Francia, de España y de los príncipes católicos de Alemania, bajo la mediacion del papa y de los venecianos; y la segunda convocada en Osnabruck entre los plenipotenciarios del emperador, de Suecia y de los príncipes protestantes de Alemania, bajo la mediacion del rey de Dinamarca. Enviaron diputados todos los estados de Europa á excepcion de Turquía. Representaban á Francia el conde de Avaux y Abel Servieu, á los cuales se agregó algun tiempo despues el duque Longueville con objeto de mantener acordes á estos dos diplomáticos, que aunque de inteligencia muy superior eran encarnizados enemigos; los de Suecia eran Oxenstiern el hijo y Salvius; los del emperador, los condes de Trantmansdorf y de Nassau, y los de España los condes de Peñaranda y de Saavedra.

El emperador no queria en un principio que los príncipes y estados del imperio como aliados de sus enemigos tratasen en su nombre y en particular, pero tuvo que ceder, y estos participaron de las deliberaciones del congreso bajo las mismas formas que en las dietas del imperio. España se negó á reconocer á los enviados de Portugal, y estos se colocaron detrás y bajo la proteccion de la embajada francesa.

De las prolijas y tortuosas discusiones de estas dos asambleas resultaron tres tratados; el primero entre España y las provincias Unidas; el segundo entre Francia, el emperador y los estados del Imperio; y el tercero entre el emperador, la Suecia y los estados del Imperio. Los dos últimos, concluidos en Munster y en Osnabruck el 24 de octubre de 1648, no formaron en realidad

mas que uno solo, y fueron redactados bajo las inspiraciones de la Francia. Lo mismo sucedió con el primero firmado en Munster el 30 de enero de 1648.

La Francia y sus aliados estaban comprometidos á no tratar separadamente; «obrar con sus amigos y dividir á sus enemigos» era el resúmen de las instrucciones que Mazarino dió á sus enviados, y esto es lo que iba á asegurarle el triunfo en el congreso. España hizo los mayores esfuerzos para separar á Francia de sus aliados, y llegó á entablar negociaciones separadas con las Provincias Unidas, llenas de alarma con los proyectos de Mazarino, que queria trocar la posesion de Cataluña y el Rosellon por la de los Países Bajos. Aterrados los holandeses con la perspectiva de una vecindad tan temible como la Francia, que podia observarlos algun dia, solo pensaron en conservar para España los Países Bajos, y se concluyó una paz entre ellos y sus antiguos dominadores. Felipe IV reconoció la independenciam absoluta de las Provincias Unidas, les dejó las posesiones conquistadas en el Brabante septentrional, en Asia y América, y consintió por fin en la ruina del puerto de Anvers y la obstruccion del paso del Escalda.

El descendiente de Felipe II quedaba muy humillado con semejante tratado; pero podia, por medio de esta paz separada y los disturbios que entonces agitaban á Francia, rechazar las condiciones que esta nacion queria imponerle. La continuacion de la guerra era tambien el deseo de Mazarino que habia resuelto reducir á España á no moverse mas que en la esfera de Francia, y que hasta pensaba ya en reunir ambas coronas en la casa de Borbon (1). Rompiéronse pues las negociaciones entre España y Francia, pero el emperador no quiso seguir el ejemplo de Felipe IV, pues debilitado en hombres y dinero, y á instancias de la Alemania que alzó un grito general viéndose enteramente asolada, abandonó á la España y firmó la paz con las condiciones que le impusieron los vencedores.

La Francia consiguió las siguientes ventajas: 1.^o la renuncia del emperador á todos sus derechos sobre los Tres Obispados, que quedaron definitivamente separados del imperio y reu-

(1) Véase mas adelante la seccion II, cap. 4.

nidos á la corona de Francia : 2.^o la renuncia del emperador al derecho de soberanía feudal sobre la ciudad de Pignerol cedida á la Francia por el duque de Saboya en 1631 ; 3.^o la cesion de los landgraviados de la alta y baja Alsacia, de Sundgau, de las diez ciudades imperiales de Alsacia á excepcion de Estrasburgo, y de la ciudad de Brisach con iguales derechos de soberanía y superioridad territorial que habian ejercido el imperio y la casa de Austria ; 4.^o el derecho de tener guarnicion en Filipsburgo y la promesa de no construir ninguna fortaleza en la orilla derecha del rio desde esta ciudad hasta Basilea ; 5.^o la libertad de comerciar en el Rhin y en las dos riberas del rio ; 6.^o la promesa de no mezclarse de ningun modo el emperador ni el imperio en la guerra de España y Francia, y de emplear medidas amistosas para terminar las diferencias entre Francia y Lorena.

La Suecia alcanzó la Pomerania citerior, Rugen, Wismar, el arzobispado de Bremen y el obispado de Verden secularizados, y fué declarada miembro del imperio con tres votos en la dieta. El elector de Brandeburgo obtuvo el arzobispado de Magdeburgo y los obispados de Kalberstädt, Minden y Camin secularizados con cuatro votos en la dieta ; el duque de Meklemburgo, los obispados de Ratzeburgo y de Schwerin secularizados y dos votos en la dieta ; el landgrave de Hesse y el duque de Brunswick, abadías secularizadas, etc. De modo que en todas estas compensaciones los paises católicos cedian sus dominios á los protestantes. Solamente el elector palatino quedó con la posesion del bajo Palatinado, el alto Palatinado quedó reunido á la Baviera que conservó la dignidad electoral, pero se creó un octavo electorado en favor del palatino.

Quedaron comprendidas en la paz las Provincias Unidas, y su separacion del imperio quedó tácitamente reconocida por el emperador y la dieta. Recobraron sus estados los duques de Saboya, de Módena y de Mantua ; pero negándose á reconocer el duque de Lorena el tratado que le proponia la Francia, decidieron los árbitros sus diferencias.

Quedó tambien formalmente libre de la jurisdiccion del imperio la confederacion helvética (1), independiente de hecho tres

(1) Los suizos rompieron los lazos que les unian á la confederacion germánica

siglos hacia del imperio germánico, y cuya existencia no habia reconocido ningun acto público. Se la declaró neutral para siempre con objeto de que sirviera de barrera entre Francia y Austria, que hubieran podido disputarse estas montañas, origen de todos los grandes valles de Europa.

Finalmente, fueron comprendidos nominalmente en esta paz todos los príncipes de Europa, hasta los que no habian tomado mas que una parte indirecta en las deliberaciones del congreso, y los que apenas eran considerados como cristianos, como el gran duque de Moscovia.

Al mismo tiempo que se efectuaban estos arreglos de territorio, se suspendieron las disposiciones relativas á la constitucion del imperio.

Confirmada la paz de Passau en 1552 y la de Augsburgo en 1551 y publicada la amnistía general, el estado público, la religion y el goce de los bienes eclesiásticos quedan bajo el mismo pié que antes del año 1624, y la cámara imperial se compone desde el congreso de Westfalia de veinte y seis miembros católicos y veinte y cuatro protestantes. El emperador no tiene libertad de hacer nada que sea de interés general sin convocar las dietas nacionales, en las cuales gozan de un sufragio decisivo todos los príncipes, estados y ciudades libres, en especial para la formacion de las leyes, declarar la guerra ó la paz, pedir hombres y dinero, construir fortalezas, etc. Estos príncipes, estados y ciudades libres tienen el ejercicio de la superioridad territorial, es decir, el derecho de gobernarse á sí mismos y á sus súbditos, tanto en los asuntos eclesiásticos como en los políticos; tienen la facultad de hacer alianzas, ya sea entre ellos, ya con las potencias extranjeras, con la condicion de que no sean dirigidas contra el emperador ó el imperio, ni contra lo establecido en la paz de Westfalia, y no pueden ser cita dos ante el supremo tri-

y negaron sus tributos al emperador Maximiliano al terminar el siglo décimo quinto, despues de llenarse de orgullo por la derrota de Carlos el Temerario, la alianza de Francia y la agregacion de los cantones de Friburgo y de Soleure (1481) que subian su número hasta diez. El emperador ayudado por la liga de Suavia, les hizo la guerra y les obligó á firmar la paz de Basilea (1499) que extimió á los suizos de todos los tributos y cargas debidas al imperio, y reconoció implícitamente su Independencia. En esta época se agregaron á la confederacion Basilea, Schaffouse y Appenzell, y ascendió de esta suerte á trece el número de cantones.

bunal del imperio sino por infraccion de la constitucion y únicamente por las dietas nacionales.

El número de estos miembros se fijó en 343, de los cuales 158 eran soberanos seculares, 123 eclesiásticos, y 62 ciudades imperiales.

§. V.—*Importancia de los tratados de Westfalia.*—Los tratados de Osnabruck y de Munster, que descendieron á infinitos detalles para arreglar los numerosos y complicados intereses de la política europea, eran de la mayor importancia. Se habia terminado ya la lucha empezada bajo el reinado de Carlos V entre los príncipes alemanes y la casa de Austria, y entre los grandes vasallos del imperio y la corona imperial; triunfaba el espíritu federativo ó feudal, y era vencido el de unidad y de derecho hereditario, y la casa de Austria veía desvanecida la ilusion de convertir á la Alemania en una monarquía. La Francia, bajo cuyas inspiraciones se habian llevado á cabo los tratados, habia aglomerado las precauciones contra esta casa; la dieta poseia la soberanía, el emperador quedaba reducido al poder ejecutivo, se multiplicaban los votos, los príncipes gozaban independencia política absoluta, etc.

Pero no eran suficientes todas estas garantías interiores; los emperadores, siendo elegidos entre los individuos de la casa de Austria (no se habia estipulado nada respecto á este punto), tenían aun bastante poder para violar la nueva constitucion; eran indispensables garantías exteriores, y con este objeto se les dió entrada á la Suecia y á la Francia en los negocios de Alemania con engrandecimientos de territorio.

Francia solo podia adquirir con él título de soberanía absoluta y de reunion á su corona; por otro lado Alemania no queria que un estado tan poderoso fuese miembro del imperio y añadiese sus votos en la dieta, y por estas razones se le dieron los Obispados y la Alsacia en plena propiedad; desmembramiento del imperio arrebatado á la casa del Austria, que aseguraba la unidad territorial de Francia, le daba una porcion de su límite natural, y le devolvía el Rhin que no habia visto desde Carlomagno. Apoyada en este caudaloso rio y poseyendo las dos puertas de Brisach y de Filipsburgo, podia entrar en Alemania á su antojo, tenia sujeta por las riendas á la casa de Austria, y dis-

frutaba en realidad el protectorado del imperio. Finalmente, haciendo reconocer la independencia y neutralidad de Suiza, con la cual le unía una alianza de trescientos años, avanzaba de hecho su frontera de cincuenta leguas, se formaba una barrera con la masa de los Alpes contra la casa de Austria, é inutilizaba el Franco Condado.

El Austria tenía por contrapeso exterior á la Francia, y por contrapeso interior á la Suecia. Esta es la razon porque se hizo á esta alemana dándole la Pomerania y votos en la dieta, pues estaba destinada á servir de apoyo á todos los estados del norte y á los príncipes protestantes. Este era el papel que habia ambicionado Gustavo Adolfo, pero que no debia esta nacion representar mas que pasajeramente. Alemania iba á encontrar, al terminar el siglo, este contrapeso del Austria en el Brandeburgo, provincia destinada para formar una nueva monarquía, enteramente alemana, protestante y llena de porvenir, la cual será tal vez para la Germania el núcleo de su nacionalidad (1).

En resumen, podemos decir que se hallaba destruida la preponderancia de la casa de Austria, no tanto por sus pérdidas materiales, cuanto por la nueva constitucion del imperio, la imposibilidad en que se hallaba en adelante de ser el centro de la unidad alemana, la separacion de los intereses de las dos ramas, y finalmente por el engrandecimiento territorial y la influencia moral de la Francia.

La obra de Richelieu se habia llevado á cabo por fin por su sucesor, bajo la regencia de su enemiga y durante los disturbios de una minoría. ¡Tanta era la grandeza llena de acierto de los planes del cardinal y tan seguro su triunfo! La Francia ha hecho tratados mas gloriosos que los de Westfalia, pero no tan útiles y durables. Las transacciones diplomáticas de Munster y de Osnabruck fueron durante ciento cincuenta años los tratados constitutivos de la Europa moderna, y han servido de base á todas las que le siguieron. La inmensidad y complicacion de los intereses que arreglaron las han hecho considerar como una obra maestra de diplomacia, y les ha valido el sobrenombre de *Código de las naciones*.

(1) Véase la Geografía militar de T. Lavallée, p. 223.

CAPÍTULO VII.

La Fronda. (1647.—1654.)

§. I. *Renacimiento de las ideas democráticas.*—*Revolucion de Inglaterra.*—*Muerte de Carlos I.*—El principio del siglo diez y siete había sido una época de progreso para los tronos absolutos. Hemos visto el inmenso camino que hizo en Francia el poder real en el reinado de Enrique IV y bajo el gobierno de Richelieu; la casa de Austria había estado en Alemania muy próxima á conseguir el objeto vanamente codiciado por Carlos V, una monarquía hereditaria; la prerogativa real, tan extensamente ejercida por los Tudor en Inglaterra, había sido explotada imprudentemente por los Estuardos en un sentido enteramente despótico y hasta católico; y nada había podido conmover aun en España bajo el reinado de los débiles sucesores de Felipe II el inmenso edificio elevado por este genio del absolutismo. La época del tratado de Westfalia marca un momento de derrota para las monarquías absolutas; los pueblos dan en todas partes señal de su existencia, y «brilla una estrella adversa para los reyes (1).»

En la monarquía española se rebelan tres reinos para conservar sus libertades tomando recuerdos nacionales; quedan aniquilados para siempre en Alemania los proyectos de monarquía hereditaria de la casa de Austria, y finalmente Inglaterra y Francia van á sufrir dos revoluciones populares, que aunque diferentes entre sí por su importancia y sus resultados, su origen es igualmente el renacimiento de las ideas democráticas.

Imbuído Carlos I en las erróneas ideas sobre la naturaleza del poder absoluto, seducido por el ejemplo de Richelieu y ansioso de establecer en sus reinos la unidad de poder y de religion, había encontrado insuperables obstáculos á sus proyectos en el seno del parlamento. Cesó de convocarlo, atendió á los gastos públicos con contribuciones ilegales, é intentó introducir el epis-

(1) Monteville, t. II. p. 443.

copado y la liturgia anglicana en la Escocia, donde era tan ardiente y feroz el calvinismo puritano. Los escoceses se revolucionaron y firmaron una alianza para la defensa de la fé, que se hizo célebre bajo el nombre de *Cocenant* (1637).

Dióse principio á la guerra, los insurgentes obtuvieron algunos triunfos, y el rey se vió precisado á convocar un parlamento, el cual se vengó de sus ataques á las libertades nacionales, condenando á muerte á su principal ministro Strafford, desposeyéndole de sus mas importantes prerogativas, y haciendo alianza con los escoceses (noviembre de 1640).

Richelieu, con una perfidia que deshonra su memoria, lanzó á Cárlos á los mismos peligros y apuros que este le habia hecho sufrir protegiendo á los hugonotes; envió armas y dinero á los insurgentes de Escocia «y repartió el oro en abundancia en Lóndres para excitar al pueblo á la rebelion (1).» Los irlandeses se revolucionaron tambien apoyados por estós disturbios, el parlamento acusó al rey de complicidad con los papistas, y le privó el mando y direccion de la guerra que iba á hacerse contra ellos.

Cárlos huyó á Nottingham (24 de agosto de 1642) y llamó á todos los súbditos leales á la defensa del trono; los nobles, los obispos y los católicos se reunieron bajo sus banderas. Eran partidarios del parlamento el pueblo, los presbiterianos, y entre estos los independientes, especie de anabaptistas que querian la igualdad absoluta, tanto política como religiosa, que rechazaban los reyes, los nobles y sacerdotes, que tomaban por regla única de la fe la inspiracion individual, y que finalmente tenian por jefe á un ambicioso y hombre de genio, de astucia y crueldad, á Oliverio Cromwell, miembro del parlamento.

Despues de tres años de guerra Cárlos fué definitivamente vencido en la batalla de Naseby (14 de junio de 1645), y huyó al campo del ejército escocés que le vendió pérfidamente á sus enemigos. El parlamento se mostró no obstante inclinado á hacer con él un arreglo, pero el ejército compuesto enteramente de niveladores, fanatizado por Cromwell, marchó hácia Lóndres, arrojó de la cámara á los diputados moderados, y dejó el campo libre á los independientes. Estos nombraron una comision para

(1) Retz, t. II, p. 93.

juzgar al rey; los pares no quisieron sancionar este acto, y los comunes declararon que para nada necesitaban su sancion, porque todos los poderes emanan del pueblo. Carlos se presentó ante esta comision y no quiso responder. Fué condenado á muerte, y subió al cadalso el dia 30 de junio de 1649.

La reina y el príncipe de Gales se habian ya refugiado en Francia.

§. II.—*Oposicion del parlamento de Paris á la autoridad real.—Principio de la Fronda.*—Esta revolucion tan terrible fué por otra parte muy efímera; la aristocracia era en Inglaterra la guia de la civilizacion, y como la caida de la monarquía se habia efectuado á pesar suyo y contra ella, no podia ser muy durable el nuevo estado político. La monarquía era en Francia la que iba al frente de la civilizacion, y el movimiento democrático que estalló allí poco despues, solo contribuyó para abrir la senda al absolutismo. Tenia aun menos y mas débiles bases este movimiento que el de Inglaterra, porque fué dirigido por la aristocracia popular de los parlamentos, potencia bastarda y enteramente nueva, que hasta entonces habia sido un instrumento dócil del trono contra la nobleza feudal. Pero la magistratura habia visto engrandecerse durante medio siglo su reputacion y su influencia; habia dado dos veces la regencia é intentado reemplazar á los estados generales de 1614; veia sus miembros en el consejo del rey, en las embajadas y al frente de las milicias urbanas; y poderosa por sus riquezas, su ilustracion, sus oposiciones, la numerosa clientela que en torno suyo se agrupaba, componía la parte rica de la clase media, y podia empero creerse representante del pueblo.

La magistratura, pues, intentó llevar á cabo una revolucion popular.

Richelieu y Mazarino habian exigido «monstruosas sumas de dinero» para atender á los gastos de su prolongada guerra contra la casa de Austria. Inventábanse sin cesar nuevos impuestos, se crearon cargas y exacciones de toda especie, se hacian empréstitos ruinosos al quince por ciento, eran devorados de antemano los ingresos de muchos años, y se disminuía y escatimaba el sueldo á los empleados. No habia existido semejante desórden en la hacienda desde Enrique III. Richelieu al menos

había desplegado fausto, proveía con prodigalidad los gastos del estado y economizaba las pensiones y regalos de los cortesanos; mas, Mazarino era avaro y rapaz, y la nacion le odiaba por su calidad de extranjero, su ascendiente sobre la reina, sus ademanes y lenguaje solapados, hipócritas y rastreros, y por su pertinacia en continuar el sistema de guerra de Richelieu; pero le odiaba aun mas por las enormes riquezas que atesoró en sus arcas, los regalos que hacia á los cortesanos, y sobre todo por los edictos de hacienda inventados por su hechura Emery, administrador tan hábil como impopular.

El parlamento hizo una violenta oposicion á estas tiranías financieras, propuso la reunion de los *consejos soberanos*, es decir, del parlamento y del tribunal de cuentas «con objeto de llevar á cabo la reforma del estado puesto en inminente peligro por el desacertado manejo de la administracion,» y despues de numerosas discusiones, se negó á registrar un edicto que establecía un impuesto justo pero inusitado, cual era un derecho sobre todos los géneros de consumo que entrasen en París. El gobierno hizo registrar á la fuerza el edicto, y al dia siguiente los magistrados declararon el acto de ningun valor (16 de enero de 1648).

La regente, como nieta de Felipe II, tenia las ideas exageradas de la corte de Madrid sobre la naturaleza del poder real, é irritada con la resistencia del parlamento, le prohibió con el tono de mofa mas altanero que se enterase de los edictos reales, «hasta que se hubiera declarado en forma si le competía el derecho de poner coto á la voluntad del rey (1).» Palabras imprudentes por cierto, pues la monarquía absoluta acaba de nacer, y si no habia nada escrito sobre el pretendido derecho del parlamento para contrariar la voluntad del rey, tampoco lo habia sobre el poder absoluto de los reyes. «Renació entonces el espíritu de exámen, dice el cardenal de Retz, se buscaron á tientas las leyes; todos se azoraron, y en medio de esta agitacion, aunque tales cuestiones eran oscuras y venerables por su oscuridad, se hicieron problemáticas y odiosas para la mayoría de la nacion. A no haber eludido la respuesta los mas prudentes de la corporacion, la Francia se hubiese visto en apuro, segun parecer,

(1) Retz, t. I, p. 144.

pues declarándose la asamblea por la afirmativa, como estuvo á punto de hacerlo, hubiera hecho trizas el velo que cubre el misterio del estado (1).» Se adoptó el impuesto con algunas modificaciones, pero el parlamento persistió en contradecir los actos del gobierno. Creáronse entonces nuevos empleados judiciales, y al renovarse el arrendamiento del derecho de la *paulette*, se exigió á los magistrados cuatro años de sus sueldos en calidad de préstamo. El parlamento, el tribunal de cuentas y el de las contribuciones de líquidos se reunieron y publicaron un decreto llamado de union, por el cual convinieron en ocuparse de los negocios y de la reforma del estado por medio de una asamblea compuesta de diputados de los tres consejos (13 de mayo). Un decreto del consejo del rey anuló el de union, y se emplearon en vano los halagos y las amenazas para impedir la asamblea proyectada. Persistieron los magistrados, la asamblea se convocó en el salón del palacio llamado de San Luis, y Mazarino aconsejó á la reina que cediera, al ver al pueblo agitarse en favor de los magistrados y renovar sus intrigas á los importantes.

Esta asamblea declaró (29 de junio) que se suprimieran los intendentes establecidos en las provincias en detrimento de los empleados ordinarios de justicia y de hacienda; que de las contribuciones, que ascendían á 50 millones (á 26 francos el marco), se rebajase una cuarta parte; que no pudiera ordenarse ni recaudarse ningun impuesto sin el registro y sancion de los consejos soberanos; que el parlamento fuese el único juez de las malversaciones de caudales; que no pudiera establecerse ninguna comision extraordinaria; que toda persona arrestada por orden del rey fuese interrogada en el término de veinte y cuatro horas ó puesta en libertad, etc. Estas peticiones contenian una completa revolucion. La reina se negó á sancionarlás, y mandó al parlamento que diese fin á sus asambleas sediciosas. El parlamento declaró que las reformas decretadas no necesitaban la sancion real, y publicó un decreto suprimiendo los intendentes y las comisiones extraordinarias.

La regente estaba furiosa. «Jamás consentiré, exclamó, que semejante canalla ataque la autoridad del rey mi hijo (2).» Y ani-

(1) Retz, t. I. p. 114 y 210.—(2) Motteville, t. II. p. 386.

mada por la profunda y sencilla confianza en su poder, no hablaba mas que de destruir, aniquilar y hacer «un castigo tan ejemplar que asombrara á la posteridad.»

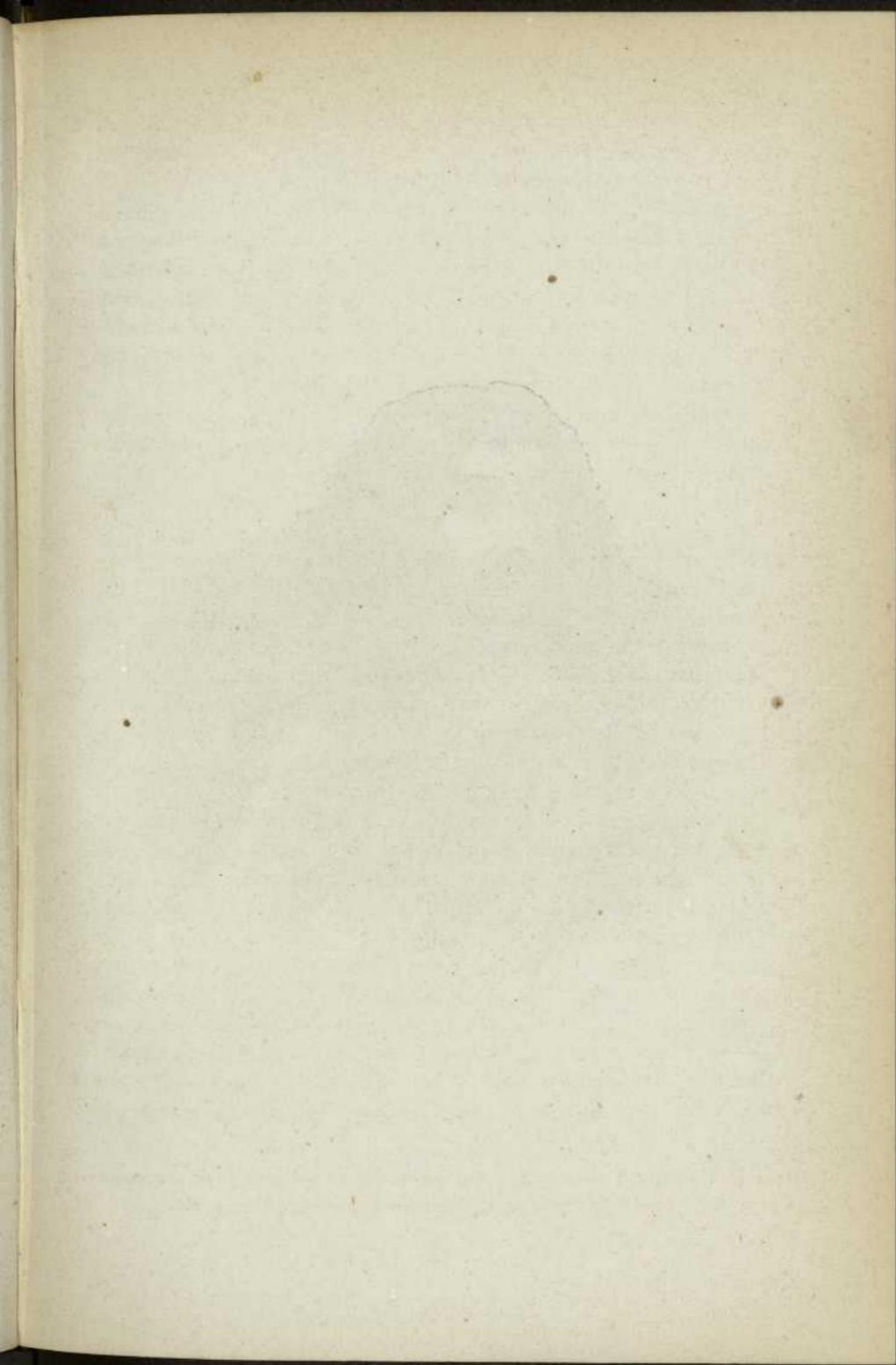
«Señora, le dijo Mazarino, sois tan valiente como un soldado que no conoce el peligro (1).» Y contribuyó con sus consejos á que diera su consentimiento acerca la supresion de los intendentes, por cuanto el decreto fué convertido en declaracion real, «para que el pueblo tuviera que agradecer este alivio á la munificencia de su majestad (2). Después discutió sobre las demás peticiones, y despidió de su lado al superintendente Emery.

«Esta condescendencia del ministro solo contribuyó para dar aliento á las esperanzas de los revolucionarios, y el parlamento empezó á atribuirse un poderío tan excesivo, que dió lugar á temer no le hubiese causado impresion el mal ejemplo que le presentaba el de Inglaterra (3).»

Los consejeros jóvenes, animados por la ilusion de ser muy pronto ministros, solo hablaban ya del gobierno del reino y no se acordaban de los negocios de palacio (4). «Los antiguos y los moderados no podian ocultar su deseo de ver estrellarse el sistema ministerial ante la resistencia parlamentaria. El mas entusiasta de todos era Broussel, anciano probo y de mediano talento, que declamaba sin cesar contra la corte y los impuestos, idolatrado del pueblo que le miraba como á su tribuno (5).

El pueblo de París principiaba á revolucionarse, y «se decia públicamente por las calles que si se pedia dinero, estaban resueltos todos á seguir el ejemplo de los napolitanos (6).» Circulaban públicamente los folletos mas atrevidos y canciones injuriosas á la reina, una multitud de ambiciosos inducian al desorden, en especial Gondi (el cardenal de Retz) coadjutor y sobrino del arzobispo de París, joven de desordenadas costumbres, que abrigaba, segun él mismo confesaba, el alma menos eclesiástica que existia en el universo. De talento claro y seductor, aunque lleno de vanidad y de intriga, solo le placian las turbulencias, las conspiraciones y las conmociones populares, y era de parecer que se necesitaban «mayores calidades y mas genio

(1) Motteville, t. II. p. 387.—(2) Retz, t. I. p. 135.—(3) Id. t. II. p. 407.—(4) Memorias de Montglat.—(5) Memorias de Brienne.—(6) Motteville, t. II. p. 316.





para ser un buen jefe de partido, que para representar el papel de un perfecto emperador del universo.»

La corte se llenó de inquietud y proyectó contener las asambleas del parlamento por un decreto del rey, por el cual resolvió la rebaja de una cuarta parte de las contribuciones, mandando que no se recaudase ningún impuesto sin el registro del parlamento, y prometiendo reunir á los diputados. Al mismo tiempo prohibió las sesiones del salon de San Luis (30 de julio de 1648).

Pero los ánimos estaban en la mayor exaltacion y no les satisfacian las reformas concedidas; los parlamentarios continuaron reuniéndose y declamando sobre la miseria del pueblo, el estado precario de la nobleza y la gloria de una nacion comprometida en una guerra interminable. La reina resolvió en su desesperacion esterminar la Fronda (este es el nombre que se daba al partido de la magistratura), sin darle tiempo para rehacerse por medio de un golpe de estado.

§. III.—*Las barricadas de 1648.*—Condé acababa de alcanzar la victoria de Lens. «El parlamento habrá recibido un gran pesar con esta noticia,» dijo el rey, que se habia educado con todas las máximas del poder absoluto; y mientras la corte asistia al *Te-Deum* que se cantaba en Nuestra Señora (26 agosto) (1), los guardias fueron á prender á Broussel y á dos magistrados mas. Toda la ciudad se alzó en una violenta rebelion al saber estas prisiones, la multitud siguió el coche donde llevaban á Broussel y del cual se queria apoderar, y no se oian mas gritos que *Broussel y libertad!*

Los guardias franceses y los suizos fueron rechazados hasta el Palacio real (2): el pueblo extendió las cadenas y empezó á construir barricadas. El consejo de la ciudad mandó á las milicias urbanas que corriesen á las armas.

El coadjutor se habia arrojado en medio del tumulto, y despues de exponerse á inminentes peligros, llegó al Palacio real para pedir la libertad de Broussel. Halló la corte llena de confianza y seguridad que le recibió con mofa, en especial la reina que respondió á sus palabras de alarma, en las que están resumidas

(1) Motteville. t. III. p. 3.—(2) Richelieu dejó en herencia á Luis XIII el palacio Cardenal. Ana de Austria estableció en él su permanencia, y por esta razon adquirió el nombre de Palacio real.

todas las convicciones del poder absoluto: «¿Creeis que la rebelion tenga poder de rebelarse?» Despues añadió: Idos á descansar, señor, que habeis trabajado bastante (1).»

Gondi, que solo aspiraba á hacerse el indispensable, airado con las sospechas de la corte, resolvió ponerse al frente del movimiento, contando con los jefes de las milicias populares que le eran adictas, con una gran parte de los parlamentarios, todo el clero, y finalmente con el pueblo que le amaba por su dignidad, su clemencia, su liberalidad y sus maneras finas y caballerescas.

El canceller Segnier se dirigió al siguiente dia al parlamento para calmar los ánimos, pero detenido por las barricadas del Puente Nuevo, fué insultado y perseguido por el pueblo. El mariscal de la Meilleraie trabó un combate para libertarle, pero rechazados los suizos, los habitantes de los arrabales inundaron el centro de la ciudad, y la guardia urbana en union con el populacho se apoderó de todos los sitios mas notables del interior. «Todos corrieron á las armas, dice el cardenal de Retz, y se construyeron en París mas de doscientas barricadas en dos horas, donde se enarbolaron las banderas y armas que habian dejado los de la liga (2).»

El parlamento se decide entonçes á ir en corporacion á pedir la libertad de Broussel. Todas las barricadas se abren ante los magistrados, pero la regente rechaza su peticion con cólera. «Vosotros habeis sido los causadores del tumulto, les dijo; y vosotros me respondeis de lo que suceda con vuestras mujeres y vuestros hijos, y el mio sabrá castigar algun dia vuestra rebelde insolencia (3).»

Salen del palacio, pero el pueblo furioso les fuerza á entrar otra vez, y dicen que si no traen á Broussel, irán á buscarle cien mil hombres. Ana estaba encendida de ira y queria sostener un sitio, pero á instancias de Mazarino, y especialmente de la reina de Inglaterra que le recordaba su funesto ejemplo, cedió á la peticion del parlamento. Esta corporacion prometió no ocuparse por entonces de los negocios públicos, y la reina dió orden de poner en libertad á Broussel

(1) Retz, p. 467 y 469.—(2) Id., p. 491.—(3) Motteville, t. III, p. 48

Al día siguiente el anciano consejero fué recibido con extraordinarias aclamaciones. «No ha habido triunfo de rey ó de emperador jamás, dice la señora de Motteville, tan grandioso como el de este pobre hombre, que solo le hacian recomendable el afán que le animaba en pro del bien público y su odio contra los impuestos (1).» Se destruyeron las barricadas, las tropas reales salieron de París, y se restableció el orden en todas partes. Pero el pueblo conservó siempre una extrema desconfianza de la corte, un regocijo insolente de su victoria y una tendencia y deseo de turbulencias. Los ambiciosos tuvieron cuidado de alimentar sus pasiones envejecidas, circularon una multitud de libelos y canciones donde se insultaba y se hacia mofa del ministro y donde «todo lo que tenia relacion con el respeto debido á la reina, servia de objeto de irrisión pública (2).» Lleno de orgullo el parlamento por los aplausos del pueblo é imbuido en las lecturas de la antigüedad, se creia ya convertido en senado romano, y pretendia ser instituido, como en otro tiempo los éforos, para moderar el exceso de poder de los reyes y oponerse á sus caprichos y desarreglos. Tomaban por modelo al parlamento inglés, como si hubiera de comun entre las dos instituciones otra cosa mas que el nombre, continuaba sus asambleas, hacia casi imposible la existencia del gobierno con sus exigencias, y hasta se negaba á castigar los insultos hechos á la reina.

§. IV.—*Fuga de la corte.*—*Los señores se reúnen con el pueblo.*—*Guerra civil.*—*Paz de Ruel.*—La regente y su ministro se cansaron de esta situacion; era preferible una guerra declarada pero fuera de París. La corte se retiró á Ruel (13 de setiembre de 1648).

El parlamento mandó á los vecinos que tomasen las armas, intimó á Mazarino á que trajese al rey á la capital, y tomó una actitud tan firme, que la reina se dió prisa á negociar. Además Condé habia abandonado la corte, pues se habia hecho partidario del parlamento y pedia la caída del cardenal. Ana se vió en la precision de ceder á todas las peticiones del Salon de San Luis (24 de octubre), y esta concesion, que cambió en realidad la constitucion de Francia, causó un regocijo universal.

(1) Motteville, t. III, p. 26.—(2) Id., id., p. 39.

Acontecía todo lo que hemos narrado mientras seguían las difícilísimas negociaciones que produjeron los tratados de Westfalia, pero habiendo sido firmados estos el día mismo que la corte regresó á París, Mazarino pudo atender con todas sus precauciones á los disturbios interiores. La regente consideraba todas las concesiones que había hecho, «como un asésinato contra la autoridad real (1),» y trató de ganar el terreno perdido. El parlamento mandó formar un sumario sobre las violaciones hechas á la declaración del 24 de octubre, y amenazó al cardenal con una sentencia de destierro. Este reunió cerca de París ocho mil hombres, persuadió á Condé «de que debía preferir la gloria de sostenedor de la monarquía á la de defensor del pueblo,» se hizo dueño del ánimo del duque de Orleans y de los demás príncipes con sus promesas, y la corte, saliendo entonces furtivamente de la capital, se retiró á San German (6 de enero de 1649).

Al día siguiente apareció una declaración en la que la regente anunciaba á los vecinos «que el rey había salido de París para no permanecer expuesto á los perniciosos designios de algunos individuos de su consejo del parlamento, los cuales de inteligencia con los enemigos declarados del estado, habían atentado contra su autoridad repetidas veces y abusado en demasía de su bondad, habiendo llegado al extremo de conspirar para apoderarse de su persona (2).» Al mismo tiempo el parlamento recibió orden de trasladarse á Montargis.

Cuando París supo la fuga del rey volvió á sublevarse; los magistrados estaban llenos de terror; pero orgulloso y animado el pueblo tomó las armas espontáneamente. Condé trabajó con tanta actividad, que todos los ánimos se llenaron de desesperación, y el parlamento declaró por unanimidad á Mazarino perturbador de la tranquilidad pública, enemigo del rey y del estado, mandándole que saliera del reino en el término de ocho días, y que de lo contrario todos los súbditos del rey tenían orden de perseguirle (3).» Los magistrados empuñaron después las riendas del gobierno, se cuidaron de la defensa de la ciudad y de proporcionarle víveres, votaron impuestos que ascendieron en pocos días á 1.200,000 libras, el levantamiento de diez y ocho mil

(1) Motteville, t. III., p. 84.—(2) Id., id., p. 144.—(3) Id., id., p. 149.—Retz t. I., p. 237.

hombres de tropas regulares y la movilizacion de todas las milicias urbanas. El cuerpo municipal y el clero se reunieron con ellos, y la rebelion adquirió un aspecto serio y temible. «Ah! exclamó la reina, si intentan tratarnos como al rey y á la reina de Inglaterra, sabrán con quien van á luchar!»

Creia Ana que privando de víveres á la ciudad seria fácil acobardar á aquel pueblo insolente y cobarde, el cual no se atreveria á mirar cara á cara á los soldados del héroe de Rocroy. Pero la nobleza, que desde el principio de la regencia queria vengarse de Mazarino, é intimidando á la reina intentaba obtener empleos y pensiones, no podia dejar pasar tan trascendental movimiento sin tomar en él una parte activa. La guerra civil era para ella una ocasion favorable para recobrar su antigua influencia, pues se exponia á ganar y á no perder nada. Estaba ya muy lejana la época de Luis XIII, y veia en «las gradas del trono, desde donde el áspero y temible Richelieu habia aniquilado en vez de gobernar á los humanos, un sucesor suave y benigno (1), persona de astucia y de intriga, incapaz de levantar un cadalso (2).» Acudieron pues á París el duque de Elbeuf con sus hijos, el príncipe de Conti (3), el duque de Longueville y el de la Rochefoucauld, arratrados los tres por la duquesa de Longueville (4), los duques de Bouillon y de Chevreuse, y finalmente el duque de Beaufort recientemente fugado de Vincennes, que fué muy pronto el ídolo del pueblo y el *rey de los mercados*. Estos señores frívolos y alegres, seguros por otra parte de ofrecer su sumision cuando quisiesen, dieron á la insurreccion un aspecto de fiesta con su lujo y su galantería, secundaron el movimiento del pueblo, y cambiando su primitivo carácter, fueron causa de que no se lograra el triunfo que se esperaba. La Fronda, en vez de ser una tentativa del pueblo para conseguir garantías de libertad, no fué mas que la última campaña de la aristocracia contra el trono.

Los señores firmaron una acta de union con los vecinos, sien-

(1) Retz, t. I, p. 65.—(2) Id. p. 95.—(3) Era hermano de Condé. El cardenal de Retz dice que era un cerro que no se multiplicaba porque era príncipe de sangre real (T. I. p. 298).—(4) Genoveva de Borbon, hermana de los príncipes de Condé y de Conti, esposa del duque de Longueville, el cual era descendiente del célebre Dunois, y querida en fin del duque de la Rochefoucauld, autor de las *Máximas*.

do nombrado Conti generalísimo, y teniente suyo el duque de Elbeuf. La duquesa de Longueville se alojó en las casas consistoriales con una corte de señores frívolos y licenciosos, y «muy pronto no se habló de otra cosa en toda Europa que de los encantos de su hermosura, la finura de su carácter y la reputación que había adquirido en París y en todo el reino.» Los príncipes ejercitaban las milicias urbanas, el coadjutor organizaba un ejército de caballería y predicaba al pueblo «la defensa de las leyes del reino;» el parlamento continuaba tomando rigurosas medidas, mandando que todos se reuniesen para la defensa común, buscando por todas partes armas, víveres y provisiones, encargándose de pagar la suma de 500,000 libras, y aconsejando á las municipalidades que tocasen á rebato y acometiesen á todos los que levantaran tropas sin su mandato. Todos los demás parlamentos se adherieron al de París, se pronunciaron en favor suyo Reims, Tours y Poitiers; el duque de la Tremoille alistó soldados públicamente en su nombre; se rebelaron en masa la Normandía y la Provenza, y se despertó en todo el reino el espíritu de provincialismo contra el despotismo central establecido por el cardenal Richelieu.

Principió la guerra. Después de haber anulado el consejo del rey los decretos del parlamento y declarado rebeldes á los príncipes y sus secuaces, Condé se apoderó de Lagny, Corbeil, Saint Cloud y Charenton. La toma de esta última plaza fué el único acontecimiento serio de esta guerra de seis semanas (8 de febrero de 1649). Su guarnición mandada por Clanleu pereció enteramente defendiendo la última barricada, y fueron pasadas á cuchillo nueve compañías de parisienses: todo lo demás, por decirlo así, no fué mas que un juego. Los vecinos indisciplinados, revoltosos, altivos y mal mandados, huían al ver los soldados de Condé; se reían de las derrotas lo mismo que de las victorias, hacían mofa de los Mazarinos, y publicaban groseras caricaturas sobre la adhesión de la *dama Ana* hácia su ministro. Scarron, Marigny, Chapelle y Mezeray daban á luz innumerables folletos; el coadjutor predicaba, escribía, combatía é intrigaba, y las mujeres se mezclaban con sus amores en esta lucha degenerada.

El pueblo empezaba no obstante á cansarse de una guerra he-

cha sin inspiracion, y cuyo objeto no veia con claridad, se habia paralizado el comercio, y los señores y sus queridas habian devorado muchos millones. La corte volvía á tener por otra parte ideas de moderacion al ver la extension que tomaba la revolucion; se decia que Turena, seducido por la duquesa de Longueville, iba á pasarse al partido de la Fronda con las tropas weimarianas, y Longueville y la Tremoille se habian puesto en camino hácia París con dos ejércitos organizados en Normandía y en Poitou. El archiduque Leopoldo, gobernador de los Países Bajos, envió además una especie de embajador al parlamento, declarándole que el rey de España le reconocia como árbitro de la paz, le incitaba á que nombrase diputados para un congreso, y le anunciaba que «habia hecho avanzar diez y ocho mil hombres hasta la frontera para auxiliarle en caso de necesidad.» Finalmente, un suceso terrible dispuso á todos los ánimos á admitir un arreglo: Carlos I murió en el cadalso.

Conociendo el parlamento que los señores, «con objeto de perpetuar el desórden para trastornar el estado,» solo pensaban en engañar y enconar al pueblo, encargó al presidente Molé, hombre de virtud acrisolada «y el mas intrépido que se haya visto en su siglo,» para que entablase conferencias con la corte. Los nobles proyectaron paralizar las negociaciones firmando con España un tratado de alianza, á consecuencia del cual entró el archiduque Leopoldo en Champaña; pero los parlamentarios, en quienes el sentimiento nacional era su pasion dominante, se indignaron de esta traicion, y á pesar de la dureza y severidad que manifestaba la reina, patentizaron que estaban enteramente dispuestos á admitir la paz. Despues de discusiones muy confusas, excediéndose Molé en sus atribuciones, firmó por fin un tratado (11 de marzo) por el cual quedaban anulados los actos del parlamento, se licenciaban sus tropas, y se abolian las asambleas. La corte concedia una amplia amnistía, devolvía á los señores sus bienes y dignidades, y prometia alejar de la corte á sus ejército.

El pueblo se llenó de indignacion cuando leyó las cláusulas del tratado, el parlamento se negó á registrarlo, los grandes excitaron á las masas, y fueron causa de disturbios en los que Molé se vió amenazado de ser víctima del acero de los rebeldes, y

volvieron á entablarse conferencias con la corte para pedir modificaciones al tratado. La Fronda se reanimó al saber que Turena se había alejado con su ejército, y los señores hicieron á la reina condiciones análogas á las que Luis XI tuvo que soportar en el tratado de Confians; Bouillon pedia á Sedan, Turena la Alsacia, la Tremoille el Rosellon, Beaufort la Bretaña, etc.; pero Mazarino consiguió seducir con el dinero á las tropas weimarianas, que abandonaron a su general, el cual huyó á Alemania, y se declararon en favor de la corte. Los nobles, aterrados con esta defeccion, concibieron el proyecto de *espurgar* ó disolver el parlamento, apoderarse de la casa de la ciudad, y hacer avanzar hasta los arrabales al ejército español (1).

Los magistrados dieron prisa entonces á la reina para que firmase la paz, y llena esta de inquietud por la llegada del archiduque que había entrado ya en Reims, consintió en modificar el tratado de Ruel, conceder la rebaja de los impuestos, y permitir las asambleas del parlamento (1.º de abril); «finalmente, dice madama de Motteville, habiendo arrancado los señores alguna parte de las liberalidades reales, resolvieron que se concluyese la paz, y el rey tuvo que aceptarla de sus súbditos despues de haberla comprado bien cara (2).»

§. V.—*Continúan las turbulencias.—Las heroínas de la Fronda —Nueva Fronda de los señores.—Prision de Condé.*—Esta paz no contentó á nadie. Los nobles se marcharon á sus provincias para atizar en ellas el espíritu de rebelion, los parlamentos conservaron su asociacion, y el pueblo continuó lanzando sus injurias y libelos contra Mazarino y la reina, pidiendo al parlamento que imitase el ejemplo de Inglaterra, y no hablando mas que de libertad y de república. «Los pueblos, se decia públicamente, tienen derecho de hacer la guerra á sus reyes, de cambiar sus leyes, y trasladar la corona de una familia á otra.... Nuestra monarquía es demasiado caduca, y es tiempo ya de que acabe.» No pudo restablecerse el orden en París, las provincias rehusaban pagar los impuestos, y los pueblos querian respirar el aire de la libertad. Los pobres aldeanos yacian en la mas espantosa mise-

(1) Retz, t. II. p. 480.—(2) Motteville, t. II. p. 264.

ria, el ejército estaba mal pagado, la casa real en un estado lamentable, y la monarquía reducida á un extremo (1).»

La corte se convirtió en un teatro de intrigas mezquinas y confusas, que no debe apuntar la historia por su poca importancia, y que es preciso buscar en las curiosas y prolijas memorias de esta época. La unidad monárquica continuó luchando contra el delirio de conspiraciones que había perseguido tan rudamente Richelieu; jamás había sido la nobleza tan fútil, arrogante, audaz y espiritual, ni habían sido sus costumbres tan disolutas y elegantes al mismo tiempo como entonces, y «los vicios, según dice Saint-Evremont, fueron mirados como deleites y diversiones.» Nunca estuvo el estado agitado y hundido en los disturbios por motivos tan pueriles; el amor gobernaba y dirigía todos los partidos desde Ana de Austria, dispuesta á hacer cualquier sacrificio antes que abandonar á su ministro, hasta Turenna á quien la duquesa de Longueville arrastraba á la revolución; el coadjutor maquinaba sus conspiraciones en los tocadores de sus numerosas queridas, y veremos muy pronto á las princesas de Condé y de Montpensier mandando los ejércitos. Las mujeres representaron durante toda esta época el papel mas brillante con su talento, siguieron una vida aventurera, romancesca, y mezclada de goces y peligros; disponían á la vez intrigas amorosas, expediciones guerreras, fiestas y conspiraciones, y jamás habían ejercido tanta influencia en el gobierno del estado. Pero las duquesas de Longueville, de Montbazon, de Bouillon, de Chevreuse, etc., tan hermosas como galantes, y tan audaces como graciosas, al aspirar un lugar distinguido en la política, mezclaron con los negocios sus mezquinas pasiones, sus limitadas miras y sus ideas frívolas, y sacrificaron á su vanidad su honor, su reposo y el honor y el reposo de sus familias.

La corte no había regresado aun á París, pues creyendo Mazarino alcanzar popularidad con algunos triunfos militares, la había trasladado á la frontera para contener al archiduque. Su ejército, compuesto de treinta mil hombres y mandado por el mariscal de Harcourt, rechazó al enemigo en la Champaña, re-

(1) Motteville, t. III. p. 283 y 308.—Retz, t. I.

cobrando las plazas del Escalda, pero se desgració en el sitio de Cambrai.

Condé se alegró de este desastre, pues se hallaba en declarada contienda con el ministro, y se había negado á aceptar el mando de su ejército. El vencedor de la Fronda, embriagado con las adulaciones de la nobleza, seducido por la duquesa de Longueville que le mecía en las mas halagüeñas ilusiones, y rebosando odio contra el cardenal, á quien decía había librado del patíbulo, Condé pues aspiraba á dominar el gobierno; y pidiendo continuamente gracias para sí y para sus amigos, tiranizaba el consejo, pretendia que no se diera ningun empleo sin pedir su consentimiento, é insultaba del modo mas brutal al ministro y á la misma regenta. Mazarino desplegó toda su finura, sus ardides, sus maneras humildes é insinuantes y su paciente hipocresía para conservar al partido de la corte á este príncipe arrebatado, mudable y altivo hasta rayar en extravagante, que se hacia ridículo por sus ademanes de espadachín y héroe de teatro. Menos disgustos y apuros le habian costado los tratados de Westfalia.

Condé se resistió á todos sus artificios, y le declaró en alta voz que era preciso que saliera inmediatamente del reino, y al mismo tiempo que así obraba, consevaba todo el desprecio que le inspiraban los parlamentarios y el pueblo, y se obstinaba en mantenerse separado de ellos. Deseaba formar una nueva Fronda, reanimar el antiguo partido aristocrático, y dar una segura y firme posicion á los nobles que habian hecho alianza con el parlamento contra el trono. Reuniéronse en torno suyo todos los señores, aplaudian sus insolencias, las exajeraban con comentarios de mofa y presuncion, y pedian gobiernos, dignidades y fortalezas.

La Fronda parlamentaria estrechó un poco mas la amistad con la corte, Mazarino hizo creer á Condé que Condi y Beaufort habian intentado asesinarle, y amenazados estos por el príncipe que queria arrojarles de París, unieron sus resentimientos á los del ministro. La misma reina, á quien Condé habia ultrajado como á mujer, calmó el odio que le inspiraba el pueblo, y consintió en sufrir la censura del parlamento para satisfacer su venganza. Mazarino no era partidario de los golpes de estado vio-

lentos, sino de ladear los obstáculos, lo cual estaba mas en armonía con la naturaleza y los gustos de su alma. Donde Richelieu empleaba la altivez y la dureza, él solo desplegaba la doblez y la humildad; este era el camino por donde habia salido siempre triunfante, y «no ha existido jamás un hombre con tanta autoridad y rodeado de tantos enemigos, que haya perdonado con mas facilidad y empleado menós las prisiones y los suplicios (1).» Pero usó de violencia con el brutal é insolente vencedor de Rocroy, y la reina consintió en ello con afan arrastrada por su furor, y viéndose reducida á contener sus iras. Llegó ella hasta el extremo de ponerse de acuerdo con el coadjutor y el duque de Orleans; y segura de la neutralidad de la antigua Fronda, mandó prender á Condé, á Conti y á Longueville, y los envió á Vincennes (18 de enero de 1650).

§. VI.—*Rebelion de los señores.—Sumision de Burdeos.—Batalla de Rethel.—Union de las dos Frondas.—Mazarino sale de Francia.*—Los parisienses aprobaron la caida del vencedor de la Fronda, y Beaufort y todos los frondistas se apresuraron á reunirse en torno de la reina y á ofrecerle su espada. Los partidarios de Condé se retiraron á sus provincias; la duquesa de Longueville se refugió en Normandía, donde corrió las aventuras mas romancescas, y se retiró á Holanda y desde allí á Stenay, donde sedujo á Turena y le indujo á declararse «teniente general por el rey con objeto de alcanzar la libertad de los príncipes.» El mariscal organizó un ejército é hizo un tratado con los españoles que le dieron dinero y soldados. Se sublevó la nobleza de Borgoña, Normandía y Guéna, pero la debilidad de sus esfuerzos atestiguó que Richelieu habia descargado un golpe mortal á la aristocracia.

La corte marchó contra los rebeldes con un ejército, y su presencia bastó para someter á la Normandía y la Borgoña, pero no sucedió lo mismo en la Guéna. Esta provincia, «sediciosa siempre y revolucionaria,» é impelida aun por los sentimientos hostiles que separaban al norte del mediodía, se rebeló contra su gobernador el duque de Epernon (2), despues de no haber aceptado el tratado de Ruel. Clemencia de Maillé-Brezé, princesa de

(1) Motteville, t. II, p. 26.—(2) Hijo del favorito de Enrique III, muerto en 1614.

Condé, cuya imaginación estaba imbuida en las ideas romancescas de esta época, determinó hacer la guerra en nombre de su marido. Se fugó de Chantilly, cruzó toda la Francia y se dirigió á Burdeos, donde el pueblo la acogió con entusiasmo y la tomó el parlamento bajo su protección. A pesar de los magistrados que titubeaban en emprender la guerra civil, hizo entrar en la ciudad á los duques de Bouillon y de la Rochefoucauld con sus tropas, se puso de acuerdo con España que le proporcionó dinero, y esperó al ejército real. Se había refugiado en Guiena toda la nobleza de la Fronda, y le fué indispensable su conquista al ejército de la corte.

Burdeos se defendió con heroísmo, pero le obligó á capitular el retardo de la escuadra española que debía libertarla. La reina concedió á la ciudad una completa amnistía, y dió permiso á la princesa y á los dos duques para que se retirasen á sus dominios.

El ejército de Turena, auxiliado por los españoles, se había apoderado en tanto de Catelet, Vervins y Rethel (junio de 1650), y hasta envió una vanguardia para sorprender á Vincennes, pero antes que ésta llegara fueron trasladados al Havre los príncipes cautivos. Entonces fué cuando juntando el mariscal Duplessis las tropas llegadas de Guiena con las suyas, puso sitio á Rethel y se apoderó de la plaza. Turena llegó demasiado tarde, y obligado á presentar batalla con ocho mil hombres á quince mil, sufrió una completa derrota, perdiendo la mitad de sus tropas y viendo la otra mitad aterrada y dispersa (17 de diciembre).

Parecía vencido el partido de los príncipes ó de la nueva Fronda; pero el partido parlamentario, ó sea la Fronda antigua, no había echado en olvido sus antipatías contra Mazarino. Los señores entablaron negociaciones con el coadjutor y el parlamento, y se reunieron las dos Frondas por la mediación de Ana de Gonzaga, princesa palatina (1),» mujer de asombrosa capacidad que gozaba de la confianza absoluta de los príncipes y frondistas (2). El duque de Orleans, seducido por Gondi, que desde entonces adquirió grande ascendiente sobre este espíritu débil, se arrojó en brazos del partido de los príncipes, rehusó los arreglos amis-

(1) Era viuda del hijo segundo de Federico V, elector palatino.—(2) Retz, t. II.—Motteville, t. IV. p. 141.

tosos con la regenta mientras conservara á su lado á su ministro, y organizó un ejército. El parlamento con todas las cámaras reunidas publicó un decreto en el cual pedia formalmente el destierro del cardenal y la libertad de los príncipes, y el pueblo amenazó la vida de Mazarino en un espantoso tumulto. Llena de indignacion la reina queria cercar de tropas el Palacio real y sostener un sitio, declarando que no cometeria «el mismo yerro en que habia incurrido el rey de Inglaterra abandonando su ministro al furor popular (1),» y se resolvió en fin á retirarse al Havre con Mazarino, libertar á los príncipes, y marchar con ellos contra Paris. Siguiendo este designio el cardenal salió de la ciudad con algunas tropas, y debia salir despues la regenta.

Pero cuando el parlamento supo la retirada del ministro, publicó contra él un decreto de destierro (7 de febrero de 1631), en el que se incluian tambien sus parientes y criados. El consejo del rey aprobó este decreto, y el duque de Orleans exigió á la reina la promesa de que no llamaria mas á su lado al cardenal.

La regenta intentó huir: el pueblo sublevado por Gondi rodeó el palacio real y pidió que queria ver al rey (10 de febrero); los oficiales de las milicias invadieron el palacio y desfilaron por delante de Luis XIV que se hallaba dormido. La reina quedó cautiva de las dos Frondas.

Aterrado Mazarino con estos sucesos y abandonado por sus tropas, dejó pasar la tempestad. Se dirigió secretamente al Havre para dar libertad á los príncipes, esperando arrojarlos entre las dos Frondas como una tea de discordia, despues se retiró á Bruchl en el electorado de Colonia, y continuó dirigiendo el consejo por su correspondencia secreta con la reina y los tres secretarios de estado Lionne, Letelier y Servien, sus leales y adictos discípulos. La administracion estaba invadida por sus hechuras.

§. VII.—*Condé tiraniza el gobierno.—La reina se reconcilia con la antigua Fronda.—El principe se retira á Guiena.—Rebellion del mediodia.*—Libres los príncipes de su cautiverio se dirigieron á París donde fueron recibidos en triunfo (16 de febrero de 1631), y declarados inocentes por un decreto del consejo. Viéndose Condé desembarazado del ministro por la voluntad nacional, creyó

(1) Motteville, t. III. p. 480.

que era suyo el gobierno y volvió á tiranizar á la reina, á manifestar altivez á los magistrados, y á tramar intrigas contra todo el mundo. Hizo que salieran del consejo los tres secretarios de estado y que entrara Molé, que era la expresion del partido moderado, pero se puso en declarada discordia con Gaston, Gondi y toda la antigua Fronda. Los parlamentarios le manifestaban su reconocimiento y querian servirse de él como de un instrumento ciego y obediente, pero no podia convenirle su alianza. «No entiendo una palabra en las guerras de cámara, les decia, y no soy muy valiente cuando se trata de tumultos populares y de sediciones (1).» Si deseaba menoscabar la autoridad real no era en provecho de los mezquinos y chismosos vecinos de París, sino de la valiente nobleza que ganaba las batallas. Pidió á la reina el gobierno de la Guiena y del Languedoc con derechos de regalía, el de Provenza para su hermano, fortalezas, dignidades y pensiones para sus amigos, formándose con todos estos dones una especie de reino vecino de los españoles. Hasta habia tratado ya con la corte de Madrid que fomentaba los descontentos, y y si se ha de dar crédito al conde de Coligny, su compañero de rebelion, habia concebido el proyecto de derrocar á Luis XIV y ceñirse la corona (2). Mazarino escribió á la reina las siguientes palabras: «Ya sabeis que el enemigo mas encarnizado que tengo en el mundo es el coadjutor, pero servíos de él, señora, hacedle cardenal, dadle mi puesto, y hasta ponedlo en mi habitacion. Todo esto debeis hacer antes que conceder al príncipe las condiciones que propone. Si las alcanza, solo le falta ir á consagrarse á Reims (3).»

La regenta se reconcilió con el coadjutor, que tenia esperanzas de reemplazar á Mazarino en su confianza, y tal vez en sus secretos afectos. Ella le vió con gozo desafiar al príncipe y á sus numerosos amigos con el ejército de nobles y espadachines que le seguian por todas partes; atizó con una destreza digna de su ministro el odio de estos dos hombres que aborrecia, fomentó las insolencias del príncipe para con los parlamentarios, y prometió al parlamento que le libertaria de su tiránica dominacion. Era tan terrible el encono que sentia la reina con-

(1) Retz, t. II. p. 209.—(2) Véanse las piezas justificativas del ensayo sobre la monarquía de Luis XIV, por Lemontey, p. 191.—(3) Retz, t. II. p. 302.

tra el príncipe, que decía muchas veces: «Hemos de morir uno de los dos (1),» y hasta consultó con su confesor si podía asesinarlo.

Finalmente envió al parlamento, al tribunal de cuentas, al de contribuciones de líquidos y al consejo consistorial reunidos, una declaración contra el príncipe (17 de agosto), en la cual manifestó sus tiranías, las inmensas sumas que había sacado del tesoro, sus traiciones en unión con España, y todos sus atentados contra la autoridad real. El coadjutor apoyó la lectura de esta declaración con su presencia y la de dos ó tres mil espadas. Condé tenía otras tantas á su disposición, el palacio iba á convertirse en un campo de batalla, y toda la ciudad se puso en movimiento y corrió á las armas.

Receloso el príncipe de volver á verse en un calabozo y no pudiendo contar con la antigua Fronde, determinó conquistar el poder únicamente con la espada de los nobles. El mediodía estaba dispuesto á sublevarse, era seguro el apoyo de los españoles, y á instancias de sus amigos partió á la Guiena (30 de agosto) resuelto, como él mismo decía, á ser el último en envainar la espada (2).

La nobleza del mediodía se subleva en seguida en masa con Burdeos y la mayor parte de las ciudades; España hace formidables armamentos y envía una escuadra á la Gironda; Marsin, que mandaba el ejército de Cataluña, envía al príncipe una parte de él; la Rochefoucauld y la Tremoille soblevan el Poitou, se apoderan de Saintes y sitian á Cognac; el duque de Nemours organiza en el norte un ejército de loreneses y alemanes, y finalmente Condé intenta despertar el partido protestante y hasta pide que se apoye á Cromwell (3). Su plan de campaña consistía en marchar desde Burdeos á París en tanto que Turena y los españoles invadieran la Champaña. Este plan se frustró por la defección de Turena y de Bouillon que se hicieron amigos de la reina.

§. VIII.—*La reina marcha contra Condé.—Regreso de Mazari-*

(1) Retz, t. II, 305.—(2) Motteville, t. IV, p. 296.—(3) Recibió entre otras muchas cartas una extensa memoria que contenía los principios y el gobierno de una república para establecerse en Francia. Véanse las memorias de Pedro Senet publicadas por MM. Champollion.

no.—Combate de Bleneau.—Con objeto de dar mas fuerza á su gobierno Ana de Austria declaró al rey mayor de edad; despues logró del parlamento una sentencia por delito de lesa majestad contra el príncipe, y salió de París para enseñar, segun decia ella á los frondistas, el rey á las provincias sublevadas. Habia preparado dos ejércitos; el primero, mandado por el conde de Harcourt, fué enviado contra Condé á quien venció y aisló en la parte del Charente; el segundo, mandado por la Ferté, rechazó á los españoles en Champaña; el tercero, organizado por el mismo Mazarino y con su propio dinero, se componia de ocho mil hombres pertenecientes á los mercenarios licenciados despues de la paz de Westfalia; el mariscal de Hocquincourt partió á la frontera á encargarse del mando, y marchó desde Sedan hácia las provincias meridionales. Mazarino escribió que poseyendo por él sus bienes, los consagraba á la defensa de su majestad, y «arrebata la reina por su ardor femenino,» indujo á los frondistas á decir que el honor del rey exigia el perdon de su ministro.

París se alarmó cuando recibió la noticia del regreso de Mazarino. No se habia disminuido aun el odio que profesaba el parlamento al cardenal; todos se quejaron de aquella traicion, y por consejo de Gondi se trató de formar un tercer partido, cuyo jefe habia de ser el duque de Orleans, el cual serviria de contrapeso á un mismo tiempo á Mazarino y á Condé. El parlamento declaró al ministro perturbador del reposo público y reo de lesa majestad (29 de diciembre de 1651), exhortó á las municipalidades á que le persiguieran, y prometió 150,000 libras al que lo presentara muerto ó vivo. Envió tres consejeros á Champaña para sublevar contra él á los pueblos y contener la marcha de su ejército, pero cayeron prisioneros en poder de Hocquincourt, y Mazarino continuó su camino hácia Poitiers donde estaba la reina.

La audacia del ministro proscrito hacia inclinarse en favor de Condé á la antigua Fronda, á pesar de los esfuerzós del coadjutor á quien todos consideraban vendido á la corte. El príncipe propuso al parlamento una union contra el enemigo comun. «Su regreso á Francia, dijo, prueba la justicia de mis armas:» y pidió con instancia al duque de Orleans que se constituyera jefe de un gobierno rival al de la reina, el cual tendria por defensores á la nobleza, la capital y á los parlamentos. El de París re-

chazó el proyecto de union por los recuerdos de la liga, y únicamente se determinó á sobreseer la sentencia ó decreto pronunciado contra el príncipe. Gaston se dejó arrastrar con su acostumbrada indolencia tras los proyectos de Condé, y confió sus tropas al duque de Beaufort que se pasó á la nueva Fronda.

Mazarino fué recibido en triunfo en Poitiers (28 de febrero de 1652). El rey iba delante de él «y le acompañó á caballo hasta el palacio de la reina, cuya impaciencia le hizo estar mas de una hora en una ventana para ver llegar á su favorito (1).» El ministro se encargó en el acto de los negocios, llamó á los tres secretarios de estado, y dió un vivo impulso á la guerra. Despues de haber rechazado á Condé hasta la orilla opuesta del Garona, dejó á Harcourt para contenerlo, retrocedió hácia el Loira y quiso apoderarse de Orleans para dominar el camino de París. Mientras tenian lugar estas operaciones, saliendo de Stenay con doce mil alemanes el duque de Nemours, pasó el Sena por Mantas, se incorporó en el Beauce con las tropas de Beaufort, y marchó hácia el Loira para cerrar el camino al ejército real. Este se presentó ante Orleans, que queria permanecer neutral; lo mandaban Turena y Hocquincourt. Pero la señorita de Montpensier, hija de Gaston, la heroína mas entusiasta, generosa y tambien la mas romancesca de su época, sorprendió una de sus posiciones, y decidió á los habitantes á hacer resistencia al monarca. La corte entonces subió por el Loira hasta Gien, por donde pasó el rio, mientras el ejército de Nemours se dirigia á Montargis.

Viendo Condé que los golpes decisivos iban á darrse en París, dejó algunas tropas á Conti para mantener á Harcourt en espectacion y partió solo. Corrió ciento veinte leguas disfrazado de criado, pasó el Loira por la Charité, huyó mas de veinte veces del poder de sus enemigos, y llegó por fin al ejército de Nemours que le recibió con trasportes de alegría y entusiasmo. Tomó sin tardanza el mando de estas tropas y se apoderó de Montargis; sabiendo despues que la corte se hallaba en Gien, Turena en Briare, y que Hocquincourt tenia sus cuarteles esparcidos en Bleneau, se arrojó sobre este último y le derrotó fácilmente.

(1) Guy Joly, t. I. p. 263.

Aterrada la corte se preparó para huir á Bourges. Turena fué del parecer de que era indispensable alcanzar la victoria, pues de lo contrario el rey estaba perdido, y avanzó con cuátro mil hombres contra doce mil. Se posesionó de la entrada de una calzada angosta donde sostuvo durante todo un dia los ataques de Condé, y dió de este modo tiempo á la corte para dirigirse libremente hácia París (7 de abril). Despues se retiró á Gien en buen orden. «Habeis salvado el estado, le dijo la reina llorando, y si no es por vuestra espada, no hubiera abierto ninguna ciudad sus puertas á la corte (1).»

§. IX.—*Combate de Etampes.—Desórdenes de París.—Batalla del arrabal de San Antonio.*—Los dos ejércitos tomaron el rumbo de la capital, y el de Condé se acantonó cerca de Etampes. El príncipe entró solo en París para decidir á la ciudad á que abrazase su partido, pero el parlamento y el consejo municipal le echaron en cara su alianza con los extranjeros, se negaron á unirse con él, y hasta le recordaron la sentencia que sobre él pesaba. Conoció que era cierta su perdicion. Durante su ausencia, Turená atacó la retaguardia del ejército de la Fronda, la desbarató á la vista de Etampes y la encerró en esta ciudad poniéndole un riguroso cerco (4 de mayo de 1652). Harcourt habia derrotado además á los insurgentes de Guiena, los españoles fueron arrojados de Champaña, y la Ferté volvió hácia la capital. Todos los parlamentos siguieron el ejemplo del de París exceptuando el de Burdeos. El príncipe desplegó todos sus recursos para obligar á la ciudad á declararse en su favor, ganó á fuerza de dinero al pueblo bajo que trabó diversos combates con la milicia urbana, el Palacio se manchó de sangre, y las turbas furibundas invadieron las casas consistoriales pidiendo la union con los señores.

Se habian reanimado todas las pasiones democráticas, y no se hablaba entre el populacho mas que de abolir la monarquía é imitar á los ingleses. Si los príncipes hubieran triunfado, hubiesen sido arrebatados por la furia popular que habian despertado sus miras ambiciosas. «Los grandes no lo son, decian los folletos, sino porque nosotros los llevamos sobre las espaldas; arrojémosles y cubramos el suelo con sus cadáveres.»

(1) Retz, t. II, p. 136.

Condé pidió auxilio á los españoles que le enviaron al duque de Lorena, desposeido de sus estados con diez mil aventureros. Turena levantó el sitio de Etampes y se presentó ante el ejército de los loreneses, pero seducidos estos por el dinero de Mazarino se retiraron, y el ejército real volvió á tomar la ofensiva. Condé se habia trasladado á Saint-Cloud esperando que su presencia decidiria la capital á pronunciarse en su favor, y Turena se situó en San Dionisio, donde se fortificó con el pequeño ejército de la Ferté. Parecia inevitable la batalla: la última de la aristocracia contra el trono. La aristocracia tenia al frente al representante mas famoso que hasta entonces la hubiera dirigido, al postrer héroe hazañoso de la edad media, á otro Gaston de Foix, impetuoso, intrépido, que hallaba en el fuego de los combates «las súbitas inspiraciones del genio;» y el trono se habia formado su escudo con un general enteramente moderno, calmado, reflexivo y metódico, que arregiaba la accion con el pensamiento, que guiaba la furia francesa con la espada envainada, y convertia en fin la guerra en la mas grande y difícil de las ciencias, y en la que el genio del hombre se puede ejercitar mas extensamente.

Turena resolvió coger el flanco del ejército de Condé marchando por Epinay y Argenteuil, y con este objeto pasó el Sena la division de la Ferté. Cuando Condé supo este movimiento partió de Saint-Cloud, y proyectó llegar antes á Charenton para fortificarse allí entre el Sena y el Marne. Quiso cruzar á París y se presentó en la puerta de la Conferencia (1), pero se le negó la entrada, y no tuvo mas remedio que dar un rodeo por el extenso cinturón exterior de arrabales del norte y occidente que estaban fortificados. Turena llamó á la Ferté, y sin esperar su artillería, se lanzó precipitadamente sobre la retaguardia del príncipe delante del arrabal de San Dionisio (2 de julio de 1652).

Condé retrocedió, desplegó sus tropas y reunió todo su ejército en frente del arrabal de San Antonio y detrás de una trinchera que se extendia desde la calzada de Menilmontant al Sena. Se trabó la batalla; las tropas reales se posesionaron de la trinchera y penetraron en el arrabal, pero continuó el combate mas encarnizado en las calles y en las casas.

(1) Situada cerca del Sena y del puente de la Concordia.

La capital en su agitacion é incertidumbre habia cerrado sus puertas y guarnecido las murallas con vecinos armados. El consejo de la ciudad habia recibido una órden del rey para que rechazara con la fuerza á las tropas de Condé, pero el pueblo se amotinó, pidió armas é intimó al consejo á que abriera las puertas. La animosa señorita de Montpensier, á instancias de su padre que queria que se pronunciara en favor del príncipe, le arancó la órden de dejar entrar los heridos, despues corrió á la casa de la ciudad, y obligó al consejo á que destacase dos mil hombres en la puerta de San Antonio.

La audaz doncella cruza entonces las calles con un manojo de paja en la mano gritando: «Los que no son mázarinos tomen la paja porque sino serán saqueados.» El pueblo se arroja detrás de sus huellas, hace entrar los heridos y bagajes del príncipe, y la ciudad se declara enemiga del rey. La señorita de Montpensier sin bajar del caballo arenga á las milicias y se dirige á la Bastilla; Gaston llega á la puerta de San Antonio y promete á Condé la entrada en la ciudad. Y lo necesitaba; Turena se habia juntado con su artillería y la division de la Ferté, y tres veces habia penetrado dentro del arrabal siendo otras tantas rechazado.

En vano desplegaba Condé el valor mas desesperado, en vano sus intrépidos amigos combatian con una animosidad digna de sus padres; empezaba á aclararse su pequeño ejército estrechado entre el ejército real y la muralla, los soldados de Turena desfilaban por las calles á derecha é izquierda é iban á envolverlo, siendo espantosa la carnicería. «Ya he perdido á todos mis amigos, exclamó Condé, y solo me resta la muerte.»

Abrese por fin la puerta, el príncipe da la postrera carga para replegar sus soldados que se lanzan dentro de la ciudad, las tropas reales acuden de todas partes, va á sucumbir la retaguardia de Condé, pero de pronto una descarga de artillería casi á quemarropa llena de desórden el ejército real. Es el cañon de la Bastilla, es la señorita de Montpensier que acaba de romper el fuego. Entran los últimos soldados de Condé en la ciudad, ciérranse las puertas, no tiene tregua ni descanso el cañon de la Bastilla, y Turena, que veia á su enemigo libertado de entre sus mismas manos, se retira lentamente á San Dionisio.

§. X.—*Malanza de la casa de la ciudad.—Anarquía en Paris.*—

Segunda retirada de Mazarino.—Condé se retira al ejército español.

—Todos los que deseaban la guerra civil se agruparon en torno del príncipe, el pueblo le colmó de aplausos, y quedó eclipsado el partido de la moderación. Se convocó una asamblea en la casa de la ciudad para deliberar sobre las proposiciones pacíficas de la corte, á la que asistieron los magistrados municipales, los diputados del parlamento y de la Universidad, los curas y los capitanes de barrio (4 de julio de 1652). Condé y Gaston se presentaron en la asamblea para decidir la comision de la ciudad con los príncipes, pero los que la formaban pidieron el regreso del rey sin condicion alguna, se retiraron aquellos muy descontentos, y dijeron al pueblo amotinado en la plaza de la Greve: « Todos los que asisten á la asamblea están vendidos á Mazarino, y es forzoso no dejarles salir hasta que firmen la union. » El pueblo entre el cual se mezclan y confunden los soldados de Condé, grita desafortadamente: « ¡ Viva la union ! ¡ abajo los mazarinos ! y descarga los arcabuces contra la casa de la ciudad. Huyen las compañías urbanas que custodian la plaza; la guardia de las casas consistoriales hace fuego é intenta construir barricadas; el pueblo las dispersa, pega fuego á las puertas, invade el consejo, y pasa á cuchillo á mas de cincuenta personas. La señorita de Montpensier, siempre intrépida y generosa, viendo inmóvil é indeciso á Condé, se arroja en medio de las turbas y salva el resto de los convocados que esperaban con terror la muerte.

Esta sangrienta jornada, cuya responsabilidad recayó enteramente sobre Condé, le hizo soberano absoluto de París, mas solamente sirvió para activar los deseos de una transaccion. El populacho gobernaba la ciudad y amenazaba á los ricos con un saqueo general: todos los dias estallaba un motin: la discordia dividia á la antigua y nueva Fronda, á los parlamentarios y á los señores, y á estos entre sí; los soldados robaban á los vecinos y no existian impuestos, policia ni comercio. Condé intentó poner un límite á esta anarquía y hacer durable su poder, porque la revolucion le habia arrebatado tan léjos, que le parecia muy posible esperar el destino que le habia salido frustrado al duque de Guisa. Se determinó la union de la ciudad con los príncipes en otra asamblea de diputados, á la cual Condé dominó con el terror, y se nombró en ella á Gaston teniente general del reino,

á Condé generalísimo, á Beaufort gobernador de París, y á Broussel preboste de los comerciantes. Era un gobierno organizado con regularidad, que se pronunciaba abiertamente contra la autoridad real. Pero semejante revolucion tenia unas raices muy superficiales; todas esas turbulencias de la ínfima clase que no inspiraba ninguna idea formal, ni tenian ningun estímulo moral ó religioso, la anarquía mezquina é innoble, y la guerra en fin de la Fronda tan indigna en comparacion de las grandes guerras feudales del siglo trece y aun de las últimas rebeliones de los señores, no eran otra cosa que la última convulsion del feudalismo en su agonía. La lucha de la aristocracia y el trono habia perdido de siglo en siglo su gravedad, su importancia y su razon; se hallaba ya en su mas ínfimo descenso, y el único resultado de la Fronda iba á consistir en la formacion de la política de Luis XIV, en facilitar el complemento de la monarquía absoluta y sumir á la Francia en un gobierno despótico, aunque lleno de orden, de armonía y de unidad.

La corte se retiró á Pontoise. Cuando supo la matanza de la casa de la ciudad, negoció secretamente con la clase media y proyectó introducir el desorden en el gobierno de la Fronda. Un decreto del consejo anuló todas las deliberaciones de la casa de la ciudad y el nombramiento de Gaston, de Beaufort y de Broussel; otro prohibió las asambleas, el pago de los impuestos y el alistamiento de los soldados, y en fin un decreto posterior á estos trasladó el parlamento á Pontoise bajo la presidencia de Molé. Este último golpe fué mortal para la Fronda, y aunque no hubo mas que catorce magistrados obedientes á la ordenanza real, esto fué suficiente para desacreditar la única autoridad que daba un aspecto legal á los actos de los rebeldes. El partido de la moderacion consiguió ventajas considerables; las compañías urbanas estuvieron sobre las armas continuamente para dar fin á la anarquía; se desanimaron los frondistas; Broussel presentó su dimision; Gondi, que desde la entrada de Condé en París se habia encerrado en su palacio con una guarnicion, volvió á salir á la escena al frente de su clero y partió á Pontoise á suplicar al rey que regresase á su capital.

Todo se encaminaba pues hácia la paz; Condé y Gaston veian que era inevitable, y solo pensaban en imponer condiciones ven-

tajos, pero Mazarino quiso ahorrar al trono un tratado con los príncipes rebeldes y concesiones á los vecinos. Como sabia éste doblegarse siempre tan á tiempo, se retiró á Sedan, y los parisienses declararon entonces que estaban prontos á dejar las armas con la condicion de una completa amnistía (19 de agosto de 1652).

Condé hizo su último esfuerzo. Los españoles habian invadido la Picardía y enviado en su defensa nuevamente al duque de Lorena; su ejército junto con el de los loreneses se componia de veinte mil hombres, con los cuales intentó dar un golpe decisivo. Pero situado Turena en la confluencia del Yeres y el Sena con ocho mil hombres solamente, llegó á contener á los enemigos por espacio de dos meses, y cuando vió que estaba próxima la sumision de París, levantó el campo y se retiró á Corbeil. Condé intentó otra vez entablar negociaciones con la corte, pero siendo rechazado intentó reanimar el entusiasmo de los parisienes de los que solo logró injurias y desprecios. Entonces se decidió á echarse en brazos de los españoles antes que sufrir la venganza real, y se retiró á Champaña (18 de octubre) con el duque de Lorena.

§. XI.—*Vuelce el rey á Paris.—Reaccion contra la Fronda.—Fin de los disturbios.—Conducta de Luis XIV para con el parlamento.*—Luego que partió Condé, Beaufort presentó su dimision, el consejo de la ciudad anuló todos sus actos, y una diputacion del vecindario suplicó al rey que regresara á la capital. Gaston intentó excitar al pueblo á una resistencia desesperada, pero recibió la orden de salir de París y se retiró á Blois. Apoyada la corte por un pequeño ejército se presentó entonces en las puertas de la capital, y entró sin resistencia (21 de octubre) en medio de las aclamaciones del pueblo, que contempló con desconfianza y disgusto el aspecto grave y severo de su rey de quince años.

Se publicó una amnistía, «aunque con tantas restricciones, que pocas personas lograban por ella seguridad ni perdon (1)» y las venganzas empezaron á escoger sus víctimas. El gobierno mandó á Gaston que se retirara á Blois (2) y á la señorita de

(1) Retz, t. III, p. 237.—(2) Murió allí en 1660.

Montpensier á sus dominios, y desterró á todos los señores de la Fronda, al duque de Beaufort, á la duquesa de Longueville y á doce consejeros. Cuando se restableció el órden la persecucion se extendió hasta los moderados.

Gondi habia quedado aterrado con la sumision sin condiciones de la ciudad y habia inducido á Gaston á defenderse. Despues de la entrada del rey, recelando la venganza de la corte, intentó hacerse temer por la influencia que ejercia con el pueblo, pero fué arrestado y conducido á Vincennes. Logró huir al fin de la prision, arrastró una vida errante y oscura, y murió en la misma oscuridad. Tampoco París obtuvo ningun miramiento; quedaron abolidas sus milicias urbanas, fueron despedazadas sus cadenas, y se le pusieron magistrados reales y guarnicion de las tropas del ejército. Toda su vida persiguió Luis XIV con encarnizamiento á los autores y recuerdos de la Fronda (1); no perdonó á París, al parlamento, á Condé ni á los folletistas; fué bastante el haber tomado una pequeña parte en los disturbios para incurrir en su desgracia y su venganza, y fueron hechos trizas por la mano del verdugo los registros del parlamento y de la casa de la ciudad que contenian las actas de esta época.

El rey convocó el consejo y prohibió al parlamento el derecho que se habia arrogado de deliberar sobre los negocios del estado y sobre hacienda, de proceder contra los ministros que qui-

1) Hé aquí un odioso ejemplo contado por Saint Simon (t. IV, p. 418.) En una cacería real en 1665 algunos señores se extraviaron y hallaron una casa cerca de Dourdan, donde residía un noble que habia figurado en la Fronda y que vivía retirado en sus dominios. Estos señores contaron á su regreso la aventura ensalzando la hospitalidad que habian recibido. El rey les preguntó el nombre de su huésped, y luego que lo supo exclamó. «¿Cómo? Fargues vive tan cerca de aquí?» Mandó despues llamar al presidente Lamoignon y le encargó que averiguase la vida de este noble, «manifestándole un violento deseo de que hallase motivos suficientes para hacerle aborcar.» Fargues fué complicado en una muerte cometida en lo mas intrincado de la revolucion, y á pesar de la amnistia, sufrió la pena de muerte á que le condenaron. El rey dió sus bienes á Lamoignon.—Este anécdoto, publicada por la vez primera en 1781, excitó las reclamaciones de la familia de Lamoignon, que poseía aun los bienes de Fargues, y queda patentizado que este desventurado habia sido juzgado soberanamente y sin apelacion por una comision presidida por el intendente de Amiens. Estaba acusado de cohecho y fué condenado á morir en la horca. La sentencia se ejecutó, y habiendo sido confiscados sus bienes, el rey se los dió al presidente Lamoignon.

siera elegir el monarca, ni de hacer ninguna representacion sobre sus actos y decretos. Era el complemento de la monarquía absoluta: solo faltaba Mazarino.

Tres meses despues de la vuelta del rey, Turena acompañó al ministro en triunfo á París (7 de febrero de 1653). El pueblo lo recibió con murmullos de desaprobacion, no hallando al pasar mas que honores y manifestaciones serviles. Era completa la postracion política, y además los primeros actos de Mazarino, como inspirados por su profunda habilidad, solo sirvieron para echar un velo sobre lo pasado, y desaparecieron fácilmente los restos de la Fronda. Esta rebelion atestiguó que habia terminado la época política de la aristocracia, y que no se hallaba aun el pueblo en disposicion de emprender la suya. Habia necesidad de paz, deseos de trabajar y empeño en conservar el orden público. Todo se hallaba preparado para poner en planta la monarquía de Luis XIV; aun se oian los postreros suspiros de las libertades municipales y de la resistencia del feudalismo, pero el trono absoluto iba á pronunciar su última palabra.

Un año despues del restablecimiento del orden, y mientras la guerra con España llevada adelante con vigor necesitaba medidas rentísticas ruinosas y molestas, el parlamento, lleno de terror por el aumento de la deuda del estado, se reunió para deliberar sobre el registro y sancion de tantos edictos de hacienda. Sabedor el jóven monarca de esta asamblea, salió de Vincennes donde se hallaba cazando, y entró en la cámara con las botas de montar, calzadas las espuelas y el látigo en la mano (13 de abril de 1654). «Señores, les dijo, todos sabemos los desastres que han ocasionado las reuniones del parlamento; y quiero evitarlas para en adelante. Mando, pues, que se suspendan las que se han empezado para tratar de los edictos que he hecho registrar. —Señor presidente, os prohibo que tolereis semejantes asambleas, y á cualquiera de vosotros que me las pidáis (1).»

El parlamento permaneció silencioso ante aquel rey de diez y siete años; y por espacio de mas de medio siglo no se elevó al trono ninguna oposicion ni queja de parte de la nobleza, del clero ni del pueblo. Solo recibió humildes adoraciones.

El estado era el rey.

(1) Motteville, t. III, p. 363.—Montglat, t. II, p. 458, edicion de Petitot.

SECCION II.

Apogeo de la monarquía absoluta.—(1654—1715).

CAPÍTULO I.

Tratado de los Pirineos.—(1653-1661.)

§. I.—*Continuación de la guerra con España.*—*Campañas de 1653 á 1656.*—Para que la Francia entrase en su período de órden y prosperidad solo le faltaba acabar con los restos de la guerra de los treinta años, y este fué el objeto principal de los desvelos de Mazarino. Durante los ocho años que trascurrieron hasta su muerte, este ministro gobernó como un soberano, sin la cooperación de la reina Ana, y teniendo al jóven monarca Luis XIV sujeto en una severa tutela y una imperdonable ignorancia; y mientras duró este período de poder absoluto, se ocupó casi exclusivamente de los negocios extranjeros.

La España habia sacado gran partido de los disturbios de la Holanda, recobrando á Barcelona y Casal, y paralizando con la pérdida de estas dos importantes posiciones los esfuerzos de Francia en Cataluña é Italia. Recobraron además los españoles á Ipres, Gravelines y Dunquerque, y Condé les regaló las plazas de Chateau-Porcieu, Rethel y Saint-Meneould. En Champaña y en Flandes era pues donde debian darse los golpes principales, y allí iban á encontrarse otra vez cara á cara con su genio diferente los dos primeros capitanes de Europa.

Condé empero se hallaba impaciente y disgustado con las tropas que mandaba. ¿Cómo era posible improvisar victorias con los españoles, cuya táctica era tan pesada y previsorá, que no se atrevian á combatir si no estaban atrincherados, ni á marchar sin tener asegurados los bagajes? Esta táctica prudente habia dado la superioridad á los soldados españoles en una época en que los demás ejércitos corrian á la desbandada á las

batallas, sin tomar cuidado por los víveres ni por los caminos, dejándose diezmar por las enfermedades, las privaciones, las fatigas, y mas que todo por el hierro enemigo; pero con el nuevo sistema de guerra introducido por Gustavo Adolfo, adivinado por Condé, y sabiamente continuado por Turena, los ejércitos españoles iban á perder su superioridad.

Turena impidió al enemigo que invernase en Champaña y recobró á Rethel, pero la corte de España hizo los mayores esfuerzos para dar el ejército á la ilustre espada que le habia conquistado esta plaza, y se dirigió Condé á Picardía al frente de treinta mil hombres. Saqueó todo lo que halló en su camino, y llegó hasta Roye que arruinó desde sus cimientos (1643). Este príncipe, cuyo destino era igual al del condestable de Borbón, estaba animado del odio mas encarnizado contra su patria, y recordaba repetidas veces la desgraciada suerte del célebre proscrito cuyas acciones imitaba. Turena tenia solo doce mil hombres para hacer frente al ejército español, pero brillaba su genio con todo su esplendor en las gerras defensivas, en las cuales no ha existido tal vez nadie que le haya igualado. Detuvo á Condé, y en el trascurso de dos meses, y evitando siempre el combate, le desbarató tan hábilmente con sus operaciones, que le obligó á volver á pasar el Somme despues de haber perdido una tercera parte de su ejército. Lleno de ira el príncipe por tan fatal ensayo, se dirigió entonces rápidamente á Champaña y sitió á Rocroy. El mariscal no trató de impedir la rendicion de esta plaza, pero fué á apoderarse de Monzon y de Sainte-Menehould, y ambos ejércitos se separaron.

Al llegar la siguiente primavera (1654) el jóven monarca salió á su primera campaña, y puso cerco á Stenay. El archiduque Leopoldo y Condé se dirigieron á Arras para llamar la atencion en otro punto y libertar la plaza. Turena que defendia el sitio de Stenay corrió hácia Scarpa con quince mil hombres, y hostigó á los españoles hasta que se rindió Stenay y llegaron los refuerzos que se esperaban. Entonces presentó la batalla (27 de agosto), rompió las líneas de los sitiadores, y hubiera destruido enteramente su ejército á no ser por Condé que defendió su retirada con destreza hasta Mons, y hasta venció separadamente los cuerpos de Hocquincourt y de la Ferté. La batalla de Arras

costó á los españoles la pérdida de cuatro mil hombres y de toda su artillería.

Continuó al siguiente año esta guerra tan poco decisiva de marchas y de sitios (1655). Turena y Condé gastaron todo el tiempo en operaciones estratégicas en el Hainaut, las cuales terminaron por la retirada del segundo y por la toma de Maubeuge por el primero.

El mariscal sitió á Valenciennes á la primavera siguiente (1666); el príncipe logró separar los cuarteles de la Ferté de los de Turena, los venció y libertó la ciudad. Turena se retiró en buen órden hácia Quesnoy, y tomó á la Chapelle y sitió á Cambrai; Condé rompió las líneas de los sitiadores y entró en la ciudad.

Durante este largo período, las operaciones fueron casi insignificantes en Italia y en Cataluña. El duque de Saboya se adhirió á la alianza francesa despues de haber recibido una division que unida á las tropas piemontesas ganó en el Tanaro la batalla de Rochetta. El ejército francés hizo levantar á los españoles el sitio de Gerona, tomó á Puigcerdá, y la escuadra destruyó una flota española á la vista de Barcelona.

S. II. — *Alianza de Francia é Inglaterra. — Batalla de las playas. — Liga del Rhin.* — España estaba debilitada y sin recursos, solo el genio de Condé le permitia continuar la lucha, y parecia muy dispuesta á soportar las onerosas condiciones del tratado de Westfalia. Pero Mazarino no tenía la audacia y energía de Richelieu; temia comprometer su poder tan pacífico entonces pidiendo á la Francia nuevos sacrificios para la guerra, y su única ambicion se reducía á terminar la lucha lentamente y con el menor sufrimiento posible. Proyectó crearse una aliada de la Inglaterra contra España.

Despues de la muerte de Carlos I habian sido abolidos el trono, el episcopado y la cámara de los lores, y se hallaba establecida una república democrática. Cromwell venció á los irlandeses y escoceses que habian proclamado á Carlos II, y se apoderó del supremo poder con el título de protector de los tres reinos (1653). Este hombre extraordinario lanzó entonces á su país en la senda de prosperidad, de que le habian apartado los Estuardos, en el Océano; publicó la famosa acta de navegacion por la cual la In-

Inglaterra se daba á sí misma el imperio del mar, prohibiendo á los extranjeros la importacion á su país ó sus colonias de ninguna mercancía que no fuera producto directo de su suelo ó de su industria. Solo dos potencias, España y Holanda, podían resistir á su despotismo; pero la Holanda fué vencida, obligada á reconocer la supremacía del pabellon inglés y hasta á derrocar su stathuderato estableciendo una república democrática. Quedaba aun España, que al ver las flotas inglesas dominando los mares tembló por sus colonias, y resolvió salvarse pidiendo al protector que se hiciera su aliado contra la Francia. Mazarino precavió el peligro.

La revolucion de Inglaterra habia sido enteramente local y de ningun modo contagiosa; sus principios democráticos no habian ejercido ninguna influencia en los demás países, y la catástrofe de Carlos I, que inspiró tanto horror, no ilustró á las monarquías sobre el inmenso choque que recibiera con ella el derecho público de Europa. Mazarino, cuya fria y egoísta política era mas de intereses que de principios, no sintió la menor inquietud con la destruccion de aquel trono de derecho divino llevada á cabo por una insurreccion popular. La revolucion de Inglaterra era para él un hecho consagrado por el silencio de las demás potencias, y no tenia ningun escrúpulo en pedir la alianza de Cromwell. «La union que debe reinar entre los estados, dijo á su embajador, no debe arreglarse por la forma de sus gobiernos.»

Solicitado el protector á porffa por las cortes de Madrid y de París, se decidió como era natural contra España, cuya marina queria destruir al mismo tiempo que ambicionaba apoderarse de sus colonias. Cromwell declaró la guerra á esta nacion. Una flota inglesa se apoderó de la Jamaica, isla que dominaba las Antillas y punto de ataque contra todas las posesiones españolas.

No tardó mucho en concluirse un tratado de alianza con la Francia (marzo de 1657) en el cual Luis XIV dió á Cromwell el dictado de hermano, y se comprometió á expulsar de su reino al hijo de Carlos I. Segun el tratado debia atacar en los Países Bajos á los españoles una escuadra inglesa con seis mil hombres de tropas de desembarco, y de acuerdo con los franceses apoderarse de Dunquerque, que poseerian los ingleses.

La alianza de Cromwell hizo decisiva para la Francia la cam-

paña de 1657. Reforzado Turena con seis mil antiguos soldados puritanos, tomó á Saint Venant, Bourburgo, Mardik y sitió á Dunquerque. Habia sido nombrado gobernador de los Países Bajos don Juan de Austria, el cual reunió todas sus fuerzas, y se apresuró junto con Condé á romper las líneas de los sitiadores. Turena se presentó delante de él por las playas que forman la orilla del mar del Norte, y sin dar tiempo para que llegara la artillería y sin tomar posición, le atacó y le derrotó completamente (14 de junio de 1658).

Dunquerque se rindió. Después se apoderó Turena de Fournes, Gravelines, Oudenarde é Ipres, y rechazó á los españoles hasta Bruselas.

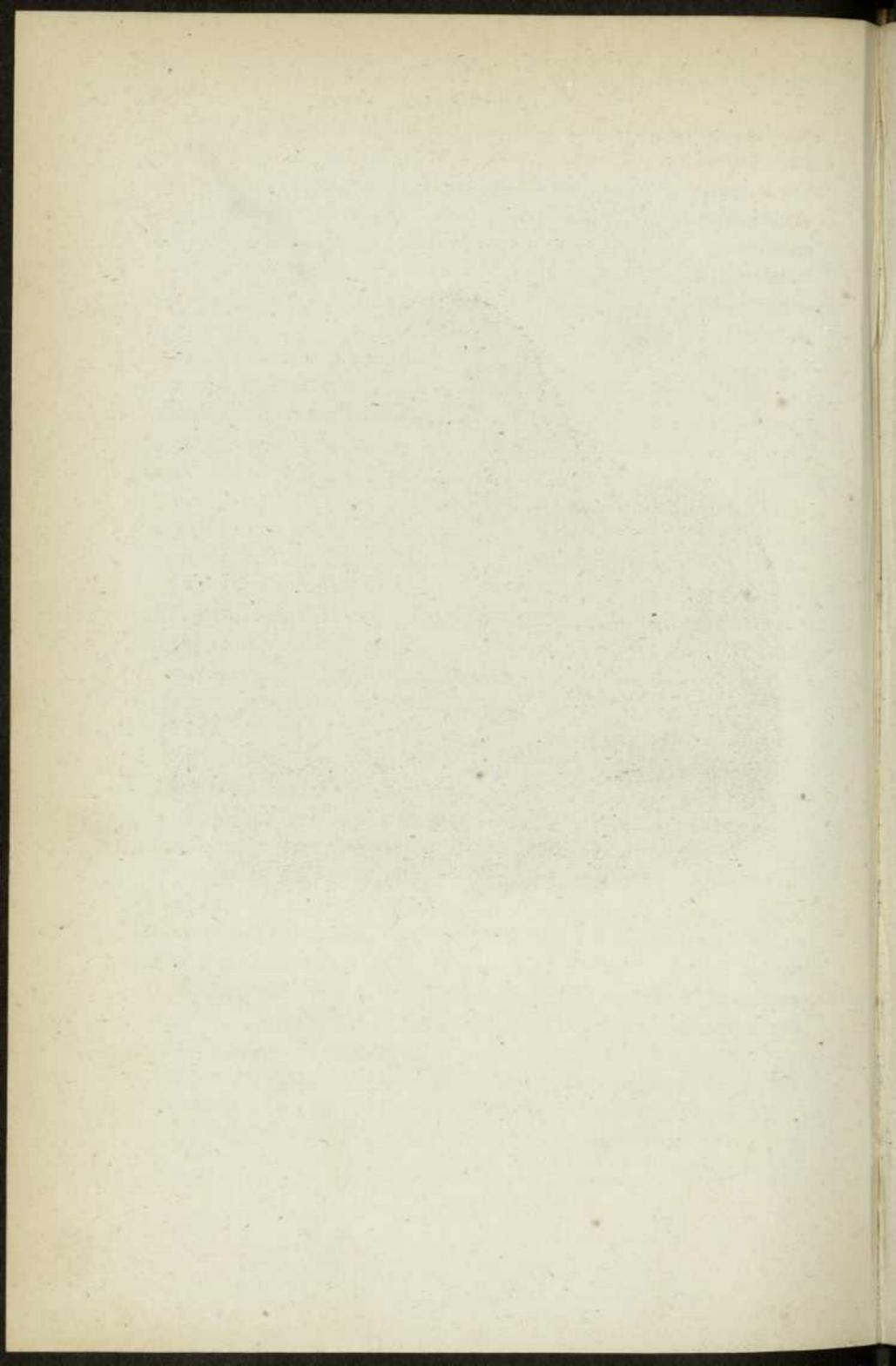
La corte de España se hallaba en el mayor apuro y desaliento; los ingleses destruían su marina, los portugueses acababan de ganar la batalla de Elvas, el duque de Módena invadía el Milanesado, y en fin el genio de Mazarino le descargó el último golpe.

Habiendo muerto Fernando III (2 de abril de 1657) sin tener tiempo para hacer elegir rey de romanos á su hijo Leopoldo, Mazarino envió á Lionne á donde se convocaba la dieta, «para evitar á cualquier precio la elección de un príncipe austriaco, trabajar para hacerla recaer en el rey de Francia ó al menos en el elector de Baviera, y en todo caso alcanzar tal resultado que el nuevo emperador no pudiera dirigir las tropas alemanas arbitrariamente y por intereses que perjudicasen á los de Francia.»

Los electores habían sido comprados á fuerza de dinero, pero se vendieron segunda vez al archiduque y salió elegido Leopoldo; no obstante fué con condición de no hacer la guerra, ni como jefe ni como príncipe austriaco dentro y fuera del imperio, de no mezclarse absolutamente en las guerras de Italia y de los Países Bajos, y de no enviar ningún auxilio á España contra la Francia y sus aliados. El hábil negociador no se contentó con este triunfo: llegó á concluir (14 de agosto de 1658) una liga llamada del Rin con los electores eclesiásticos, el elector de Baviera, las casas de Brunswick y de Hese, el rey de Suecia, etc., para asegurar la conservación del tratado de Munster.

«El rey cristianísimo y los príncipes confederados se prometían recíprocamente por medio de esta liga (que colocaba en





realidad á Alemania bajo el protectorado de la Francia, aislando completamente á España del resto de Europa), que si por motivo ó con pretexto de esta union para conservar la paz en Alemania algunos de ellos ó todos juntos eran ofendidos ó tratados como enemigos de cualquiera que fuese, se asistirían unos á otros con todas sus fuerzas y poder, harían salir á campaña á sus aliados, y los reunirían para acudir en defensa del aliado ultrajado y atacado.»

§. III. — *Tratado de los Pirineos.* — *Tratado de Oliva.* — *Restauracion de los Estuardos.* — La España sostenía la guerra en lo exterior únicamente con auxilio de los imperiales y con los mercenarios que levantaba en Alemania, y aterrada con la liga del Rhin, pidió la paz. Luego que Lionne en Madrid y Pimentel en París arreglaron los preliminares, Mazarino y don Luis de Haro, primer ministro de Felipe IV, tuvieron conferencias en el Bidason, en las cuales el cardenal desplegó toda la superioridad de su talento.

Las bases del tratado eran las siguientes: el casamiento de Luis XIV con una infanta de España, cesiones de territorio por parte de Felipe IV, y el restablecimiento de Condé en sus dignidades y honores. Las negociaciones estuvieron á punto de romperse por culpa del rey de Francia.

El joven monarca se había enamorado locamente de María Mancini, sobrina de Mazarino; estaba resuelto á casarse con ella, y el orgullo del ministro había alentado aunque momentáneamente un designio tan insensato; pero la reina Ana le hizo á este algunas reflexiones. «Si fuera posible, le dijo, que el rey cometiera esta bajeza y cobardía, os advierto que toda la Francia se rebelaría contra vos y contra él, y yo misma me pondría á la cabeza de los rebeldes (1).» El cardenal cedió de buena fe á los sentimientos de la reina, y declaró al rey «que antes traspasaría á su sobrina con un puñal que cometer aquella traición (2).» Pero Luis persistió en su proyecto, y sus extravagancias causaron el escándalo de todas las cortes. Desconsolado el ministro con una pasión que iba á robarle el fruto de sus trabajos, le suplicó y reprendió en cartas paternales y severas. «Me intereso mas, le dijo

(1) Motteville, t. V. p. 3.—(2) Id. ibid. p. 11.

al jóven monarca á quien trataba aun como á su pupilo, por vuestra gloria y la conservacion de vuestro estado, que por todo lo demás del mundo. A pesar de lo que hagais, voy á firmar los artículos de la paz y de vuestro matrimonio; despues me iré á ocultar á donde se me presente ocasion de servirlos aunque retirado, como he tenido el honor de hacerlo por espacio de treinta años con el rey vuestro padre y con vos, sin que vuestras armas ni vuestros negocios hayan perdido su reputacion mientras he merecido la honra de dirigirlos (1).»

Luis cedió y se firmó el tratado (7 de noviembre de 1659).

España cedió á Francia el Rosellon y la Cerdaña, el Artois, á excepcion de San Omer y Aire, y además Gravelines, Saint Venant, Landrecies, el Quesnoy, Thionville, Monstmedi, Mariemburgo, Philippeville, Avesnes, etc. De modo que el reino desde entonces se veía reducido á su límite natural de los Pirineos, y quedaban disminuidos el Artois, Flandes, el Hainaut, el Luxemburgo, sin fortalezas y fáciles de invadir á cada instante.

El duque Carlos IV recobró la Lorena con la condicion de que serian desmanteladas sus fortalezas ú ocupadas por guarniciones francesas, y que cederia á la Francia un paso para Alemania con derecho de absoluta soberanía (2).

Condé, para alcanzar su perdon, tuvo que «reconocer que con la conclusion de la paz no pretendia nada mas que la bondad y benevolencia del rey, y que no deseaba mas reparaciones que las que S. M. tuviera á bien concederle, aprobando las que le habia hecho y ofrecido el rey católico.» Se le devolvieron sus haciendas y honores á peticion de la España que amenazó crear para él una soberanía en los Países Bajos. «La rebellion en Francia, decia don Luis de Haro, no es un delito sino un medio para mejorar de condicion.»

Luis XIV casó con la infanta María Teresa que le trajo en dote una suma de 500,000 escudos de oro, *mediante cuyo pago renunció*

(1) Manuscritos de Bethune, segun Copefigue, en *Richelieu-Mazarino*; etc. t. VIII, p. 322.—(2) El duque no quiso acceder á estas condiciones y Lorena quedó ocupada por los franceses. Concluyéronse con él dos tratados mas en 1662 y 1670 casi con las mismas bases, pero como siempre se obstinó en no cumplirlas, quedó mientras vivió desposeido de sus estados. No fué mas feliz su sucesor Carlos V, y la Lorena quedó en poder de los franceses hasta 1698.

ella para sí y para sus descendientes á toda pretension relativa á la sucesion de Felipe IV. Este matrimonio habia sido el pensamiento predominante de Mazarino durante quince años; ya en el año 1646 escribia á sus negociadores de Munster: «Si el rey cristianísimo pudiera adquirir los Países Bajos y el Franco Condado como una dote casándose con la infanta, obtendríamos un éxito seguro, porque podríamos aspirar á la sucesion de España á pesar de las renunciaciones que se obligaran á prestar á la infanta, y no debíamos esperar mucho tiempo, porque solo la podria excluir la vida de su hermano (1).» Mazarino habia adivinado el porvenir, pues el casamiento de Luis XIV con María Teresa, que parecia terminar la antigua rivalidad entre Francia y España, fué la causa de una lucha enteramente nueva entre estas dos potencias, lucha que debia acabar con la sucesion de los Borbones en el trono de España.

A todos pareció la renunciacion de la infanta una formalidad sin validez. «Es una necedad, decia el mismo Felipe IV, y si llega á morir el príncipe mi hijo, mi hija debe heredar por derecho (2).»

Por lo expuesto acabamos de ver que el tratado de los Pirineos completaba gloriosamente el tratado de Westfalia; aseguraba la preponderancia de la Francia sobre la casa de Austria, hacia prever el momento en que la monarquía española recaeria en la casa de Borbon, y terminaba por fin la pacificacion del medio-día de Europa, al mismo tiempo que el tratado de Oliva, concluido bajo la mediacion francesa, completaba la paz de los estados del norte.

Cristina, la hija de Gustavo Adolfo de Suecia, era una mujer extravagante, sábia hasta rayar en pedantería, que afectaba la energía varonil teniendo todas las debilidades de su sexo; y creyendo adquirir una gloria imperecedera abdicando su corona para llevar una vida aventurera por toda Europa, legó su trono á su primo Carlos Gustavo (1654). Este príncipe intentó conservar á la Suecia en el rango que habia adquirido durante la guerra de los treinta años y que era incompatible con sus recursos y su poblacion. Hizo la guerra á Polonia, cuya decadencia comen-

(1) Negociaciones relativas á la sucesion de España, publicadas por M. Miguel, t. I. p. 33.—(2) Motteville, t. V. p. 61.

zaba, obligó á entrar en su alianza á Federico Guillermo elector de Brandeburgo, y ganó junto con él la batalla de Varsovia que casi destruyó á los polacos (1656).

Todo el norte se alarmó; Dinamarca se declaró en favor de los vencidos, el emperador les dió dinero y soldados, y los holandeses enviaron una escuadra al Báltico. El rey de Suecia venció á los daneses y sitió á Copenhague, pero Federico Guillermo rompió su amistad y libertó á Polonia y á Dinamarca mientras la escuadra holandesa vencía á los suecos.

Murió Carlos Gustavo. La Francia interpuso su mediacion, y se firmó el tratado de Oliva (1660) por el cual se restableció el equilibrio entre los estados del norte. Federico Guillermo conservó con absoluta soberanía la Prusia, vasalla hasta entonces de Polonia, y comenzó la época del engrandecimiento de la casa de Brandeburgo, que debia heredar en Alemania la influencia de Suecia.

Al mismo tiempo que los tratados de los Pirineos y de Oliva daban la paz á la Europa, la Inglaterra, ese país que hacia treinta años que no habia tomado la menor parte en los sucesos del continente, y que habia sido tan violentamente agitado por conmociones populares, sufría una nueva revolucion que restauraba la monarquía de los Estuardos. Era imposible un gobierno fundado en la soberanía popular en un país donde la aristocracia habia echado tan profundas raices, y luego que murió Cromwell (1659) se disputaron el poder el antiguo parlamento y la oligarquía militar. El general Monk, gobernador de Escocia, se aprovechó de estas disensiones para marchar á Lóndres y llevar á cabo la restauracion del trono. El parlamento venció, fueron llamados los loras, y ambas cámaras restablecieron á Carlos II sin condiciones. Esta restauracion tan fácil engañó á los Estuardos, los cuales no habian recibido ninguna leccion en la desgracia, y que volvieron á poner en planta sin discernimiento sus proyectos de monarquía absoluta.

§. IV. — *Paz general. — Triunfo de la monarquía absoluta. — Muerte de Mazarino.* — Época solemne de la historia de Europa es la que vió terminados los tratados de los Pirineos y de Oliva y la restauracion de los Estuardos. Quedaban definitivamente resueltas todas las cuestiones que habian agitado la primera mitad del

siglo diez y siete, la de la independencia de los príncipes de Alemania por el tratado de Westfalia, la de la rivalidad entre Francia y España por el tratado de los Pirineos, y la de la preponderancia territorial y militar que se disputaban Suecia, Dinamarca y Polonia, por el tratado de Oliva. Estos tratados decisivos habian hecho predominar en toda Europa la política francesa; la liga del Rhin contenia al emperador; Portugal continuaba agotando los últimos recursos de España; dominaba en Holanda el partido popular y francés; la Suecia se habia elevado sobre las demás potencias del norte, é Inglaterra era gobernada por príncipes dispuestos á sufrir el yugo francés. Finalmente, «el trono bajo un nuevo orden de ideas y libre de sus antiguas trabas,» se hacia poco á poco absoluto, y habia domeñado á la aristocracia dejando de proteger las libertades de las municipalidades por no tener necesidad de oponerlas á los demás enemigos, tanto en Francia y en España como en la mayor parte de los estados del imperio germánico. La alta nobleza, como si hubiera perdido hasta el sentimiento de su derrota, se apiñaba en torno de las gradas de los tronos orgullosa casi del esplendor del que los habia vencido; y el pueblo disperso y lleno de timidez disfrutaba el orden naciente y el bienestar hasta entonces desconocido, y trabajaba para enriquecerse é ilustrarse, pero sin abrigar aun pretensiones de adquirir un puesto en el gobierno del estado. Proclamaban por do quiera la preponderancia del poder real, la pompa de las cortes, la exactitud de la administracion y la extension y regularidad de las guerras; prevalecian las máximas del derecho divino y de la soberanía de los reyes débilmente discutidas hasta en donde casi no eran reconocidas; y los progresos de la civilizacion, de las letras, de las artes, de la paz y de la prosperidad interior embellecian el triunfo de la monarquía pura, inspirando á los príncipes una confianza presuntuosa y á los pueblos una complacencia mezclada de admiracion (1).»

El momento en que Luis XIV toma las riendas del gobierno sin ministro, es el que caracteriza el principio de esta nueva era en la historia de Europa.

(1) Guizot, historia de la revolucion de Inglaterra, t. I. p. 3.

Mazarino solo sobrevivió diez y seis meses al tratado de los Pirineos; y aunque durante este tiempo Luis XIV, que tenía veinte y dos años de edad, estaba impaciente por ejercer el poder, el ministro siguió gobernando y ejerciendo sobre el joven monarca el ascendiente paternal que habia adquirido durante los disturbios de su minoría. Pero trató entonces de reparar los vicios de la miserable educacion que le habia dado, le inició en los negocios del estado y sobre todo en la parte diplomática, le inspiró la política interior de su reinado, diciéndole que no diera ningun poder á los grandes, ni llamase mas que plebeyos al gobierno, «que se entendiese de sus negocios y no tuviera primer ministro,» y le enseñó por fin á reprimir sus pasiones, disimular sus pensamientos, y á ser rey, como él se decia á sí mismo. «No le conoceis, decia Mazarino á los cortesanos que se mofaban de la ignorancia de Luis; hay en él materia para hacer cuatro reyes (1).»

Murió el 9 de marzo de 1661. El hábil negociador de los tratados de Westfalia y de los Pirineos, «el trabajador infatigable que queria saberlo todo y llevar el peso de todas las secretarías del estado (2),» el ministro ingenioso, previsor y perseverante, que sabia conocer tan profundamente á los hombres y doblegarse á todos los acontecimientos, dejó una reputacion inferior á la de Richelieu. Extranjero en el país que gobernaba, tenia poco afecto á Francia, no buscó el poder mas que por su propio interés, y se portó como un advenedizo que ha de hacer su fortuna. No ha existido una administracion mas corrompida y desordenada que la suya; vendia las dignidades, enajenaba los dominios, y anticipaba sobre los ingresos, inquietándose muy poco del empobrecimiento del estado, faltando á sus compromisos sin pudor ni fe, y dejando en fin á sus sobrinas, á quienes casó muy bien, una fortuna inmensa que se hace ascender á 50 millones. Estas riquezas han manchado mas su memoria que las crueldades de Richelieu.

(1) Memorias de Choisy, p. 193.—(2) Motteville, t. II, p. 244.

CAPÍTULO II.

Gobierno de Luis XIV.—Ministerio de Colbert.—Guerra de 1667.

§. I.—*Ideas de Luis XIV sobre los deberes y derechos del trono.*—No ha existido monarca alguno que haya empunado las riendas del gobierno en circunstancias mas favorables que Luis XIV. Parecia que Enrique IV, Richelieu y Mazarino habian trabajado tanto para facilitarle el camino; ellos le legaban la Francia al salir gloriosamente de la guerra mas notable y duradera de los tiempos modernos, despues de haber adquirido por los tratados una fuerza de opinion mayor que por las armas, con una nobleza vencida y humillada, un clero sumiso, un pueblo que solo deseaba el orden, y en fin con un poder absoluto que disponia de veinte millones de hombres, inmensas riquezas y una situacion de progreso en todos sentidos. El jóven monarca tenia pues que llevar á cabo una inmensa tarea; se le entregaba la Francia para conducirla á un porvenir incalculable de gloria, de prosperidad y civilizacion.

«Luis derramó lágrimas por el que le habia servido de tutor, gobernador y ministro al mismo tiempo, y cuando se reunieron en su presencia todos los empleados de la corona y los ministros, les dijo: «Voy á gobernaros por mí mismo, á asistir todos los dias al consejo, á ocupar uno tras otro á todos los ministros, y estoy resuelto á no faltar un solo dia. No quiero ningun primer ministro, y me serviré de cada cual segun su ministerio para que obren en mi nombre y segun mi voluntad (1);» y cuando el presidente de la asamblea del clero se presentó á preguntarle á quien debia dirigirse en adelante para los asuntos eclesiásticos, le respondió: «A mí solamente (2).»

«Quiero, dijo á su consejo, que se me dé parte de todo, desde un despacho diplomático hasta la mas insignificante disposicion.» Y puso manos á la obra con el mayor ardor, en la que perseveró á pesar de la risa de incredulidad de su madre, y tra-

(1) Madama de Motteville, t. V. p. 80 y 102.—(2) Choisy, p. 222.

bajó ocho horas diarias en el despacho por espacio de cincuenta años. No tenía la elevación de miras de Richelieu ni el exquisito discernimiento de Mazarino, pero sus ideas en los negocios fueron claras, su voluntad firme, su perseverancia infatigable, y dió muestras en todo del orden más atento, del mérito de escoger los hombres y saberlos esplotar, y en especial del instinto de la grandeza y el deseo de la gloria. Este ensayo hizo una profunda impresión de que se resintió todo su reinado.

La teoría de Luis XIV sobre los derechos y deberes del trono se resume en estas palabras: «El interés del estado debe ser lo primero. Para mandar á los demás, es preciso elevarse sobre ellos, y no ejecutar ni ordenar nada que sea indigno del que lo hace, de su carácter, ni del engrandecimiento del estado. Cuando se tiene al estado por mira, se trabaja para sí, el bien del uno forma la gloria del otro; cuando el primero es elevado, feliz y poderoso, se llena de honor el que lo sabe dirigir (1). «El rey representa á toda la nación, todo el poder reside en las manos del rey, y no puede haber otro en el reino que el que establece su jefe. La nación no forma un cuerpo en Francia, sino que reside toda ella completamente en la persona del rey (2).—Los reyes son señores absolutos, y gozan naturalmente la posesión y disposición plena y completa de todos los bienes que poseen tanto los eclesiásticos como los seculares (3).—El que ha dado los reyes al mundo ha querido que se les respetase como á tenientes suyos, reservándose únicamente el derecho de examinar su conducta. Su voluntad es la de que todo el que nace vasallo le obedezca sin exámen (4).—Un rey debe decidirse espontáneamente, porque la decisión necesita el espíritu de soberanía, y cuando el asunto ó la razón no da consejos, debe confiar en el instinto que Dios ha dado á todos los hombres y especialmente á los reyes (5).»

Luis XIV no buscó en el pasado esta teoría de derechos y deberes de un rey, la tomó de sí mismo; era una fe viva y profunda en la esencia superior y casi divina del trono, una especie

(1) Siglo de Luis XIV. cap. 28.—(2) Manuscrito de un curso de derecho compuesto para la instrucción del duque de Borgoña citado por Lemonley en su Ensayo sobre la monarquía de Luis XIV p. 15.—(3) Memorias de Luis XIV, t. II. p. 121.—(4) Id. ibid, p. 336.—(5) Id. t. I.

de culto á sí mismo que su madre le habia inspirado, cuando poniéndose de rodillas delante del rey aun muy niño, le decia con trasporte: « Quisiera respetarle tanto como le amo (1). » Luis se consideraba como un teniente que Dios habia puesto sobre la tierra, y creia que el cielo concedia á los reyes un discernimiento sobrenatural que negaba á los demás hombres. La famosa expresion, *el estado soy yo*, no salió de sus labios en un momento de orgullo, fué la sincera expresion de una creencia, ó por mejor decir, la sencilla enunciacion de un hecho. Al empuñar las riendas del gobierno Luis XIV tenia ya formuladas sus ideas, y estaba resuelto á dar al trono, hasta en las cosas mas insignificantes, toda la majestad que le habian arrebatado los sacrilegios de la Fronda, á reunir en sus manos todos los poderes, é identificar y confundir en su persona á todas las clases y á todos los individuos, á hacer á la nacion grande creando de este modo su grandeza, y á ser en fin el alma del estado y el manantial de todas las gracias, glorias y justicia.

§. II.—*Ministros de Luis XIV.—Condennacion de Fouquet.*—Mazarino le habia dejado por principales ministros á Sequier del estado, á Lionne de negocios extranjeros, á Letelier de la guerra y á Fouquet de hacienda. Sequier era mirado únicamente como el instrumento mas servil del poder. Letelier, sábio magistrado y enteramente adicto á las ideas de gobierno de Luis XIV, tenia por colaborador á su hijo Louvois, jóven de grande capacidad, á quien el mismo rey dedicaba al estudio de los negocios. Lionne, discípulo de Mazarino, habia estado encargado desde 1643 de todos los negocios diplomáticos; era un hombre de genio superior, habituado á las negociaciones, con una vasta instruccion, un carácter fácil y sagaz y una imaginacion viva y templada por una rara prudencia, y el rey tenia en él una confianza sin límites. Fouquet, el superintendente de hacienda, se creia destinado á suceder á Mazarino en la situacion soberana de primer ministro, de la cual era digno por su talento; era un hombre muy notable que protegia las artes con nobleza, y que teniendo las miras mas elevadas sobre el comercio, comenzaba á reanimar la marina, pero era un gastador elegante y volup-

(1) Motteville, t. II, p. 304.

tuoso, que disgustaba al rey por sus escandalosas riquezas y por la impopularidad que le habian acarreado sus dilapidaciones, su régio fausto, la corte de literatos que se habia formado y sus relaciones con los restos de la Fronda. Luis, que veia en él un jefe de partido y que consideraba un primer ministro como la mayor calamidad (1) que puede sobrevenir á un príncipe, resolvió deshacerse de él, y poniendo por obra el consejo de Mazarino, dió su plaza á Colbert.

Colbert nació en 1619, era hijo de un fabricante de paños de Reims y hasta habia trabajado en las manufacturas de su padre. Se elevó á la posicion que ocupaba tan solo por su mérito, y desde 1648 fué el hombre de confianza y el intendente de Mazarino. « Todo os lo debo, señor, dijo el cardenal al rey á la hora de su muerte, pero creo pagaros en cierto modo dándoos á Colbert (2). » Este demostró á Luis las rapiñas del superintendente, y de acuerdo con Letelier hizo los mayores esfuerzos para derrocarlo.

Se creó un tribunal de justicia para formar causa á los partidarios que habian dilapidado los caudales públicos, « el cual hizo ahorcar á algunos de los menos poderosos para intimidar á los demás, pero estas ejecuciones fueron el preludeo del arresto del superintendente, de tres tesoreros y de muchos de los partidarios (3). » Fouquet fué arrestado y citado ante una comision que presidia Sequier « como reo de estado y de dilapidacion » (5 de setiembre de 1661). Su proceso duró tres años, y á pesar del odio del rey y de las intrigas de Colbert y de Letelier, solo fué condenado al destierro. Por una menstruosa innovacion Luis agravó la pena conmutándola en una prision perpetua. Fouquet fué aprisionado en Pignerol y tratado tan rigurosamente por los temores políticos que inspiraba, que se ha creido ver en él con bastante similitud al célebre y misterioso personaje conocido con el nombre de *Máscara de hierro*.

El rey suprimió el cargo de superintendente y creó un consejo de hacienda, cuya direccion obtuvo Colbert con el nombre de contralor general.

§. III.—*Administracion de Colbert.—Hacienda.*—Los negocios

(1) Memorias de la Fare, p. 270.—(2) Vida de Colbert, p. 42.—(3) Véase el siglo de Luis XIV. cap. 23.

y las funciones públicas habían estado hasta esta época abandonados á la suerte voluntaria de los hombres y las circunstancias sin regularidad ni método. Sully y Richelieu habían intentado desembrollarlas en parte, pero en la época de Mazarino el gobierno había vuelto á caer en un caos anárquico, en el que la violencia y la astucia reinaban en vez del derecho y del orden. Estaba aun enteramente por crear la *administracion*, que era la única que podía hacer olvidar á la Francia que no tenía constitucion, y Luis XIV estaba destinado á completar esta obra con las ideas de orden, de unidad y de centralizacion que en él predominaban, con su recto sentido y su esmerada aplicacion y afan por los pormenores. Tuvo talento, gusto, poder y tiempo suficiente para llevarlo á cabo, su gloria ha sobrevivido pura y sin igual, y las bases sociales de la Francia descansan aun en nuestros días sobre lo que él estableciera.

Colbert fué el instrumento maravilloso de esta obra inmensa.

« Este hombre, dice Gourville, nacido para el trabajo más de lo que puede imaginarse (1), » tenía vastos conocimientos, un juicio perfecto, una voluntad de hierro, una severidad llevada hasta el extremo de la dureza, un espíritu enteramente positivo, lleno de orden y de exactitud, tan capaz de los detalles como del conjunto, una grande ambicion y el talento de hacer admitir sus planes é ideas á un soberano tan orgulloso de su capacidad como de su poder. Desde contralor de hacienda llegó en muy poco tiempo á incluir en sus atribuciones la marina, el comercio, las manufacturas, las bellas artes, la administracion general del interior, etc., terminó por usurpar las de los ministerios de justicia y de la guerra, y fué de hecho el ministro principal de Luis XIV.

Principió su inmenso trabajo administrativo con la reforma de la hacienda. Era tal el desorden de los arriendos y tan enormes los robos de los tratantes y descrédito del gobierno, que la contribucion que ascendia en 1660 á cincuenta millones producía menos que en 1620 que solo estaba fijada en veinte millones; los ingresos eran devorados con dos años de anterioridad, el presupuesto subía á 450 millones, y el tesoro solo recibía treinta

(1) La coleccion enorme de sus órdenes é instrucciones está casi toda escrita de su puño.

y dos de los ochenta y cuatro á que ascendian todas las rentas públicas (1). Todo habia vuelto á abismarse en el mismo caos que antes de la administracion de Sully, no estaban balanceados los gastos é ingresos, los gobernadores imponian tributos de que no daban cuenta alguna, el dominio real estaba casi empeñado, se hacian empréstitos ruinosos, se ignoraba el empleo del dinero percibido, y se vivia de un dia para otro. Cuando la guerra exigia recursos extraordinarios, el superintendente inventaba un nuevo impuesto y se lo daba en arriendo á un tratante por la mitad del producto calculado ó ya suprimia los sueldos de los empleados, ya las rentas de la casa de la ciudad, ó bien creaba nuevos empleos. Colbert dió fin á esta anarquía por medios violentos y despóticos. Reembolsó en calidad de compra ocho millones de rentas de la casa de la ciudad adquiridas á infimo precio, lo cual era una especie de bancarota, pero en esta época se ignoraban aun las reglas del crédito público y la moralidad de los compromisos del estado con sus acreedores. Empleó el tribunal de justicia en hacer reintegrar sus ganancias á los tratantes, lo cual produjo una entrada en el tesoro de mas de ochenta y nueve millones (2). Era un medio antiguo de hacerse popular, y el gobierno no tenia la suficiente fuerza para dejar de usarlo. Arrendó los impuestos con posturas muy ventajosas, porque no podia desatenderse de este medio ejecutivo y fácil para adquirir dinero, pero nombró él mismo los recaudadores é hizo reglamentos de recaudacion y de contabilidad tan severos como minuciosos. Restableció bajo un pié riguroso la institucion de los intendentes, que «remediaba en apariencia las exacciones, negligencias y arbitrariedades de los tesoreros generales,» pero que en realidad servia para quitar á las provincias su administracion particular, destruir las oposiciones de la nobleza ó de los parlamentos, y hacer sentir el peso de la mano real hasta en los extremos del estado (3). Finalmente proyectó plantear los

(1) El marco tiene 27 libras y 13 sueldos.—(2) Se puede juzgar de la fortuna escandalosa de los rentistas por las siguientes cifras que presenta Guy-Patin. Los tres tesoreros de ahorros tenian 21 millones, Lacour-Desbois 6 millones, Catalan 6, Girardin 4, etc.—(3) La Francia estaba dividida rentisticamente en 32 *generalidades* en tiempo de Richelieu. Al frente de cada *generalidad* habia un intendente escogido entre los magistrados ó en el consejo del rey. Estos prefectos del antiguo régi-

presupuestos de un modo equitativo y productivo. No era partidario de la *talla* (1), contribucion enteramente plebeya, opresiva y disminuida por los privilegios de los nobles, del clero y de cuarenta y seis mil empleados públicos (2); la redujo desde 57 millones á 32, perdonando al pueblo 4 millones pertenecientes á aquel año; pero reemplazó esta contribucion con impuestos sobre los consumos que alcanzaban á todas las clases, y que se podian soportar fácilmente. Quitó á las ciudades sus privilegios é hizo ascender el producto de las contribuciones indirectas de 1.500,000 libras á 21 millones. Además, y este fué sobre todo el medio mas ventajoso, introdujo el órden mas riguroso en los gastos, y mientras repartia el oro á manos llenas para las empresas gloriosas, ponía coto sin compasion á todas las prodigalidades inútiles. « Es preciso, decia Colbert á Luis XIV, ahorrar cinco sueldos en las cosas innecesarias y arrojar los millones cuando se trata de nuestra gloria. Un banquete inútil de 3,000 libras me causa un dolor increíble, y cuando se trata de millones de oro para la Polonia venderia todos mis bienes, empeñaria á mis hijos y á mi mujer, é iria á pié toda mi vida para propor-

men estaban encargados de todos los asuntos políticos, «eran dueños de los hijos dice Boulainvilliers, hasta hacerlos soldados á la fuerza, dueños de las haciendas hasta privar la subsistencia, y dueños de las vidas hasta la prision, el tormento ó el cadalso (Estado de Francia, t. III, p. 5).» Entre las 32 *generalidades* 20 se llamaban países de *elecciones* (á causa de ciertos recaudadores llamados *elegidos*) y estaban regidas directa y arbitrariamente por los intendentes; 12 se llamaban países de *estados* (á causa de sus estados provinciales) y estaban dirigidas en parte por los intendentes, y su administracion pertenecia casi enteramente á los estados y los parlamentos.—(1) La *talla* era *real* en los países de *estados*, es decir que recaía sobre los bienes raíces de los plebeyos. Era *personal* en los países de *elecciones*, es decir, que gravitaba en los bienes raíces y en los bienes muebles de los plebeyos; era el mas odioso de los impuestos, porque solo alcanzaba á los propietarios mas pobres, á las clases mas infelices de la sociedad, en especial á los campesinos «educados por ella, dice Boulainvilliers, al extremo de no poseer muebles ni trajes y á no atreverse á trabajar sus tierras.» Colbert concibió el proyecto de hacer *real* en todas partes la *talla*, sin distincion de nobleza ó villanía, pero no se atrevió á ponerlo en ejecucion.—(2) Estos 46,000 empleados cobraban 8.346,000 libras de sueldo, y el capital de sus empleos era evaluado en 418 millones. Un edicto de 1665 tasó el precio de los destinos de justicia que se habia hecho exorbitante, «con objeto de facilitar la adquisicion de los cargos á las personas que los merecieran, y que se hubieran visto excluidos por un precio ilimitado.»

cionarlos (1).» Finalmente los medios por los cuales aumentó la población y la riqueza de Francia aumentaron la cantidad de los impuestos y el número de contribuyentes, de tal modo que los ingresos excedieron en 45 millones á los gastos en 1662, que las rentas habian ascendido á 97 millones de los cuales percibía 63 el tesoro, y en 1680 subieron á 117 millones sin que la nación estuviese cargada mas de lo que podian sufrir sus fuerzas.

§. IV.—*Industria, comercio, marina y agricultura.*—Para que el gobierno fuera rico, era preciso aumentar los manantiales de riqueza de la nación, y viendo que la Holanda y la Inglaterra habian prosperado á pesar de las guerras extranjeras y civiles por medio del comercio y de la industria, y que á la sazón estaban en disposición de sufrir el peso de nuevas guerras mejor que los demás países, se creyó pues que no había en Europa mas estados ricos que los manufactureros y negociantes, y el gobierno desplegó la perseverancia mas enérgica y atenta para convertir la industria y el comercio de Francia en los primeros del mundo. «El francés, decía Colbert, convertiria en oro las piedras si se lo permitiesen.» Este ministro restableció las fábricas de paño de Sedan, de Abbeville y de Louviers, llamó obreros de otras naciones, dió dinero prestado á los fabricantes de escaso capital, concediéndoles primas para animarlos, y en 1669 se contaban ya en Francia cuarenta mil trabajadores de lana que fabricaban por valor de 20 millones. Se compró á los ingleses secretos de oficios, se regeneraron las fábricas de tela de Picardía, de papel de Angulema y de relojería de Châtelleraut, se establecieron fundiciones en el Berri y en los Ardenas, se alentó el cultivo de la morera, se plantearon manufacturas de telas de seda, y de bordados de oro y plata en Lion, en Tours y en Nimes, cuyos productos llegaron á ser tan superiores por la finura del tejido, la brillantez de los colores y la elegancia del dibujo, que las cortes de Europa y Asia hicieron con ellos sus mas bellos y ricos adornos. Solo Lion albergaba veinte mil artesanos que daban mas de 100 millones de producto. «Creáronse en Saint-Gobain y en los Gobelins manufacturas de lujo costeadas por el rey; en Saint-Gobain se fabricaron espejos superiores á los

(1) Extracto del plan de gastos trazado por Colbert en 1666.

de Venecia que se perfeccionaban en París, y en los Gobelins las manufacturas empleaban buenos pintores, maestros de tapicería, plateros, fundidores, escultores, grabadores, lapidarios, tintoreros y muchos obreros de todas las artes y oficios. Los jóvenes, bajo la direccion de estos maestros, mantenidos allí durante cinco años, podian, despues de seis años de aprendizaje y cuatro años de servicio, poner tienda de mercaderías, artes y oficios, en los que se hubieran instruido, tanto en París como en cualquiera otra ciudad del reino. »

La platería producía obras que no hubieran despreciado los artistas florentinos; los encajes y blondas de París superaban á los de Flandes; los aceros y tafletes franceses igualaban á los de Oriente y de Africa, la imprenta real publicó ediciones poco inferiores á las de los Elzevirs, y en fin, la Francia en algunos años no tuvo igual en todos los productos de lujo (1). Se redactó un código dedicado únicamente á reglamentar los oficios y corporaciones industriales, los títulos de maestros, las bancarotas, las tarifas, los tribunales consulares, libros de cuenta y contratas (1673); pero estos reglamentos severos y demasiado numerosos trasformaron á los obreros en máquinas á quienes se les indicaba la materia, los instrumentos, las horas, etc. Si los estatutos sobre los oficios hubieran sido ejecutados al pié de la letra, hubiesen paralizado la industria sobrecargándola con una opresion minuciosa y difusa, pero se convirtieron en el siglo siguiente en verdaderos códigos de tiranía. Consistía esto en que el gobierno en su celo administrativo tenia tanto afán de instruir, y estaba tan deseoso de hacerlo todo, que creía necesaria su acción hasta en los pormenores mas insignificantes. Colbert no conocía otro sistema que el de la proteccion, creía que el poder debía excitar é ilustrar la actividad de los ciudadanos á no querer que la industria vagase entre irresoluciones prolijas é infructuosas, y no conocía mas que un medio eficaz para impedir ser derrocado por las industrias de los vecinos, cual era la de los derechos muy subidos sobre la importacion de los géneros extranjeros, y la abolicion de los que gravitaban sobre los géneros del país.

(1) Extracto del edicto de fundacion de noviembre de 1667.

Se crearon para el comercio establecimientos de garantía y de depósito, caminos nuevamente abiertos y otros antiguos reedificados, se redujeron y disminuyeron los derechos de entrada y salida entre las diversas provincias, y se intentó, aunque sin conseguirse, abolir del todo «algunos impuestos injustos (1).» Riquet comenzó el canal del Mediodía bajo el plan de Andréossy, obra gigantesca, que unia el Mediterraneo al Océano por el Garona en una extensión de sesenta leguas (1664). Quitóse á los barcos franceses el derecho de flete que pagaban los extranjeros. Se fundaron cuatro compañías de comercio para las Indias orientales, las Indias occidentales, el Africa y el Norte sobre el modelo de las holandesas (1664 á 1669), el rey les adelantó capitales y comprometió á los señores á que siguiesen su ejemplo, y declaró puertos francos á Marsella y á Dunquerque. Se estableció un tribunal de comercio presidido por él. Se renovaron, como veremos mas adelante, las capitulaciones concluidas con la Puerta en favor de las mercancías francesas, y el comercio de Francia llegó á ser tan floreciente en el levante, que los provenzales miraban á este país como á sus Indias. Todos los años enviaba el gobierno comisionados especiales á visitar las escalas con orden «de trasladarse á donde quiera que comerciases los franceses para remediar los abusos y malversaciones, y establecer el arreglo que S. M. habia introducido en todos sus dominios, activar las atribuciones y cuentas de los cónsules de la nacion francesa, y redactar una exacta memoria de todo lo

(1) Bois-Guillebert, Hechos de Francia, p. 315, edicion de Guillaumin.—Se habia pedido ya muchas veces la abolicion de las aduanas interiores y en especial por los estados de 1614. «Aunque estos derechos no deben cobrarse mas que á los géneros que salen del reino para ser exportados al extranjero, no obstante los pagan los que pasan de unas provincias del reino á otras, como si fuera un país extranjero, con gran perjuicio de vuestros súbditos, entre los cuales se conservan las señales de antiguas divisiones que es preciso borrar, pues todas las provincias de vuestro reino están unidas inseparablemente á la corona para formar un solo cuerpo bajo la dominacion de un solo rey.... A fin de dar libertad al comercio y hacer cesar las opresiones de los arrendadores de estos derechos, mande S. M. que sean cobrados en los límites del reino, para que vuestros súbditos puedan negociar y llevar sus mercancías por todo el reino como ciudadanos que son de un mismo estado, etc.»—El deseo de los estados de 1614 no fué logrado hasta los estados que les han sucedido, es decir, hasta los de 1789.—Véase acerca las aduanas interiores el cap. V, seccion III.

que podría perfeccionar y aumentar el comercio de los franceses y destruir el de los extranjeros.» Se intentó conseguir un paso á las Indias para las mercancías nacionales por el Egipto y el mar Rojo (1). Se anudaron las relaciones mercantiles con el Tibet, la Abisinia, la China, el Japon, etc.; fundáronse colonias en Madagascar, Cayena y en las costas de Malabar y Coromandel, y cesaron de ser una carga para el estado las de las Antillas y del Canadá, recibiendo nueva animacion. Se publicó un edicto declarando que la nobleza no se mancillaba dedicándose al comercio marítimo; se restableció bajo un pié formidable la marina militar que Mazarino habia dejado caer otra vez en la nulidad; pidiéronse constructores, compráronse bajeles y objetos de navegacion á Holanda y Suecia, se matricularon treinta mil hombres para la marina, y Francia tenia en 1667 sesenta navíos de veinte hasta ochenta cañones, once fragatas y cuarenta barcos menores, completando ciento diez buques con tres mil setecientos trece cañones, y tripulados por veinte y dos mil hombres, siendo así que en 1661 no tenia mas que diez y ocho buques desmantelados. Dobláronse estas cifras en 1680, los matriculados de las provincias marítimas ascendieron á sesenta mil, y habia cuarenta mil hombres entre oficiales, soldados y empleados de marina. Se abrieron y habilitaron los puertos de Rochefort y de Cette, se engrandecieron los de Tolon y Brest, se establecieron cinco arsenales y almacenes de construccion, se instituyó la escuela de guardias de marina, etc. Un código de marina publicado en 1681 arregló la policia de los puertos y las costas, el precio de flete y de transporte, los derechos de los consulares, el enganche de los marineros, etc. Es uno de los mas hermosos códigos de Luis XIV: abraza la materia con todos sus pormenores, y casi está aun enteramente en vigor en nuestros días.

Mientras el genio de Colbert lanzaba la nacion en esta senda desconocida de progreso, quedó en el olvido el cultivo de la tierra, ramo tan magníficamente comprendido por Sully. Habia de crearse todo en manufacturas, cuando la agricultura se hallaba en un estado próspero, y los labradores fueron sacri-

(1) Véase el Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con Oriente de T. Lavallée.

ficados por el gobierno al proteger á los artesanos. No obstante no dejó de haber un movimiento de progreso en ciertos productos agrícolas; compróse ganado menor en Suiza y Alemania para mejorar esta industria y la calidad de las lanas, se establecieron paradas donde los caballos del país se mezclaron con razas de Africa y Dinamarca; se perfeccionó la fabricacion de los vinos y principalmente los de Champaña, de los cuales hizo toda la Europa un inmenso consumo, y se redactó un código de aguas y bosques que ha quedado como un modelo reglamentario en esta materia (1669). No alcanzó la misma proteccion al comercio de granos. Los disturbios de la Fronda habian causado grande miseria, y el parlamento de París, cediendo al clamor popular, prohibió las asociaciones para el comercio de los cereales. Colbert hizo aun mas gravoso este decreto prohibiendo la exportacion de granos al extranjero, y dificultando con absurdas restricciones la exportacion de provincia á provincia, no procuró otra cosa que la rebaja del precio del trigo para favorecer sus manufacturas; pero los labradores se desanimaron, decayó la agricultura, y la esterilidad y la miseria fueron el resultado de este yerro de trascendencia.

A la reforma de la hacienda, á la proteccion dada al comercio y á la industria, es forzoso añadir para completar el trabajo administrativo de Colbert una infinidad de ordenanzas particulares. Favoreció el acrecentamiento de la poblacion, declarando exentos de contribucion por cinco años á todos los que se casaran á los veinte, y perdonando para siempre este mismo pago á los matrimonios que tuvieran diez hijos. Se instituyeron dos empadronamientos de estado civil, uno en las iglesias, y otro en el archivo de las senescalías y bailios. Se prohibió la fundacion de nuevas órdenes religiosas, y la facultad de legar ninguna cantidad por via de donacion á las comunidades eclesiásticas. Se revocaron las cartas de nobleza expedidas desde 1630, y se restringieron las exenciones al pago de impuestos. Se convocaron con mucha frecuencia en el Mediodía sus asambleas particulares para impedir los vejámenes que los señores hacian sufrir á los campesinos, y se mandó la apuntacion de las hipotecas en registros públicos y especiales (1667). Finalmente se instituyó la policia que fué el gran medio administrativo del reinado de

Luis XIV. Esta institucion particular, tomada del poder militar y del judicial, parecia destinada únicamente á proteger á los ciudadanos, pero por su naturaleza misteriosa llegó á ser el principal instrumento del despotismo, que facilitó los movimientos del poder, y extendió la fuerza real hasta los extremos del cuerpo social.

§. V.—*Justicia y guerra.*—Todos estos códigos, reformas y ordenanzas fueron discutidos y adoptados por un gran consejo que presidia el rey con frecuencia, y en el que figuran Aligre, Boucherat, Sequier, Pussort, Voisin, etc. Se introdujeron en este consejo algunos otros sábios magistrades como Bignon, Talon y Lamoignon para preparar los códigos de procedimientos civiles y criminales.

Era una idea inmensa y acertada la de reunir en cuadros especiales las materias mezcladas y confundidas en las antiguas ordenanzas, de modo que todos estos códigos, que son la mas hermosa corona de Luis XIV, no tienen un carácter de circunstancias como las ordenanzas del siglo anterior, sino que les domina un pensamiento de generalidad y son obras de legislacion fundamental; no habiendo cambiado en el fondo las costumbres y los intereses, los códigos modernos de Francia han sacado de los códigos de Luis XIV los inmensos pormenores que rigen en la actualidad la sociedad francesa. El menos imperfecto de todos estos códigos es el civil que abrevió los procedimientos y reformó las ordenanzas de Moulins, de Orleans y de Blois, pero que intentó en vano introducir la uniformidad en la administracion de justicia por la multitud de jurisdicciones, el número infinito de privilegios que se opusieron, y en especial por la division de Francia en países de *derecho escrito* y de *derecho consuetudinario* (1). El código criminal conservó (exceptuando los casos de hechicería que no fueron admitidos desde entonces), las formas crueles de los tribunales antiguos, el procedi-

(1) Las provincias del mediodía estaban regidas por el derecho escrito ó derecho romano modificado en cada localidad por las costumbres feudales; las del norte por el derecho del uso formado con las leyes romanas y bárbaras y con las ordenanzas reales, y que era diferente en cada provincia, parlamento y ciudad. Contábanse 60 *grandes derechos consuetudinarios*, 285 *pequeños* y una multitud de fueros y usos especiales á las localidades.

miento secreto y escrito, la privacion de testigos y defensores, la cuestion preparatoria, la arbitrariedad en la aplicacion de la pena y la eleccion del suplicio; y continuó en fin convirtiendo á los jueces de lo criminal en verdaderos proveedores del cadalso, siendo el sangriento testimonio de la barbarie del sistema judicial bajo la cual vivió la Francia durante tantos siglos.

Mientras se llevaban á cabo estas reformas, Letelier, ó por mejor decir Louvois, que disputaba á Colbert el ascendiente sobre el rey estimulando su pasion guerrera, reformaba tambien el ejército y creaba la administracion militar. Arregló el sueldo, estableció la disciplina, instituyó almacenes de víveres, hospitales, cuarteles y depósitos de armas y ropas; creó inspectores generales para vigilar la disciplina de los soldados, y comisarios de guerra para intervenir en el sueldo y la administracion; dió uniforme á los soldados, introdujo el paso en la marcha de las tropas y el uso general de la bayoneta, ejercitó á la infantería en las maniobras de Martinet y á la caballería en las de Fourilles, perfeccionó la artillería y reunió en sus arsenales seiscientos cañones, instituyó las compañías de granaderos, los regimientos de húsares, de bombarderos y artilleros, escuelas de artillería, compañías de zapadores, un cuerpo de ingenieros, escuelas de cadetes en las ciudades fronterizas y paradas para la remonta de la caballería; y pidió por fin á Vauban sus primeros planes sobre el ataque y defensa de las plazas. Habia constantemente sobre las armas un ejército de ciento veinte y cinco mil hombres; se organizaron los cuerpos de la casa real, de modo que formaban un brillante y escogido ejército de diez mil hombres; algunos años despues se crearon treinta regimientos de milicias, formando un cuerpo de reserva que durante la paz se ejercitaba y trabajaba en las campiñas, y llegaron á verse últimamente en éste reinado cuatrocientos cincuenta mil hombres sobre las armas. Los gobernadores cesaron de levantar tropas, los *tenientes de rey*, encargados de convocar las milicias y de mandar la convocacion de la nobleza, absorbieron todas sus atribuciones. Todos los empleos militares fueron de real nombramiento, distribuyéronse con mas orden los grados, la nobleza se vió precisada á hacer el servicio de la infantería, y el rey instituyó un orden de ascenso independiente del nacimiento y

la categoría. El ejército se convirtió en fin en un medio de gobierno, la nobleza se disciplinó y ocupó sus filas; el uniforme completó el divorcio del soldado y el paisano, las tropas permanentes y adictas al poder se hicieron sus agentes, y apoyaron á los intendentes, formaron la policía y apaciguaron las turbulencias interiores.

§. VI.—*Bellas artes*.—A pesar de ocupar al gobierno al afán de mejorar los intereses materiales, Luis XIV, cuyo ardiente deseo de gloria llegaba al extremo, se inclinó fácilmente á proteger las bellas artes, cuyo progreso no habian paralizado los disturbios de la Fronda. Colbert, aunque instruido en las artes mecánicas, era poco letrado, pero queria complacer á su soberano, y no podia luchar contra la influencia de Louvois mas que favoreciendo sus gustos de magnificencia. Además, la proteccion que se dispensaba á los sábios y artistas era un verdadero medio de gobierno. Fiestas que rebosaban riqueza y esplendor, en las que el rey hacia uno de los principales papeles arrastrado por el instinto de grandeza que comunicaba hasta á sus distracciones, atraian la nobleza á la corte, enervaban sus rudas pasiones, la arruinaban, y destruian su espíritu de provincialismo y su orgullo por sus antiguos castillos. El gobierno se atrajo á todos los literatos, que eran durante la Fronda, una respetable potencia, y trasformó con sus beneficios á los autores de folletos en apologistas. Las obras maestras de los grandes escritores hicieron olvidar los libelos y las canciones, cambiaron la opinion pública y distrajeron á la nacion de los intereses políticos. Escribian para las fiestas reales Moliere, Racine y Quinault; Mausezard y Perrault construian el Louvre y Versailles; Lebrun y Mignard, Girardon y Puget adornaban estos palacios con sus obras maestras, y todos ellos trabajaban para dar al trono el brillo y la magnificencia, y aseguraban la monarquía absoluta llamando hácia ella la admiracion pública.

Mazarino que tenia todas las inclinaciones de su país, habia fundado en 1655 la Academia de pintura y escultura; Luis XIV le agregó una seccion de arquitectura, fundó el Museo de pinturas, y estableció en Roma una escuela de bellas artes á donde envió discípulos pensionados por el estado. La Opera italiana introducida en Francia por Mazarino en 1645, se habia convertido

en Opera francesa con los desvelos del poeta Perrin, el músico Lambert y el maquinista Sourdeac, y en Academia real de música en 1669 con los trabajos de Lully. Colbert, que no desconocía la relación que existe entre las ciencias positivas y las artes mecánicas, alentó el estudio de las matemáticas, de la física y la astronomía, y fundó en 1664 la Academia de ciencias bajo el modelo de la Sociedad real de Londres (1). Richelieu y Mazarino habían pensionado á algunos literatos; Colbert y Lionne formaron una relación de los sábios y escritores de Francia y Europa, y les enviaron pensiones, regalos y cartas protectoras. Fueron llamados también á Francia, donde se establecieron, el italiano Cassini, el holandés Huyghens y el danés Roehmer. Colbert aumentó la biblioteca del rey desde diez y seis mil volúmenes á sesentamil, y reunió una inmensa colección de manuscritos. Envió á las provincias comisionados para buscar documentos históricos, estableció la Academia de las inscripciones y bellas artes, fundó el gabinete de medallas y el *Diario de los sábios*, mandó formar las primeras tablas estadísticas que conociera la Europa, y edificar el Observatorio, al mismo tiempo que principiaba un meridiano de Dunquerque á Collioure que no se terminó hasta 1700. Él fué también el que contribuyó á la formación del mapa general de Francia, cuyo trabajo, al cual ha unido Cassini su nombre, no ha tenido quien le aventaje hasta nuestros días. El gusto de lo bello y la necesidad de los goces del espíritu fueron desde entonces los rasgos distintivos del carácter nacional. La Francia era la primera nación de Europa, no solamente por haber dictado la paz en Munster y en el Bidasoa, sino por el respeto que inspiraban á los pueblos su preeminencia intelectual, su ilustrado gobierno, las maravillas de su industria, sus grandes hombres y Luis XIV. Fué una época gloriosa, la época mas brillante que había tenido la Francia. Estaba en paz con toda la Europa, tenía doblegados á todos los demás estados bajo el peso de sus últimas victorias, los gobernaba con su diplomacia, y se entregaba con ferviente confianza á toda clase de empresas y trabajos. Francia extendía la soberanía de su idioma por todos los países civilizados, el trono legitimaba su poder

(1) Los primeros miembros fueron Picard, Layre, Cassini, Blondel, Mariotte, Perrault, Dodart, Bordejín, etc.

con sus beneficios, su ilustracion y la unidad que daba al país, y sobresalian en fin en todos los géneros los hombres de genio. ¡Qué época mas brillante aquella en que se veian á la vez Colbert y Lionne, Turena y Conde, Pascal y Bossuet, Corneille y Racine, Moliere y la Fontaine, Quinault y Sully, Lerneur y Lebrun, Puget y Girardon, Mausard, Perroult y le Notre! ¡Cortejo admirable que Richelieu y Mazarino habian preparado al venturoso heredero de sus desvelos y esfuerzos, y en medio del cual se nos aparece Luis XIV iluminado con todo el brillo de estos grandes hombres!

§. VII.—*Proyectos de Luis XIV contra España.—Sus relaciones políticas con las provincias Unidas, el Imperio, la Suecia, etc.*—El jóven monarca con su hermosura, gracia, majestad y elegancia era entonces feliz é idolatrado; parecia que su corte, la Francia y hasta la misma Europa se prosternaban ante él, y le deslumbraron con tantas adulaciones. Crefase el único creador de todas aquellas obras maestras de las artes y de las letras y de la riqueza y engrandecimiento de la nacion; devorado por el afan de excitar sin cesar la admiracion y del deseo de superar á todo lo que le habia precedido, «estaba tan sediento de gloria que ni queria dejarle participar de ella en lo mas mínimo á la reina madre, y deseaba adquirirla toda (1).» Pero como era muy oscura y plebeya la gloria de legislador, de fundador de la administracion y de protector de las artes, á pesar de no tener genio militar, quiso conseguir la de conquistador.

«Los tratados de Westfalia, de los Pirineos y de Oliva habian pacificado el centro, el sur, y el norte de Europa. Despues de estos arreglos que fijaban los territorios, los rangos, el derecho público, y que eran los mas vastos que se habian llevado á cabo hasta entonces, nadie presagiaba una causa séria ni próxima de guerra. Pero existia un soberano que fundaba su reputacion en desplegar los recursos de un país tranquilo y fuerte (2).» Es preciso, decia Juan de Witt el primer magistrado de las Provincias Unidas, es preciso que el rey de Francia tenga una moderacion extraordinaria y casi milagrosa para sacrificar la ambicion tan natural á todos los príncipes, y no servirse de las

(1) Motteville, t. V. p. 207.—La reina murió en 1666.—(2) Negociaciones relativas á la sucesion de España, t. I, p. 163.

ventajas que tiene sobre España, potencia de tal modo debilitada que solo se conserva por su misma debilidad (1).»

Efectivamente, la cuestion de España era el medio del engrandecimiento del reinado de Luis XIV, é iba á empezar bajo un nuevo aspecto la lucha de las dos monarquías rivales que parecia terminada con el tratado de los Pirineos. No solo se pensaba en humillar á la casa de Austria, sino de quitarle la corona de España, y no solo se trataba de hacer entrar á esta nacion en el sistema político de Francia, sino de someterla indirectamente estableciendo la dinastía francesa en el trono de Carlos V. Esto habia sido el pensamiento de Mazarino en Munster y en el Bidasoa; con este objeto se habia efectuado el casamiento del rey de Francia con una infanta, y este fué el eje sobre el cual debian girar todos los acontecimientos de Luis XIV.

El jóven monarca habia formado el proyecto de reclamar la sucesion de la monarquía española en todo ó en parte: 1.º Si el hijo que Felipe IV habia tenido de segundas nupcias, el cual apenas tenia un soplo de vida, llegaba á morir, Luis pretendía que la infanta María Teresa hija primera del primer matrimonio, debia heredar toda la monarquía á pesar de la renuncia formal que habia firmado, fundándose en que un contrato particular no podia derogar la ley fundamental de España, y en que la validez de la renuncia estaba sujeta á la exactitud del pago del dote segun cláusula formal del tratado y del cual no habia satisfecho un solo escudo (2). 2.º Si el hijo de Felipe IV vivia y reinaba, Luis reclamaba los Países Bajos, apoyándose en un fuero de Brabante, llamado derecho de *devolucion*, que daba á los hijos de primer matrimonio la propiedad de los bienes de sus parientes con exclusion de los hijos del segundo, uso enteramente civil, que Luis apartaba de su aplicacion ordinaria para trasladarlo al órden político.

«La adquisicion de los Países Bajos, escribia Mazarino en 1646, forma un baluarte inexpugnable para la ciudad de París, y entonces seria cuando con mas verdad podria llamarse el corazon de la Francia (3).» La cuestion de España presentada bajo este doble aspecto fué el objeto de continuas negociaciones desde

(1) Negociaciones relativas á la sucesion de España, t. I, p. 267.—(2) Id. t. I, p. 52.—(3) Id. t. I, p. 178.—Carta de Mazarino de 29 de enero de 1646.

1661 á 1668, que fueron dirigidas por Lionne con una prudencia, constancia y actividad que nadie ha superado, y que hacen de estos siete años la época mas brillante de la política de Luis XIV.

Se dirigió al principio á Felipe IV para que le concediera la revocacion de la acta de la renuncia, y no alcanzó mas que una negativa; pero la corte de España admitió la reclamacion, y Luis de Haro declaró que consideraba esta revocacion *como inútil*. Se trató entonces de hacer valer tan solamente el derecho de devolucion, cuya eventualidad era mas próxima, y que podia tener dos adversarios temibles, las Provincias Unidas y el emperador. Era forzoso asegurarse de las unas que tanto interés tenían en no estar vecinas á Francia, y hacer impotente al otro que podia pretender los derechos á toda la monarquía española, como antes de casar á la hija segunda de Felipe IV.

Las Provincias Unidas estaban aun divididas en dos partidos muy encarnizados, el del pueblo y el feudal. Después de la muerte de Guillermo II (1650), hijo de Federico Enrique, el primero habia triunfado aboliendo para siempre el stathuderato, y confiando el poder ejecutivo á un magistrado llamado *gran pensionario* que era ministro de estado, de negocios extranjeros y director de los estados generales. Juan de Witt fué nombrado gran pensionario en 1653; era un hombre de mérito relevante, adornado de virtudes y de patriotismo, bajo cuyo gobierno llegó la república á su apogeo de engrandecimiento y de prosperidad. El partido popular era el de la alianza francesa, y el feudal el partido de la alianza inglesa.

La Holanda no debía esperar ningun mal de la Francia á quien debía su existencia, y con la cual hacia un comercio muy ventajoso, pero debía temerlo todo de Inglaterra que queria expulsarla del Océano, y con la cual sus naves estaban en contiínuas hostilidades; además como los dos países ejercian el uno sobre el otro una grande influencia política á causa de la comunidad de religion, el restablecimiento del trono en la Gran Bretaña parecia presagiar el del stathouderato en las Provincias Unidas; y efectivamente, Carlos II que desconfiaba de las relaciones de los republicanos ingleses con los *arminios* de Holanda, tenia concebido el proyecto de hacer nombrar stathuder á su sobrino Guillermo, hijo de Guillermo II, que era aun de muy tierna edad.

Era inminente el peligro de una guerra entre las dos marinas rivales. Juan de Witt dirigió todos sus desvelos á conseguir la alianza francesa, y Luis XIV sacó un excelente partido de esta disposición de los ánimos para que la Holanda aceptase sus pretensiones generales á la monarquía española, y sus proyectos particulares relativos á los Países Bajos. Juan de Witt queria que estos países se trasformaran en una república belga, y Luis XIV hacia la oferta de repartirlos entre Francia y Holanda. No tuvieron ningun éxito estas dos proposiciones, pero no obstante se concluyó entre ambas potencias un tratado de alianza ofensiva y defensiva, dirigido principalmente contra Inglaterra y España (1662).

El emperador era el segundo adversario, pero se le ataron las manos prorogando la liga del Rhin y aumentando su fuerza é influjo con la agregacion del elector de Brandeburgo, entablándose negociaciones con la dieta de Ratisbona para impedirle que tomara bajo su garantía al círculo de Borgoña, pensionando á los electores de Maguncia, de Colonia y de Brandeburgo, al obispo de Munster y al duque de Neuburgo para que cerrasen á Leopoldo el camino de los Países Bajos en el caso de querer marchar con sus tropas en defensa de su natural aliada la España.

Luis XIV era mas soberano del imperio que el mismo emperador; no hubo allí ninguna discusion en que no interviniese, ni un negocio que no terminase, ya por medio de sus embajadores, ya por sus tropas y subsidios.

No se terminó todo con este resultado. Como la Suecia y la Inglaterra podian causar algun entorpecimiento, se trató de asegurar su inaccion. La Suecia manifestaba mucha frialdad á la Francia por motivo de su intervencion en los negocios de Polonia. Efectivamente, Luis XIV manifestaba mucha inquietud por la decadencia de este reino, y presagiando con maravillosa sagacidad la suerte fatal que le amenazaba, habia propuesto á Carlos XI, el sucesor de Carlos Gustavo, una alianza para impedir que el emperador, el moscovita y el elector de Brandeburgo se repartiesen entre sí los estados de la corona de Polonia despues de la muerte del rey Casimiro (1), y habia concebido el

(1) Sucesion de España, t. I.

proyecto de hacer elegir para el trono polaco al hijo del gran Condé. Pero envidiosa ya la Suecia de la influencia inmensa que Luis ejercía en Alemania, se alarmó con la extensión que su poder iba á adquirir en el norte, y rasgó el tratado que se había celebrado con este objeto. A pesar de esta resolución permaneció en la alianza francesa, y prometió no poner obstáculos ni dificultades á sus proyectos sobre los Países Bajos.

La Inglaterra estaba gobernada por un hombre indolente, voluptuoso, cuya política era incierta y contradictoria, y que difícilmente ocultaba sus deseos de imitar al rey de Francia, estableciendo en sus estados la unidad de religion y de poder (1). Carlos II tenía una continua necesidad de dinero, y para arrancárselo al parlamento, había resuelto arrastrar á Inglaterra á una guerra contra Holanda. Ofreció á Luis, en el caso de querer entrar en su alianza, «darle carta blanca en todo lo que podía apetecer respecto á los Países Bajos, sin pretender para él un solo palmo de territorio (2).» Luis no accedió, pero trató de asegurar la neutralidad de Inglaterra casando á su hermano único, Felipe duque de Orleans (3), con Enriqueta hermana de Carlos; después le ofreció el dinero suficiente para ganar los miembros de su parlamento, y finalmente le compró Dunquerque y Mardick por cuatro millones (27 de noviembre de 1662).

Esta vergonzosa venta excitó la indignación de los ingleses que consideraban á Dunquerque como un segundo Calais, y fué el gérmen de la oposición que derrocó mas tarde á los Estuardos.

Completaremos la relación de esta serie de negociaciones con los tratados hechos con Portugal, dirigidos á proporcionarle medios para continuar con mas actividad su lucha contra España, asegurándole la alianza de Inglaterra y hasta enviándole secretamente seiscientos oficiales, dos millones, y al conde de Schomberg (1663). Estos auxilios decidieron el triunfo de las batallas de Almxial y de Villaviciosa, por las cuales se afirmó en el trono la casa de Braganza (1664 y 1665.)

(1) Memorias del caballero del Temple.—(2) Sucesion de España, t. I. p. 415.—

(3) Este príncipe había sido educado del modo mas afeminado «por órden de Mazarino, temiendo no causase disgustos al rey como Gaston á Luis XIII.» (Choisy, p. 430.) Se vestía frecuentemente de mujer y tenía todos sus gustos. Su hermano le negó la participacion del poder y le tuvo siempre en la mas rigurosa dependencia.

Esta diplomacia tan hábil como activa dió en realidad á Luis XIV el protectorado de Europa. «La Francia, decia un embajador inglés, tiene el don de persuadir en favor de todo lo que le place ó conviene en todas las cortes de la cristiandad.»

Tres actos brillantes atestiguaron mas completamente aun el papel preponderante que habia tomado.

§. VIII.—*Luis XIV exige reparaciones de España y del Pontífice. —Sus relaciones con los turcos. —Batalla de Saint-Gothard. —Guerra entre Inglaterra y Holanda.*—La corona de Francia se habia considerado siempre como la segunda de los estados cristianos, pero desde que la casa de Austria llegó á adquirir tan inmenso poder, la corona de España pretendia ocupar este lugar. Habiendo sobrevenido una contienda por este motivo entre los embajadores de Francia y España en la corte de Lóndres, en la cual fué maltratada la escolta del primero, Luis XIV amenazó á Felipe IV con la guerra si no le daba una satisfaccion. El rey de España declaró solemnemente (24 de marzo de 1662) que en lo sucesivo sus embajadores no disputarian la preeminencia á los del rey de Francia, y este acto, que completaba el tratado de los Pirineos, proclamando la decadencia en que se veia hundida la monarquía de Felipe, causó una profunda sensacion.

La marina inglesa se habia abrogado desde el reinado de Isabel el derecho insultante de hacer rendir el pabellon de los demás estados ante el suyo; Luis XIV declaró que el pabellon francés no saludaria en adelante á ningun otro (1), y Carlos II intentó sostener las pretensiones inglesas con excesiva debilidad.

Los dependientes del duque de Crequy, embajador en Roma, fueron insultados y heridos por la guardia corsa del papa (20 de agosto); Luis obligó á Inocencio X á excusarse públicamente, á licenciar su guardia, y á erigir en Roma una pirámide en testimonio de la ofensa y de la reparacion.

Al mismo tiempo que el jóven monarca manifestaba tanta altivez en sus relaciones con los demás estados, asombraba á la

(1) Richelieu lo habia hecho ya, y se lee en sus instrucciones al arzobispo Sourdis de mayo de 1678 las siguientes palabras: «Si se llega á encontrar una escuadra de Inglaterra, las dos podrán pasar sin saludarse, y si la inglesa forzase á la del rey á hacerlo, S. M. manda á dicho señor arzobispo que se exponga á todos los peligros antes de menoscabar el honor del pabellon francés.»

Europa enviando sus soldados y bajeles á combatir por el interés general de la cristiandad. No habia conservado su integridad medio siglo hacia la antiquísima alianza de la Francia con Turquía: por una parte, el fanatismo de los sultanes habia violado las capitulaciones y autorizado las piraterías de los berberiscos, y por la otra la reaccion católica, que tan pujante se habia manifestado en el reinado de Luis XIII, habia reanimado el espíritu de las cruzadas y pedía la destruccion de los infieles. Los embajadores franceses fueron insultados en Constantinopla, se quitó la custodia de los Santos Lugares á los religiosos de Francia que habian gozado siempre este privilegio, los corsarios con sus saqueos entorpecieron el comercio de levante, y fueron devastados los establecimientos franceses de la costa de Africa (1). Richelieu no pudo obtener reparacion de estos ultrajes, y envió en vano muchas escuadras para castigar á los berberiscos. Gobernando Mazarino se esperaba una declaracion de guerra, pues los turcos se habian atrevido á sitiar á Candia (1645) que pertenecía á los venecianos, y estos pidieron auxilio á toda la cristiandad. La Francia ofreció su mediacion, pero fué rechazada; envió entonces secretos socorros á los venecianos, y el embajador francés fué maltratado por el gran visir, que le obligó á salir de Constantinopla (1661).

Era inminente al parecer el peligro de una guerra, pero Mazarino no quiso comprometerse en una lucha impolítica, en la cual la Francia se arriesgaba á perder en Oriente una posicion envidiada, y que se apresurarian á ocupar sus enemigos. Se limitó pues á enviar cuatro mil soldados á Candia, protegió el enganche de numerosos voluntarios para el ejército veneciano, y dió refuerzos á la casa de Austria contra los otomanos que habian invadido la Hungría.

Leopoldo se hallaba abandonado á sus propias fuerzas, y no querian proporcionarle socorro alguno los estados de Alemania que estaban desde la liga del Rhin bajo la proteccion de Francia. A instancias del papa, Luis XIV decidió á sus aliados de Alemania á concluir un tratado por el cual la Francia y la liga del Rhin

(1) Estos establecimientos, que datan de Francisco I, consistian en el Bastion de Francia, Masacaré ó la Calle, el cabo de Rosas y las escalas de Bona y de Collo.

se comprometían á poner cada cual en pié de guerra veinte y cuatro mil hombres para hacer la guerra á los turcos. El emperador rehusó tan inmenso socorro, diciendo particular y secretamente al papa que el rey de Francia sería con aquellas fuerzas mas señor del imperio que él mismo. Luis XIV le ofreció un ejército reducido á la mitad. «Si no acepta, escribió Lionne, deben sacarse dos consecuencias, ó que no tiene necesidad de ser auxiliado, ó que prefiere no serlo á recibir el auxilio de Francia y de sus amigos.» Ultimamente se determinó enviar á Hungría seis mil franceses y veinte y cuatro mil alemanes de la liga del Rhin, mandados por el duque de la Feuillade y el conde de Coligny con un subsidio de 200,000 escudos. Estos treinta mil auxiliares constituían la fuerza principal del ejército imperial que presentó la batalla á los turcos en el Raab cerca de la abadía de Saint Gothard, alcanzando la mas completa victoria (1664) (1).

Enviáronse al mismo tiempo muchas escuadras contra los piratas de Africa, y por espacio de tres años alcanzaron laureles los mejores marinos franceses Beaufort, Duguesne, Tourville y Estrées, en cuyas expediciones destruyeron la marina de los berberiscos y les obligaron á respetar el comercio francés. Hasta se proyectó fundar un establecimiento militar en Djigelli ó Gigeri, pero salió frustrada la empresa por la desafortunada direccion de Beaufort.

Estalló la guerra entre Inglaterra y Holanda durante estas expediciones gloriosas (1664). Invitado Luis XIV por la república á prestarle su asistencia, hubiera querido permanecer neutral para economizar su naciente marina; pretextó al príncipe la lejanía de sus naves que guerreaban en las costas de Africa, y fué espectador de las encarnizadas batallas que se trabaron entre las armadas de cien navíos de las dos reinas del Océano. Habiendo solicitado despues la Inglaterra la alianza de España, de

(1) Cuéntase que cuando el gran vizir vió á los nobles franceses con sus vestidos galoneados y sus pelucas blancas, exclamó: «¿Quiénes son esas mujeres?» Pero en un instante perecieron los jenízaros á manos de estas mujeres que los historiadores turcos llaman *hombres de acero*, y los que se salvaron de la derrota repitieron mucho tiempo en sus ejercicios guerreros los gritos que lanzaban los franceses al empezar la pelea, ¡A ellos! á ellos! mata! mata! (De las relaciones de Francia con el Oriente, en la Revista independiente del 25 de noviembre de 1843.)

Suecia y del emperador, contrarió Luis estas negociaciones con tanto tino que permanecieron en la inaccion las tres potencias, y hasta comprometió á hacer alianza con Holanda á Dinamarca, al elector de Brandeburgo y al duque de Brunswick. Finalmente declaró sin rodeos la guerra á Carlos II y al obispo de Munster, el cual estaba asalariado á los ingleses y habia invadido el territorio holandés. Su flota ganó en las Antillas el combate de San Cristobal, y obligaron á pedir la paz al obispo de Munster seis mil hombres enviados á hostilizarle. No obstante esta guerra se hacia contra todas sus convicciones, porque era enemigo secreto de la Holanda, república de comerciantes y herejes, y conocia las tendencias de Carlos II hácia el absolutismo y la religion romana. Pero la razon principal consistia en que no habia llegado aun el momento de poner en ejecucion sus planes contra España. Propuso su mediacion, pero Carlos la rechazó, «no porque dejase de desear la paz, segun decia Lionne, sino porque queria arrancar mas dinero á sus pueblos (1).»

Habiendo los holandeses por último penetrado en el Támesis é insultado á Lóndres, enojada la nacion inglesa con una guerra tan desastrosa que le habia costado ya 130 millones, obligó á Carlos á aceptar la paz; y se firmó el tratado de Breda por el cual el acta de navegacion recibió modificaciones favorables para los holandeses (31 de julio de 1667).

§. IX.—*Guerra del derecho de devolucion.—Tratado de Aix-la-Chapelle.*—Felipe IV habia muerto el 17 de setiembre de 1665 dejando por heredero, á Carlos II, niño casi imbécil, bajo la tutela de su madre. Luis XIV reclamó en seguida en nombre de su mujer y en virtud del derecho de devolucion el Brabante, el Hainaut, el Limburgo, Namur, Amberes, etc. Gobernaba á la regenta, princesa austriaca muy adicta y partidaria de su familia, un jesuita orgulloso é incapaz llamado el padre Niltard; rechazó ella la reclamacion de Luis XIV sin inquietarse de ningun modo por su poder y sus proyectos. Este hubiera preferido alcanzar amigablemente lo que pedia por no comprometer con una guerra la admirable posicion que ocupaba en Europa, y negoció durante ocho meses reforzando sus alianzas, organizando

(1) Sucesion de España, t. I.

sus tropas, y cuidando de captarse la aprobacion pública por medio de una obra titulada *el Tratado de los derechos de la reina*. Declaró por fin que iba á tomar posesion de los estados que le pertenecian, y entró en los Países Bajos con un ejército de treinta mil hombres mandados por Turenna (20 de mayo de 1667.)

Agotada la España por el papel político á que la habian condenado sus soberanos un siglo hacia, sin poblacion, sin ejército y sin hacienda, no era mas que un coloso muriéndose de hambre; y gobernada por manos ineptas, debilitada con la guerra de Portugal y privada de los tesoros del Perú por los piratas de las Antillas, no se hallaba preparada para resistir el ataque de los franceses. Estos, además del ejército de Turenna, enviaron dos cuerpos de dos mil hombres mandados por Aumont y Crequy, que debian operar el uno en la Flandes marítima y el otro en el Rhin para observar al emperador. Las plazas de los Países Bajos estaban casi desmanteladas, el gobernador no tenia soldados ni dinero, y la poblacion aborrecia la dominacion española. Turenna se apoderó sin obstáculo de Armentieres y de Charleroy, y Aumont de Bergues y Fournes. Estos dos generales se reunieron y tomaron á Tournay, Donay, Courtay y Oudenarde, despues retrocedieron hácia Lila que tenia cinco mil hombres de guarnicion y quince mil de milicias. Crequy se incorporó con ellos y venció el cuerpo español que acudia en defensa de la ciudad.

Lila se rindió el 27 de agosto de 1667.

La regenta de España estaba en negociaciones con la Europa para salvar los Países Bajos; y se hallaban en tan deplorable situacion su ejército y su hacienda, que pedia tropas al emperador y abria una suscripcion entre sus súbditos para pagarlas. Pero Inglaterra y Holanda estaban enteramente ocupadas en su terrible guerra, una alianza unia con la Francia á las Provincias Unidas, y Carlos II, «para conseguir dinero, del que estaba muy escaso,» habia tratado secretamente con Luis XIV, prometiéndole que no pondria ningun obstáculo á sus proyectos sobre los Países Bajos. El emperador estaba muy inquieto y empezó á hacer sus levas á pesar de estar con las manos atadas por la liga del Rhin; pero Luis XIV negoció con él, y como el jóven monarca español prometia apenas algunos dias de vida, llegó á ha-

cerle firmar un tratado secreto y eventual para partirse entre ambos la monarquía española (19 de enero de 1668). Este tratado obra maestra de Lionne y del caballero de Gremonville, que hubiera dado á la Francia todos los estados que la corona de España poseía en Europa fuera de la península, fué llevado á cabo con tanto misterio que ha permanecido oculto hasta nuestros dias (1).

Luis XIV se contuvo despues de la toma de Lila por no comprometer su negociacion con Leopoldo y la reputacion de moderado que se habia atribuido, pero luego que se terminó la paz de Breda, alarmados los holandeses con los progresos de la Francia, propusieron una transaccion. Luis, bajo la confianza de que bien pronto se iba á repartir la monarquía española, declaró que le satisficieran las conquistas que habia hecho. España no respondió á esta proposicion; pues creia que el invierno seria un obstáculo para renovar las hostilidades, y que durante este tiempo se pronunciarían contra Francia todas las naciones que envidiaban á esta su prosperidad. Pero se reunieron en secreto veinte mil hombres en Borgoña, cuyo gobierno poseia Condé, y el 1.º de febrero tomó este príncipe el mando de este ejército y entró súbitamente en el Franco Condado que se hallaba ya minado de antemano por los emisarios y el dinero de Francia. Auxone se rindió el dia 3 de febrero, Besanzon capituló el 7, y Dole fué sitiada el 9 y se rindió el 14. Llegó el rey, recibió el juramento de las autoridades y del parlamento de la provincia, y todo el país estaba sometido el dia 19 del mismo mes.

Grande sensacion produjo en Europa esta expedicion llevada á cabo con tanto secreto y rapidez, y los holandeses echaron al olvido los servicios que les habia prestado la Francia para levantar á todas las potencias en defensa de España. Llegaron á formar con Inglaterra y Suecia una liga, que se llamó la triple alianza, para impedir cualquiera agresion de Luis XIV en el territorio de la monarquía española, y determinar á la corte de España á aceptar sus primeras proposiciones. Indujeron á Portugal á firmar la paz con España (12 de febrero de 1668), que permitió á esta emplear todos sus recursos contra Francia y solici-

(1) Sucesion de España, t. II.

taron al Imperio y al emperador que entrasen en la liga. El elector de Brandeburgo y otros príncipes que creían «que el olor de las lises empezaba á ser muy subido en Alemania,» empezaron á organizar tropas, pero el dinero resfrió su entusiasmo. El emperador estaba sujeto por su secreto tratado, de modo que definitivamente las tres potencias que se aliaron para salvar á la antigua protectora del catolicismo eran las grandes potencias protestantes que habian hecho anteriormente la guerra mas encarnizada á España. Lleno de inquietud Luis XIV con esta liga y no queriendo faltar á sus promesas de moderacion, consintió en tratar, y se concluyó entonces la paz de Aix-la-Chapelle (2 de mayo), por la cual la Francia quedó poseyendo las ciudades que habia conquistado en el Lis, en el Escalda y el Sambre, y devolvió el Franco Condado cuyas fortalezas dejó desmanteladas.

CAPÍTULO III.

Guerra de Holanda. (1668—1678.)

§. I.—*Luis XIV abraza la política de principios y deja la de intereses.*—*Proyectos de guerra contra Holanda.*—El interés nacional excusaba y legitimaba la guerra del derecho de devolucion, que, aunque injusta en un principio, hacia muchos siglos que tendia con constancia á reunir la Bélgica á la corona de Francia; dirigida y terminada con tanto tino como moderacion, atestiguó esta guerra que el reino de Luis XIV era incomparablemente mas fuerte y estaba mejor gobernado que los demás estados; pero exaltó la ambicion del monarca, le alucinó sobre los recursos de Francia, y le arrastró á una nueva guerra que no solo era injusta sino impolítica.

Carlos II no habia muerto como se esperaba; arrastraba una existencia mezquina que debia prolongarse hasta 1700. Luis XIV aplazó pues sus proyectos sobre la monarquía española, y para buscar en otra parte ocasiones de guerra, dejó la política de intereses que le habia enseñado Mazarino, y que la Francia seguia de medio siglo á aquella parte con tanta prudencia y felicidad. Guiado por el error funesto de la naturaleza de su poder y por el

espíritu de orgullo excesivo que parecía oscurecer su entendimiento, resucitó la política de religion hundida en el olvido hacia veinte años haciendo entrar á la Europa en una senda retrógrada. Este fué el escollo de todo su reinado, un manantial incalculable de desgracias para Francia, y el origen de las coaliciones contra las cuales tuvo que combatir Luis XIV el resto de su vida.

Ya hemos visto contenerse el movimiento político de restauracion del catolicismo con los tratados de Westfalia, y cesar las guerras de religion luego que el clero volvió á entrar en su senda espiritual; pero no dejó por eso de continuarse la discusion entre ambas comuniones con tanta calma y dignidad como violencia y destemplanza habia tenido ántes, y hasta se advirtió una tendencia muy pronunciada hácia la union. Los mismos protestantes echaban de ver la insuficiencia del racionalismo protestante, y los entendimientos mas ilustrados temian que no descendiera á su última consecuencia, el materialismo. Leibnitz, la inteligencia mas universal de esta época, desplegó todos sus recursos de ingenio para terminar la reunion de todas las comuniones cristianas, y entabló con este objeto una correspondencia con Bossuet, el oráculo del clero francés y á quien su siglo llama el último de los Padres de la Iglesia (1). Parecia efectivamente fácil, puesto que la cuestion religiosa habia perdido ya su aspecto político, que el pontificado no inspiraba ningun temor, y que habia tanta calma y tolerancia en las opiniones; parecia fácil pues la convocacion de un concilio general bajo la proteccion de la Francia.

La tentativa salió frustrada; las dos opiniones permanecieron enemigas, conservando siempre el carácter político que les era esencial, representando siempre principios irreconciliables, dividiendo á la Francia en dos campos y manifestando tendencias de destruirse mutuamente. Luis XIV ambicionaba la unidad en todo y para todo; en religion, en administracion, en territorio y en poder; creia que el sistema calvinista era enemigo de los reyes, de la autoridad y del reino; sabia que los reformados franceses estaban en relacion con los de Holanda é Inglaterra, los

(1) Véase esta correspondencia al fin de la historia de las Variaciones de las iglesias protestantes; t. II, edicion de Charpentier.

veía sumisos pero descontentos, creía que no se vería asegurada jamás la unidad nacional y monárquica con estos disidentes, y desplegando el ardor más exagerado, tenaz y sistemático en atraerlos al catolicismo, empleó para obtener conversiones (1) todos los recursos, seducciones, gracias, persecuciones secretas y violaciones directas del edicto de Nantes. Como sabía finalmente que en una cuestión tan grave y tan difícil no había nada aislado ni local, quiso destruir la misma reforma; y se presentó á la Europa como el campeón de la unidad católica y del poder absoluto, dos cosas que él creía inseparablemente unidas por un error que le ha sido fatal á él y á toda su dinastía.

La república de las Provincias Unidas debía su origen, su independencia y prosperidad al calvinismo; era el único estado nacido de la prolongada tormenta de la reforma; y sus riquezas, su marina y la influencia que ejercía en Europa, formaban de él la gloria de todos los protestantes y en especial de los reformados de Francia é Inglaterra. Allí era donde se habían refugiado los republicanos ingleses después de la restauración de los Estuardos, de allí salían todos los folletos políticos y religiosos que atacaban al rey de Francia, su gobierno, su orgullo y sus queridas. Altaneros los holandeses con sus millones de florines, sus veinte mil embarcaciones, y con la paz que habían impuesto á Inglaterra en el tratado de Breda y á Francia en Aix-la-Chapelle, se alababan de ser los árbitros de los reyes, de que eran ellos los que acababan de salvar los estados del descendiente de Felipe II; y que «á su aspecto el sol se paraba,» decían ellos haciendo alusión á la divisa de Luis XIV.

Irritado Luis con estas injurias, que le hacían descender del pedestal á donde le había elevado la adoración universal, aborrecía á las Provincias Unidas como república y como refugio del calvinismo, despreciaba á aquellos miserables que solo habían podido libertarse del yugo de España con la protección de Enrique IV y de Luis XIII y con el dinero y los soldados de Francia, consideraba á aquellos groseros comerciantes como dependientes y casi vasallos de su corona, y estaba indignado de la preemi-

(1) La más brillante á la par que más sincera fué la de Turéna. Bossuet escribió para el gran capitán su hermoso libro titulado: *La exposición de la fe*.

nencia política de Francia en la primera alarma que les habia inspirado esta potencia. Era de parecer de que nadie podia imponer la paz á su reino, y que este tenia la facultad de imponerla á todos, y la monarquía universal que ambicionaba consistia en subordinar á los demás estados al sistema político de Francia. Debia por fin por el interés de su marina naciente castigar á los reyes del Océano, que descontentos con los derechos impuestos á los barcos holandeses al entrar en los puertos franceses, acababan de prohibir las mercancías de este reino. Resolvió pues vengar su grandeza ultrajada, devolver á la Francia su poder de opinion, y descargar un golpe mortal á la reforma arruinando las Provincias Unidas. «Si mis padres han sabido elevarlas, decia Luis XIV, yo sabré destruirlas.»

Esta empresa tenia cierto aspecto seductor y hasta de legitimidad; pero iba á ser el naufragio de la política seguida por Francia desde Francisco I, y tan felizmente puesta en práctica por Richelieu, Mazarino y Lionne. Olvidando por espacio de treinta años la cuestion española, y destruyendo la hermosa posicion diplomática por medio de la cual Francia disfrutaba el protectorado del Imperio, tenia asalariada á Inglaterra y sumida en la nulidad á España; iba á perder los mas brillantes resultados del tratado de Westfalia, convirtiéndose para siempre en una enemiga de Alemania, y á dar á la casa de Austria por aliados todos los enemigos que la misma Francia les habia dado. En una palabra, el rey hábil, convertido en monarca apasionado y sistemático, olvidando sus intereses por el afan de la venganza, iba á abandonar la alianza protestante conservada por espacio de ciento cincuenta años con tanto esmero, para tomar el papel de representante del principio católico.

Vanamente se esforzó Lionne en separar á Luis de una senda tan fatal; murió y fué reemplazado por Arnaldo de Pomponne, hábil negociador, pero sin firmeza, que dejó en manos del rey la direccion de los negocios extranjeros (1671). Hallándose entonces Colbert sin auxiliar, Louvois dominó el consejo. «Era un hombre capaz de servir con acierto en el ministerio, pero no de gobernar; duro, brutal, violento hasta la crueldad y orgulloso al tratar con la nobleza, se creia hombre de estado y gran guerrero; pero fuera de los pormenores administrativos que entendia per-

fectamente, su ignorancia era igual á su presuncion (1).» Este fué para Luis XIV el genio del mal. Ministro tan ambicioso como bajo cortesano, adquirió el mayor ascendiente sobre su soberano halagando su pasion por la guerra; y su influencia hizo abortar todas las reformas de Colbert, abismando otra vez en un caos á la hacienda y sacrificando la prosperidad de Francia á una guerra impolítica (2).

§. II.—*La diplomacia francesa logra enemistar á toda Europa con Holanda.*—Resuelta ya la empresa, se preparó su ejecucion con una profundidad y precaucion admirables; no se dejó nada á la eventualidad; pues se queria descargar á la Holanda un golpe certero que no permitiera poner en duda la grandeza de Francia. ¿Podrian dejar de vencer fácilmente la juventud belicosa de Francia, su jóven monarca y su brillante nobleza á ese país de lodo y de nieblas, á esa potencia facticia que solo tenia oro y agua para defenderse, y á sus obesos mercaderes de arenques y de queso? Únicamente se temia que la Holanda buscase aliados, y la diplomacia francesa salió á campaña para aislarla enteramente de Europa. Era preciso antes que todo disolver la triple

(1) Memorias de la Fare, p. 269.—(2) Las diferencias de Francia con Turquía llegaron á punto de impedir la guerra de Holanda. Habian llenado de indignacion al divan los socorros dados á los venecianos, la batalla de Saint-Gothard y las expediciones contra los berberiscos, y fué nuevamente insultado un nuevo embajador que envió Luis XIV para renovar las capitulaciones. Este se vengó enviando á la defensa de Candía, cuyo sitio duraba veinte y cinco años hacia, seis mil hombres de tropas escogidas y quince barcos de guerra mandados por los duques de Navailles y de Beaufort. Esta expedicion llegó (junio de 1669) cuando la ciudad ya no se hallaba en estado de defensa, y volvieron á embarcarse los franceses despues de un combate en que murió Beaufort. Candía capituló, y llenos de orgullo los turcos continuaron rehusando la renovacion de las capitulaciones con las variaciones pedidas por Francia, y de las cuales la principal se dirigia á pedir el paso por el Egipto y el mar Rojo á la India para las mercancías francesas. Luis XIV se enojó de tal modo que deliberó en el consejo si se debia hacer la guerra á la Puerta, se trató de conquistar el Egipto, y empezaron á reunirse tropas en Tolon. Pero Colbert decia que debia evitarse esta guerra á cualquier precio, el rey deseaba mas vengarse de los holandeses que de los turcos, y se resolvió la guerra de Holanda. El Oriente se resintió de esta empresa, pues al saber el divan los primeros triunfos de Francia, se apresuró á renovar las capitulaciones (1673). (Véase el Ensayo de las relaciones de Francia con Oriente por T. Lavalée.)

alianza y enemistar á Inglaterra y Suecia contra las Provincias Unidas. No tardó en conseguirse.

El combate entre la reforma y el pontificado y entre las libertades nacionales y el despotismo del trono, se habia reanimado en Inglaterra con tanta fuerza, pero con más calma que bajo el reinado de Carlos I. Su frívolo, disoluto é incrédulo sucesor tenia las mismas ideas que Luis XIV sobre la union del catolicismo con el trono absoluto; « se quejaba de verse obligado á profesar una religion que no aprobaba, y estaba decidido á libertarse de esta esclavitud; » queria destruir el presbiterianismo y hasta la religion anglicana para asegurar su poder, emanciparse del parlamento, imponer tributos á su antojo y entregarse enteramente en brazos de sus favoritos y queridas. Era de parecer de que la ruina de los herejes de Holanda era un gran paso hácia su insensato designio, sabia que los descontentos de Inglaterra tenían íntimas relaciones con los holandeses para restablecer la religion presbiteriana y tal vez la república, y que si toda la nacion estaba envidiosa de las Provincias Unidas á causa del comercio, simpatizaba con ellas por las ideas religiosas; y además una guerra debia obligar al parlamento á darle dinero y hacerle dueño de la armada por medio del duque de York su hermano, diestro marino que profesaba declaradamente el catolicismo.

Los reyes de Inglaterra llevaron á cabo con mucho secreto una negociacion por medio del ministerio de Colbert de Croissy, hermano del contralor de hacienda, y de la duquesa de Orleans, hermana de Carlos II, princesa graciosa y seductora, á la que manifestaba un acendrado cariño Luis XIV. Durante el mes de mayo de 1670 la corte hizo un viaje á Flandes con el objeto de visitar las ciudades últimamente conquistadas, viaje en el cual Luis desplegó un fausto y unas costumbres medio orientales, arrojando á manos llenas el oro, haciéndose preceder ó seguir por un ejército de treinta mil hombres, y llevando en su misma carroza á su mujer y á su querida.

La duquesa de Orleans cruzó el estrecho de Calais para ir á ver á su hermano en Louvres; y se concluyó allí un tratado secreto que firmaron Croissy y cuatro ministros católicos de Carlos II (22 de mayo de 1670).

Este tratado establecia las siguientes proposiciones: 1.^a «Con-

vencido el rey de Inglaterra de la verdad de la religion católica, promete hacer la declaracion y reconciliarse con la Iglesia romana luego que el buen éxito de los negocios de su reino se lo permita ;» y el rey de Francia promete asistirlo con armas y dinero para reprimir la rebelion que pudiera acarrearle su declaracion. 2.^a El rey de Inglaterra se compromete á asistir al rey de Francia con todas sus fuerzas, tanto en tierra como en el mar, para facilitarle la adquisicion de la monarquía española si se le oponen nuevos derechos sobre esta monarquía. 3.^a Habiendo tomado ambos reyes la resolucion «de humillar y derrocar el orgullo de las Provincias Unidas y de abatir el poder de una nacion que muestra tanta ingratitude para con sus propios fundadores y creadores, y tiene la audacia de quererse erigir actualmente en soberano árbitro y juez de todos los demás potentados,» queda convenido que sus majestades harán la guerra á las dichas Provincias. El rey de Francia se encargará del ejército de tierra, al cual el de Inglaterra agregará seis mil hombres ; y el rey de Inglaterra se encargará del ejército de mar que se compondrá de cincuenta naves, á las cuales agregará treinta mas el de Francia. El rey de Inglaterra recibirá del de Francia un subsidio anual de tres millones, y se contentará en las conquistas alcanzadas á las Provincias Unidas con la isla de Walcheren, de Ecluse y de Cossand, es decir, las bocas del Escalda.» Este tratado, verdadero acto de traicion por parte de Carlos II, quedó tan secreto, que no se hizo público hasta mucho tiempo despues de la expulsion de los Estuardos (1); y en su lugar se publicó solamente un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra Holanda (3 de junio de 1671) (2).

La Suecia no cedió á un acto de servidumbre tan vergonzoso, y solamente se comprometió á proporcionar diez y seis mil hombres, mediante 500,000 libras de subsidios, y á prometer que hostilizaria al imperio si defendia á los holandeses (14 de abril de 1672).

(1) Este tratado se halla en Lingard, t. V, p. 648 de la edicion Charpentier.—

(2) Al regreso del viaje, *Madama* murió repentinamente, y segun dice San Simon, envenenada por el caballero de Lorena, á quien la princesa habia desterrado para alejarle del duque de Orleans, de quien era el infame favorito. Para ella hizo Bossuet su hermosa oracion fúnebre.

De este modo se disolvió la triple alianza. No se ciñeron las negociaciones á conseguir estos brillantes resultados; se llegó á hacer firmar al emperador, ocupado entonces en reprimir las rebeliones de los húngaros, y ligado además por su pacto secreto, un tratado por el cual se comprometió á no dar apoyo alguno á los holandeses (1.º de noviembre de 1671), ni á los enemigos de Luis XIV.

El gobierno francés hizo una alianza con el obispo de Munster, los duques de Brunswik-Hannover y de Mecklemburgo-Schwerin y con el elector de Colonia que cedió á Nuyts y Kaysewerth para establecer almacenes, y prometió armar veinte mil hombres. Logró la adhesion del elector palatino casando á su hija con el duque de Orleans, y compró la neutralidad de los electores de Maguncia, de Tréveris, de Baviera y de todos los demás príncipes. Solo el elector de Brandeburgo rechazó con obstinacion las ofertas de Francia é hizo alianza con los holandeses. En cuanto á España, se pidió en vano su cooperacion para someter á sus antiguos súbditos, y como no dejaba de conocer que la conquista de las Provincias Unidas haría sucumbir irrevocablemente á la Bélgica bajo el poder de los franceses, en tanto que prometia conservar la neutralidad, se preparó secretamente á sostener la Holanda.

Se aterraron las Provincias Unidas al verse casi enteramente aisladas. Desde que el partido republicano y mercantil dominaba la república, todos los esfuerzos de la nacion se habian empleado en el mar, y la Holanda parecia una nave cargada de oro, que se podia trasladar, con Ruyter por capitán y Juan Witt por piloto. El ejército de tierra se hallaba enteramente descuidado, á causa de su adhesion á los de Nassau que contaban con él para restablecer su poder, de modo que apenas tenia veinte y cinco mil hombres indisciplinados, mandados por hijos de ciudadanos que no habian seguido ninguna campaña. Además, la amenaza de la invasion solo sirvió para aumentar la violencia de sus disensiones intestinas, y se reanimó el partido aristocrático que dió el mando general del ejército á Guillermo III príncipe de Orange. Era un jóven de veinte y dos años, frio, positivo y tenaz, que bajo un físico débil y enfermizo ocultaba la ambicion mas profunda y menos cuidadosa de los medios; espíritu superior, alma

fuerte é impenetrable, corazón sombrío é insensible hasta la crueldad, en el cual halló Luis XIV el escollo de su fortuna y la Francia el enemigo mas encarnizado. Le habia elevado Juan de Witt, esperando inclinar en pro del bien del país el talento precoz de un hombre cuya ambicion presagiaba. Por cierto que alcanzó funesta recompensa.

§. III.—*Organizacion y marcha del ejército francés.—Batalla naval de Sothwood-Bay.—Paso del Rhin.*—Los reyes de Francia y de Inglaterra declararon la guerra á la república de las Provincias Unidas (6 de abril de 1612), acusándola solamente de ser «la enemiga comun de las monarquías,» y entró en campaña el ejército francés. Componíase de ciento diez mil infantes, doce mil caballos y cien piezas de artillería, estaba bien disciplinado, repartido con regularidad en diversos cuerpos, con víveres, armas, almacenes, hospitales asegurados, y tenia mas de cuatro millones para los gastos de la campaña. La nobleza acudió en masa á la guerra contra los mercaderes de Amsterdam, como lo hicieron en los pasados siglos contra los vecinos de Gante, y no se habian visto hasta entonces cuerpos militares tan magníficos y brillantes como los que componian la casa real. Era realmente un ejército moderno con sus prodigios de administracion; vasta máquina cuyas numerosas partes y movimientos complicados parecen de pronto llenos de desórden, pero que están guiados por un pensamiento único y con un objeto determinado; y veíanse por la vez primera cien mil hombres reunidos sin confusion en un mismo punto, que tenian todos de antemano marcados su direccion y su destino.

El cuerpo principal, compuesto de sesenta mil hombres y mandado por el rey y Turena, se reunió en Sedan, y en Charleroy la vanguardia cuya fuerza era de veinte y cinco mil hombres y estaba mandada por Condé. El elector de Colonia, que era al mismo tiempo obispo de Lieja, poseia el Mosa desde Charleroy hasta Maestricht, y se podia penetrar en Holanda sin violar el territorio español. Habia en la provincia de Lieja una division mandada por Chamilly con objeto de apoyar la marcha; otra mandada por el duque de Luxemburgo (1), debia juntarse

(1) Bouteville-Montmorency, hijo póstumo del Bouteville que fué decapitado

con los auxiliares de Colonia y de Munster para atacar las Provincias Unidas por el noroeste, y una tercera estaba encargada de observar los españoles de Flandes.

Era imposible atacar el territorio enemigo por las provincias de Utrecht y de Holanda defendidas por la Bélgica, cuatro rios y numerosas plazas, pero se podia penetrar en él siguiendo el curso del Mosa defendido por Maestricht, ó atacándole de lado por Issel que solo tenia débiles fortalezas. Los estados generales pusieron entonces una respetable guarnicion en Maestricht, posicion militar que domina á la vez todo el Mosa, los Paisés Bajos, los paisés de Juliers y Colonia, y que era la llave de las Provincias Unidas; y ordenaron despues á Guillermo que se situara detrás del Issel con sus veinte y cinco mil hombres. Lanzaron tambien al mar su armada de setenta navíos y cuarenta fragatas mandada por Ruyter con órden de perseguir á las escuadras aliadas y presentarles batalla. El duque de York mandaba la escuadra inglesa compuesta de sesenta naves, y el conde de Estrées estaba al frente de la flota francesa que tenia treinta navíos y veinte fragatas ó urcas.

Trabóse una batalla á la vista de Sothwood-Bay ó Solebay (6 de junio de 1672) que fué terrible pero nó decisiva. Las naves francesas no tomaron en ella la parte mas activa; las dos escuadras se atribuyeron la victoria, pero la de los aliados no pudo desembarcar en Zelanda.

El ejército francés habia seguido en tanto el curso del Mosa hasta Maestricht, pero en vez de sitiar esta plaza, donde hubiera perdido un tiempo precioso, el cuerpo de Chamilly llegó hasta Masegck para bloquearla, romper sus comunicaciones con las Provincias Unidas, y asegurar las de los franceses con Charleroy. Despues se dirigió al oriente por el ducado de Juliers, que pertenecia al elector de Brandeburgo, hasta Nuyts y Kayserwerth en el electorado de Colonia donde tenia almacenes.

Condé con la vanguardia pasó el Rhin, siguió la orilla derecha del rio, y fué á situarse en el Lippe para sitiar á Wesel y darse la mano con las tropas del duque de Luxemburgo y del

por desafio. Se casó con la hija del duque de Luxemburgo-Piney, cuyo nombre tomó.

obispo de Munster. El cuerpo principal de ejército que seguía el río por su orilla izquierda, sitió al mismo tiempo á Orsoy, Rhinberg y Burick. Estas tres plazas pertenecían al ducado de Cleves juntamente con Wesel, pero estaban ocupadas por los holandeses desde la guerra de sucesión de Cleves y de Juliers; y el elector de Brandeburgo había abrazado el partido de las Provincias Unidas con la esperanza de recobrarlas. Rindiéronse las cuatro en menos de cinco dias (del 3 al 7 de junio), y quedó descubierto el flanco de las provincias holandesas. En vez de proseguir el ejército su marcha por la orilla izquierda donde hubiera encontrado el Wahal y sus numerosas plazas por obstáculos, pasó el Rhin por Wesel y se dirigió por la orilla derecha, amenazando al mismo tiempo al Issel y el ejército holandés, y el espacio comprendido entre el Wahal y el Leck. El plan de campaña presentado por Turenna consistía en inutilizar el Issel, río profundo y difícil, pasando el Rhin por Emmerick y penetrando en el Betaw, dividir de este modo en dos partes las Provincias Unidas, tomar á Nimegue y las plazas del Mosa, y no dejar delante mas que el Leck que carecia de defensa. Una parte del ejército debia apoderarse de Betaw y observar por un lado á los españoles de los Países Bajos, y por el otro á los de Brandeburgo que avanzaban por Westfalia; la otra parte debia pasar el Leck por Arnheim, seguir el flanco del príncipe de Orange, y precipitarse sobre Amsterdam cuando no hubiera ya delante ejércitos ni fortalezas.

Siguiendo este plan, la vanguardia que habia llegado á Tolhuys cerca del fuerte de Schenk, en la parte superior de la comarca donde el Wahal se separa del Rhin, empezó á construir un puente de barcas. Cuando el príncipe de Orange tuvo noticia de esta operacion, hallándose á tres leguas de distancia, y amenazando el cuerpo de Luxemburgo pasar el Issel, destacó cinco ó seis mil hombres para observar el Rhin. Llegó en aquel momento la caballería francesa con el rey y Condé, y temiendo que el ejército enemigo se dirigiese en masa á defender aquel punto, se arrojó en el río, cuya corriente era muy poca, y pasó, medio vadeando, medio á nado, bajo la proteccion de algunos cañones situados en el acto en batería (12 de junio). Los holandeses intentaron resistirse, pero fueron derrotados y dispersos

despues de un breve combate en el que pereció el duque de Longueville, último descendiente del bastardo Dunois.

Al día siguiente se acabó de construir el puente, y pasó el rio el resto del ejército.

Este paso tan fácil del Rhin, que mereció á Luis XIV tantas adulaciones, hizo el efecto de una gran victoria, porque era el núcleo de toda la campaña y el resultado de un plan tan acertado como atrevido. Turena marchó rápidamente hácia Arnheim para pasar por allí el Leck y atacar por el flanco á Guillermo, pero este, despues del paso del Rhin, habia abandonado el Issel dejando guarnicion en las plazas, y despues de intentar en vano la defensa de Arnheim, se retiró á Utrecht.

El plan de Turena habia sido ejecutado hasta entonces admirablemente, pero mientras el mariscal se apoderaba de Arnheim, de Schenk y de Nimega, llaves del Betaw, el rey se entretuvo en sitiar las plazas inútiles del Issel, y envió solamente á la provincia de Utrecht una vanguardia al mando del marqués de Rochefort. Este general recorrió toda la provincia sin obstáculo, donde llenos de estupor las guarniciones y los habitantes se rendian en todas partes, tomó á Amesfort y Naerden, pero en vez de avanzar hácia Muyden, que era la llave de los canales y que acababa de rendirse á cuatro caballeros, retrocedió á Utrecht, de la que se apoderó, y puso guarnicion en todas las plazas. Esta determinacion salvó á la Holanda.

§. IV.—*Proposiciones de paz.—Revolucion de las Provincias Unidas.*—El rey habia tomado en tanto las plazas del Issel, y Turena algunas del Brabante septentrional. Las tropas de Munster y Colonia habian invadido las provincias de Over-Issel y de Croninga, y de las siete Provincias Unidas solo quedaba intacta la Zelanda. Los holandeses estaban consternados; las familias mas ricas buscaban ya embarcaciones para huir á Batavia, y hasta se trató de trasportar la república despues de entregar el país al Océano rompiendo los diques. Las pasiones de las facciones habian aumentado su violencia al presentarse los extranjeros. El partido aristocrático acusaba á Juan de Witt de las desgracias del país, de la nulidad en que habia dejado el ejército de tierra y su aficion á la alianza francesa, pedia el restablecimiento del stathuderato y queria la guerra á toda costa,

fortalecido con las intrigas que seguia con las cortes de Madrid y Viena. Temiendo mas el gran pensionario la elevacion del príncipe de Orange que las conquistas del rey de Francia, prefirió una paz humillante á la pérdida de la libertad, y determinó enviar una diputacion á Luis XIV, ofreciendo por su conducto la cesion de Maestricht y de todas las ciudades que poseia la república fuera de las siete provincias (julio de 1672).

El rey recibió con altanería unas proposiciones tan ventajosas por las cuales la Francia hubiera cercado por todos lados los Países Bajos españoles. Turena queria que las aceptase, y que emprendiese otra vez la política de Mazarino dejando tranquilos á los holandeses, de quienes se habia vengado bastante, para atacar á los españoles que les habian enviado algunos auxilios; Louvois salió triunfante en el consejo, y se pidió á los holandeses la cesion del Brabante septentrional y de todos los países de aquende el Mosa y del Wahal, veinte millones por los gastos de la guerra, el restablecimiento de la religion católica y una embajada anual para atestiguar que la república debia su existencia á la Francia trayendo al rey una medalla como tributo y prenda de vasallaje. Carlos II queria además que se cambiara la constitucion de las Provincias Unidas y se hiciera monárquica en favor del príncipe de Orange, que fuesen expulsados los refugiados ingleses, que se cediera la Zelanda á Inglaterra, etc.

Cuando se publicaron las peticiones del rey de Francia estalló una revolucion en todas las ciudades al mismo tiempo en favor del príncipe de Orange; el pueblo obligó á los magistrados á que le nombrasen stathuder, y los estados generales tuvieron que legitimar esta eleccion (1).

Guillermo entonces, viéndose sin soldados para resistir á los franceses, tomó las medidas mas desesperadas de defensa; abrió las esclusas y cortó los diques; se desbordaron los canales; se inundó toda la comarca; Amsterdam quedó convertida en una fortaleza situada sobre una isla, y los barcos de guerra hallaron bastante agua para reunirse en torno suyo. Los vencedores se contuvieron absortos y se salvó la república. Al mismo tiempo el príncipe de Orange puso guarniciones en las plazas de Ho-

(1) Dos años despues fué declarado hereditario el stathuderato en favor de Nassau.

landa abandonadas por los franceses, entre otras Muyden; desplegó despues la profundidad y fuerza de su genio para sublevar á la Europa contra la ambicion de Luis XIV, y para destruir el partido de la paz y de la alianza francesa de un modo definitivo, excitó contra Juan de Witt un espantoso motin, en el cual fueron pasados á cuchillo el ilustre republicano y su hermano. Igual suerte le tocó á Ruytér (20 de agosto).

§. V.—*El emperador se declara contra la Francia.—Campana de Turena en el Rhin y en el Weser.—Toma de Maestricht.*—La Alemania se habia alarmado con la invasion de Holanda; la dieta de Ratisbona ordenó un levantamiento general para la seguridad del imperio, y el emperador situó en el Rhin un cuerpo de observacion de diez y ocho mil hombres mandados por Montecuculli. Las intrigas del príncipe de Orange y los triunfos amenazadores de Francia indujeron pronto á Leopoldo á hacer un tratado de alianza con Federico Guillermo elector de Brandeburgo (22 de setiembre) en favor de las Provincias Unidas, y á mandar á Montecuculli que se incorporase con los veinte y cuatro mil hombres del elector. Los príncipes de Brunswick y de Hesse entraron en esta alianza, algunos hicieron la amenaza de dejar su neutralidad, y animada la corte de España con la resolucion del emperador, mandó al gobernador de los Países Bajos que hostilizase á los franceses.

Cuarenta mil alemanes marcharon en direccion del Rhin, el príncipe de Orange se preparaba para incorporarse con ellos al frente de veinte y cinco mil hombres, los españoles proyectaban presentarse hostilmente por la espalda del ejército victorioso, y los neutrales estaban indecisos y podian invadir la frontera oriental de Francia. Luis XIV se vió en la precision de cambiar su plan de campana; pero aconsejado por Louvois y á pesar de las instancias de Turena, el ejército francés se hallaba repartido en cincuenta plazas, que hubiera debido desmantelar, quedando tan solo cuarenta mil hombres para continuar la campana. Luxemburgo se quedó en Utrecht con diez y seis mil hombres encargado de hacer frente al príncipe de Orange, mientras las tropas de Munster y de Colonia seguian invadiendo la Frisa. Turena proyectó interceptar el Rhin á los alemanes con quince mil hombres, mientras Condé defendia la Alsacia con doce mil,

pero no se destinó ninguna fuerza para oponerse á los españoles. El genio de Turena reparó los yerros de Louvois.

El mariscal estaba continuando la conquista del Brabante holandés, pero se dirigió desde Bois-le-Duc á Wesel, por donde pasó el Rhin (10 de setiembre), y propuso defender el rio desde esta ciudad hasta Coblenza. Se dirigieron hácia allí Federico Guillermo y Montecuculli que se habian reunido en Hesse, pero encontrando á Turena que custodiaba las cercanías de esta plaza, bajaron hasta Maguncia, pasaron el Mein, amenazaron á Estrasburgo, y por todas partes hallaron al mariscal que les interceptaba el paso y se negaba á presentar batalla. Despues de tres meses de inútiles tentativas para cruzar el Rhin, retrocedieron al norte para saquear el electorado de Colonia, obligar á las tropas de Munster á evacuar la Frisa, y penetrar por esta provincia hasta incorporarse con el príncipe de Orange; perdieron en esta marcha por el rigor de la estación y el mal estado de los caminos mas de diez mil hombres, hallando otra vez á Turena, que habia acudido apresuradamente por la orilla izquierda desde Maguncia á Wesel, y que volviendo á pasar el Rhin (30 de diciembre) les interceptó el paso por el electorado de Colonia, les obligó á evacuar el obispado de Munster, y les hostigó de tal modo que emprendieron su retirada hácia Westfalia.

Regocijada y altiva la corte viendo alejarse del Rhin al enemigo, mandó á Turena que volviera á la orilla izquierda; pero el mariscal continuó su tarea á pesar del rigor del invierno, y obligó al enemigo á pasar el Weser con veinte mil hombres de menos y le rechazó hasta el Elba (enero de 1673). La corte ignoraba donde se hallaba, y estaba inquieta con la temeridad de un general comunmente tan prudente y reservado, cuando supo que habia obligado á separarse á Federico Guillermo de Montecuculli, y que el primero, retirado en Berlin, descontento de los holandeses, de quienes no habia recibido subsidios, y de los imperiales que no habian secundado sus esfuerzos, dejaba su alianza y firmaba un tratado de neutralidad con Francia (10 de abril). No satisfecho aun el mariscal con tan brillante éxito, revolió contra las tropas imperiales que se habian retirado á Franconia, donde las venció y las obligó á refugiarse en Bohemia. Despues estableció su campamento en Wetzlar desde donde po-

dia vigilar á un mismo tiempo el Rhin, la Westfalia y la Franconia.

Durante esta brillante campaña el príncipe de Orange habia intentado interceptar al duque de Luxemburgo sus comunicaciones con Francia y juntarse en el Rhin con el elector de Brandeburgo. Se dirigió hácia el Mosa, pasó por delante de Maseyck, cruzó el rio y llegó al Roer; sabiendo allí la retirada del elector á Westfalia (noviembre de 1672), se dirigió al sudoeste, recibió un refuerzo de diez mil españoles y puso sitio á Charleroy. Pero esta plaza hizo una desesperada resistencia (15 de diciembre), y aprovechándose Luxemburgo entanto de una helada repentina, invadió la Holanda por los canales convertidos en sólidos caminos. El príncipe levantó el sitio de Charleroy, y Luxemburgo, despues de haber aterrado á Amsterdam, estuvo á punto de perecer con todo su ejército á causa de un-deshielo repentino, y solo pudo regresar á Utrecht por un dique de algunos piés de anchura en medio de los mayores peligros.

La inundacion continuaba siendo un obstáculo á los progresos de los franceses. A la siguiente primavera el rey quiso asegurar sobre el Mosa la base de sus operaciones, y reunió treinta mil hombres en Courtrai (15 de mayo de 1673), amenazando á Gante y á Bruselas al mismo tiempo, y se dirigió de pronto contra Maestrich. La plaza era muy fuerte y tenia una guarnicion de ocho mil hombres, pero Vauban hizo prodigios de ciencia militar, el rey desplegó la vigilancia, esmero en los detalles y perseverancia que constituian el fondo de su talento; y Maestricht capituló al cabo de trece dias (1) (29 de junio de 1673). Se proyectó convertir á esta plaza en centro de todas las operaciones, pero los holandeses soltaron las esclusas del bajo Mosa, y hubo necesidad de dirigir la mayor parte de las tropas del Rhin donde nuevos peligros amagaban el suelo francés.

§. VI.—*Coalicion contra la Francia.—Campaña de 1673.—Neutralidad de Inglaterra.*—El príncipe de Orange habia logrado convertir á Luis XIV en un objeto de temor para la Europa,

(1) «El rey mostró su vigilancia, exactitud y laboriosidad, pero las excesivas precauciones que le hizo tomar el falso celo de Louvois para la seguridad de su real persona, no hicieron muy buen efecto en una nacion que no solo funda la gloria en el valor, sino en buscar los peligros. (Memorias de la Fare, p. 189.)»

como lo fuera un día la casa de Austria, y se concluyó una liga en la Haya (30 de agosto) entre el emperador, el rey católico y las Provincias Unidas, liga que cambiaba todas las relaciones diplomáticas y el sistema de equilibrio establecido en los tratados de Westfalia y de los Pirineos, á pesar de llevarse á cabo, según decían, para la conservación de estos tratados. Los comerciantes holandeses vertieron sus millones de florines para adquirir soldados, y entraron en la coalición el rey de Dinamarca, el duque de Lorena y el elector de Sajonia.

Turena se dirigió al saber este tratado hácia el Rhin con treinta mil hombres, el duque de Orleans penetró en la Bélgica con veinte mil, y Condé se situó delante del príncipe de Orange en el Mosa con quince mil. Salieron de Bohemia treinta mil imperiales al mando de Montecuculli, aumentando su número con las tropas del duque de Lorena, del elector de Sajonia y del círculo de Franconia, y avanzaron hasta Nuremberg con intención de dirigirse al bajo Rhin para juntarse con el príncipe de Orange, que se libertaba á la sazón de Condé con treinta y cinco mil hombres, pasaba el Mosa por Venloo, y llegaba hasta el ducado de Juliers. Turena se apoderó de todos los pasos del Mein y presentó la batalla á Montecuculli; pero habiendo comprado éste el puente de Wurtsburgo al obispo de la ciudad, pasó el Mein y fingió amagar la Alsacia, lo que obligó á Turena á retroceder á Filipsburgo. Despues marchó el imperial hácia Coblenzá, cuyos puentes le entregó el elector de Tréveris, y se incorporó con el príncipe de Orange. Esta union era para la Francia una derrota. Los aliados marcharon rápidamente á Bonn, ciudad del electorado de Colonia, que aseguraba las comunicaciones de los franceses con sus conquistas de Holanda. Turena, que habia volado desde Filipsburgo á Tréveris con intención de defender el Mosella é impedir la union, llegó demasiado tarde (7 de noviembre de 1673); y no pudiendo socorrer á Bonn, retrocedió á Sarre para defender la Lorena. Los aliados se esparcieron por el ducado de Juliers y dominaron las dos riberas del Rhin. Los electores de Tréveris, de Maguncia y el Palatino entraron entonces en la coalición; el elector de Colonia y el obispo de Munster pidieron forzadamente la paz viendo invadidos sus estados; el elector de Brandeburgo estaba dispuesto á romper

su neutralidad, y finalmente la Francia no tenia ya un aliado en aquella Germania que hacia cincuenta años movia segun su voluntad.

Faltábale empero á la coalicion un miembro indispensable; era la Inglaterra que soportaba sin fruto todo el peso de la guerra marítima. Trabáronse dos batallas navales, la una (7 de junio de 1673) en las costas de Flandes, y la otra (21 de agosto) en el Texel, ninguna decisiva, pero que sirvieron para arruinar la marina inglesa con ventaja de su rival, y para aumentar el engrandecimiento de Luis XIV. No reinaba la armonía necesaria entre las escuadras aliadas; despues de la batalla de Texel se quejaron los ingleses del débil auxilio que les habian prestado los franceses, y su almirante dijo «que M. de Estrées no se hubiera portado tan cobardemente si no hubiese recibido secretas órdenes de su soberano.» Estimulado el parlamento indirectamente por el príncipe de Orange, llegó á sospechar de los desig-nios de Carlos II y le vituperó su servidumbre respecto á la Francia; publicó entonces el bill del *test*, que obligaba á todos los empleados públicos á recibir la comunión segun los ritos de la iglesia anglicana, abandonando todos los católicos sus cargos públicos y el duque de Yorck el mando de la armada, y acabó el parlamento con negar toda clase de subsidio para la guerra de Holanda. Tomó creces su animosidad de tal modo, que siguiendo Carlos los consejos de Luis XIV, firmó la paz con las Provincias Unidas, emplazando sus proyectos (19 de febrero de 1674), y se contentó con servir con su neutralidad á su aliado secreto, cuyos millones continuaba recibiendo.

Francia quedó con un solo aliado: era la Suecia, que veia alzarse en el Brandeburgo una potencia rival, y que queria recobrar su pasada influencia en Alemania; pero Francia y Suecia no se hallaban en igual situacion que en la guerra de los treinta años; estaban muy separadas una de la otra, sin aliada intermedia, y solo podian desplegar aisladamente sus esfuerzos. Casi toda la Europa se alzó como una sola nacion contra Luis XIV.

La guerra cambió enteramente de aspecto; no se trataba ya de restaurar el catolicismo en Holanda, ni aun menos en Inglaterra: se renovaba la antigua lucha de Francia y la casa de Austria, pero con un cambio completo de situaciones. Eran ene-

migos de Francia á la sazón todos los que habian sido aliados suyos contra el Austria ; la rama imperial y la española se reunian para salvar de las armas francesas á aquellas Provincias Unidas que tanto trabajo le habia costado á la Francia arrancar al yugo austriaco ; y los príncipes de Alemania se unian con el emperador para combatir contra los dos protectores extranjeros que se habian creado con el tratado de Westfalia : los reyes de Francia y de Suecia.

§. VII.—*Campaña de Turena en Alsacia.—Batallas de Sintzeim, de Ensheim y de Turkheim.*—Luis XIV desplegó una admirable actividad para defenderse de tantos enemigos. Vefanse amenazadas por todos lados las posiciones avanzadas de los franceses, que retrocedian, evacuaban las provincias conquistadas para volver á ocupar la línea de Dunkerque á Namur, abandonaban cincuenta plazas despues de haberles exigido enormes y crueles rescates, y solo conservaban á Maestricht y Grave. Cambióse el teatro de la guerra, que se trasladó á la frontera francesa, donde no se trataba ya de conquistar la Holanda, sino de salvar las conquistas legitimadas por los tratados de Westfalia, de los Piri-neos y de Aix-la-Chapelle.

Los aliados habian formado dos grandes ejércitos ; el primero al mando del príncipe de Orange compuesto de holandeses y españoles ascendia á ochenta mil hombres y estaba destinado á invadir el Hainaut. Se le opuso el de Condé de cuarenta mil combatientes. El segundo, formado con las tropas del emperador y de los príncipes de Alemania, debia componer sesenta mil hombres, pero no contaba todavía mas que doce mil reunidos en la Selva Negra al mando de Caprara ; estaba destinado á invadir la Alsacia, y se le opuso el de Turena con veinte mil hombres. Además un ejército español debia invadir el Rosellon, al cual iba á combatir Schomberg con diez mil hombres.

Mientras Condé hacia frente al príncipe de Orange en la Bélgica y Turena defendia el Rhin desde Filipsburgo á Basilea, el rey se dirigió (mayo de 1674) con veinte mil hombres al Franco Condado. Se habia comprado la neutralidad de los suizos, que negaron todos los pasos á los imperiales, Turena obstruyó la Alsacia, la provincia no pudo recibir socorro alguno, y se terminó la conquista en menos de seis semanas. Al tomar un par-

tido contrario á Luis XIV la corte de Madrid, impulsaba á este á abrazar su verdadera senda política, y España debía pagar los gastos de la guerra, reintegrando los daños ocasionados por la evacuacion de la Holanda.

En vano el duque de Lorena intentó socorrer el Franco Condado amenazando á la Alsacia y probando repetidas veces pasar el Rhin por las ciudades de los bosques; habiéndole Turena obligado á retroceder á Kintzig, se reunió con Caprara, y los dos marcharon hácia el Necker para incorporarse con los diez mil hombres que traía Bournonville, y á los que debian seguir veinte y cinco mil del ejército de los círculos y treinta mil del elector de Brandeburgo. Habiendo enviado Turena la mitad de su pequeño ejército á Condé, que á duras penas se defendia de las fuerzas superiores de Guillermo, intentó impedir la reunion de los diversos cuerpos alemanes con los diez mil hombres que le quedaban luego que se terminó la conquista del Condado. Pasó el Rhin (14 de junio) por Filipsburgo, esperó á los alemanes (16 de junio) en Sintzheim en el Eslatz, los derrotó completamente, y matádoles dos mil hombres, les obligó á cruzar el Necker en desórden. Despues volvió á pasar el Rhin para recoger los refuerzos que hicieron subir su ejército á diez y seis mil hombres, volvió á entrar en el Palatinado, y llegó súbitamente al Necker. Bournonville se habia juntado con el duque de Lorena, y Caprara habia fortificado las orillas del Necker y se habia situado en Lademburgo; pero al aproximarse Turena, abandonaron sus posiciones los imperiales (5 de julio), huyeron á la desbandada hácia Francfort, y no se creyeron seguros hasta despues de haber cruzado el Mein. El Palatinado, quedó sin defensa en poder de los franceses. Turena intentó impedir la vuelta del enemigo á este país, castigar á los habitantes que habian degollado algunos de sus soldados, obedecer las órdenes de la corte, que enojada con la defeccion del palatino habia resuelto saquear sus estados; y entregó el país al furor de sus tropas que incendiaron veinte y siete villas ó aldeas. El mariscal, como discípulo de la escuela sueca, era muy cuidadoso de la vida y bienestar de los soldados que le llamaban su padre; pero tambien era muy desapiadado con los pueblos, y para alimentar á sus tropas y privar al enemigo que se pudiera sostener en ellos, trató en esta

campana con tanta crueldad y barbarie á la Lorena y la Alsacia como al Palatinado.

Los fugitivos de Lademburgo se juntaron con el ejército de los círculos y formaron con él treinta y cinco mil hombres. Turena se dió prisa en volver á pasar el Rhin y se acantonó entre Landau y Weisemburgo. Los imperiales cruzaron el rio por Maguncia (1.^o de setiembre), subieron hasta Filipsburgo, y amenazaron á un tiempo á la Lorena y á la Alsacia. Corria la voz de que iba á juntárseles el elector de Brandeburgo con veinte y cinco mil hombres. El terror se extendió por toda la Francia, y el rey mandó á Turena, que abandonando la Alsacia fuese á ocupar la Lorena. « Estoy persuadido, contestó el mariscal, de que mejor seria para el servicio de Vuestra Majestad que yo perdiese una batalla, que no el abandonar la Alsacia y volver á pasar los montes. Si así lo hago, Filipsburgo y Brisach se verán al punto precisadas á rendirse, los imperiales invadirán todo el país desde Maguncia hasta Basilea, y en seguida llevarán la guerra al Franco Condado, para pasarla despues á la Lorena, volviendo finalmente á asolar la Champaña. Si salgo de aquí espontáneamente, daré un paso al que tal vez les fuera difícil precisarme. Por mas que el enemigo lleve muchas ventajas, nunca se abandona un país cuando se cuenta con un ejército regular. Sé cual es la fuerza de las tropas imperiales, conozco á los jefes que las mandan, y conozco tambien el país en que me encuentro; tomo por consiguiente toda la responsabilidad sobre mí (1). »

Con los refuerzos que se le mandaron ascendió su ejército á veinte y dos mil hombres, y acampó junto á la Lauter al pié de los Vosgos. No atreviéndose el enemigo á atacarle de frente, resolvió volver á pasar el Rhin y apoderarse del puente de Estrasburgo. Turena contaba con esta ciudad, cuya neutralidad habia sido respetada durante la guerra de treinta años, y que le habia jurado que se defenderia, Sin embargo sus habitantes vendieron el paso; y los imperiales penetrando en la Alsacia, acamparon junto al Ill, aguardando la llegada del ejército de Brandeburgo. Engañado Turena por la traicion de Estrasburgo, dejó precipitadamente el campo; pero léjos de volver á pasar los Vosgos,

(1) *Vida de Turena*, t. II, pág. 262.

corrió hácia los enemigos para probar de arrojarlos á la otra parte del Rhin antes de que llegase el elector, y los encontró atrincherados en Ensheim, junto al Brusco (4 de octubre). No obstante la inferioridad numérica, y á pesar de que sus tropas habian hecho una marcha forzada de cuarenta horas, los atacó y derrotó, causándoles la pérdida de siete mil hombres entre muertos y prisioneros, y precisándoles á retroceder bajo las baterías de Estrasburgo. Pero entonces llegó el elector con el número de veinte y cinco á treinta mil hombres con cuyo refuerzo el ejército enemigo ascendió á sesenta mil combatientes. Turena retirándose lentamente se colocó junto á Saverna.

Asustada la corte, mandóle un refuerzo de cuatro mil caballos de la última quinta ó llamamiento; pero se negó á admitirlos, en atencion á la indisciplina é ignorancia de esos hidalgotes que las órdenes del rey habian arrancado de sus hogares á viva fuerza; y aun dejó en Lorena á ocho mil hombres de aguerrida caballería, que Condé le enviaba del ejército de Flandes. No confiaba mas que en sus veinte mil soldados viejos, tropa inteligente, ligera, acostumbrada á las fatigas, que admiraba y quería mucho á su general. Despues de escribir al rey una carta en la que exponia detalladamente cuanto los enemigos iban á hacer, lo que haria él, y finalmente lo que sucederia hasta terminar la campaña, precisándole el dia, y nombrándole el punto como si hubiese podido leerlo en el porvenir, se estableció en Dettweiler, junto al Zorn, en un campo, que ya mucho tiempo antes habia escogido, desde donde podia á la vez proteger á Haguénau y Saverna, ocupar los desfiladeros de los Vosgos, hacer venir sus refuerzos de caballería, é inutilizar en fin todos los movimientos del enemigo. El ejército aleman compuesto en parte de malos soldados, repartido entre muchos jefes sin arrojo ni unidad, trató en vano de arrojarle de su posicion (20 de octubre á 20 de noviembre): despues de inútiles esfuerzos, y llegado ya el invierno, se replegó á la otra parte del Ill, y se dispersó entre las poblaciones de esta ribera, desde Estrasburgo hasta Altkirch. El proyecto del elector era, á la primavera siguiente, penetrar en el condado, donde tenia inteligencias y que estaba muy mal contento de la pérdida de sus libertades, y despues de conquistarlo, avanzar pasando por la Lorena, hasta el interior de la

Champaña, donde debía proteger al príncipe de Orange. Así que el enemigo se hubo retirado, Turenà abandonó su campo; y como si desconfiase de salvar la Alsacia, hizo desfilir sus tropas, atravesando los Vosgos, hácia la Lorena, para tomar allí sus cuarteles de invierno. Los aliados creyéronse mas seguros; la campaña parecía terminada, el mariscal vencido, y la Alsacia perdida para Francia.

Sin embargo no calculaba así el gran capitán: « Es preciso, decia al marqués de la Fare, que no haya un solo soldado tranquilo en Francia, mientras viva un alemán aquende el Rhin, en Alsacia (1). « El día cinco de diciembre, estando el frío á diez grados, y cuando el enemigo, la corte y sus soldados mismos piensan que quiere extenderse por la Lorena para vivir en ella mas tranquilamente, hace volver hácia el mediodía á su ejército que se dirigia hácia poniente, júntase con la division de Flandes por medio de una cadena de tropas que deja sobre la Sarre, y divide su ejército en un sin número de pequeñas columnas, que dirige sobre el flanco occidental de los Vosgos, por caminos paralelos y diferentes, pero de manera que en veinte y cuatro horas podia reunir todo el ejército. Tal es la marcha que sigue por espacio de veinte días, por escabrosos caminos, pisando nieve y ásperas montañas, sin que el enemigo se inquiete por esos movimientos distantes y al parecer confusos: los franceses mismos comienzan á murmurar de sus fatigas, cuyo objeto no conocen, cuando se encuentran reunidos en la extremidad meridional de la Alsacia; en Betfort, en un punto sobremanera notable como que en él las aguas de Francia se reparten en todos los mares, punto donde terminan los Vosgos, y comienza el Jura (2). Encontrábase en el extremo izquierdo de los cuarteles enemigos, que iban á atacar, nó de frente, en línea y protegidos por el Ill, sino de flanco, aisladamente y por ambas riberas, atacándolos en el condado, destruyéndolos uno á uno, y arrojándolos, ó hácia los Vosgos donde deberían precisamente rendir sus armas, ó hácia el Rhin donde no les quedaba otra salida que Estrasburgo. El enemigo no esperaba nada de esto; levántanse los cuarteles del duque de Lorena; batallones enteros se rinden sin pelear;

(1) Mem. de la Fare, p. 205.—(2) Véase mi *Geografía militar*, p. 452, 467 y 474 de la tercera edición.

seis mil caballeros corren hácia Molhausen : son derrotados por una vanguardia de mil quinientos hombres (20 de diciembre); los imperiales, espantados de ver á los franceses entre ellos cuando los creian á cincuenta leguas de allí, huyen por todas partes. Turena va bajando por el Ill; llega á Colmar; y encuentra al elector que habiendo reanimado en Turkeim á los fugitivos, probaba de sostenerse á la otra parte de Fecht (5 de enero de 1675); cércale por su izquierda, y le derrota causándole la pérdida de tres mil hombres. Entonces ya no hubo mas resistencia; sin órden alguno huyen todos hácia Estrasburgo, y el día 11 de enero no quedaba un solo aleman en Alsacia; de sesenta mil hombres que habian pasado el Rhin apenas quedaron treinta mil....

Turena colocó á sus tropas en cuarteles de invierno y volvióse á París. Su viaje fué un verdadero triunfo; todas las poblaciones salieron á recibirle, y llegó á su colmo la admiracion cuando el rey hubo publicado la carta que el mariscal le habia escrito desde Dettweiler. La campaña de Alsacia, el mas bello florón de su corona, no era solamente una obra militar de primer órden, sino que habia salvado á la Francia de una invasion, y consolidado para siempre sus conquistas del Rhin. « Los actos de Turena parecíanle á su carácter; eran sólidos sin ostentacion; no eran batallas ordenadas que á veces meten mucho ruido sin producir ventaja alguna, eran combates útiles que salvaban á su país, y en los cuales la conducta del general no aventuraba nada (1). »

§. VIII. — *Batalla de Senef. — Revolucion de Mesina. — Operaciones marítimas.* — El otro ejército de los aliados fracasó, como el primero, en su invasion del norte; pero su derrota distó mucho de ser tan completa. No pudiendo Condé resistir á los ochenta mil hombres del príncipe de Orange, se habia retirado de la corriente del Mosa, replegándose delante de la Sambre, cerca de Charleroy, en una buena posicion sobre las menguadas aguas del Pieton. Siguióle Guillermo, buscando ocasion de obtener por una victoria el paso del Sambre y la entrada en Champaña, pero no se atrevió á atacar al príncipe en su posicion, y se retiró hácia Mons por un camino sembrado de desfiladeros por donde se des-

(1) Henault, Resumen cronológico, p. 611.

parramaron sus diferentes cuerpos de ejército. Arrojóse Condé en su persecucion, y alcanzó su retaguardia compuesta de españoles en los bosques de Senef (11 de agosto de 1674); derrotóla, y la caballería holandesa, que corría á protegerla, quedó tambien mal librada. Era este un feliz acontecimiento: el enemigo habia perdido entre muertos y prisioneros cerca de diez mil hombres; pero Condé, cuyo fuego no habian apagado los años, no se contentó con esto, y siguió en su persecucion. Al ruido del combate Guillermo se habia detenido; habia reanimado á su ejército y tomado posicion en Fay, detrás de los bosques y de las lagunas dominadas por algunas montañas. Condé ni quiso darle tiempo para establecerse; y aunque acababa de llegar su infantería cansada, arrojóse sobre la formidable posicion del enemigo, defendida por mas de sesenta mil hombres. Así empezó una porcion de combates sangrientos y completamente infructuosos. En vano desplegó allí Condé su brillante valor, y vió sucesivamente caer muertos tres caballos que montaba: á media noche todavia estaba intacta la posicion del enemigo. «Entonces mandó que avanzasen nuevos batallones, y que se aprontasen baterías para atacar al enemigo al amanecer. Espantados quedaron cuantos oyeron este plan: y pudo ver claramente que en todo el ejército solo él tenia ganas de batirse aun (1).» Al dia siguiente separáronse los dos ejércitos, dejando cada uno de unos siete á ocho mil cadáveres en el campo de batalla. El príncipe de Orange dirigióse hácia Oudenarde, y la puso sitio. Condé quiso seguirle, y le precisó á abandonar la plaza. Entonces Guillermo volvió contra Grave, y despues de tres meses de grandes esfuerzos, precisó á esta poblacion á rendirse. Tal fué el fruto de una campaña que debia conducir á los aliados hasta París, y que se estrelló en la indecisa batalla de Senef.

La invasion del mediodía no tuvo otro éxito que el de las del norte y de levante. Los españoles despues de tomar á Bellegarde, fueron derrotados por Schomberg; y la corte de Madrid vióse obligada á disolver este ejército para enviar tropas á Sicilia, donde acababa de estallar una revolucion.

Mesina, cansada ya de sufrir el yugo español, habia echado á

(1) La Fare, p. 200.

su guarnicion, y se habia acogido bajo la proteccion de la Francia. La España envió tropas contra esta ciudad, y probó de rendirla por hambre. Una escuadra francesa de seis buques, mandada por el caballero Valbelle, forzó la entrada del puerto, defendida por cuarenta y dos navíos españoles (2 de enero de 1675), y llevó socorros á la plaza, siguióle una armada que mandaba Duquesne, gran marino, quien habia comenzado su carrera en calidad de corsario, y debia su fortuna á la distinguida proteccion de Colbert (1). Esta armada aportó á Mesina al duque de Vivonne, nombrado virey de Sicilia, con un pequeño ejército.

La marina no alcanzó en el Océano grandes triunfos; pero tampoco el enemigo reportó victorias de mucha importancia. Una armada holandesa, mandada por Ruyter, dirigióse hácia las Antillas, y encalló en la Martinica; otra, al mando de Tromp, presentóse en las embocaduras del Loire y de la Gironda, pero no se atrevió á realizar el plan que habian proyectado.

En resúmen, la campaña de 1674 era la mas gloriosa que hubiese tenido nunca la Francia; en todas partes, contando con fuerzas inferiores, habia salido victoriosa, rechazado tres invasiones, conquistado una hermosa provincia que aseguraba nuestra frontera oriental; y en fin habia resistido á la mitad de Europa sin contar con aliado alguno.

§. IX.—*Campaña de 1675.—Muerte de Turena.—Batalla de Altenheim.*—La Francia redobló sus esfuerzos para la campaña de 1675. El ejército del norte fué aumentado hasta setenta mil hombres, y el rey tomó el mando del mismo; apoderáronse de Lieja, de Dinant y de Limburgo, á pesar del príncipe de Orange; y disponíase en el centro de Maestrich á invadir la Holanda, cuando los acontecimientos de las fronteras del Rhin obligaron á los franceses á retirarse.

Habiendo los suecos invadido el Brandeburgo, precisaron al elector á retirar sus soldados de la Suavia; pero las tro-

(1) Duquesne, nacido en Dieppe en 1610, se habia encontrado en el sitio de la Rochela, en las batallas de Gattari, de Tarragona, de Setta, etc. En 1650, armó una flota de corsarios, y defendió la entrada de la Gironda contra una armada española, que queria socorrer á Burdeos revolucionada.

pas del emperador y del imperio formaban todavía dos ejércitos; el uno á las órdenes de Montecuculli, y fuerte de veinte y cinco mil hombres, luchaba contra Turena; el otro, al mando del duque de Lorena y con fuerza de veinte mil hombres, debía penetrar en la Lorena atravesando la Mosella. A este se le habia opuesto el ejército del mariscal Crequy, que debía servir de intermediario entre el cuerpo del norte y el del este.

Montecuculli, deseoso de trasladar la guerra á Alsacia, amenazaba al puente de Estrasburgo. Turena se situó cerca de esta poblacion para obligarla á guardar neutralidad; luego pasó el Rhin en Altenheim (8 de junio de 1675) sobre un puente de barcas, y acampó en Kintzig; así cortó el camino de Estrasburgo á su enemigo, que en vano probó á desalojarle, y vióse precisado á retroceder hácia Rencher. Por espacio de seis semanas ambos generales dieron pruebas de su habilidad en un terreno que comprendia solo algunas leguas cuadradas, donde se utilizaron todos los barrancos y arroyos. «Esto fué, dice Follard, la obra maestra de Turena y de Montecuculli.» Al fin el primero obligó á su adversario á desocupar sus posiciones sobre Rencher, y á replegarse hácia Saltzbach, en un punto difícil donde Montecuculli estaba precisado á aceptar la batalla ó á internarse en la Selva-Negra. Ambos ejércitos eran igualmente fuertes; pero los franceses mostraban el mas vivo ardor, y Turena, por lo regular tan calmoso y reservado, no ocultaba su alegría viéndose á punto de recoger los frutos de esta penosa campaña. «Los tengo, decia; no se me escaparán mas.» Pero como el enemigo hiciese el último movimiento, se adelantó para observarle, y al examinar la posicion de una batería, fué herido casualmente por una bala, que al propio tiempo arrancó un brazo al general de artillería Saint-Hilaire (27 de julio). El hijo de este arrojóse consternado sobre su padre: «No es á mí á quien debéis llorar, dijo ese valiente militar, sino á este hombre cuya pérdida es irreparable (1).» «Así murió en el colmo de su gloria, dice el marqués de la Fare, quien era no solo el primer militar de su siglo y de muchos otros, sino tambien el hombre mas probo, el ciudadano mejor y el hombre que me ha pa-

(1) La Fare, p. 220.— Saint-Hilaire era hijo de un zapatero de Nerac.

recido mas cercano á la perfeccion.* Era un hombre, dice Montecuculli, que hacia honor al hombre.» Turena tenia sesenta y cuatro años. Su muerte fué una calamidad pública. «Jamás ha sido un hombre llorado tan sinceramente: todo el pueblo estaba turbado y conmovido (1),» en la corte, en París, en los campos vecinos al teatro de la guerra, todos se abrazaban llorando y aterrorizados. Luis XIV, que siempre habia depositado en él una confianza fundada en una especie de veneracion, honró las tumbas de sus abuelos, haciendo sepultar en San Dionisio al primer capitán que ha tenido la Francia monárquica.

A la noticia de la muerte de «su padre,» los soldados, llenos de dolor y espanto, no pensaron sino en retirarse; y Montecuculli, cuyos bagajes marchaban ya hácia Baden, volvió á la carga. Los franceses desordenados se dirigieron hácia el puente de Altenheim, acaudillados por los condes de Lorges y de Vaubrun, y su vanguardia atravesaba el puente cuando fueron atacados por los imperiales (2 de agosto): volviéronse contra ellos, rechazaron al enemigo despues de un reñido combate en que murió Vaubrun, y atravesaron el Rhin destruyendo en seguida el puente. Entonces Montecuculli marchó hácia Estrasburgo, por donde pudo todavía pasar; internóse en Alsacia, y puso cerco á Saverna y Haguénau. Al propio tiempo, el duque de Lorena, encontrando ya la ocasion que esperaba, trasladóse con veinte mil hombres al electorado de Tréveris, y sitió esta ciudad. Crequy, general bizarro y temerario, púsosele enfrente con doce mil hombres, y le presentó batalla en Consarbruck: fué completamente derrotado (11 de agosto), retiróse a Treveris, y allí se defendió con heroismo. Vendióle la guarnicion, entregó la ciudad al enemigo, y Crequy cayó prisionero (6 de setiembre).

La invasion de Alsacia y la derrota de Consarbruck obligaron al ejército de los Países Bajos á retirarse junto al Sambre, y permanecer en la defensiva. Condé encargóse del mando del ejército del Rhin, que desesperado con la muerte de su general volvía á pasar los Vosgos. Inferior en fuerzas á su adversario, inspiróse con las ideas de Turena, á la sombra de quien, decia, se

(1) Cartas de Mad. de Sevigne, carta 332.

hubiera querido conservar: hizo levantar el sitio de Saverna y de Haguenau, esquivó toda batalla, y se portó con tanta discrecion y vigor, que obligó al enemigo á desocupar la Alsacia y á retirarse junto á Spira. Condé coronó dignamente con esta bella campaña su gloriosa carrera: sumamente enfermizo retiróse á Chantilly, y allí murió once años después.

§. X.—*Campaña de 1676.—Combates navales de Stromboli, de Agosta y de Palermo.*—Luis XIV, privado de los genios de Turena y de Condé, sostuvo á duras penas su superioridad. Los dos grandes capitanes habian dejado aventajados discípulos en Luxemburgo, Schomberg, Crequy; la administracion no habia dejado de ser hábilmente dirigida por Louvois; Vauban continuaba tomando y fortificando plazas; pero la guerra siguió después la antigua rutina, y fué haciéndose interminable con sitios continuos y marchas infructuosas. Aunque se maniobraba con grandes cuerpos de tropa, no se realizaron empresas decisivas, no se probó de acabar de una vez con el enemigo: la sola toma de una ciudad bastaba para una campaña. Olvidáronse los ejemplos de Turena y este precepto que daba á Condé: «Cuando uno es dueño de la campiña, las aldeas valen por plazas; pero regularmente empéñase el honor en tomar una ciudad fuerte antes de pensar en los medios de conquistar una provincia.» La guerra de sitios y bloqueos, guerra siempre segura con un hombre como Vauban, era la que mas gustaba á Luis XIV. Todos los años, acompañado de una lucida corte, iba á pasar dos ó tres meses en una tienda de campaña; todo estaba preparado para hacerle tomar una ciudad; una vez conquistada, regresaba á Versalles, adulado por sus nobles, por sus poetas y por sus cortesanos.

En la campaña de 1676, el rey con un ejército de cincuenta mil hombres tomó á Condé y puso cerco á Bouchain. El príncipe de Orange corrió con cuarenta mil hombres á defender esta última plaza, y se le aguardaba para dar una batalla, cuyo buen éxito parecia seguro para los franceses; pero Luis, que temia exponer su gloria á un revés, se contentó con tomar la ciudad y regresó á Versalles, dejando el mando en manos de Schomberg. Entonces Guillermo sitió á Maestricht; pero todos los esfuerzos que hizo por espacio de seis semanas, estrelláronse ante la resistencia heroica del gobernador Calvo.

En el Rhin no fué la guerra tan feliz. Carlos V, duque de Lorena, nieto y sucesor de Carlos IV, pasó el río con sesenta mil imperiales y entró en Alsacia; despues de muchos empeños inútiles, regresó al Palatinado y atacó á Philipsburgo defendida por Dufay. Aprovechóse de Lauter con tanta habilidad que, á pesar de los esfuerzos de Luxemburgo para desviarle de este sitio, la ciudad se rindió, despues de seis meses de bloqueo, y setenta dias de brecha abierta (17 de setiembre). A pesar de la gloriosa defensa de Dufay, este acontecimiento fué una grave desgracia; Philipsburgo era la puerta del Rhin, y el mas bello trofeo del tratado de Westfalia.

Insignificantes fueron las hostilidades en Cataluña, donde el mariscal de Navailles tomó á Figueras. En el norte, el rey de Suecia, declarado enemigo del imperio y atacado por los dinamarqueses, por el elector de Brandeburgo y los holandeses, no sufrió sino reveses de fortuna: el elector le tomó la Pomerania y el ducado de Brema, los dinamarqueses la Escandinavia, y los holandeses destruyeron su armada. Pero los poco notables acontecimientos de Francia en los Países Bajos, sus reveses junto al Rhin, los desastres de su único aliado en el norte, fueron compensados por considerables victorias en el Mediterráneo.

La marina se había formado y acrecentado de un modo prodigioso. La nobleza lanzábase apasionadamente en esta nueva carrera de peligros, á la que el rey prodigaba favores y adelantos; era para los audaces hijos de Bretaña y de la Provenza una senda de riquezas; y en pocos años los franceses, por medio de indecibles esfuerzos, habían aventajado en conocimientos marítimos á los antiguos señores de los mares. En la guerra de los corsarios, guerra que tanto se amoldó á su espíritu inteligente y atrevido, ya no había quien los igualase; sus escuadras, superiores en ligereza, habían dispersado ya á las escuadras de España; sus flotas, colocadas en orden de batalla, luchaban con ventaja contra las flotas de Holanda, mandadas por el gran Ruyter. La corte de Madrid para salvar la Sicilia, se había visto precisada á buscar auxilio en la marina holandesa, y Ruyter entró en el Mediterráneo con treinta y cinco buques. Duquesne había salido de Tolón para llevar nuevos socorros á Mesina; encontró la armada holandesa que quería cerrarle el paso del estrecho, y

le presentó la batalla cerca de las islas Stromboli. El combate fué muy encarnizado, y segun confesion de Ruyter, que fué derrotado, «los franceses hicieron allí maravillas.» Los holandeses se retiraron á Palermo donde se juntaron con los españoles. Duquesne incorporóse á la escuadra mandada por Almirantes, que defendia á Mesina, y abasteci6 á esta ciudad (8 de enero de 1676). Las escuadras aliadas, despúes de tratar en vano de ponerla cerco, fuéronse á sitiar á Agosta. Duquesne las siguió, y encontr6las atravesando el golfo de Catania (22 de abril): él tenia veinte y ocho buques, y Ruyter veinte y nueve. La batalla fué terrible y largo rato dudosa; hasta que en fin, muerto el almirante holandés, sus buques mal librados se retiraron á Siracusa. Duquesne volvió á presentarles todavía la batalla; pero, como tambien él habia sufrido mucho, aguardó refuerzos y buscó en seguida las flotas aliadas para asegurar el imperio del Mediterráneo á la Francia por medio de una victoria decisiva. Los españoles y los holandeses habian reunido en Palermo veinte y siete navíos, veinte galeras y ocho brulotes. La armada francesa, mandada por Vivonne y Duquesne, y fuerte de veinte y ocho navíos, veinte y cinco galeras y nueve brulotes, fué á atacarles allí mismo, y al primer choque echó á pique su línea de batalla (2 de junio); la mitad de sus navíos quedaron encallados en el puerto; mandaron contra ellos algunos brulotes, é hicieron allí una horrible mortandad; perdiéronse veinte y un buques con cinco mil hombres, el resto fué tomado ó dispersado, y el puerto entero de Palermo sufrió una terrible devastacion. Esta fué la victoria naval mas completa que nuestras armadas han reportado jamás; victoria que daba á la Francia el imperio de un mar que parece pertenecerle, en el que ya no habia un solo navío español, y del cual le era fácil excluir para siempre á los ingleses y á los holandeses. Pero Luis XIV no veia en la expedicion de Sicilia sino una distraccion favorable á la guerra de Flandes, no pensaba en tomar una posicion firme y duradera en el Mediterráneo, y no supo sacar el menor partido de las victorias de Duquesne. Por otra parte, esas victorias fueron inutilizadas por las faltas del duque de Vivonne, el mas corrompido de los señores franceses (1), que sobrecargó de

(1) Era hermano de Mad. de Montespan.

impuestos á los sicilianos, y se mantuvo encerrado en Mesina. Por lo demás, como Luis XIV absorbía todos los elogios, las victorias de Agosta y de Palermo metieron menos ruido que la toma de una plaza insignificante de Flandes; y mientras que la Europa se pasmaba del rápido acrecentamiento de la marina francesa, en tanto que la Inglaterra se aturdira hasta el punto de que este fué uno de los motivos que la hicieron entrar en la coalicion, las victorias aquellas apenas eran conocidas en Francia, y están privadas todavía de popularidad.

§. XI.—*Desastrosa situacion de la Francia.—Congreso de Niméga.*—A pesar de tantas victorias, no se vislumbraba aun el fin de la guerra. La Francia luchaba en ella con ventaja, en ella desplegaba un poder superior al de los demás estados, pero tambien era la que mas sufría: tenia en pié de guerra doscientos cincuenta mil hombres, y se habia visto precisada á hacer quintas extraordinarias, y á dirigir un llamamiento á la nobleza. Los gastos en 1674 habian ascendido á 93.000.000 (1); los correspondientes al año 1676 á 111.000.000. Habíanse aumentado todos los impuestos, creándose al propio tiempo otros varios, como el monopolio del tabaco, del papel sellado, etc.; se habian creado empleos, vendido dominios, y realizado muchos negocios ruinosos por valor de 300.000.000; viéronse en fin precisados á abrir empréstitos, con gran sentimiento de Colbert, que encontraba estos medios demasiado aventurados con un rey absoluto. «Conoceis, como yo, dice el presidente Lamoignon, que habia hecho decretar esta medida, conoceis al hombre á quien debemos este negocio? Acabais de abrir una llaga, que nuestros nietos no verán cerrada todavía (2).» El gran ministro veía con sentimiento la industria arruinada, perdidas las artes de manufacturas de lujo, las compañías de comercio á cargo del estado, abortados todos sus proyectos, y el caos en la hacienda pública; aguzaba su ingenio en inventar medios de estrujar al pueblo, y no oía mas que maldiciones. Todas las clases estaban descontentas; el paso de las tropas habia arruinado las provin-

(1) Hé aquí algunas partidas de estos gastos; guerra, 47.000.000; provisiones y guarniciones, 7.000.000; marina, 10.000.000; subsidios á los aliados, 9.000.000; casa real, 1.000.000; ministros, mariscales, embajadores, 4.000.000. etc.—(2) Lemontey, Piezas justific. del Ensayo sobre la monarquía de Luis XIV, p. 248.

cias fronterizas; la nobleza se negaba á entrar en el ejército; los holandeses sembraban dinero para provocar motines. Las revoluciones estallaron en Normandía, en Bretaña y en Guiena; los aldeanos asesinaron á los colectores de contribuciones, saquearon los castillos, y ahorcaron á los señores; reuniéronse los sublevados en cuerpos de quince á veinte mil hombres, que no pudieron dispersarse sino acosándoles numerosos cuerpos de tropas, y con ejemplares suplicios (1). Un noble de Ruan conspiró para entregar Quillebeuf á los holandeses; fué descubierto y murió en el cadalso. Las grandes ciudades tomaron parte en estas insurrecciones, y los parlamentos de Burdeos y de Ruan fueron disueltos por haber manifestado cierta indulgencia en favor de los culpables.

Luis XIV deseaba la paz. Ya se habia abierto un congreso en Colonia en 1673; pero el emperador lo habia hecho disolver; y solo á duras penas llegó á tratarse de abrir un nuevo congreso en Nimega, por la mediacion de Inglaterra. El emperador y los príncipes de Alemania, contentos con los subsidios que les pagaba la Holanda, y resentidos de la toma de Filipsburgo, solo deseaban que continuase la guerra; pero las Provincias Unidas, que habian recobrado todo su territorio y no podian ganar cosa alguna de Luis XIV, trataban de hacer la paz separadamente: á este fin dióse principio á las negociaciones. Los embajadores franceses eran hábiles discipulos de la escuela de Mazarino: eran el mariscal de Estrades, que habia sido largo tiempo embajador en Londres, el conde de Avaux, sobrino del comerciante de Munster, y Colbert de Croissy.

§. XII.—*Campaña de 1677.—Batalla de Cassel.—Campaña de Crequy sobre el Mosella y el Rhin.*—Luis XIV quiso con nuevas victorias hacer decisivas las negociaciones; atacó á Valenciennes y se apoderó de ella inopinadamente por el valor de sus mosqueteros (17 de marzo de 1677) que, habiendo asaltado la primera muralla, corriendo pudieron penetrar en el centro de la plaza, y obligaron á la ciudad á capitular. Desde aquí pasó á sitiar y tomó á Cambrai (4 de abril), en tanto que hacia atacar á Saint Omer por el duque de Orleans. El príncipe de Orange voló á defender esta plaza. El duque de Orleans le salió al encuentro, y

(1) Véanse las cartas de Mad. de Sevigné. t. II.

le atacó en Cassel (11 de abril); merced á las disposiciones de los mariscales de Luxemburgo y de Humières, le derrotó completamente, causándole la pérdida de siete mil hombres, de su artillería y de sus bagajes. Saint-Omer se rindió, y Flandes entera fué abandonada en poder de los ejércitos franceses. Esta singular victoria dió gran nombradía al duque de Orleans, que habia manifestado un valor y una habilidad que no se esperaba de sus costumbres afeminadas. El rey tomó de ello vivísimos celos, y su hermano no volvió á ocupar puesto alguno en el ejército.

La posesion de Filipsburgo y de Tréveris hacia concebir al duque de Lorena esperanzas de volver á sus estados. Pasó el Rhin (13 de abril) por Estrasburgo con sesenta mil hombres, encontró la Alsacia devastada, y se dirigió hacia el Mosella; pero el mariscal de Crequy fué siguiéndole con veinte y cinco mil hombres, se apoderó de sus convoyes, tomóle todos los soldados rezagados, causóle continuamente desgracias y le obligó, despues de llegar en vano hasta Metz, á tantear todos los caminos de la Lorena, para dirigirse hácia el Mosa. Trató entonces el duque de incorporarse al príncipe de Orange, que despues de la batalla de Cassel habia restablecido su ejército y estaba sitiando á Charleroy; pero encontrósé todavía con Crequy, que le habia tomado la ventaja hácia el Mosa, y le privó de atravesar este rio. Viendo entonces disminuido su ejército por las marchas contínuas y el hambre, declaróse en retirada; volvió á pasar el Mosella y el Sarre, molestado siempre por su enemigo, y entró segunda vez por Landau en Alsacia, donde debia encontrar al príncipe de Sajonia, Eisenach, con el ejército de aquellos contornos. Pero Crequy ganóle otra vez la delantera con una rapidez extraordinaria: habia llegado ya á la Alsacia, habia atravesado el Rhin en Brisach, cercado al príncipe de Sajonia que avanzaba por el Kehl, y derrotado sus tropas, que se arrojaron á una isla del rio, donde se vieron obligadas á capitular. Luego volvió á pasar el Rhin, presentósé cerca de Estrasburgo, en frente del duque de Lorena, y derrotó su vanguardia en Kochersberg (7 de octubre). Viendo entonces que Estrasburgo iba otra vez á violar su neutralidad, y no queriendo presentar una batalla general, engañó al duque en su marcha, volvió á pasar á la derecha del Rhin, y corrió á sitiar á Friburgo. El duque de Lorena

atravesó el puente de Estrasburgo, y partió á libertar aquella plaza; pero llegó demasiado tarde: la ciudad acababa de rendirse (15 de noviembre). Su ejército estaba arruinado, y retiró sus restos á los cuarteles de invierno.

Esta brillante campaña en la que los franceses desplegaron tanto movimiento, y en la que Crequy se inspiró tan bien de las ideas de Turenna, destruyó las esperanzas de los aliados en el este, como la batalla de Cassel en el norte. En el Mediodía, el mariscal de Navailles ganó á los españoles la batalla de Espouilles, cerca del desfiladero de Banols, donde causó al enemigo la pérdida de cinco mil hombres. Finalmente en el mar, el mariscal de Estrées vengó los insultos hechos á nuestras colonias por los holandeses, que habian tomado á Cayena y saqueado á Santo-Domingo; apoderóse de Cayena, derrotó y quemó la armada holandesa frente de Tabago (23 de marzo), y emposesionóse de esta isla (29 de diciembre).

§. XIII.—*Disposiciones de los aliados.—Inglaterra declara la guerra á Francia.—Campana de 1678.*—Tantos sucesos no hicieron á los aliados partidarios de la paz. Las dos ramas de la casa de Austria que habian tenido que combatir largo tiempo contra la Francia unida con la mitad de Europa, viendo al contrario á esta mitad de Europa unida á ellos contra la Francia, querian aprovecharse de esta singular posicion para conquistar todo lo que habian perdido en treinta años; pensaban que la Francia á pesar de sus victorias se desalentaria, y que al fin se veria precisada á sucumbir en una lucha tan desigual. Solo una nacion deseaba la paz, era la Holanda; y Luis XIV empleaba todos sus desvelos en proporcionarse otra vez esta aliada que habia deseado derrotar, manifestándole que ella coronaba los proyectos ambiciosos de la casa de Austria. Los estados generales estaban dispuestos á terminar una guerra de la que no podian sacar provecho alguno; y que acabaria, si la Francia saliese victoriosa, por la conquista de la Bélgica, y si la Francia fuese vencida, por la abolicion de los tratados de Westfalia; alternativa igualmente desastrosa para ellos. Pero los estados generales no eran los únicos señores de las Provincias Unidas; el ataque de Luis XIV habia levantado en esta república á un hombre que la dominaba con el ascendiente de su genio astuto y firme, y que formaba

proyectos los mas ambiciosos para humillar á la Francia. Viendo el príncipe de Orange que Luis se hacia el representante del principio católico, habia escogido con avidez el camino que le habia abierto: queria declararse el representante del principio protestante. El era el libertador de Holanda; estaba en correspondencia con los calvinistas franceses; y finalmente tenia intimas relaciones con los miembros influyentes del parlamento inglés, que pensaban ya en el modo de desembarazarse de una dinastía antipática á la libertad y á la religion de su país. Sabia bien cual era el motivo de la poca fortuna de la coalicion: es que le faltaba la cooperacion de Inglaterra, cuya neutralidad bastaba á Francia para resistir á la mitad de Europa; era preciso pues hacer que Carlos II tomase parte en la guerra.

El parlamento, excitado por los manejos de Guillermo, declaró al rey que le concederia contribuciones á condicion de emplearlas en la guerra contra Francia. Carlos II hizo un tratado secreto con Luis XIV, por el cual ambos soberanos prometian asistirse mutuamente en caso de rebelion en sus respectivos reinos; y el primero recibió del otro una pension de 200,000 libras esterlinas con lo que pudo prorogar indefuidamente su parlamento. Pero todo eso no hizo mas que aumentar la efervescencia nacional. Queriendo entonces asegurar á los ingleses de sus inclinaciones papistas, casó al príncipe de Orange con su sobrina, hija del duque de York, princesa protestante que, muerto su padre, era la heredera de la corona: de este modo esperaba ganar el favor del ambicioso Guillermo y reducirle al partido de la paz. Sin embargo era esto una gran falta; Luis hizo en vano mil esfuerzos para disuadir á su aliado, y le retiró su pension. Carlos probó de mantenerse neutral, y renovó la promesa de su mediacion; pero no tardó en verse arrastrado por las intrigas de Guillermo y la voluntad nacional, á aliarse con la Holanda, y precisado á declarar la guerra á Francia (16 de enero de 1672).

Reforzada de este modo la coalicion, venia á ser casi invencible: era preciso que la Francia concentrase todas sus fuerzas en las fronteras, y se apresurase á dar un golpe decisivo. Luis XIV mandó venir la armada que estaba en Mesina, y abandonó la Sicilia á la venganza de los españoles; ordenó á Crequy que comenzase las hostilidades en Suavia; él en persona se fué á Flan-

des, amenazó á muchas ciudades, luego volvió de repente hácia Gante, á la que atacó vigorosamente, y la plaza se rindió. Al propio tiempo Crequy pasó el Rhin por Brisach. El duque de Lorena, que queria atravesar el río en Rhinfeld y entrar en la Alsacia por Basilea, fué derrotado (6 de julio), retiróse hácia el Kintzig, fué otra vez derrotado en Offenburgo (22 de julio), y se retiró al Palatinado. Su adversario, tan activo como en el año anterior, tomó á Kehl, incendió el puente de Estrasburgo y asoló el territorio de esta ciudad; luego dirigióse hácia el Lauter, y frustró todos los designios que los imperiales se habian formado respectivamente á la Alsacia.

§. XIV.—*Paz de Nimega*.—El parlamento inglés habia otorgado á Carlos II dinero y buques para hacer la guerra; pero este habiendo obtenido de Luis XIV el restablecimiento de su pension, habia mandado á su armada que suspendiese las hostilidades. Entonces los holandeses se decidieron á formar un tratado con la Francia con condicion de que se les devolviese Maestricht, única plaza que les faltaba conquistar. Los comisionados franceses desplegaron la mayor habilidad para cerrar este tratado especial, con el cual los aliados deberian forzosamente admitir la paz, privándoseles así de sus subvenciones, y fué firmado (11 de agosto), precisamente cuando el príncipe de Orange y el emperador creian haber desvirtuado las negociaciones. Guillermo enfurecióse sobremanera, y probó de inutilizar el tratado, atacando, cuatro dias despues de haberse firmado, el campo del Luxemburgo, que estaba completamente seguro en San Dionisio cerca de Mons. Al primer ímpetu los franceses fueron sorprendidos y desordenados; pero luego rechazaron á sus enemigos con furor, causándoles la pérdida de tres mil hombres. Tal fué el fruto que el príncipe de Orange sacó de esta abominable violacion de todas las leyes de la humanidad. El tratado conservóse en pié, y todos los aliados de la Holanda firmaron sucesivamente la paz.

España, que en esta guerra habia agotado sus recursos, cedió la primera (17 de diciembre): renunció al Franco-Condado, Valenciennes, Condé, Bouchain, Maubeuge, Cambrai, Aire, Saint-Omer, Ipres, Poperingue, Bailleul, Cassel; y se le devolvieron las plazas de Charleroy, Ath, Oudenarde, Courtrai, Limburgo y Gante.

El emperador intentó continuar las hostilidades; pero alarmado por una insurrección de los húngaros, amenazado de una guerra con los turcos, y temiendo las inteligencias de Luis XIV, con unos y otros, firmó la paz (5 de febrero 1679). El tratado de Westfalia fué confirmado en todas y cada una de sus partes, á excepcion de Filipsburgo, que fué sustituida con Friburgo. El duque de Lorena debia volver á sus estados bajo las condiciones ya propuestas en 1659; pero lo rehusó, y los franceses continuaron ocupando su ducado.

Todos los príncipes alemanes firmaron sucesivamente la paz, á excepcion del elector de Brandeburgo, que queria conservar sus conquistas en Suecia. Pero Crequy con treinta mil hombres se apoderó de sus provincias del Rhin, invadió la Westfalia, pasó el Weser, é iba á tocar ya en el Elba, cuando el elector atemorizado consintió por el tratado de Saint-Germain, en devolver á los suecos lo que les habia quitado (29 de junio). Lo mismo sucedió con el rey de Dinamarca, quien por las amenazas de Luis XIV firmó la paz en Fontainebleau (2 de setiembre), y este tratado terminó la serie de negociaciones principiadas en Nimega.

La Francia salia victoriosa de una guerra injusta: sola contra todos habia vencido á la Europa; nunca habia sido tan brillante su gloria militar, y su diplomacia acababa de coronar dignamente la obra de Turena, de Vauban, y de Duquesne. Ella habia dominado en Nimega como en Munster y en los Pirineos; ella habia precisado á sus enemigos á rendir las armas uno tras otro; habia combatido hasta alcanzar para su única aliada una satisfaccion completa; habia hecho pagar á su enemigo los gastos de la guerra; y habia impuesto á los enviados á Nimega, en prueba de la superioridad de su inteligencia, su lenguaje tan preciso y metódico, que no ha dejado de ser desde entonces el lenguaje diplomático. Su preponderancia fundada en el sentimiento de su fuerza era decisiva; el acrecentamiento de su territorio era nada en comparacion del poder moral que habia adquirido; y dominando á la Europa con las armas, con el idioma y la civilizacion, parecia reemplazar á los antiguos señores del mundo.

CAPÍTULO IV.

Revocacion del edicto de Nantes.—Liga de Augsburgo (1678.—1688.)

§. I.—*Primeros síntomas de la decadencia de Luis XIV.—Versalles.—Periodo notable en las artes y en las letras.—Bossuet y Moliere.*—Luis XIV habia llegado al apogeo de su grandeza. La Europa temblaba á su presencia; la Francia le admiraba; París levantaba en honor suyo arcos de triunfo, y le ofrecia el dictado de *Grande*; su corte le trataba como á un semi-dios; señores, sacerdotes y magistrados no le hablaban sino rindiéndole adulaciones de idolatría, y expresándole sus trasportes de entusiasmo tan continuados y unánimes, que bastaban á alucinar al espíritu del hombre mas virtuoso. Pellison le llamaba «un milagro visible,» Lebrun, que pintaba su apoteosis en las galerías de Versalles, ora le comparaba con Júpiter, ora con Hércules, ora con Alejandro; el duque de la Feuillade erigióle una estatua en la plaza de las Victorias: «celebró su inauguracion dando en torno de ella tres vueltas á caballo y á la cabeza del regimiento de guardias, con todas las ceremonias que los paganos hacian en otro tiempo ante las estatuas de sus emperadores (1).» Este sentimiento de adoracion llegó á apoderarse del mismo rey, quien cantaba, llorando de ternura, los himnos que en su alabanza habia compuesto Quinault. Para conservarse rodeado de esas nubes de incienso, para sostener el prestigio, y mantener siempre viva la admiracion, la dignidad real buscaba en el temor la conservacion de esa superioridad que debia menos á la fuerza que á la opinion; para conservar su obra de unidad iba á lanzarse en la persecucion religiosa, y hundirse desastrosamente en la política católica; para encontrar recursos, iba á dejar agotada á esta nacion que da tanto á sus reyes; que estos siempre se exceden en lo que pueden sacar de la misma. Luis el Grande entraba ya en su época de decadencia: «su autoridad habia llegado á un punto tal que era gravosa á sí misma (2).» Su grandeza degeneró en orgullo; su dignidad en aficion á representaciones pueriles; y su magnificencia en prodigalidades ruinosas. «Emulo de los reyes de Asia, dice la Fare, solo gustó de la es-

(1) Choisy, p. 303 —(2) La Fare, p. 118.

clavitud; desdeñó el mérito; sus ministros no pensaron ya en decirle la verdad, sino en adularle y complacerle. Refiriólo todo á su persona; nada se hizo en beneficio exclusivo del estado; su hijo fué educado en una dependencia servil; no se le insinuó en los negocios de gobierno; no depositó su confianza en alguno de sus generales, y nunca atendió á sus talentos, sino á su sumision. Por otra parte, reemplazó á sus ministros hábiles y entendidos con otros jóvenes aun, mal educados, presumidos y corrompidos por su fortuna (1).»

Proseguíanse todas las empresas inauguradas para la prosperidad y civilizacion de la Francia, pero se descuidaban las que eran útiles sin ser brillantes, y aquellas tomaban un carácter mas fastuoso que grande. París se embellecía; pero en lugar de terminar el Louvre, como se lo habia aconsejado Colbert, Luis que no gustaba de la ciudad de las barricadas, de las calles sucias y populosas, levantaba su Versalles, templo del realismo absoluto que debia ser su tumba antes que el tiempo llegase á ennegrecer sus mármoles. Versalles se acababa ya; pero los tesoros gastados en esos palacios inmensos, en esos jardines magníficos, en los acueductos, y en muchos trabajos á que la naturaleza se oponia, eran inmensos; y á Versalles debia sucederle el fastuoso é inútil Marly. La actividad de los espíritus franceses seguia arrastrándoles hácia los apacibles goces de la imaginacion y del pensamiento: bajo un gobierno firme y regular, con la libertad civil y el acrecentamiento de las riquezas, las bellas artes brillaban siempre vivamente: pero la literatura solo parecia un himno consagrado al realismo. El período de los escritores y de los artistas, que se podria llamar la escuela de Richelieu, desaparecía, como habia desaparecido la de los grandes generales, y de los grandes hombres de estado: Pascal, Corneille, Lesueur, etc. habian muerto. A esos espíritus audaces, originales, poseidos de una especie de esperanza y de independencia, sucedíales un período de talentos mas brillantes y menos libres, sobre los cuales tuvo el monarca una influencia muy marcada. El que en su vida particular y pública, en sus habitaciones, en sus representaciones, en la naturaleza, en una palabra en todo deseaba el orden, la armonía, la regularidad, la unidad,

(1) La Fare, p. 235.

á pesar de la monotonía y languidez consiguientes; el que aun en sus escandalosos amores, y en las acciones ordinarias de la vida (1) conservaba la decencia, la cordura y la dignidad; contribuyó á dar á la literatura y á las artes la majestad, la nobleza y la pureza que tanto resaltan en las obras de Racine y de Lebrun. La graciosa negligencia, la atrevida ingenuidad de la Fontaine no fueron apreciados por el gran rey; pero el frio y correcto Boileau dió á la poesía ciertas reglas que Luis mismo habria dado. Sin embargo, los dos genios mas eminentes del siglo, Bossuet y Moliere, fueron los que, conservando su carácter original é independiente, trabajaron eficazmente en favor del realismo y fueron para el rey dos escritores políticos. Bossuet, verdadero patriarca de la iglesia de Francia, fué el incansable adversario de los enemigos de la unidad religiosa, combatió en favor de la monarquía contra la Santa Sede, y la presentó á la adoracion universal, como un reflejo de la divinidad, y una especie de providencia terrestre. Moliere, con su gracia profunda y con su exquisita razon, completó la obra de Richelieu ridiculizando los vicios y los caprichos de la nobleza. Luis, que remuneraba dignamente los mas altos servicios con una palabra dulce y una graciosa sonrisa, que era tan hábil en mover la fibra del honor, recompensó á Bossuet confiándole la educacion de su único hijo. En cuanto á Moliere, tuvo el honor de ver que Luis y la duquesa de Orleans sacasen de pila á uno de sus hijos, y en esta corte tan pomposa, tan mesurada, tan adicta á la mas rigurosa etiqueta, el inmortal autor cómico tuvo un dia el honor de sentarse á la mesa del gran rey.

§. II.—*Situacion de la clase media y de la nobleza.*—*Damas de Luis XIV.*— En una monarquía donde todo estaba centralizado en Luis XIV, en su corte y en la capital, no se encontraban, por decirlo así, individualidades; las clases tenian sus distinciones poco marcadas; las provincias perdian su influencia y su carácter; allí no habia mas que el pueblo y el rey. Los plebeyos habian reanudado su alianza con el trono; en este encontraban mas que nunca seguridad y proteccion; se engrandecian á proporcion que las clases privilegiadas se rebajaban; y en fin ha-

(1) «Jugando al villar, dice la señorita de Scuderi, conservaba la majestad de señor del mundo.»

bían llegado á nivelarlas. Los plebeyos enriquecían la Francia con su industria, la ilustraban con sus luces, y creaban una nobleza de dinero, una nobleza de inteligencia, que marchaba al igual de la nobleza de nacimiento; eran admitidos en las intenciones, en las embajadas, y en todas las funciones administrativas; sentábanse en los tribunales, engrandecidos con el poder que les otorgaba el trono para hacer temblar á los señores con sus fallos; y aun eran condecorados con los primeros grados del ejército (1). Prestaban dinero al rey, eran sus únicos ministros; y en fin aspiraban á confundirse con la nobleza, no solo por la educacion y las riquezas, sino tambien por el favor del rey, que queria ver á sus ministros plebeyos enlazar sus hijos con las primeras familias, creando de esta manera una nobleza nueva (2).

La nobleza, anulada por la fuerza del poder real, por la creacion de ejércitos permanentes, por la accion de la magistratura y sobre todo por su residencia en la corte, ya no formaba un cuerpo, sino que eran individuos condecorados con algunos privilegios pero sin influencia política; habia sido sacada de sus castillos, colocada en las antesalas reales, y cubierta de un lustre prestado, de vanos títulos y de bordados; habia finalmente sido reducida á servir de adorno en el palacio de Versailles, y encargada de inútiles funciones, que se creaban únicamente para tenerla en una especie de servidumbre. Siempre elegante y valiente, pero por esto ni mas leal ni desinteresada, se arruinaba en las fiestas de la corte, y buscaba cómo enriquecerse, ora casando á sus hijos con las hijas de capitalistas, lo cual se llamaba *abonar sus tierras*, ora soli citando del rey confiscaciones ó vergonzosos lucros á que se daba el nombre de *negocios* (3). To-

(1) El mariscal Catinat pertenecía á una familia del parlamento. Saint-Hilaire, la Freseliere, Chamarando y muchos otros tenientes generales eran oficiales de fortuna. Lo propio podemos decir de Duquesne, Juan Bart, Duguay-Trouin, etc.—(2) Los hijos de Fouquet, Letellier, Colbert, Louvois, Phelippeaux, Desmarests, son conocidos con los nombres de conde de Belle-Isle, marqués de Louvois, marqués de Seignelay, marqués de Barbezleux, conde de Maurepas y conde de Maillebois.—(3) La historia está llena de relaciones de semejantes negocios: así el conde de Grammont prende á un hombre condenado por cohecho á una multa de 12,000 escudos, que se habia escapado; pide al rey que le absuelva, y el conde gana así de 40 á 50,000 libras; otro saca 30,000 libras anuales de un impuesto sobre las plazas de mercado; otro, 20,000 libras anuales de un derecho so-

das sus guerras se reducian entonces á las cuestiones de etiqueta pueril, que Luis gustaba mucho de ver cumplida minuciosamente, para afirmarse mas en el desden con que miraba á sus cortesanos; la nobleza se disputaba la entrada al cuarto del príncipe, el honor de ser admitida en sus coches, y el de sentarse en su presencia; solicitaba con ardor todas las dignidades domésticas, y teníase por dichosa en sostener la palmatoria ó el abrigo del rey. La guerra era el único campo que se habia dejado á su actividad; pero aun aquí se arruinaba; aun aquí encontraba la antigüedad de raza subordinada á la antigüedad de servicios; aun aquí Louvois la sujetaba á prestar obediencia á los plebeyos que habian ascendido á generales; «y veíase morir en empleos ó grados inferiores, dice Saint-Simon, á señores de primer rango, cuyo genio superior sostendria con gloria la carga de los mayores negocios en guerra y en paz, si la cuna y el mérito, en especial cuando un corazon elevado que no sabe abrirse un camino sobre bajezas y que solo ama la verdad, no fuesen motivos sobrados para excluirlos de aquellos destinos (1).» No era lo que mas cuidado inspiraba al gobierno el apaciguar las rebeliones de la nobleza, sino el darle ocupacion y rentas, especialmente á la nobleza de provincias, indigente y ociosa, la amontonaba, por decirlo así, en los empleos del ejército; para ella habia hecho construir los Inválidos; fundó las escuelas de cadetes para sus hijos y la casa de Saint-Cyr para sus hijas; para ella en fin creó el orden de san Luis. No era esta la época en que el rey se gloriaba de ser el primer hidalgo de la nacion; entre la familia real y las familias de los señores mediaba una distancia insuperable. Luis no habria permitido un enlace entre príncipes de su sangre y las hijas de sus gentiles hombres (2); y dió á conocer la idea que él se formaba de su naturaleza privilegiada y casi sobre humana en sus escandalosos amores, y el modo con que trataba á sus hijos naturales.

El rey, buen mozo y poderoso como era, se casó con una madre coches públicos, etc. (Véanse Dageau, Saint-Simon, Cartas de Mad. de Maintenon, etc.—(1) Saint-Simon, t. IV, p. 460.—(2) Bien lo dió á conocer, cuando la señorita de Montpensier, la heroína del combate del arrabal de San Antonio, quiso casarse con un simple hidalgo, el conde de Lauzun; opúsose á este casamiento, é hizo encerrar á Lauzun; por espacio de dos años en Pignerol. Despues de esto, permitió que se casasen en sigilo, con condicion de que la señorita de Montpensier cediese á uno de los bastardos reales la mitad de sus bienes.

jer casi idiota, despues de haber pasado una juventud muy desordenada, y seria muy prolijo enumerar las señoras de alto rango que se felicitaron de sus pasajeras caricias. Su primera union clandestina la tuvo con una jóven hermosa, tierna y tímida llamada Luisa de la Valliere, que se dejó seducir mas por la hermosura del jóven que por el esplendor de la dignidad real, y de ella tuvo dos hijos. Esta es la única dama del rey, que hay dejado vivos recuerdos, porque fué sincera en su falta como en su arrepentimiento. Abandonada de su amante, retiróse (1670) á un convento de Carmelitas, y allí vivió treinta años en la penitencia mas austera. A este primer escándalo, que la corta edad del rey podía hacer excusable, siguióle otro mayor; á la apacible la Valliere sucedióle la orgullosa Athenais de Mortemart, perteneciente á una de las primeras familias del Poitou, y casada con el marqués de Montespan: por espacio de catorce años, y viviendo su esposo, á quien hizo confinar en sus tierras, fué la dama declarada del rey, que tuvo de ella ocho hijos. Luis tuvo la osadía de hacer declarar legítimos, contra toda ley, á esos hijos doblemente ilegítimos, de enlazarlos con su propia familia, y de otorgarles en fin los derechos de sucesion al trono, á falta de línea legítima (1).

§. III.—*Situacion del clero.—Relajacion moral de los jesuitas.—Origen, progreso y prohibicion del jansenismo.—Cuestion de las regalias.—Declaracion de 1682.*—El clero no desplegó un gran teson evangélico para contener esos escándalos; como el resto de la nacion, se prosternaba ante el rey que dominaba completamente á la Iglesia y al estado; era cortesano, solicitaba honores, asistia á las fiestas de la corte, y se hacia impopular por su servilismo. Sin embargo, como desde que habian terminado las

(1) De los diez hijos naturales del rey solo vivieron cinco. Una hija de la señora de la Valliere casó con el príncipe de Conti; la hija mayor de la señora de Montespan casó con el duque de Borbon; su hija segunda con el duque de Chartres, que fué regente en la época de Luis XV. Sus dos hijos fueron el duque de Maine y el conde de Totosa.—«El rey nunca hubiera pensado en ennóblecer tanto á esos bastardos, á no ser la premura con que ambos príncipes de Condé habian manifestado sus deseos de unirse con él por semejantes enlaces. ... Condé creyó borrar de esta manera la impresion que el recuerdo del pasado habria dejado en el espíritu del rey; su hijo manifestó el celo y la bajeza de un cortesano, que quiere hacer su fortuna.» (Mem. de Caylus, p. 433.)

guerras civiles habia reformado severamente su disciplina, como era morigerado, virtuoso, instruido, y cumplía sus deberes, y finalmente como en su clase contaba con hombres tan eminentes como Bossuet y Fenelon, ejercía una influencia muy grande, y fué para la monarquía una fuerte columna del gobierno.

La oposicion se habia atrincherado en la controversia religiosa. Esa necesidad de libertad, que agita perpétuamente al espíritu humano se habia guarecido, despues de las turbulencias políticas, en la cuestion que tanto ruido habia ocasionado en las escuelas de Grecia, cuestion que Pelagio habia dado á luz en el siglo cuarto, que habia abordado despues las doctrinas luteranas, en una palabra, la cuestion de la gracia y libre albedrío; punto sobremanera sutil y ocioso en su forma, pero que entrañaba los mas profundos misterios de nuestra naturaleza. este inmenso deseo de felicidad y de perfeccion que sentimos ante el abismo de bajezas y de miserias que nos confunden. Esta cuestion resucitada bajo los títulos de *jansenismo* y *molinismo*, preocupó á los hombres pensadores por espacio de mas de un siglo; produjo un sinnúmero de obras, de turbaciones ocultas y de mezquinas persecuciones; dió á Luis XIV tanto que pensar como sus guerras y tratados; y tuvo en fin una influencia muy grande, aunque misteriosa y poco conocida, en la caida de la monarquía.

Los jesuitas dominaban la iglesia de Francia; pero se habian olvidado de los fundamentos de su instituto, de su principio de absoluta obediencia, de su adhesion á la Santa Sede, de su amor á la pobreza; se habian hecho los mas celosos auxiliares del poder real, aunque fuese oponiéndose á Roma, contra la que parecian haber roto todo lazo de dependencia; en sus colegios y misiones dominaba el espíritu mercantil; en sus provincias habian establecido casas de banco y manufacturas; se mezclaban en todos los negocios del mundo, y desplegaban en ellos sus intrigas y escandalosos fraudes; en una palabra. habian hecho en las doctrinas evangélicas la tentativa mas extraordinaria la menos cristiana y la mas favorable á su ambicion. Ninguna orden se habia hecho mas recomendable por la regularidad de sus costumbres y la severidad de su régimen, y sin embargo, á consecuencia de sus ideas de un cristianismo sociable, fácil y universal, á

consecuencia de su aspiracion á hacerse indispensables, aplicaron á la moral la sutileza escolástica, y quisieron rehabilitar la carne á expensas del espíritu, dobligar la ley espiritual á las exigencias del mundo, acomodar los deberes y las abnegaciones del catolicismo á las pasiones de la vida, á los placeres y negocios de la sociedad, y quisieron finalmente materializar la religion. La base de ese sistema sin ular de indulgencia era la confianza en la infinita bondad de Dios; decian ellos, «que la devocion es fácil, que la virtud no era cosa fastidiosa, y que se hermanaba con las diversiones y juegos que son la alegría de la vida, no gustaban de esos melancólicos y tristes, insensibles á la vida; á la gloria, al honor y á los placeres, queriéndolos dotados de un carácter blando y amable, de un temple benigno y jovial.» Con semejantes ideas, venia á ser inútil para la salvacion todo lo que los santos Padres habian inculcado, austeridades, soledad y martirio. Sus doctores, que eran por consiguiente hombres piadosos y sencillos, se empeñaron en ese sistema hasta el punto de emitir ideas que se rozaban con la inmoralidad; encontraron perdon para toda clase de pecados, condescendieron con el lujo, con los desaffos, con adulterios y falsos juramentos; y en una palabra, en sus manos se disipó la moral evangélica.

Contra esas doctrinas subversivas de la fe cristiana estalló una reaccion. Dos hombres piadosos y graves, Jansenio, obispo de Ipres, y Duvergier, abate de Saint-Cyran, habian concebido nuevas ideas sobre la gracia: el primero las expuso en una obra (1635) llena de una conviccion austera y de una ortodoxia rigurosa, que contrastaban con la relajada moral de los jesuitas; el segundo las predicó é inculcó: humillarse, sufrir y resignarse á la voluntad de Dios, hé aquí en que consiste la vida cristiana, decia él; y recogió numerosos discípulos entre los hombres disgustados del mundo, entre magistrados amamantados con las ideas de austeridad y libertad antiguas, y finalmente entre los filósofos de primer órden, como Arnolfo, Nicole, Pascal, etc.

Los *jansenistas*, especie de puritanos del catolicismo, tomaban la gracia en sentido calvinista: hacian de Dios un amo inflexible, del hombre un esclavo; predicaban la oposicion á los sentidos y á la materia; pronunciábanse contra la devocion cómoda, y en especial contra la frecuencia de la comunion. Su espiritua-

lismo rígido, bueno para algunas almas de las mas purificadas, hacia la religion inaccesible al comun de los hombres. El centro del jansenismo fué Port-Royal, convento de religiosas á tres leguas de Versalles, cerca del cual se habia establecido una casa donde se habian retirado algunos sacerdotes, magistrados y sábios, para vivir allí en comun dedicados á la piedad y al estudio. Esta casa, especie de convento libre que era á un tiempo un claustro y un colegio, vino á ser un foco de luz para la Francia; ejerció una especial influencia en su literatura; y de allí salieron obras muy notables de dialéctica y de filología, y espíritus del temple del de Pascal y de Racine.

La aparicion de esa secta dió al gobierno bastante que pensar. Richelieu la persiguió creyendo encontrar en ella un calvinismo templado, y viendo militar en la misma á la mayor parte de sus enemigos. Pero muerto él, la secta desarrollóse sobremañera: unióse íntimamente al parlamento, tomó una parte muy activa en las turbulencias de la Fronda, y proporcionó al cardenal de Retz sus mas celosos auxiliares: «véfase, dice Omer Talon, que los que participaban de esta opinion, no gustaban del gobierno.» El jansenismo, por sus doctrinas opuestas á la autoridad y el apoyo que encontraba en el parlamento, podia llegar á figurar como partido político, y tomar una posicion parecida á la del calvinismo: la disputa que empezaba á levantar, era la de los gomaristas y arminianos que tan sangrientos motines habia producido en Holanda; en fin, desde la caida de la Fronda, Port-Royal habia sido el refugio de los descontentos, y en especial de la duquesa de Longueville. Mazarino resolvió pues acabar con esa secta.

Los jesuitas que en la cuestion de la gracia adoptaban la opinion de uno de sus doctores, Molina, habian empeñado ya una viva controversia con los jansenistas, y habian hecho condenar por la Sorbona cinco proposiciones sacadas, sino textualmente, á lo menos en su sentido general, del libro de Jansenio. Mazarino presentó estas cinco proposiciones al tribunal de San Pedro, y obtuvo de Inocencio X una bula de excomunion (1653), que fué aceptada por la asamblea del clero. Entónces se exigió de todos los sacerdotes y religiosos que firmasen una fórmula en la que se condenaban dichas cinco proposiciones. Los religiosos

y solitarios de Port-Royal se negaron á firmar la fórmula, diciendo que las proposiciones no estaban sacadas textualmente de Jansenio. El papa declaró, que siendo este el sentido, en el que las habia entendido Jansenio, era tambien el sentido bajo el que las condenaba. Los jansenistas pretendieron que semejante declaracion no caia ya bajo la infalibilidad del papa; de ahí tomaron ocasion de atacar la autoridad pontificia y las doctrinas ultramontanas de los jesuitas; invocaron las libertades de la iglesia anglicana, y buscaron medios de ganar en su favor al poder, predicando la absoluta separacion de la autoridad eclesiástica y de la autoridad civil. El jansenismo, con sus doctrinas sobre la gracia, con su oposicion á la corte de Roma, y su antipatía á la comunión, vino á ser una especie de luteranismo bastardo, la reforma sin el libre exámen. «Esos sectarios, decian los calvinistas, encuentran muchas dificultades para demostrar que no son protestantes.» Y la escuela de Port-Royal fué públicamente acusada por sus adversarios de alimentar un socianismo secreto, y «de ocultar en su seno terribles mónstruos.» Comenzó la persecucion, y los jesuitas desplegaron en ella todas sus fuerzas. Entonces Pascal publicó (1654) sus *Curfas provinciales*, en las que refuta las doctrinas de la relajada moral de los jesuitas con tanto númen, con tanta malicia, con un estilo tan vigoroso, tan flexible, tan seductor, que la órden aquella no se ha rehecho todavía de ese ataque, por mas injusto y apasionado que fuese. Clemente IX sofocó la disputa (1669) contentándose con una fórmula en la que los jansenistas condenaban las cinco proposiciones, pero sin espresar que fuesen sacadas del libro de Jansenio. La secta protegida por el ministro Pomponne, sobrino del grande Arnoldo, tolerada por la corte de Roma, secundada por muchos grandes señores, tomó entonces nueva importancia: y la iglesia de Francia se encontró dividida en dos partidos: los jansenistas que venian á ser una especie de estoicos del cristianismo, sábios y virtuosos, pero que tenian algo seco, rígido, egoísta y de estacionario, y los jesuitas, especie de epicúreos, que á pesar de sus errores y de su ambicion, tenian ideas menos limitadas, mas sociales y progresivas. Luis XIV no vaciló entre ambos partidos. En los jesuitas encontraba unos auxiliares celosos del poder ab-

soluto, y unos doctores condescendientes con sus escándalos; y á los jansensitas los miraba como á enemigos de la unidad, protestantes ocultos, y restos de la Fronda; «creia ver en esa secta, en el carácter y la conducta de sus principales jefes, una tendencia al presbiterianismo, y estaba convencido de que se habrian manifestado tan turbulentos y republicanos como los calvinistas, si hubiesen tenido igual energía.»

Persiguiendo á los adversarios de la autoridad pontificia, Luis queria conservar la unidad religiosa, pero no en interés de la Santa Sede, sino del poder real. Ningun rey habia tenido el clero tan adicto, ninguno habia explotado tan latamente el concordato, y secularizado con mayor destreza los bienes eclesiásticos. La colacion de los beneficios habia venido á ser para él un medio de restablecer las familias arruinadas, y de recompensar los servicios militares. Confiscaba los bienes eclesiásticos, cargaba pensiones militares á cuenta de los beneficios de iglesia, daba las abadías en encomienda á sus cortesanos, hacia juzgar los clérigos por los tribunales civiles, á ningun eclesiástico admitia en sus consejos, y no consultaba cosa alguna con la corte de Roma. El pontificado habia perdido toda influencia política: administraba pacíficamente sus estados, buscando medios de influir en todos los soberanos, ocupándose en intrigas mezquinas, y olvidada de sus grandes ideas de restauracion católica; la Santa Sede, que por espacio de ocho siglos habia mediado en todos los tratados, ya no habia sido consultada siquiera para la paz de los Pirineos, para la de Aquisgran, ni para la de Nimega. Todos los gobiernos europeos tomaban para con ella una posicion del todo independiente, aun en el órden de intereses eclesiásticos, y Luis llevó esta posicion hasta el punto de amenazar á Roma con una completa separacion.

Desde Carlos V, y en especial desde Francisco I, los reyes gozaban el derecho de percibir los réditos de los beneficios vacantes, derecho llamado de *regalia*, que no se practicaba sino en las provincias del antiguo reino de Francia. Luis XIV quiso extender ese derecho á todas las iglesias de los países agregados á la corona desde cuatro siglos atrás, y en especial á las del mediodía; por consiguiente declaró (1673) que, «á mas de estar consagrada por el derecho y la costumbre, le pertenecia general-

mente la regalía en todos los obispados del reino.» Los obispos de Pamiers y de Alais, que eran jansenistas, fueron los que únicamente se opusieron á este edicto, y apelaron de él á la Santa Sede. Reinaba entonces Inocencio XI, pontífice virtuoso, pero porfiado y adicto á la casa de Austria: no vaciló pues en declararse á favor de los dos prelados. El rey convocó una asamblea general del clero (1682), sobre la que dominaron enteramente la ciencia y la elocuencia de Bossuet, prelado que se aproximaba á los jansenistas por su rígida moral, y á los jesuitas por su sumision á la autoridad real. Este concilio, al cual asistieron treinta y cinco obispos y otros tantos sacerdotes, concedió sin réplica la regalía al rey. El papa condenó esta decision. Entonces la asamblea, inspirada por Bossuet y dócil á la voluntad real, tomó la ofensiva, y dió una famosa declaracion, en la que la iglesia de Francia decretaba: 1.º que los soberanos no están sujetos á ningun poder eclesiástico en las cosas temporales; que no pueden ser depuestos, ni sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad; 2.º que el concilio general es superior al papa; 3.º que la autoridad del papa está regulada por los cánones de los concilios, y no puede formular decision alguna contra las reglas y constituciones admitidas en la iglesia galicana; 4.º que las decisiones del papa pueden ser reformadas por el consentimiento universal de la Iglesia (1).

Esta nueva pragmática, que volvia á establecer los principios del concilio de Constanza y destruía los del concilio de Trento, era un acto inspirado por el espíritu jansenista y parlamentario; trastornada la gerarquía católica, hacia la disciplina eclesiástica dependiente del gobierno, y constituía á la Francia en una ortodoxia real, en la que las libertades de la iglesia galicana no eran otra cosa que la absoluta sumision del clero á la autoridad del rey. Publicáronse dichos cuatro artículos como ley del reino; todos los parlamentos los registraron; obligóse á todas las facultades de teología á enseñarlos como artículos de fe, y ningun sacerdote pudo obtener beneficio alguno sin declarar antes su adhesion á dichos artículos. Inocencio XI los condenó.

(1) Bossuet propuso en esta asamblea la condenacion de las doctrinas de la relajada moral de los jesuitas; pero el rey, incitado por su confesor, el padre la Chaise, disolvió bruscamente la asamblea.

En seguida declaróse una escision entre la Francia y la Santa Sede. El papa negóse á dar las bulas á los obispos nombrados por el rey, y en pocos años treinta diócesis se encontraron sin pastores. Luis apeló ante el concilio general. La irritacion llegó á su colmo; parecia haberse declarado un verdadero cisma; y tratóse de establecer un patriarca en Francia, de abolir el concordato, y de separarse enteramente de la Iglesia romana. El papa permaneció inflexible, y otra discusion, si bien menos importante que la primera, vino aun á empeorar la situacion.

Los embajadores en Roma poseian en esta ciudad un derecho de franquicia, por el cual ni su casa ni el barrio en que vivian, estaban sujetos á ser inspeccionados por la policia; privilegio que convertia estos cuarteles en refugio de todos los criminales. Inocencio XI quiso abolir este abuso; todos los soberanos consintieron en ello, á excepcion de Luis, que contestó á la demanda del papa: «Nunca me he regido por el ejemplo de otro, al contrario, Dios me ha establecido para servir de ejemplo á los demás.» Y mandó ochocientos hombres á su embajador (1687) para conservarle por la fuerza en posesion de ese odioso privilegio. El papa excomulgó al embajador. El rey hizo ocupar á Aviñon, y detuvo al nuncio cautivo en París. Entonces Inocencio buscó un apoyo en la casa de Austria y aun en Guillermo de Orange, y fué uno de los principales motores de la coalicion que se formaba entonces contra la Francia.

§. IV.—*Orgullo y usurpacion de Luis XIV.—Toma de Estrasburgo, de Casal, etc.—Los turcos delante de Viena.—Tregua de Ratisbona.*—La grandeza de Francia, en la época del tratado de Nimega, era mas deslumbradora, pero menos sólida que en la época del tratado de Aquisgran. Ya no era la admiracion sino el miedo lo que contenia á sus enemigos. Los vencidos estaban llenos de resentimiento, y los franceses no habian recuperado un solo aliado; la Inglaterra se habia separado para siempre de ellos; la Suecia ya no debia combatir mas á su lado; la Alemania volvía contra la casa de Borbon todo el odio que hasta entonces habia vomitado contra la casa de Austria; y en fin Luis iba á encontrar segunda vez en todas partes á esos republicanos de Holanda que habia intentado destruir, y que en adelante debian ser sus enemigos implacables, la union de Inglaterra y de

[Alemania y el alma de todas las coaliciones. Desde esta posición admirable en la que, fiel á la unidad religiosa, la Francia estaba á cubierto de la dominación ultramontana, en la que, hija primogénita de la Iglesia, favorecía á los protestantes para arruinar la casa de Austria, en la que privaba á la reforma de establecerse en su territorio y proclamaba por todas partes la libertad del pensamiento; desde esta posición única en la que daba la señal de la guerra de treinta años, y hacia prevalecer en Munster sus principios de tolerancia y de federación europea, había venido á dejar de ser la aliada protectora del catolicismo, perdidas sus alianzas protestantes y sin otra liga católica que la de los Estuardos, destinados á ser víctimas de esta política retrógrada y antieuropea. La funesta guerra de Holanda había ocasionado este gran cambio de posición y de fortuna. Este fué el escollo de todo el reinado de Luis XIV, no solo porque le hizo prescindir de los verdaderos intereses nacionales y le indispuso con la Europa entera, sino porque le hizo imaginar que podía conquistar gloria y engrandecimiento en una guerra injusta, porque le dió una idea exagerada de los recursos de su nación, porque en fin le inspiró mas que nunca la política de pasión en lugar de la política de intereses. Así como había querido vengarse de la Holanda, tenía que vengarse ahora de la Alemania; y así como había intentado restablecer el catolicismo en las Provincias Unidas, iba á probar de restablecerlo en Inglaterra. En lugar de entrar en las sendas de progresos interiores, no pensó sino en la guerra; en lugar de restablecer la hacienda, no pensó sino en nuevas conquistas, y en vez de mantener por medio de la moderación esta superioridad que la Francia debía menos á sus armas que á su civilización, no desplegó mas que orgullo y altivez en sus relaciones diplomáticas: mandó, amenazó, castigó; ante su voluntad desapareció el derecho, y quiso imponer la ley á los extranjeros como á sus vasallos.]

Los tratados de Westfalia, de Aquisgran y de Nimega habían estipulado que las ciudades dadas á la Francia se le cedían «con sus dependencias.» Esta palabra era vaga, y era tan complejo todo en el régimen feudal, que, bajo el nombre de dependencias, podíanse pretender hasta provincias enteras. En los parlamentos de Metz, de Brisach y Besanzon Luis creó unas cá-

maras, llamadas de reunion, encargadas de averiguar las tierras y feudos que habian dependido de los Tres obispados, de las ciudades de Alsacia ó del Franco Condado, á fin de reunir las á la corona (1679). Esas cámaras adjudicaron á la Francia Saarbruck, Saarverden, Falkenberg, Germersheim, pertenecientes al elector de Treveris; Weldentz, perteneciente al elector palatino; Deux-Ponts, perteneciente al rey de Suecia; Lauterburgo, al obispo de Spira; Montbeliard, al duque de Wurtemberg, etc. Mandáronse tropas á todos esos puntos, y los ocuparon sin resistencia. En vano la dieta de Ratisbona dirigió algunas representaciones: Luis no dió otra contestacion que la de reunir secretamente veinte mil hombres en Alsacia, los cuales atacaron á Estrásburgo y sometieron esta ciudad á reconocer por su señor al rey de Francia, en virtud de un decreto del parlamento de Brisach que le adjudicaba toda la Alsacia en plena soberanía. Era imposible resistir; los magistrados se dejaron seducir ó atemorizar, y la ciudad que, en la última guerra, habia sido tantas veces una puerta abierta para los enemigos de la Francia, capituló bajo condicion de que conservaria sus franquicias, sus magistrados, sus rentas y el ejercicio de la religion luterana (30 de setiembre). Luis hizo allí su entrada triunfal (8 de octubre), y Vauban dió comienzo á los trabajos inmensos que debian convertir aquella plaza en el baluarte de la Francia.

En el mismo dia de la toma de Strasburgo, salió de Pignerol un cuerpo de tropas, y habiendo atravesado el Piamonte, ocupaba á Casal, plaza que el duque de Mantua habia vendido al rey de Francia. En fin, bajo pretexto de obligar al rey de España á ceder Alost, que habia sido olvidada, segun decian, en el último tratado, un ejército fué á atacar á Luxemburgo.

«Desde Carlomagno no se habia visto á príncipe alguno portarse así como señor y juez de los soberanos, y conquistar países sin mas razon que un decreto.» La Alemania entera se indignó de estas usurpaciones hechas en plena paz y con semejante seguridad. El príncipe de Orange reanimó contra Luis XIV los odios apenas adormecidos, y llegó á concluir una alianza entre las Provincias Unidas y la Suecia para el mantenimiento del tratado de Nimega, alianza á la cual accedieron el emperador y el rey de España (30 de setiembre de 1681). Pero, á pesar de las ins-

tancias y manejos de Guillermo, ninguna de esas potencias se atrevió á manifestar intenciones de guerra, la España se encontraba sin recursos, el emperador se veía atacado por los turcos y por los húngaros, las Provincias Unidas estaban rehaciéndose de los desastres de la última guerra, y rehusaban servir de instrumento á la ambición de su statuder; en fin la posición militar de Francia era tan formidable, que no se podía empeñar una guerra contra ella, sino con una coalición universal. Ciento cincuenta mil hombres, bien dirigidos y disciplinados, se habían ejercitado continuamente en simulacros; las plazas conquistadas desde veinte años atrás estaban fortificadas por métodos nuevos que burlaban los conocimientos de los ingenieros extranjeros, y trasformaban la Francia en un «vasto campo guarnecido por veinte millones de hombres.» Vauban hacia de Lila, Metz y Estrasburgo, los tres centros de defensa del reino; levantaba á Huninga para hacer respetar á Basilea, y cerrar la entrada en el reino por la abertura de Belfort, á Landau para inutilizar á Filipsburgo é impedir la entrada en la Alsacia por el norte, á Falsburgo para cerrar los desfiladeros de los Vosgos, á Saars para cubrir el espacio entre los Vosgos y el Mosella, plazas muy bien escogidas, que las mas han sido tomadas ó demolidas por los enemigos de la Francia en el gran desastre de 1815 (1). En fin la marina, gracias á los desvelos de Colbert, habia llegado á ser la mas formidable de Europa: en 1683 contaba 32 buques de 60 á 120 cañones, 64 de 40 á 60, 90 barcos menores, y 70 en construcción; total 7623 cañones.

Los enemigos de Luis XIV presenciaron pues sus usurpaciones sin atreverse á pronunciar la menor queja: por otra parte, hácia esta época los turcos habían corrido á socorrer á los húngaros revolucionados y 200,000 bárbaros acaudillados por el gran visir Kara-Mustafá, amenazaban á Viena (junio de 1683). Decíase que obraban de acuerdo con Luis para conquistar y desmembrar la Alemania, y veíase con terror al ejército francés que, desde Estrasburgo, se disponía á atravesar el Rhin. El emperador abandonó su capital y solicitó auxilios de todos los cristianos, y el papa apeló á la piedad del rey de Francia. Este veía con complacencia las victorias de los turcos: contentóse con levan-

(1) Véase la *Geografía militar* de T. Lavallée, p. 207 de la 3.ª edición.

tar el sitio de Luxemburgo para que el rey de España pudiese socorrer á los imperiales, é intrigó en toda la Europa escandalizada para que los príncipes cristianos se mantuviesen quietos; contaba que así la Alemania consternada imploraria su protección, y queria hacérsela pagar con el reconocimiento de sus usurpaciones y la eleccion de su hijo por rey de romanos. Esta ambiciosa aspiracion, que le habria dado en cierta manera la monarquía universal, á la que se le acusaba de aspirar, se estrelló en el caballeresco proceder de Juan Sobieski, rey de Polonia. Luis tuvo buen cuidado de asegurarle de los proyectos de los turcos, de hacerle ver sus verdaderos enemigos en el Austria, en el Brandeburgo, y esta potencia del norte que las gacetas holandesas comenzaban á llamar *Su Majestad rusa*. Sobieski voló á libertar á Viena con veinte mil caballos, atacó á los turcos y los venció (12 de setiembre). Kara-Mustafá, cuya ineptitud habia sido causa de su derrota, abandonó su campo, su artillería y sus riquezas, y se retiró á Hungría. La Alemania se salvó, y formóse entonces contra la Turquía una santa alianza entre el Austria, los venecianos, los polacos y los rusos, alianza que debia abrir la primera brecha en el imperio otomano.

Fracasados sus proyectos, Luis emprendió segunda vez las hostilidades contra España: cuarenta mil hombres invadieron la Bélgica y la saquearon. Carlos II le declaró la guerra (26 de octubre); pero, sin dinero ni ejército, no pudo auxiliar á los Países Bajos; ni obtuvo el menor socorro de sus aliados. Courtrai y Dixmude fueron tomadas, Oudenarde fué bombardeada, y Luxemburgo atacada por Crequy con treinta mil hombres, en tanto que el rey cubria el sitio con cuarenta mil. La ciudad se rindió (4 de junio de 1684). Entonces, habiendo ofrecido su mediacion las Provincias Unidas, firmóse en Ratisbona una tregua de veinte años entre el rey de Francia, el emperador, el imperio y el rey de España, por la cual se cedieron al primero Luxemburgo, Chimay, Bouvines, y se le conservó en la posesion provisional de sus derechos de soberanía sobre Estrasburgo y demás poblaciones reunidas (15 de agosto de 1684).

§. V.—*Muerte de Colbert.*—*Expediciones contra los berberiscos.*—*Bombardeo de Génova.*—Luis XIV no aceptó esta tregua, sino en atencion al mal estado de la hacienda desde la muerte de

Colbert. Colbert habia muerto el año anterior (6 de setiembre de 1683), devorado por mil cuidados y gastado por el trabajo: desamparado del rey á quien importunaban sus censuras y detestado del pueblo que quiso ultrajar su cadáver. Con él acabó ese período de sesenta años, único en nuestra historia; período de grandeza sin interrupcion, con dos ó tres ministros que se legaron sucesivamente el poder, y que lo ejercieron con caracteres y medios muy diferentes, Richelieu, Mazarino, Colbert. Seignelay, hijo de Colbert, encargóse del ministerio de marina, Lelapelier del de hacienda, Louvois del de artes y del interior. Este último fué desde entonces el que dominaba exclusivamente en el espíritu del rey; y vamos á ver como sus consejos hacen cometer á Luis XIV las faltas enormes que causaron los desastres de su reinado.

La primera de esas faltas fué la tregua de Ratisbona. Los enemigos del rey no la habian pedido sino para tener tiempo de renovar la coalicion, é impedir que la Francia tomase parte en la guerra contra los turcos. Luis la miró como un paso dirigido hácia la paz general; y, lleno de confianza en el terror que él inspiraba, «aprovechóse de ella, pero no para disminuir sus gastos, sino para sacar de sus pueblos cuanto podia sacar, para invertirlos en edificios tan mal concebidos como poco útiles al público (1).» Treinta y cinco mil trabajadores se ocupaban en acabar el edificio de Versailles; parte del ejército fué ocupado en dar nueva direccion al Eure, haciéndole venir hácia este lugar árido donde escaseaba el agua, á pesar de sus sesenta leguas de acueducto; la tercera parte de estos soldados perecieron en semejantes trabajos mal dirigidos, y que fué preciso abandonar. En fin, en lugar de inquietarse por la guerra de la santa alianza contra los turcos, guerra en que estos eran continuamente derrotados, contribuyó á la decadencia del imperio otomano con sus expediciones fastuosas contra los berberiscos.

A pesar de las capitulaciones de 1673, y de las órdenes del sultan, los piratas de Africa habian comenzado de nuevo sus desmanes, y la mitad de la marina francesa estaba ocupada casi continuamente en reprimirlos. Al fin Duquesne dirigió contra Argel una armada compuesta de diez y seis navíos, quince

(1) La Fare, p. 235.

galeras y cinco galeotes con bomba que acababa de inventar Renau de Elizagaray ó el Petit-Renau : bombardeóla (1682) por espacio de muchos dias , y vióse obligado á retirarse por el mal tiempo. Pero volvió allí de nuevo al año siguiente , bombardeó otra vez la ciudad por espacio de dos meses, y la destruyó casi completamente. Los habitantes asustados solicitaron la paz. Duquesne desechó todas sus proposiciones hasta que hubiesen dado libertad á todos los cristianos cautivos, y pagado los gastos de la guerra. Entonces una embajada compuesta de los principales señores de Argel, dirigióse hácia Versailles para excitar la compasion de Luis XIV, y jurarle respetar en adelante las capitulaciones del sultan (1684). Trípoli tuvo la misma suerte que Argel ; Duquesne lanzó sobre ella cinco mil bombas. Tunez se apresuró á pedir la paz, y fué fiel á ella. Una escuadra mandada por Chateau-Renaud bloqueó los puertos de Marruecos, y causó tales pérdidas en su marina, que el sultan envió una embajada á Luis catorce para solicitar un tratado de alianza y de comercio.

Estas expediciones, aunque tenían el inconveniente de amenegar las relaciones con la Puerta , llevaban un objeto político muy notable , cual era el de dar á la Francia el imperio del Mediterráneo. Este objeto , que no podia alcanzarse sino arruinando la marina española y la de sus aliados, hizo pasar á Luis XIV del bombardeo de una ciudad bárbara al bombardeo de una ciudad cristiana.

La república de Génova habia renunciado en el levante á la bandera francesa, bajo la cual habia siempre navegado ; habia usurpado los derechos de nuestros comerciantes ; habia proporcionado municiones á Argel y á los buques de España ; y en todo se manifestaba hostil á los intereses de Francia y adicta á sus enemigos. Luis XIV le hizo ofrecer el olvido de todos estos insultos con tal que se acogiese bajo su proteccion. Rehusáronlo los genoveses, se colocaron bajo el protectorado del rey de España, y recibieron una guarnicion española : «La adquisicion de Génova, decíase en la corte de Madrid , compensa sobremanera la pérdida de Luxemburgo.» «Tuviéronse pruebas convincentes, y aun por escrito, que los genoveses habian proyectado, en union con la corte de España , incendiar galeras y navíos franceses en los puertos de Marsella y de Tolon , contra todas las leyes de la

guerra.» Entonces Luis mandó contra los genoveses una armada de catorce navíos, veinte galeras, diez galeotes de bomba etc. mandada por Seignelay y Duquesne. La poblacion bombardeada por espacio de ocho dias quedó medio destruida (19 á 27 de mayo de 1684). Los genoveses reiteraron su alianza con la España; y un nuevo bombardeo iba á castigar su resistencia, cuando, á instancias del papa, pidieron la paz. Luis exigió que la república despidiese á los españoles, renunciase á su alianza, desarmase sus buques, y que el dux fuese á Versalles á implorar clemencia. Los genoveses accedieron á estas humillantes condiciones (5 de febrero de 1685), sin que la España ni los demás estados de Europa hiciesen el menor movimiento en su favor.

Entonces la bandera francesa dominó enteramente en el Mediterráneo. El rey mandó que sus buques recorriesen el mar, que buscasen por todas partes á la armada española, y que le exigiesen el saludo, aunque fuese á viva fuerza. Esto dió ocasion á un brillante combate, en que Tourville, con tres fragatas pequeñas, obligó al almirante Papachin, que se habia negado á saludar, á reconocer su pabellon (1685).

Todas esas empresas irritaron profundamente á los enemigos de Francia: en todas las cortes de Europa no se hablaba de otra cosa que del orgullo de Luis XIV, del arrogante rigor con que trataba á los estados pequeños, y de sus proyectos de dominio universal: buscábase ocasion de oponerse á sus designios por medio de una nueva coalicion, y creyóse haberlo encontrado ya, cuando Luis cometió la falta mayor de todo su reinado, revocando el edicto de Nantes.

§. VI.—*Mad. de Maintenon.—Situacion de los protestantes.—Revocacion del edicto de Nantes.*—En esta época el amante de Mad. de Montespan habíase olvidado de su vida de placeres escandalosos, de amores adúlteros, y fiestas mitológicas; vivia seria y aun tristemente encerrado en el desempeño de las obligaciones del trono, ocupado únicamente en los negocios, y entregado á las minuciosas prácticas de una devocion mas sincera que brillante. Esta mudanza debíase á una mujer extraordinaria (1), cu-

(1) Fiado en las relaciones de Saint-Simon y de los historiadores protestantes, expuse relativamente á Mad. de Maintenon, en las primeras ediciones de la *Historia de los franceses*, una opinion no del todo conforme con la que acabo de emi-

ya influencia y carácter han sido distintamente juzgados, que sin duda disminuyó la grandeza de Luis XIV, rodeóle de personas de mediano talento, y dió á su corte un exterior monacal, pero que no por esto dejó de prestar un verdadero servicio á la Francia, reformando las costumbres de un hombre, cuyos excesos habian sido divinizados, arrancando de una arraigada sensualidad, esperanza de disolutos cortesanos, á un monarca en quien se resumia el estado, «á un príncipe que hacia por sí solo el destino de su siglo (1),» y finalmente enseñándole á sufrir «con igual serenidad y con un valor verdaderamente cristiano» las desgracias que acompañaron el fin de su reinado.

Nieta de Agripa de Aubigne, Mad. de Maintenon, protestante en su infancia y convertida despues al catolicismo, habia tenido una vida muy agitada. Nacida en Niort en 1635, en una cárcel, en la que su padre estaba encerrado por deudas, pasó sus primeros años en América; vino despues á Francia, pobre y huérfana; y á los diez y seis años y á pesar de su encantadora belleza, túvose por dichosa en dar su mano al poeta satírico Scarron que estaba tullido y enfermizo. «Vivió honradamente en compañía de ese desgraciado, imprimiendo con su modestia el mayor respeto á los numerosos compañeros de Scarron (2),» siendo por otra parte secundada semejante conducta por su carácter frio, severo, enemigo de toda galantería, por su singular altivez y por el vivo deseo de adquirirse una gran nombradía de virtud, que fué el móvil de toda su conducta. Habiendo enviudado á los 25 años de edad, y reducida casi á la miseria, vivió sin embargo honradamente, conservando intacta su virtud á pesar de los adoradores que le atraian «sus gracias, su ingenio, sus maneras dulces y respetuosas, y su esmero en hacerse agradable y complacer á todos (3).» «Yo la miraba con el mismo respeto, decía el intendente del Languedoc, Basville, que habria profesado

tir; este cambio de ideas es efecto del profundo estudio que he tenido que hacer de este personaje histórico, para una obra que daré pronto á luz titulada: *Historia de la casa real y de la escuela militar de Saint-Cyr*. Este estudio ha puesto en mis manos las memorias de las damas de Saint-Cyr, las colecciones de cartas de Mad. de Maintenon, y otros documentos inéditos, que contradicen en muchos puntos las opiniones vulgarmente emitidas con relacion al papel histórico de esta célebre mujer.—(1) Cartas de Mad. de Maintenon.—(2) Memorias de las damas de Saint-Cyr.—(3) Saint-Simon, t. I. p. 402.

á la misma reina. A todos nós admiraba, que pudiesen hermanarse tan bien tanta virtud, tanta indignancia y tanto encanto.» Sin embargo iba á verse desterrada de Francia por su miseria, cuando fué elegida (1669) para educar en secreto á los hijos del rey y de Mad. de Montespan. Luis XIV la vió frecuentemente; y cuando estuvo cansado de su dama caprichosa y altanera, él que habia agotado todas sus alegrías, que miraba con un corazón vacío y saciado las beldades de su corte, solicitando una de sus miradas, uno de sus caprichos (1), se dejó seducir por «la compañía deliciosa, por el espíritu amable y maravillosamente recto (2),» por el invariable buen humor y por la exquisita razon de la viuda de Scarron. Esta le indujo á romper con su dama excitando sus remordimientos, hablándole de sus deberes y de su salvacion; le reconcilió con la reina, que hizo de ella su principal amiga, y finalmente, como dice Mad. de Sevigné, «hízole conocer un país enteramente nuevo.» Los cortesanos creyeron que Madama de Maintenon (tomó este nombre de unas tierras que le dió el rey en 1674) iba á ocupar la plaza de Mad. de Montespan, pero ellos no conocian la virtud ni la ambicion de esa mujer cuya máxima era, «que nada es mejor que llevar una conducta irreprochable.» «Los que así hablan, escribia ella misma con orgulloso desden, ni conocen el odio que profeso á esas uniones ilegítimas, ni el odio que quisiera inspirar al rey (3).» Murió la reina en 1683. Entonces llegó á su colmo la influencia de Mad. de Maintenon, y «su destino singular:» habitaba en los aposentos de la reina; en su cuarto celebrábanse los consejos; el rey no podia estar sin ella y la consultaba en todos sus negocios. Pero su conducta fué siempre la misma, es decir, una acertada amalgama de devocion y de coquetería, de excitaciones religiosas y de respetuosa amistad.» El rey me ha dispensado el honor de escribirme muchos billetes muy afectuosos, decia ella á una amiga suya: yo le he contestado con palabras dictadas por la religión... Así le dejo siempre afligido, pero nunca desesperado (4).» Llena de finura y de discrecion, sufrida y resignada, sencilla y

(1) Véase, en la carta de Mad. de Sevigné del 23 de diciembre de 1674, la proposicion que M. de Villarceaux hacia al rey.—(2) Cartas de Mad. de Sevigné, 43 de enero y 20 de febrero de 1672.—(3) Cartas á Mad. de Saint-Gerán de 7 de agosto de 1682.—(4) Cartas á Mad. de Fontenac en 1684.

modesta, unida, tranquila, sosegada con una mente reflexible y perseverante, con el mejor buen sentido y una conducta invariable, fascinaba á Luis, menos por un resto de belleza todavía lleno de gracia y de majestad, que por las indefinibles seducciones de su acento armonioso, por su conversacion grave y seductora, por su piedad ardiente y esclarecida, por la delicadeza de sus consejos, y por los elevados pensamientos que inspiraba, «á este monarca, que Dios, decia ella; en su munificencia nos ha dado (1):» «ella era, segun Fenelon, la sabiduría hablando por boca de las gracias.» Finalmente conservó su imperio sobre él, porque fué siempre una amiga reservada, desinteresada, y que afectaba tener suma aversion á la grandeza y á las distinciones; una auxiliar siempre afectuosa, previsora y diligente; y un confidente dispuesto á todas horas á escucharle, á desvanecer sus ideas tristes, á inspirarle sosiego, á hablarle de su salvacion, y á darle un aviso ó un consuelo sin pretension alguna ni orgullo. Dos años despues de muerta la reina, Luis el Grande casóse secretamente con la viuda de Scarron. Entonces él tenia 48 años y ella 50. Nunca fué publicado este casamiento; pero para nadie fué un misterio; y si bien Mad. de Maintenon no presentó rango alguno, y no pareció mas que una dama de la corte, en particular tuvo todas las prerogativas de reina, y la trataron como á tal los príncipes de la familia real, el papa y los soberanos extranjeros. Desde entonces, permaneciendo oculta, sin distincion ni poder aparentes, tuvo gran parte en el gobierno, pero especialmente en los negocios de la Iglesia y de la conciencia, y en las cosas pertenecientes en particular á la familia real. Luis XIV era demasiado celoso de su autoridad, confiado en sus conocimientos, y orgulloso para encargar á otro los negocios del estado. En los asuntos difíciles tomó consejo de Mad. de Maintenon; pero ni un instante dejó de decidir, de dirigir y de gobernar tan entera y absolutamente como en tiempo de la reina María Teresa. Mad. de Maintenon, entregada á una devocion que rayaba en ascetismo, y *considerando su vileza*, esquivábase de tomar parte en los grandes negocios; y todo el tiempo que podía cercenar á las fastidiosas pompas de la corte, lo pasaba en su querida Saint-Cyr (2),» donde su gloria se ha conservado tan pura

(1) Memorias de las damas de Saint-Cyr.—(2) Id. id.

como completa. Ella no tuvo por consiguiente sino una parte secundaria en las resoluciones y en las faltas políticas de Luis catorce, en sus guerras, en sus tratados y en sus negociaciones; ella tuvo mayor influencia en la elección de los ministros y de los generales: influencia perniciosa, pues Mad. de Maintenon juzgaba de la capacidad por la devoción; tomó una parte muy principal y casi exclusiva en los negocios de la Iglesia, y en ella introdujo un espíritu recto y monacal: en cuanto á la revocación del edicto de Nantes, que los protestantes le han atribuido, no entró su voto para nada (1).

Los reformados, despues de la paz de Alais, privados de organización política, de las ciudades que eran su seguro, y todo lo que hacia de ellos un partido, habian vejetado en la oscuridad, esforzándose para hacerse olvidar, y alejándose con todo esmero de los disturbios civiles. Ni uno solo se habia agitado mientras subsistió la Fronda: «este es el rebaño fiel,» decia Mazarino; testimonio inequívoco de que su papel político habia terminado para siempre. Pero ellos no por eso dejaban de presentar ante el gobierno el carácter de hijos desgraciados, y ante los católicos el de enemigos desdeñosos; perseveraban en su aislamiento, y continuaban su correspondencia con sus amigos de Inglaterra y de Holanda. En todas partes se les veía sumisos, apacibles, laboriosos y dedicados con su bravura y sus trabajos á acrecentar la grandeza y prosperidad de la Francia; y aun podia atribuirseles una buena parte de su gloria, porque contaban entre ellos á Duquesne y á Schomberg, á Bayle y á Huygens, porque las artes útiles les debian sus mayores progresos; pero la nación no dejaba por esto de mirarlos con desconfianza y como á extranjeros: «la Francia sentia en su seno una Holanda, que se gozaba en las victorias de la otra (2).»

Someter los disidentes á la unidad era la inolvidable idea de Luis XIV, la idea que inspiraba toda su política, y el objeto principal de todos sus esfuerzos; esto debia ser «la obra digna y verdaderamente característica de su reinado;» pero no era una

(1) Voltaire escribia en 1752: «¿Por qué decís que Mad. de Maintenon tuvo gran parte en la revocación del edicto de Nantes? Toleró esta persecucion, como toleró la del cardenal de Noailles y la de Racine; mas es indudable que no tomó la menor parte en aquella resolución. (Correspondencia, t. IV, p. 270).»—(2) Michelet, Resúmen de la historia moderna, p. 260.

idea propia, que le hubiesen inspirado en el órden político el orgullo de su autoridad, y en el religioso su devocion y el deseo de expiar los desórdenes de su juventud; era la idea de todo su gobierno, de los magistrados, del clero, y aun del pueblo. Así que la revocacion del edicto de Nantes era reclamada no solo por los consejeros íntimos de Luis XIV, por Louvois, que hacia de ella una cuestion de autoridad, y por Letellier (1) á quien le arrastraba un ciego celo, sino aun por la opinion pública; y recientemente se habian dado demostraciones de ello en la asamblea general del clero, en el parlamento de Tolosa, y en las cartas de los católicos del mediodía, etc. En cuanto á Madama de Maintenon, la deseaba como los demás, creyendo, como todos ellos, que seria un acto muy laudable y de fácil ejecucion (2).

Hasta esta época, solo seducciones se habian empleado especialmente para convertir á los protestantes. Richelieu se habia valido hábilmente de este medio, y Luis XIV siguió con buen éxito su ejemplo: no habia favores, caricias, ni recompensas que no prodigara para reducir á los disidentes. Concedia pensiones á los recién convertidos, eximiales de todo impuesto, y admitiales en los empleos con preferencia á los antiguos católicos. Establecióse para conversiones una caja, cuya direccion corria á cargo de Pelisson, reformado convertido (3); se comerciaba con las conciencias, pagábase muy bien un acto de fe; intendentes, gobernadores, magistrados rivalizaban en celo; con una conversión que se alcanzase, estaba cualquiera seguro de granjearse la voluntad del rey. El episcopado buscó medios con que descartarse de la apariéncia del protestantismo que su declaracion de 1682 le habia dado; la Francia vióse inundada de misiones, de sermones, de libelos y libros dogmáticos; entablóse entre los doctores católicos y los ministros reformistas una controversia muy viva, y Bossuet se consagró especialmente á ella. El pensamiento religioso dominaba al gobierno y á la nacion co-

(1) Canciller desde el año 1673.—(2) En 1681 escribia lo siguiente: «El rey piensa seriamente en la conversion de los herejes, y dentro de breve tiempo no habrá mas que una religion en todo su reino. Tal es la idea de M. de Louvois, en quien creo mucho mas que en M. Colbert que solo piensa en su hacienda, y casi nunca en la religion.—(3) M. Pelisson hace prodigios: M. Bossuet es mas sabio, pero menos persuasivo que aquél. Nunca se hubiera podido esperar que fuesen tan fáciles esas conversiones. (Carta de Mad. de Maintenon del 13 de noviembre de 1683).»

mo en el siglo XVI; y finalmente tuvo el calvinismo pérdidas tales, que Madama de Maintenon decía: «A no tardar será una ridiculez pertenecer á esa religion (1).»

La seduccion y persuasion parecieron á los ministros de Luis XIV medios demasiado lentos; de ahí es que emplearon tambien algunas medidas de rigor: edictos del rey, decretos de los parlamentos y órdenes de los intendentes declaráronse contra sus ceremonias, inquietaron á los obispos y prohibieron los concilios. Quitáronse á los reformistas sus pensiones, sus derechos de nobleza; cargáronse sobre ellos los mayores impuestos; fueron excluidos de la casa real, de la universidad y de toda funcion municipal; y se les prohibió ejercer las profesiones de médico y de abogado. Colbert los protegía, porque encontraba en ellos hábiles industriales, marinos, ingenieros y administradores; pero vióse precisado á secundar la persecucion (1681). Se les quitaron sus empleos en hacienda, se les negaron sus cartas de señorío, sus corporaciones fueron prohibidas, cerradas sus escuelas, y demolidos los templos que ellos se habian edificado desde 1598, y en fin quitáronseles sus hijos para educarlos en la religion católica. Entonces los reformados comenzaron á huir de Francia (1682); pero prohibióse la emigracion bajo pena de galeras. En el Languedoc tuvieron lugar algunas reuniones; el conde de Noailles, que era su gobernador, solicitó tropas: «castigando á los culpables, dijo, se impedirá que vayan á reunirse los otros (2).» Los montañeses de las Cevenas se aliaron y prepararon para hacer resistencia (1683). Noailles marchó contra esos «canallas», los derrotó, mandó ahorcar á los prisioneros, y recorrió el Vivarais devastando pueblos y demoliendo templos.» El rey manda, le escribió Louvois, quien quería á todo trance hacer intervenir la fuerza armada en la destruccion de la herejía; el rey manda que se sostengan las tropas á expensas del país, que se capture á los culpables y se les forme causa, que se allanen las casas de los que han sido muertos con las armas en la mano, y dé los que no volverán ya á las suyas, que se destruyan tambien los diez principales templos del Vivarais; en una palabra, que se cause en el país una desolacion tal, que su ejemplo contenga á los demás partidarios, y aprendan así á conocer

(1) Carta del 19 de mayo de 1682.—(2) Memorias de Noailles, t. I. pag. 240.

cuán peligroso es sublevarse contra su rey (1). Algunos señores dieron asilo á los proscritos; pero sus castillos fueron demolidos, hicieronse numerosas ejecuciones, y mandaron á galeras á cuantos encontraron con alguna arma. Los calvinistas dirigieron al rey otra solicitud (marzo de 1684), pidiendo que ó se les dejase servir á Dios segun les inspiraba su conciencia, ó se les permitiese buscar asilo en otros países. La contestacion que se les dió fué la de enviar contra ellos embajadores acompañados de dragones, tenidos por los soldados mas crueles del ejército. Colbert habia muerto: Louvois podia pues dar libre curso á sus violencias. Noailles recorrió la provincia con un regimiento de dragones que mandaba alojar en casa de los reformados hasta que se convertian, y dió á conocer el buen éxito que esta medida obtenia, diciendo: «Este medio obra con tanta prontitud, que lo mas que pueden hacer las tropas es dormir una noche en las casas á donde se los manda. Antes de un mes, todo estará expedito (2).» Cada dia se notificaban al rey conversiones en masa. «El 2 de setiembre todos los hugonotes de Montauban se habian convertido por un acuerdo tomado en las casas consistoriales; el 5 de octubre lo habian hecho Montpellier, Castres, Lunel etc.; luego las diócesis de Gap y de Embrun, y despues de todo el Poitou (3).» El intendente del Languedoc decia que en tres dias habia visto sesenta mil conversiones (4).» Creyóse que no se trataba mas que de hacer constar por medio de un edicto la destruccion de una secta que solo tenia muy pocos afiliados en provincias lejanas y entre salvajes montañeses; no se trataba mas que de acabar de una vez con lo que una larga serie de injusticias y la mas hábil tiranía habian preparado desde hace cincuenta años. «La Chaise y Louvois, dijo madama de Maintenon, prometieron que no costaria una sola gota de sangre (5).» El 22 de octubre de 1685, publicóse un edicto que prescribió: 1.º la supresion de todos los privilegios concedidos á los reformados por Enrique IV y Luis XIII; 2.º la prohibicion de su cul-

(1) Memorias de Noailles, t. I. p. 251.—(2) Id. t. I. pág. 271—273.—(3) Dangeau, a. 1685.—(4) «Creo muy bien que no todas estas conversiones son igualmente sinceras; mas Dios se vale de todos los medios para reducir á los herejes. A lo menos sus hijos serán católicos. Si los padres son hipócritas, su union exterior los aproxima á la verdad; y se parecen á los verdaderos.» (Carta de Mad. de Maintenon de 15 de octubre de 1685).—(5) Carta del 15 de octubre de 1685..»

to en todo el reino (á excepcion de la Alsacia y Estrasburgo); 3.º la expulsion de los ministros protestantes; 4.º la supresion de las escuelas y la destruccion de los templos etc. Habíanse prometido numerosas recompensas á los que se convirtieran; habíase prohibido á los calvinistas, bajo pena de galeras y de confiscacion de bienes, salir de Francia; y habíaseles dado permiso para continuar en sus posesiones, y ejercer su comercio sin ser molestados en su culto, con tal que no lo ejerciesen públicamente.

Este edicto excitó en Francia elogios unánimes; discursos, poesías, cuadros y medallas reprodujeron á porfía ese grande acto de unidad. «Iba finalmente á imperar una sola ley bajo un mismo rey!... Luis XIV era un nuevo Constantino, un nuevo Teodosio, un nuevo Carlomagno.... Jamás rey alguno habia hecho ó haria nada tan memorable... La Europa entera estaba sorprendida de la prontitud y facilidad con que el rey habia aniquilado una herejía contra la que habian esgrimido sus armas seis reyes predecesores suyos (1). Solo se levantaron quejas contra el artículo que concedía á los protestantes el culto privado: «la última cláusula del edicto, decia Noailles, va á introducir un gran desórden, deteniendo las conversiones (2).» Esta cláusula no era mas que un pretexto, y Louvois escribió á los gobernadores é intendentes: «Desea Su Majestad que se castigue con la mayor severidad á los que no quieran convertirse á su religion, y los que hagan vano alarde de querer ser los últimos, deben sufrir castigos mas rigurosos aun.» Entonces comenzaron á desplegarse violencias sanguinarias que el rey no habia mandado, y enteramente repugnantes á su carácter circunspecto (3), violencias que Mad. de Maintenon vituperó abiertamente, sin poderse oponer (4). Entregóse á una soldadesca brutal una poblacion inde-

(1) Bossuet, Oracion fúnebre de Letellier.—Cartas de Mad. de Sevigné.—Vida del duque de Borgoña, etc.—(2) Noailles, t. I, p. 277.—(3) «Estos horrores, dice un ilustre descendiente de un ministro refugiado, léjos de ser mandados por el rey y aprobados por Mad. de Maintenon, fueron cometidos á pesar suyo y probablemente sin saberlo. (Ancillon, Cuadro de las revoluciones de Europa, t. IV, pág. 295.)»—(4) Léese en las cartas de Mad. de Maintenon: «Todo se ha llevado á deplorables extremos; el rey está muy resautido de lo que sabe, y no sabe mas que una parte. Es una injusticia atribuirme todas esas desgracias. Si fuese cierto que yo tomo parte en todo, deberian atribuirseme algunos buenos consejos. Quince años ha que gozo del favor del rey; á nadie me he negado; y el rey me ha echado frecuentemente

fensa, torturóse á los hombres, ultrajóse á las mujeres, apoderáronse de los niños, y las propiedades fueron devastadas; finalmente los convertidos que se negaban á recibir los sacramentos, los que salían del reino y los que daban asilo á los ministros, fueron mandados á galeras. Decretóse pena capital contra cualquiera que ejerciese otra religion que la católica, contra los ministros y contra los que promovian reuniones. Los débiles cedieron; se les arrastró hácia el altar, donde les precisaron á cometer sacrilegios, estando el verdugo á su presencia.

«Del tormento á la abjuracion, dice Saint Simon, y de esta á la comunión, muchas veces no mediaban mas que veinte y cuatro horas, y sus verdugos eran sus conductores y testigos. Casi todos los obispos se prestaron á esta práctica súbita é impía. La mayor parte alentaron á los verdugos y procuraron á la fuerza las conversiones para aumentar el número de sus conquistas, cuyo estado enviaban á la corte á fin de hacerse mas acreedores á la consideracion y á las recompensas. De todas partes recibia el rey los detalles y las noticias de estas persecuciones: contábanse por millares los que habian abjurado y comulgado. El rey se felicitaba de su poder y de su piedad; los obispos le escribian panegíricos, los sacerdotes los predicaban en los púlpitos; la Francia entera estaba llena de horror y confusion, pero nunca habian resonado en ella tantos triunfos y alabanzas! El monarca nunca se habia creído tan grande entre los hombres, ni de en cara mi moderacion. (Carta á Mad. de Frontenac, 1683).»—Deploro, escribía á Fénelon, las vejaciones que se están haciendo; pero por poco que abriese la boca para quejarme, mis enemigos me acusarian aun de ser protestante, y todo el bien que yo podria hacer seria perdido.—Ruvigny es intratable, escribió á Mad. de Frontenac; ha dicho al rey que yo habia nacido calvinista, y que lo habia sido hasta mi entrada en la corte; esto me precisa á aprobar cosas muy opuestas á mis sentimientos.»—Acabó al fin por hablar al rey con mucha energía «de las persecuciones que alejarian para siempre de la verdadera religion á los que se pretendia convertir;» pero el rey la hizo callar contestándola: «Señora, vuestras palabras me dan que sentir; temo que esto sea un resto de inclinacion hácia vuestra antigua religion. (Memorias manuscritas para sérvir á la historia de la fundacion de la casa de Saint-Cyr, por Laguet de Gergy, arzobispo de Sens.) Sin embargo á pesar del rey persistió en conservar sus criados que casi todos eran hugonotes; salvólos de toda persecucion, y cuando Luis XIV quiso obligarla á despedirlos ó á convertirlos al catolicismo: «Dejadme hacer, dijo ella; yo lo arreglaré mejor que vos; á mas de que soy señora de mis criados. (Memorias de las damas de Saint-Cyr).»

lante de Dios tan reparados sus pecados y el escándalo de su vida; no oía mas que elogios, mientras los buenos y verdaderos católicos y los santos obispos gemían de todo corazón, viendo á los católicos imitar contra los herejes lo que los tiranos del paganismo habian hecho contra los confesores y los mártires; no podian hallar consuelo al considerar el número inmenso de perjuros y de sacrílegos; lloraban amargamente el odio duradero é irremediable que por medios detestables se atraía sobre la religion, y en tanto que las naciones vecinas se alegraban al ver como los franceses se debilitaban y destruían, se aprovechaban de su locura, y formaban ya mil cálculos inspirados por el odio que su conducta les atraía de todas las potencias protestantes.»

Los reformados huyeron. En vano la policia siguió sus huellas; en vano se exigieron á los viajeros certificados de confesion; en vano se fulminó la pena capital contra cualquiera que favoreciese la emigracion; en vano fueron confiscados los bienes de los emigrados, alcanzando su valor total á diez y siete millones; á pesar de las numerosas tropas que guarnecian la frontera, salieron del reino cincuenta mil familias (1), y se refugiaron en Holanda, en Inglaterra, en Alemania y en Suiza. Todos eran nobles, comerciantes ó industriales. Esa poblacion activa, laboriosa é ilustrada llevó al extranjero sus conocimientos, su espada, los secretos de nuestra industria, riquezas y un implacable odio al déspota que la expulsaba de su patria. La pérdida fué irreparable para la Francia. En todas partes dispensáronse á los emigrados la mejor acogida y favor, y aun se les inducia á emigrar prometiéndoles establecerlos ventajosamente (2). Un arrabal de Lóndres fué poblado de trabajadores dedicados á la elaboracion de la seda, de cristales y de acero; y desde entonces la palma de la industria pasó á manos de Inglaterra. Brandeburgo se levantó de su estado miserable; Berlin llegó á ser una ciudad; la Prusia fué desmontada, y los refugiados tuvieron una influencia tan decisiva sobre los estados de Federico-Guillermo, que de

(1) Unos dicen doscientas mil, otros quinientas mil, y otros un millon de almas. La estadística del duque de Borgoña señala solo sesenta y siete mil. Las *Disiectes de Vauban* hacen subir esta cifra á ochenta ó cien mil, que se llevaron por valor de treinta millones, engrosaron las flotas de nuestros enemigos con ocho ó nueve mil marinos y sus ejércitos con seiscientos oficiales, y doce mil soldados.

—(2) Carta de Fenelon al marqués de Seignelay, de 7 de febrero de 1686.

aquella época datan la grandeza de los mismos y el peso que representan en la balanza de Europa. Amsterdam edificó mil casas destinadas á los refugiados; Guillermo les otorgó pensiones, templos y franquicias, formóse una guardia de seiscientos nobles y cuatro regimientos, y se valió de las plumas de sus ministros para inundar la Europa de libelos contra Luis XIV. Los franceses iban en adelante á encontrarse en todos los campos de batalla con esos emigrados llenos de un odio concentrado contra su patria, y trascurridos mas de cien años, nuestros soldados no encontraron mayores enemigos en Alemania, que los descendientes de los refugiados.

La revolucion del edicto de Nantes ejerció una influencia terrible en la fortuna de Luis XIV; todas las potencias católicas lo sintieron vivamente; el papa la vituperó; y los demás príncipes se indignaron mucho. Este fué el verdadero motivo de su decadencia, no por haber quitado á Francia parte de su poblacion y de sus riquezas, sino porque cambió, como vamos á ver, el sistema político de Europa.

§. VII.—*Liga de Ausburgo.*—*Negocios de Inglaterra.*—*Reinados de Carlos II y de Jacobo II.*—Los estados protestantes, irritados ya de las usurpaciones de Luis XIV, se indignaron mas y mas con los sufrimientos de sus correligionarios. Obligados hasta entonces á reprimir su odio por el terror que inspiraba el poder del gran rey, concibieron esperanzas de vengarse, cuando vieron que la revolucion privaba á su enemigo de parte de su nobleza, llevaba á sus filas á los refugiados enfurecidos, y en fin, iba á excitar turbaciones en el interior de la Francia. Las Provincias Unidas, que no habian olvidado la injusta agresion que habian sufrido, eran el foco de esos proyectos de venganza. Guillermo, cuya ambicion fria y lenta buscaba tiempo ha el momento oportuno para vengarse, se aprovechó de la falta de Luis: esta liga, que en el espacio de cinco años no habia podido formar atizando todos los odios y zanjando todas las diferencias, iba ahora á concluirse fácilmente. Las potencias protestantes, los estados católicos, la misma Santa Sede, todos tenian injurias que vengar, de modo que se aprovecharon con ardor de la ocasion que les ofrecia Luis; y el dia 9 de julio de 1686 formóse secretamente en Ausburgo una liga defensiva contra la Francia, entre el em-

perador, los reyes de España y de Suecia, las Provincias Unidas, los electores Palatino y de Sajonia, los círculos de Baviera, de Sajonia y del alto Rhin, etc. Completóse esa liga al año siguiente con la adhesion del duque de Saboya y del elector de Baviera, con el consentimiento de todos los príncipes de Italia, que la toma de Casal y el bombardeo de Génova habian llenado de terror, y con la adhesion secreta de Inocencio XI, que estaba entonces en lo mas empeñado de su debate con el rey de Francia por motivos de regalía y por derechos de franquicia. La ambicion de Luis XIV habia trastornado el equilibrio europeo hasta tal punto, que iba á renovarse la antigua lucha entre el protestantismo y el catolicismo, pero bajo nombres políticos, como que era la lucha de la libertad de Europa contra la monarquía universal del rey de Francia; iba á renovarse, sí, pero con la circunstancia de que Luis encontraba entre los reformados, no solo á la casa de Austria, sino tambien á la corte de Roma; y que esta liga, cuyo jefe era el representante del protestantismo, parecia trabajar tanto para forzar al rey de Francia á someterse á las reclamaciones pontificias, como para defender á los calvinistas franceses.

A esta coalicion mas completa y compacta que la de 1674, faltábale todavia un miembro indispensable para darle unidad y completar el aislamiento de la Francia: éra la Inglaterra. Era preciso que Guillermo tomase este país, de que Luis habia dispuesto hasta entonces, como una fuerza nueva y decisiva contra el enemigo comun; resolvió, pues, hacer en Inglaterra una revolucion en provecho suyo, para inducir á este reino en la coalicion contra Francia.

Encontrábase entonces la Inglaterra en la mayor anarquía moral: rey, ministros, pares, miembros de los comunes, todos se vendian á quien les pagaba, y no solo al rey de Francia ó al *statuder* de Holanda, sino tambien al rey de España y al emperador. Parecia borrado todo sentimiento de honor; jugábase con los juramentos y con la fe; el dinero era el único señor del gobierno y de la nacion. Pero en medio de esta profunda degradacion, mientras que Carlos y sus ministros corrompidos vivian cada dia mas olvidados de la dignidad de su país; mientras republicanos y presbiterianos se vendian á un tiempo á Luis XIV y al príncipe de Orange, continuaba la lucha entré el pontifica-

do y la reforma. El triste papel que Carlos II habia hecho jugar á la Inglaterra en el tratado de Nimega, su dependencia del rey de Francia, sus ensayos de tolerancia religiosa, y en especial la conversion del duque de York al catolicismo, continuaban excitando las desconfianzas de la nacion, cuando vino un impostor á denunciar un complot papista (1678), en el que se trataba nada menos que de sentar en el trono al duque de York, de asesinar á los protestantes, y de incendiar á Lóndres, etc. Al oír esas calumnias exaltóse la multitud; todos toman las armas; el parlamento expide contra los católicos decretos sobre decretos; los sacerdotes son proscritos, y un sinnúmero de víctimas espiran en el cadalso. El rey no se atreve á oponerse á ese furor universal, y aconseja al duque de York que emigre á Bruselas. Todo esto se habia hecho únicamente para impedir que subiese al trono ese príncipe, heredero de Carlos II; y el parlamento, donde la oposicion habia tomado un color republicano, decretó contra él un bill de exclusion. A la noticia de este ultraje, Carlos se levanta de su apatía, rechaza el bill y disuelve el parlamento. Sucesivamente son convocados y disueltos otros tres parlamentos (1679, 1680, 1681); tan animados están del mismo espíritu democrático. Pero entonces los partidarios de la monarquía, que comienzan á llamarse *torys*, en tanto que los partidarios del pueblo toman el nombre de *wighs*,., esplotan el terror que inspiraba generalmente el retorno de la república; declaróse una reaccion en favor de la monarquía. Favorecido por una pension de dos millones que le paga Luis XIV, secundado por la aristocracia y el clero anglicano, que predica la obediencia pasiva, Carlos despliega un vigor no acostumbrado, gobierna sin parlamento y se deja arrastrar á sangrientas represalias contra los defensores del partido popular; llama á su hermano, y prescindiendo en el acto de prueba hácele tomar asiento en el consejo. El espíritu indócil de los ingleses parece domado; los Estuardos caminan hácia el poder absoluto sin contradiccion; muere Carlos despues de reconciliarse solemnemente con la Iglesia romana (6 de febrero de 1685), y su hermano siéntase sin obstáculos en el trono, bajo el nombre de Jacobo II.

El nuevo rey era hombre profundamente convencido de su derecho, que miraba como mision suya el restablecimiento del

catolicismo, y que en su celo religioso habíase afiliado á la órden de los jesuitas. La religion nacional parecia amenazada. Un hijo natural de Carlos II, el duque de Monmouth, llamó á los protestantes á las armas, pero fué vencido y decapitado; la rebelion se extinguió en los suplicios: el trono de Jacobo parecia completamente consolidado. Entonces, y como si hubiese aguardado este momento preciso, Luis XIV revocó el edicto de Nantes. Este acto causó profunda sensacion en Inglaterra: la prensa y el púlpito se deshicieron en invectivas contra el rey de Francia; despertáronse los temores del espíritu invasor al pontificado, y vióse con terror á Jacobo manifestar abiertamente sus proyectos contra la religion y las libertades nacionales.

Este, lo mismo que su hermano, se habia puesto á sueldo de Luis XIV; «no habia perdonado nada para aliarse con él: creyóse aun que no hacia cosa alguna sin comunicársela, y que ambos príncipes tenian un tratado secreto por el cual se obligaban á socorrerse mútuamente contra sus enemigos, y de abolir, cada uno en sus estados, la religion protestante (1).» Seducido por el ejemplo de Luis, seguro de su apoyo, y excitado por sus consejos, profesó abiertamente la religion romana, recibió con toda solemnidad á un nuncio del papa, envió un embajador á Roma, abrió iglesias católicas, rodeóse de frailes y de jesuitas, é hizo sentar en su consejo á los papistas, y aun á su confesor, el jesuita Peters. Las provincias Unidas, la España, los príncipes alemanes solicitan renovar la grande alianza para resistir á las invasiones de Luis XIV, pero él lo rehusa: los refugiados franceses publican libelos contra el rey de Francia, y él los hace quemar por mano del verdugo. Usando de un derecho mal entendido é ilimitado que los reyes de Inglaterra se habian atribuido, el poder *dispensativo*, exime á los católicos del juramento de prueba, y los admite en todos los empleos; y finalmente proclama la libertad de conciencia, permite á todos sus vasallos la práctica de su culto, suspende las bárbaras leyes publicadas contra los católicos, y para comprimir á los que resistan tiene á las puertas de Lóndres un ejército de quince mil hombres. Sus ministros quieren oponerse, pero caen en desgracia los obispos le dirigen una reconvenccion, y son encarcelados; el parlamen-

(1) Quiney, Historia militar de Luis XIV, t. II, p. 409.

to le amenaza, mas él lo proroga indefinidamente. La nacion estaba indignada: la alianza de Jacobo II con Luis XIV hacia pensar que ambos reyes estaban resueltos á levantar una cruzada contra todos los protestantes: la Inglaterra iba por consiguiente, conducida por la Francia, á combatir contra la Holanda, y estaba amenazada de tener otra revocacion del edicto de Nantes. La aristocracia creia ver ya que la despojaban de los bienes arrebatados á la Iglesia; los comunes temian ver restablecidos los altares de la idolatría; el partido republicano temblaba pensando en las proscripciones. Wighs y torys, anglicanos y presbiterianos se coaligaron, pero la aprehension de una nueva revolucion era tal, que se retrocedió ante una revuelta; era preciso, decíase, tomar paciencia, oponer una resistencia inactiva á las empresas de Jacobo, y dejar pasar un lamentable reinado; la heredera de la corona, María, celosa protestante, debía acabar con el triunfo de la verdadera religion, y colocar en el trono inglés al príncipe que se consideraba como el jefe del protestantismo en Europa. Jacobo continuó avanzando hácia su objeto, sin hacer caso de murmullos ni de amenazas; estaba convencido de la bondad de su causa, se creia seguro del buen éxito, y obraba con tanta imprudencia, que la corte de Roma manifestaba una gran repugnancia en secundarle. «Es preciso, decian los cardenales, excomulgar á ese rey, que acabará con el poco catolicismo que todavía se conserva en Inglaterra.»

§. VIII.—*Proyectos y aprestos del príncipe de Orange contra Jacobo II.—Luis comienza la guerra contra Alemania.*—Entretanto habia un hombre que seguia con un gozo lleno de ansiedad las empresas de Jacobo: este era Guillermo de Orange. Como esposo de María, veíase llamado á reinar un día sobre Inglaterra pero su ambicion encontraba demasiado lejana dicha época, y su padre político, que acababa de contraer segundas nupcias, podia muy bien tener un hijo. La revocacion del edicto de Nantes, comunicando el celo del rey de Francia al rey de Inglaterra y resucitando el odio universal contra Luis XIV, le inspiró la idea de derribar á Jacobo para empeñar la lucha contra Francia con todas las fuerzas de Europa; y el nacimiento de un príncipe de Gales, desvaneciendo sus legítimas esperanzas, le decidió á ejecutar su atrevido proyecto.

Quince años había que estaba en relaciones secretas con los jefes del partido popular; él había inspirado el bill de prueba y todos los actos de oposicion del parlamento; asociábase con los ingleses desterrados y descontentos, y aun en el consejo de Jacobo tenia amigos que empujaban á este desgraciado rey á su perdicion. Resolvió desembarcar en Inglaterra con un ejército, presentarse como mediador entre la nacion y el monarca, hacer deponer á este por el parlamento, y reinar en su lugar y en nombre de su esposa. Preparó en silencio su expedicion; y su pretexto de garantizar las Provincias Unidas y el imperio contra la agresion de la Francia, reunió buques y tropas, con consentimiento de los estados generales, sobre lo que se había hecho «tan absoluto como si hubiese sido soberano.» Con su habilidad ordinaria, comunicó sus proyectos á los confederados de Augsburgo y aun al papa; y tal era el odio que les inspiraba Luis XIV, tal era el deseo de hacer entrar la Inglaterra en la coalicion, que todos aprobaron esta expedicion de un yerno contra su padre político, el destronamiento de un rey, que es un terrible atentado contra el derecho de los soberanos.

El plan de Guillermo era el de inquietar y ocupar la Francia por la liga de Augsburgo, mientras se embarcaba bajo pretexto de escarmentar á los argelinos, y se dirigiria rápidamente hácia Lóndres. No necesitaba sino un mes, pensaba él, para hacer una revolucion en Inglaterra, y entonces volveria á socorrer á la liga con fuerzas duplicadas. Hizo sus preparativos con tanto sigilo, que Luis no pudo mas que sospechar el objeto real de sus armamentos. Decíase, ora que queria dirigirse contra los franceses, que invadian entonces el electorado de Colonia, ora que iba á socorrer á los protestantes de Francia: en efecto, «estos estaban persuadidos de que á no tardar habria una gran revolucion, y que el armamento de los holandeses estaba destinado á libertarlos (1).» Finalmente Luis descubrió el misterio: publicó un fogoso manifiesto contra el papa y la casa de Austria, porque apoyaban un protestante para destronar á un rey católico; aconsejó á Jacobo por medio de cartas terminantes, que estuviese sobre aviso, ofreciéndole todos sus auxilios, pidiéndole en especial la

(1) Carta de Fenelon, que entonces estaba de misionero entre los protestantes del Poitou, al marqués de Seignelay, (17 de febrero de 1686).

union de la armada francesa con la inglesa para interceptar el camino al príncipe de Orange. Jacobo permaneció en la mas singular apatía; hizese sordo á todos los avisos; persistió porfiadamente en creer que los preparativos de Guillermo no tenian otro objeto que la Francia: lleno de confianza en su derecho y en su pueblo, «estaba por otra parte, decia, seguro de su querida hija.» Luis, asustado al ver tan ciega seguridad, mandó tropas á la frontera de los Países Bajos, é hizo declarar por su embajador á los estados generales, que «las relaciones de amistad que le unian con el rey de la Gran Bretaña, le obligaban, no solo á auxiliarle, sino aun á mirar como una manifiesta infraccion de la paz y como una declaracion abierta contra su corona el primer acto de hostilidad que hiciesen sus tropas ó sus buques contra Su Magestad Británica (14 de setiembre de 1688).»

Atemorizóse la Holanda; pero Guillermo no dejó por esto de continuar sus preparativos, y pidió á la liga de Augsburgo el comienzo de las hostilidades. En cuanto á Jacobo, permaneció en su porfiada ceguera, y desatendió totalmente á Luis XIV, «que le tomaba, decia él, bajo su proteccion, como á un pequeño príncipe del Imperio.» Luis quedó un tanto resentido de su aliado; pero como la causa de los dos era una misma, resolvió salvarle á su pesar dando principio á la guerra. Seignelay queria que todas las fuerzas de mar y tierra se dirigiesen contra Holanda: era el centro de la liga, y así se obligaba á Guillermo á permanecer en su país para defenderlo. Louvois queria que se atacase á la Alemania; la liga, decia él, no estaba preparada; era preciso atemorizarla con rápidas conquistas, separando de ella á los principales miembros, y obligando á Guillermo á suspender su expedicion para acudir á la defensa de sus aliados; por otra parte no habia motivo alguno para atacar á las Provincias Unidas, que protestaban sin cesar sus intenciones pacíficas, cuando al contrario la guerra contra Alemania podia apoyarse en muchos pretextos. Este último plan predominó. Luis deseaba vivamente vengarse de esos príncipes alemanes, que despues de recibir largo tiempo sueldo de Francia, la habían abandonado en la última guerra, y tramaban todavía una liga contra él. Esto fué una gran falta, que debia acelerar la revolucion de Inglaterra, reunir en comun interés las potencias de la Alemania, y producir los reveses de la Francia.

No faltaban pretextos para atacar á la Alemania: primero, porque la dieta germánica habia rehusado convertir en paz definitiva la tregua de Ratisbona; porque la duquesa de Orleans, hermana del elector palatino que acababa de morir, reclamaba parte de su sucesion: pero el mayor de todos los motivos era porque á la muerte del último elector de Colonia, Luis habia recomendado al capítulo al cardenal de Furstemberg, que le era muy adicto, el emperador habia recomendado al príncipe Clemente de Baviera, niño de diez y seis años: de veinte y cuatro votos, el primero tuvo quince, y el segundo nueve, pero se necesitaban las dos terceras partes: faltóle pues el voto del papa que, en su odio contra Francia, votó por Clemente. Luis se incomodó vivamente. La alianza con el elector de Colonia era para él de la mayor importancia; «por medio de Landau, Saarlouis y Luxemburgo, el electorado de Tréveris, el de Maguncia y el Palatinado estaban bajo su dominio: para ser dueño del Rhin faltábale el electorado de Colonia.» Mandáronse tropas francesas para auxiliar á Furstemberg, que les entregó á Bonn, Nultz y Kayserwerth; por su parte, Clemente de Baviera hizo entrar tropas imperiales en Colonia, y comenzó la guerra entre ambos competidores.

Quince dias despues de su declaracion á los estados generales, Luis puso su ejército en movimiento (30 de setiembre de 1688). Ochenta mil hombres mandados por el delfin, príncipe de veinte y siete años, á quien el rey tenia en una dependencia muy estrecha, dirigieronse á atacar á Filipsburgo: Vauban cuidó del sitio, y la ciudad, habiendo resistido un mes, vióse precisada á rendirse (30 de octubre). Despues se apoderaron de Mannheim, Kreutznach, Worms, Spira, Tréveris, Maguncia, Heidelberg, Heilbronn etc.: en menos de dos meses fueron conquistados los tres electorados eclesiásticos y el Palatinado.

§. IX. *Expedicion del príncipe de Orange.*—*Jacobo es destronado.*—*Guillermo III rey de Inglaterra.*—Alegróse mucho Guillermo, así que vió que los franceses abandonaban la frontera de los Países Bajos para trasladarse á Alemania: encontrábase libre para lanzarse á su empresa aventurera. «El sitio de Filipsburgo, escribia nuestro embajador en Holanda, ha hecho subir las acciones de un 10 por 100, y ha hecho á los estados generales

mas insolentes por la seguridad de que el rey no los atacará á ellos ni á los Países Bajos españoles. El príncipe de Orange está persuadido de que el emperador y muchos príncipes bajo ese pretexto, se empeñarán en la guerra. Sus amigos dicen públicamente, que así como haya reunido un parlamento en Inglaterra, declarará la guerra á Su Majestad.» Los estados generales publicaron su manifiesto: «La nacion inglesa, decian, se ha quejado largo tiempo de lo que el rey se permitia contra las leyes fundamentales trabajando para destruirias, y de que, introduciendo la religion católica, Su Majestad Británica les despojaba de su libertad y arruinaba su religion, para someterlo todo á un gobierno arbitrario; así es que Su Alteza el príncipe de Orange, accediendo á las incesantes súplicas de diferentes lores, ha resuelto socorrer la nacion contra el gobierno que la oprime, y solicita la cooperacion de los estados, que han resuelto secundar á Su Alteza el príncipe de Orange, con sus tropas y buques (habiendo sabido que los reyes de Francia y de la Gran-Bretaña habian trabajado mancomunadamente para despojar á las Provincias Unidas de sus alianzas, que era de temer que si el rey de la Gran Bretaña podia llegar en su reino á realizar sus designios, esos dos reyes por odio á la religion protestante tratasen de trastornar y destruir las Provincias Unidas).....» Hizo entonces Guillermo sus preparativos, reunió sesenta buques, setecientos carros, cuatro mil quinientos caballos, once mil infantes, y además un número considerable de señores ingleses y un cuerpo de refugiados franceses. Formaban parte de su ejército seis regimientos ingleses de cuatro mil hombres, que estaban al servicio de las Provincias Unidas desde 1677, y cuya readquisicion habia solicitado en vano Jacobo: el resto estaba compuesto de holandeses, franceses, alemanes, etc.

A la noticia de la marcha de los franceses al Rhin, Jacobo perdió su aire de seguridad. Mientras habia visto á su ejército en las aproximaciones de las Provincias Unidas, creíase al abrigo de todo peligro; pero ahora ya veia claramente el objeto de los armamentos de Guillermo, y procuró salvarse ofreciendo á la Holanda entrar en la coalicion contra la Francia. «El sitio de Filipsburgo, decia, era un ataque contra la libertad de Europa.» No recibió contestacion alguna. Entonces hizo á los ingleses

concesiones tardías, despidió á sus ministros católicos, reunió un ejército de cuarenta mil hombres y una armada de treinta y siete buques. Pero era ya demasiado tarde. Guillermo declaró (10 de octubre de 1688) en un manifiesto, que «llamado por los señores y comunes de Inglaterra, habia accedido á sus deseos, porque, como heredero de la corona, estaba interesado en la conservacion de las leyes y de la religion del país. Un parlamento libre, decia él, es el único remedio que puede aliviar de las desgracias de la nacion, y nunca será libre un parlamento bajo un rey que reina sin consideracion á las leyes... Hemos resuelto pues cruzar el mar con fuerzas suficientes para apoyar los decretos de un parlamento vuelto á su libertad.... y tambien á fin de asegurar la conservacion de la religion protestante, y una firme union tanto entre la iglesia anglicana y las diferentes protestantes, como para la defensa y tranquilidad de los que quieren vivir pacíficamente bajo el gobierno.

Por espacio de un mes la armada holandesa tuvo que permanecer en los puertos á causa de las violentas borrascas que reinaron; pero al fin se hizo á la vela el dia 11 de noviembre. El príncipe llevaba en sus banderas esta divisa: «Yo conservaré;» y mas abajo: «la religion protestante y las libertades de Inglaterra.» Un viento favorable hizoles cruzar rápidamente frente la armada real que el propio viento retenia junto á la costa, y llegaron á Torbay, donde desembarcaron sin obstáculo. Parecia cosa fácil sofocar una revolucion hecha con tropas extranjeras y á las órdenes de un príncipe extranjero, que parecia como que se la impusiese á la nacion. No faltaban partidarios á Jacobo: parte de Inglaterra era católica, y la otra parte adicta de corazon á la dinastía: muchos ciudadanos estaban irritados por la intervencion de los extranjeros en los negocios del país; el pueblo queria que se obligase al rey á respetar las leyes y la religion nacional, y solo deseaban realmente la revolucion la aristocracia, el clero y una porcion de hombres corrompidos y ambiciosos. En fin, desde que apareció el manifiesto de los estados generales, Luis XIV no cesaba de aconsejarle y solicitarle: le ofreció su alianza, dinero, tropas, generales y buques, pero Jacobo no escuchaba nada; y se quedó sin aceptar ni hacer la menor cosa (1). Así es que Gui-

(1) Es preciso, escribió á Luis XIV el embajador en Lóndres, que V. M. le sal-

lhermo dirigióse hácia Lóndres sin encontrar enemigos. Juntáronsele un considerable número de señores, y aun la misma Ana, hija segunda del rey, con su esposo el príncipe de Dinamarca. Dispersóse el ejército, y Jacobo huyó. El príncipe de Orange habia llegado á las puertas de Lóndres; ya no imperaba allí gobierno alguno; el pueblo queria asesinar á los católicos; treinta pares se emposesionaron de la autoridad é invitaron á Guillermo á arreglar los negocios del estado. Entretanto Jacobo, sorprendido en su fuga, volvió á Lóndres, y el pueblo le recibió con aclamaciones. Tembló Guillermo, y obligó á su padre político á salir para Rochester, escoltado por tropas holandesas: al llegar á este punto, le dejaron en completa libertad para huir; y habiéndole los traidores hecho memoria del cadalso de su padre, Jacobo se asustó, partió en secreto, y fué á desembarcar en Francia (25 de diciembre), donde Luis XIV le recibió con la mayor magnificencia.

Esa fuga decidió la revolucion. Temíase que le sucediese la anarquía: los pares y los comunes encargaron á Guillermo la administracion del reino, aguardando la convocacion de una convencion nacional que debia disponer del trono, y «establecer los fundamentos de una seguridad absoluta para la religion, las leyes y la libertad.» Esta convencion se reunió el 22 de enero de 1689; una mayoría de dos votos declaró á Jacobo II destronado, y llamó en su lugar á Guillermo y á María, debiendo el primero ejercer el poder. Presentóse á Guillermo, que la aceptó, una *declaracion de derechos*, especie de constitucion que marcaba muy incompletamente las prerogativas del rey y las libertades de la nacion, pero que sin embargo contenia los grandes principios de las monarquías constitucionales, la votacion de los impuestos, la confeccion de las leyes por el concurso del rey y del parlamento, la libertad de las elecciones, el derecho de peticion etc. Tres meses despues, la convencion nacional de Escocia ofreció el trono á Guillermo; sola la Irlanda conservóse fiel á Jacobo II.

Esta revolucion hecha con tanta facilidad, y en la que no se habia derramado una sola gota de sangre, no fué con todo popular: la corrupcion y la intriga la habian preparado; solo la ve y le saque de apuros, sin que él por su parte contribuya de otro modo que con súplicas.

aristocracia debía sacar provecho de ella y el pueblo permaneció únicamente en espectacion. Este fué un golpe mortal para la monarquía absoluta de Luis XIV. Cambió el sistema político de Europa reuniendo en la coalicion todas las fuerzas de la gran Bretaña, dejando sin aliados el principio de la monarquía católica y absoluta, convirtiendo á la Inglaterra en el instrumento y apoyo mas fuerte de la libertad religiosa, y preparando la decadencia de Luis XIV. Tal fué la reaccion de la reforma contra la revocacion del edicto de Nantes: la caida de Jacobo era, por decirlo así, una amenaza contra Luis: la soberanía del pueblo colocábase en frente de la soberanía de derecho divino. El principio católico y de la monarquía absoluta debía odiar ahora al calvinismo, no solo por haber creado la república municipal de Génova y la república federativa de las Provincias Unidas, sino tambien por haber levantado la monarquía constitucional de Inglaterra.

CAPÍTULO V.

- Guerra contra la liga de Augsburgo. — (1689 — 1698.)

§. I.—*Preparativos de guerra. — Expedicion de Irlanda. — Batallas de Beveziers y del Boyne. — Sumision de Irlanda.*— Luis XIV, viendo caer del trono con asentimiento de todos los enemigos de Francia al mártir de la monarquía católica y absoluta, no sintió que se aflojasen sus convicciones: contemplando su grandeza, viendo en sí tan brillante y afianzado el principio que acababa de ser vencido, creyóse predestinado á levantarlo de su pasajera caida; exaltóse á la idea de ser en Europa el único representante del derecho, y el que entonces, saciado de magnificencias y de placeres, se aficionaba mas y mas á la devocion, dedicóse á esta empresa con una especie de fanatismo que no careció de grandeza. Jacobo no habia sido en otro tiempo para él sino un aliado á quien amaba un poco; ahora era ya un rey santo y venerable, á quien colmaba de amistad, de consideraciones y de respetos: dióle una corte tan pomposa como la suya, pues no faltaba mas sino que los pueblos viesen á un rey destronado á quien no le quedaba mas que su derecho, reducido á la humillacion y á la miseria, y prometióle consagrar todos los recursos de su reino en someter á esos vasallos rebeldes: «Vuestra causa, le dijo, es la de todos los reyes.»

Guillermo III apenas acabó de sentarse en el trono, renovó la liga de Augsburgo, é hizo entrar en ella á la Inglaterra. Nunca se habia formado contra la Francia una coalicion tan imponente: debíase indudablemente al orgullo y á las faltas de Luis XIV: pero á decir verdad, menores eran las alarmas excitadas por la usurpacion de algunas ciudades, y por la revocacion del edicto de Nantes que habia dado motivo á ello, que el odio concebido contra Francia por todos sus vecinos, que el deseo en que todos ardian de humillarla y someterla. Entonces se desplegó completamente, por vez primera, esta constante envidia de los estados europeos hácia el país que por su posicion geográfica y por el carácter de sus habitantes ejerce sobre los demás una influencia natural y legítima, envidia, que existe aun en la actualidad, que ha valido á la Francia tantos combates, tanta gloria y tantas desgracias, y que muchas veces ha detenido el progreso, cuya iniciativa parece pertenecer á este estado. La monarquía universal de Luis XIV fué el primer pretexto: esta monarquía reducíase á cuatro ó cinco provincias pequeñas adquiridas desde principios de su reinado, provincias separadas antiguamente del cuadro de las de Francia, y que distaban mucho de completarlo: tal eran las únicas adquisiciones que se habian hecho desde Luis XI, mientras que durante los dos últimos siglos los demás estados habian ensanchado desmedidamente su territorio. La monarquía universal no fué sino un pretexto del que se sirvieron para reunir todos los pueblos contra «el país que aspiraba, segun se decia, á reducir la Europa entera á una esclavitud real.»

Para resistir á una coalicion formada de dos grandes potencias marítimas, de la casa de Austria, de todo el imperio y de Italia, que tenia una cabeza inteligente para dirigirla, subsidios seguros y numerosos ejércitos, y que en fin contaba con revoluciones en el interior de Francia, Luis XIV no tenia sino un aliado, la Turquía. Los otomanos, desde que estaban en guerra con la santa alianza, no habian sufrido sino derrotas; iban á aceptar la paz de Austria con condiciones asaz duras, «cuando, dice el historiador griego Cantemir, el sol cristianísimo comunicó un rayo de su luz á la pálida media luna que iba á entrar en menguante, é hizo reunir en el Rhin, para declarar la guerra al emperador, á las fuerzas que triunfaban en el Danubio.» En vano

probó de retraer á los polacos y rusos de la santa alianza; los primeros, á pesar de la ingratitude con que les habia pagado el Austria, continuaban en servirla combatiendo á los infieles; los otros empleaban todos sus esfuerzos en abrirse pasò hácia el mar Negro, y adquirir de este modo una existencia europea. Promovió sublevaciones en Hungría, en Irlanda y en Cataluña; pero todas ellas eran de mediana importancia; y en definitiva encontrábase reducido á sus propias fuerzas. No le intimidó el peligro. Al recibir la noticia de haber desembarcado Guillermo, habia declarado la guerra á Holanda: declaróla luego á Guillermo, como á usurpador del trono de Inglaterra, y despues al emperador y al rey de España. Puso en pié de guerra á trescientos cincuenta mil hombres, y envió cuatro ejércitos, uno á Flandes, otro al Rhin, otro á Italia y otro á los Pirineos, y á mas de estos juntó otro en Breaña.

Odiando igualmente los irlandeses la reforma y la raza inglesa, el católico Jacobo II, expulsado por los ingleses, habia venido á ser para la «verde Erin» un rey nacional, y la revolucion orangista habia sido rechazada por todos sus habitantes, á excepcion de los de Londonderry, ciudad poblada enteramente por colonos ingleses. En Irlanda pues era donde se debia atacar á Guillermo III, alma de la coalicion, y jefe de los estados que debian solidarla. Luis preparó un formidable armamento, veinte mil hombres para desembarcar, armas y dinero; y Jacobo se dispuso á encargarse del mando. Pero este príncipe habia sido debilitado por la desgracia; entregado á una devocion pusilánime y rodeado de jesuitas, el «santo hombre que habia dejado tres reinos por una mesa,» habia venido á ser la burla de los cortesanos franceses: lo que habia conservado, era su inalterable terquedad, su confianza en su derecho, y la idea de que era siempre el rey nacional de Inglaterra. No queria deber su restablecimiento sino á sus vasallos; y de todos los socorros que le ofreció Luis XIV, solo aceptó primero mil quinientos hombres, armas, dinero y una escuadra de veinte navíos y fragatas.

La revolucion de 1688 continuaba siendo impopular; la mayoría de la nacion odiaba á Guillermo; Jacobo tenia pues grandes motivos para esperar un éxito favorable. Acogióle la Irlanda con entusiasmo, y en seguida reunió un parlamento que le otor-

gó subsidios y treinta mil hombres, á condicion de que reconoceria la entera independendencia del país. Negóse á esto; y entonces comenzaron las disensiones y los males. El parlamento persiguió á los ingleses y despojó á los protestantes de sus bienes. Jacobo proscribió á todos los que se negaban á prestar el juramento, y sus soldados indisciplinados y perversos, llenaron de exacciones un reino que se sacrificaba por él. Sin embargo, como casi toda la isla reconocia su autoridad, le persuadieron á que la abandonase y se fuese á Escocia, donde los montañeses de raza gala, eternos enemigos de los habitantes del llano de raza sajona, le habian proclamado y se habian puesto en campaña; pero esperó, perdió un tiempo precioso en sitiar á Londonderry, y en esta poblacion se estrelló.

Guillermo estaba muy ocupado en Inglaterra en consolidar su trono vacilante; envió primero al mar de Irlanda una flota mandada por el almirante Herbert, para cerrar el paso á los socorros que fuesen de Francia. Esa armada encontró en la bahía de Bantry una escuadra francesa de doce buques y fuerte de siete mil hombres, mandada por Chateau-Renaud, que la derrotó (12 de mayo de 1689); quedaron entonces dueños del mar los buques franceses, y otras dos escuadras llevaron nuevos refuerzos á Jacobo. Seignelay desplegaba una actividad grande, no ignorando que en Irlanda estaba el nudo de la guerra. Entonces Guillermo envió á esa isla (12 de agosto) un ejército de quince mil hombres al mando del duque de Schomberg, ilustre emigrado de la revocacion del edicto de Nantes. Jacobo hubiera podido, contando con fuerzas dobles, derrotar y dispersar ese ejército: á pesar de las disensiones que existian entre él y el parlamento, á pesar de sus tiránicas imprudencias, su causa era nacional para la Irlanda, pero parecia haber perdido toda energia, y dejó que el ejército inglés se estableciese tranquilamente y fuese ganando terreno por espacio de un año. Sin embargo Guillermo, repudiado por todos los partidos, necesitaba alcanzar una victoria: mientras viese al rey legítimo establecido en Irlanda, conmoviendo la Escocia y amenazando á la Inglaterra, no podia hacer entrar á la gran Bretaña en la guerra continental, único medio de dominar sobre todos los partidos; alcanzó pues socorros de las Provincias-Unidas, y pasó á Irlanda (14 de junio

de 1690) con cuarenta mil alemanes, holandeses, franceses etc.

Al saber esta novedad, Seignelay envió una armada de setenta y ocho navíos y veinte y dos brulotes al mando de Tourville, para impedir el regreso del rey inglés, interceptar sus convoyes y desembarcar tropas en Escocia. Guillermo opuso á esa escuadra todos los buques de Irlanda y de Inglaterra, y fué al encuentro de su rival para presentarle batalla. Los generales de Jacobo le aconsejaban que evitase toda accion contra un ejército mejor disciplinado y mas numeroso que el suyo; la escuadra francesa debía precisar al usurpador á retirarse ó á perecer de hambre. Jacobo desatendió sus consejos: aguardó al enemigo en su campo, junto al Boyne. Guillermo atravesó el río cerca de Drogheda, empenó la batalla (11 de julio), y ostentó en ella tanto arrojo y habilidad, como debilidad é ineptitud su adversario; los refugiados franceses pelearon con furor, cayó muerto el anciano Schomberg, pero los protestantes alcanzaron la victoria. Jacobo, que habia sido solamente un espectador de la batalla, no hizo esfuerzo alguno para reunir sus tropas y se retiró á Dublin. Podia aun continuar la guerra, su pérdida habia sido de poca consideracion, Francia estaba dispuesta á enviarle auxilios, y una gran victoria naval de los franceses habia compensado pródigamente la derrota del Boyne; pero este príncipe, tan atrevido y resuelto hasta entonces, perdió el aliento y no pensó mas que en abandonar la Irlanda.

La víspera del dia de la batalla del Boyne, Tourville se encontró con la armada aliada (10 de julio) compuesta de noventa buques, mandada por Herbert, en frente del cabo Beachy ó Beveziers en la costa de Sússex; trabó la batalla, la derrotó completamente, le causó la pérdida de catorce navíos y cinco fragatas, y obligó á los restantes á refugiarse en el Támesis y en las islas de Holanda. Despues de tomar provisiones en el Havre, repartió su armada en pequeñas escuadras que recorrieron toda la Mancha haciendo presas importantes, y despues hizo un desembarco en Teignmouth (9 de agosto), donde incendió cuatro navíos de guerra y ocho buques mercantes. Esta brillante victoria produjo una profunda sensacion, dió á los franceses el imperio de los mares, pero no fué de ninguna utilidad para Jacobo, quien desesperado del triunfo de su causa, se embarcó en Waterford y regresó á Francia.

No por eso dejó Luis de enviar á Irlanda auxilios abundantes en armas, hombres y dinero; los católicos continuaron la lucha con encarnizamiento; pero despues de numerosos esfuerzos, decidió la suerte de Irlanda la batalla de Aghrim, donde diez y ocho mil ingleses al mando de Guickle derrotaron á veinte y cinco mil irlandeses mandados por Saint-Ruth (12 de julio de 1691).

Rindióse Limerick, plaza de armas de los católicos que habia sitiado sin éxito alguno Guillermo, con la condicion de que los irlandeses conservarian sus derechos, propiedades y su culto si prestaban juramento al nuevo monarca. Pero los ingleses violaron esta condicion, Irlanda volvió á caer con mas rigor y severidad que nunca bajo el poder de sus tiranos, y se vió privada de todas sus libertades, saqueada, ensangrentada y reducida en fin á la lamentable miseria en que está aun agonizando en la actualidad. Quince mil irlandeses prefirieron el destierro á la dominacion de los ingleses, y se embarcaron en la armada de Chateau-Renaud y fueron á establecerse en Francia.

§. II. — *Incendio del Palatinado.* — *Campaña de 1689.* — Los primeros auxilios enviados á Irlanda habian obligado al rey á llamar una parte de sus tropas del Rhin, y no podia conservar las dilatadas conquistas que habia hecho por aquel lado. Determinó entonces convertir en un espantoso desierto todo aquel país para impedir que permanecieran en él los enemigos, castigar á los príncipes que se habian declarado contra la Francia, y llenar de espanto á la Alemania. Louvois, que inspiraba á Luis XIV los medios terribles y bárbaros de destruccion, el bombardeo y el incendio, como dignos de su grandeza, mandó que «se entregase á las llamas todo el Palatinado hasta no quedar mas que cenizas.» Se hizo á los habitantes la advertencia de que abandonasen el país y se retirasen á Alsacia y Lorena, donde se les daría tierras, y se prendió fuego á Spire, Worms, Heidelberg, Mannheim y una multitud de aldeas y villas en el Palatinado, el electorado de Tréveris y el margraviado de Basilea; se demolieron las murallas y se arrojaron los escombros en el Necker y en el Rhin, fueron saqueadas las iglesias, desoladas las campiñas, y destruidos los monumentos, archivos y documentos públicos, y parecia que el objeto de Luis era hacer desaparecer la historia é independencia de aquel país.

Esas atrocidades tan frias é inútiles que parecian una ridícula imitación de las barbaries de los déspotas de Oriente, y de las que se avergonzaban sus mismos ejecutores, inspiraron horror y aversión á toda Europa y justificaron las acusaciones hechas á Luis XIV. La dieta de Ratisbona le declaró la guerra (14 de febrero de 1689), y mandó un levantamiento general « contra los enemigos del imperio y de la cristiandad, que, parecidos á las naciones bárbaras, han hundido al pueblo en la mas indigna esclavitud, y no tienen ningun remordimiento de tratar á los católicos con una crueldad de que los mismos turcos se hubieran avergonzado (1).»

La Alemania llena de indignacion organizó tres ejércitos. El primero mandado por el príncipe de Waldeck se incorporó con los holandeses y españoles que mandaba Churchill duque de Marlborough, y se dirigió á los Países Bajos contra el mariscal de Humieres, general inexperto que fué vencido en Valcourt (27 de agosto), y obligó á los franceses á abandonar la línea del Sambre. El segundo, mandado por el elector de Brandeburgo, fué á sitiar á Bonn, y el tercero, al mando del duque de Lorena, puso cerco á Maguncia. Estas dos plazas, que defendian Uxelles y Asfeld, hicieron una tenaz resistencia, pero no pudo auxiliárlas el mariscal Duras por mas esfuerzos que desplegó para conseguirlo, y capitularon. El elector y el duque se reunieron (8 de setiembre), y rechazaron á los franceses hasta arrinconarlos vergonzosamente en la Lorena y la Alsacia.

Este triple desastre no correspondia ciertamente á los desesperados esfuerzos que habia hecho la Francia al principiar la guerra, esfuerzos de tanta consideracion, que se hallaba agotado el tesoro. Ciento veinte millones habia gastado aquel año Lepelletier, el sucesor de Colbert, y hubo necesidad de recurrir á medios extraordinarios para seguir la campaña. Se hicieron empréstitos, se alteró el valor de la moneda, se crearon empleos que se vendieron forzosamente á los ricos capitalistas, de modo que dos empleos de tesorero de ahorros fueron vendidos cada cual por

(1) Memorias de Jacobo II, t. IV, p. 66.—Uno de los generales adquirió una espantosa celebridad por sus feroces barbaries; fué Melac, el ejecutor de las crueldades de Louvois, quien durante dos años solo se ocupó en incendiar bosques y pueblos. Su nombre era el terror de las gentes, y para darse un aspecto mas feroz dormia con dos lobos.

700,000 libras, y seis de magistrados relatores del consejo real por 200,000 cada uno (1). Se hicieron pesquisas contra los arrendatarios de las rentas públicas, se pidieron donaciones forzosas á las ciudades, y finalmente no tuvo vergüenza el gobierno de fundir las obras maestras de platería que adornaban los salones de Versalles, y que habian sido cinceladas por Ballin segun los diseños de Lebrun, vendiendo por tres millones lo que habia costado diez.

§. II.—*Campañas de 1690.—Batallas de Fleurus y de Staffarde.*
—Con esos recursos se abrió la campaña de 1690; pero el gabinete de Luis XIV no supo formular un plan que abarcase los diferentes teatros de la guerra, para que, dando union y uniformidad á los movimientos de los diversos ejércitos, convirtiera en realidad á todas las divisiones en un solo ejército. Cada una de esas divisiones operó aisladamente; teniendo cien mil hombres disponibles para pelear delante de enemigos tardos y desunidos, en vez de acometer operaciones atrevidas y decisivas que hubieran terminado muy pronto la guerra, que era un peso insoportable con tan inmensos ejércitos; se entretuvieron en poner sitios y devastar las provincias, y trabaron combates, nó para aniquilar los recursos del enemigo, invadir su territorio y obligarle á pedir la paz, sino para lograr el honor de una victoria estéril y los despojos de un campo de batalla. Vamos á presenciar con mucha frecuencia la inmovilidad de doscientos mil hombres con las armas al hombro, á cien pasos unos de los otros, para favorecer ó impedir la toma de una ciudad completamente inútil para el desenlace de la guerra.

Finalmente, Luis, que queria dirigir sus generales como creiahacerlo con sus ministros, mas bien les pidió sumision que ciencia é hizo de ellos la mas desgraciada eleccion. Crequy habia muerto en 1689; solo quedaban Luxemburgo y Catinat con quienes se pudiera contar; pero estos pálidos reflejos de Condé y de Turena no merecian el cariño de la corte, el primero por su vida desarreglada, y el segundo por su rigorismo filosófico, de modo que siempre los empleó con marcada repugnancia.

El rey envió á Luxemburgo á los Países Bajos, á Boufflers al

(1) La Fare, p. 73.

Moselle, á Lorges, con el delín al Rhin, á Catinat al Piamonte con el objeto de vigilar al duque de Saboya y contener á los españoles del Milanesado, y finalmente á Noailles á Cataluña.

El príncipe de Waldeck se dirigió con cuarenta mil hombres desde Maestricht á Charleroy, y se fortificó en una ventajosa situacion cerca del Sambre y detrás de Fleurus, esperando que el elector de Brandeburgo hubiera tomado otra vez la defensiva en el Mosella para reunirse con él. Luxemburgo replegó su ejército en el Escalda, pasó el Lys, y amenazó á Gante; dejando despues á Humieres para contener á los españoles en la Flandes marítima, partió por el lado del Sambre para incorporarse con la division de Boufflers y atacar á Waldeck con 50,000 hombres.

En un principio provocó al enemigo con escaramuzas, pero este se hallaba muy tranquilo y confiado por sus fuerzas superiores; despues cuando se juntó con Boufflers, pasó el Sambre, atacó el enemigo en su posicion de Fleurus (1 de julio de 1690), flanqueó su izquierda con una evolucion atrevida, y le derrotó completamente.

Seis mil muertos, ocho mil prisioneros, doscientas banderas y toda la artillería formaron el trofeo de esta brillante victoria que hubiera debido rendir al vencedor los Países Bajos, «pues todas las ciudades estaban esperando la menor intimacion para someterse (1).» Pero Luxemburgo, que solo en el campo de batalla tenia las inspiraciones de Condé, era un general descuidado, aficionado á los deleites y sin aplicacion, que jamás supo formar ni llevar á cabo un plan de campaña. Satisfecho con la estéril gloria que habia adquirido, y pretestando la escasez de víveres, dejó que los fugitivos se refugiaron en Bruselas y se reunieran con el ejército de Brandeburgo que los estados generales juntaron apresuradamente. Viéndose entonces inferior en fuerzas, permaneció en inaccion y se contentó con devastar el país enemigo.

El delín y el mariscal Lorges se entretuvieron en el Rhin en ligeras escaramuzas teniendo delante al elector de Baviera que habia sucedido al duque de Lorena (2). Saquearon cincuenta pueblos del electorado de Colonia sin ningun resultado, y por

(1) Memorias de Berwick, t. I, p. 382.—(2) Carlos V murió en 1690, sin haber recobrado su ducado. Heredó sus pretensiones su hijo Leopoldo.

espacio de tres meses dos ejércitos de ochenta mil hombres se estuvieron mirando sin atreverse á presentar batalla.

Lo mismo sucedió en Cataluña donde Noailles tenia la órden de mantenerse en la defensiva. Solamente en los Alpes fué de alguna importancia la guerra. Victor Amadeo, duque de Saboya tan hábil político como excelente general, ambicionaba convertir sus dominios en la potencia dominante de Italia; se habia adherido á la liga, pero no queria declararse, y se inclinaba á vender su alianza á la Francia con la esperanza de engrandecerse á expensas del Austria. Era un príncipe importante por su posicion mas que por sus fuerzas, pues solo él podia ocupar un ejército francés si llegaba á amenazar la Provenza. Louvois consiguió hacerle entrar en la coalicion. Parecia que este ministro tenia un placer en multiplicar los peligros de la nacion ensalzando á su soberano «la gloria de ser solo contra todos.»

Catinat habia sido enviado al Piamonte con doce mil hombres para obligar al duque á abrazar el partido contrario de la liga. Este general avanzó hasta Turin y principió sus negociaciones. Victor se comprometia á dar á la Francia tres mil soldados en prenda de su alianza, y Louvois exigió además la entrega de sus dos grandes plazas Verrue y Turin. El duque no accedió, se declaró en pro de la coalicion, admitió los auxilios del emperador y de España, y proyectó sublevar á los calvinistas del delfinado. Catinat dió en seguida principio á las hostilidades (13 de junio de 1690), exigió subsidios á todo el Piamonte, en tanto que un cuerpo del ejército salido del Rhin conquistaba la Suabia; se dirigió despues con veinte mil hombres á Saluces, dejando una pequeña division á las órdenes de Fouquieres para contener á los montañeses de los Alpes y asegurar las comunicaciones con Francia; pero este cuerpo fué vencido cerca de Lucerna, y se incorporó con el grueso del ejército despues de prolijos trabajos.

El duque de Saboya pasó entonces el Po, esperando dar buen recaudo á Catinat que queria restablecer sus comunicaciones, y encontrándole cerca de Staffarde, trabó la batalla, y fué derrotado (18 de agosto), perdiendo cuatro mil hombres, todos sus bagajes y cañones, y no costando á los franceses esta victoria mas que quinientos hombres.

§. IV.—*Campaña de 1691.—Combate de Leuze.*—La campaña de

1690 habia sido ventajosa á la Francia por las victorias de Beveziers, de Fleurus y de Staffarde, pero las inutilizaba á todas la derrota de Jacobo II en el Boyne. Libre Guillermo de su rival y viendo segura su posición en Inglaterra, pasó al continente para reanimar la coalición, y convocó un congreso en la Haya, donde asistieron los príncipes confederados ó sus ministros. Resolvióse en él que la liga pondría sobre las armas ciento veinte mil hombres.

Luis XIV hizo subir á cien mil hombres el ejército de Flandes (1691) del cual tomó el mando y fué á sitiar á Mons. Esta ciudad era la llave de la Bélgica, pero no pudo resistir á la ciencia militar de Vauban, que hizo esfuerzos prodigiosos para rendirla. En vano acudió Guillermo á libertarla, y no atreviéndose á atacar el ejército que defendía el sitio, se rindió Mons (9 de abril de 1691). La toma de esa ciudad fué el único fruto de los inmensos gastos hechos para seguir la campaña. La guerra perdía toda su importancia cuando el rey mandaba el ejército; no era mas que una parada pomposa y sonora, en la que los generales no se atrevían á acometer empresa alguna por sí propios, y limitaban toda su ciencia á preparar la rendición indispensable de una ciudad.

Después de la toma de Mons, Luis XIV dejó el mando del ejército á Luxemburgo, y lo restante de la campaña se pasó en marchas y escaramuzas, en las cuales el mariscal, aunque con fuerzas inferiores, hizo frustrar todos los proyectos del enemigo negándose á aceptar la batalla. Guillermo terminó por dejar su ejército y encargar á Waldeck que lo retirara á cuarteles de invierno. Este cumplió sus órdenes con tanta lentitud que Luxemburgo, que se hallaba cerca de Tournay, tomó veinte y ocho escuadrones de la casa real, cruzó cinco leguas á la carrera, y se arrojó de pronto en Leuze sobre la retaguardia enemiga compuesta de setenta y dos escuadrones; pero la única utilidad del vencedor en esta jornada fué la gloria (19 de setiembre) (1).

Menos importantes fueron las operaciones del Rhin, donde el mariscal de Lorges se mantuvo en la defensiva y se contentó con alimentar su ejército á expensas del país enemigo.

Los aliados hicieron los mayores esfuerzos en el Piamonte pa-

(1) Villars, t. I, p. 398.

ra auxiliar al duque de Saboya, y Guillermo le envió tres regimientos de refugiados franceses, pero Catinat consiguió allí iguales triunfos y tomó á Villafranca, Niza, Oneglia y Montmelian que era una de las plazas mas fuertes de Europa.

El duque de Noailles se apoderó en Cataluña de Urgel, y el conde de Estrées bombardeó á Barcelona y Alicante.

§. V.—*Campana de 1692.—Batalla de Wight ó de la Hogue.—Toma de Namur.—Combate de Steinkerke.—Invasión de la Provenza.*—Guillermo regresó á Inglaterra donde habia adquirido fuerzas el partido jacobita y tramaba continuas conspiraciones. La nacion le acusaba de que sacrificaba sus recursos para satisfacer su odio personal contra Luis XIV, y se quejaba de la enormidad de los impuestos, y de sus tiranías; parecia que solo sostenia á Guillermo una faccion, y que bastaba el menor empuje para derrocarlo. La corrupcion habia llegado además á su colmo en Inglaterra, donde el movimiento protestante de 1688 no habia engendrado otra filosofía que el sensualismo de Locke, el ateismo de Hobbes y el escepticismo de Bayle; la nacion parecia estar en almoneda; todas las virtudes políticas merecian mofa y desprecio; Jacobo tenia relaciones con el consejo de Guillermo y éste con la corte de Jacobo, y tanto de una parte como de otra hacian traicion á los mismos que compraban. Era el momento mas favorable para verificar un desembarco en Irlanda.

El único que en Francia hubiera podido llevar á cabo este proyecto era el jóven ministro que habia conquistado á su patria en pocos años la preeminencia marítima; pero habia bajado ya al sepulcro Seignelay (3 de noviembre de 1690), y habia dejado por sucesor á Pontchartrain, magistrado demasiado débil para el ministerio de hacienda. Reuniéronse no obstante desde Caen á Cherburgo trescientos barcos de transporte y quince mil hombres al mando de Jacobo y del mariscal Bellefonds, y la escuadra de Tourville que estaba en Brest, y la de Estrées, que se hallaba en Tolon, recibieron la orden de reunirse y despejar la Mancha. Luis XIV debia en tanto conducir cien mil hombres á Flandes para distraer á Guillermo, Lorges tenia encargo de contener á los imperiales en el Rhin, y Catinat y Noailles el de tomar la ofensiva en el Piamonte y Cataluña.

Sabedor Guillermo del peligro por conducto de los cortesanos

de Jacobo, desplegó una actividad prodigiosa; reanimó la liga demostrándole el fantasma de monarquía universal de Luis XIV, envió refuerzos á los Países Bajos, y dió orden para que se reunieran las escuadras inglesa y holandesa.

Ya estaba dispuesto el ejército de desembarco; Tourville estaba en alta mar y solo se esperaba á Estrées que se hallaba á la sazón combatido por las tormentas en el golfo de Vizcaya. Todo podia perderse con un retardo demasiado prolongado. El almirante Russel cruzaba la Mancha para incorporarse con los holandeses, y Luis mandó que le atacase sin hacerse cargo de su fuerza. El rey contaba, segun le habia prometido Jacobo, con la desercion de una gran parte de la escuadra inglesa, y sabia que Russel seguía una correspondencia secreta con el rey destronado. Tourvillé obedeció, pero en el momento en que se halló al frente del enemigo, acababan de juntarse las dos escuadras aliadas, componiendo ochenta y ocho navíos, treinta y siete fragatas con cuarenta mil hombres y siete mil cañones. El solo tenia cuarenta y cuatro navíos y once fragatas, pero creyendo segura la victoria, se arrojó denodadamente sobre el enemigo (20 de mayo de 1692).

Se trabó la batalla en medio de la Mancha entre el cabo de la Hogue y la isla de Wight, duró seis horas, los franceses se cubrieron en ella de gloria y no sufrieron pérdida alguna en tanto que los aliados dejaron en el fondo de las aguas dos navíos y cinco fragatas. Pero como las fuerzas eran desiguales, Tourville dió la señal de retirada, y la efectuó sin desorden. El enemigo le persiguió con encarnizamiento.

En el vasto sistema de puertos concebido por Colbert para convertir á la Francia en una potencia marítima, se habia dejado en el olvido á Cherburgo (1), situado en frente de Portsmouth, y las escuadras de la Mancha no tenian mas asilo que San Malo. Caro se pagó este yerro que no se reparó hasta pasado un siglo. Durante la retirada de Tourville, se separaron siete de sus navíos y se dirigieron á refugiarse en Brest; él resolvió con los treinta y siete restantes llegar á San Malo en defecto de puerto en Cherburgo, dirigiéndose por el estrecho de Blanchard entre la costa de Cotentin y las islas de Aurigny y Guernesey. Veinte y dos navíos

(1) Véase la Geografía militar de T. Lavallée, p. 437, 3.ª edición.

cruzaron felizmente este paso tan peligroso, tres que estaban estropeados se quedaron en Cherburgo, y sorprendidos doce por un viento contrario, quedaron inmóviles en el paso, y no pudiendo andar se retiraron á la rada indefensa de la Hogue.

Pronto se divisaron los aliados; treinta navíos emprendieron inútilmente la persecucion de los veinte y dos que entraron en San Malo; diez y siete fueron á asaltar á los tres refugiados en Cherburgo, y los incendiaron despues de un combate terrible; y cuarenta tomaron el rumbo de la rada de la Hogue. Tourville pidió auxilio á Jacobo y al mariscal de Bellefonds; hizo desembarcar la tripulacion, dismantelar y encallar los doce navíos, y resolvió defenderlos con sus chalupas; pero el enemigo le asaltó con fuerzas tan superiores, y Jacobo anduvo tan lento en auxiliarle, que no pudo impedir que los doce navíos fueran presa de las llamas. El ejército se dispersó por las costas, temiendo un desembarco, se frustró el plan de campaña, y se desvanecieron allí las esperanzas de Jacobo (1).

La batalla de Wight se hizo muy popular en Inglaterra; la fama exageró esta jornada, que Tourville llama justamente en su relacion al rey «la accion mas gloriosa acaecida nunca en el mar,» y todos los historiadores han repetido que el desastre de la Hogue fué la ruina de la marina francesa. Pero muy pronto salieron al mar fuerzas iguales á las que habia antes de la derrota, y algunos dias despues los veinte y dos navíos retirados en San Malo se dividieron en diversas escuadras y apresaron dos flotas mercantes.

Siendo el resultado inmediato de la jornada de la Hogue la ruina de la expedicion de Irlanda, era muy razonable dirigir todos los esfuerzos á la guerra continental; pero tambien allí faltaba el ministro que daba con su genio administrativo unidad y

(1) Este escribia á Luis XIV: «He sostenido hasta el presente con constancia y resolucion el peso de las desgracias que me ha enviado el cielo hasta que he sufrido yo solo; pero este último suceso me desalienta, y estoy desconsolado al considerar que he ocasionado á V. M. los inmensos desastres que acaba de sufrir..... Esto me hace ver claramente que ya no merezco los auxilios de tan gran monarca, y estoy seguro de que vencerá siempre que no pelee en mi defensa. Por esta razon suplico á V. M. que no se tome mas interés por un príncipe tan desgraciado como yo, y que me permita retirarme con mi familia á cualquier rincon del mundo..... etc.»

fuerza á los ejércitos. Louvois murió en el momento en que iba á caer por la influencia de madama de Maintenon (1691), pues los incendios del Palatinado habian inspirado horror al mismo monarca. Luis habia considerado siempre á Louvois, á Colbert y á Lionne únicamente como unos buenos dependientes; alucinado por su excesiva confianza en sí mismo, habia llegado á persuadirse de que podia hacerlo todo sin necesidad de consejeros. «Su obligacion, decia él mismo, era mandar todas las cosas y decidir de las de mayor importancia igualmente que de las mas insignificantes, y la de los ministros tomar órdenes y hacerlas ejecutar (1).» De modo que muerto Louvois, le dió por sucesor á su hijo Barbezieux que solo tenia veinte y cuatro años. «Yo he formado á vuestro padre, le dijo, y os formaré lo mismo á vos.»

Mientras Luis preparaba su expedicion de Irlanda, los aliados habian organizado por su parte treinta mil hombres, cuatro regimientos de refugiados, y grandes provisiones para intentar una invasion en el mediodía de Francia y formar allí una Irlanda protestante. El rey mandó á toda la nobleza de esas provincias [que saliese á campaña «para que no quedara ningun convertido de consideracion que pudiera ponerse al frente de los que intentaran tomar las armas.» Se fortificaron las costas, se armaron las milicias, y viendo los aliados que se habian tomado tantas precauciones, dirigieron su ejército á los Países Bajos. Luis hizo marchar hácia allí cien mil hombres que sitiaron á Namur. Ese fué uno de esos grandes sitios que caracterizan la importancia de los actos militares del reinado de Luis XIV, pues si la guerra campal se hacia por rutina, la de los sitios habia logrado un progreso tan notable, que no ha mejorado casi desde aquella época hasta nuestros dias. El sitio de Namur fué considerado como la obra maestra de Vauban, á quien opusieron en vano los holandeses al sábio Cohorn. Guillermo intentó libertar la plaza con cien mil hombres, pero Luxemburgo, que se hallaba situado en Mehaigne, supo estrecharlo con hábiles operaciones, y Namur se rindió á pesar de sus esfuerzos (30 de junio de 1692).

Esta conquista produjo una sensacion profunda y fué muy celebrada; pero lleno de regocijo Luis por haber humillado á su enemigo, se contentó con esta gloria estéril, y en vez de sacar

(1) Saint-Simon, t. VII, p. 252.

partido de la toma de Namur presentando la batalla á Guillermo y derrotándolo, partió del ejército con su corte y su familia y regresó á Versalles. Envió muchos destacamentos al Rhin y al Piamonte, y Luxemburgo, aunque inferior en fuerzas, se mantuvo en la defensiva. Guillermo trató entonces de reparar el descalabro de Namur, engañó al mariscal sobre la dirección de su marcha por medio de un espía que le hacían traicion, y le atacó de improviso en un desfiladero peligroso entre Steinkerke y Enghien (4 de agosto). El ejército fué derrotado en el primer momento de la sorpresa, pero Luxemburgo lo reunió con tanta audacia como acierto, y precipitándose ante el enemigo los príncipes de sangre real y las tropas de la casa del rey, Guillermo se vió precisado á retirarse. En esta ocasion se debió la victoria tan solo por vez primera á la infantería, y la batalla de Steinkerke adquirió por esta circunstancia una nombradía muy popular. Guillermo, que tanto talento habia desplegado en el ataque y en la retirada, pero que de veinte batallas que dirigiera, solo habia ganado en su vida la del Boyne, perdió ocho mil hombres en Steinkerke y se retiró á Bruselas.

Los desastres de Italia compensaron la toma de Namur y la victoria de Steinkerke. Los refuerzos destinados á Flandes habian dejado á Catinat con ocho ó diez mil hombres, mientras que Víctor Amadeo contaba cincuenta mil con los veinte y cinco mil imperiales que le trajera el príncipe Eugenio de Saboya (1). Catinat se mantuvo en la defensiva, y custodió los pases de Sui-

(1) Era hijo del conde de Soissons y de Olimpia Mancini. El conde de Soissons era hijo de Tomás de Saboya y de la hermana del conde de Soissons Borbon muerto en la Marfée.—Habiéndose creado en 1679 un tribunal sangriento para informar sobre los numerosos envenenamientos que habian llenado de terror á París, la marquesa de Brinvilliers, que era una mujer perversa, y que habia aprobado y sostenido este medio de deshacerse de sus enemigos y parientes, fué descubierta y decapitada. Viéronse comprometidos en los procesos numerosos que se instruyeron con ese objeto el mariscal de Luxemburgo, el duque de Vendome y la condesa de Soissons, la cual huyó de la nacion y se retiró á España, donde habiendo sido acusada por la repentina muerte de la reina, hija del duque de Orleans, se refugió en Alemania. Su hijo participó de la mala nombradía de su madre, pues Luis XIV le negó la petición que le hizo primero de una abadía y despues de un regimiento. Entonces ofreció sus servicios al emperador. «No os parece que hemos perdido un grande hombre?» dijo Luis á sus cortesanos.

za y de Pignerol, pero dejando el enemigo la mitad de sus fuerzas para contenerle, y dirigiéndose á los Alpes, cruzó esta cordillera por los pasos que le indicaron los protestantes, y se arrojó en el Valle del Durance (agosto de 1692). Marchaban al frente de los aliados cuatro mil refugiados que mandaba el hijo del mariscal Schomberg. Este ejército invasor, deseando vengarse de la devastacion del Palatinado, pasó á sangre y fuego á Embun y Gap con setenta aldeas ó castillos. El peligro era cada día mas inminente, pero obligaron al enemigo á emprender la retirada una asoladora epidemia y las armas de los montañeses. Catinat recibió entonces refuerzos, y se trasladó la guerra al Piamonte.

Todos esperaban que los imperiales desplegarían inmensos esfuerzos en el Rhin. El emperador, orgulloso hasta entonces por haber sojuzgado á los húngaros y ver elegido á su hijo rey de romanos, se negó obstinadamente á reconciliarse con la Puerta. Animados los turcos con las promesas de Luis XIV lograron algunas ventajas, pero fueron vencidos completamente en la batalla de Szalankement, y el emperador pudo desde entonces disponer de todas sus fuerzas para continuar la guerra contra la Francia.

Lorges, empero, cruzó el Rhin, tomó á Pforzheim, venció á los imperiales en Heidesheim y devastó una gran parte de la Suavia.

Nada importante ocurrió en Cataluña.

§. VI.—*Estado angustioso de Francia.—Campana de 1693.—Batallas de Neerwinden, de la Marsaille y del cabo de San Vicente.—Operaciones marítimas.*—Francia habia empleado recursos superiores á sus fuerzas en dinero y hombres en una guerra que obligaba á tener sobre las armas á cuatrocientos mil hombres, y que duraba cuatro años hacia sin mas daño para el enemigo que la rendicion de dos ó tres ciudades, la devastacion de algunas provincias y la destruccion de muy pocas naves. No habian cesado además los fastuosos gastos de Luis XIV; la industria se resentia aun de la fuga de los protestantes; en fin ya no existia Colbert, y sus sucesores no sabian inventar mas que medios rentísticos desastrosos y tiránicos. El país era víctima de la mas espantosa miseria, las malas cosechas habian acarreado el hambre y la escasez, cuadrillas de aldeanos hambrientos salian á ro-

bar en los caminos públicos, y era tan extrema la despoblacion que la mitad del ejército estaba formado por aventureros de todas las naciones. «No era un ejército francés, decia el rey, sino el ejército de Francia (1).»

Como Luis habia tenido cuidado de publicar por todas partes que solo combatia contra los herejes, la guerra se habia hecho muy popular en un principio, pero eran tan extremados ya los sufrimientos, que el pueblo acusaba á la ambicion del rey como origen de todas sus desgracias; y mofándose de madama de Maintenon, del padre de la Chaise, de los jesuitas y de los bastardos, llamaba á Luis en sátiras sangrientas el hijo de Mazarino. Los refugiados calvinistas fomentaban con destreza estas causas de descontento; habian formado una escuela literaria y filosófica fundada en la libertad de pensamiento, atrevida, lacónica, seria, triste y rebosando odio contra el gobierno de Luis XIV y la monarquía absoluta y que presagiaba la escuela filosófica del siglo diez y ocho. Sus escritos eran violentos y acres, invitaban á la nobleza á recobrar sus privilegios; á las provincias á sacudir el yugo de los intendentes, y á la Francia á reconquistar sus privilegios. «Los derechos de los pueblos, decian ellos, son sagrados, y no se estinguen por la usurpacion de los príncipes.» Recordaban que en otro tiempo los señores eran iguales al rey, que las ciudades y provincias se gobernaban entonces por sí mismas, y que la monarquía absoluta apenas contaba medio siglo de existencia; y criticaban con amargos y justos sarcasmos las costumbres orientales, fastuosas y desordenadas del Asuero de Francia, «que se habia creado papa, muftí, gran pontífice y príncipe absoluto en las cosas sagradas.»

Lleno de inquietud Luis al ver la miseria pública, y oyendo el clamor universal, hizo proposiciones muy moderadas. Guillermo, que tenia necesidad de continuar la guerra para sostenerse en un trono conmovido por los partidos, manifestó á los aliados que no debian cejar en el momento en que la Francia se hallaba reducida á la miseria, y cuando debia esperarse un levantamiento popular en especial entre los calvinistas, y que era forzoso aprovecharse de la union en que toda Europa se hallaba por la vez primera para humillar al enemigo comun. Fueron pues rechaza-

(1) Dangeau.

das las proposiciones de Francia, y Luis hizo los mayores esfuerzos para emprender la campaña de 1693. Reanimó la adhesion de su ejército creando siete mariscales, entre los cuales se hallaban Tourville y Catinat, instituyendo la orden de San Luis, engrandeciendo á Saint-Cyr y los Inválidos, y redactando reglamentos sobre las pensiones militares. Se proporcionó dinero pidiendo de adelantado á los arrendatarios generales, compañía rentística que disponia de casi todos los capitales del reino, y creando nuevas rentas sobre las casas consistoriales, en interés de las cuales afectó el ingreso especial de una parte de los arriendos. Y poniéndose al frente del ejército de Flandes, se dirigió á Bruselas y amenazó á Lieja.

Guillermo puso en esta última ciudad una guarnicion de diez y ocho mil hombres, y se comprometió con tanta imprudencia entre Namur y Bruselas, que se encontró con cuarenta mil hombres y delante de cien mil. Su situacion era desesperada, y él mismo lo conocia. Pero en vano suplicó Luxemburgo al rey que se diese la batalla, en vano el ejército pidió á una voz que se atacase al enemigo, «pues nada pudo vencer la repugnancia de Luis á emprender una lucha tan desigual.» Dispersó sus tropas, dejó que Guillermo levantara el campo sin peligro, y partió á Versalles. «El efecto de esta retirada fué increíble entre los soldados y aun entre el pueblo (1),» y el rey no volvió á dirigir jamás sus ejércitos.

Luxemburgo intentó volver á encontrar la ocasion tan desafortunadamente perdida, fingió dirigirse hácia Lieja, y cuando creyó que Guillermo habia enviado una parte de sus fuerzas para defender á esta ciudad, revolvió contra él á marchas forzadas (28 de julio de 1693); pero le halló atrincherado delante de Gheté en una posicion formidable custodiada por cien cañones, y apoyándose en las aldeas de Neerwinden y Neerlanden. Le atacó de frente. Los esfuerzos principales del ejército francés se dirigieron contra Neerwinden que era la llave de la posicion. Tres veces fué tomada esa aldea y tres veces perdida. Guillermo creia segura la victoria despues de haber rechazado á los sitiadores fuera de las trincheras al frente de su regimiento de refugiados, pero viendo desordenarse la caballería francesa, que hacia diez

(1) Saint-Simon, t. III.

horas que permanecía impasible sufriendo el fuego de sus cañones, insolente nación! (1) exclamó con furor. Los regimientos de la casa real hicieron entonces el último esfuerzo, tomaron á Neerwinden por el flanco, permanecieron allí á pesar de un fuego espantoso, y rechazaron el ala derecha de los aliados hasta Gheté. Desordenándose entonces el centro, Guillermo emprendió con órden la retirada.

La batalla costó á los aliados catorce mil hombres y ocho mil á los franceses, pero tuvo esta brillante victoria las consecuencias de la de Fleurus; todo el fruto de ella se redujo á la toma de Charleroy. El ejército estaba falto de víveres y la Bélgica asolada, los vencidos recibieron refuerzos, y Luxemburgo, que solo tenía actividad y genio en medio del fuego de las batallas, volviendo á caer en la indolencia y en su afán de placeres y diversiones, se valió de este pretexto para dejar libre al enemigo. Nunca había parecido la guerra tanto como entonces un juego sangriento provechoso tan solo para la gloria del general vencedor, en vez de un medio precioso de conquistar la paz.

Aunque el ejército que mandaba el delfín ascendía á ochenta mil hombres, no ejecutó en el Rhin un movimiento inspirado por una idea precisa y un plan prefijado; se creía que el mejor medio de no ser vencido consistía en rehusar las batallas, y las tropas permanecían acantonadas en las líneas desde donde se enviaban destacamentos para asolar y llenar de terror el país enemigo. Este ejército además estaba enteramente indisciplinado, merodeando siempre, incendiaba las aldeas y ciudades subalternas, y los generales se veían en la precisión de ahorcar veinte soldados cada día (2). Cruzó por fin el Rhin, pero fué tan solo para destruir segunda vez el Palatinado. El mariscal de Lorges manchó su nombre con atroces crueldades en la toma de Heidelberg, y el príncipe de Baden, que se situó en Heilbronn sin poder ser rechazado, detuvo la marcha invasora y sangrienta de los franceses.

Los aliados reorganizaron en Italia su ejército, y trataron de penetrar otra vez en el Delfinado, pero Catinat les salió al encuentro en todas partes. Pusieron entonces sitio á Figuerol. El mariscal, después de haber recibido con los refuerzos de

(1) Saint-Simon, t. II, p. 111.—(2) Villars, t. I, p. 218.

Flandes, salió de Suza, y resolvió volver á tomar la ofensiva. Creyendo el enemigo que se dirigia á libertar á Pignerol, levantó el sitio y emprendió la retirada, pero al ver que se acercaba á Turin, se detuvo en el arroyo de Cisola en Marsaille, y se vió precisado á combatir (4 de octubre de 1693). La batalla fué muy encarnizada, los refugiados calvinistas perecieron casi todos heroicamente, y por último una carga á la bayoneta de veinte batallones franceses derrotó completamente al enemigo, haciéndole perder doce mil hombres y toda su artillería. Esta fué la primera vez que la bayoneta representó un papel decisivo en una batalla. La victoria fué completa, y Catinat quedó dueño absoluto del Piamonte.

La guerra seguía en el mar con no menos encarnizamiento. Francia había reparado muy pronto el desastre de la Hogue, y las dos escuadras de Tourville y de Estrées formaban ochenta naves; pero los aliados tenían ciento quince, y recorrían las costas de Normandía para apoyar la llegada de una gran flota del levante compuesta de ciento cuarenta buques mercantes escoltados por veinte y siete navíos. Tourville fué á esperar esa flota á la costa de Portugal, la alcanzó cerca del cabo de San Vicente y venció su escolta. Entonces la escuadra formó un semicírculo en el cual apresó ó incendió todos los buques que encontrara, y solo se salvaron quince navíos y cincuenta buques mercantes que se refugiaron en los puertos de España. Tourville los persiguió hasta Cádiz y Málaga, y destruyó en estos puertos todas sus naves. Esta victoria costó á los aliados mas de cuarenta millones, y llenó de consternacion su comercio.

Francia dominaba los mares con sus corsarios lo mismo que con sus armadas. Salían continuamente de los puertos franceses escuadras mandadas por Duguay-Trouin, Juan Bart, Forbin, Nesmond, Pointes y Ducasse que saqueaban las costas de España, intentaban desembarcos en Escocia é Irlanda, y sorprendían las flotas y convoyes, ó bien navíos aislados y tripulados por intrépidos marinos que emprendían expediciones lejanas con una audacia que rayaba en lo fabuloso. En todas partes se hallaban corsarios franceses, aparecían al mismo tiempo en todas las costas, acometían los navíos de primer orden, atravesaban por entre numerosas escuadras, y parecía que se burlaban de los vien-

tos lo mismo que de los enemigos. Casi todos eran bretones ó normandos, habituados á las fatigas y privaciones, que desafiaban los peligros, peleaban por la codicia del botin, y volvian llenos de triunfante regocijo á Dunquerque, á Dieppe, al Havre ó á San Malo con los despojos de los comerciantes de Lóndres ó de Amsterdam.

San Malo era ya la ciudad marítima mas rica de Francia, sus corsarios los mas atrevidos, sus bajeles los mas veleros, y sus presas las mas numerosas é importantes; y en el trascurso de nueve años se apoderó de doscientas sesenta y dos naves de guerra, y de tres mil trescientos ochenta barcos mercantes. Los ingleses estaban llenos de indignacion contra esa ciudad y enviaron á bombardearla una escuadra de veinte navíos (29 de noviembre de 1693) que lanzó sobre ella un barco incendiario de inmensas dimensiones, el cual la hubiera destruido hasta sus cimientos á no haber estallado á distancia de media legua de la ciudad. La guerra tomó un carácter de bárbara atrocidad que acarreará el incendio del Palatinado y que se extendió hasta las colonias europeas; los holandeses se apoderaron de Pondichery, los ingleses asolaron á Santo Domingo y la Martinica, y los franceses arruinaron la Jamaica y Terranova.

§. VII.—*Campaña de 1694.—Situacion de la hacienda.—Capitacion.*—Luis XIV conservaba íntegra la superioridad que habia conseguido sobre la Europa entera; pero conocia que le iban faltando las fuerzas, y los aliados redoblaron sus esfuerzos para abrir la campaña de 1694, de modo que todos los generales franceses recibieron la órden de mantenerse en la defensiva, á excepcion del mariscal de Noailles, que teniendo que combatir mas con los españoles, podia decidir el término de la guerra con sus victorias. Luxemburgo estaba situado entre Mons y Maubeuge. Habiendo Guillermo intentado en vano obligarle á presentar batalla, se dirigió al Escalda para apoderarse de las ciudades de la Flandes marítima, que podia estrechar entre su ejército y su escuadra. Luxemburgo adivinó su intento, hizo que partiera toda su caballería, y con el resto de su ejército cruzó una distancia de cuarenta leguas en cuatro dias. Cuando Guillermo llegó al Escalda y vió á los franceses atrincherados detrás del rio, se quedó absorto y se puso en retirada. Esta fué la mas brillante y la úl-

tima campaña de Luxemburgo, pues murió al año siguiente, y fué su sucesor el mariscal de Villeroy, cortesano frívolo y presuntuoso, á quien Luis XIV profesaba una ciega predilección.

En el Rhin todo se redujo á escaramuzas y marchas insignificantes «para proporcionarse víveres en país enemigo;» y en Italia, Catinat estaba reducido á la defensiva, por los refuerzos enviados á Cataluña, donde el duque de Saboya estaba negociando secretamente con la corte de Francia. En Cataluña, Noailles venció á los españoles en Vergés del Ter (21 de mayo de 1694), se apoderó de Palamós, Gerona, Hostalrich y Castellfollit, é iba á poner sitio á Barcelona de acuerdo con Tourville, cuando frustró este proyecto una escuadra enemiga de ochenta naves que llegó al Mediterráneo.

Los ingleses trataron en tanto de convertir en ruinas los albergues de corsarios que entorpecían y defraudaban su comercio; ejecutaron un desembarco cerca de Brest, pero acudió allí Vauban que estaba encargado de fortificar todas las costas, guarneció rápidamente la rada con doscientos cañones y morteros, y atacó con tanto arrojo á las tropas desembarcadas y á la escuadra (18 de junio de 1694), que todos los enemigos se vieron precisados á reembarcarse con pérdidas considerables. Los ingleses incendiaron entonces á Dieppe, cuyas casas eran de madera, pero atacaron infructuosamente al Havre, Dunquerque y Calais. Estas expediciones no fueron suficientes para contener las correrías aventureras de los corsarios franceses. Los holandeses se apoderaron de un convoy de granos que el rey hacía venir del Báltico; Juan Bart los atacó con seis fragatas en frente del Texel, y los venció (19 de junio de 1694). Les apresó tres buques y condujo el convoy á Francia.

Luis había agotado ya todos sus recursos rentísticos. Lepelletier y despues de él Pontchartrain se ingeniaron incesantemente para llenar el tesoro, y no podían atender á los enormes gastos de una guerra que absorbió en diez años la cantidad de 703.418,000 libras. Ya se habían pedido cantidades extraordinarias á las ciudades, al clero y á los particulares, y se habían refundido y alterado las monedas elevando su valor desde 26 libras, 15 sueldos, á 29 libras y cuatro sueldos, operación que produjo cuarenta millones. La contribución subió al doble de

lo que era en tiempo de Colbert. «Pontchartrain sacó en ocho años ciento cincuenta millones con el derecho sobre las pieles curtidas y la cera, inventando nuevos empleos, y con otros medios onerosos (1);» constituyó gobiernos en las ciudades y villas mas insignificantes, y sacó seis millones de la venta de estos cargos; obligó á los que habian comprado cargos y dignidades en la última guerra á que confirmasen su posesion, y les arrancó cuatro millones; vendió quinientas cartas de nobleza á 2,000 escudos cada una, vendió títulos, y vendió por fin los destinos de alcalde, regidor etc. La creacion y venta de todos esos empleos era una inmensa llaga que amenazaba gangrenar el gobierno de Luis XIV; creáronse en el espacio de treinta años cuarenta mil empleos nuevos; y su venta, al mismo tiempo que corrompia el carácter nacional, multiplicó las corporaciones, disminuyó el número de los contribuyentes, y fué una verdadera enajenacion de la soberanía.

Estos desórdenes llegaron al colmo con la creacion de un impuesto regular que no debia durar mas que la guerra (1695); llamábase la *capitacion* establecida sobre todos los cabezas de familia, los cuales estaban repartidos en veinte y dos clases sin distincion segun su fortuna, siendo designado en la primera el delfin (2). Este impuesto produjo veinte y dos millones, y aunque era el mas justo de todos, solo sirvió para aumentar la miseria pública.

Existian tantas cosas cargadas con el impuesto y que no podian escaparse á la extensa red con que los empleados de hacienda habian cubierto todo el reino, que todos preferian estar ociosos á trabajar y ver el fruto de su trabajo convertido en utilidad del fisco. Todos estos impuestos estaban repartidos y cobrados del modo mas ilegal, arbitrario y tiránico, y la recaudacion era tan onerosa, que el estado no percibia la mitad de lo que exigia á los ciudadanos. Las reformas de Colbert habian desaparecido por su insuficiencia. El impuesto pasaba por las manos de mas de cien mil recaudadores, contra los cuales no habia recurso alguno, porque no existia ninguna gerarquía entre ellos, ni dependian de una administracion central, y eran ellos mismos sus

(1) Choissy, p. 343.—(2) La primera clase, que comprendia solo al delfin, pagaba 2,000 libras, la segunda 1,500, la tercera 1,000 y la vigésima segunda una libra.

propios jueces. De modo que se demostró por medio de una estadística de Francia redactada en 1698 para instrucción del duque de Borgoña que había países que habían perdido la tercera parte y hasta la mitad de la población por los estragos de la guerra, la enormidad de los impuestos, la organización de las milicias, y el paso de los soldados. Vauban escribía en aquel mismo año que una décima parte del reino estaba reducida á la mendicidad y mendigaba realmente (1). La Francia parecía abocada á una pendiente de decadencia semejante á la de España, y á pesar de su miseria, que formaba la esperanza de los aliados, se veía obligada á continuar la guerra.

§. VIII.—*Campaña de 1696.—Tratado con el duque de Saboya.*—Guillermo tenía necesidad de ganar una batalla: acababa de morir su mujer que era la única que le daba algún derecho al trono (2), y parecía que solo se sostenía en Inglaterra por un milagro. Al frente de sesenta mil hombres se presentó delante de los muros de Namur, (donde logró entrar el mariscal Boufflers con treinta batallones), y dejó al príncipe de Vaudemont con treinta mil combatientes en el Mehaigne para apoyar el sitio. Villeroy tenía ochenta mil hombres y podía aniquilar á los treinta mil, pero marchó con tanta lentitud que el enemigo tuvo tiempo suficiente para emprender la retirada. Aun era tiempo no obstante de destruir su retaguardia; el duque del Maine, que mandaba el ala derecha, recibió orden de atacar, pero á pesar de las

(1) «Segun las investigaciones que he podido hacer durante mis estudios, he notado que en estos últimos años mas de la décima parte del pueblo está reducida á la mendicidad y mendiga en efecto; que de las otras nueve partes existen cinco que no se hallan en estado de hacer limosna, porque ellas mismas se ven reducidas casi á una condicion tan desastrosa, que de las cuatro partes que restan las tres están en mala situacion y llenas de deudas y procesos; y que la décima, en la cual coloco á las gentes de espada y de toga, eclesiásticas y legas, toda la alta nobleza, la nobleza distinguida, los empleados militares y civiles, los comerciantes ricos y los propietarios que viven de sus rentas, no se pueden contar 100,000 familias, y no creeria mentir si dijera que no hay 10,000, entre grandes y pequeños, que pueda asegurarse que se hallen completamente sobrados.» (Vauban, Diezmo real, p. 34, edicion de Baire.)—(2) María, que profesaba á su esposo una adoracion fanática, no manifestó jamás remordimientos por la conducta que observó con su padre. Gobernaba á Inglaterra en ausencia de Guillermo, y eran sus consejeros el refugiado francés Jurien, uno de los ministros calvinistas mas exaltados, y Burnet, sábio doctor inglés que habia preparado la revolucion.

súplicas de sus oficiales, permaneció inmóvil, y Vaudemont se salvó sin obstáculo ni daño de una segura derrota. Villeroy trató de distraer á Guillermo del sitio de Namur tomando á Dixmuda y bombardeando á Bruselas, pero no sirvió de nada á la guarnicion de Namur que capituló despues de una brillante resistencia (2 de setiembre de 1696).

En los demás teatros de la guerra no acaeció niñgun suceso de importancia. Los aliados continuaron en los mares bombardeando los puertos franceses, y se establecieron en todas partes baterías flotantes para rechazar sus ataques. Amenazaron ciento treinta velas todas las costas, pero se limitaron á saquear y devastar en Calais, Belle-Isle, en las arenas de Olonne y la isla de Rhe.

Los franceses continuaban tambien con igual éxito su guerra de corsarios. Juan Bart, bloqueado por catorce navíos ingleses en Dunquerque, salió con siete fragatas saludando al enemigo con todos sus cañones, y encontrándose con una flota holandesa de ochenta velas que venia del Báltico escoltada por cinco fragatas, se apoderó de la escolta y de cuarenta barcos. A su regreso encontró trece navíos ingleses que le obstruian el paso; quemó sus cinco fragatas, pasó por en medio de los ingleses, y volvió á entrar con su presa en Dunquerque.

La Francia no cesaba de negociar, y segun el carácter de su diplomacia, trataba de conferenciar separadamente con sus enemigos. Véase ya libre del menos belicoso, pero no del menos temible, que era el papa. Habiendo muerto Inocencio XI, seguian su misma política sus sucesores Alejandro VIII é Inocencio XII, pero Luis negoció con este último, que consintió en conceder las bulas de los obispos nombrados por el rey, pues todos estos prelados desaprobaban la declaracion de 1682, y el rey escribió de su letra una carta al papa diciéndole que desistia de esta declaracion.

Se trabajó en seguida para separar de la liga al duque de Saboya, pero para conseguirlo fué preciso que Luis XIV convirtiese en gran soberano á un vasallo desprendido de la unidad francesa. La corte le devolvió todos sus estados y le cedió á Pignerol (20 de agosto de 1696), la llave de Italia que en el trascurso de siglo y medio habia pertenecido mas de cien años á Francia; se destinó su hija en casamiento para el duque de Borgoña,

primogénito del delfín, y fué tratado en lo sucesivo lo mismo que los soberanos coronados. Prometia con estas condiciones unir sus tropas á las de Francia para obligar á los aliados á reconocer la neutralidad de Italia.

Esta defeccion desordenó la liga, y se entablaron negociaciones para tratar de la paz general y del arreglo de las diferencias de Francia con los aliados en Ryswick (1), cerca del Haya, bajo la mediacion de la Suecia, potencia que habia abandonado la coalicion al empezar las hostilidades y permanecido neutral. Guillermo no pudo resistir por mas tiempo las quejas de Inglaterra y de Holanda, que eran las únicas que pagaban los gastos de la guerra sin esperanza de añadir á sus provincias un palmo de territorio. Solo el emperador queria continuar las hostilidades, con la halagüeña idea de que la liga existiria aun en el momento que él suponía muy próximo en que el trono de España quedase vacante con la muerte tan esperada de Carlos II. Este fué por cierto el motivo que decidió tambien á Luis XIV á sacrificarlo todo para obtener la paz, y por esta razon ofreció condiciones que no estaban de ningun modo en relacion con los triunfos y ventajas que habia conseguido en toda la guerra, y que podian parecer humillantes, como entre otras el reconocimiento de Guillermo III, la cesion de todas sus conquistas, la restitucion de Lorena, etc. No fueron admitidas, y se vió precisado á comprar unas condiciones tan moderadas con nuevos triunfos.

§. IX.—*Campaña de 1697.—Tratado de Ryswick.*—Partió á Flandes un numeroso ejército mandado por Catinat, Boufflers y Villeroi, los aliados se presentaron con cien mil combatientes, pero las operaciones se redujeron á la toma de Ath por los franceses (junio de 1697).

El jefe de escuadra Pointis llevó á cabo la empresa mas atrevida de toda la guerra de piratería. Con diez ú once navíos, con los cuales se incorporaron los piratas de las Antillas, fué á poner sitio á Cartagena, que era el depósito de todas las riquezas

(1) Los negociadores franceses eran Cailliere, Crecy y Harlay. Era ministro de negocios extranjeros Colbert de Torcy, jóven de veinte y cinco años de edad, que habia sucedido á su padre Colbert de Croissy en 1696, y que era guiado por su suegro Arnoldo de Pomponnes, que entró en 1694 en el consejo.

de la América española y que estaba defendida por muchos fuertes y una guarnición numerosa. Se apoderó de los fuertes, de la bahía y de la ciudad, la cual puso á rescate, y robó en ella nueve millones de barras de oro y plata, sin contar las inmensas riquezas que repartió entre sus compañeros de piratería.

El duque de Vendome, (1) que habia ocupado el puesto del mariscal de Noailles en Cataluña, sitió á Barcelona por tierra, mientras el conde de Estrées la bloqueaba por mar, y á pesar de los inmensos esfuerzos de los aliados para libertar esta plaza, se rindió despues de una heróica y brillante resistencia (10 de agosto de 1697), y su capitulación decidió la firma de los tratados de Ryswich (2).

Se concluyó el primer tratado con las Provincias Unidas, España, Inglaterra (20 de octubre), la Francia devolvió á estas tres potencias todas las conquistas hechas despues del tratado de Nimega, y consintió en que ocupasen guarniciones holandesas las principales plazas de los Países Bajos. Luis XIV reconoció á Guillermo III rey de la Gran Bretaña y heredera suya á su cuñada Ana Estuardo, y prometió no dar auxilio alguno á Jacobo II para recobrar su corona.

El segundo tratado arregló las diferencias del emperador y del imperio (30 de octubre). Francia devolvió todas las ciudades adquiridas despues del tratado de Nimega, á excepcion de Estrasburgo; cedió á Friburgo, Brisach y Filipsburgo, y abandonó todos los puntos fortificados que tenia en el Rhin. Restituyó á Leopoldo, hijo de Carlos V, la Lorena, menos Saarlouis con el derecho de paso por medio del ducado, reconoció á Clemente de Baviera como elector de Colonia, y se contentó con una suma de dinero en cambio de los derechos que la duquesa de Orleans reclamaba sobre la sucesion palatina.

Esta paz humilló sobremanera el orgullo de Luis XIV: á pesar

(1) Nieto natural de Enrique IV.—(2) Un suceso inesperado, la muerte de Sobieski rey de Polonia, inutilizó estas negociaciones. El príncipe de Conti, sobrino del gran Condé, hombre de mérito pero que no merecia la estimacion del rey, fué elegido por la mayoría de la dieta polaca por medio de las intrigas y promesas del embajador francés el abate de Polignac. Pero la minoría eligió por rey al elector de Sajonia que abjuró el protestantismo para subir al trono, y cuando Conti partió en una escuadra mandada por Juan Bart, no pudo entrar ni siquiera en Dantzig y regresó á Francia.

de sus triunfos y sus numerosos esfuerzos, se veía forzado á restituir sus conquistas, á abandonar sus posiciones en Alemania adquiridas por el tratado de Vestfalia, y á renunciar á la causa de Jacobo II que era la de todos los reyes: Guillermo III y el príncipe protestante eran, pues, los verdaderos vencedores. Francia empero tenía necesidad de conseguir la paz á cualquier precio en medio de su cansancio; habia vencido ya una coalicion, y se habia defendido con gloria de otra, pero no desconocia Luis que era importante para sostener una tercera lucha, dar algun momento de reposo á este país tan fuerte, fecundo y leal. Finalmente, no queria tener toda la Europa sobre las armas en el momento en que iba á estallar la gran cuestion que habia relegado al olvido tanto tiempo, y que era la cuestion capital de su reinado; tenia precision de disolver la coalicion para tener libres y expeditos todos sus movimientos en un momento tan solemne, y volver á tomar la posicion diplomática que treinta años habia abandonado. Todo el mundo preveia que la muerte de Carlos II seria la señal de un trastorno universal, y se hacian en todas partes preparativos y se tomaban precauciones; Guillermo III consolidando su trono en Inglaterra; el emperador concluyendo la paz de Carlowitz con los turcos (1); Luis XIV dejando que su reino recobrase fuerza y prosperidad; y la Europa entera estaba en paz y esperaba silenciosa con las armas en la mano, el último suspiro del desgraciado descendiente de Carlos V.

(1) La paz de Carlowitz, tan funesta al imperio otomano y de la cual data su decadencia, fué una victoria de Guillermo III sobre la influencia francesa en Oriente. Cuando Luis XIV entabló las negociaciones de Ryswick, se lo dijo á su aliado de Constantinopla y le ofreció hacerle admitir en el tratado. La Puerta se negó y consideró como una defeccion la paz que sin ella firmaba. De modo que empezó el imperio turco á negociar con el emperador á instancias de Guillermo III que le ofreció la mediacion de Inglaterra y Holanda. Luis XIV, que se preparaba á tomar otra vez las armas para la sucesion de España, le pidió en vano que continuara la guerra; se firmó la paz de Carlowitz que causó á la Turquía la pérdida de cinco provincias y dió principio á la existencia europea de los rusos dando una entrada (Azof) en el mar Negro.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO CUARTO.

Libro tercero.

Los Borbones, ó la Francia bajo la monarquía absoluta.—Edad de la ruina del feudalismo.—1589—1654.

SECCION I.

Establecimiento de la monarquía absoluta.—(1589—1789.)

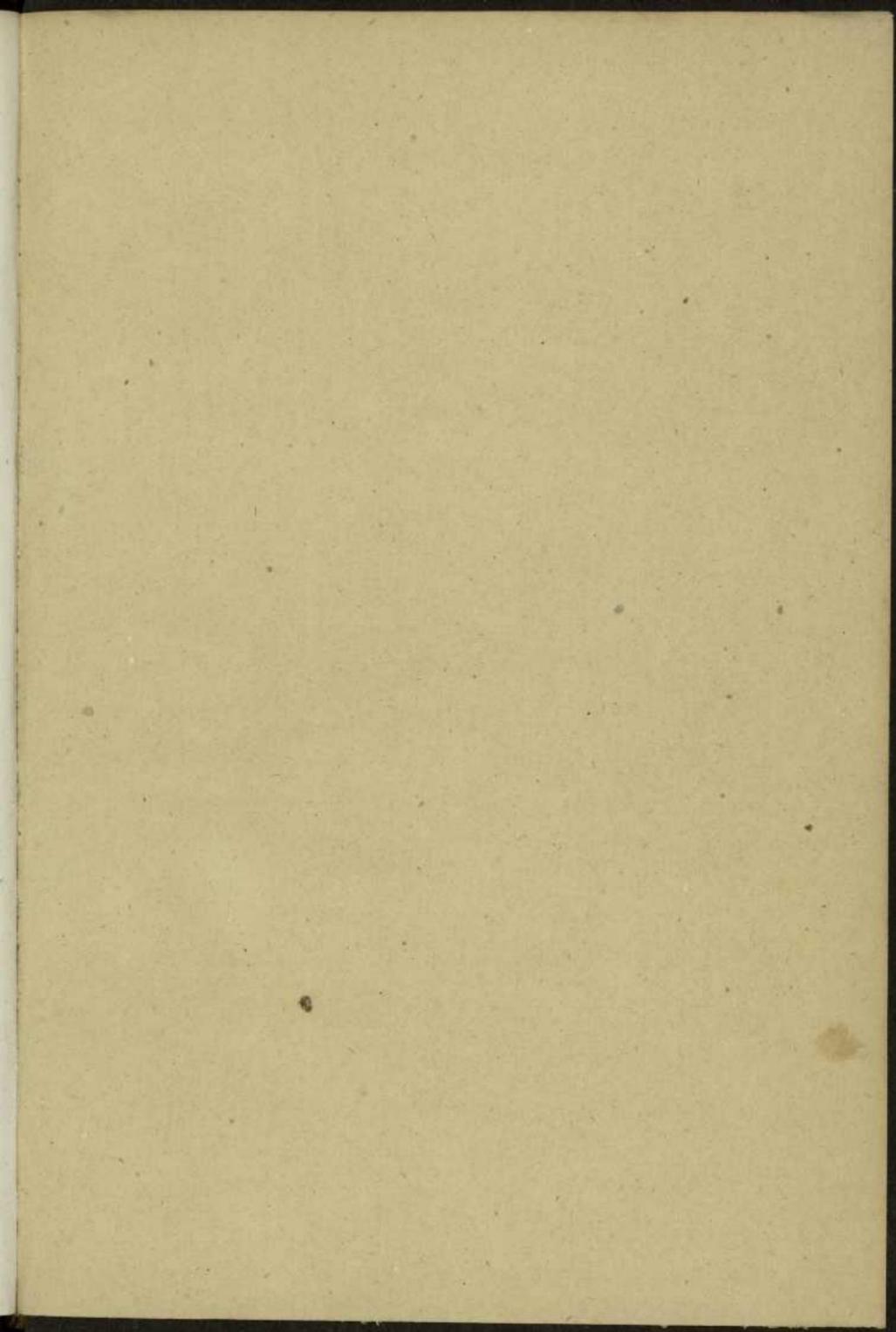
	Pág.
Cap. I.—Principio del reinado de Enrique IV.—Fin de las guerras civiles religiosas.—Edicto de Nantes y tratado de Vervins. (1589—1598).	7
Cap. II.—Fin del reinado de Enrique IV. (1598.—1610.)	59
Cap. III.—Ministerio de Concini y de Luynes.—Primer periodo de la guerra de treinta años. (1610—1624.)	84
Cap. IV.—Ministerio de Richelieu.—Segundo y tercer periodo de la guerra de los treinta años. (1624—1635.)	118
Cap. V.—Periodo francés de la guerra de los treinta años.—Muerte de Richelieu y de Luis XIII. (1635—1643.)	167
Cap. VI.—Regencia de Ana de Austria.—Tratado de Westfalia. (1643—1648.)	191
Cap. VII.—La Fronda. (1647.—1654.)	207

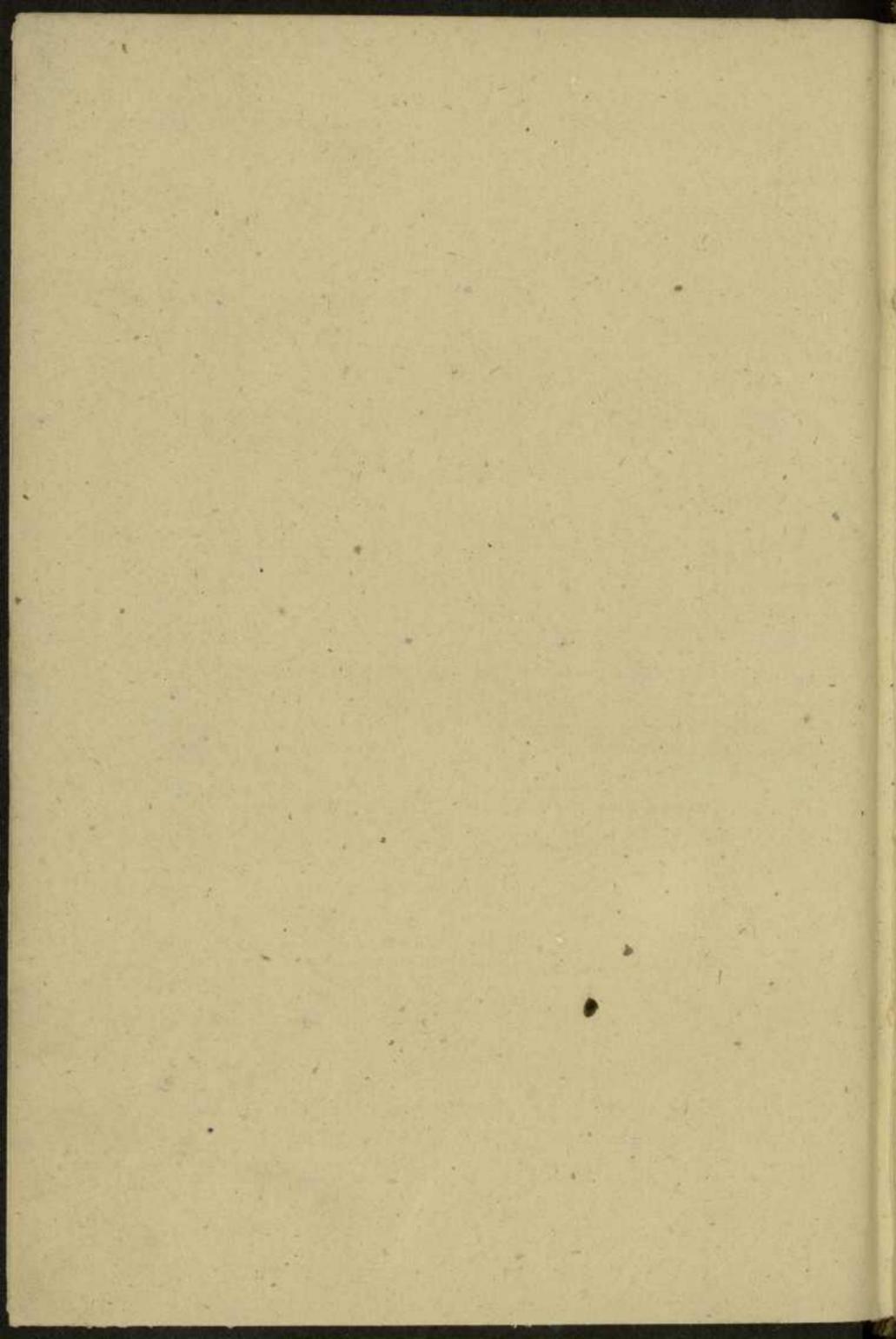
SECCION II.

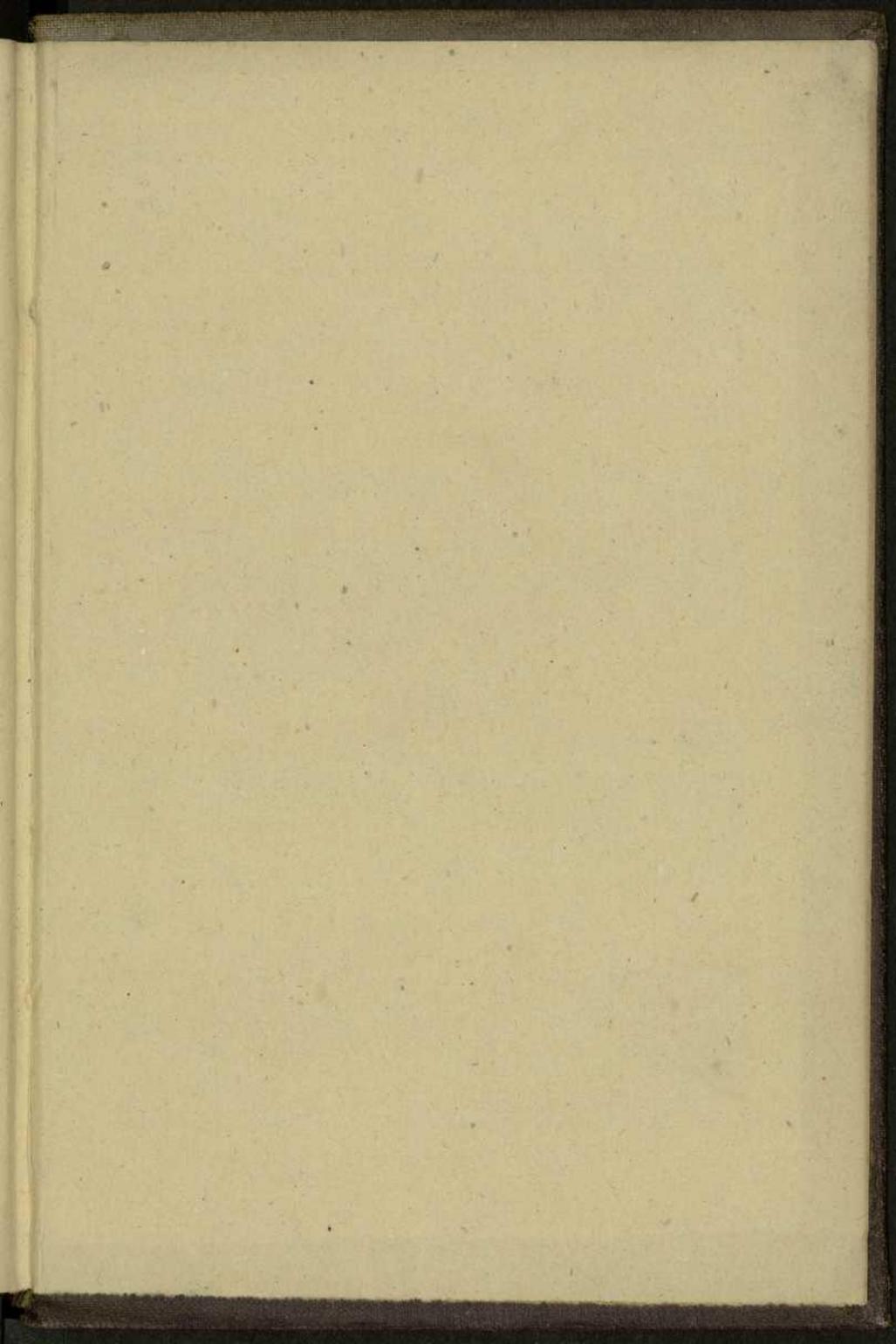
Apogeo de la monarquía absoluta. (1654—1715.)

Cap. I.—Tratado de los Pirineos. (1653.—1664.)	238
Cap. II.—Gobierno de Luis XIV.—Ministerio de Colbert.—Guerra de 1667.	249
Cap. III.—Guerra de Holanda. (1668—1678.)	276
Cap. IV.—Revocacion del edicto de Nantes.—Liga de Augsburgo (1678—1688.)	314
Cap. V.—Guerra contra la liga de Augsburgo.—(1689—1693.)	356

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.









1

HISTORIA
DE
FRANCIA



16.126